This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

TESORO

DE LOS

ROMANCEROS

Y

CANCIONEROS ESPAÑOLES.

TESORO

DE LOS

ROMANCEROS

Y

CANCIONEROS ESPAÑOLES,

HISTÓRICOS, CABALLERESCOS, MORISCOS Y OTROS,

RECOGIDOS Y ORDENADOS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA,

Y ADICIONADO CON EL POEMA DEL CID Y OTROS VARIOS ROMANCES,

POR J. R.

BARCELONA:
LIBRERIA DE LOS SS. A. PONS Y COMPAÑIA
CALLE ANCHA.

1840.

IMPRENTA DE DON J. M. DE GRAU,
CALLE DE RIPOLL NÚMERO 16.

PG 1184
A203
1870

DISCURSO PRELIMINAR.

Por poco que se fije la atencion en la lectura de los romances comprendidos en el presente *Tesoro;* por poco que se estudien esas composiciones en las que se ven retratadas con tan verdaderos y hermosos colores las costumbres severas y caballerescas de nuestros padres, el carácter adusto á la par que noble y poético de los pasados siglos, y en las cuales están consignados los progresos del arte al lado de los de la civilizacion de un modo tan maravilloso, la primera duda, entre las varias que se presentan á la razon, es el saber si verdaderamente son esas sencillas creaciones y las que debieron de precederlas obra de un pueblo entero que anela inmortalizarse y á quien hacen poeta é inspiran los grandiosos acaecimientos, las ideas nuevas que se agitan á su rededor, en las cuales vive y que se suceden sin intermision procreándose unas á otras; ó si, por el contrario, son el resultado de los estudios de uno ó varios individuos quienes sobre formas y modelos dados inventaron otras que se adaptasen mas al carácter y estado de los pueblos para quienes cantaban, y á lo que debia ser objeto de sus versos.

Cuestion es esta que nos seria imposible resolver en la actualidad si quisiesemos valernos para ello de testimonios irrecusables, de pruebas de hecho que nos diesen por resultado una ecsactitud matemática, en vez de atenernos á las razones de analogía, de probalidad y de observacion, únicas que deben guiarnos en todas las cuestiones puramente de hecho, cuando la historia, su único juez competente, no las ha consignado en sus tablas.

Lo primero que debemos practicar á este fin, antes de entregarnos á reflecciones lógicas que no siempre son las mas exactas, es decender á las primeras edades de las sociedades modernas; identificarnos, digámoslo así, con los hombres que en ellas vivian; despojarnos de nuestras costumbres para adoptar las suyas, olvidar lo que nos ha enseñado el estudio y la esperiencia para hacernos cargo de su ignorancia; dejar aparte nuestro escepticismo y hacernos crédulos como ellos: en una palabra pasar á vivir en aquellos siglos lejanos, á movernos dentro el estrecho círculo en que ellos se movieron, á obrar en los acaecimientos de entonces, y calcular lo que harian ellos por lo que en su lugar hiciéramos nosotros, por lo que sabemos hicieron otros pueblos en un estado de cosas semejante al del que nos ocupa, y la hipótesis que formaremos tendrá á su favor un número tal de probabilidades que casi pasará al dominio de lo demostrado.

Cuando despues de la pérdida total del imperio de Occidente se hallaron cara á cara la antigua civilizacion que agonizaba y la barbarie de los nuevos conquistadores que iban á sentarse sobre el cadáver todavía palpitante de aquella; cuando, disipado el humo de los incendios y el polvo que levantaron las tiendas movíbles y los carros de cortezas de árboles de los soldados de Atila y Alarico, empezó á formarse una nueva sociedad sobre las ruinas de tantos pueblos; cuando aniquilados ó dispersos todos los elementos de vida que le restaban aun á la carcomida civilizacion romana, se halló la Europa sumergida en la mas tenebrosa ignorancia, hubiera esa perecido enteramente si una nueva creencia, si una fe comun no hubiese hermanado las dos razas que se disputaban encarnizadamente la posesion de algunas ciudades reducidas á escombros y el dominio de algunos millares de hombres luchando con el hambre y la peste, reuniendo en torno de la cruz vencedores y vencidos, y fundiendo en una sola y numerosa familia tantos pueblos de costumbres y caracteres distintos y que solo un milagro del cielo podia unir. Establecida ya esa sociedad forzoso era que se formase un nuevo idioma tosco y bárbaro en el principio, resultado de la amalgama de la lengua latina y de los diferentes dialectos de los pueblos conquistadores, y con el cual pudiesen entenderse vencedores y vencidos. De ahí el orígen de la lengua romana ó jergas rústicas que se hablaron en la baja edad y en los primeros siglos de la edad media.

Difícil sino imposible seria fijar la época precisa en que la lengua latina empezó á ceder el campo á los nuevos dialectos. Sabido es ya que en el siglo de oro de Roma el vulgo usaba de un leguage algo corrompido, mas no es creible que esta corrupcion hubiese podido acabar jamas por sí sola con el rico y hermoso idioma de Ciceron y de Horacio. Asi que debe suponerse que empezaria esta desde el momento en que se pusieron en contacto inmediato los hombres del norte y del mediodia, y que iria en aumento á medida que iban derramándose aquellos por las provincias conquistadas. «Transcurrió un largo espacio de tiempo, dice Sismondi (1), durante el cual, puede casi afirmarse que las naciones europeas no tuvieron lengua propia. Desde el siglo V, al X se mezclaron sin llegar á confundirse razas diferentes que se renovaban sin cesar: en cada poblacion, en cada aldea habia algun conquistador teutónico, algunos soldados bárbaros que solo mantenian con los vencidos relaciones de odio, de desconfianza y desprecio.» Ignorando todo principio de gramática general y no acomodándose los vencedores á las dificultades del idioma latino, ni los vencidos á la aspereza de las lenguas del norte, buscaron reciprocamente el modo de comunicarse en jergas que participaban de todos los idiomas que entonces se hablaban, sin parecerse á ninguno de ellos, resultando de ahí el triunfo de la lengua rústica ó romana, que cultivada, reducida á reglas gramaticales y modificada por los diferentes pueblos que la hablaban, dió orígen sucesivamente y con mas ó menos tiempo á los idiomas modernos. (2)

---

(1) Hist. de la litterature du midi de l' Europe, t. 1. pág. 17.

(2) El citado escritor pone el orígen de cada una de las cinco principales lenguas romanas en los reynados y épocas siguientes: — De la provenzal, en la corte de

La España siguió en esto la suerte de los demas pueblos. Invadida como todas las provincias del imperio por tribus de costumbres y dialectos diferentes; obligada á conservar con ellas relaciones de dependencia, se crearia un idioma parecido tal vez al de los demas pueblos, pero que modificado despues de la caida de la monarquía goda por el de los árabes, que llegó á hacerse vulgar en la parte de la Península conquistada (1), y por la reconquista de los godos bajo el mando de Pelayo y de sus sucesores, dió orígen á la lengua castellana. (2)

Imposible nos seria en la actualidad fijar el estado de barbarie y de pobreza en que se hallaria en aquellos remotos siglos la lengua rústica de la Península, pues no nos queda ningun documento escrito en esta lengua anterior á la invasion de los moros; pero se deja inferir, como observa el Sr. Duran, cuan informe y desaliñada seria por los antiguos romances narrativos que nos restan, los cuales aunque muy posteriores á dicha época y modernizados por la tradicion oral, conservan todavía un lenguage muy rudo y una construccion en estremo bárbara. Añádase á esto el que todo se escribia en latin, hasta los actos del gobierno, hasta los contratos, y se tendrá una idea muy aproximada de lo que debia ser en su infancia el idioma de nuestros antepasados.

Fácil es de adivinar lo que debia ser la literatura en aquellos siglos de barbarie y de ignorancia. Prescindiendo por ahora de la poesía latina de que solo quedaba un eco moribundo, un triste recuerdo, una visible parodia en las obras de algunos sabios que tal vez creyeron poder restaurarla ó salvarla á menos del naufragio porque la veian tan rica, tan sonora; precindiendo tambien de la poesía de los hijos del norte, bárbara como sus costumbres, fiera y supersticiosa como ellos mismos, con la selvatiquez de los climas en que nació, y con las tintas oscuras de su cielo, y que sin embargo modificada despues por las nuevas costumbres y creencia debia dar orígen á las *chanzós y sirventesios* de los trobadores y *minnesinger* (3) á los *fabliaux* y poemas caballerescos de los *trouveres* (4) y á nuestros romances

---

Bozon, rey de Arles, entre los años 877 y 887: — De la lengua de Oil ó francesa, en la de Guillermo Larga-espada, entre el de 917 y 943; — De la castellana, en el reynado de Fernando I el Grande, entre el de 1037 y 1065: — De la portuguesa, en el de Enrique, fundador de la monarquía, entre el 1095 y el 1112; — y de la italiana en la corte de Rogerio I, rey de Sicilia, entre el 1129 y 1154. — *Sismondi*, t. 1 pág. 38 y 39.

(1) Ya desde mediados del siglo IX, se lamentaba Alvaro de Córdoba en su *Indiculus luminosus*, de que sus compatricios abandonaban el estudio de las santas letras para ocuparse del de los Caldeos. Juan de Sevilla escribio en árabe una esposicion de las sagradas escrituras para comodidad de los cristianos que sabian mejor esa lengua que la latina, y en la misma época se traducia en el idioma de los conquistadores la coleccion de cánones para las iglesias de España. *Andres*, *his. de la Lit.* t. VII.

(2) Quien desee enterarse mas á fondo de esta materia puede consultar los *Orígenes de la lengua española por D. Gregorio Mayans*, *2 tomos en 8°*; el sabio discurso que sobre lo mismo escribió el Sr. Aldrete y que precede al diccionario de *Covarrubias*, y el *apéndice* n° 3, tom. 2 pág. 257 y sig. de la Historia de España de Romey, edicion del Sr. Bergues.

(3) Cantores del amor entre los alemanes.

(4) Nos servimos de esa palabra francesa, que no tiene equivalente en nuestro idioma, para designar á los poetas de la lengua d' *Oil* y distinguirlos de los de la lengua d' *Oc* ó provenzales, conocidos con el nombre de trobadores.

de caballeria é históricos, aquella época no tiene ninguna obra suya, ninguna produccion mas que algunos cantos guerreros, que solo puede decirse que le pertenecen en cuanto son obra de los mismos soldados y de gente rústica é ignorante, pues están escritos algunos de ellos en latin: (1) tanta era la pobreza de la lengua de que tenian que servirse para las relaciones precisas de la vida!

Y sin embargo en medio de tanta escasez de vocablos, de tantos elementos de destruccion y de muerte desarrollábanse gérmenes de poesía que solo esperaban que se perfeccionase la palabra humana para manifestarse al mundo originales y grandes. Se ha disputado con encarnizamiento acérca la mayor antigüedad de la poesía sobre la prosa ó vice versa; se ha pretendido, con mucho fundamento, que ha existido una edad en que en falta de signos con que conservar y transmitir á la posteridad sus ideas, el hombre se ha servido de combinaciones métricas ó de periódios cadenciosos para grabar en su memoria y en la de los que debian reemplazarlo las hazañas de sus padres, los hechos mas notables de la familia ó pueblo en que vivia y los preceptos morales que la esperiencia le habia enseñado y que Dios habia grabado en su alma; mas dejando aparte esta cuestion que no es de este lugar, y para cuya solucion seria necesario conocer mas á fondo la prosodia de los lenguages primitivos de lo que la han conocido la mayor parte ó todos los sabios que se han ocupado de ella, diremos que ha habido edades en que los pueblos enteros han sido poetas, en que á falta de génios, que siempre se forman en las grandes revoluciones sociales y cuya ecsistencia supone ya una civilizacion adelantada, las naciones han

---

(1) En prueba de ello creemos oportuno trasladar á continuacion algunos fracmentos de dos de esas canciones, compuesta la una en Italia en 871 por los soldados del Emperador Luis II, para escitarse unos á otros á sacarlo del cautiverlo en que yacia, y la otra en 924 para ser cantada por los de Modena que sitiaban á la sazon los húngaros. La primera está escrita en versos de catorce, quince ó diez y seis silabas y en un latin tan bárbaro que puede servir de ejemplo para todas las faltas de gramática: he ahí algunas de sus estrofas.

Audite omnes fines terre errore cum tristitia,
Quale scelus fuit factum Benevento civitas,
Lhuduicum comprenderunt, sancto pio Augusto.
Beneventani se adunarunt ad unum consilium,
Adalferio loquebatur et dicebant Principi:
Si nos eum vivum dimittemus, certe nos peribimus...
Deposuerunt sancto pio de suo palatio;
Adalferio illum ducebat usque ad Pretorium,
Ille vero gaude visum tamquam ad martyrium, etc.

El lenguage de la segunda es mucho mas correcto, y se conoce que es obra de un hombre que conocia la antigüedad: empieza así:

O tu qui servas armis ista mænia
Noli dormire, moneo sed vigila!
Dum Hector vigil extitit in Troia
Non eam cepit fraudulenta Græcia.

Y termina con los siguientes versos que no carecen por cierto de vigor y poesía.

Fortis juventus, virtus audax bellica,
Vestra per muros audiantur carmina:
Et sit in armis alterna vigilia,
Ne frans hostilis hæc invadat mœnia:
Resultet echo comes: eja vigila.
Per muros, eja! dicat echo vigila!

Véase Muratori en su apreciable obra de las antigüedades de Italia.

compuesto epopeyas, que, lo mismo que las creaciones del talento de un hombre solo, llevan el sello de su individualidad, digámoslo así, y son la espresion de las ideas, de la fe y del carácter general de sus individuos. Y la Europa moderna ha pasado por esa edad; la Europa moderna ha sido poeta.

Las sociedades, lo decimos con harto sentimiento de nuestro corazon y quisieramos equivocarnos en esto ó al menos creer lo contrario, pierden en poesía lo que ganan en civilizacion, del mismo modo que el hombre pierde en imaginacion, como dice Chateaubriand, lo que gana en inteligencia. Los hechos y las impresiones obran con mucha mas fuerza en la imaginacion de los pueblos en su infancia que en su edad adulta. En el órden moral y político lo mismo que en el físico todos los objetos son mas poéticos cuanto menos los comprendemos: el salvage no adoraria al sol si solo viese en él un astro como otros mil, acaso menor que cien otros que se escapan á su vista, ni el niño se estasiaria delante del arco iris si supiese sus causas y que puede obtenerlo por medio del prisma. Por eso los siglos que nos ocupan, apenas empezaron á fijarse un tanto sus idiomas, cantaron lo que veian, lo que creian, los hechos que mas les ocupaban, porque esperimentaban sensaciones vírgenes; porque rebosaban en entusiasmo, y este es el númen, la inspiracion que baja del cielo y que crea y mueve á los poetas.

Faltos sin embargo de palabras armoniosas y poéticas por sí mismas, y sin las ventajas de los pueblos primitivos de tener un lenguage formado sobre los sonidos naturales, y una prosodia rica y armoniosa (1), tuvieron que adoptar las naciones modernas un sistema métrico fundado, no en la medida y tiempo empleado en la pronunciacion, como el de los griegos y latinos, sino en un número determinado de sílabas, en las combinaciones de ciertos ritmos, y en la distribucion ó colocacion de los acentos, calcado sobre el que usaban las razas invasoras.

Ningun momento nos queda tampoco que pueda darnos á conocer el metro mas generalmente usado en los siglos que mediaron desde la formacion de la lengua española hasta el XII en que parece se escribió el *Poema del Cid*; mas no es probable que los ensayos que forzosamente debieron de precederle estuviesen en su metro embrazoso, tan poco apto para los cantos de amor, para los himnos de guerra ni para la sencilla leyenda que han sido los primeros acentos de la poesía en todos los pueblos.

El *Poema del Cid*, apesar del desaliño y rudeza de la frase, de la falta de un sistema gramatical y enlace entre las ideas, de la pobreza de pensamientos poéticos, de la desnudez de sus cuadros y de lo sencillo de su plan, que no se aparta ni un ápice del órden cronológico y que convierte el poema en una crónica rimada; el *Poema del Cid*, si se atiende á la mar-

---

(1) El lenguage usado en los bosques, dice el vizconde de Chateaubriand, en sus *Estudios históricos*, es desde su nacimiento apto para la poesía: la palabra humana degenera al perfeccionarse en lo que respeta al de las pasiones y á las imágenes. Por los monumentos que nos quedan de los idiomas de nuestros antepasados vemos que esos mas dulces y armoniosos en su edad heróica de lo que son en el dia. Comparad, añade, el teutónico de Ulphilas con el del juramento de Carlos y de Luis, tal como nos lo ha transmitido Nitard, y con el del canto de triunfo de Luis, hijo de Luis el tartamudo (*le begue*), y vereis que á medida que se deciende al aleman moderno su pronunciacion es mas áspera y difícil.

cha lenta de la naturaleza hácia la perfeccion, tiene sobradas cualidades buenas para que se pueda suponer que la poesía castellana se elevó á tanta altura, sin haberse ensayado primero, como el águila antes de lanzarse por vez primera á las nubes, en obras menos artificiosas, y mas aptas para ejercitar y robustecer sus alas. « Yo veo en este poema, dice el Sr. Duran, un paso progresivo de la lengua muy anterior al Fuero Juzgo y á las Partidas; mas atendiendo á su artificio y tendencia á imitar modelos desconocidos entre la gente rústica, no puedo suponerle ni la primera produccion poética en el idioma vulgar, ni considerarle como la poesía del pueblo. » (1)

En efecto, cuando los pueblos en su edad heróica tienen necesidad de espresar sus sensaciones, de desahogar sus sentimientos, de pintar lo que ocupa su imaginacion y les conmueve, no van à buscar en combinaciones métricas difíciles (que suponen ó un estado de civilizacion mas adelantado, ó bien un deseo pueril de hacer alarde de una victoria conseguida sobre una dificultad, y que solo se alcanza con la pérdida del entusiasmo poético,) el modo de hacer sentir á los demas lo que ellos sintieron, sino que se valen para ello del medio mas fácil, natural y sencillo y que mas se adapta á su carácter. Los pueblos primitivos (y esto que sentamos aquí como una hipótesis tiene para nosotros no pocos grados de probabilidad,) al abrazar sus sistemas de versificacion respectivos, han sido llevados tal vez á ellos por una especie de instinto, por una fuerza vaga é indefinible como la inspiracion que mueve la pluma del poeta; siéndoles por lo mismo tan fácil escribir en el género de metro que inventaron, ya se fundase este en la rima, como parece haber sido el que usaron las naciones del oriente, ya en el tiempo empleado en la pronunciacion del verso, como el de los Griegos y Latinos, ya en la aliteracion ó repeticion de las mismas consonantes, como el de muchos pueblos del norte, cual nos es fácil á nosotros el espresarnos en prosa, y á los antiguos españoles en versos de ocho sílabas asonantados; pues tal se puede creer con fundamento debió de ser la primera combinacion métrica en que compusieron sus himnos religiosos y guerreros y sus cantos amorosos los inmediatos descendientes de aquel puñado de bravos que en las montañas de Asturias salvaron el pendon español, y fundaron la nueva monarquía que debia llenar de hazañas casi prodigiosas la historia de los siglos medios.

Seria absurdo creer, como queda ya indicado, que desde el momento en que dejó el latin de ser la lengua del pueblo hasta el siglo XII, careciese la España de cantos populares, de poesía, en medio de las gloriosas revoluciones que se agitaban á su derredor, y de las ideas nuevas que empezaban á nacer del trato y comercio de los hombres del norte con los de oriente, y á pesar del furor de versificar, como dice Chateaubriand (2), que se apoderó de los pueblos en aquellos remotos siglos.

---

(1) Véase lo que acerca de ese poema decimos en la advertencia que le precede al último del presente *Tesoro* etc.

(2) Tal era el furor que habia de poetizar, dice este distinguido literato en sus *Estudios históricos* ya citados, que se encuentran versos de todas medidas hasta en los diplomas del octavo, nono y décimo siglo.

¿Como es posible que mientras Carlomagno, ese gigante de los siglos medios, mandaba recoger y escribia él mismo los cantos de los germanos; mientras los aventureros normandos cantaban sus correrías; cuando debian de conservarse todavía muchas de las canciones de los bárbaros, y algunos de los sangrientos episodios del *Edda* (1), de los *Sagga*, (2) y de los *Nibelungen* (3), y cuando en fin los Arabes entonaban sus *gazelas* amorosas (4) y sus tiernas *casidas* (5) bajo sus tiendas, ó contaban sobre el mismo campo de batalla esos cuentos brillantes, de *las mil y una noche*, que han hecho la delicia de nuestra infancia, poéticos como las noches de luna, y que suponen una imaginacion tan rica y variada; como es posible, repetimos, que la España, sugeta mas que ninguna otra nacion al influjo de estos últimos, y tan rica como las demas naciones de la Europa en recuerdos de sus primeros conquistadores, no tuviese cantares propios, ó cuando menos un remedo, una mezquina copia de los de los pueblos que la habian sucesivamente invadido? ¿Como puede concebirse que mientras las demas artes liberales, todavía rústicas y atrasadas, se empleaban en levantar y decorar iglesias y monumentos al Sér supremo en señal de gratitud por las victorias que alcanzaban nuestros reyes y capitanes sobre los infieles, careciese la poesía de himnos religiosos, y de cantos guerreros que inmortalizasen aquellos hechos?

La España tuvo pues sin duda alguna una poesía popular y propia suya en la época que media desde la invasion de los árabes hasta el siglo XII á que parece pertenecer el poema del Cid, y si tal vez no fué tan precoz como los otros pueblos, particularmente los provenzales, franceses é italianos, no debe atribuirse este retardo á falta de númen poético, á un estado de prosaismo é inercia vergonzoso, pues es sabido que la edad media española es tal vez la que arroja de sí mas heroismo, mas entusiasmo, mas poesía, sino á su aislamiento y á su vida agitada y turbulenta que apenas le permitia dejar las armas de las manos, mientras que aquellos pueblos sostenian entre sí relaciones de comercio y amistad, y hablaban el idioma provenzal que precedió á todas las lenguas rústicas y se perfeccionó mucho tiempo antes que el de los astures, que fué despues el de los españoles. (6)

No puede sin embargo decirse con certeza cual fuese el metro de esas composiciones, pues las razones de probabilidad que nos ofrecen una casi certeza de su existencia, solo nos dan alguna luz, y aun esta escasa,

---

(1) *La abuela*. Libro sagrado de los Escandinavos.

(2) Tradicciones históricas del mismo pueblo.

(3) Poema épico germánico conocido bajo el título de *Der Nibelunge Not* (El fin trágico de los Nibelongs). Este poema parece haber sido compuesto en el siglo V o VI, mas tal como lo poseemos al presente es obra de algun poeta del siglo XII ó principios del XIII. Augusto Guillermo Schlegel hizo una disertacion, la mejor que sobre esta materia se ha escrito, acerca la importancia nacional y el mérito épico de ese poema, la cual insertó en el *Museo germánico*. Consta dicho poema de 4316 estrofas de cuatro versos rimados, especie de alejandrinos, y está dividido en cuarenta *aventuras*.

(4) La *gazela* es una oda amorosa que no puede esceder de trece disticos ni bajar de siete.

(5) Especie de idilio amoroso y guerrero, que no puede tener menos de veinte disticos ni mas de cien.

(6) Véase la nota 2, pág. II.

acerca su forma. Con todo « si se atiende, como observa el Sr. Duran en el sabio prólogo que precede á su tesoro de Romanceros y Cancioneros españoles, al carácter, índole, construccion y estado en que se halla el mas antiguo lenguage cuyos vestigios nos quedan, y se compara con el dialecto bable que aun conservan los asturianos, puede presumirse que los cantos primitivos se construirian en versos cortos donde la entonacion supliese al número ecsacto de sílabas, y la libertad de apoyarlas ó abreviarlas al pronunciarlas á la falta de ritmo y verdaderos consonantes. Si la necesidad de estos medios supletorios á un sistema completo y fijo de versificacion, añade este distinguido literato, se conoce leyendo los poemas de *Alejandro*, los de Berceo y los del Arcipreste de Hita, compuestos por hombres del arte, ¿con cuanto mas motivo se hallará en los romances populares, caballerescos é históricos que tenemos y son hechuras de gente rústica y lega, los cuales, si no me atrevo á colocarlos en época tan remota como la del nacimiento de nuestra poesía, creo al menos que conservan vestigios de la primitiva forma con que se concibió entre nosotros la versificacion?»

Prescindiendo de estas razones, que no dejan de ser muy robustas, y aun cuando no tuviésemos ninguna otra probabilidad en que apoyarnos, bastaria para que tuviéramos al romance por la primitiva poesía castellana el ser este tan adecuado al carácter de los españoles, tan apta para los sentimientos é ideas en que generalmente se ha empleado, tan fácil que cualquier hombre que esté acostumbrado á oirlos puede hacerlo sin grandes esfuerzos por rudo é ignorante que le supongamos, y tan propio y esclusivo de nuestra nacion, de suerte que ni aun los italianos, cuyo idioma es el que mas puntos de contacto y semejanza tiene con el nuestro de todos los derivados de la lengua latina, pueden percibir su armonía. (1) El romance asonantado es para nosotros como una tradicion; es la forma invariable é inseparable de los cantos melancólicos y tiernos con que hemos sido arrullados en nuestra infancia, de las leyendas brillantes con que nos han entretenido en nuestros primeros años. La mayor parte de los refranes, que son como una especie de código moral con que se rige la plebe, están comprendidos en dos versos de ocho sílabas asonantados. El ciego que vá por las calles y plazas, de pueblo en pueblo y de hosteria en hosteria, especie de juglar de los tiempos modernos con un mal violin en vez del arpa, con un mugriento sombrero en vez del gorro; que tiene en la memoria un repertorio de canciones mayor á veces del que lleva en el zurron su lazarillo, y que improvisa coplas para cada uno de sus oyentes que le escuchan absortos y estusiasmados, canta romances, improvisa en asonantes, porque es el metro que mas se adapta al gusto de su auditorio, y porque tiene para él un sabor de patria, permítasenos la espresion, que solo se perderá cuando este nombre nada signifique pa-

(1) El romance es en realidad la poesía nacional de España. *Martinez de la Rosa, obras literarias, t. 1º pág. 276.* — Mas flexibles (los romances) que los otros géneros, se plegaban á toda clase de asuntos, se valian de un lenguage rico y natural, se vestian de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad y frescura, propias solamente de un carácter original que procede sin violencia y sin estudio. *Quintana, Prólogo del Tesoro del Parnaso español.*

ra los españoles. Ahora bien, como para que una combinacion métrica se haya hecho tan popular como lo es para nosotros el romance; cuando recorren á este para espresar los sentimientos mas nobles que pueden llenar el corazon humano, el amor, el patriotismo, y los recuerdos de honor y gloria, desde el vulgo que se entusiasma por él hasta el crítico que lo desprecia por fácil; fuerza es que tenga una especie de carácter sagrado, un no sé que de respetable nacido de su misma antigüedad; de haber cantado en él nuestros padres; de haber servido para transmitir hasta nosotros los nombres y hazañas de sus mayores; en una palabra de haber sido el metro y la poesía del pueblo de que podemos llamarnos con orgullo decendientes. (1) Concluyamos pues que el romance fué, segun todas las probabilidades, la primera forma métrica que adoptó la poesía castellana despues de la conquista de los árabes, de la formacion de la lengua de los astures y del olvido de la latina, apesar de que como afirma el Sr. Durán, las primeras noticias que hallamos de esta clase de composiciones no sean mas antiguas que la Crónica general de España y los tiempos de Fernando el *Santo*, el cual segun Zúñiga, llevó á la conquista de Sevilla (año 1248) un poeta conocido con el nombre de Nicolas de los Romances.

Una objecion se hace el citado literato que no queremos pasar por alto, y cuya solucion, en gracia del talento y maestría con que está redactada, transcribirémos aquí por entero, apesar de quedar ya indicadas ó suficientemente esplicadas en el cuerpo de este discurso algunas de las ideas en ella vertidas.

« ¿Pues como, se pregunta el Sr. Duran, han llegado á nosotros códices anteriores al siglo XV con una multitud de versos cortos variamente combinados, y no se vé entre ellos romance alguno? ¿Porqué hay tan pocos de amor y menos históricos y caballerescos en la multitud de cancioneros generales y particulares que se imprimieron antes de acabarse el primer tercio del siglo XVI, y estos de autores tan conocidos como la corte de Juan II donde florecian? Por lo mismo que los romances eran la poesía del vulgo y se conservaban de memoria sin ser epopeyas capitales, continua el autor citado, no se escribieron hasta que el vulgo supo escribir, es decir, hasta mucho despues que hubo imprenta. Así entre los griegos, que carecieron de este medio, no se han conservado orijinalmente los cuentos y cantos populares que sirvieron de base á los poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero, cuyos sublimes ingenios con sus grandes epopeyas hicieron olvidar las inartificiosas y sencillas narraciones que les suministraron ideas y materiales para sus poemas. Nosotros en verdad no tuvimos

---

(1) Aunque el erudito D. J. Antonio Conde, en su apreciable *Historia de los árabes en España*, da un orígen arábigo al romance, no son tan poderosas las razones en que se apoya que destruyan enteramente las objeciones que contra su opinion pueden presentarse. Los romances árabes, tal como este historiador los presenta, no son idénticos á los nuestros, y parecen un monorimo en versos de diez y seis sílabas, con emistichio de ocho, sin blancos intermedios, en esta forma:

Si de paz á mí os venis
Si quereis medir las armas,
Mis espadas vencedoras
Traduccion del Sr Conde, c. 76.

iré con paz y clemencia
os venceré en la pelea:
humillarán á las vuestras.

la fortuna de poseer Homeros ni Hesiodos, porque nuestros poetas de profesion, decendientes de una sociedad vieja y degradada.... carecian del vigor y lozanía propios de los pueblos nuevos y robustos. Por esto gustaban mas de un artificio afectado que de la sublime sencillez que inspira la naturaleza á los hombres cuando no tienen otro modelo de imitacion sino los objetos que ella directamente les presenta. Siendo nuestros poetas de la edad media incapaces por esta causa de producir las grandes y bellas creaciones que caracterizan el ingenio robusto y alzado de los pueblos nuevos, se dedicaron á componer obras complicadas, en las cuales pretendian distinguirse del vulgo, proponiéndose vencer dificultades hijas de la ingeniosidad y sutileza, pero no creadas ni procedentes de la grandeza natural de los objetos que cantaron. Así el romance, que como poesía del pueblo, era rudo é inartificioso, quedó bajo el dominio de los juglares, y desdeñado de la gente cortesana, pero á pesar de todo y de no haber salido de tan limitada esfera, sirvió largo tiempo de libro de memoria donde el pueblo aprendia cuanto le era permitido saber, mientras no pudo adquirir como los ricos, códices lujosos de hazañas caballerescas, de poesías provenzales y de poetas italianos. Los literatos ricos que adquirian estos códices, en vez de dedicarse á cultivar y perfeccionar la poesía nacional, produciendo obras originales, pensaban adelantar mucho con imitar la literatura estraña en ellos contenida. He aquí la causa porque las poesías del siglo XV, imitaciones del Dante y Petrarca, interesan como documentos de los progresos del arte; pero no pintan como los romances populares anteriores y contemporáneos, los cuadros que caracterizan la civilizacion española durante los primeros siglos en que luchaba para recomponer su sistema social. Muchos de los caballerescos é históricos entresecados del *Cancionero de romances* é incluidos en la presente coleccion servirán para dar probabilidad á mis conjeturas sobre que su combinacion métrica debió ser la primera forma de la poesía castellana.»

Se nos dirá sin embargo: demos que la forma primitiva de la poesía española haya sido el romance, y que en este metro cantasen su amor, sus hazañas y sus himnos religiosos los inmediatos descendientes de los que bajo el estandarte de Pelayo empezaron la reconquista de la patria: porque estraño fenómeno no ha llegado á nosotros ninguno de esos cantos primitivos, siendo así que se han conservado por tradicion oral hasta el momento que fueron reunidos en colecciones tan gran número de romances caballerescos á pesar de ser creaciones de una escuela imitadora, y de no tener muchos de ellos el interés nacional que hemos de suponer en los primeros? ¿Porque son tan populares entre nosotros los nombres y hazañas de los Roldanes, Esplandianes, Artures, Carlomagnos, de los doce pares, y de los de la tabla redonda, al paso que nadie se acuerda de los de nuestros antiguos monarcas godos cuyos hechos de armas se acercan casi á la idealidad poética de los de aquellos caballeros?

Si la esperiencia no nos enseñase que el pueblo se enamora de lo que mas conmueve su fantasía; que lo maravilloso le alaga y mueve con mas fuerza que los grandes hechos que se suceden sin intermision á sus ojos, y que hay un instinto en él que le arrastra á admirar hazañas que cree moralmente posibles y que elevan al que se dice haberlas llevado á cabo sobre los demas hombres, y le constituyen un ser privilegiado, un semidios: si la historia por otra parte nos demuestra que lo mismo ha acontecido en todas las naciones; que se conservan todavía las epopeyas de la India, colosales como sus pagodas, su vegetacion y la personificacion

de sus divinidades, al paso que se han perdido casi todos los ensayos que debieron de precederlas: que nos quedan los poemas de Homero siendo así que han desaparecido las obras primitivas que les sirvieron como de base; y que en fin nada enteramente nos resta de las sencillas leyendas que hemos de suponer precederian á los libros de caballeria y les prestarian materiales para sus fábulas ¿que estraño que sucediese lo propio con nuestros primitivos cantos populares, y que solo se conservase de ellos la forma en que fueron compuestos? ¿Que estraño que al realizarse, digámoslo así, el bello ideal poético de las costumbres caballerescas, y al suavizarse éstas algun tanto con el trato de los orientales en las primeras cruzadas y el regreso á sus hogares de los guerreros de la cruz, el pueblo al adoptarlas despreciase todo lo que le quedaba de los antiguos tiempos y que le recordaba creencias y costumbres que le parecieran prosaicas y casi bárbaras desde la altura á que elevára á las sociedades europeas aquel hecho grande, noble en su orígen, inmenso en sus resultados, y que como el de la invencion de la prensa, se podrá admirar pero no apreciar debidamente?

Al materializarse, permítaseme la espresion; al tomar cuerpo la caballeria, esa idea complecsa, resultado de las ideas, costumbres y creencias de muchos pueblos, que mueve y da vida á la edad media; ese fantasma informe y vago aun en los siglos V y VI; que va tomando color y figura con las espediciones y correrías de los Normandos, con la invasion de los árabes, con las hazañas de Carlomagno y sus capitanes; y que adquirió en fin toda la belleza de que era susceptible cuando la Europa cristiana se lanzó como un solo individuo á la conquista de la ciudad santa; esa idea, ese sistema nuevo debió de obrar y obró en efecto una revolucion en la literatura, cuyos vestigios escritos se remontan, á nuestro modo de ver, hasta al siglo de Carlomagno, (1) y cuyo influjo se hizo sentir con mas ó menos fuerza en todas las naciones, hasta á fines del siglo XVI, y hubiera llegado hasta nosotros á no haberle disipado enteramente el espíritu de parodia y prosaismo del ingenio mas grande de los tiempos modernos. Y esa revolucion se debió de hacer sentir con mas fuerza tal vez que en otros pueblos en España.

No hace á nuestro propósito el ecsaminar si esas ideas que crearon el espíritu caballeresco, y esa especie de sistema mitológico que, independientemente de la religion católica al mismo tiempo que como un apéndice á la misma, adoptaron los siglos medios, tuvieron principio en las creencias, fábulas y costumbres de los celtas y escandinavos modificadas por las tradiciones civiles y religiosas que Odin ó Wodin y los asiáticos

---

(1) Si fuese cierto, como supone Huet, que los ingleses Thelesino y Melchino escribieron, el uno la crónica casi contemporánea de Artus y el otro la de la Tabla redonda, deberíamos hacer remontar los primeros vestigios escritos del espíritu caballeresco al siglo VI. Mas como la opinion de un solo hombre no hace fe en semejantes materias, nos reservamos el derecho de seguir la opinion indicada en el texto, hasta que se nos presente una obra anterior á la *crónica* del monge de Saint Gall, que vivia sesenta años despues de Carlomagno, y sobre la cual parece haber trabajado la suya el supuesto Turpin; tanto mas cuanto que el distinguido literato é historiador Mr. Sismondi dice espresamente, que el primer orígen de la historia del rey Artus, de la Tabla redonda y del profeta Merlin se encuentra en el poema de Brut, del maestro Gasse, que lleva en el mismo texto la fecha de 1155.

introdujeron en aquellos pueblos antes que invadiesen el imperio de Occidente; ó si por el contrario nacieron, particularmente las ideas caballerescas, entre los Arabes; ó en fin si debe buscarse su orígen en la amalgama y union de los pueblos del Norte y del Oriente, y en las reminicencias que le quedaban á la Europa de las costumbres y mitología de los romanos, que es la opinion mas probable y generalmente admitida; así que entraremos á ecsaminar desde luego, aunque de paso, donde y en que época empezaron á escribirse los libros de caballeria, su clasificacion, y el modo con que pudieron influir en nuestra literatura. Ni creo que se tenga por superfluo y fuera del caso el detenernos un poco en el ecsámen de esa institucion si se atiende, á mas de lo dicho, á que marca una de las grandes éras filosóficas en que puede dividirse la historia de la humanidad, á saber; los tiempos heróicos, que fundaron la civilizacion; el patriotismo que hizo la gloria de lo que llamamos la antigüedad; la institucion que nos ocupa, que llenó de poesía y de hechos grandes, y que fué la idea civilizadora de los siglos medios; y el amor de la libertad, cuya historia empezó con la reforma, y es la de nuestros dias.

Algunos escritores, dejándose alucinar sin duda por el espíritu caballeresco que se ha creido encontrar en las costumbres de los árabes ya desde los siglos VII y VIII, han atribuido á esta nacion el orígen de los libros de caballería. Mas son tantas las razones que tiene contra de sí este sistema, que admira como hombres sabios y de vastos conocimientos, hayan podido suscribir á él. Las ideas caballerescas de los árabes por sí solas é independientes de las de los pueblos del norte, son no mas que un complemento de esa especie de religion, de ese código consuetudinario por el cual vemos que se rige y obra la edad media. Los germanos, por ejemplo, respetaban á las mugeres, las admitian en los consejos y en el culto de sus dioses; y hasta las leyes parecian haberse esmerado en protegerlas, en escudarlas (1); pero sus costumbres francas, ásperas y guerreras les impedian que las tratasen con esa ternura, con esa delicadeza y galanteria, que caracterizan á los pueblos orientales. Las mugeres entre los germanos, y en general entre las naciones celtas y escandinavas, son sacerdotizas, iguales á los hombres; entre los árabes empero, son á un tiempo diosas y esclavas, á quienes tributan un culto que casi raya en idolatría, cuya habitacion miran como un santuario, pero á quienes guardan como una cosa sagrada de las miradas de los hombres y de los hálitos del viento y rayos de los astros, porque su carácter celoso se alarma de que resbalen por sus ardientes mejillas las miradas de otros hombres, y porque se ofenderia de que el sol ó las brisas empañasen unas facciones que están acostumbrados ellos á contemplar casi de rodillas. La semejanza que se ha querido encontrar entre los cuentos de los árabes y los libros de caballería es tambien quimérica. En aque-

(1) Los germanos veian algo de divino en las mugeres. El *Edda* y los cantos de los escandinavos revelan el mismo entusiasmo por ellas: hasta el sol, en esas poesías, es una muger, la brillante *Sunna*. La ley condenaba á pagar seseinta y dos sueldos de oro al que cortaba la cabellera á una doncella: el *ingenuo* que hubiese estrechado la mano ó el dedo de una muger libre debia pagar una multa de quince sueldos de oro; de treinta si le hubiese estrechado la muñeca; de treinta y cinco si el brazo por encima el codo, y de cuarenta y cinco si hubiese llevado la mano á su seno. *Chateaubriand, anályse raisonnée de l' histoire de France.*

llos vense mover sobre un fondo luminoso, lleno de hadas de palacios encantados con puertas de oro, con paredes de cristal, con techumbres de piedras preciosas, cuatro personáges que obran casi siempre del mismo modo, y que se suceden sin cesar; el príncipe, perseguidor ó perseguido; el mercader avaro y codicioso; el monge fanático, y el esclavo fiel unas veces y otras traidor segun debe ser el desenlace; mientras que en los segundos figuran siempre en primer término el guerrero de ferrea armadura y de corazon noble, tipo del soldado de la edad media; la doncella ó princesa desvalida, y el perseguidor, que por lo regular es un moro, con la bravura del leon y costumbres del tigre, que acaba siempre por quedar vencido: mas lejos el hermitaño, imágen del primitivo anacoreta, el escudero jovial y franco pero cobarde; el enano atrevido y falso; el forzudo gigante que guarda á la muger perseguida; figuras que obran siempre sobre un fondo negro y tempestuoso, donde la luz brilla tan solo á ráfagas, herizado de castillos sombríos, de mónstruos espantosos, de selvas espaciosas y de cuevas oscuras y encantadas dentro las cuales reside el mago de blanca barba, frente rugosa y mirar torcido que estudia y se afana para perder al enamorado guerrero que no tiene mas que su espada y una cruz para oponerse á los enemigos que ese le sucita.

Los primitivos libros ó poemas caballerescos son por consiguiente de orígen céltico ó germánico segun la familia de héroes á que pertenecen: y decimos segun la familia á que pertenecen, porque cada una de las tres grandes series en que se ha convenido dividir todos los poemas de caballeria, desde el de Brut del maestro Gasse hasta los de los descendientes del Amadis de Gaula, celebra los mismos héroes y lleva estampado el carácter del tiempo en que fué escrita.

La primera clase de romances por órden de antigüedad, es la que ha celebrado las hazañas de Artus, hijo de Pandrágon, la conquista del Santo Grial, la institucion de la Tabla redonda, los encantos de Merlin y los valerosos caballeros Tristan, Perceval, Lancelote del lago, etc. En todos los poemas pertenecientes á esta série nótase menos pureza, constancia y delicadeza en el amor; menos brillantez en la parte de sobrenatural y fantástico; en una palabra menos lujo de poesía y de imaginacion oriental, al paso que se descubre en ellos en todo su vigor la sensibilidad de los pueblos del Norte.

Aparecen en segundo término la crónica de Turpin, arzobispo de Reims, á quien llama Chateaubriand, no sé con que fundamento, Roberto (1), y los poemas sobre Carlomagno y los doce Pares. « Esta familia de libros caballerescos, que Mr. Sismondi coloca despues de la de los Amadises, es, dice el mismo escritor, enteramente francesa á pesar de deber su celebridad al Homero de Ferrara el inmortal Ariosto. » Todos los libros y poemas comprendidos en esta segunda série llevan tambien un sello particular, y están de tal suerte impregnados, digámoslo así, del color y del espíritu de la época á que se remontan, que basta esto solo para demostrar que fueron posteriores á los de Artus y la Tabla redonda, y que la humanidad habia dado un paso de gigante hácia la perfeccion á que parece le está impeliendo continuamente la mano de Dios. En ellos, como en un espejo ó como en las paredes transparentes de

(1) Analyse Raissonnée de l' histoire de France, edit. de Furne, p. 674. Convienen todos los literatos é historiadores en que es supuesto el nombre de este

de estos defectos, respiran á veces cierta naturalidad y sencillez, cierta interesante ternura, y hasta cierta especie de candor homérico, que los hacen interesantes y apreciables hasta como monumentos del arte. Sin embargo estamos muy distantes de creer que su lectura pudiese por sí sola hacer cambiar de opinion á los pocos que desprecian el romance por lo que es, y le niegan la importancia que se le ha atribuido. A estos y á los que no quieran someterse al fastidio consiguiente á la lectura de aquellos romances donde solo como relámpagos fugaces se vislumbra de vez en cuando algun rayo de inspiracion, les aconsejamos que estudien los del Cid y los moriscos, compuestos la mayor parte de ellos en el siglo XVII donde vertieron nuestros buenos poetas raudales de imaginacion y fantasía, y en los cuales se encuentra todo el brillo y la riqueza, armonía y originalidad de nuestra literarura, á la par de una inventiva rica y seductora, de unas formas libres y fáciles, de un lujo de colorido que pasma, y de un estilo ameno y que convida á su lectura. En ellos se vé á cuanto puede elevarse este género de poesía en que tan felizmente supieron espresar tan variados y brillantes conceptos, Lope, Góngora y los demas poetas de su siglo. En ellos se ve con cuanta sin razon se desprecia su sencilla forma, capaz de todas las bellezas, de toda clase de pensamientos y de todo género de tonos. Felizmente nuestros mejores ingenios han hecho al romance la justicia que se merece, y en nuestros dias, en que tantas ideas y sistemas se han removido y en que se han desarraigado tantas preocupaciones, ha adquirido de nuevo el prestigio, y la popularidad de que gozó en otros tiempos, gracias á nuestros jóvenes poetas quienes no se han desdeñado de recurrir á él para celebrar nuestros gloriosos recuerdos históricos; inmortalizar nuestras poéticas tradiciones, y cantar las fiestas de Vivarrambla, los bandos de Granada, y los amores, celos y divisas de nuestros antiguos dominadores.

Si sigue cultivándose como hasta ahora este género de poesía tan sagrado para nosotros, y que tan en armonía está con nuestro carácter y con nuestras costumbres; si en vez de llenar nuestros votos sus colecciones de poesía de églogas insulsas y de idilios amorosos atestados de divinidades que la mayor parte de los lectores no conocen y llenos de cuadros de costumbres que no son las nuestras, se ocupan (á mas de imitar los puros modelos de la oda griega que nos dejaron Herrera, Rioja, Leon, los Argensolas, y recientemente Moratin el hijo, y de cultivar la oda moderna llena de sentimiento, de imágenes grandiosas, caprichosa en sus formas como un altar gótico y pura en sus ideas como una nube de incienso) en cantar las hazañas, creencias y costumbres de nuestros ascendientes pronto tendremos una Odisea nacional completa cuya accion empezará en los primeros siglos de nuestra historia y terminará en nuestros dias, donde se verán mover como en un inmenso panorama la numerosa familia de nuestros héroes y monarcas, y en la cual podrán ver lo que fuimos un dia, aquellos á quienes el trabajo mecánico ó las ocupaciones no les permiten dedicarse á estudios profundos y dilatados. Si así sucede nos cabrá la dulce satisfaccion de haber contribuido en alguna manera á la perfeccion de esta grande obra con la publicacion del presente ya que nuestros escasos conocimientos no nos permiten escribir una página original en ella, como desearíamos: satisfaccion con la cual quedaremos mas que premiados del molesto y poco glorioso trabajo que vamos á emprender y á llevar á cabo.—J. R.

ROMANCES

CABALLERESCOS É HISTÓRICOS.

ROMANCES

CABALLERESCOS Y DE AMOR.

ROMANCE DE VERGILIOS. *(Anónimo.)*

Mandó el rey prender Vergilios
Y á recaudo le poner
Por una traicion que hizo
En los palacios del rey.
Porque forzó una doncella
Llamada doña Isabel,
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél;
Y un domingo estando en misa
Vínole memoria dél;
—Mis caballeros, Vergilios
¿Qué se habia hecho dél?—
Allí habló un caballero
Que á Vergilios quiere bien:
—Preso lo tiene tu alteza,
Y en tus cárceles lo tien.
—Vía comer, mis caballeros,
Caballeros, vía comer,
Despues que háyamos comido
A Vergilios vamos ver.—
Allí hablára la reina:
—Yo no comeré sin él.—
A las cárceles se van
Adonde Vergilios es.
—¿Qué haceis vos aquí, Vergilios?
Vergilios, ¿qué aquí haceis?
—Señor, peino mis cabellos,
Y las mis barbas tambien:
Aquí me fueron nacidas,
Aquí me han de encanecer,
Que hoy se cumplen siete años
Que me mandaste prender.
—Calles, calles tú, Vergilios,
Que tres faltan para diez.
—Señor, si manda tu alteza,
Toda mi vida estaré.
—Vergilios, por tu paciencia
Conmigo irás á comer.
—Rotos tengo mis vestidos,
No estoy para parecer.
—Yo te los daré, Vergilios,
Yo dártelos mandaré.—
Plúgole á los caballeros
Y á las doncellas tambien;
Mucho mas plugo á una dueña
Llamada doña Isabel.
Llaman luego un arzobispo,
Y la desposan con él.
Tomárala por la mano,
Y llévasela á un vergel.

ROMANCE DE LA INFANTA DE FRANCIA.

(Anónimo.)

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Ibase para Paris,
Do padre y madre tenia:
Errado lleva el camino,
Errada lleva la via:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á Paris lleva la guia.
La niña desque lo vido
Desta suerte le decia:
—Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida.—
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesía;
Puso la niña en las ancas
Y subiérase en la silla:
En el medio del camino
De amores la requeria.
La niña desque lo oyera
Díjole con osadía:
—Tate, tate, caballero,
No hagais tal villanía:
Hija soy yo de un malato
Y de una malatía,

El hombre que á mi llegase
Malato se tornaria.—
Con temor el caballero
Palabra no respondia,
Y á la entrada de Paris
La niña se sonreia.
—¿De que os reis, mi señora,
De que os reis, vida mia?
—Ríome del caballero,
Y de su gran cobardía,
Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía!—
Con vergüenza el caballero
Estas palabras decia:
—Vuelta, vuelta, mi señora,
Que una cosa se me olvida.—
La niña como discreta
Dijo:—Yo no volveria,
Ni persona aunque volviese,
En mi cuerpo tocaria:
Hija soy del rey de Francia
Y la reyna Constantina,
El hombre que á mí llegase
Muy caro le costaria.

ROMANCE DE LAS FORTUNAS DEL CONDE ARNALDOS.

(Anónimo.)

¡Quien hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar
Como tuvo el conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.
Las velas traia de seda,
La jarcia de un cendal,
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar
Que la mar ponia en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,
Las aves que andan volando
Las hace á el mástil posar:
—Galera la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería,
Del estrecho de Gibraltar,
Y del golfo de Venecia,
Y de los bancos de Flandes (1)
Y del golfo de Leon,
Donde suelen peligrar.—
Allí habló el conde Arnaldos,
Bien oiréis lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero,
Digaisme era ese cantar.—
Respondióle el marinero,
Tal respuesta le fué á dar:
—Yo no digo esta cancion
Sino á quien conmigo va.

ROMANCE DE LA INFANTA Y ALFONSO RAMOS.

(Anónimo.)

Estaba la linda infanta
A la sombra de una oliva,
Peine d'oro en las sus manos,
Los sus cabellos bien cria.
Alzó sus ojos al cielo
En contra do el sol salia.
Vió venir un fuste armado
Por Guadalquivir arriba:
Dentro venia Alfonso Ramos,
Almirante de Castilla.
—Bien vengais, Alfonso Ramos,
Buena sea tu venida,
Y ¿qué nuevas me traedes
De mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, señora,
Si me aseguras la vida.
—Decidlas, Alfonso Ramos
Que segura te seria.
—Allá á Castilla la llevan
Los moros de Berbería.
—Si no me fuese porque
La cabeza te cortaria.
—Si la mia me cortases,
La tuya te costaria.

ROMANCE DE JULIANESA, HIJA DEL EMPERADOR.

(Anónimo.)

Arriba, canes, arriba,
Que rabia mala vos mate,
En jueves matais el puerco,
Y en viernes comeis la carne.
Ya hace hoy los siete años
Que ando por aqueste valle,
Pues traigo los piés descalzos,
Las uñas corriendo sangre,
Y como las carnes crudas,
Y bebo la roja sangre,
Busco triste á Julianesa,
La hija del emperante,
Pues me l'han tomado moros
Mañanica de Sant Juane,
Cogiendo rosas y flores
En un vergel de su padre.—
Oídolo ha Julianesa,
Que en brazos del moro estae:

Las lágrimas de sus ojos
Al moro dan en la face.

ROMANCE DE D. DUARDOS Y FLÉRIDA.

(Anónimo.)

En el mes era de abril,
De mayo antes un dia,
Cuando los lirios y rosas
Muestran mas su alegría,
En la noche mas serena
Qu' el cielo hacer podria,
Cuando la hermosa infanta
Flérida ya se partia,
En la huerta de su padre
A los árboles decia:
—Jamas en cuanto viviere
Os veré tan solo un dia,
Ni cantar los ruiseñores
En los ramos melodía.
Quédate á Dios, agua clara,
Quédate á Dios, agua fria,
Y quedad con Dios, mis flores,
Mi gloria, que ser solia.
Voime á las tierras estrañas,
Pues ventura allá me guia.
Si mi padre me buscare,
Que grande bien me queria,
Digan que el amor me lleva,
Que no fué la culpa mia.
Tal tema tomó conmigo,
Que me forzó su porfía.
Triste no sé dónde voy,
Ni nadie me lo decia.—
Allí habló don Duardos:
—No lloreis mas, mi alegría,
Que en los reinos de Inglaterra
Mas claras aguas habia,
Y mas hermosos jardines,
Y vuestros, señora mia:
Terneis trecientas doncellas
De alta genealogía;
De plata son los palacios
Para vuestra señoría;
D'esmeraldas y jacintos
Toda la tapicería;
Las cámaras ladrilladas
D'oro fino de Turquía,
Con letreros esmaltados
Que cuentan la vida mia,
Contando vivos dolores
Que me dístedes un dia.
Cuando con Primaleon
Fuertemente combatia,
Señora, vos me matastes,
Que yo á él no lo temia.—
Sus lágrimas consolaba
Flérida, que esto oia,
Y fuéronse á las galeras
Que don Duardos habia:
Cincuenta eran por todas,
Todas van en compañía.
Al son de sus dulces remos
La infanta se adormecia
En brazos de don Duardos,
Que bien le pertenecia.
Sepan cuantos son nacidos
Aquesta sentencia mia:
«Que contra muerte y amor
Nadie no tiene valía.»

ROMANCE DEL CONDE DE NARBONA Y EL SOLDAN DE BABILONIA.

(Anónimo.)

Del soldan de Babilonia,
De ese os quiero decir,
Que le dé Dios mala vida
Y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
Pasan de sesenta mil,
Para ir á dar combate
A Narbona la gentil.
Allá van á echar ancóras,
Allá al puerto de Sant Gil,
Donde han captivado al conde,
Al conde Benalmeniqui,
Deciéndenlo de una torre,
Cabálganlo en un rocin,
La cola le dan por riendas
Por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al conde
Y otros tantos al rocin;
Al rocin porque anduviese,
Y al conde por lo rendir.
La condesa que lo supo,
Saléselo á recibir:
Pésame de vos, señor
Conde, de veros así.
Daré yo por vos, el conde,
Las doblas sesenta mil,
Y si no bastaren, conde,
A Narbona la gentil.
Si esto no bastare, el conde,
Tres hijas que yo parí:
Yo las pariera, buen conde,
Vos las hubisteis en mí;
Y si no bastare, conde,
Señor, védesme aquí á mí.
—Muchas mercedes, condesa,
Por vuestro tan buen decir:
No dedes por mí, señora,
Tan solo un maravedí,
Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir.
A Dios, á Dios, la condesa,

Que me mandan ir de aquí.
— Váyades con Dios, el conde,
Y con gracia de sant Gil:
Dios os eche en vuestra suerte
A ese soldan Paladin.

ROMANCE DEL CONDE D. MARTIN Y DE DOÑA BEATRIZ.

(Anónimo.)

Bodas hacian en Francia
Allá dentro de Paris;
¡Cuán bien que guia la danza
Esta doña Beatriz!
¡Cuán bien que se la miraba
El buen conde don Martin!
—¿Que mirais aquí, buen conde?
Conde, ¿qué mirais aquí?
¿Decid si mirais la danza,
O si me mirais á mí?
—Que no miro yo la danza,
Porque muchas danzas ví,
Miro yo vuestra lindeza
Que me hace penar á mí.
—Si bien os parezco, conde,
Conde, saqueisme de aquí,
Que un marido me dan viejo
Y no puede ir tras mí.

ROMANCE DEL PALMERO. *(Anónimo.)*

De Mérida sale el palmero (2)
De Mérida, esa ciudade:
Los piés llevaba descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,
Que no valia un reale,
Y debajo traia otra
(Bien valia una ciudade)
Que ni rey ni emperador
No alcanzaba otra que tale.
Camino lleva derecho
De Paris, esa ciudade;
Ni pregunta por meson,
Ni menos por hospitale:
Pregunta por los palacios
Del rey Cárlos á dó estaen.
Un portero está á la puerta,
Empezóle de hablare:
—Dígadesme tú, el portero,
El rey Cárlos ¿dónde estae?—
El portero que lo vido,
Mucho maravillado se hae,
Como un romero tan pobre
Por el rey va á preguntare.
Dígadesmelo, señor,
Deso no tengais pesare.
—En misa está, buen palmero,
Allá en Sant Juan de Letrane:
Dice misa un arzobispo,
Y la oficia un cardenale.—
El palmero que lo oyera
Ibase para Sant Juane:
En entrando por la puerta
Bien vereis lo que harae.
Humillóse á Dios del cielo
Y á santa María su madre,
Humillóse al arzobispo,
Humillóse al cardenale
Porque decia la misa,
No porque merecia mase:
Humillóse al emperador
Y á su corona reale,
Humillóse á los doce
Que á una mesa comen pane.
No se humilla á Oliveros,
Ni menos á don Roldane,
Porque un sobrino que tienen
En poder de moros estae,
Y pudiéndolo hacer
No lo van á rescatare.
De que aquesto vió Oliveros,
De que aquesto vió Roldane,
Sacan ambos las espadas,
Para el palmero se vane.
Con su bordon el palmero
Su cuerpo va á mamparare.
Allí hablára el buen rey,
Bien oireis lo que dirae:
—Tate, tate, Oliveros,
Tate, tate, don Roldane,
O este palmero es loco,
O viene de sangre reale.—
Tomárale por la mano,
Y empiézale de hablare:
—Dígasme tú, el palmero,
No me niegues la verdade:
¿En qué año y en qué mes
Pasaste aguas de la mare?
—De mayo en el mes, señor,
Yo las fuera á pasare,
Porque yo me estaba un dia
A orillas de la mare
En el huerto de mi padre
Por haberme de holgare:
Captiváronme los moros,
Pasáronme allende el mare.
A la infanta de Sansueña
Me fueron á presentare;
La infanta cuando me vido
De mí se fué á enamorare;
La vida que yo tenia,
Rey, quiéroosla yo contare.
En la su mesa comia,
Y en su cama me iba á echare.—
Allí hablára el buen rey,

Bien oireis lo que dirae:
—Tal captividad como esa
Quien quiera la tomarae:
Dígasme tú, el palmerico,
¿Si la iria yo á ganare?
—No vades allá, el buen rey,
Buen rey, no vades allae,
Porque Mérida es muy fuerte,
Bien se vos defenderae.
Trecientos castillos tiene,
Que es cosa de los mirare,
Que el menor de todos ellos
Bien se os defenderae.—
Allí hablara Oliveros,
Allí habló don Roldane:
—Miente, señor, el palmero,
Miente, y no dice verdade,
Que en Mérida no hay cien castillos,
Ni noventa á mi pensare,
Y estos que Mérida tiene
No tien quien los defensare,
Que ni tenian señor,
Ni menos quien los guardare.—
Desque aquesto oyó el palmero,
Movido con gran pesare,
Alzó su mano derecha:
Dió un bofeton á Roldane.
Allí hablára el rey
Con furia y con gran pesare:
—Tomadle, la mi justicia,
Y llévedeslo á ahorcare.—
Tomádolo ha la justicia
Para habello de justiciare;
Y aun allá al pié de la horca
El palmero fuera hablare:
—¡Oh mal hubieses, rey Carlos!
Dios te quiera hacer male,
Que un hijo solo que tienes
Tú le mandas ahorcare.—
Oídolo habia la reina
Que se lo paró á mirare:
—Dejédeslo, la justicia,
No le querais hacer male,
Que si él era mi hijo
Encubrir no se podrae,
Que en un lado ha de tener
Un estremado lunare.—
Ya le llevan á la reina,
Ya se lo van á llevare:
Desnúdanle una esclavina,
Que no valia un reale;
Ya le desnudaban otra,
Que valia una ciudade:
Halládole han al infante,
Halládole han la señale.
Alegrías que se hicieron
No hay quien las pueda contare.

ROMANCE DE LA MUERTE DEL ENAMORADO D. BERNALDINO.

(Anónimo.)

Ya piensa don Bernaldino
Ir su amiga visitar,
Da voces á los sus pages
Que vestir le quieran dar.
Dábanle calzas de grana,
Borceguís de cordoban,
Un jubon rico broslado,
Que en la corte no hay su par.
Dábanle una rica gorra,
Que no se podria apreciar,
Con una letra que dice:
«Mi gloria por bien amar.»
La riqueza de su manto
No os la sabria yo contar,
Sayo de oro de martillo,
Que nunca se vió su igual.
Una blanca hacanea
Mandó luego ataviar,
Con quince mozos de espuelas
Que le van acompañar.
Ocho pages van con él,
Los otros mandó tornar;
De morado y amarillo
Es su vestir y calzar.
Allegado han á las puertas
Do su amiga solia estar;
Hallan las puertas cerradas,
Empiezan de preguntar:
—¿Dónde está doña Leonor,
La que aquí solia morar?—
Respondió un maldito viejo,
Que él luego mandó matar:
—Su padre se la llevó
Lejas tierras á habitar.—
Él rasga sus vestiduras
Con enojo y gran pesar,
Y volvióse á los palacios
Dónde solia reposar:
Puso una espada á sus pechos
Por sus dias acabar.
Un su amigo que lo supo
Veníalo á consolar,
Y en entrando por la puerta
Vídolo tendido estar.
Empieza á dar tales voces,
Que al cielo quieren llegar;
Vienen todos sus vasallos,
Procuran de lo enterrar
En un rico monumento
Todo hecho de cristal,
En torno del cual se puso
Un letrero singular:
«Aquí está don Bernaldino,
Que murió por bien amar.»

ROMANCE DEL INFANTE VENGADOR.

(Anónimo.)

Helo, helo por do viene
El infante vengador,
Caballero á la gineta
En caballo corredor.
Su manto revuelto al brazo,
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.
Con la punta del venablo
Sacaria un arador.
Siete veces fué templado
En la sangre de un dragon,
Y otras tantas fué afilado,
Porque cortase mejor:
El hierro fué hecho en Francia,
Y el asta en Aragon:
Perfilándoselo iba
En las alas de su halcon.
Iba á buscar á don Cuadros,
A don Cuadros el traidor,
Y allá le fuera á hallar
Junto del emperador:
La vara tiene en la mano,
Que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba
Si le tiraria ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
Dado ha al emperador,
Pasado le ha manto y sayo,
Que era de un tornasol:
Por el suelo ladrillado
Mas de un palmo le metió.
Allí le habló el rey,
Bien oireis lo que habló:
—¿Porque me tiraste, infante?
¿Porque me tiras, traidor?
—Perdóneme tu alteza,
Que no tiraba á tí, no;
Tiraba al traidor de Cuadros,
Ese falso engañador,
Que siete hermanos tenia,
No ha dejado, si á mí no:
Por eso delante tí,
Buen rey, lo desafio yo.—
Todos fian á don Cuadros,
Y al infante no fian, no,
Si no fuera una doncella,
Hija es del emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó:
Apeárase el infante,
La cabeza le cortó,
Y tomárala en su lanza,
Y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey
Con su hija lo casó.

ROMANCE DE MORIANA Y EL MORO GALVAN.

(Anónimo.)

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvane;
Juegan los dos á las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde,
Bien perdia una ciudade;
Cuando Moriana pierde,
La mano le ha de besare:
Del placer que el moro toma
Adormecido se cae.
Por aquellos altos montes
Caballero vió asomare,
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre,
De amores de Moriana,
Hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
La mañana de San Juane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
Conociérale en mirarle;
Lágrimas de los sus ojos
En la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
Y empezára de hablare:
—¿Que es esto, la mi señora?
¿Quien os ha hecho pesare?
Si os enojaron mis moros,
Luego los haré matare,
O si las vuestras doncellas,
Harélas bien castigare;
Y si pesar los cristianos,
Yo los iré conquistare.
Mis arreos son las armas,
Mi descanso el peleare,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velare. (3)
—No me enojaron los moros,
Ni los mandeis vos matare;
Ni menos las mis doncellas
Por mí reciben pesare;
Ni tampoco los cristianos
Cumple de los conquistare;
Pero deste sentimiento
Quiero decir la verdade:
Que por los montes aquellos
Caballero vi asomare,

El cual pienso que es mi esposo,
Mi querido, mi amor grande. —
Alzó la mano el moro,
Un bofeton le fué á dare:
Los dientes teniendo blancos
De sangre vuelto los hae,
Y mandó que sus porteros
La lleven á degollare,
Allí do viera su esposo
En aquel mismo lugare.
Al tiempo de la su muerte
Estas palabras fué hablare:
— Yo muero como cristiana,
Y tambien sin confesare
Mis amores verdaderos
De mi esposo naturale.

ROMANCE DE LA INFANTINA. *(Anónimo.)*

A cazar va el caballero,
A cazar como solia;
Los perros lleva cansados,
El falcon perdido habia;
Arrimárase á un roble,
Alto es á maravilla.
En una rama mas alta,
Viera estar una infantina;
Cabellos de su cabeza
Todo aquel roble cubrian.
— No te espantes, caballero,
Ni tengas tamaña grima,
Hija soy yo del buen rey
Y la reina de Castilla:
Siete fadas me fadaron
En brazos de un ama mia,
Que andase los siete años
Sola en esta montiña.
Hoy se cumplian los siete años
O mañana en aquel dia:
Por Dios te ruego, caballero,
Llévesme en tu compañía,
Si quisieres por muger,
Si no, sea por amiga.
— Esperaisme vos, señora,
Hasta mañana aquel dia,
Iré yo á tomar consejo
De una madre que tenia. —
La niña le respondiera
Y estas palabras decia:
— ¡Oh mal haya el caballero
Que sola deja la niña!
El se va á tomar consejo
Y ella queda en la montiña. —
Aconsejóle su madre
Que la tome por amiga.
Cuando volvió el caballero
No hallára la infantina,
Vídola que la llevaban
Con muy gran caballería.
El caballero que la vido
En el suelo se caia:
Desque en sí hubo tornado
Estas palabras decia:
— Caballero que tal pierde,
Muy gran pena merescia:
Yo mesmo seré el alcalde,
Yo me seré la justicia:
Que me corten pies y manos
Y me arrastren por la villa.

ROMANCE DE RICO FRANCO. *(Anónimo.)*

A caza iban, á caza
Los cazadores del rey,
No hallaban en ellos caza
Ni hallaban que traer.
Perdido habian los falcones,
Mal los amenaza el rey;
Arrimáranse á un castillo
Que se llamaba Maynés.
Dentro estaba una doncella
Muy hermosa y muy cortés.
Siete condes las demandan,
Y así hacen reyes tres.
Robárala Rico Franco,
Rico Franco aragonés:
Llorando iba la doncella
De sus ojos tan cortés.
Halágala Rico Franco,
Rico Franco aragonés.
— Si lloras tu padre ó madre,
Nunca mas vos los vereis,
Si lloras los tus hermanos,
Yo los maté todos tres.
— Ni lloro padre ni madre,
Ni hermanos todos tres;
Mas lloro la mi ventura
Que no sé cuál ha de ser.
Prestédesme, Rico Franco,
Vuestro cuchillo lugues,
Cortaré fitas al manto,
Que no son para traer. —
Rico Franco de cortese
Por las tachas lo fué tender.
La doncella, que era artera,
Por los pechos se los fué á meter:
Así vengó padre y madre,
Y aun hermanos todos tres.

(Anónimo.)

Blanca sois, señora mia,
Mas que no el rayo del sol:
¿Si la dormiré esta noche
Desarmado y sin pavor.
Que siete años habia, siete

Que no me desarmo, no?
Mas negras tengo mis carnes
Que no un tiznado carbon.
—Dormidla, señor, dormidla,
Desarmado sin temor,
Que el conde es ido á la caza
A los montes de Leon.
—Rabia le mate los perros
Y águilas el su halcon,
Y del monte hasta casa
A él arrastre el moron.—
Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó:
—¿Qué haceis, la blanca niña,
Hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos,
Péinolos con gran dolor,
Que me dejais á mí sola
Y á los montes os vais vos.
—Esas palabras, la niña,
No eran sino traicion;
¿Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?
—Señor, era de mi padre,
Y envióle para vos.
—¿Cuyas son aquellas armas
Que estáu en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano,
Y hoy vos las envió.
—¿Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?
—Tomadla, conde, tomadla,
Matadme con ella vos.
Que aquesta muerte, buen conde,
Bien os la merezco yo.

(Anónimo.)

Compañero, compañero,
Casóse mi linda amiga,
Casóse con un villano
Que es lo que mas me dolia.
Irme quiero á tornar moro
Allende la morería:
Cristiano que allá pasare
Yo le quitaré la vida.
—No lo hagas, compañero,
No lo hagas por tu vida,
De tres hermanas que tengo
Darte he yo la mas garrida,
Si la quieres por muger,
Si la quieres por amiga.
—Ni la quiero por muger,
Ni la quiero por amiga,
Pues que no pude gozar
De aquella que mas queria.

(Anónimo.)

Malas mañas, habeis, tio,
No las podeis olvidare,
Mas precíais matar un puerco
Que ganar una ciudade.
Vuestros hijos y muger
En poder de moros vane.
Los hijos en una cebra,
Y la madre en un cordale.
La muger dice: «¡Ay marido!»
Los hijos dicen: «¡Ay padre!»
De lástima que les hube
Yo me los fuera á quitare:
Heridas traigo de muerte,
Dellas no puedo escapare.
Apretádmelas, mi tio,
Con tocas de caminare.
Ya le aprieta las heridas,
Comienzan de caminare.—
A vuelta de su cabeza
Caido lo vido estare,
Allá se le fué á caer
Dentro del rio Jordane;
Como fué dentro caido,
Sano le vió levantare.

(Anónimo.)

Triste estaba el caballero,
Triste está sin alegría,
Con lágrimas y sospiros
A grandes voces decia:
—¿Que fuerza pudo apartarme
De veros, señora mia?
¿Cómo vivo siendo ausente
De la gloria que tenia?
Con los ojos de mi alma
Os contemplo noche y dia,
Y con estos que os miraba
Lloro el mal que padecia.
Maldigo la triste ausencia,
Alabo mi fantasía,
Porque en ella resplandece
Lo que tanto ver queria.
Aquí se aviva mi pena,
Y esfuérzala mi porfía
Del fuego de mi deseo,
Que en mis entrañas ardía.

(Anónimo.)

Atan alta va la luna
Como el sol á medio dia,
Cuando el buen conde Aleman
Con esa dama yacia.
No lo sabe hombre nacido
De cuantos en corte habia,

Sino solo la condesa.
Esa condesa su hija.
Así la dueña la hablára,
De esta manera decia:
—Cuanto viéredes, condesa,
Cuanto viéredes, encobrildo,
Daros ha el conde Aleman
Un manto de oro fino.
—Mal fuego le queme, madre,
El manto de oro fino,
Cuando en vida de mi padre
Tuviese padrastro vivo.—
De allí se fuera llorando,
Al conde su padre ha visto.
—¿Porqué llorais, la condesa?
Decid, ¿quién llorar os hizo?
—Yo me estaba aquí comiendo,
Comiendo sopas en vino,
Entró el conde Aleman,
Y echólas por el vestido.
—Calleis, mi hija, calleis,
No tomeis deso pesar,
Que el conde es niño y mochacho,
Hacerlo ha por burlar.
—Cuando me tomó en sus brazos
Non me quiso respetar.
—Si él os tomó en sus brazos
Y con vos quiso holgar,
En antes que el sol saliese
Yo lo mandaré matar.

ROMANCE DE LA INFANTINA
Y EL HIJO DEL REY DE FRANCIA.

(Anónimo.)

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí,
Que ni puedo andar en pié,
Ni al emperador servir,
Pues me crece la barriga
Y se me acorta el vestir:
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan el vestir;
Míranse unas á otras,
No hacen sino reir:
Vergüenza he de mis caballeros,
Los que sirven ante mí,
—Lloraldo, dijo, señora,
Que así hizo mi madre á mí;
Hijo soy de un labrador,
Mi madre y yo pan vendí.—
La infanta desque esto oyera
Comenzóse á maldecir:
—Maldita séa la doncella
Que se deja seducir.
—No os maldigais vos, señora,
No os querais vos maldecir,
Que hijo soy del rey de Francia,
Mi madre es doña Beatriz:
Cien castillos tengo en Francia,
Señora, para os guarir,
Cien doncellas me los guardan,
Señora, para os servir.

(Juan de Rivera.)

Paseábase el buen conde
Todo lleno de pesar,
Cuentas negras en sus manos
Do suele siempre rezar;
Palabras tristes diciendo,
Palabras para llorar.
—Vóos, hija, crecida,
Y en edad para casar;
El mayor dolor que siento
Es no tener que os dar.
—Calledes, padre, calledes,
No debeis tener pesar,
Que quien buena hija tiene
Rico se debe llamar;
Y el que mala la tenia,
Viva la puede enterrar,
Pues amengua su linage
Que no debiera amenguar,
Y yo, si no me casare,
En religion puedo entrar.

(El mismo.)

Caballero de lejas tierras,
Llegaos acá, y pareis,
Hinquedes la lanza en tierra,
Vuestro caballo arrendeis,
Preguntaros he por nuevas
Si mi esposo conoceis.
—Vuestro marido, señora,
Decid, ¿de qué señas es?
—Mi marido es mozo y blanco,
Gentil hombre y bien cortés,
Muy gran jugador de tablas,
Y tambien del ajedrez.
En el pomo de su espada
Armas trae de un marques,
Y un ropon de brocado
Y de carmesí el envés:
Cabe el fierro de la lanza
Trae un pendon portugues,
Que ganó en unas justas
A un valiente frances.
—Por esas señas, señora,
Tu marido muerto es:
En Valencia le mataron
En casa de un ginoves:
Sobre el juego de las tablas
Lo matára un milanes.

Muchas damas lo lloraban,
Caballeros con arnes,
Sobre todo lo lloraba
La hija del ginoves;
Todos dicen á una voz
Que su enamorada es:
Si habeis de tomar amores,
Por otro á mí no dejeis.
— No me lo mandeis, señor,
Señor, no me lo mandeis,
Que antes que eso hiciese,
Señor, monja me vereis.
— No os metais monja, señora,
Pues que hacello no podeis,
Que vuestro marido amado
Delante de vos lo teneis.

(Anónimo.)

Ese conde Cabreruelo,
Con el rey come á la mesa,
¡ Oh cuán mal que se abaldona
A toda mujer agena!
Apuesta que no hay ninguna
(¡ Ved cuán mal pensada apuesta!)
Si le escucha dos razones
Que de amores no la venza.
Como el amor atrevidas,
Como la fortuna ciegas,
Como el honor peligrosas,
Como la mentira inciertas,
Así jura que son todas:
¡ Falsa jura ¡ ! injusta tema!
La reina que tal escucha
Dió sañuda tal respuesta;
— Todas malas no es posible,
Ni es posible todas buenas:
Yerbas hay que dan la vida,
Y quitan la vida yerba.
Traidores hombres del mundo
Han hecho traidoras hembras,
Dellos aprendieron culpas,
Si culpas cometen ellas.
Ellos hablan, ellas oyen,
Y de mentiras discretas
Dichas hoy, dichas mañana,
¿ Quién habrá que se defienda ?
Favorecidos se alaban,
Disfaman si los desprecian;
La que los escucha es fácil,
La que no les habla es necia.
Cuantas nacen, cuantas viven,
Por agüero de su estrella,
Al que menos las merece
Se inclinan con mayor fuerza.
Muchas quejas, muchos dones,
¡ Qué mucho que á muchas prendan!
Ejemplo es la piedra dura,
Que agua continua la mella.
Enmendaos, amigo conde,
Y de hoy mas las damas sean
Vuestro honor, no vuestro ultraje,
Vuestra paz, no vuestra guerra:
Levantad la parte humilde
Que es hazaña de alta empresa:
Todos de muger nacimos;
Volvamos todos por ellas.

ROMANCES CABALLERESCOS

DE LA TABLA REDONDA,

CON LOS DE CARLO MAGNO Y LOS DOCE PARES.

ROMANCE DE AMADIS DE GAULA.

(Anónimo.)

En la selva está Amadis
El leal enamorado,
Tal vida estaba haciendo
Cual nunca hizo cristiano.
Cilicio trae vestido
A sus carnes apretado,
Con diciplinas destruye
Su cuerpo muy delicado.
Llagado de las heridas,
Y en su señora pensando,
No se conoce en su gesto
Segun lo trae delgado.
De ayunos y de abstinencias
Andaba debilitado,
La barba trae crecida,
Deste mundo se ha apartado;
Las rodillas tiene en tierra,
Y en su corazon echado,
Con gran humildad os pide
Perdon si habia errado.
Al alto Dios poderoso

Por testigo ha publicado,
Y acordádosele habia
Del amor suyo pasado,
Que así le derribó
De su sentido y estado.
Con estas grandes pasiones
Amortecido ha quedado
El mas leal amador
Que en el mundo fué hallado.

I.—ROMANCE DE LANZAROTE DEL LAGO.

(Anónimo.)

Tres hijuelos habia el rey,
Tres hijuelos, que no mas;
Por enojo que hubo de ellos
Todos malditos los ha.
El uno se tornó ciervo,
El otro se tornó can,
El otro, que se hizo moro,
Pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
Entre las damas holgando,
Grandes voces dió la una:
—Caballero, estad parado:
Si fuese la mi ventura,
Cumplido fuese mi hado
Que yo casase con vos,
Y vos conmigo de grado,
Y me diésedes en arras
Aquel ciervo del pié blanco.
—Dároslo he yo, mi señora,
De corazon y de grado,
Si supiese yo las tierras
Donde el ciervo era criado.—
Ya cabalga Lanzarote,
Ya cabalga y va su via,
Delante de sí llevaba
Los sabuesos por la trailla.
Llegado habia á una ermita,
Donde un ermitaño habia:
—Dios te salve, el hombre bueno.
—Buena sea tu venida:
Cazador me pareceis
En los sabuesos que traia.
—Dígasme tú, el ermitaño,
Tú que haces santa vida,
Ese ciervo del pié blanco
¿Dónde hace su manida?
—Quedaos aquí, mi hijo,
Hasta que sea de dia,
Contaros he lo que ví
Y todo lo que sabia.
Por aquí pasó esta noche
Dos horas antes del dia,
Siete leones con él
Y una leona parida:
Siete condes deja muertos,
Y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo,
Por do quier que fuer tu ida,
Que quien acá te envió
No te queria dar la vida.
¡Ay dueña de Quintañones!
De mal fuego seas ardida,
Que tanto buen caballero
Por tí ha perdido la vida.

II.—ROMANCE DE LANZAROTE DEL LAGO.

(Anónimo.)

Nunca fuera caballero (4)
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,
Que dueñas curaban dél,
Doncellas del su recino.
Esa dueña Quintañona,
Esa le escanciaba el vino.
La linda reina Ginebra
Se lo acostaba consigo;
Y estando al mejor sabor,
Que sueño no habia dormido,
La reina toda turbada
Un pleito ha conmovido.
—Lanzarote, Lanzarote,
Si antes hubieras venido,
No hablára el orgulloso
Las palabras que habia dicho,
Que á pesar de vos, señor,
Se acostaria conmigo.—
Ya se arma Lanzarote
De gran pesar conmovido,
Despídese de su amiga,
Pregunta por el camino,
Topó con el orgulloso
Debajo de un verde pino,
Combátense, de las lanzas
A las hachas han venido.
Ya desmaya el orgulloso,
Ya cae en tierra tendido,
Cortárale la cabeza,
Sin hacer ningun partido:
Volvióse para su amiga
Donde fué bien recibido.

ROMANCE DE TRISTAN DE LEONIS.

(Anónimo.)

Ferido está don Tristan
De una muy mala lanzada,
Diérasela el rey su tio
Que zeloso dél estaba.
El fierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tembla el asta:
Valo á ver la reina Iseo

Mas al que menos te teme
Le huyes por mas penare.
¿Quién le llevará las nuevas
Amargas de gran pesare
A la triste madre vuestra?
¿Quien la podrá consolare?
Siempre lo oí decir,
Agora veo ser verdade,
Que quien larga vida vive
Mucho mal ha de pasare:
Por un placer muy pequeño
Pesares ha de gustare.—
Destas palabras y otras
No cesaba de hablare,
Llorando de los sus ojos
Sin poderse conhortare.
Esforzóse Baldovinos
Con el angustia mortale,
Cuando conoció á su tio
Alivio fuera á tomare:
Tomóle entrambas las manos,
Muy recio le fué apretare,
Disimulando su pena
Comenzó al marques á hablare.
— No lloredes, señor tio,
Por Dios no querais llorare,
Que me dais doblada pena
Y al alma haceis penare;
Mas lo que yo os encomiendo,
Es por mí querais rogare,
Y no me desampareis
En este esquivo lugare,
Hasta que yo haya espirado,
No me querados dejare:
Encomiendoos á mi madre,
Vos la querais consolare,
Que bien creo que mi muerte
Su vida habrá de acabare;
Encomiendoos á mi esposa,
Por ella querais mirare;
El mayor dolor que siento
Es no le poder hablare,—
Ellos estando en aquesto
Su escudero fué á llegare:
Un ermitaño traia
Que en el bosque fué á hallare,
Hombre de muy santa vida,
Del orden sacerdotale,
Cuando llegó el ermitaño
El alba queria quebrare;
Esforzando á Baldovinos,
Comenzóle amonestare
Que olvidando aqueste mundo,
De Dios se quiera acordare.
A parte se fué el marques
Por dalles mejor lugare,
El escudero á otra parte
Tambien se fuera apartare:
El marques de quebrantado
Gran sueño le fué á tomare.
Confesóse Baldovinos
A toda su voluntade,
Estando en su confesion,
Ya que queria acabare,
Las angustias de la muerte
Comienzan de le aquejare:
Con el dolor que sentia
Una gran voz fuera á dare;
Llama á su tio el marques,
Comenzó asi de hablare;
—A Dios, á Dios, mi buen tio,
A Dios os querais quedare,
Que yo me voy de este mundo
Para la mi cuenta dare:
Lo que os ruego y encomiendo
No lo querais olvidare:
Dadme vuestra bendicion,
La mano para besare.—
Luego perdiera el sentido,
Luego perdiera el hablare,
Los dientes se le cerraron,
Los ojos vuelto se le hane.
Recordó luego el marques,
A él se fuera á llegare,
Muchas veces lo bendice
No cesando de llorare.
Absolvióle el ermitaño,
Por él comienza á rezare,
Y á cabo de poco rato
Baldovinos fué á espirare.
El marques de verlo así
Amortescido se hae,
Consuélalo el ermitaño,
Muchos ejemplos le dae:
El marques como discreto
Acuerdo fuera á tomare,
Pues remediar no se puede,
A haberse de conhortare.
Lo que hacia el escudero
Lástima era de mirare,
Rascuñaba la su cara
Sus ropas rasgado hae,
Sus barbas y sus cabellos
Por tierra los va á lanzare,
A cabo de una gran pieza,
Que ambos cansados estane,
El marques al ermitaño
Comienza de preguntare:
— Pidoos por Dios, padre honrado,
Respuesta me querais dare:
¿Donde estamos, ó en que reino,
En qué señorío ó lugare?
¿Como se llama esta tierra?
¿Cuya es, y á que mandare?—
El ermitaño responde:
— Pláceme de voluntade;

Debeis de saber, señor,
Que esta tierra sin poblare
Otro tiempo fué poblada,
Despobló se por gran male,
Por batallas muy crueles
Que hubo en la cristiandade:
A esta llaman la Floresta
Sin ventura y de pesare,
Porque nunca caballero
En ella acaeció entrare
Que saliese sin gran daño
O desastre desiguale.
Esta tierra es del marques
De Mantua, la gran ciudade,
Hasta Mantua son cien millas
Sin poblado ni lugare,
Sino sola una ermita
Que á seis millas de aquí estae,
Donde yo hago mi vida
Por del mundo me apartare:
El mas cercano poblado
A veinte millas estae,
Es una villa cercada
Del ducado de Milane.
Ved lo que quereis, señor,
En que yo os pueda ayudare,
Que por servicio de Dios
Lo haré de voluntade,
Y por vuestro acatamiento,
Y por hacer caridade.—
El marques que aquesto oyera
Comenzóle de rogare
Que no recibiese pena
De con el cuerpo quedare,
Mientras él y el escudero
El caballo van buscare
Que allí cerca habia dejado
En un prado á descansare.
Plúgole al ermitaño
Allí haberlos de esperare:
El marques y el escudero
El caballo van buscare,
Por el camino do iban
Comenzóle á preguntare:
—Dígasme, buen escudero,
Si Dios te quiera guardare,
¿Que venia tu señor
Por esta tierra buscare,
Y por qué causa lo han muerto,
Y quien le fuera á matare?—
Respondióle el escudero,
Tal respuesta le fué á dare:
—Por la fe que debo á Dios
Yo no lo puedo pensare,
Porque no lo sé, señor;
Lo que ví os quiero contare.
Estando dentro en Paris
En cortes del emperante,
El príncipe don Carlote
A mi señor envió á llamare;
Estuvieron en secreto
Todo el dia en su hablare,
Cuando la noche cerró
Ambos se fueron á armare.
Cabalgaron á caballo,
Salieron de la ciudade
Armados de todas armas
A guisa de peleare;
Yo salí con Baldovinos
Y con don Carloto un page:
Ayer hubo quince dias
Salimos de la ciudade.
Luego cuando aquí llegamos
A este bosque de pesare,
Mi señor y don Carloto
Mandaron nos esperare:
Solos se entraron los dos
Por aquel espeso valle;
El page estaba cansado,
Gran sueño le fué á tomare,
Yo pensando en Baldovinos
No podia reposare.
Apartéme del camino,
En un árbol fuí á pujare,
A todas partes miraba
Cuando los veria tornare.
A cabo de un grande rato
Caballo oí relinchare,
Ví venir tres caballeros,
Mi señor no ví tornare;
Venian bañados en sangre,
Luego ví mala señale;
El uno era don Carloto,
Los dos no pude notare;
Con gran miedo que tenia
No les osé preguntare
Dó quedaba Baldovinos,
Dó le fueran á dejare:
Mas abajéme del arbol,
Entré por aquel pinare;
Desque los ví trasponer,
Yo comencé de buscare
A mi señor Baldovinos,
Mas no lo podia hallare:
El rastro de los caballos
No dejaba de mirare.
A la entrada de un llano,
Al pasar de un arenale,
Ví huella de otro caballo,
La cual me pareció male;
Ví mucha sangre por tierra,
De que me fuí á espantare,
En la orilla del rio
El caballo fuí á hallare,
Mas adelante no mucho
A Baldovinos ví estare,

Boca abajo estaba en tierra
(Ya casi queria espirare),
Todo cubierto de sangre,
Que apenas podia hablare.
Levantáralo de tierra,
Comencéle de limpiare,
Por señas me demandó
Confesor fuese á buscare.
Esto es, noble señor,
Lo que sé deste gran male.—
En estas cosas hablando
El caballo van topare,
Cabalgó en él el marques,
Y á las ancas le fué á tomare;
A do quedó el ermitaño
Presto tornado se hane.
Desque hablaron un rato
Acuerdo van á tomare
Que se fuesen á la ermita,
Y el cuerpo allá lo llevare,
Ponénlo encima el caballo,
Nadie quiso cabalgare,
El ermitaño los guia,
Comienzan de caminare,
Llevan via de la hermita
Aprisa y no de vagare.
Desque allá hubieron llegado
Van el cuerpo desarmare,
Quince lanzadas tenia,
Cada una era mortale,
Que de la menor de todas
Ninguna podria escapare.
Cuando así lo vió el marques
Traspasóse de pesare,
Y á cabo de una gran pieza
Un gran sospiro fué á dare,
Entró dentro en la capilla,
De rodillas se fué á hincare,
Puso la mano en un ara
Que estaba sobre el altare,
Y en los piés de un crucifijo
Jurando, empezó de hablare:
—Juro por Dios poderoso
Por santa María su madre,
Y al santo sacramento
Que aquí suelen celebrare,
De nunca peinar mis canas,
Ni las mis barbas cortare,
De no vestir otras ropas
Ni renovar mi calzare,
De no entrar en poblado,
Ni las armas me quitare
(Si no fuere una hora
Para mi cuerpo limpiare),
De no comer en manteles,
Ni á mesa me asentare,
Hasta matar á Carloto,
Por justicia ó peleare,
O morir en la demanda
Manteniendo la verdade,
Y si justicia me niega
Sobre esta tan gran maldade,
De con mi estado y persona
Contra Francia guerreare,
Y manteniendo la guerra
Morir ó vencer sin pare;
Y por este juramento
Promete de no enterrare
El cuerpo de Baldovinos
Hasta su muerte vengare.—
De que aquesto hubo jurado
Mostró no sentir pesare;
Rogando está al ermitaño
Que le quisiese ayudare
Para llevar aquel cuerpo
Al mas cercano lugare.
El ermitaño piadoso
Su bestia le fué á dejare,
Amortajaron el cuerpo,
En ella lo van á posare,
Con armas de Baldovinos
El marques se fué á armare:
Cabalgára en su caballo,
Comienza de caminare.
Camino van de la villa
Que arriba oistes nombrare,
Con él iba el ermitaño
Por el camino mostrare.
Antes que á la villa lleguen
Una abadía van hallare
De la órden de san Bernardo
Que en una montaña estae,
A la bajada de un puerto
Y á la entrada de un lugare.
Allá se fué el marques
Y allí acordó quedare
Por estar mas encubierto
Y el cuerpo en guarda dejare,
Hasta hacelle un ataud
Y habello de embalsamare.
Al ermitaño rogaba
Dineros quiera tomare,
Desque dineros no quiso,
Sus ricas joyas le dae:
No quiso ninguna cosa,
Su bestia fué á demandare,
Despidióse del marques,
A Dios le fué á encomendare;
Despues de ser despedido
Para su ermita se vae;
Por el camino do vuelve
A muchos topado hae
Que al marques iban buscando,
Llorando por le hallare.
Muchos por él preguntaban,
Las señales ciertas dane,

Por las señas que le dieron
Él conocido lo hae,
Y á todos les respondia:
—Yo os digo cierto verdade,
Que un hombre de tales señas,
Que no só quien es ni cuale,
Dos dias ha que le acompaño
Sin saber adónde vae:
Dejélo en un abadía
Que dicen de Floresvalle,
Con un caballero muerto
Que acaso fuera á hallare:
Si allá quereis ir, señores,
Hallaréislo de verdade.

II. — SENTENCIA DADA CONTRA DON CARLOTO.

(Anónimo.)

En el nombre de Jesus
Que todo el mundo ha formado,
Y de la Virgen su madre,
Que de niño lo ha criado:
Nosotros Dardin Dardeña,
Delfin en Francia llamado;
Don Alberto y don Reinero,
De tres estados nombrado,
El conde de Flandes viejo,
Consejero delegado,
Con el duque de Borgoña,
El primero en el juzgado,
Con el buen duque don Cárlos,
El regente, el sargentado,
Con el duque de Borbon
Don Grimalte, fiel cuñado
Del muy alto emperador,
Con la su hermana casado;
El buen viejo don Beltrane
Con el conde de Foyxano,
Y el conde don Galalon
Con el duque de Bibiano,
Con el duque de Saboya,
Que venturas ha buscado,
Con el duque de Ferrara
Don Arnao, el gran Bastardo,
El almirante Guarinos,
En los mares estimado;
Don Renaldos de Belanda,
Condestable diputado
En el lugar y mandar
Del sumo emperador Carlo:
Todos juntos en consejo
Y acuerdo deliberado,
Vista la requisicion
Qu'el buen marques nos ha dado,
Vista tambien la demanda
Qu'el mesmo ha procesado,
Vistas todas las respuestas
Que don Carloto ha enviado,
El proceso todo entero
Con gran fe desaminado,
Lo que venia de justicia
Y de derecho mirado,
Ni al uno por el otro
El derecho no quitado,
Teniendo á Dios en la piensa
Y en los ojos presentado;
Visto que claro paresce
Por lo que se ha alegado,
Que segun la ley divina
Quien mata ha de ser matado,
Con cuchillo ó sin cuchillo
A tal acto ejercitado;
Y visto que traicion
Don Carloto ha intentado
En matar á Baldovinos
En un bosque despoblado,
Segun que claro se muestra
Por la confesion que ha dado
Don Carloto á la demanda
Qu' el marques ha presentado;
Visto que punto por punto
El delito ha confesado
Por la pena del tormento
Aunque lo habia negado;
Y visto que nada obsta
Qu' él le haya sojuzgado
A la real audiencia,
Pues que le han perdonado:
Lo que viene de justicia,
Nada otro no mirado,
Por esta nuestra sentencia,
Cada cual bien informado
Del hecho de la verdad,
Segun que se ha confesado,
Condenamos á Carloto:
Primero, á ser arrastrado
Por el campo y por la arena
Por un rocin mal domado:
Despues de lo cual queremos
Que sea descabezado
En un alto cadahalso,
Do pueda ser bien mirado
De fuera de la ciudad
Por donde será llevado;
Despues de lo cual cumplido,
Y aquesto ser acabado,
Le corten manos y piés
Porque quede mas pagado,
Y despues de aquesto hecho
Que sea descuartizado:
Lo cual cumplido, queremos
Sea un edificio obrado
De piedra muy bien labrada

Y de canto bien picado,
Que sea en lo venidero
Memoria de lo pasado
Del caso de Baldovinos
Y de cómo fué vengado. —
Don Carloto temeroso,
Aunque era muy esforzado,
Tremecióse cuando oyó
Lo que se ha publicado.
Esforzóse cuanto pudo,
Una pluma ha demandado;
Diéronle tinta y papel,
Una carta ha ordenado;
Con un page que allí estaba
A don Roldan la ha enviado.
Nadie sabe lo que envia,
Para vello se ha apartado
Don Roldan, leyó la carta,
Todo se ha alterado;
Él de cierto bien quisiera
Dar remedio en lo rogado.
Doloroso y pensativo
Un poco tiempo ha quedado,
Duda si debe hacer
Lo que le fué suplicado,
O si deba dar desvío
A lo que le es recitado:
Hallóse puesto en gran duda,
En gran estrecho y cuidado;
El amor dice que haga,
El temor teme el mandado
Dese sumo emperador
Que al marques ha asegurado:
Mas al fin quiere la sangre
Perder por la sangre estado.
Delibera hacer respuesta
Que no esté atemorizado,
Que con parientes y amigos
El saldrá al campo armado
Con el deseo de perder
La vida, ó ser remediado.
Sin que gran rato pasase
Fué don Carloto informado
De lo que ordena Roldan,
De lo que fué algo gozado;
Quiérelo disimular,
Mas no pudo ser celado.
Allégase el condestable,
Y el papel le ha tomado:
Leido que fué el papel,
Por Paris se ha divulgado
Que don Roldan hace gente
Y que ejército ha juntado.
El emperador lo sabe,
Al marques ha avisado,
Manda poner á Carloto
Apercibido recaudo.
Pregonan por la ciudad
De que nadie sea osado,
So pena perder la vida,
De al otro dia ir armado.
A Roldan envió á decir
Que solo no sea osado
De mas estar en Paris
Hasta un año pasado,
So pena de ser traidor
Y por traidor publicado.
El marques, qu'el caso siente,
A Reinaldos ha enviado
Que á otro dia amaneciendo
Sea sin falta llegado
A las puertas de Paris
Con tres mil hombres d'estado;
De caballo lleve mil,
Y que no sea mudado
Hasta tanto que Carloto
En medio será tomado,
Y en el cadahalso sea puesto
Para que fué sentenciado,
Y que á cualquiera que venga
Defienda lo encomendado.
Otro dia de mañana
Todo así fué acabado,
Ya sacaban á Carloto
Con fierros muy bien ferrado,
Los pregoneros delante
Su gran maldad publicando:
Cuando fueron á la puerta,
Don Reinaldos lo ha tomado,
Y en medio toda su gente
Lo ha bien aposentado.
Cuando están en el lugar
Do ha sido sentenciado,
Delante toda Paris
Fué todo ejecutado,
Segun que por la sentencia
Fué proveido y mandado.
Así murió don Carloto,
Quedando alevosado,
Y Baldovinos viviendo,
Aunque murió, muy honrado.

III. — *(Anónimo.)*

Grande estruendo de campanas
Por todo Paris habia,
Su doloroso sonido
Las piedras entristecia
Por muerte de un caballero,
Baldovinos se decia,
Uno era de los doce,
Y de reyes descendia.
Ya lo llevan á enterrar
Con gran pompa en demasia.
Grandes mortajas y lutos,
Mucha gente le seguia.

El gran numero de hachas
Vence la lumbre del dia,
Cien pagos cabe la tumba
Que le lleva compañia;
Muchos duques, muchos condes,
Muy grande caballeria.
Cantándole va responsos
Infinita clerecía;
El gran Cardenal de Ostia
Por presbítero venia,
El arzobispo de Milan
De diácono servia,
Por subdiácono de ellos
El obispo de Aux venia.
Allá en San Juan de Letran
El aparato se hacia
De una rica sepultura
Que á las del mundo escedia.
Toda era de piedra jaspe
Y hermosa mazonería,
Y unas columnas de mármol
En donde se sostenia.
Hechas pues ya las obsequias
Como á él pertenecia,
Cíñenle estoque dorado
De muy gran precio y valia;
Métenle yelmo muy rico
De infinita pedrería;
En hábito militar,
Y armado por esta via,
Lo meten en el sepulcro,
Como usarse solia,
Quedando el cuerpo con fama,
Con gloria el alma subia.

ROMANCE DEL CONDE CLAROS DE MONTALVAN.

(Anónimo.)

Media noche era por hilo, (7)
Los gallos querian cantar,
Conde Claros por amores
No podia reposar:
Cuando muy grandes sospiros
Que el amor le hacia dar,
Porque amor de Claraniña
No le deja sosegar;
Cuando vino la mañana
Que queria alborear,
Salto diera de la cama,
Que parece un gavilan.
Voces da por el palacio
Y empezára de llamar:
— Levantaos, mi camarero,
Dadme vestir y calzar. —
Presto estaba el camarero
Para habérselo de dar.
Diérale calzas de grana,
Borceguís de cordobán,
Diérale jubon de seda
Aforrado en zarzanan,
Diérale un manto muy rico
Que no se puede apreciar,
Trescientas piedras preciosas
Al rededor del collar,
Tráele un rico caballo
Que en la corte no hay su par,
Que la silla con el freno
Bien valia una ciudad,
Con trecientos cascabeles
Al rededor del petral;
Los ciento eran de oro,
Y los ciento de metal,
Y los ciento son de plata
Por los sones concordar.
Ibase para el palacio,
Para el palacio real,
Y á la infanta Claraniña
Alli la fuera á hablar:
Trescientas damas con ella
La iban á acompañar.
Tan linda va Claraniña,
Que á todos hace penar.
Conde Claros que la vido
Luego va á descabalgar,
De rodillas en el suelo
Le comenzó de hablar:
— Mantenga Dios á tu alteza.
— Conde Claros, bien vengais
Las palabras que prosigue
Eran para enamorar.
— Conde Claros, conde Claros,
El señor de Montalvan,
¡Como habeis hermoso cuerpo
Para con moros lidiar! —
Respondiera el conde Claros,
Tal respuesta le fué á dar:
— Mejor le tengo, señora,
Para con damas holgar.
Si yo os tuviera esta noche,
Mi señora, á mi mandar,
Querria la otra mañana
Con cient moros pelear,
Y si á todos no venciese
Que me mandasen matar.
— Calledes, conde, calledes,
Y no os querais alabar;
El que quiere servir damas
Asi lo suele hablar,
Y al entrar en las batallas
Bien se saben escusar.
— Si no lo creeis, señora,
Por las obras se verá:
Siete años son pasados

Que os empecé de amar,
Que de noche yo no duermo,
Ni de dia puedo holgar.
— Siempre os preciastes, conde,
De las damas os burlar:
Mas déjame ir á los baños,
A los baños á bañar,
Cuando yo sea bañada
Estoy á vuestro mandar.—
Respondiérale el buen conde,
Tal respuesta le fué á dar:
— Bien sabedes vos, señora,
Que soy cazador real;
Caza que tengo en la mano,
Nunca la puedo dejar.—
Tomárala por la mano.
Y para un vergel se van.
A la sombra de un cipres
Y debajo de un rosal
De la cintura arriba
Tan dulces besos se dan,
De la cintura abajo
Como hombre y muger se han.
Mas fortuna que es adversa
A placeres y á pesar
Trujo allí un cazador,
Que no debia pasar,
Detras de una podenca,
Que rabia debia matar.
Vido estar al conde Claros
Con la infanta á lindo holgar:
El conde cuando lo vido
Empezóle de llamar.
—Ven acá tú, el cazador,
Y Dios te guarde de mal:
De todo lo que has visto
Que nos guardes poridad;
Daréte mil marcos de oro,
Y si mas quisieres, mas;
Casarte he con una doncella
Que era mi prima carnal;
Darte he en arras y en dote
La villa de Montalvan,
De otra parte la infanta
Mucho mas te puede dar.—
El cazador sin ventura
No les quiso escuchar,
Vase para los palacios
Adonde el buen rey está.
— Manténgate Dios, el rey,
Y á tu corona real:
Una nueva yo te traigo
Dolorosa y de pesar:
No te cumple traer corona
Ni en caballo cabalgar;
La corona de la cabeza
Bien te la puedes quitar,
Si tal deshonra como esta
La hubieses de comportar,
Que he hallado la infanta
Con Claros de Montalvan,
Besándola y abrazándola
En vuestro huerto real,
De la cintura abajo
Como hombre y muger se han.
El rey con muy grande enojo
Mandó el cazador matar,
Porque habia sido osado
De tales nuevas llevar.
Mandó llegar alguaciles
Apriesa, no de vagar:
Mandó armar quinientos hombres
Que lo hayan de acompañar
Para que prendan al conde
Y le hayan de tomar,
Y mandó cerrar las puertas,
Las puertas de la ciudad.
A las puertas de palacio
Allá le fueron á hallar:
Preso llevan al buen conde
Con mucha riguridad,
Unos grillos á los pies
Que bien pesan un quintal;
Las esposas á las manos,
Que era dolor de mirar,
Una cadena á su cuello
Que de hierro era el collar;
Cabálganle en una mula
Por mas deshonra le dar:
Metiéronle en una torre
De muy gran escuridad:
Las llaves de la prision
El rey las quiso llevar,
Porque sin licencia suya
Nadie le pudiese hablar.
Por él rogaban los grandes
Cuantos en la corte están,
Por él rogaba Oliveros,
Por él rogaba Roldan,
Y ruegan los doce pares
De Francia la natural;
Y las monjas de Sant'Ana
Con las de la Trinidad
Llevaban un crucifijo
Para el rey poder rogar:
Con ellas ya el arzobispo
Y un perlado y cardenal,
Mas el rey con grande enojo
A nadie quiso escuchar,
Antes de muy enojado
Sus grandes mandó llamar:
Cuando ya los tuvo juntos
Empezóles de hablar:
— Amigos é hijos mios,
A lo que os hice llamar,
Ya sabeis que el conde Claros,

El señor de Montalvan,
De niño yo le he criado
Hasta ponello en edad,
Y le he guardado su tierra,
Que su padre le fué á dar,
El que morir no debiera,
Reinaldos de Montalvan,
Y por hacello mas grande,
De lo mio le quise dar.
Hícele gobernador
De mi reino natural:
Él por darme galardon
Mirad en qué fué á tocar,
Que quiso forzar la infanta,
Hija mia natural.
Hombre que le tal comete
¿Qué sentencia le han de dar?—
Todos dicen á una voz
Que lo hayan de degollar;
Y así la sentencia dada
El buen rey la fué á firmar.
L'arzobispo qu'esto viera
Al buen rey fué á hablar,
Pidiéndole por merced
Licencia le quiera dar
Para ir á ver al conde
Y su muerte denunciar.
—Pláceme, dijo el buen rey,
Pláceme de voluntad,
Mas con esta condicion,
Que solo habeis de andar
Con aqueste pagecico (8)
Que le va á acompañar.—
Cuando vido estar al conde
En su prision y pesar,
Las palabras que le dice
Dolor eran de escuchar.
—Pésame de vos, el conde
Cuanto me puede pesar,
Que los yerros por amores
Dignos son de perdonar.
La desastrada caida
De vuestra suerte y ventura,
Y la nueva á mí venida,
Sabed que hace mi vida
Mas triste que la tristura;
De forma que no sé donde
Pueda yo placer cobrar;
Y como á vos no se esconde,
De vos me pesa, buen conde,
Porque así os quieren matar.
Los como vos esforzados,
Para las adversidades
Han de estar aparejados,
Tanto á sufrir los cuidados,
Como las prosperidades;
Pues el primero no fuistes
Vencido por bien amar,
No temais angustias tristes,
Que los hierros que hecistes
Dignos son de perdonar.
Por vos he rogado al rey,
Nunca me quiso escuchar,
Antes ha dado sentencia
Que os hayan de degollar;
Yo os lo dije bien, sobrino,
Que os dejásedes de amar,
Que el que á las mugeres ama
Atal galardon le dan,
Que haya de morir por ellas
Y en las cárceles penar.—
Respondió presto el buen conde
Con esfuerzo singular:
—Calledes por Dios, mi tio,
No me querais enojar,
Quien no ama las mugeres
No se puede hombre llamar;
Mas la vida que yo tengo
Por ellas quiero gastar.—
Respondióle el pagecico,
Tal respuesta le fué á dar:
—Conde, bien aventurado
Siempre os deben de llamar,
Porque muerte tan honrada
Por vos habia de pasar:
Mas envidia he de vos, conde,
Que mancilla ni pesar:
Mas quisiera ser vos, conde,
Que el rey que os manda matar,
Porque muerte tan honrada
Por mí hubiese de pasar.
Llama yerro la fortuna
Quien no la sabe gozar,
Que la priesa del cadahalso
Vos, conde, la debeis dar;
Si no es dada la sentencia,
Vos la debeis de firmar.—
El conde cuando esto oyera
Tal respuesta le fué á dar:
—Por Dios te ruego, page,
En amor de caridad,
Que vaiais á la princesa
De mi parte á le rogar,
Que suplico á la su alteza
Que ella me salga á mirar,
Que en la hora de mi muerte
Yo la pueda contemplar,
Que si mis ojos la ven
Mi alma no ha de penar.—
Ya se parte el pagecico,
Ya se parte, ya se va,
Llorando de los sus ojos
Que queria reventar,
Topára con la princesa,
Bien oireis lo que dirá:
—Agora es tiempo, señora,

Que hayais de remediar,
Que á vuestro querido el conde
Lo llevan á degollar. —
La infanta que esto oyera
En tierra muerta se cae;
Damas, dueñas y doncellas
No la pueden retornar,
Hasta que llegó su aya,
La que la fué á criar.
—¿Qué es aquesto, la infanta?
Aquesto ¿qué puede estar?
— ¡Ay de mí, triste, mezquina!
Qué no sé qué puede estar,
Que si al conde me matan,
Yo habré de desesperar.
— Saliésedes vos, mi hija,
Saliésedeslo á quitar. —
Ya se parte la infanta,
Ya se parte, ya se va:
Fuése para el mercado
Donde lo han de sacar:
Vido estar el cadahalso
En que lo han de degollar,
Damas, dueñas y doncellas
Que lo salen á mirar.
Vió venir la gente d'armas
Que lo traen á matar,
Los pregoneros delante
Por su yerro publicar:
Con el poder de la gente
Ella no podia pasar.
— Apartaos, gente d'armas,
Todos me haced lugar,
Si no.... por vida del rey,
A todos mande matar. —
La gente que la conoce
Luego le hacen lugar,
Hasta que llegó al conde
Y le empezára de hablar:
— Esforzá, esforzá, el buen conde,
Y no querais desmayar,
Que aunque yo pierda la vida
La vuestra se ha de salvar. —
El alguacil que esto oyera
Comenzó de caminar;
Vase para los palacios
Adonde el buen rey está.
— Cabalgue la vuestra alteza
Apriesa, no de vagar,
Que salida es la infanta
Para el conde nos quitar:
Los unos manda que maten,
Y los otros ahorcar:
Si vuestra alteza no acorre,
Yo no puedo remediar. —
El buen rey de que esto oyera
Comenzó de caminar,
Y fuése para el mercado,
Adonde el conde fué á hallar.
— ¿Qué es aquesto, la infanta?
Aquesto ¿qué puede estar?
¿La sentencia que yo he dado
Vos la quereis revocar?
Yo juro por mi corona,
Por mi corona real,
Que si heredero tuviese
Que me hubiese de heredar,
Que á vos y al conde Claros
Vivos os haria quemar,
— Que vos me mateis, mi padre,
Muy bien me podeis matar,
Mas suplico á vuestra alteza
Que se quiera él acordar
De los servicios pasados
De Reinaldos de Montalvan,
Que murió en las batallas
Por tu corona ensalzar:
Por los servicios del padre
Lo debes galardonar;
Por mal querer de traidores
Vos no le debeis matar,
Que su muerte será causa
Que me hayais de disfamar;
Mas suplico á vuestra alteza
Que se quiera consejar,
Que los reyes con furor
No deben de sentenciar,
Porque el conde es de linage
Del reino mas principal,
Porque él era de los doce
Que á tu mesa comen pan,
Sus amigos y parientes
Todos te querrian mal:
Revolveros han en guerra,
Los reinos se perderán. —
El buen rey cuando esto oyera
Comenzára á demandar.
— Consejo os pido, los mios,
Que me querais consejar. —
Luego todos se apartaron
Por su consejo tomar:
El consejo que le dieron
Que lo haya de perdonar
Por quitar males y bregas,
Y la princesa afamar.
Todos firman el perdon,
El buen rey lo fué á firmar;
Tambien le aconsejaron,
Fuéronle consejo á dar,
Pues la infanta queria al conde,
Con él haya de casar.
Ya desfierran al buen conde,
Ya le mandan desferrar,
Descabalga de la mula
El arzobispo á desposar.
Él tomólos de las manos,

Así los hubo de juntar.
Los enojos y pesares
Placeres se han de tornar.

ROMANCE DEL CONDE ALARCOS.

(Anónimo.)

Retrajda está la infanta,
Bien así como solia,
Viviendo muy descontenta
De la vida que tenia,
Viendo que ya se pasaba,
Toda la flor de su vida,
Y que el rey no la casaba,
Ni tal cuidado tenia.
Entre sí estaba pensando
A quién se descubriria,
Y acordó llamar al rey,
Como otras veces solia,
Por decirle su secreto
Y la intencion que tenia.
Vino el rey siendo llamado,
Que no tardó su venida:
Vídola estar apartada,
Sola está sin compañía,
Su lindo gesto mostraba
Ser mas triste que solia.
Conociera luego el rey
El enojo que tenia.
—¿Qué es aquesto, la infanta?
¿Qué es aquesto, hija mia?
Contadme vuestros enojos,
No tomeis malenconía,
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaria.
—Menester será, buen rey,
Remediar la vida mia,
Que á vos quedé encomendada
De la madre que tenia.
Con vergüenza os lo demando,
No con gana que tenia,
Que aquestos cuidados tales
A vos, rey, pertenecian.—
Escuchada su demanda,
El buen rey la respondia:
—Esa culpa, la infanta,
Vuestra era, que no mia,
Que ya fuérades casada
Con el príncipe de Hungría;
No quisistes escuchar
La embajada que venia,
Pues acá en las nuestras cortes
Hija, mal recaudo habia,
Si no era el conde Alarcos
Que hijos y muger tenia.
—Convidaldo vos, el rey,
Al conde Alarcos un dia,
Y despues que hayais comido
Decilde de parte mia,
Decilde que se acuerde
De la fe que dél tenia,
La cual él me prometió,
Que yo no se la pedia,
De ser siempre mi marido
Y yo que su muger seria.
Yo fuí dello muy contenta
Y que no me arrepentia.
Si casó con la condesa,
Que mirára lo que hacia,
Que por él no me casé
Con el príncipe de Hungría:
Si casó con la condesa
Dél es culpa, que no mia.—
Perdiera el rey en la oir
El sentido que tenia,
Mas despues en sí tornado
Con enojo respondia:
—No son estos los consejos
Que vuestra madre os decia:
Muy mal mirastes infanta,
Do estaba la honra mia.
Si verdad es todo eso,
Vuestra honra ya es perdida:
No podeis vos ser casada
Mientras la condesa viva.
Si se hace el casamiento
Por razon ó por justicia,
En el decir de las gentes
Por mala sereis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
Que el mio no bastaria,
Que ya es muerta vuestra madre
A quien consejo pedia.
—Pues yo os lo daré, buen rey,
Deste poco que tenia:
Mate el conde á la condesa,
Que nadie no lo sabria,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenia,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida.
Desta manera, buen rey,
Mi honra se guardaria.—
De allí se salia el rey
No con placer que tenia;
Lleno va de pensamientos
Con la nueva que sabia;
Vido estar al conde Alarcos
Entre muchos, que decia:
—¿Qué aprovecha, caballeros,
Amar y servir amiga,
Siendo servicios perdidos
Donde firmeza no habia?
No pueden por mí decir
Aquesto que yo decia,

Que en el tiempo que serví
Una que tanto queria,
Si bien la quise entonces
Agora mas la queria;
Mas por mi pueden decir
Quien bien ama tarde olvida. —
Estas palabras diciendo
Vido al buen rey que venia,
Y hablando con el rey
De entre todos se salia.
Díjole el buen rey al conde
Hablando con cortesía:
— Convidaros quiero, conde,
Por mañana en aquel dia
Que querais comer conmigo
Por tenerme compañia.
— Que se haga de buen grado
Lo que su alteza decia:
Beso sus manos reales
Por la buena cortesia:
Detenerme he aquí mañana,
Aunque estaba de partida,
Que la condesa me espera
Segun carta que me envia. —
Otro dia de mañana
El rey de misa salia,
Luego se asentó à comer,
No por gana que tenía,
Sino por hablar al conde
Lo que hablarle queria.
Allí fueron bien servidos
Como á rey pertenecia:
Despues que hubieron comido,
Toda la gente salida,
Quedóse el rey con el conde
En la tabla do comia.
Empezó el rey de hablar
La embajada que traia:
— Unas nuevas traigo, conde,
Que dellas no me placia,
Por las cuales yo me quejo
De vuestra descortesia:
Prometistes á la infanta
Lo que ella no os pedia,
De siempre ser su marido,
Y á ella que le placia.
Si á otras cosas pasaste,
No entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, conde,
De que mas os pesaria:
Que mateis á la condesa,
Que asi cumple á la honra mia:
Echeis fama de que es muerta
De cierto mal que tenia,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida,
Porque no sea deshonrada
Hija que tanto queria. —
Oidas estas razones
El buen conde respondia:
— No puedo negar, el rey,
Le que la infanta decia,
Sino que es muy gran verdad
Todo cuanto me pedia.
Por miedo de vos, el rey,
No casé con quien debia,
Ni pensé que vuestra alteza
En ello consentiria.
De casar con la infanta
Yo, señor, bien casaria;
Mas matar á la condesa,
Señor rey, no lo haria,
Por que no debe morir
La que mal no merecia.
— De morir tiene, buen conde,
Por salvar la honra mia,
Pues no mirastes primero
Lo que mirar se debia:
Si no muere la condesa
A vos costará la vida.
Por la honra de los reyes
Muchos sin culpa morian,
Que muera pues la condesa
No es mucha maravilla.
— Yo la mataré, buen rey,
Mas no sea la culpa mia,
Vos os avendreis con Dios
En el fin de vuestra vida,
Y prometo á vuestra alteza,
A fé de caballería,
Que me tengan por traidor
Si lo dicho no cumplia
De matar á la condesa,
Aunque mal no merecia.
Buen rey, si me dais licencia,
Luego yo me partiria.
— Vayais con Dios, el buen conde,
Ordenad vuestra partida. —
Llorando se parte el conde,
Llorando sin alegíra;
Lloraba tambien el conde
Por tres hijos que tenia,
El uno era de teta,
Que la condesa lo cria,
Que no queria mamar
De tres amas que tenia
Si no era de su madre,
Porque bien la conocia;
Los otros eran pequeños,
Poco sentido tenian.
Antes que el conde llegase,
Estas razones decia:
— ¿Quien podrá mirar, condesa,
Vuestra cara de alegría,
Que saldrois á recibirme
A la fin de vuestra vida?

Yo soy el triste culpado,
Esta culpa toda es mia. —
En diciendo estas palabras,
Ya la condesa salia,
Que un page le habia dicho
Como el conde ya venia.
Vido la condesa al conde
La tristeza que tenia,
Vióle los ojos llorosos
Que hinchados los tenia
De llorar por el camino
Mirando el bien que perdia.
Dijo la condesa al conde:
— Bien vengais, bien de mi vida:
¿ Qué habeis, el conde Alarcos?
¿ Porqué llorais, vida mia?
Que venis tan demudado
Que cierto no os conocia.
No parece vuestra cara
Ni el gesto que ser solia;
Padme parte del enojo
Como dais de l'alegria,
Decídmelo luego, conde,
No mateis la vida mia.
— Yo lo diré bien, condesa,
Cuando la hora seria.
— Sino me lo decis ,conde,
Cierto yo reventaria.
— No me fatigueis, señora,
Que no es la hora venida.
Cenemos luego, condesa,
D'aqueso que en casa habia.
— Aparejado está, conde,
Como otras veces solia. —
Sentóse el conde á la mesa,
No cenaba ni podia,
Con sus hijos al costado,
Que muy mucho los queria.
Echóse sobre los hombros,
Hizo como que dormia,
De lágrimas de sus ojos
Toda la mesa cubria.
Mirándolo la condesa
Que la causa no sabia,
No le preguntaba nada,
Que no osaba ni podia.
Levantóse luego el conde,
Dijo que dormir queria;
Dijo tambien la condesa
Que ella tambien dormiria;
Mas entre ellos no habia sueño,
Si la verdad se decia.
Vanse el conde y la condesa
A dormir donde solian:
Dejan los niños de fuera,
Que el conde no los queria:
Lleváronse el mas chiquito,
El que la condesa cria,
El conde cierra la puerta,
Lo que hacer no solia.
Empezó de hablar el conde
Con dolor y con mancilla:
— ¡ O desdichada condesa,
Grande fué la tu desdicha!
— No soy desdichada, conde,
Por dichosa me tenia
Solo en ser vuestra muger:
Esta fué gran dicha mia.
— Si bien lo mirais, condesa,
Esa fué vuestra desdicha.
Sabed que en tiempo pasado
Yo amé á quien servia,
La cual era la infanta.
Por desdicha vuestra y mia
Prometí casar con ella,
Y á ella que le placia
Demándame por marido
Por la fe que me tenia.
Puédelo muy bien hacer
Por razon y por justicia:
Díjomelo el rey su padre
Porque della lo sabia.
Otra cosa manda el rey
Que toca en el alma mia:
Manda que murais, condesa,
A la fin de vuestra vida,
Que no puede tener honra
Siendo vos, condesa, viva. —
De qu'esto oyó la condesa,
Cayó en tierra mortecida:
Mas despues en sí tornada
Estas palabras decia:
— Pagados son mis servicios,
Conde, con que yo os servia:
Si no me mataís, el conde,
Yo bien os consejaria:
Enviédesme á mis tierras
Que mi padre me ternia;
Yo criaré vuestros hijos
Mejor que la que vernia,
Y os mantendré castidad
Como siempre os mantenia.
— De morir habeis, condesa,
Antes que amanezca el dia.
— Bien parece, conde Alarcos,
Yo ser sola en esta vida,
Porque tengo el padre viejo,
Mi madre ya es fallecida,
Y mataron á mi hermano
El buen conde don García,
Que el rey lo mandó matar
Por miedo que dél tenia.
No me pesa de mi muerte,
Porque yo morir tenia,
Mas pésame de mis hijos
Que pierden mi compañía:

Hacémelos venir, conde,
Y verán mi despedida.
— No los veréis mas, condesa,
En dias de vuestra vida:
Abrazad ese chiquito
Que aqueste es el que os perdia.
Pésame de vos, condesa,
Cuanto pesar me podia.
No os puedo valer, señora,
Que mas me va que la vida;
Encomendaos á Dios,
Qu'esto de hacerse tenia.
— Dejeisme decir, buen conde,
Una oracion que sabia.
— Decidla presto, condesa,
Antes que amanezca el dia.
— Presto la habré dicho, conde,
No estaré un Ave María. —
Afinojóse en la tierra
Y esta oracion decia:
« En las tus manos, Señor,
« Encomiendo el alma mia:
« No me juzgues mis pecados
« Segun que yo merecia,
« Mas segun tu gran piedad
« Y la tu gracia infinita. »
— Acabada es ya, buen conde,
La oracion que yo sabia;
Encomiéndoos esos hijos
Que entre vos y mí habia,
Y rogad á Dios por mí
Mientras tuviésedes vida,
Que á ello sois obligado,
Pues que sin culpa moria.
Dédesme acá ese hijo,
Mamará por despedida.
— No lo desperteis, condesa,
Dejaldo estar que dormia,
Sino que os pido perdon,
Porque ya llegaba el dia.
— A vos yo perdono, conde,
Por amor que vos tenia;
Mas yo no perdono al rey,
Ni á la infanta su hija,
Sino que queden citados
Delante la alta justicia,
Que allá vayan á juicio
Dentro de los treinta dias. —
Estas palabras diciendo,
El conde se apercibia:
Echóle por la garganta
Una toca que tenia,
Apretó con las dos manos
Con la fuerza que podia,
No le aflojó la garganta
Mientras que vida tenia.
Cuando ya la vido el conde
Tres; asada y fallecida,
Desnudóle los vestidos
Y las ropas que tenia,
Echóla encima la cama,
Cubrióla como solia,
Desnudóse á su costado
Obra de un Ave María,
Levantóse dando voces
A la gente que tenia:
— Socorro, mis escuderos,
Que la condesa se fina. —
Hallan la condesa muerta
Los que á socorrer venian.
Así murió la condesa
Sin razon y sin justicia;
Mas tambien todos murieron
Dentro de los treinta dias.
Los doce dias pasados
La infanta ya se moria,
El rey á los veinte y cinco,
El conde al treinteno dia.
Allá fueron á dar cuenta
A la justicia divina:
Acá nos dé Dios su gracia
Y allá la gloria cumplida.

I. — ROMANCE DE MONTESINOS.

(*Anónimo.*)

Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas de Duero
Do van á dar en la mar;
Cata palacios del rey,
Cata los de don Beltran,
Y aquella que ves mas alta
Y que está en mejor lugar
Es la casa de Tomillas,
Mi enemigo mortal.
Por su lengua difamada
Me mandó el rey desterrar,
Y he pasado á causa desto
Mucha sed, calor y hambre,
Trayendo los piés descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
A la triste madre tuya
Por testigo puedo dar.
Que te parió en una fuente
Sin tener en que te echar:
Yo triste quité mi sayo
Para haber de cobijarte,
Ella me dijo llorando
Por te ver tan mal pasar:
« Tomes este niño, conde,
« Y llévesio á cristianar,
« Llamédesle Montesinos,
« Montesinos le llamad. » —
Montesinos que lo oyera

Los ojos volvió á su padre,
Las rodillas por el suelo
Empezóle de rogar
Le quisiese dar licencia,
Que en Paris quiere pasar,
Y tomar sueldo del rey
Si se lo quisiere dar,
Por vengarse de Tomillas,
Su enemigo mortal,
Que si sueldo del rey toma
Todo se puede vengar.
Ya que despedirse quieren,
A su padre fué á rogar
Que á la triste de su madre
Él la quiera consolar,
Y de su parte le diga
Que á Tomillas va buscar.
— Pláceme, díjera el conde,
Hijo, por te contentare. —
Ya se parte Montesinos
Para en Paris entrare,
Y en entrando por las puertas
Luego quiso preguntar
Por los palacios del rey
Que se los quieran mostrar.
Los que se lo oian decir
Dél se empiezan á burlar;
Viéndolo tan mal vestido
Piensan que es loco ó truhan:
En fin, muéstranle el palacio.
Entró en la sala real,
Halló que comia el rey,
Don Tomillas á la par.
Mucha gente está en la sala,
Por él no quieren mirar.
Desque hubieron ya comido
Al jedrez van á jugar
Solos el rey y Tomillas,
Sin nadie á ellos hablar,
Si no fuera Montesinos
Que llegó á los mirar;
Mas el falso don Tomillas,
En quien nunca hubo verdad,
Jugára una treta falsa,
Donde no pudo callar
El noble de Montesinos,
Y publica su maldad.
Don Tomillas qu' esto oyera,
Con muy gran riguridad
Levantando la su mano
Un bofeton le fué á dar.
Montesinos con el brazo
El golpe le fué á tomar,
Y echando mano al tablero
A don Tomillas fué á dar
Un tal golpe en la cabeza
Que le hubo de matar.
Murió el perverso dañado
Sin valerle su maldad.
Alborótanse los grandes
Cuantos en la sala están:
Prendieron á Montesinos
Y queríanlo matar,
Sino que el rey mandó á todos
Que no le hiciesen mal,
Porque él queria saber
Quién le dió tan grande osar,
Que no sin algun misterio
Él no osaria tal obrar.
Cuando el rey le interrogára,
Él dijera la verdad.
— Sepa tu real alteza
Soy tu nieto natural,
Hijo soy de vuestra hija
La que hicisteis desterrar
Con el conde don Grimaltos,
Vuestro servidor leal,
Y por falsa acusacion
Le quisiste maltratar:
Mas agora vuestra alteza
Puédese dello informar;
Qu'el falso de don Tomillas
Sepan si dijo verdad,
Y si pena yo merezco,
Buen rey, mándamela dar,
Y tambien si no la tengo
Mándedesme de soltar,
Y al buen conde y la condesa
Los mandeis ir á buscar,
Y los torneis á sus tierras
Como solian estar. —
Cuando el rey aquesto oyera,
No quiso mas escuchar;
Aunque veia ser su nieto,
Quiso saber la verdad,
Y supo que don Tomillas
Ordenó aquella maldad
Por envidia que les tuvo
Al ver su prosperidad.
Cuando el rey la verdad supo,
Al buen conde hizo llamar:
Gente de á pié y de á caballo
Iban por le acompañar,
Y damas por la condesa
Como solia llevar.
Llegado junto á Paris
Dentro no queria entrar,
Porque cuando dél salieron
Los dos fueron á jurar
Que las puertas de Paris
Nunca los vieran pasar.
Cuando el Rey aquello supo,
Luego mandó derribar
Un pedazo de la cerca
Por do pudiesen pasar
Sin quebrar el juramento

Qu'ellos fueron á jurar.
Llévanlos á los palacios
Con mucha solemnidad,
Y hácenlos muy ricas fiestas
Cuantos en la corte están.
Caballeros, dueñas, damas
Les vienen á visitar,
Y el rey delante de todos,
Por mayor honra les dar,
Les dijo que habia sabido
Como era todo maldad
Lo que dijo don Tomillas
Cuando lo hizo desterrar;
Y porque sea mas creido,
Allí les tornó á firmar
Todo lo que antes tenian
Y el gobierno general,
Y que despues de sus dias
El reyno haya d'heredar
El noble de Montesinos,
Y así lo mandó firmar.

II. — ROMANCE DE MONTESINOS.

(Anónimo.)

En Castilla está un castillo
Que se llama Rocafrida,
Al castillo llaman Roca
Y á la fuente llaman Frida.
El pié tenia de oro
Y almenas de plata fina;
Entre almena y almena
Está una piedra zafira;
Tanto relumbra de noche
Como el sol á medio dia.
Dentro estaba una doncella
Que llaman Rosaflorida:
Siete condes la demandan,
Tres duques de Lombardía,
A todos los desdeñaba,
Tanta es su lozanía:
Enamoróse de Montesinos
De oidas, que no de vista.
Una noche estando así
Gritos da Rosaflorida:
Oyérala un camarero,
Qué en su cámara dormía.
— ¿Que es aquesto, mi señora?
¿Qué es esto, Rosaflorida?
O tenedes mal de amores,
O estais loca sandía.
— Ni yo tengo mal de amores,
Ni estoy loca sandía,
Mas llevásesme estas cartas
A Francia la bien guarnida,
Diéseslas á Montesinos,
La cosa que mas queria.
Dile que me venga á ver
Para la pascua florida,
Daréle yo este mi cuerpo,
El mas lindo de Castilla,
Si no es el de mi hermana,
Que de fuego sea ardida.
Y si de mí mas quisiere,
Yo mucho mas le daria,
Darle he siete castillos
Los mejores de Castilla.

ROMANCE DE LA BATALLA DE LOS FRANCESES CONTRA LOS ARAGONESES.

(Anónimo.)

Domingo era de ramos,
La pasion quieren decir,
Cuando moros y cristianos
Todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses
Ya comienzan de huir,
¡Oh cuán bien los esforzaba
Ese Roldan paladin!
— Vuelta, vuelta, los franceses,
Con corazon á la lid,
Mas vale morir por buenos
Que deshonrados vivir. —
Ya volvian los franceses
Con corazon á la lid,
A los encuentros primeros
Mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira
Huyendo va el rey Marsin,
Caballero en una cebra,
No por mengua de rocin.
La sangre que dél corria
Las yerbas hace teñir,
Las voces que iba dando
Al cielo quieren subir.
— Reniego de tí, Mahoma
Y de cuanto hice por tí;
Hícete cuerpo de plata,
Piés y manos de un marfil,
Hícete casa de Meca
Donde adorasen en tí,
Y por mas te honrar, Mahoma.
Cabeza de oro te fiz.
Sesenta mil caballeros
A tí te los ofrecí.
Mi muger la reina mora
Te ofreció otros treinta mil.

ROMANCE DE REINALDOS Y LA INFANTA CREIDONIA.

(Anónimo.)

Cuando aquel claro lucero
Sus rayos quiere enviar

Esparcidos por la tierra
Por cada parte y lugar;
Cuando los prados floridos
Suaves olores dan,
A mi preciado vergel
Me fuí para dar lugar
A la triste vida mia
Y muy gran necesidad.
Vide las rosas en flor
Que querian ya granar,
Hice una guirnalda dellas.
No hallando á quien la dar,
Por un bosque despoblado
Comencé de caminar,
Y diera en una floresta
Do nadie suele pasar.
En el dulce mes de mayo
Yo me fuí por descansar
Por medio de una arboleda
De cipres y de rosal:
Vide una huerta muy florida
De jazmines y arrayan,
Los cantos eran tan dulces
Que me hicieron parar;
Vi avecitas que por ellas
No hacen sino volar,
Papagayo y ruiseñor
Decian en su cantar:
«¿Donde vas, el caballero?
«Atras te quieras tornar:
«Hombre que por aquí pasa
«No puede vivo escapar.»
Mirando esas avecitas,
Su canto y armonizar,
A sombra de un verde pino
Me senté por descansar.
Hiciera mi cabecera
Encima de un arrayan,
Los cuidados dos á dos
Me cercaron sin parar.
Con un suspiro muy fuerte
Comencé de querellar:
—O tu, noble emperador,
Mi gran señor natural,
Mira cuán pobre y cuitado
Me podrias acatar!
Sé que de mi mal te place,
Aunque estoy á tu mandar:
Acordársete debia
Que te fuiste á enamorar
De la infanta Belisandra,
Hija del rey Trasiomar.
Por librarte á tí de pena,
Yo me puse á la cobrar
Con el noble paladin,
El esforzado Roldan.
Hízonos por te servir
Mercaderes por el mar;
Yo la saqué de su tierra
Y la puse á tu mandar.
¡O todos los doce pares!
¡O Oliveros y Roldan!
¡O vos el noble Angeleros
Y Angelinos el infante!
Ya no os acordais de mí,
Ni he con que os pueda honrar.
¡O vos, duque don Estolfo,
De Inglaterra capitan!
¡O mis señores y amigos,
Cuán lejos os veo estar!—
Tomóle tal pensamiento
De se haber de desterrar
En las tierras de los moros
Por su ventura probar.
Estando en este propuesto
Se tornó á Montalvan:
Sin despedirse de alguno
Luego al momento se va.
Por sus jornadas contadas
A Paris llegado ha,
A Roldan fué á rogar luego
Que le quiera acompañar,
Que se va á unos torneos
Que hacen allende del mar.
Don Roldan, que es codicioso
De fama y honra ganar,
Adereza su partida
Sin en nada discrepar.
En forma de peregrinos,
Por los moros engañar,
Andando por sus jornadas
Muy cerca van á llegar:
Jueves era aquel dia,
La víspera de San Juan,
Que un torneo es aplazado
Por ser dia principal.
Esa noche á una floresta
Se fueron á descansar;
Otro dia de mañana
Clarines oyen sonar,
Que sacan á la princesa
Por las fiestas mas honrar.
Lleva encima la cabeza
Una corona real,
Sus cabellos esparcidos
Que acrecientan su beldad.
Ella estaba tan hermosa.
Que á todos hace turbar,
Muchas doncellas delante
Todas dicen un cantar.
Comenzó de hablar luego
El esforzado Roldan:
—¡O Dios, y qué linda dama!
En el mundo no hay su par:
Sin ofender á doña Alda,
Yo la quisiera gozar.—

Reinaldos con turbacion
De lo que dijo Roldan,
Con el gesto demudado
Le comenzó de hablar:
— Primo, escusado os fuera
De tal suerte blasonar,
Porque Celidonia es mia,
Yo la entiendo de ganar.
Si no me sois enemigo,
En ello no habeis de hablar. —
Con gran enojo que tiene
Se pone encima Bayarte,
Va derecho para el campo
Por los torneos ganar,
Vido muchos caballeros
Del caballo en tierra dar.
Mira al mas valiente dellos,
Que era el rey Gargaray,
Derrocando caballeros
Cuantos topaba á lanzar.
Por encima del arzon
Al moro fué á derribar,
Al moro y caballo en tierra:
Y al caballo fué á picar,
Derrocando á cuantos topa
Y podia alcanzar.
Raras maravillas hace
Que espanto pone en mirar.
En esto aquel gran rey moro
Tornó presto á lidiar.
Ya se parte don Reinaldos
Otra vez por le encontrar;
Tan fuerte golpe le diera,
Que otra vez lo fué á lanzar:
Con el corage el rey moro
No tiene en nada su mal.
Nadie justa con Reinaldos,
Nadie le osa esperar:
De los golpes que reciben
Van huyendo sin parar.
Ya Febo se declinaba
Hácia el oceáno mar,
Cuando el gran rey Agolandro
Clarines mandó sonar
Porque paren los torneos
Y vayan á reposar
Hasta en el dia siguiente
Que los tiene de acabar.
Reinaldos iba tan fuerte,
Que espanto pone en mirar.
Don Roldan que cerca estaba
Viéncle luego á abrazar.
— ¿Que es aquesto, primo mio?
¿Cómo andais sin aguardar?
Tanto holgaba de veros,
Que olvidaba el pelear,
Viendo vuestra gran destreza
Contra el gran rey Gargaray.
— Vos lo decis, señor mio,
Que me quereis motejar:
Vámonos, señor, al monte,
Do solemos albergar,
No nos conozcan los moros,
No entremos en la ciudad. —
El fuerte rey que los vido
Comenzólos de llamar:
— O vos, fuertes peregrinos,
¿Dónde vos vais á holgar?
— Señor, vámonos al monte,
No teniendo que gastar,
No nos quieren dar posada
Por Dios ni por caridad:
Pasamos al gran Mahoma
Por su templo visitar.
— Señores, si vos pluguiese,
Yo vos quiero aposentar. —
Don Reinaldos habló luego:
— Cúmplase vuestro mandar. —
Hiciéronles dar posada
En acertado lugar,
Que el moro es acostumbrado
A romeros albergar.
Luego les vino mensage
Que el rey los envia á llamar:
Díjoles que los caballeros
Son Reinaldos y Roldan,
Que su amigo Galalon
Se lo enviaba á avisar.
Todos se ponen en armas
Para haberlos de matar;
El buen rey que aquesto vido
Altas voces fué á dar:
— ¡Ah caballeros galanes
De corte tan principal!
Yo no soy de parecer
Que así se hayan de tratar
Los mejores caballeros
De toda la cristiandad,
Pues que yo les dí seguro
Yo no les puedo faltar;
Mas luego siendo de dia
Os podeis todos armar,
Y como gentiles hombres
Con ellos en campo entrar. —
Ya se partia el buen rey,
Y á los romeros se va.
— ¡O los nobles caballeros,
Reinaldos y don Roldan!
Seades los bien venidos,
Los dos cristianos sin par.
Sabed que don Galalon
Una carta fué á enviar
En que nos dice por ella
Que veníades á matar
Al noble rey Agolandro,
Y él nos hiciera llamar.

Do se determinó luego
De venir á vos matar,
Si no por respeto mio,
Que nunca les dí lugar:
Mas sabed que en la mañana
En batalla habeis de entrar
Vos y el noble paladin
Con cuantos allí vendrán:
Y vos, señor don Reinaldos,
No os podeis escusar
Que conmigo y cuatro reyes
En campo os habeis de hallar;
Por ende esforzaos mucho.—
Luego los fuera á abrazar.
Don Reinaldos le responde:
—Grande es, señor, tu bondad,
Grandemente nos obligas
Mas que podriais pensar.—
El rey se despidió dellos
Y á su casa fué á cenar.
Otro dia, el sol salido,
El rey los vino á llamar.
Ya se ponen los arneses,
Y el rey los ayuda á armar,
Y cuando armados los vido
Comenzóles de hablar:
—¡O los nobles caballeros!
Querádesme perdonar;
Porque en viéndoos armados
Enemigo os soy mortal.—
Dicho esto, fuése luego
Sin mas palabras hablar:
Apréstanse los dos primos
Y á la batalla se van.
Bayarte, que ve la gente,
Espanto pone en mirar,
Dando corcovos y empinos
Comienza de relinchar.
Tan fuerte va para ellos
Que la tierra hace temblar.
Reinaldos mira á los reyes
Con quien ha de pelear:
Tambien mira á Celidonia
Que en el cadahalso está.
Tanto corage le crece
Que comienza de hablar:
—¡O vosotros los romanos!
Todos venid á ayudar
A aquestos cinco reyes
Que conmigo han de justar;
Porque en el dia de hoy
Yo les quiero demostrar
Las fuerzas que Dios me dió
Por su santa fe ensalzar.—
Da de espuelas al caballo
En el campo fué á entrar.
Los reyes que entrar lo ven,
Juntos lo van á encontrar
De tal suerte, que las lanzas
En piezas hacen volar:
Mas Reinaldos con esfuerzo
Encontró al rey Garzaray
De tal suerte, que la lanza
Le pasó al espaldar.
No le duraron los otros,
Que á todos los fué á matar,
Y quebrada la su lanza
A Fisberta fué á sacar,
Haciendo mil maravillas
Por en el campo quedar,
Hasta topar á su primo
El buen paladin Roldan,
Que llevaba un gran tropel
De morisma á mal andar.
Despues que juntos se vieron
Muy gran contento se dan,
Con esfuerzo denodado
Renueyan el pelear.
Tantos matan de los moros,
Que no hay cuenta ni par:
El alarido es tan grande
Que al cielo quiere llegar.
Alzó los ojos Reinaldos
A do el cadahalso está,
Vido muchos caballeros
A la princesa guardar,
Allegóse para ellos
Con muy gran ferocidad,
El estruendo que traia
La tierra hace temblar,
A la bella Celidonia
Fué en su caballo á sentar:
Arremete con denuedo
Por la batalla dejar.
Los moros que aquesto vieron
No le osaban dañar,
Por no dar á la princesa
Ni le hacer algun mal.
Con sollozos y gemidos
Que al cielo quieren llegar,
Lloran su gran perdicion,
La muerte de Gargaray.
La princesa ya vencida
Desde que no tiene par,
Con una voz delicada
Comenzóle de hablar:
—¡O señor, en que peligro
Os poneis en me llevar!
Mas querria yo morir
Que no vuestro peligrar.—
Abrazándola muy fuerte
En el rostro fué á besar;
Por sus delicados ojos
Lágrimas vieron saltar,
Temiendo de lo perder.
Viéndolo tanto aquejar,

Que hoy dentro en el palacio
Yo y vuestro primo Oliveros
Andábamos paseando:
De unas razones en otras
Él me ha mal injuriado,
Diciendo que de Aliarda
Yo no tuviese cuidado,
Que no era para servirla
Ni para ser su criado,
Que si mirado no hubiese
Al gran emperador Cárlos,
Por el enojo que le hice
Ya me hubiera castigado.
Yo le dije que hablaba
Mal y muy desmesurado,
Y él echó mano á la espada
Y embrazóse de su manto.
Yo hallándome sin armas
Descendíme del palacio,
Fuíme para mi posada
Muy triste y muy enojado,
Arméme con estas armas
Con que vos me hallais armado;
Cartas envié á Oliveros
Que le aguardaba en el campo,
Cuatro horas le dí de tiempo
Que le estaria esperando,
Y si en esto no viniese
Que traidor seria llamado.
Pasadas son las cuatro horas,
Otras dos habian pasado.—
Don Reinaldos que esto oyó
Esta respuesta le ha dado:
—Si quereis vos, Montesinos,
Yo iré presto á llamarlo,
Si no quiere oirlo de lengua,
Decírselo he por las manos;
Si él no quisiere venir
Para vos y mí, sean cuatro.—
Ellos estando en esto
Oliveros ha llegado,
No como hombre de pelea,
Sino como enamorado.
Y viene muy gentil hombre,
Mas tambien muy bien armado.
En llegando á Montesinos
Desta suerte le hubo hablado:
—Montesinos, Montesinos,
¿Que es esto, traidor malvado?
Que la fe que tú me diste
Hasmela muy mal guardado:
Dijistes que estarias solo,
Y hállote acompañado.—
Montesinos que esto oyó
Tal respuesta presto ha dado:
—Oliveros, Oliveros,
De esto no esteis enojado,
Que si compañía tengo
Cierto vos lo habeis causado.
Si viniérades á tiempo
Al plazo que os habia dado,
La compañía que tengo
No la hubiérades hallado,
Que por caso ó por desdicha
Él me halló aquí armado,
Él me preguntó qué habia,
Yo bien me hube escusado,
Mas por importunacion
Sabed que yo le he contado
Lo que está entre vos y mí,
Y lo que yo hube pasado:
Mas yo haré juramento
Donde vos querais tomallo,
Que por esta compañía
No sereis perjudicado.
Sino que él se irá á Paris
Quedando nos en el campo.
—Pláceme, dijo Oliveros,
Desto que habeis hablado.—
Reinaldos se entró en Paris
Y ellos quedan en el campo.
Ibanse de par en par,
Y juntos lado con lado,
Hasta llegar á la huerta
Donde el campo se habia dado.
Despues que dentro se vieron
Montesinos ha hablado:
—Ahora es tiempo, Oliveros,
Que se vea el mas esforzado.—
Vanse el uno para el otro,
Recios encuentros se han dado,
Los golpes han sido tales
Que entrambos se han derribado:
Media hora y mas estuvieron
Que ninguno ha hablado.
Ya despues que esto pasó
El uno se ha levantado,
Fuése para Oliveros,
Desta suerte le ha hablado:
—Buen caballero, no esteis
Por tan poco desmayado,
Echemos mano á las hachas,
Pues las lanzas se han quebrado.—
Oliveros que esto oyera
Muy presto fué levantado;
Danse tan terribles golpes
Que presto se han desarmado.
Las piezas de los arneses
Vereis rodar por el campo.
Oliveros que esto vido
Desta suerte le ha hablado:
—Echá mano por la espada,
Pues que ya estais desarmado.—
Montesinos que esto oyera
Presto la espada ha sacado:
Dáranse de tales golpes

Que mal se han aparejado.
Ellos estando en aquesto
Un cazador ha llegado,
Quísose poner entre ellos,
Hanle mal amenazado
Que si entre ellos se pone
Que él será muy maltratado.
El cazador que esto oyera
Para Paris ha marchado,
Y á grandes voces decia,
Muy triste y acongojado:
—¿Qué es de tí, el emperador,
Que hoy pierdes todo tu estado?
Hoy entre los doce Pares
Veo gran ruido armado,
Y el imperio de Paris
Todo escandalizado.—
Oyólo el emperador
Donde estaba en el palacio,
Mandó luego que le llamen
Al que tal iba hablando.
Ya es llegado el cazador
Do está el emperador Cárlos,
Y estas palabras le dice
Con temor demasiado:
—Señor, sepa vuestra alteza
Que hoy andando cazando
En la huerta de Sant Dionis,
Dentro en ella yo me he hallado
A Montesinos y á Oliveros
Que se habian desafiado:
La sangre que dellos corria
Teñia las yerbas del campo,
Que si ellos ya no son muertos,
Estarán muy maltratados.—
El emperador que esto oyera
Muy presto hubo cabalgado
Con todos los caballeros
Los que allí hubo hallado,
De Oliveros iba un primo,
Y tambien iba un su hermano,
Y el padre de Montesinos,
Ese conde don Grimaltos.
Cada uno tiene parientes,
Y van escandalizados.
El emperador que esto vido
Pregonar luego ha mandado
Que de manos ni de lengua
Ninguno sea osado
De decir descortesía,
Ni quistion hayan buscado,
Y quien quistion revolviese
Fuese luego degollado.
Por miedo de aquel pregon
Todo hombre va limitado.
En allegando á la huerta
El emperador ha entrado:
Por el rastro de la sangre
Los caballeros ha hallado,
El uno caido á una parte,
Otro caido á otro lado.
Llamó á sus caballeros
Los que le han acompañado:
Cuando la gente los vió
Vereis hacer un gran llanto;
Unos dicen: «Ay mi primo!»
Otros dicen: «Ay mi hermano!»
El conde Grimaltos dice:
«¡Ay mi hijo mal logrado!»
Cuando el emperador vido
Su pueblo escandalizado,
Mandó traer unas andas
En que pudiesen llevarlos
A aquellos dos caballeros
Que se habian maltratado.
Que los lleven á Paris
Dentro del real palacio,
Doctores y bachilleres
Que viniesen á curarlos.
Fué la voluntad divina
Que á poco tiempo pasado
Les hallan tal mejoría
Que se han mucho remediado.
Ya sanos los caballeros,
Y Dios que les ha ayudado,
Mandóles el emperador
Que amigos hayan quedado.
Cásanlos con sendas damas
Las mas lindas del palacio,
Y púsoles grandes penas
Que ninguno sea osado
De hablar con Aliarda
Ni de ser su enamorado,
Y quien esto quebrantase
De la vida sea privado.
Así quedaron amigos
Y el imperio asosegado.
Luego Aliarda casó
Con un caballero honrado;
Quedaron todos contentos
Y aun el romance acabado.

ROMANCE DEL MORO CALAINOS.

(Anónimo.)

Ya cabalga Calainos (9)
A las sombras de una oliva,
El pié tiene en el estribo,
Cabalga de gallardía.
Mirando estaba á Sansueña,
El arrabal con la villa,
Por ver si veria algun moro
A quien preguntar podria.
Venia por los palacios
La linda infanta Sevilla:

Vido estar un moro viejo
Que á ella guardar solia.
Calainos que le vido
Llegado á él se habia,
Las palabras que le dijo
Con amor y cortesía:
— Por Alá te ruego, moro,
Así te alargue la vida,
Que me muestres los palacios
Donde mi vida vivia,
De quien triste soy cativo,
Y por quien pena tenia,
Que cierto por sus amores
Creo yo perder la vida;
Mas si por ella la pierdo
No se llamará perdida,
Que quien muere por tal dama
Aunque muerto tiene vida.
Mas porque me entiendas, moro,
Por quien preguntado habia
Es la mas hermosa dama
De toda la moreria,
Sepas que á ella la llaman
La grande infanta Sevilla. —
Las razones que pasaban
Sevilla bien las oia:
Púsose á una ventana
Muy hermosa á maravilla,
Con muy ricos atavíos,
Los mejores que tenia.
Ella era tan hermosa,
Otra su par no la habia.
Calainos que la vido
Desta suerte le decia,
— Cartas te traigo, señora,
De un señor á quien servia,
Creo que es el rey tu padre,
Porque Almanzor se decia:
Descendé de la ventana,
Sabrás la mensageria. —
Sevilla cuando lo oyera
Presto de allí descendía:
Apeóse Calainos,
Gran reverencia le hacia.
La dama cuando esto vido
Tal pregunta le hacia:
— ¿Quien sois vos, el caballero,
Que mi padre acá os envia?
— Calainos soy, señora,
Calainos de Arabía,
Señor de los Montes Claros,
De Constantina la llana,
Y de las tierras del turco
Yo gran tributo llevaba,
Y el Preste Juan de las Indias
Siempre parias me enviaba,
Y el soldan de Babilonia
A mi mandar siempre estaba;
Reyes y príncipes moros
Siempre señor me llamaban,
Sino es el rey vuestro padre,
Que yo á su mandado estaba,
No porque le he menester,
Mas por nuevas que me daba
Que tenia una hija
A quien Sevilla llamaban,
Que era mas linda muger
Que cuantas moras se hallan:
Por vos le serví cinco años
Sin sueldo ni sin soldada,
Él á mí no me la dió
Ni yo se la demandaba.
Por tus amores, Sevilla,
Pasé yo la mar salada,
Porque he dé perder la vida
O has de ser mi enamorada. —
Cuando Sevilla esto oyera
Esta respuesta le daba:
— Calainos, Calainos,
De aqueso yo no sé nada,
Que siete amas me criaron,
Seis moras y una cristiana.
Las moras me daban leche,
La otra me aconsejaba;
Segun eran los consejos,
Bien mostraba ser cristiana.
Diérame muy buen consejo,
Y aun bien se me acordaba:
Que jamas yo prometiese
Ser de alguno enamorada,
Hasta que primero hubiese
Algun buen dote ó arras. —
Calainos que esto oyera
Esta respuesta le daba:
— Bien podeis pedir, señora,
Que no se os negará nada:
Si quereis castillos fuertes,
Ciudades en tierra llana,
O si quereis plata ú oro
O moneda amonedada. —
Sevilla cuando lo oyó,
Como no los estimaba,
Respondióle: si queria
Tenella por namorada,
Que vaya dentro Paris,
Que en medio de Francia estaba,
Y le traiga tres cabezas
Cuales ella demandaba,
Y que si aquesto hiciese
Seria su enamorada.
Calainos cuando oyó
Lo que ella le demandaba
Respondióle muy alegre,
Aunque él se maravillaba
Dejar villas y castillos
Y los dones que le daba,

Por pedirle tres cabezas
Que no le costarán nada:
Dijo que las señalase
O diga cómo se llaman.
Luego la infanta Sevilla
Se las empezó á nombrar,
La una es de Oliveros,
La otra de don Roldan,
La otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.
Ya señalados los hombres
A quien habia de buscar,
Despídese Calainos
Con su muy cortés hablar:
— Déme la mano tu alteza,
Que se la quiero besar,
Y la fe y prometimiento
De conmigo te casar
Cuando traiga las cabezas
Que quisiste demandar.
— Placeme, dijo de grado
Y de buena voluntad. —
Allí se toman las manos,
La fe se hubieron de dar
Qu'el uno ni aun el otro
No se pudiesen casar
Hasta qu'el buen Calainos
De allá hubiese de tornar,
Y que si otra cosa fuese
La enviaria á avisar.
Ya se parte Calainos,
Ya se parte, ya se va:
Hace broslar sus pendones
Y en todos una señal;
Cubiertos de ricas lunas,
Teñidas en sangre van.
En camino es Calainos
A los franceses buscar:
Andando jornadas ciertas
A Paris llegado ha.
En la guardia de Paris,
Cabe San Juan de Letran,
Allí levantó su seña
Y empezára de hablar:
— Tañan luego esas trompetas
Como quien va á cabalgar,
Porque me sientan los doce
Que dentro en Paris están. —
El emperador aquel dia
Habia salido á cazar:
Con él iba Oliveros,
Con él iba don Roldan,
Con él iba el esforzado
Reinaldos de Montalvan,
Tambien el Dardin Dardeña
Y el buen viejo don Beltran,
Y ese Gaston y don Cárlos
Con el romano Fincan.
Tambien iba Baldovinos
Y Urgel en fuerzas sin par,
Y tambien iba Guarinos
Almirante de la mar.
El emperador entre ellos
Empezára de hablar:
— Escuchad, mis caballeros,
Que tañen á cabalgar. —
Ellos estando escuchando
Vieron un moro pasar,
Armado va á la morisca,
Empiézanle de llamar,
Y ya que es llegado el moro
Do el emperador está,
El emperador que lo vido
Empezóle á preguntar:
— Di, ¿dónde vas tú, el moro?
¿Como en Francia osaste entrar?
¡Grande osadía tuviste
De hasta Paris te llegar! —
El moro cuando esto oyó
Tal respuesta le fué á dar:
— Vó á buscar al emperante
De Francia la natural,
Que le traigo una embajada
De un moro muy principal,
A quien sirvo de trompeta
Y tengo por capitan. —
El emperador que esto oyó
Luego le fué á demandar
Dijese lo que queria,
Y porqué á él iba á buscar;
Que él es el emperador Cárlos
De Francia la natural.
El moro cuando lo supo
Empezóle de hablar:
— Señor, sepa tu alteza
Y tu corona imperial,
Que ese moro Calainos,
Mi señor, me envia acá,
Desafiando á tu alteza
Y á todos los doce Pares
Que salgan lanza por lanza
Para con él pelear.
Señor, veis aquí su seña,
Donde los ha de aguardar:
Perdóneme vuesa alteza,
Que respuesta le vó á dar. —
Cuando fué partido el moro,
El emperador fué á hablar:
— Cuando yo era mancebo,
Que armas solia llevar,
Nunca moro fué osado
De en toda Francia asomar;
Mas agora que soy viejo
A Paris los veo llegar:
No es amengua de mí solo,
Pues no puedo pelear,

Mas es mengua de Oliveros,
Y asimesmo de Roldan,
Mengua de todos los doce
Y de cuantos aquí estan.
Por Dios á Roldan me llamen
Porque vaya á pelear
Con el moro de la enguardia,
Y lo haga de allí quitar:
Que lo traiga muerto ó preso,
Porque haya de acordar
De cómo viene á Paris
Para me desafiar. —
Don Roldan cuando esto oyera
Empiézalo de hablar.
— Escusado es ya, señor,
De enviarme á pelear,
Porque teneis caballeros
A quien podeis enviar,
Que cuando son entre damas
Bien se saben alabar
Que aunque vengan dos mil moros,
Uno los esperará,
Y al mirarse en la batalla
Véolos volver atras. —
Todos los doce callaron
Sino el de menor edad,
Al que llaman Baldovinos,
En el esfuerzo muy grande;
Las palabras que dijera
Eran de rigurdade.
— Mucho estoy maravillado
De vos, señor don Roldan,
Que amengüeis todos los doce,
Vos que los debeis honrar:
Si no fuérades mi tio
Con vos me fuera á matar,
Porque entre todos los doce
Ninguno podeis nombrar,
Que lo que dice la boca
No lo sepa hacer verdad. —
Levantóse con enojo
Ese paladin Roldan;
Baldovinos qu'esto viera
Tambien se fué á levantar,
Y el emperador entre ellos
Por el enojo quitar.
Ellos en aquesto estando,
Baldovinos fué á llamar
A los mozos que traia,
Por las armas fué á enviar.
El emperador qu'esto vido
Empezóle de rogar
Que le hiciese un placer,
Que no fuese á pelear,
Porque el moro era esforzado,
Podríale maltratar,
Pues aunque ánimo tenia,
La fuerza podria faltar,
Siendo el moro diestro en armas
Y vezado á pelear.
Baldovinos qu'esto oyó
Empezóse á desviar,
Diciendo al emperador
Licencia le fuese á dar,
Y que si él no se la diese,
Que él se la queria tomar.
Cuando el emperador vido
Que no lo podia escusar,
Cuando llegaron sus armas,
Él mesmo le ayudó á armar:
Dióle licencia que fuese
Con el moro á pelear.
Ya se parte Baldovinos,
Ya se parte, ya se va,
Ya es llegado á la guardia
Do Calainos está.
Calainos que lo vido
Empezóle así de hablar:
— Bien vengais, el francesico,
De Francia la natural;
Si quereis vivir conmigo,
Por page os quiero tomar. —
Baldovinos qu'esto oyera,
Tal respuesta le fué á dar:
— Calainos, Calainos,
No debiades así hablar,
Que antes que de aquí me vaya
Yo os lo tengo de mostrar,
Que aquí morireis primero
Que por page me tomar. —
Cuando el moro aquesto oyera,
Empezó así de hablar:
— Tórnate, el francesico,
A Paris esa ciudad,
Que si esa porfía tienes,
Caro te habrá de costar,
Porque quien entra en mis manos
Nunca puede bien librar. —
Cuando el mancebo esto oyera,
Tornóle á porfiar
Que se aparejase presto,
Que con él se ha de matar.
Cuando el moro vió al mancebo
De tal suerte porfiar,
Díjole: — Vente, cristiano,
Presto para me encontrar,
Que antes que de aquí te vayas
Conocerás la verdad,
Que te fuera muy mejor
Conmigo no pelear. —
Vanse el uno para el otro
Tan recio que es de espantar.
A los primeros encuentros
El mancebo en tierra está.
El moro cuando esto vido,
Luego se fué á apear:

Sacó un alfange muy rico
Para habello de matar;
Mas antes que lo firiese,
Le empezó de preguntar
Quién ó cómo se llamaba,
Y si es de los doce Pares:
El mancebo estando en esto
Luego dijo la verdad,
Que le llaman Baldovinos,
Sobrino de don Roldan.
Cuando el moro tal oyó,
Empezóle de hablar:
—Por ser de tan pocos dias
Y de esfuerzo singular,
Yo te quiero dar la vida
Y no te quiero matar;
Mas quiérote llevar preso,
Porque te venga á buscar
Tu buen pariente Oliveros
Y tu tio don Roldan,
Y ese otro muy esforzado
Reinaldos de Montalvan,
Que por esos tres ha sido
Mi venida á pelear.—
Don Roldan allá do estaba
No hace sino sospirar,
Viendo qu'el moro ha vencido
A Baldovinos infante,
Sin mas hablar con ninguno
Don Roldan luego se parte
Y vase para la guardia
Para aquel moro matar.
El moro cuando lo vido
Empezóle á preguntar
Quién es ó cómo se llama,
Si era de los doce Pares.
Don Roldan cuando esto oyó
Respondiérale muy mal:
—Esa razon, perro moro,
Tú no me la has de tomar,
Porque á ese á quien tu tienes
Yo te lo haré soltar:
Presto aparéjate, moro,
Y empieza de pelear.—
Vanse el uno para el otro
Con un esfuerzo muy grande:
Danse tan recios encuentros
Que el moro caido hae,
Roldan qu'el moro vió en tierra
Luego se fué á apear:
Tomó al moro por la barba,
Empezóle de hablar:
—Dime tu, traidor de moro,
No me lo quieras negar,
¿Como tu fuiste osado
De en toda Francia parar,
Ni al buen viejo emperador
Ni á los doce desafiar?
¿Cual diablo te engañó
Cerca de Paris llegar?—
El moro cuando esto oyera
Tal respuesta le fué á dar:
—Tengo una cativa mora,
Señora de gran linage,
Requerila yo de amores,
Y ella me fué á demandar
Que le diese tres cabezas
De Paris esa ciudad,
Que si estas yo le llevo
Conmigo habia de casar;
La una es la de Oliveros,
La otra de don Roldan,
La otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.
Don Roldan cuando esto oyera,
Así empezó de hablar:
—Muger que tal te pedia
Cierto te queria mal,
Porque esas no son cabezas
Que tú las puedes cortar.—
Mas porque fuese castigo,
Y otro se haya de guardar
De desafiar los doce,
Ni venir á los buscar,
Echó mano á un estoque
Para el moro matar.
La cabeza de los hombros
Luego se la fué á cortar,
Llevóla al emperador,
Y fuésela á presentar.
Los doce cuando esto vieron
Toman placer singular
En ver así muerto al moro
Y por tal mengua le dar.
Tambien trajo á Baldovinos,
Qu'él mismo lo fué á soltar.
Así murió Calainos
En Francia la natural
Por manos del esforzado
El buen paladin Roldan.

I.—ROMANCE DE D. GAIFEROS.

(Anónimo.)

Estábase la condesa
En el su estrado asentada,
Tisericas de oro en mano
Su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
Palabras de gran pesar,
Las palabras tales eran
Que al niño hacen llorar.
—Dios te dé barbas en rostro
Y te haga barragane,
Déte Dios ventura en armas

Como al paládin Roldane,
Porque vengases, mi hijo,
La muerte de vuestro padre:
Matáronlo á traicion
Por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
En las cuales Dios no ha parte;
Ricos paños me cortaron,
La reina no los ha tales. —
Magüera pequeño el niño,
Bien entendido lo hae.
Allí respondió don Gaiferos,
Bien oireis lo que dirae:
— Ruégolo así á Dios del cielo
Y á santa María su madre. —
Oido lo habia el conde
En los palacios do estae:
— Calles, calles, la condesa,
Boca mala sin verdade,
Que yo no matára el conde,
Ni lo hiciera matare;
Mas tus palabras, condesa,
El niño las pagarae. —
Mandó llamar escuderos,
Criados son de su padre,
Para que lleven al niño,
Que lo lleven á matare.
La muerte que él les dijera
Mancilla es de la escuchare:
— Córtenle el pié del estribo,
La mano del gavilane,
Sáquenle ambos los ojos
Por mas seguro andare,
Y el dedo y el corazon
Traédmelo por señale. —
Ya lo llevan á Gaiferos,
Ya lo llevan á matare;
Hablaban los escuderos
Con mancilla que dél hane.
— ¡Oh válasme Dios del cielo
Y santa María su madre!
Si á este niño matamos
¿Que galardon nos darane? —
Ellos en aquesto estando,
No sabiendo qué harane,
Vieron venir una perrita
De la condesa su madre.
Allí habló el uno dellos,
Bien oireis lo que dirae:
— Matemos esta perrita
Por nuestra seguridade,
Saquémosle el corazon
Y llevémoslo á Galvane;
Cortemos el dedo al chico
Por llevar mejor señale. —
Ya tomaban á Gaiferos
Para el dedo le cortare:
— Venid acá vos Gaiferos,
Y querednos escuchare;
Vos idos de aquesta tierra,
Y en ella no parezcais mase. —
Ya le daban entre señas
El camino que harae:
— Iros heis de tierra en tierra
A do vuestro tio estae. —
Gaiferos desconsolado
Por ese mundo se vae,
Los escuderos se volvieron
Para do estaba Galvane.
Danle el dedo y corazon,
Y dicen que muerto lo hane.
La condesa qu'esto oyera
Empezára á gritos dare,
Lloraba de los sus ojos,
Que queria reventare.
Dejemos á la condesa,
Que muy grande llanto hace,
Y digamos de Gaiferos
Del camino por do vae,
Que de dia ni de noche
No hace sino caminare
Hasta que llegó á la tierra
Adonde su tio estae.
Dícele de esta manera,
Y empezóle de hablare:
— Manténgaos Dios el mi tio.
— Mi sobrino, bien vengaises:
¿Qué buena venida es esta?
Vos me la querais contare.
— La venida que yo vengo
Triste es y con pesare,
Que Galvan con grande enojo
Mandado me habia matare:
Mas lo que os ruego, mi tio,
Y lo que os vengo á rogare,
Vamos á vengar la muerte
De vuestro hermano mi padre:
Matáranlo á traicion
Por casar con la mi madre.
— Sosegaos, el mi sobrino,
Vos os querais sosegare,
Que la muerte de mi hermano
Bien la iremos á vengare. —
Ellos así se estuvieron
Dos años y aun mase,
Hasta que dijo Gaiferos,
Y empezára de hablare.

II. — ROMANCE DE D. GAIFEROS.

(Anónimo.)

Vámonos, dijo, mi tio,
A Paris esa ciudade
En figura de romeros,
No nos conozca Galvane,

Que si Galvan nos conoce,
Mandaríanos matare:
Encima ropas de seda
Vistamos las de sayale,
Llevemos nuestras espadas
Por mas seguros andare,
Llevemos sendos bordones
Por la gente asegurare. —
Ya se parten los romeros,
Ya se parten, ya se vane,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales.
Andando por sus jornadas
A Paris llegado hane,
Las puertas hallan cerradas,
No hallan por donde entrare;
Siete vueltas la rodean
Por ver si podrán entrare,
Y al cabo de las ocho
Un postigo van á hallare.
Ellos que se vieron dentro
Empiezan á demandare,
No preguntan por meson,
Ni menos por hospitale,
Preguntan por los palacios
Donde la condesa estae,
Y á las puertas del palacio
Allí van á demandare.
Vieron estar la condesa,
Y empezaron de hablare:
— Dios te salve, la condesa.
— Los romeros, bien vengades.
— Mandédesnos dar limosna
Por honor de caridade.
— Con Dios vades, los romeros,
Que no os puedo nada dare,
Qu'el conde me habia mandado
A romeros no albergare.
— Dadnos limosna, señora,
Qu'el conde no lo sabrae;
Así la den á Gaiferos
En la tierra donde estae. —
Así como oyó Gaiferos,
Comenzó de sospirare:
Mandábales dar del vino,
Mandábales dar del pane.
Ellos en aquesto estando,
El conde llegado hae:
— ¿Qu'es aquesto, la condesa?
Aquesto ¿qué puede estare?
¿No os tenia yo mandado
A romeros no albergare? —
Dijo, y alzára su mano,
Puñada le fuera á dare
Que sus dientes menudicos
En tierra los fuera á echare.
Allí habláran los romeros,
Y empezáronle de hablare:
— Por hacer bien la condesa
Cierto no merece male.
— Calledes vos, los romeros,
No hayades vuestra parte. —
Alzó Gaiferos su espada,
Un golpe le fué á dare,
Que la cabeza de sus hombros
A tierra la fuera á echare.
Allí habló la condesa,
Llorando con gran pesare:
— ¿Quién érades, los romeros,
Que al conde fuistes matare? —
Allí respondió el romero,
Tal respuesta le fué á dare:
— Yo soy Gaiferos, señora,
Vuestro hijo naturale.
— Aquesto no puede ser,
Ni era cosa de verdade,
Qu'el dedo y el corazon
Yo los tengo por señale.
— El corazon que vos teneis
En persona no fué á estare,
El dedo bien es aqueste,
Aquí lo vereis faltare. —
La condesa qu'esto oyera
Comenzóle de abrazare:
La tristeza que tenia
En placer se fué á tornare.

III.— ROMANCE DE D. GAIFEROS.

(Anónimo.)

No con los dados se gana,
Ni con las tablas el crédito,
Ni arrojando leves cañas
Reputacion entre buenos:
No con bizarras libreas,
Ni con mugeriles juegos,
Ni con empresas, ni cifras
Recamadas de oro y negro:
No con vanas esperanzas,
Ni con vestidos soberbios,
Ni con guantes olorosos,
Medallas, ni camafeos:
Con arnes, espada y lanza,
Como buenos combatiendo,
Cuando se ofrece ocasion,
Se ilustran los caballeros.
Mejor fuera que entre moros
Esos azares del juego,
Como son acá en Paris,
Fueran en Sansueña encuentro:
Y esas plumas y medallas
Que llevais en el sombrero
Harto mejor parecieran
En la cimera del yelmo;
Y en lugar de aquesa ropa

Don Beltran desque ir la vido
Empezóle de hablare:
— Tornad acá, hijo Gaiferos,
Pues que me teneis por padre,
Tan solamente que os vea
La condesa vuestra madre,
Tomará con vos consuelo,
Que tan tristes llantos hace,
Y daráos caballeros
Los que hayais necesidade.
— Consoladla vos, mi tio,
Vos la querais consolare,
Acuérdese que me perdió
Chiquito y de poca edade,
Haga cuenta que de entonces
No me ha visto jamase,
Que ya sabeis que en los doce
Corren malas voluntades;
Y no dirán vuelvo por ruego,
Mas que vuelvo por cobarde,
Que yo no volveré en Francia
Sin Melisendra tornare. —
Don Beltran de que lo oyora
Tan enojado hablare,
Vuelve riendas al caballo
Y entróse en la ciudade.
Gaiferos en tierra de moros
Empieza de caminare,
Jornada de quince dias
En ocho la fué á andare.
Por las sierras de Sansueña
Gaiferos mal airado vae,
Las voces que iba dando
Al cielo quieren llegare.
Maldiciendo iba el vino,
Maldiciendo iba el pane
(El pan que comian los moros,
Mas no de la cristiandade),
Maldiciendo iba la dueña
Que tan solo un hijo pare
(Si enemigos se lo matan,
No tiene quien lo vengare),
Maldiciendo iba al caballero
Que cabalga sin un page
(Si se le cae la espuela,
No tiene quien se la calce),
Maldiciendo iba el árbol
Que solo en el campo nasce,
Que todas las aves del mundo
En él van á quebrantare,
Que de rama ni de hoja
Al triste dejan gozare.
Dando estas voces y otras
A Sansueña fué á llegare:
Viernes era, en aquel dia
Los moros su fiesta hacen.
El rey iba á la mezquita
Para la zala rezare
Con todos sus caballeros
Cuantos él pudo llevare.
Cuando allegó Gaiferos
A Sansueña esa ciudade,
Miraba si veria alguno
A quien poder demandare:
Vido un cativo cristiano
Que andaba por los adarves;
Desque lo vido Gaiferos
Empezóle de hablare:
— Dios te salve, el cristiano,
Y te torne en libertade:
Nuevas que pedirte quiero
No me las quieras negare.
Tú que andas con los moros
Dime si oiste hablare
Si hay aquí alguna cristiana
Que sea de alto linage. —
El cativo que lo oyera
Empezára de llorare:
— Tantos tengo de mis duelos,
De otros non puedo curare,
Que todo el dia caballos
Del rey me hacen pensare,
Y de noche en honda sima
Me hacen aquí aprisionare.
Bien sé que hay muchas cativas
Cristianas de gran linage,
Especialmente hay una
Qu'es de Francia naturale.
El rey Almanzor la trata
Como á su hija carnale:
Sé que muchos reyes moros
Con ella quieren casare:
Por eso idos caballero,
Por esa calle adelante,
Vereislas á las ventanas
Del gran palacio reale. —
Derecho se va á la plaza,
A la plaza la mas grande.
Allí estaban los palacios
Donde el rey solia estare:
Alzó los ojos en alto
Por los palacios mirare,
Vido estar á Melisendra
En una ventana grande
Con otras damas cristianas
Qu'están en captividade.
Melisendra que lo vido
Empezára de llorare,
No porque lo conociese
En el gesto ni en el trage,
Mas en verlo con armas blancas
Acordóse de los Pares,
Acordóse de los palacios
Del emperador su padre,
De justas, galas, torneos
Que por ella solian armare.

Con voz triste y muy llorosa
Le empezára de llamare:
— Por Dios os ruego, caballero,
Queraisos á mí llegare;
Si sois cristiano ó moro,
No me lo querais negare,
Daros he unas encomiendas,
Bien pagadas os serano:
Caballero, si á Francia ides
Por Gaiferos preguntade,
Decidle que la su esposa
Se le envie á encomendare,
Que ya me parece tiempo
Que la debia sacare.
Si no me deja por miedo
De con los moros peleare,
Debe tener otros amores,
De mi no lo dejan acordare:
Los ausentes por los presentes
Ligeros son de olvidare.
Aun le direis, caballero,
Por darle mayor señale,
Que sus justas y torneos
Bien las supimos acae.
Y si estas encomiendas
No recibe con solaze,
Dareislas á Oliveros,
Dareislas á don Roldane,
Dareislas á mi señor
El emperador mi padre:
Direis como estó en Sansueña,
En Sansueña esa ciudade,
Que si presto no me sacan
Mora me quieren tornare,
Casarme han con el rey moro
Que está allende la mare,
De siete reyes de moros
Reina me hacen coronare;
Segun los reyes me acuitan,
Mora me harán tornare;
Mas amores de Gaiferos
No los puedo yo olvidare. —
Gaiferos que esto oyera
Tal respuesta le fué á dare:
— No lloreis vos, mi señora,
No querais así llorare,
Porque esas encomiendas
Vos mesma las podeis dare,
Que á mí allá dentro en Francia
Gaiferos suelen nombrare.
Soy el infante Gaiferos,
Señor de Paris la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de don Roldane;
Amores de Melisendra
Son los que acá me traen. —
Melisendra qu'esto vido
Conosciólo en el hablare,
Tiróse de la ventana,
La escalera fué á tomare,
Salióse para la plaza
Donde lo vido estare.
Gaiferos cuando la vido
Presto la fué á tomare,
Abránala con sus brazos
Para haberla de besare.
Allí estaba un perro moro
Por los cristianos guardare,
Las voces daba tan altas
Que al cielo quieren llegare.
Al alarido del moro
La ciudad mandan cerrare,
Siete veces la rodean,
No hallan por do escapare.
Presto sale el rey Almanzor
De la mezquita rezare:
Vereis tocar las trompetas
Apriesa y no de vagare,
Vereis armar caballeros
Y en caballos cabalgare:
Tantos se arman de los moros
Que gran cosa es de mirare:
Melisendra que lo vido
En una priesa tan grande,
Con una voz delicada
Le empezára de hablare:
— Esforzado don Gaiferos,
No querades desmayare,
Que los buenos caballeros
Son para necesidade:
Si desta escapais, Gaiferos,
Harto teneis que contare.
Ya quisiera Dios del cielo
Y santa Maria su madre
Fuese tal vuestro caballo
Como el de don Roldane.
Muchas veces le oí decir
En el palacio imperiale
Que si se hallaba cercado
De moros en algun lugare,
Al caballo aprieta la cincha
Y aflojábale el petrale,
Hincábale las espuelas
Sin ninguna piedade:
El caballo es esforzado,
De otra parte va á saltare. —
Gaiferos de qu'esto oyó
Presto se fuera á apeare,
Al caballo aprieta la cincha,
Y aflojábale el petrale,
Sin poner pié en el estribo
Encima fué á cabalgare,
Y Melisendra á las ancas,
Que presto las fué á tomare,
El cuerpo le da y cintura
Porque lo pueda abrazare:

Al caballo hinca la espuela
Sin ninguna piedade.
Corriendo venian los moros
Apriesa y no de vagare;
Las grandes voces que daban
Al caballo hacen saltare.
Cuando fueron cerca los moros
La rienda le fué á alargare.
El caballo era ligero,
Púsolo de la otra parte.
El rey moro qu'esto vido
Mandó abrir la ciudade,
Siete batallas de moros
Todos de zaga le vane.
Volviéndose iba Gaiferos,
No cesaba de mirare;
De que vido que los moros
Le empezaban de cercare
Volvióse á Melisendra,
Empezóle de hablare:
— No os enojeis, mi señora,
Seráos fuerza aquí apeare,
Y en esta grande espesura
Podeis señora, aguardare,
Que los moros son tan cerca,
De fuerza nos han de alcanzare.
Vos, señora, no traeis armas
Para haber de peleare,
Yo pues que las traigo buenas
Quiérolas ejercitare. —
Apeóse Melisendra
No cesando de rezare,
Las rodillas puso en tierra,
Las manos fué á levantare,
Los ojos puestos al cielo
No cesando de rezare;
Sin que Gaiferos volviese,
El caballo fué á aguijare.
Cuando huia de los moros
Parece no puede andare,
Y cuando iba hácia ellos
Iba con furor tan grande,
Que del rigor que llevaba
La tierra hacia temblare.
Donde vido la morisma
Entre ellos fuera á entrare:
Si bien pelea Gaiferos
El caballo mucho mase;
Tantos mata de los moros
Que no hay cuento ni pare,
De la sangre que salia
El campo cubierto se hace.
El rey Almanzor qu'esto vido
Empezára de hablare:
— ¡Oh válesme tú, Alá!
¿Esto qué podia estare?
Que tal fuerza de caballero
En pocos se puede hallare:
Debe ser el encantado
Ese paladin Roldane,
O debe ser el esforzado
Renaldos de Montalvane,
O es Urgel de la Marcha
Esforzado y singulare;
No hay ninguno de los doce
Que bastase hacer lo tale. —
Gaiferos que esto oyó
Tal respuesta le fué á dare:
— Calles, calles, el rey moro,
Calles, y no digas tale,
Muchos otros hay en Francia
Que tanto como estos valen;
Yo no soy ninguno dellos,
Mas yo me quiero nombrare;
Soy el infante Gaiferos,
Señor de Paris la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de don Roldane. —
El rey Almanzor que lo oyera
Con tal esfuerzo hablare,
Con los mas moros que pudo
Se entrára en la ciudade.
Solo quedaba Gaiferos,
No halló con quien peleare:
Volvió riendas al caballo
Por Melisendra buscare:
Melisendra que lo vido
A recebir se lo sale:
Vídole las armas blancas,
Tintas en color de sangre.
Con voz muy triste y llorosa
Le empezó de preguntare:
— Por Dios os ruego, Gaiferos,
Por Dios os quiero rogare,
Si traeis alguna herida
Queráismela vos mostrare,
Que los moros eran tantos
Quizá os habrán hecho male:
Con las mangas de mi camisa
Os la quiero yo apretare,
Y con la mi rica toca
Yo os las entiendo sanare.
— Calledes, dijo Gaiferos,
Infanta, no digais tale,
Por mas que fueran los moros
No me podian hacer male,
Qu'estas armas y caballo
Son de mi tio don Roldane;
Caballero que las trajere
No podia peligrare.
Cabalgad presto, señora,
Que no es tiempo de aquí estare,
Ante que los moros tornen
Los puertos hemos pasare. —
Ya cabalga Melisendra
En un caballo alazane,

Razonando van de amores,
De amores, que no de al,
Ni de los moros han miedo,
Ni dellos nada se dane:
Con el placer de ambos juntos
No cesan de caminare,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales,
Comiendo las yerbas verdes
Y agua si pueden hallare,
Hasta que entraron en Francia
Y en tierra de cristiandade:
Si hasta allí alegres fueron,
Mucho mas de allí adelante.
A la entrada de un monte,
Y á la salida de un valle,
Caballero de armas blancas
De lejos vieron asomare:
Gaiferos desque lo vido
La sangre vuelto se le hae,
Diciendo á su señora:
—Esto es mas de recelare,
Que aquel caballero que asoma
Gran esfuerzo es el que trae;
Que sea cristiano ó moró,
Fuerza será peleare:
Apeaos vos, mi señora,
Y veni de mi á la pare.—
De la mano le traia
No cesando de llorare.
Llégánse los caballeros,
Comienzan aparejare
Las lanzas y los escudos
En son de bien peleare.
Los caballos ya de cerca
Comienzan de relinchare;
Mas conocióla Gaiferos
Y empezára de hablare:
—Perded cuidado, señora,
Y tornad á cabalgare,
Que el caballo que allí viene
Mio es en la verdade,
Yo le dí mucha cebada
Y mas le entiendo de dare;
Las armas segun que veo
Mias son otro que tale,
Y aun aquel es Montesinos
Que á mí me viene á buscare,
Que cuando yo me partí
No estaba en la ciudade.—
Plugo mucho á Melisendra
Que aquello fuese verdade.
Ya que se van acercando
Cuasi juntos á la pare
Con voz alta y crecida
Empiézanse de interrogare.
Conóscense los dos primos
Entonces en el hablare,
Apeáronse á gran priesa,
Muy grandes fiestas se hacen:
De que hubieron hablado
Tornaron á cabalgare:
Razonando van de amores,
De otro no quieren hablare.
Andando por sus jornadas
En tierra de cristiandade,
Cuantos caballeros hallan
Todos los van compañare,
Y dueñas á Melisendra,
Doncellas otro que tale.
Al cabo de pocos dias
A Paris van á llegare:
Siete leguas de la ciudad
El emperador les sale,
Con él sale Oliveros,
Con él sale don Roldane,
Con él el infante Guarinos,
Almirante de la mare,
Con él sale don Bermudez
Y el buen viejo don Beltrane,
Con él muchos de los doce
Que á su mesa comen pane,
Y con él iba doña Alda,
La esposica de Roldane,
Con él iba Julianesa,
La hija del rey Juliane;
Dueñas, damas y doncellas
Las mas altas de linage.
El emperador abraza su hija
No cesando de llorare,
Palabras que le decia
Dolor eran de escuchare.
Los doce á don Gaiferos
Gran acatamiento le hacen,
Tiénenlo por esforzado
Mucho mas de allí adelante,
Pues que sacó á su esposa
De muy gran captividade:
Las fiestas que le hacian
No tienen cuento ni pare.

V.—ROMANCE DE D. GAIFEROS.

(Del Divino Miguel Sanchez.

Oid, señor don Gaiferos,
Lo que como amigo os hablo,
Que los dones mas de estima
Suelen ser consejos sanos.
Dejad un poco las tablas,
Escuchadme lo que entramblos;
Yo aconsejar, vos hacer,
Debemos como hijodalgo.
Melisendra está en Sansueña,
Vos en Paris descuidado,
Vos ausente, ella muger;

¡Cuántas y cuántas se han visto
Hacer de mudables muestra
Por muestra de sus razones
Mas que por ser lisonjeras!
Y si agraviadas se mudan,
Harto desculpadas quedan,
Que el que ofende es quien agravia,
Y no agravia quien se venga.
Si se muestra descuidado
Por averiguar mis veras,
Hacer pruebas ofendiendo
Es peligrosa esperiencia.
¡Dichoso el que mira el bien
Sin estos lejos de ausencia,
Que hacen menores los gustos
Y mayores las ofensas!
A mil imaginaciones
Hago grande resistencia,
Con ver que es mejor quejarme
Que dar ocasion á quejas. —
Pasára mas adelante,
Pero con la mucha pena
Las lágrimas fueron tantas,
Que entorpecieron la lengua.

ROMANCE DE LA HISTORIA DE DURANDARTE, BELERMA Y MONTESINOS.

(Anónimo.)

Durandarte, Durandarte,
Buen caballero probado,
Yo te ruego que hablemos
En aquel tiempo pasado,
Y dime si se te acuerda
Cuando fuiste enamorado,
Cuando en galas é invenciones
Publicabas tu cuidado,
Cuando venciste á los moros
En campo por mí aplazado:
Agora, desconocido,
Di, ¿porqué me has olvidado?
—Palabras son lisongeras,
Señora, de vuestro grado,
Oíe si yo mudanza hice
Vos lo habeis todo causado,
Pues amasteis á Gaiferos
Cuando yo fuí desterrado;
Que si amor quereis conmigo,
Teneislo muy mal pensado,
Que por no sufrir ultraje
Moriré desesperado.

I. — ROMANCE DE LA BATALLA DE RONCESVALLES.

(Anónimo.)

Un gallardo paladin,
Aunque invencible, vencido,
De Francia quinto delfin,
Cercano al último fin
Dice hallándose rendido:
—Cuando allá en Francia nos vimos
Haciendo del mundo ultraje,
Muchas promesas hicimos,
Y entre otras cuando partimos
Hicimos pleito homenage
De abatir el estandarte
De Bernardo el castellano,
Y asolar por otra parte
Cuanto alcanzase la mano,
Sin perdonar ni aun á Marte.
Y porque memoria fuese
Para los que den ultraje,
Hicimos pleito homenage
Que el que en la guerra muriese
Dentro en Francia se enterrase;
Pero por traicion guiados
No fuimos apercibidos,
Antes súbito asaltados
Por leones desatados,
Con quien batalla tuvimos.
Fortuna favoreciólos
Hasta el fin y postrer trance,
Y en todo victoria diólos;
Mas como los españoles
Prosiguieron el alcance,
No pudimos resistir
Al ímpetu de Bernardo,
Porque en matar y herir
Y franceses destruir
No se nos mostraba tardo.
Él con faz serena y leda,
Y nos con pena y afane,
Dijo: «España, cierra, cierra,»
Y así con la polvareda
Perdimos á don Beltrane.

II. — ROMANCE DE LA BATALLA DE RONCESVALLES.

(Anónimo.)

En los campos de Alventosa
Mataron á don Beltran,
Nunca lo echaron menos
Hasta los puertos pasar.
Siete veces echan suertes
Qién lo volverá á buscar,
Todas siete le cupieron

Al buen viejo de su padre,
Las tres fueron por malicia,
Y las cuatro con maldad.
Vuelve riendas al caballo,
Y vuélveselo á buscar,
De noche por el camino,
De dia por el jaral;
Por la matanza va el viejo,
Por la matanza adelante,
Los brazos lleva cansados
De los muertos rodear:
No hallaba al que buscaba,
Ni menos la su señal.
Vido todos los franceses
Y no vido á don Beltran:
Maldiciendo iba el vino,
Maldiciendo iba el pan
(El que comian los moros,
Que no el de la cristiandad)
Maldiciendo iba el árbol
Que solo en el campo nasce,
Que todas las aves del cielo
Alli se vienen á asentar,
Que de rama ni de hoja
No lo dejaban gozar:
Maldiciendo iba el caballero
Que cabalgaba sin page,
Si se le cae la lanza
No tiene quien se la alce,
Y si se le cae la espuela
No tiene quien se la calce:
Maldiciendo iba la muger
Que tan solo un hijo pare,
Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengar.
A la entrada de un puerto,
Saliendo de un arenal,
Vido en esto estar un moro
Que velaba en un adarve;
Hablóle en algarabia,
Como aquel que bien la sabe:
— Por Dios te ruego, el moro,
Me digas una verdad.
Caballero de armas blancas
Si lo viste acá pasar,
Y si tú lo tienes preso
A oro lo pesarán,
Y si tú lo tienes muerto
Désmelo para enterrar,
Pues que el cuerpo y el alma
Solo un dinero no vale.
— Ese caballero, amigo,
Dime tú que señas trae.
— Blancas armas son las suyas
Y el caballo es alazan,
En el carrillo derecho
Él tenia una señal,
Que siendo niño pequeño
Se la hizo un gavilan.
— Este caballero, amigo,
Muerto está en aquel pradal,
Las piernas tiene en el agua,
Y el cuerpo en el arenal,
Siete lanzadas tenia
Desde el hombro al calcañal,
Y otras tantas su caballo
Desde la cincha al pretal.
No le des culpa al caballo,
Que no se la puedes dar;
Siete veces lo sacó
Sin herida y sin señal,
Y otras tantas lo volvió
Con gana de pelear.

III.— ROMANCE DE LA BATALLA DE RONCESVALLES.

(Anónimo.)

Cuando de Francia partimos
Hicimos pleito homenage
Que el que en la guerra muriese
Dentro en Francia se enterrase.
Y como los españoles
Prosiguieron el alcance,
Con la mucha polvareda
Perdimos á don Beltrane:
Siete veces echan suertes
Sobre quién irá á buscalle;
Todas siete le cupieron
Al buen viejo de su padre.
Las tres le caben por suerte,
Las cuatro por gran maldade;
Mas aunque no le cupieran,
Él no se podia quedare.
Vuelve riendas al caballo
Sin que nadie le acompañe,
Y con el dolor que lleva
Les dice razones tales:
— Volved á Francia, franceses,
Los que amais la vida infame,
Que yo por solo mi hijo
Fuí con vosotros, cobardes.
No me lleva el juramento
Ni las suertes que echastes,
Que el amor y la venganza
Bastaban para llevarme;
Y pues él por el honor
No se acordó de su padre,
Yo quiero acordarme dél
Y volver á Roncesvalles;
Y si con vosotros pueden
Juramentos y homenages,
No pensés que con mi muerte
Del peligro os escapastes,
E há desde luego suertes

Ya se parte, ya se vá:
Siendo cerca del tablado
A Marlotes fué hablar:
— Unas nuevas os traia,
Queráismelas escuchar;
Sabed que aquel prisionero
Aquesto dicho me ha,
Si le diesen su caballo
En que solia cabalgar,
Y le diesen las sus armas
Que él se solia armar,
Que aquestos tablados altos
El los entiende derribar. —
Marlotes de qu'esto oyera
De allí lo mandó sacar;
Por mirar si en caballo
Él podria cabalgar,
Mandó buscar su caballo,
Y mandáraselo dar,
Que siete años son pasados
Que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,
Que bien mohosas están.
Marlotes desque lo vido
Con reir y con burlar
Dice que vaya al tablado
Y lo quiera derribar.
Guarinos con grande furia
Un encuentro lo fué á dar,
Que mas de la mitad dél
En el suelo fué á echar.
Los moros de qu'esto vieron
Todos le quieren matar,
Guarinos como esforzado
Comenzó de pelear
Con los moros, que eran tantos,
Que el sol querian quitar.
Peleára de tal suerte
Que él se hubo de soltar,
Y se fuera á la su tierra,
A Francia la natural:
Grandes honras le hicieron
Cuando le vieron llegar.

ROMANCES

DE BERNARDO DEL CARPIO.

I. — *(Anónimo.)*

En los reinos de Leon
El Casto Alfonso reinaba,
Hermosa hermana tenia,
Doña Jimena se llama.
Enamorárase de ella
Ese conde de Saldaña,
Mas no vivia engañado,
Porque la infanta lo amaba.
Muchas veces fueron juntos,
Que nadie lo sospechaba,
De las veces que se vieron
La infanta quedó preñada.
La infanta parió á Bernardo,
Y luego monja se entraba;
Mandó el rey prender al conde
Y ponerle muy gran guarda.

II. — *(Lorenzo de Sepúlveda.)*

El conde don Sancho Diaz
De Saldaña era llamado,
Casó con doña Jimena,
Hermana de Alfonso el Casto:
Y no lo sabiendo el rey
Ambos se habian desposado,
Y de su ayuntamiento
Nació Bernardo del Carpio.
Mucho pesó al rey Alfonso,
Por el conde habia enviado
A Saldaña donde estaba,
Para dél se hacer vengado.
El conde vino á Leon
Do está el rey aposentado,
Venido que fué á Leon
De venir le habia pesado,
Porque no saliera el rey
A recibirlo y honrarlo.
A mala señal lo tuvo,
De si se habia querellado
En no traer de su gente,
Aunque el rey lo habia vedado.
Cuando el rey supo qu'el conde
A Leon habia llegado,
Mandó á sus caballeros
Que lo prendan en entrando.
Venido que fuera el conde
A besar al rey la mano,

Luego fuera el conde preso,
Al rey habia preguntado:
—Señor, ¿en que os ofendí?
¿Porque soy tan mal tratado?
—Asaz hecistes, el conde,
Que bien sé lo que ha pasado
Entre Jimena mi hermana
Y vos, conde, mal mirado:
Pero yo os prometo y juro
Que vos sereis castigado,
Que en toda la vuestra vida
De prision no sereis librado.
Morireis dentro de ella
En Luna aherrojado.
—Mi señor, sois vos el rey,
Respondió el conde llorando,
Hareis vos vuestro querer
Contra mí vuestro vasallo.
Por merced, señor, os pido
Que tomedes á Bernardo,
Que se cria en las Asturias,
Qu'es hijo de vuestro hermano.
De mi pecado no ha culpa,
Que yo soy el que he errado.

III.—(*Anónimo.*)

Contándole estaba un dia
Al valeroso Bernardo
Elvira Sanchez su aya,
Que de niño le ha criado:
—Sabredes, fijo, sabredes,
Por lo que habreis preguntado,
Que non sois bastardo, non,
Como dijo Alfonso el Casto.—
Bernardo replica:—Pues
Algun padre me ha engendrado.
—Padre fidalgo habeis, fijo,
Fidalgo, que non villano.
El conde don Sancho Diaz,
Que en Saldaña es su condado,
Os hobo en doña Jimena,
En casa del rey estando;
Y como su hermana era,
Por vengarse del agravio
En el castillo de Luna
Puso al conde aprisionado,
Y á vuestra madre tambien
Reclusa y á buen recaudo,
Porque aunque público, non
Fué el matrimonio aclarado.
Casáronse los dos solos,
Por lo que non sois bastardo,
Y para mas se vengar
Y faceros mayor daño
Da sus reinos al frances,
Faciéndoos desheredado;
Por lo cual parece mal,
Fijo, al mundo que tu brazo
Consienta que esté el buen conde
Afligido, preso y cano.
—La culpa teneis vos, madre,
En habérmelo callado,
Pues si lo hobiera sabido
Ya le hobiera libertado.
—Si todo este largo tiempo
Que conmigo habeis estado
Hemos callado el secreto,
Fué por temor del tirano.
Fincad en esto, vos digo,
Y notad que abaldonado
Estais del vulgo parlero,
Que ha entendido y sabe el caso.—
Bernardo le dice:—Basta,
Mi madre, ya lo fablado
Para servir de acicate
Al fijo del padre honrado.—
Al cielo vuelve los ojos,
Y en mil lágrimas bañando
Su hermosa afrentada faz,
Dice mordiendo los labios:
—No se honren mis amigos
De me llevar á su lado,
Y quede entre fieros moros
Preso, muerto ó mal llagado,
Y arrástreme mi troton
Fasta me facer pedazos,
Y cuando esté en mas aprieto
Se me canse el diestro brazo,
Que si por bien no me da
Alfonso á mi padre amado,
Que le tengo de seguir
Como á cruel y tirano.

IV.—(*Anónimo.*)

Bañando está las prisiones
Con lágrimas que derrama
El conde don Sancho Diaz,
Ese señor de Saldaña.
Y entre el llanto y soledad
Desta suerte se quejaba
De don Bernardo su hijo,
Del rey Alfonso y su hermana:
—Los años de mi prision
Tan aborrecida y larga,
Por momentos me lo dicen
Aquestas mis tristes canas.
Cuando entré en este castillo
Apenas entré con barbas,
Y agora por mis pecados
La veo crecida y blanca.
¿Qué descuido es este, hijo?
¿Como á voces no te llama
La sangre que tienes mia
A socorrer donde falta?

Sin duda qué te detiene
La que de tu madre alcanzas,
Que por ser de la del rey
Juzgarás mal de mi causa.
Todos tres sois mis contrarios,
Que á un desdichado no basta
Que sus contrarios lo sean,
Sino sus propias entrañas.
Todos los que aquí me tienen
Me cuentan de tus hazañas,
Si para tu padre no,
Dime ¿ para quién las guardas?
Aquí estoy en estos hierros,
Y pues dellos no me sacas,
Mal padre debo de ser,
O tú, mal hijo, me faltas.
Perdóname si te ofendo,
Que descanso en las palabras,
Que yo como viejo lloro,
Y tú como ausente callas.

V. — *(Anónimo.)*

En corte del Casto Alfonso
Bernaldo á placer vivia,
Sin saber de la prision
En que su padre yacia.
A muchos pesaba della,
Mas nadie se lo decia,
Ca non osaba ninguno,
Que el rey se lo defendia;
Y sobre todos pesaba
A dos deudos que tenia,
Uno era Vasco Melendez,
A quien la prision dolia,
Y el otro Suero Velazquez,
Que en el alma lo sentia.
Para descubrir el caso
En su puridad metian
A dos dueñas hijosdalgo,
Que eran de muy gran valía,
Una era Urraca Sanchez,
La otra dicen Maria,
Melendez era el renombre
Que sobre nombre tenia.
Con estas dueñas hablaron
En gran puridad un dia,
Diciendo: — Nos os rogamos,
Señoras, por cortesía,
Que le digais á Bernaldo
Por cualquier manera ó via
Como yace preso el conde
Su padre don Sancho Diaz;
Que trabaje de sacarlo,
Si pudiére, en cualquier guisa,
Que nos al rey le juramos
Que de nos no lo sabria. —
Las dueñas cuando lo vieron
A Bernaldo lo decian.
Cuando Bernaldo lo supo
Pesóle á gran demasía,
Tanto que dentro en el cuerpo
La sangre se le volvia.
Yendo para su posada
Muy grande llanto hacia;
Vistióse paños de luto,
Y delante el rey se iba.
El rey cuando así lo vió
Desta suerte le decia:
— Bernaldo, ¿ por aventura
Cobdicias la muerte mia? —
Bernaldo dijo: — Señor,
Vuestra muerte no queria,
Mas duéleme que está preso
Mi padre gran tiempo habia:
Señor pidoos por merced,
Pues que yo os lo merecia,
Que me lo mandedes dar. —
Empero el rey con gran ira
Le dijo: — Partíos de mí,
Y no tengais osadía
De mas esto me decir,
Ca sabed que os pesaria,
Et yo juro y os prometo
Que en cuantos dias yo viva
Que de la prision no veades
Fuera vuestro padre un dia. —
Bernaldo con gran tristeza
Aquesto al rey respondia:
— Señor, rey sois, y haredes
A vuestro querer y guisa;
Empero yo ruego á Dios,
Tambien á santa Maria,
Que él os meta en corazon
Que lo soltedes aína,
Ca yo nunca dejaré
De serviros todavía. —
Mas el rey con todo esto
Amábale en demasía,
Y ansí se pagaba dél
Tanto cuanto mas le via,
Por lo cual siempre Bernaldo
Ser hijo del rey creia.

VI. — *(Anónimo.)*

Con cartas y mensageros
El rey al Carpio envió,
Bernaldo como es discreto
De traicion se receló;
Las cartas echó en el suelo,
Y al mensagero ansí habló:
— Mensagero eres, amigo (15),
Non mereceis culpa, non,
Mas al rey que acá te envía
Dígasle tú esta razon:

Que no lo estimo yo á él,
Ni aun á cuantos como él son,
Mas por ver lo que me quiere
Todavía allá iré yo. —
Y mandó juntar los suyos,
Desta suerte les habló:
— Cuatrocientos sois los mios,
Los que comedes mi pan,
Los ciento irán al Carpio
Para el Carpio guardar,
Los ciento por los caminos
Que á nadie dejen pasar,
Doscientos ireis conmigo
Para con el rey hablar,
Y si malo me aviniere,
Lo peor será tornar. —
Por sus jornadas contadas
A la corte fué á llegar.
— Dios os mantenga, buen rey,
Y á cuantos con vos están.
— Mal vengades vos, Bernaldo,
Traidor, hijo del mal padre,
Díte yo el Carpio en tenencia,
Tú tómaslo de heredad.
— Engañáisvos vos, el rey,
Et non decides verdad,
Que si yo fuese traidor
A vos os cabia en parte;
Acordárseos debia
De aquella del Encinal,
Cuando gentes estranjeras
Allí os trataron tan mal,
Que os mataron el caballo
Y aun á vos querian matar.
Bernaldo como traidor
Dentre ellos vos fué á sacar,
Allí me disteis el Carpio
De juro y de heredad;
Prometísteme á mi padre,
Non me guardaste verdad.
— Prendedlo, mis caballeros,
Que igualado se me ha.
— Aquí, aquí, los mis doscientos,
Los que comedes mi pan,
Que hoy era venido el dia
Que honra habemos de ganar. —
El rey de que aquesto viera
Desta suerte fué á hablar:
— ¿Qué ha sido aquesto, Bernaldo,
Que así enojado te has?
¿Lo que hombre dice de burla
De veras vas á tomar?
Yo te dó el Carpio, Bernaldo,
De juro y de heredad.
— Aquestas burlas, el rey,
No son burlas de burlar;
Llamástesme de traidor,
Traidor, hijo de mal padre,
El Carpio yo no lo quiero,
Bien lo podeis vos guardar,
Que cuando yo lo quisiere
Muy bien lo sabré ganar.

VII. — *(Lorenzo de Sepúlveda.)*

En Luna está preso el conde
Muy grandes dias habia,
Bernaldo, que era su hijo,
De su prision no sabia.
Halo defendido el rey
Que ninguno se lo diga,
Súpolo de dos doncellas,
Y fuera con maestría:
Mucho le pesó á Bernaldo,
El corazon le dolia,
Revolvióse la sangre;
Con mucha malenconía
Fuérase á su posada,
Gran duelo es el que hacia,
Las lágrimas de sus ojos
Muchas van por sus mejillas,
Palabras de gran dolor
Son aquestas que decia:
— ¡Ay conde don Sancho Diaz,
Grande fué vuestra desdicha!
Muy mayor es mi pesar,
Padeceis por causa mia.
Si de prision no vos quito,
¿Para qué quiero la vida?
Morir quiero y no ser vivo
Si no os veo y conocia;
No lo sabia yo, el conde,
La vuestra prision esquiva,
No os tenia yo por padre,
Agora yo lo sabia,
Mi padre cuidaba yo
El rey Alfonso sería. —
Con muy crecido dolor
Luto sobre sí cubria,
Fuése para el Casto Alfonso,
De rodillas se ponia:
El rey que vido á Bernaldo,
Estas palabras decia:
— ¿Cobdiciades por ventura,
Bernaldo, la muerte mia?
— Don Sancho Diaz de Saldaña
En vuestra prision yacia,
Siendo mi padre y señor
Que tanto servido habia.
Por merced os pido, rey,
Me lo deis en este dia,
A mí poned en prision,
Libradlo por causa mia. —
Gran enojo cobró Alfonso
De lo que le respondia;
Díjole: — Partíos, Bernaldo,

De aquesta presencia mia,
No seais jamas osado
De volver á tal porfía;
Yo os juro que no veais
Que vuestro padre se libra
De la prision en que está
En los dias que yo viva.
— Buen rey, respondió Bernaldo,
Mal pagais quien os servia;
Póngavos Dios corazon
De hacer lo que os pedia,
Que es de sacar á mi padre
De la prision que tenia.
De servir no os dejaré
Mientras que tenga la vida,
Y hasta que esté libertado
Este luto yo traeria.

VIII. — *(Anónimo.)*

Estando en paz y sosiego
El buen rey Alfonso el Casto,
Que de lidiar con los moros
Estaba muy fatigado,
Nuevas le fueron venidas
Que por la tierra le ha entrado
Un alto hombre de Francia,
Que don Bueso era llamado,
Con gran hueste de franceses,
Que la tierra le han entrado.
El rey fué luego sobr'él
Con su sobrino Bernaldo,
Su batalla han en Osejo,
Que es un lugar castellano,
Muchas gentes ademas
Murieron de cada cabo.
Y estando unos con otros
Crudamente peleando,
Bernaldo y don Bueso á dicha
En uno se habian hallado:
Bernaldo mató á don Bueso,
Aunque era muy esforzado.
Los franceses viendo esto
Desampararon el campo:
Pues la batalla vencida
Y el campo todo robado,
Bernaldo suplicó al rey,
Pues se lo tenia mandado,
Que le soltase á su padre,
Ca despues que fué avisado
De como yacia en prision,
Era siempre acostumbrado
De en cada lid que venciese
Al rey le haber demandado;
Y el rey se lo prometia
Siempre que andaba lidiando,
Mas despues no se lo daba
Cuando en paz y sosegado;
Como otras veces hacia,
Aquesta se le ha negado.
Bernaldo con gran pesar
No quiso ir mas á palacio,
Antes sin servir al rey
Gran tiempo estuvo encerrado,
Que á ningun cabo salia
Ni cabalgaba á caballo,
Ni mas de cosa del mundo
Mostraba tener cuidado.
Pena le daba el placer,
De lo triste era pagado,
Ya no curaba de fiestas,
A que él era aficionado,
Todo pesar y tristeza
Le era á él muy gran descanso.
De aquesto pesaba mucho
A todos los hijosdalgo,
Que bien quisieran que el rey
Le hubiera á su padre dado,
Pues tantas veces por él
Era de muerte escapado,
Sin perder jamas batalla
Do con él hubiese entrado.

IX. — *(Anónimo.)*

No cesando el Casto Alfonso
De con los moros lidiar,
Una muy gran hueste de ellos
La tierra le van á entrar.
Tantos eran de los moros
Que era cosa de espantar,
Los cuales muy esforzados,
En ser tantos ademas,
Hicieron de si dos partes
Y fuéronse asi á ordenar.
La una fué á Polvoreda,
La otra fué á aquel lugar
Do el rey don Alfonso estaba,
El cual sin lo recelar,
Fué muy esforzadamente
Contra ellos sin tardar.
Dos partes de la su gente
El rey luego hecho ha,
Con la una va Bernaldo,
Con la otra el rey se va.
Bernaldo va contra aquellos
Que á Polvoreda se van,
Y con ellos fué á hallarse
Donde su batalla han:
Tantos en el Val-de-Moro,
Frontero de Portugal,
Venció Bernaldo y mató
Tantos dellos ademas,
Que querer hombre decillo
Seria nunca acabar.
El rey Alfonso otrosí

Con los otros fuera á dar
Cerca del rio de Duero,
Allí fueron á lidiar:
Tan bien se hubo el rey con ellos,
Tanto se fuera á esforzar,
Que mató doce mil moros,
Y fué tal la mortandad,
Que los pocos que escaparon
Llevaron bien que contar,
Y muy rico y muy honrado
El rey se fué á tornar
A su ciudad de Oviedo,
Donde fuera á descansar.

X. — *(Anónimo.)*

Al Casto rey don Alfonso
Está Bernardo pidiendo
Con muy sentidas palabras
Lo que no basta por ruego.
—En el castillo de Luna
Teneis á mi padre preso,
Solo á vuestros ojos malo,
Aunque á los de todos bueno.
Cansadas son las paredes
De guardar en tanto tiempo
A un hombre que vieron mozo,
Y ya le ven cano y viejo.
Si ya sus culpas merecen
Que sangre sea en descuento,
Harta suya he derramado
Y toda en servicio vuestro:
Acordaos, señor, de cuando
A Cárlos distes el reino,
Y vuestra real palabra
Mis fidalgos la cumplieron;
Pues saliendo á la demanda
Como buenos caballeros,
La respuesta que dió Francia
Vino escrita en nuestros pechos.
Cuando las guerras civiles
Que hubistes con los gallegos,
Trujimos nuestras espadas
Manchadas en sangre dellos.
Y cuando con castellanos
Tuvimos tambien reencuentros,
Segun vinieron las almas
Fué mucho venir los cuerpos.
Hijo soy de vuestra hermana,
Mirad, rey, si os viene á cuento
Darme legítimo padre
Y no natural soltero.
No quiero enojaros, rey,
Sino decir solo aquesto:
Que mi padre está en prision,
Y yo en la guerra sirviéndoos.

XI. — *(Anónimo.)*

Andados treinta y seis años
Del rey don Alfonso el Casto,
En la era de ochocientos
Y cincuenta y tres ha entrado
El número de esta cuenta;
Y el rey ya mas reposado,
Haciendo en Leon sus córtes,
Habiendo á ellas allegado
Los altos hombres del reino,
Y los de mediano estado.
Mientras las córtes se hacen
El rey hacer ha mandado
Generales alegrías
Con que á la corte ha alegrado,
Corriendo cada dia toros
Y bohordando tablados.
Don Arias y don Tibalte,
Dos condes de gran estado,
Eran tristes ademas
Cuando vieron que Bernaldo
No entraba en aquellas fiestas,
De lo cual les ha pesado,
Porque no entrando él en ellas
Les era gran menoscabo,
Y eran menguadas las córtes
No habiendo á ellas andado.
Despues de haberse entre sí
Ambos á dos acordado,
Suplicaron á la reina
Que le dijese á Bernaldo,
Que por su amor cabalgase
Y que lanzase al tablado.
Holgando la reina dello,
A Bernaldo lo ha rogado,
Diciéndole: — Yo os prometo
Desque al rey haya hablado,
Yo le pida á vuestro padre,
Ca no me lo habrá negado.—
Bernaldo cabalgó entonces
Y fué á cumplir su mandado;
Llegando delante el rey
Con tanta furia ha tirado,
Que forzándose en sus fuerzas
El tablado ha quebrantado.
El rey de aquesto fué fecho
Fuése á yantar al palacio.
Don Tibalte y Arias godos
A la reina han acordado
Que cumpliese la merced
Que á Bernaldo le ha mandado.
La reina fué luego al rey,
La cual así le ha hablado:
— Yo os ruego mucho, señor,
Que me deis, si os tiene en grado,
Al conde don Sancho Diaz

Que teneis aprisionado;
Porque este es el primer don
Que yo á vos he demandado. —
El rey cuando aquesto oyó
Gran pesar hubo tomado,
Y mostrando grande enojo,
Esta respuesta ha dado:
— Reina, yo no lo haré,
No tomeis trabajo en vano,
Ca no quiero quebrantar
La jura que hube jurado. —
La reina quedó muy triste
Cuando el rey no se lo ha dado,
Mas Bernaldo en gran manera
Fué desto mal enojado,
Acordando de irse al rey
A suplicarle de cabo
Le diese á su padre el conde,
Y si no, desafiallo.

XII. — *(Anónimo.)*

A los pies arrodillado
Del Casto rey don Alfonso,
Pide Bernardo á su padre
Muy humilde y muy quejoso.
— Poderoso rey, le dice,
Yo te confieso y conozco
Que la ofensa de mi padre
Te ha causado justo enojo;
Pero advierte, Casto rey,
Que te ofendió siendo mozo,
Y que en la dura prision
Cubren ya canas su rostro.
Ya es tiempo que le perdones,
Pues con ser un yerro solo,
Yo le he lavado con sangre
Y él con agua de sus ojos;
Y si la que tengo suya
No te mueve, rey Alfonso,
La mitad es de tu hermana
A pesar del mundo todo.
Considera mis servicios,
Señor, que no son tan pocos
Que medidos con la ofensa
No estés menos riguroso.
Tu real palabra cumple,
Y sino, á Dios hago voto
De tomar tanta venganza
Que cause en tu reino asombro.

XIII. — *(Anónimo.)*

En gran pesar y tristeza
Era el valiente Bernaldo,
Por ver á su padre preso
Y no poder libertallo.
Vestidos paños de luto
Y de sus ojos llorando,
Se lo pidió de merced
Al rey don Alfonso el Casto,
El cual dar no se lo quiso,
Mas por respuesta le ha dado:
— Que de decirlo otra vez
No fuese jamas osado,
Ca si lo osase á hacer
Con su padre haria echarlo. —
Bernaldo cuando esto vido
Al rey así ha hablado:
— Señor, por cuanto os serví
Ya debiérades soltallo,
Bien acordárseos debia,
Si no se os ha olvidado,
De como yo os acorrí
Cuando os tenian cercado
Los moros en Benavente,
Andando en la lid lidiando,
En la cual sabeis que os viste
En muy peligroso estado
Con la gente del rey Ores
Que la tierra os habia entrado;
Y vos dijísteme entonces
Que os pidiese yo á mi agrado
Un don cualquiera que fuese,
Que de vos me seria dado:
Yo pedíos á mi padre,
Y por vos me fué otorgado.
Otrosí cuando lidiasteis
Con Alzaman el pagano,
Que yacia sobre Zamora
Teniendo cerco asentado,
Bien sabeis lo que allí hice
Para sacaros en salvo;
Desque la lid fué vencida
Vuestra fe me hubiste dado
De darme á mi padre el conde
Libre, suelto, vivo y sano.
Y tambien cuando os tenian
Cercado en el mismo grado
Los moros cerca del rio
Que d' Orbi era llamado,
Y os daban muy grande priesa,
Que fuera escapar milagro,
Y estando en horas de muerte
Llegué yo por aquel cabo,
Y bien sabeis lo que hice,
Y cómo os hube librado.
Agora pues que me veo
Ser de vos tan mal pagado,
Que á mi padre no me dais,
Habiéndomelo mandado,
De vos me quito, y no quiero
Ser ya mas vuestro vasallo.
Y repto á todos aquellos
Cuantos son de vuestro mando,
Para que en cualquier lugar

Que los hubiese hallado,
Si mas pudiere que ellos
Como enemigo tratallos. —
Desto fué el rey mas sañudo,
Y le dijo asi á Bernaldo:
— Bernaldo, pues asi es,
Que salgades luego es mando
Desde hoy en nueve dias
De mi tierra y mi reinado.
Procurad no os halle en ella;
Porque cierto, si yo os hallo
Despues que fuere cumplido
El término señalado,
Cierto yo os mandaré echar
Donde vuestro padre ha estado. —
Bernaldo entonces se fué
Para Saldaña enojado,
Y luego Vasco Melendez,
Que en sangre le era llegado,
Y tambien Suero Velazquez,
Que era su deudo cercano,
Y don Nuño de Leon,
Deudo otrosi de Bernaldo.
Viendo que así se partia
Y que del rey iba airado,
Despidiéronse del rey
Y besáronle la mano.
Fuéronse para Saldaña,
Con Bernaldo se han juntado.
Bernaldo comenzó entonces
A hacer gran mal y daño:
Corrió la tierra de Leon,
Hizo en ella gran estrago.
Duraron aquestas guerras,
Que hubo entre el rey y Bernaldo,
Gran tiempo hasta que fué
Muerto Alfonso aquel rey Casto.

XIV. — *(Lorenzo de Sepúlveda.)*

No tiene heredero alguno
Alfonso el Casto llamado,
A Carlo Magno el de Francia
Mensageros le ha enviado
En secreto que viniese
Contra moros á ayudarlo,
Y que le daria á Leon,
Que de Alfonso era reynado.
Cárlos que oyera el mensage
Luego se habia aparejado,
Mucha gente trae consigo,
Roldan qu' es muy estimado,
Y otros muchos caballeros
Que los Pares han llamado.
Los ricoshombres del reino
De Alfonso se han querellado,
Pidieronle que revoque
La palabra que habia dado;
Si no, echarlo han del reino,
Y pondrán otro en su cabo,
Que mas quieren morir libres
Que mal andantes llamados.
No quieren ser de fraceses
Sujetos los castellanos:
El que mas enojo tiene
Era Bernardo del Carpio,
Que era sobrino del rey,
Caballero aventajado.
Revocó Alfonso la manda,
Aunque no fué de su grado.
A Cárlos mucho le pesa,
Del rey Casto es enojado,
Porque mintió su palabra
Mucho lo ha amenazado
Que le quitará á Leon
Y aun á todo su reinado.
Bernardo está muy sañudo
De lo que Carlos ha hablado.
Apercíbense los reyes
Con las gentes de su estado,
Halláronse en Roncesvalles,
Do muy recio han batallado,
Mueren alli muchas gentes
Franceses y castellanos.
Venció el rey don Alfonso
Por el esfuerzo sobrado
De Bernardo su sobrino,
Que era el mas señalado.
Mató Bernardo por sí
A Roldan el esforzado,
Y á otros muchos capitanes
De Francia muy estimados.

XV. — *(Anónimo.)*

Retirado en su palacio
Está con sus ricoshomes
Alfonso, rey de Castilla,
En Leon do está su corte;
Y despues de haber propuesto
Su intento y sus pretensiones
A los de guerra y estado
Que atentos le escuchan y oyen,
En confuso conferir
Se oye un susurro discorde,
Que sala y palacio asorda
La diversidad de voces.
Unos dicen: «Libertad
Es bien que Castilla goce,
Que harto tiempo ha sido esclava
Del profeta falso torpe,
Si no es que nuestras miserias,
Nuestras culpas y errores
Nos tengan ya condenados
A estrangeras sumisiones.
Gobierne el gallo su tierra,

No nos fatigue y enoje,
Y estienda por otra parte
Sus límites y mojones.»
Otros dicen: «No es afrenta,
Ni es bien que por tal se tome,
Ampararse un reino de otro
Con honradas condiciones.»
En estas dudas estaban,
Cuando en confusos montones
Por el inquieto palacio
Cantidad de gente rompe,
Gritando: «Viva Castilla
Y sus temidos leones,
Viva el Casto rey Alfonso,
Con tal que esta voz no estorbe,
Viva quien la reforzare,
Y sino en nuestros estoques
Ha de dejar hoy la vida
Desde el pechero hasta el noble.
Viva el famoso Bernardo,
Libertador de los hombres,
Que el infame yugo abate
Y estranjeras opresiones.»
Bernardo en la delantera
A todos silencio pone,
Eligiendo de los suyos
De los mas á cuento doce.
Entra donde estaba rey,
Y dice: — Si el miedo torpe
Hace tan bajos efectos,
Como es bien que el mundo note,
En la sangre ilustre y clara,
Si es bien que sangre se nombre,
De aquellos famosos godos
De quien tembló todo el orbe,
¿Cómo á la parlera fama
Quereis obligar pregone
Vuestros valerosos hechos
Sujetos á otras naciones?
Primero el rigor del cielo
Ardientes rayos arroje
Sobre la afflicta Castilla,
Que nombre de esclavo tome.
Eso no consentiré,
Que aunque el mundo se trastorne,
No ha de ser, ó han de morir,
A mis manos sus autores;
Que muchas hay sin las mias
Para este efecto concordes,
Que es dulce la libertad,
Y la esclavitud enorme. —
Con esto dejó la sala
Y del palacio salióse,
Poniendo en órden sus gentes,
Y dando en sus cosas órden.
Visto por el rey el caso
Manda de nuevo se vote,
De á do salió que Castilla
Su libertad tenga y goce.

XVI. — (*Anónimo.*)

Con solos diez de los suyos
Ante el rey Bernardo llega,
Con el sombrero en la mano
Y acatada reverencia:
Los demas hasta trecientos
Hácia palacio enderezan,
De dos en dos divididos
Porque el caso no se entienda.
— Mal venido seais, le dice,
Alevoso, á mi presencia,
Hijo de padres traidores
Y engendrado entre cautelas,
Que con el Carpio os alzaste
Que dado os lo habia en tenencia;
Mas fiad de mi palabra,
Que de vos tomaré enmienda,
Aunque no hay de que admirarse
Si el traidor traidor engendra.
No hay que procurar disculpa,
Pues ninguna teneis buena. —
Bernardo que atento estaba
Respondió con faz siniestra:
— Mal os informaron, rey,
Y con relacion mal hecha,
Que mi padre fué tan bueno,
Que á la antigua estirpe vuestra
En bondad no debia nada,
Y esto es cosa manifiesta;
Y en decir que fué traidor
Miente quien lo dice ó piensa,
De vuestra persona abajo,
Que como á rey os reserva:
¡Muy bien mis grandes servicios
Con este nombre se premian!
De los cuales fuera justo
Que noticia se tuviera;
Mas es propio del ingrato,
Su propiedad, rey, es esta,
Olvidar el beneficio
Por negar la recompensa.
Una os debiera obligar,
Si de otra no se os acuerda,
Cuando en la del Romeral
En la dudosa contienda
Os mataron el caballo,
Quedando en notable afrenta,
Y yo como soy traidor
Os dí el mio con presteza,
Sacándoos como sabeis
De aquella mortal refriega.
Por ello me prometiste
Con razones halagüeñas
De darme á mi padre libre,
Sin lesion y sin ofensa;

Pero mal vuestra palabra
Cumplistes y real promesa,
Que para ser rey, por cierto
Teneis muy poca firmeza,
Pues que murió en la prision,
Cual sabeis, por pasion vuestra;
Mas si yo fuera el que debo,
Si el hijo que debo fuera,
Su muerte hubiera vengado
En cosas que os ofendiera:
Pero yo la vengaré
En algunas donde entienda
Para mas os deservir
Que notable daño os venga.
— Prendelde, prendelde, dice,
Mis caballeros, y muera
El loco desacatado
Que mi deshonra desea. —
Prendelde gritaba, el rey,
Pero ninguno lo intenta,
Porque vieron que Bernardo
El manto al brazo rodea,
Poniendo mano á la espada
Diciendo: — Nadie se mueva,
Que soy Bernardo, y mi espada
A ninguno se sujeta,
Y sabeis muy bien que corta,
De que teneis esperiencia. —
Los diez visto el duro trance
A la contienda se aprestan.
Meten mano á los estoques,
Del hombro los mantos sueltan,
Y á los lados de Bernardo
Con feroz saña se aprietan,
Avisando á los demas
Con una acordada seña,
Los cuales del fuerte alcázar
Toman las herradas puertas,
Diciendo: « Viva Bernardo,
Y quien le ofendiere muera. »
Vista la resolucion
Dijo el rey con faz serena:
— Lo que de burlas os dije
¿Tomado lo habeis de veras?
— Burlando lo tomo, rey,
Bernardo le respondiera;
Y de la sala se sale
Haciéndole reverencia.
Con él vuelven los trecientos
Con bella y gallarda muestra,
Y derribando los mantos
Ricas armas manifiestan,
De que el rey quedó espantado
Y su injuria con enmienda.

XVII. — *(Anónimo.)*

Desterró el rey Alfonso
A su sobrino Bernardo
Por poder cumplir la manda
Que habia hecho á Carlo Magno;
Y porque si está en el reino,
Pudieran seguir su bando
Aquellos que mas podian
Y mas antiguos hidalgos.
Sale á cumplir su destierro
Solo con un hijodalgo,
Y antes del Carpio salir
Le dió una carta á un criado,
Diciendo: — Dásela al rey,
Y dile que es de Bernardo,
Y que no pienso volver
Hasta que me haya probado
Con aquel fuerte frances
A quien él llamaba Orlando,
Al cual no le ha de valer
Traer el yelmo encantado
Que le quitó al buen Cerbino
Hallándole desarmado,
Y le dió la muerte cruda,
Diciendo le venció en campo. —
Y por no pasar los puertos
Hasta que fuese verano,
Caminó hácia Granada,
Tambien porque han pregonado
Que hay unas reales justas
Donde el premio será dado
Al que mejor lo hiciere,
Sea moro ó sea cristiano,
Y por estar allí Muza,
De quien ha sido informado
Que tiene la mejor lanza
Que hay en el pagano bando,
Y el que ha puesto en mas aprieto
A todo el bando cristiano.
Al fin allegó á Granada
Aquel leonés honrado,
Donde vió que iba á la plaza
Muza el fuerte enamorado.
Por las calles donde iba
Va estos papeles echando,
« Zelos son los que me matan,
Que amor no estará en su mano. »
Así entró en la plaza Muza,
Y todos en él mirando,
No hay nadie que lo conozca
Como viene disfrazado.
Bernardo con gran deseo
Por saber deste pagano
Quién es, ó como se llama,
Lo preguntó á un su criado.
El moro sin curar dél
Pasó adelante de largo,
Y allegándose á Muza
Le dijo: — Aquel cristiano
Me ha preguntado quién eres,

Y yo le he disimulado. —
A Bernardo llegó Muza,
Y muy pasito hablando,
Le dijo: — ¿Quién eres tú
Que por mí vas preguntando?
Dime, si gustas, tu nombre,
Y diréte el mio de grado,
Y si batalla quisieres
Salgamos los dos al campo. —
Bernardo que vió del moro
Aquel pecho tan gallardo,
Le dijo: — Bernardo soy;
Y el que nunca ha reusado
Batalla con ningun hombre
Que ocasion me hubiese dado. —
Muza le abraza y le dice,
Casi de placer llorando:
— Has de saber que yo soy
El que mas ha procurado
De tenerte por amigo,
Aunque en las leyes contrarios;
Y pues el cielo lo quiere,
Abrázame, amigo caro,
Y de mí quiero te sirvas
Como del menor criado.
Y si desto en algun tiempo
Me hallares en nada falto,
Quiero que el cielo me falte
Y cuanto Dios ha criado. —
Así se volvieron juntos,
Grande amistad profesando,
Para que Bernardo tenga
Lo que te es necesario.

XVIII. — *(Anónimo.)*

Con tres mil y mas leoneses
Deja la ciudad Bernardo,
Que de la perdida Iberia
Fué milagroso restauro;
Aquella cuya muralla
Guarda y dilata en dos campos
El nombre y altas victorias
De aquel famoso Pelayo.
Los labradores arrojan
De las manos los arados,
Las hozes, los azadones,
Los pastores los cayados;
Los jóvenes se alborozan,
Aliéntanse los ancianos,
Los inútiles se animan,
Fíngense fuertes los flacos,
Todos á Bernardo acuden
Libertad apellidando,
Que el infame yugo temen
Con que los amaga el galo.
« Libres, gritaban, nacimos,
Y á nuestro rey soberano
Pagamos lo que debemos
Por el divino mandato.
No permita Dios, ni ordene
Que á los decretos de estraños
Obliguemos nuestros hijos,
Gloria de nuestros pasados;
No están tan flacos los pechos,
Ni tan sin vigor los brazos,
Ni tan sin sangre las venas,
Que consientan tal agravio:
¿El frances ha por ventura
Esta tierra conquistado?
¿Victoria sin sangre quiere?
No, mientras tengamos manos.
Podrá decir de leoneses
Que murieron peleando,
Pero no que se rindieron,
Que son al fin castellanos.
Si á la potencia romana
Catorce años conquistaron
Los valientes numantinos
Con tan sangrientos estragos,
¿Porqué un reino, y de leones,
Que en sangre libia bañaron
Sus encarnizadas uñas,
Escucha medios tan bajos?
Déles el rey sus haberes,
Mas no les dé sus vasallos,
Que en someter voluntades
No tienen los reyes mando. »
Con esto Bernardo ordena
Sus escuadrones bizarros,
A quien desde una ventana
Mira don Alfonso el Casto.
Como á su sangre le mira,
Que le es como sangre grato,
Su gallarda compostura
Y valor considerando.
Crece por puntos la gente,
De suerte que forma campo,
Despuéblase la ciudad
Y los pueblos comarcanos.
Marcha á la ciudad augusta,
Cuyos muros baña ufano
El caudal famoso Ebro,
Del mundo tan celebrado,
Do el hijo del Zebedeo
Fundó el edificio raro
Que ciñe el santo Pilar,
Estribo de nuestro ampare.
Allí Brabonel le aguarda
Con el sarraceno bando,
Que al rey Marsilio obedece
Contra el frances declarado.

XIX. — *(Anónimo.)*

Aguardando que amanezca,

Para conocer la entrada,
Estaba el fuerte Bernardo
En los mojones de Francia
Con trecientos compañeros,
Que es la costumbre que usaba,
Que diz bastan para mil
Cuando son hijos de España;
Y antes que ponga en efecto
El deseo que llevaba,
A todos juntos les dice
De palabra estas palabras:
—Bien veis, leales amigos,
Los que sois de sangre hidalga,
Que esta empresa á que venimos
Es digna de buenas lanzas;
Si hay alguno entre vosotros
Que entienda allanar su lanza,
Vuélvase de este mojon
Antes que pise la raya,
Porque el que entrare una vez
La suya ha de ser muy cara,
Que cara ha de ser la cosa
Donde la honra se gana.
Bien sabeis que á un español
Le viene de herencia y casta
Hacer espaldas los pechos,
Y no pechos las espaldas;
Y sino guardad las mias,
Que solo aquesto me basta,
Porque mi lanza no teme
Toda Francia cara á cara;
Y aquel que no se atreviere
A mantener su palabra,
Mas vale faltarme aquí,
Que no conozcan sus faltas.—
Todos juntos le responden
Que no tema la batalla,
Que cada cual es Bernardo
Los que á Bernardo acompañan.
Cuando ya el sol por las cumbres
Dora las humildes plantas,
De la sarracena gente
Oyen grita y algazara:
Aperciben sus caballos,
Que ya lo estaban de armas,
Y en buena guisa de hidalgos
Para sus contrarios marchan.

XX.—*(Anónimo.)*

Con los mejores de Asturias
Sale de Leon Bernardo,
Puestos á punto de guerra
A impedir á Francia el paso,
Que viene á usurpar el reino
A instancia de Alfonso el Casto,
Como si no hubiera en él
Quien mejor pueda heredallo,
Y á dos leguas de Leon
Se paró en medio de un llano,
Y levantando la voz
Volvió de esta suerte á hablarlos:
—Escuchadme, leoneses,
Los que os preciais de hijosdalgo,
Y de ninguno se espera
Hacer hecho de villano:
A defender vuestro rey
Vais como buenos vasallos,
Vuestra tierra y vuestras vidas
Y las de vuestros hermanos.
No consintais que estranjeros
Hoy vengan á sujetaros,
Y mañana vuestros hijos
Sean de Francia un pedazo;
Y vuestras armas antiguas,
El rico blason trocando,
Veais de lises sembradas
En lugar de leones bravos,
Y el reino que ha tanto tiempo
Vuestros abuelos ganaron,
Por solo el temor de un dia
Vengan á mandallo estraños.
Aquel que con tres franceses
No combatiere en el campo,
Quédese, y seamos menos,
Aunque habemos de igualallos;
Que yo y los que me siguieren
Uno seremos á cuatro,
Y cuando mas nos cupieren
Para toda Francia vamos.—
Esto acabando, arremete
Con la furia del caballo,
Diciendo:—Síganme todos
Los que fueren hijosdalgo.

XXI.—*(Anónimo.)*

Inhumano rey Alfonso,
De tus tierras me despido,
Porque no es rey natural
Rey ingrato á los servicios.
A Francia quiero pasarme,
Donde tienen cierto aviso
Que quien honró tu Leon
Honrará tambien sus lirios.
Ya parece veo á Cárlos
Piadoso, aunque mi enemigo,
Porque lo que te amparé
No puedas gozar conmigo.
Menospreciaste mi espada,
Mas cuando en ella ó en pino
Tremólen lunas de plata,
Echarás de ver sus filos.
Saldrá de mí tu Leon
Menos soberbio y altivo,
Las cuatro garras sin uñas,

Y la boca sin colmillos,
No tan altiva la frente,
Menos bravo el cuerpo erizo,
Y la cabeza doliente
Con la fiebre de mi olvido;
Y si, lo que Dios no quiera,
Lidiando entre sarracinos
Te matasen el caballo,
Acuérdate deste mio,
Que un dia en el Romeral
Te libró de un gran peligro,
Y en dar la muerte á mi padre
Pagaste aquel beneficio.
De peon te hice rey,
Y tú desagradecido,
Como si fueras peon
Cumpliste lo prometido:
Mi noble padre mataste
Sin pensar que su delito
Te dió el cetro y la corona
Con hacerme tu sobrino.
Mas te valió en Roncesvalles
Contra tantos paladinos
El retrato de mi padre,
Que te valieras tú mismo. —
Esto le dijo Bernardo
Al rey de Leon su tio,
Valiente siempre de manos
Y esta vez sola de pico.

XXII. — *(Anónimo.)*

Blasonando está el frances
Contra el ejército hispano,
Por ver que cubre su gente
Sierra, monte, campo y llano.
Dice Roldan que ha de ver
Si es tan valiente Bernardo
Como lo pinta su España,
Por leon feroz y bravo.
Van estampando la arena
Las tropas de los caballos
Con tanto ser y destreza,
Que apenas huellan el campo;
Y contra el gran Bernardo
A son de trompas y cajas
En buen órden van marchando:
Van los doce de la fama
Con el viejo Carlo Magno
Haciendo alarde de reinos
Que en poco tiempo han ganado.
Los estandartes despliegan
De flores de lis bordados,
Diciendo que han de añadir
Un castillo y un leon bravo:
No piensan que hay en la tierra
Quien las iguale en el campo,
Y esperan que en Roncesvalles
Darán fin á sus cuidados.

XXIII. — *(Anónimo.)*

El invencible frances,
Fuerte senador romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció y tornó cristiano,
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafíos
Que al mundo puso en espanto;
Aquel que en Abraca solo
Venció todo un campo armado,
Y nunca siendo vencido
Venció las hadas y el hado,
Cual suele mostrar mas luz
La luz que se está acabando,
Está en la guerra postrera,
Postrera fuerza mostrando.
Y no le basta el orgullo,
La buena espada y caballo,
Que lo ha el señor de Brava
Con el que nació en el Carpio:
Porque despues de haber muerto
A Dudon aquel dudado,
Con el marques Oliveros,
Y sus hijos negro y blanco,
Viendo por sus manos hecho
De sangre francesa un lago,
Y que al fin de aquella empresa
Estaba el Roldan gallardo,
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Cárlos;
Hállale en sangre teñido,
Y él viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha cansado,
Dan y quitan la victoria
De un frances á un castellano.

XXIV. — *(Lorenzo de Sepúlveda.)*

En Leon y las Asturias
Alfonso el Magno reinaba,
El tercero deste nombre
De los que antes reinaban.
En su corte está Bernaldo,
Por fuerte se señalaba,
Las rodillas en el suelo

Al magno rey suplicaba
Que á su buen padre librase
De la prision en que estaba,
Pues que se lo prometió
Y jamás no se lo daba.
No lo quiso el rey hacer
Lo que Bernaldo demanda,
Bernaldo con gran enojo
Del rey se desnaturaba,
Las tierras del rey Alfonso
Todas se las estragaba.
Prendió muchos caballeros,
Al rey venciera en batalla;
Los grandes de los sus reinos
Al buen rey le suplicáran
Que dé á Bernardo su padre,
Don San Diaz de Saldaña;
Porque Bernaldo los prende
Y á muchos dellos mataba,
Las tierras todas les corre,
Dello gran mal se causaba.
El rey por bien de su reino
Lo que piden aceptaba,
Si Bernaldo le da al Carpio,
Castillo que edificara.
Bernaldo tuvo por bien
De dar lo que le demandan,
El rey cobrára el castillo,
Por el buen conde enviára
A Luna, castillo fuerte,
Donde el conde preso estaba.
Don Tibalte y Arias godos
Al conde muerto le hallaban.
En baños al conde meten,
Su persona aderezaban,
Honradamente lo traen
Donde el rey Alfonso estaba.
Salió el rey á recibirlo
Con Bernaldo y su mesnada,
Llegando cerca del conde
Bernaldo se adelantaba;
Llegó al conde su padre,
Las sus manos le besaba:
Cuando las vido estar frias
Y la color demudada,
Y que no le respondia
A lo que le preguntaba,
Entendió que el conde es muerto:
Muy gran clamor levantaba,
A grandes voces diciendo:
—¡Ay buen conde de Saldaña!
En mal hora me engendraste,
Pues que vivo no os cobraba:
De vuestra larga prision
Yo, buen señor, fuí la causa;
No me llamen vuestro hijo,
Pues de veros no gozaba,
Sino muerto como estais,
Gran dolor es á mi alma.

XXV.—*(Anónimo.)*

Mal mis servicios pagaste,
Ingrato rey don Alfonso,
Sabiendo que tu defensa
Estaba toda en mis hombros.
Mi padre me prometiste,
Mas como rey alevoso,
Sin ojos me lo entregaste
Porque lo viesen mis ojos.
¡Oh mal hayan mis servicios
Y aqueste brazo furioso,
Que con tan hidalgas obras
Ganó servicios tan cortos!
De hoy adelante he de ser
De tus contrarios socorro,
Porque premien los estraños
Las faltas de reyes propios.
No de su muerte me pesa,
Pésame que dicen otros
Que si yo buen hijo fuera
No te guardára el decoro.
Ya maldigo el diestro brazo
Que por servir un rey solo
Deja perecer su sangre
Porque le aborrezcan todos.
Por mí se podrá decir
Que han sido tiempos ociosos,
Pues con honrosas hazañas
Mi propio padre deshonro.
Bien puede decir que tiene
Hijo descuidado y mozo,
Si cautivo le he dejado
Por ser esclavo forzoso.
Cuando obligacion tuviste,
Con ser mi madre tu tronco,
Me trocaste la palabra,
¿Que harás agora, Alfonso?
Nunca ella mi madre fuera,
Ni yo Bernardo, pues gozo
De sus yerros y mi agravio
Que fueron dos malos gozos.
Si tus ofensas vengaste,
Desde agora, rey, te informo
Que he de vengar mis ofensas,
Que no con reyes me ahorro.—
Esto le dice Bernardo
Al rey su tio, y dejólo
Con la palabra en la boca,
Y él se fué hecho un demonio
Para buscar su venganza
Entre cristianos y moros,
Que tiene muchos amigos,
Porque es amigo de todos.

XXVI. — *(Anónimo.)*

Antes que barbas tuviese,
Rey Alfonso, me juraste
De darme á mi padre vivo,
Y nunca me das mi padre.
Cuando nací de tu hermana
(Que nunca fuéra mi madre)
Le metiste en la prision,
Y aun dicen que meses antes.
Acuérdate, Alfonso rey,
Ya que no dél, por mi parte,
Que es tu hermana sangre tuya,
Y que es mi padre mi sangre.
Si yerros fueron los suyos,
Bien de hierros le cargaste,
Que los que son por amor
Alcanzan perdon de balde:
Prometido me lo tienes,
No de tu palabra faltes,
Que no es oficio de reyes
Que de lo dicho se estrañen.
A tu cargo es la justicia
Y á mi cargo el libertarle,
Pero si yo soy mal hijo
No debo, rey, de culparte.
Todos mis amigos dicen
Que soy guerrero cobarde,
Sabiendo que padre tengo
Y que no conozco padre.
Despues que espada me ciño
La he puesto por tí en mil lances,
Y cuanto mas la ejercito
Menos mercedes me haces:
Si de mi padre te estrañas,
No es justo della te estrañes,
Que algun galardon merece
Quien buenos servicios hace:
Si en premio dello merezco
El premio que el mundo sabe,
Tiempo es ya que me le des,
Buen rey, ó me desengañes.
— Calledes vos, don Bernardo,
No temais que yo vos falte,
Que la merced de los reyes
Si se cumple, nunca es tarde;
Que antes que mañana oiga
Misa en San Juan de Letrane,
Vereis vuestro padre libre
De su persona y mi cárcel. —
Cumplióle el rey la palabra,
Mas fué con engaño grande,
Porque sacados los ojos
Mandó que se le entregasen.

XXVII. — *(Anónimo.)*

Las obsequias funerales
Sobre el ya difunto cuerpo
Celebra del padre suyo
Bernardo con ojos tiernos.
Hilo á hilo van bajando
Las lágrimas hasta el centro,
Que da temor el mirallo,
Y pone temor el vello.
— ¡O padre amado! le dice,
¿Como es posible que tengo
Alma que os dé, y no la doy,
Si es deuda de un hijo bueno?
¿Quien os pudo privar della,
Y á mi la dejó en el pecho,
Pues para ver tanta pena
Tan solamente la siento?
Ya lloro vuestra prision,
Ya la libertad condeno,
Que en prendas dejo la vida
Por gloria de mis deseos.
Si ya se vieron cumplidos,
¿Porqué con tanto tormento,
Que diera por no gozallos
La duda de merecellos?
Prision de tan largos años,
Libertad con tal esceso,
¿Como no la teme un rey,
Si está amenazando un reino?
Mas no es posible que tenga
Libre de temor el pecho
Quien dá ocasion á Bernardo
Que llore su padre muerto.
Pero en efecto es dolor
Cualquiera golpe en el cuerpo,
Que en cualquiera parte tiene
El alma su sentimiento.
No sé qué lágrimas vierta
En tanto desasosiego,
Padre, que á vos den la vida,
O á mí me la acaben presto:
O estoy mas muerto que vivo,
O de quien soy no me acuerdo,
O huye de mí la sangre
Que por vos me ha honrado un tiempo.
¡O Casto rey don Alfonso!
¿Como publica este hecho
Que no conoces de padre
El dulce nombre que pierdo! —
No pudo pasar de aquí,
Que se le puso en el pecho
Un lazo estrecho de amor
Y de padre un lazo estrecho.

XXVIII. — *(Anónimo.)*

Al pié de un túmulo negro
Está Bernardo del Carpio,
Hincadas ambas rodillas
En medio de un templo santo.

Acompáñanle parientes,
Caballeros é hijosdalgo,
Por amistad ó por deudo
Todos están enlutados.
Vienen á hacer las obsequias
Del muerto conde don Sancho,
Vertiendo lágrimas tiernas
Del fuerte pecho acerado.
Cubierto de triste luto,
Y el corazon enlutado,
Pero tan fuerte y robusto
Como cuando sale armado.
Un rato entre dientes habla,
Y otro rato habla claro,
Formando quejas al cielo
Del rey don Alfonso el Casto,
Que muerto le dió á su padre,
Y vivo se le ha mandado.
—Si el rey falta en su palabra,
Dice, ¿qué hará un villano?
Con tal sinrazon, Alfonso,
Buen nombre á tu hermana has dado,
Buen título á tu sobrino,
Y buen pago á tu criado:
Pero no pende mi honra
De tí, ni de aqueste agravio,
Que este brazo y esta espada
Me harán temido y honrado.—
Y volviendo al padre muerto
El valeroso Bernardo,
Con varoniles suspiros
Colérico y demudado,
Abriendo el negro capuz
Hasta la punta de abajo,
Sin advertir que le escuchan,
Ni que está en lugar sagrado,
Con una mano en la barba
Y en la espada la otra mano,
Dice furioso, impaciente,
Con su rey y padre hablando:

—Seguro puedes ir de la venganza,
Amado padre, al espacioso cielo,
Que al acerado hierro de mi lanza,
Que de sangre francesa tiñó el suelo,
Y levantó de Alfonso la esperanza
Hasta el celeste y estrellado velo,
Ha de mostrar que no hay seguro estado,
Siendo Bernardo vivo, y tú agraviado.
Uno soy solo, Alfonso, y castellano,
Uno soy solo, y el que puede tanto
Que deshizo el poder de Carlo Magno,
Dejando á toda Francia en luto y llanto.
Esta es la misma vencedora mano
Que á tí te dió victoria, al mundo espanto;
Y esta misma te hará, padre, vengado,
Que Bernardo está vivo, y tú agraviado.

XXIX.—*(Anónimo.)*

Para tomar de su tio
El rey Alfonso venganza,
Sale corriendo Bernardo
Por las riberas de Arlanza.

GLOSA.

Cual el furioso leon
Que sale de su manida
Buscando nueva ocasion
Para probar su intencion,
O dar el fin á su vida;
Y cual caudaloso rio
Que crece con gran pujanza,
Lleno de cólera y brio,
Para tomar de su tio
El rey Alfonso venganza.
Sale el gallardo español
Valiente y determinado;
Porque el paternal amor,
Y de su madre el dolor
Le han puesto en aqueste estado;
Y con paso nada tardo
Empuña una gruesa lanza:
Puesta en ella su esperanza,
Sale corriendo Bernardo
Por las riberas de Arlanza.

ROMANCES

DE ASUNTOS

TOMADOS EN LOS POEMAS CABALLERESCOS ITALIANOS.

ROMANCE DE SACRIPANTE Y ANGÉLICA.

(Anónimo.)

Por una triste espesura
En un monte muy subido,
Ví venir un caballero
De polvo y sangre teñido,
Dando muy crueles voces
Y con llanto dolorido.
Con lágrimas riega el suelo
Por lo que le ha sucedido,
Que le quitaron á Angélica
En un campo muy florido
Dos caballeros cristianos
Que en rastro dél han venido:
Y viéndose ya privado
Del contento que ha tenido,
Sin su Angélica y su bien
Va loco por el camino.
Desmayado marcha el moro
Con diez lanzadas herido,
Pero no se espanta deso,
Ni se daba por vencido,
Que en llegando una verdura
Del caballo ha descendido
Para atarse las heridas,
Que mucha sangre ha perdido,
Y con el dolor que siente
En el suelo se ha tendido,
Y con voces dolorosas,
Triste, ansioso y afligido,
Maldecia su ventura
Y el dia en que habia nacido,
Pues no se podia vengar
Deste mal que le ha venido.
Estando en esta congoja,
El gesto descolorido,
Dando suspiros al aire,
El alma se le ha salido

I.—ROMANCE DE ANGÉLICA Y MEDORO.

(Anónimo.)

Envuelto en su roja sangre
Medoro está desmayado,
Que el enemigo furioso
Por muerto lo habia dejado,
Y el ser leal á su rey
Le ha traido á tal estado,
Los ojos vueltos al cielo,
Y el cuerpo todo temblando,
De color pálido el rostro
Y el corazon traspasado,
Lleno de heridas mortales
Por un lado y otro lado;
Pero al fin con flaco aliento
Y el espíritu cansado,
Dijo: — Rey y señor mio,
Perdona que no te he dado
La sepultura debida
A cuerpo tan esforzado;
Mas yo muero por cumplir
Con lo que estaba obligado.
De mi muerte no me pesa,
Pues lo permitió mi hado,
Pésame de no acabar
Lo que habia comenzado,
Y de ver que no he podido
Estando tan obligado,
Cumplírseme este deseo,
Pues muriera consolado.
De todo perdona, rey,
Que pues no quiso mi hado
Que estuviera á tus obsequias,
Bien es muera desgraciado. —
Y estando en esta congoja,
Angélica que ha llegado,
Que por caminos y sendas
Huyendo andaba de Orlando,
Reparó viendo á Medoro,
Y el cuello y rostro mirando
Sintió un no sé qué en el pecho
Que el corazon le ha robado.
Y así el corazon mas duro
De los que el cielo ha criado
Está rendido y medroso,
Vencido y enamorado,
Y con esta novedad
Se siente todo abrasado.

II.—ROMANCE DE ANGÉLICA Y MEDORO.

(Adónimo.)

Sobre la desierta arena
Medoro triste yacia,
Su cuerpo en sangre bañado,
La cara toda teñida,
Con tristes ansias diciendo:
— Grande ha sido mi desdicha;
Por ser leal á mi rey
Pierdo cuitado la vida.
No me pesa tanto desto,
Que muy bien está perdida,
Como de ver que he quedado
Muerto en esta arena fria.
Aunque me coman las fieras
En esta sola campiña,
No habrá quién de mi se duela
Ni me tenga compañia.
Sintiéronme los cristianos
Y lo pagó el alma mia.
¡Oh si quisiese ya Febo
Alumbrarme estas heridas!
Y hablando tristemente
Con las ansias que sentia;
Vido á Angélica la bella
Que de su amor se rendia;
Y como vió á su Medoro
Tendido en la verde orilla,
Movida de compasion
Para él derecha se iba,
Y del palafren se apea,
Desta manera decia:
—No temas, buen caballero,
Pues pareces de alta guisa,
Que á los casos de fortuna
El valor los résistia.—
Por el campo anda buscando
Si halla alguna medicina,
Las yerbas que son mejores
Entre las piedras molia;
Ya se las pone al infante
En las mayores heridas;
Si el moro tiene dolor
Ella no tiene alegría.
Mirando estaba á Medoro
Que mas que á sí lo queria:
Súbelo en su palafren
Y Angélica á pié camina.
Sin sentir jamas cansancio
Con su Medoro se iba,
Triunfando con gran contento
De todo el reino de Hungría.

III.—ROMANCE DE ANGÉLICA Y MEDORO.

(Anónimo.)

Regalando el tierno vello
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.
Los bellos ojos le mira
Con los suyos piadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
¡ Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso moro,
Y tan enfermo del alma
Que al cielo pide socorro.
Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano
Y queda sano del todo.
¡ Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
A las quejas y dulzuras
Que los dos se dicen solos,
Descubriéndolos el eco
Orlando llegó furioso;
Y viendo á su hiedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de zelos y enojo.
¡ Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

ROMANCE DE ROLDAN, ZELOSO DE ANGÉLICA.

(Anónimo.)

Entre los dulces testigos
De la gloria de Medoro,
Fuentes, árboles, jazmines,
De las ninfas bello coro,
Donde el moro bienandante
Gozó del dulce tesoro
De aquella bella hermosura
Enlazada en lazos de oro,
Está el valeroso Orlando
Vuelto una fuente de lloro,
Diciendo entre mil suspiros:
— ¡ Ay felicísimo moro! —
Dícele: — Fiero enemigo,
¿Qué es del sol por quien yo lloro?
Agora gozas la lumbre
Por quien en tinieblas moro:
Pues tienes rendida el alma

De aquella á quien yo adoro,
Yo te sacaré la tuya,
Si de este estado mejoro.
Bien sé que con tal venganza
El ser de Orlando desdoro,
Pero el amor me disculpa,
Que á nadie guarda el decoro.—
Luego con rabiosa basca
Bramando cual bravo toro,
Se embravece contra sí
Aumentando mas su lloro.

ROMANCE DE LA LOCURA DE ROLDAN POR ZELOS DE ANGÉLICA.

(Anónimo.)

« Aqui gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del paladino
Y de los moros de España.
Aqui sus hermosos brazos
Como hiedra que se enlaza
Ciñeron su cuello y pecho
Haciendo un cuerpo dos almas. »
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta
El conde Orlando miraba.
Y apenas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echó mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan;
Que de palabras de amor
No solamente en las almas,
Que en las piedras entra el fuego
Y dellas sale la llama.
La columna deja entera
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro
Vió pintada en una cuadra
La amarilla y fiera muerte
Que á los pies de un niño estaba:
Conoció que era el Amor
En las flechas y el aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite
Como quien no entiende nada,
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar el alma.
Las letras dicen: « Medoro,
El grande amor de tu esclava
Ha de vencer á la muerte,
Que muerto vive quien ama. »
No tiene el conde paciencia,
Que alborotando la sala
Despedaza cuanto mira,
De amor injusta venganza.
Lo que dice y lo que siente
Entiéndalo quien bien ama,
Si sabe el mal que son zelos,
Que llaman muerte de rabia.

ROMANCE DE LA MUERTE DE AGRICAN.

(Anónimo.)

Roja de sangre la espuela
De la hijada del caballo,
Rojo el petral y la cincha
Y el freno hecho pedazos,
Despedazado el escudo
Y el fuerte peto acerado,
Y hecha sierra la espada,
Sin vigor ni fuerza el brazo;
Abierta media cabeza
De un golpe de espada bravo,
Que no pudo resistillo
El fuerte yelmo encantado,
Junto á una pequeña fuente
Recostado en un peñasco
Estaba el fuerte Agrican
Para volverse cristiano.
Compañía tiene á solas
Quien le acompañó en el campo,
Cuando con armas iguales
De las suyas hizo estrago.
Allí le dió agua de fe
Aquella invencible mano
Que nunca se vió vencida
Jamas de ningun contrario.
Venia la noche escura,
Y el claro sol eclipsado
Con agua y espesas nubes
Turbando los aires claros;
Y con temerosos truenos
En los valles resonando,
Cubria la negra tierra
Relámpagos, piedra y rayos,
Cuando el ya cristiano rey
El espíritu ha dejado,
Dejándole el cuerpo frio
Al paladin en los brazos.

ROMANCE DEL BAUTISMO DE RUGERO.

(Anónimo.)

En un caballo ruano

De huello y pisar airoso,
Fuerte, vistoso y galano,
Entra en Paris el famoso
Rugero á hacerse cristiano.
Y como el bravo guerrero
Se hubiese puesto aquel dia
Bizarro en trage estrangero,
Toda la corte decia:
«¡Cuán gallardo entra Rugero!»
Entra el moro acompañado
Dese que Roldan se llama,
Con otros de grande estado:
Paladines de gran fama
Lleva Rugero á su lado:
Alegres y satisfechos,
Y sus personas honrando,
Van á palacio derechos,
Donde el rey está aguardando.
Estaba con gran decoro
Don Cárlos representando
Su magestad y tesoro,
A cuya persona hablando
De rodillas dijo el moro:
— Buen Cárlos, dame la mano,
Que aunque no te lo he servido,
Yo soy Rugero el pagano,
Que á tus cortes he venido
Para volverme cristiano.

ROMANCE DE RODAMONTE Y RUGERO.

(Anónimo.)

Rotas las sangrientas armas,
El cuerpo ya desangrado,
Despedazado el escudo,
Con el estoque quebrado,
Sale el fuerte Rodamonte
De vida y alma privado,
Por el vencedor Rugero
Que la victoria ha alcanzado.
Matólo porque á la mesa
Estando junto al rey Cárlos
Con la bella Bradamante
Con quien estaba casado,
Armado de negras armas,
Negro el escudo y caballo,
Aunque con la blanca espuma
Parece el freno argentado,
Y sin hacer reverencia
A la persona de Cárlos,
El soberbio y perro moro
A Rugero así le ha hablado:

—Yo soy el rey de Argel, traidor Rugero,
Que en este campo y cruel batalla
Probar tu gran traicion por muerte espero,
Que mal podrás, cristiano, ya negalla.
Y si por miedo tú y algun guerrero
Se quisiere ofrecer, quiero aceptalla;
Y por tener en mi verdad respeto,
Al campo tres de tí pido y aceto.

ROMANCE DE LA BATALLA DE RUGERO Y RODAMONTE.

(Anónimo.)

Rendidas armas y vida,
De Rodamonte el bravo
El victorioso Rugero
Va entre el rey Sobrino y Cárlos.
«Viva Ruger, Ruger viva,
Va la gente pregonando,
Y entre el regocijo vienen
Danés, Oliver y Orlando:
Viene Astolfo y Ricardeto,
Baldovinos y Ricardo,
Y los dos tio y sobrino
Malgesi y don Reinaldos.
Entre aquellos paladines
Que á Ruger sacan del campo,
¡Cuan gallarda va Marfisa
Con el cuerpo bien armado!
Que aunque no dudó el suceso,
Al fin como era su hermano,
Sacó el cuerpo apercibido
Y el alma puesta en cuidado.
A los corredores sale,
Cuando entraban en palacio,
La contenta Bradamante
Vivas colores mudando.
Adelántase de todos,
Y á su Rugero mirando,
Antes que llegue le abraza
Los brazos al aire echando.
Cuando los cuerpos se juntan
Y se enlazan con los lazos,
No se hablan, aunque quieren,
Con el contento turbados.
Con los ojos se regalan
Rostro con rostro juntando,
Y sosegándose un poco
Bradamante se ha esforzado,
Y dícele: — Mi Rugero,
Descanso de mi cuidado,
En deuda me estais, señor,
Del sobresalto pasado.
Cuando en la batalla os via
Con tan soberbio contrario,
Temia de mi ventura
Y fiaba en vuestro brazo.
Dos mil vidas diera juntas
Por er el desafiado,
Y en menos las estimára
Que en vos el mas fácil daño.

— Si Rodamonte supiera,
Rugero la ha replicado,
Que estábades en mi alma,
No viniera tan osado.
Con dos contrarios pelea
Quien tiene conmigo campo,
Y así llamarse pudiera
Aquel sarracino á engaño. —
No se dicen mas ternezas
Porque no los han dejado,
Que llega la emperatriz
Y por otra parte Cárlos:
Suenan dulces instrumentos,
Y los paladines francos
Juegan cañas y tornean
En la plaza de palacio.

ROMANCES TRADICIONALES

Y DE LAS CRÓNICAS

DE LOS REYES DE ESPAÑA.

ROMANCE DEL REY BAMBA.

(Lorenzo de Sepúlveda.)

Esos nobles fuertes godos
Por su rey alzan á Bamba,
Caballero mucho honrado
En linage y buena maña.
En Toledo esa ciudad
La corona le fué dada;
Juráronlo por su rey
Todos los nobles de España:
Una abeja de su boca
Salió, y al cielo volaba,
Despues que fuera ungido
De su bondad señal daba;
Los sabios dicen será
España bien gobernada.
Un muy mal conde de Nimes,
Ilderico se llamaba,
Alzóse con su condado;
A Bamba mucho pesaba,
Que robó sus ricoshombres
Y á muchos dellos mataba.
Ayuntó el rey muchas gentes,
Por capitan señalaba
Un caballero de Grecia,
El cual Paulo se llamaba,
Que tambien hizo homenage
Y serle leal juraba.
Paulo fué contra el traidor
Y ambos gran traicion obraban;
Juntóse con Remismundo,
Ese duque de Cantabria;
Alzan á Paulo por rey,
Porque dádivas les daba.
Rey que se vido ser Paulo,
Al rey Bamba guerreaba;
Bamba con sus caballeros
Dióle muy cruda batalla;
Mató muchos caballeros,
Toda su tierra cobraba.
En Narbona prendió á Paulo
Y á muchos de su mesnada:
Ante él vino el arzobispo,
Por sus vidas suplicaba,
El rey lo perdona á él solo,
Y en los demas razonaba
Que se viese por su corte
Qué pena les seria dada.
Trujeron ante él á Paulo,
El cual escondido estaba
En una cueva so tierra;
Por los cabellos lo sacan.
El rey al verlo ante sí:
— Conjúrote, bestia brava,
Dijo, por mi Dios del cielo
Me digas si hobiste causa
Para alzarte contra mí. —
Paulo luego replicaba:
— Pues por Dios me conjuraste
De verdad será mi habla:
Mal de vos no recibí,
Sino merced señalada,
Siempre fuí por vos honrado,
A mí el diablo engañára,
Que metió en mi corazon
Hacer la traicion tamaña. —
Luego traen el homenage
Y jura, que Paulo daba
Cuando á Bamba alzan por rey
En Toledo la nombrada,
Y el juramento que Paulo

Tomára allí á su compaña,
Que á él le tengan por su rey,
Y no á ese noble Bamba.
Pronunciára el rey sentencia
Contra Paulo y su mesnada:
Que mueran por ser traidores,
Pues contra su rey se alzaban.
El rey les guarda las vidas,
Que dello palabra daba.
Pártese para Toledo,
Consigo á Paulo llevaba,
Y antes que allá llegasen,
A Paulo en cruz tresquilaban
Junto con sus compañeros,
Y las barbas les rapaban.
A todos sacan los ojos,
De jerga los cobijaban,
Cabálganlos en camellos;
Paulo delante guiaba:
De pez era una corona
Que en su cabeza lleyaba;
Los otros iban descalzos
Con sogas á las gargantas.
Ansi entraron por Toledo,
Y todos los denostaban.
Pusiera sobre las puertas
Unas losas mucho claras,
Con unas letras latinas
Que decian: « El rey Bamba
Con el ayuda de Dios
A Toledo mejoraba,
Para acrecentar la honra
Y nobleza que ahí estaba. »
En las torres de la iglesia
Otras letras que ansi hablaban:
« Vosotros, santos de Dios;
Que en este lugar se honraban,
Salvad y honrad este pueblo,
Pues en él gracias se os daban. »
El rey á sus ricoshombres,
Que en la guerra le aguardáran,
Diérales de sus haberes,
Que muy contentos quedáran.
Enviólos á sus tierras;
En Toledo el rey fincaba,
Hizo concilio en Toledo
Con los perlados de España.
Confirmó sus privilegios
Como de antes se guardaban,
Dió renta á los obispos,
Hizo otras cosas muy santas.
Muchos alárabes venció,
Que venian en armada,
Metióse monge en Pampiega,
Dó vivió vida muy santa,
Muerto se llevó á Toledo,
Y allí está en Santa Leocadia,
Que el rey Alfonso Deceno
Fué el que allí lo trasladára.

I. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

En la ciudad de Toledo
Muy grandes fiestas hacia
Ese rey godo Rodrigo
Con su gran caballeria,
Y mucha gente estranjera
A la tal fiesta venia:
Vienen duques y marqueses
Y reyes de gran valia.
En España era entonces
La flor de caballeria,
La duquesa de Loreina
A aquella corte venia,
No para mirar los juegos,
Sino á ver si hallaria
Quien se combata por ella
Sobre un pleito que traia.
Es el pleito desta suerte:
Que ella un marido tenia
Que la hacia heredera
De toda su señoria,
Si de su muerte en dos años
Castidad le mantenia,
Y lo contrario haciendo
Que todo lo perderia.
Lembrot, hermano del duque,
Con codicia que tenia
De heredar el su ducado,
Testigos falsos ponia
Que acusen á la duquesa
Que con un varon dormia.
Fuéronse al emperador,
Y cada uno decia
En su razon y derecho
Segun que mejor sabia.
La razon que da Lembrot
Desta manera decia:
Que buscase la duquesa
Dentro de un año y un dia
Quien lo combatiese á él
Y á dos tios que tenia
La contienda del ducado
Sobre que era la porfía,
Y que si Lembrot venciese,
Suyo el ducado seria;
Si venciese la duquesa,
Que firme le quedaria.
Al emperador aplace
Lo que Lembrot proponia.
Firmaron ambos á dos
Todo así se trataria,
Con tal que fuese obligado
Lembrot y su compañía

De aceptar la batalla
Do ella señalaría.
De allí se va la duquesa,
Ya muy triste en demasía,
Porque en toda aquella corte
Tres caballeros no habia
Que osasen á combatirse
Con los tres de la porfía:
Así partió para España
Y á Toledo se venia.
Muy bien la recibe el rey,
Hácele gran cortesía,
Cuando contó la duquesa
A qué fuera su venida.
Ofreciósele Sacarus,
Flor de la caballería,
Ofreciósele Almeric,
Lo mesmo Agresés hacia,
Todos buenos caballeros
Que otros mejores no habia.
Las fiestas se comenzaron,
La duquesa bien las via,
¡Cuán bien que mostraba en ellas
Sacarus su gran valía!
Bien se cree la duquesa
Que por él libre seria.
Las fiestas son acabadas,
Luego la duquesa envia
A citar sus enemigos
Que vengan á cierto dia
A combatirse en España
Con quien por ella salia.
El término no es cumplido
Cuando ya Lembrot venia
Con los dos tios consigo,
¡Oh cuán bien que parecia!
Porque era grande de cuerpo,
Gentil hombre en demasía.
Señálanles la batalla,
Señaláronles el dia.
Ya los meten en el campo
Y mucha gente los mira,
Partido les han el sol
Porque no haya mejoría.
Como todos fueron dentro,
Una trompeta se oia,
Corren unos para otros
Con esfuerzo y valentía.
Del encuentro de Sacarus
Lembrot en tierra caia,
Agresés y su contrario
Ambos á tierra venian,
Lo mesmo hace Almeric
Y el contrario que tenia.
Levántanse muy ligeros
Sin punta de cobardía,
Y como Sacarus vido
Que apearse le cumplia,
Desciende de su caballo
Y contra Lembrot venia.
Tantos se dan de los golpes
Que gran espanto ponian;
Pues los otros caballeros
Tan sin duelo se herian,
Que á los que los miraban
A gran compasion movian.
Hora y media se combaten
Sin conoscer mejoría;
Mas como el sol era grande,
Gran trabajo les ponia:
Apártanse por holgar,
Que bien menester lo habian.
Como hobieron descansado,
A la batalla volvian;
Todos seis andan en campo,
Que otra cosa no hacian
Sino dar y recibir
Fuertes golpes á porfía:
Todos están espantados
De cómo durar podia
Una tan fuerte batalla
Sin sentirse mejoría.
Tornaron á descansar
Ya cerca de mediodia;
Lembrot está mal herido,
Mucha sangre dél salia,
Entre sí estaba diciendo:
—¡Válgame santa María!
Este hombre es infernal,
Que destruirme queria,
Porque si él humano fuese
Mis golpes bien sentiria;
Mas veo que cada hora
Le recrece la osadía.—
Ya embrasaba Sacarus
Con vergüenza que tenia,
Y vase contra Lembrot,
El cual bien lo recebia:
La batalla que comienzan
Nueva á todos parescia:
Pues Almeric y Agresés
¡Cuán bien que se combatian!
Tienen fuertes enemigos,
Bien menester les hacia
Mostrar todo su ardimiento
Por salir con su porfía.
Sacarus muy enojado,
Que la ira le crescia,
Tres golpes le dió á Lembrot,
De manos dar le hacia;
Mas Lembrot era ligero,
Levantóse muy aína,
Pero ya anda mirando
Cómo se defenderia.
Almeric viendo á Sacarus
Como á Lembrot mal traia,

Pensó en su corazon
Que retraido seria,
Si en el librar su batalla
Él mucho se detenia.
Agresés era mancebo,
Ardimiento le crescia,
Fué contra su enemigo
Que cansado lo tenia,
Y hízole dar de manos,
Reciamente lo heria:
Gran placer habian las damas
De lo que Agresés hacia.
Sacarus muy enojado
A Lembrot del yelmo tira,
Las enlazaduras quiebra,
La cara le descubria;
Mas Lembrot que asi se vido
Con Sacarus remetia,
Pensando que por ser grande
Que á lucha lo venceria,
Y cogiéndolo debajo
Que luego lo mataria;
Mas Sacarus con su espada
La cabeza le hendia.
Los tios que aquesto vieron
Como Lembrot muerto habia,
Caen ambos en el suelo,
Corazon les fallecia,
Cortáronles las cabezas,
En el campo las ponian.
Luego preguntan al rey
Si mas que hacer habia,
Dijo el rey que bien estaba,
Que nada les fallescia.

II. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Don Rodrigo, rey de España,
Por la su corona honrar
Un torneo en Toledo
Ha mandado pregonar:
Sesenta mil caballeros
En él se han ido á juntar.
Bastecido el gran torneo,
Queriéndole comenzar,
Vino gente de Toledo
Por le haber de suplicar
Que á la antigua casa de Hércules
Quisiese un candado echar,
Como sus antepasados
Lo solian costumbrar.
El rey no puso el candado,
Mas todos los fué á quebrar,
Pensando que gran tesoro
Hércules debia dejar.
Entrando dentro en la casa
Nada otro fuera hallar
Sino letras que decian:
«Rey has sido por tu mal,
Que el rey que esta casa abriere
A España tiene quemar.»
Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro dél nuevas banderas
Con figuras de espantar;
Alárabes de caballo
Sin poderse menear,
Con espadas á los cuellos,
Ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
No curó de mas mirar.
Vino un águila del cielo,
La casa fuera quemar;
Luego envia mucha gente
Para Africa conquistar:
Veinte y cinco mil caballeros
Dió al conde don Julian,
Y pasándolos el conde
Corria fortuna en la mar:
Perdió doscientos navíos,
Cien galeras de remar,
Y toda la gente suya,
Sino cuatro mil no mas.

III. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Lorenzo de Sepúlveda.)

De los nobilísimos godos
Que en Castilla habian reinado
Rodrigo reinó el postrero
De los reyes que han pasado,
En cuyo tiempo los moros
Toda España habian ganado,
Si no fuera las Asturias,
Que defendió don Pelayo.
En Toledo está Rodrigo:
Al comienzo del reinado
Vínole gran voluntad
De ver lo que está cerrado
En la torre que está allí
Antigua de muchos años.
En esta torre los reyes
Cada uno echó un canado,
Porque lo ordenára ansí
Hércules el afamado,
Que ganó primero á España
De Gerion, gran tirano.
Creyó el rey que habia en la torre
Grande tesoro guardado.
La torre fué luego abierta,
Y quitados los canados
No hay en ella cosa alguna,
Sola una caja han hallado.

El rey la mandára abrir,
Un paño dentro se ha hallado
Con unas letras latinas
Que dicen en castellano:
« Cuando aquestas cerraduras
Que cierran estos canados
Fueren abiertas, y visto
Lo en el paño debujado,
España será perdida
Y en ella todo asolado.
Ganarála gente estraña
Como aquí está figurado,
Los rostros muy denegridos,
Los brazos arremangados,
Muchas colores vestidas,
En las cabezas tocados:
Alzadas traerán sus señas
En caballos cabalgando,
En sus manos largas lanzas,
Con espadas en su lado.
Alárebes se dirán
Y de aquesta tierra estraños;
Perderáse toda España,
Que nada no habrá fincado. »
El rey con sus ricos hombres
Todos se habian espantado
Cuando vieron las figuras
Y letras que hemos contado:
Vuelven á cerrar la torre,
Quedó el rey muy angustiado.

IV. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

De una torre de palacio
Se salió por un postigo
La Cava con sus doncellas,
Con gran gusto y regocijo.
Metiéronse en un jardin
Cerca de un famoso ombrío
De jazmines y arrayanes,
De pámpanos y racimos.
Sentadas á la redonda,
La Cava á todas las dijo
Que se midiesen los brazos
Con un liston amarillo.
Midiéronse las doncellas,
La Cava lo mismo hizo,
Y en blancura y lo demas
Grandes ventajas les hizo.
Pensó la Cava estar sola;
Pero la ventura quiso
Que por una celosía
Mirase el rey don Rodrigo.
Puso la ocasion al fuego,
Y sacóla cuando quiso,
Y amor batiendo las alas
Abrasóle de improviso.
Fuéron del jardin las damas
Con la que habia rendido
Al rey con su hermosura,
Con su donaire y su brio.
Luego la llamó al retrete,
Y estas palabras le dijo:
— Sabrás, mi florida Cava,
Que de ayer acá no vivo,
Si me quieres dar remedio
A pagártelo me obligo
Con mi cetro y mi corona,
Que á tus aras sacrifico. —
Dicen que no respondió,
Y que se enojó al principio,
Pero al fin de aquesta plática
Lo que mandaba se hizo.
Florinda perdió su flor,
El rey quedó arrepentido,
Y obligada toda España
Por el gusto de Rodrigo.
Si dicen quién de los dos
La mayor culpa ha tenido,
Digan los hombres *la Cava*,
Y las mugeres *Rodrigo*.

V. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Por el jardin de las damas
Se pasea el rey Rodrigo,
Por alargar la cadena
A un pensamiento rendido.
No le alegran de las fuentes
La hermosura y artificio,
Ni advierte la nueva rosa,
Ni le alegra el blanco lirio.
Despues que en confusos pasos
Dió vuelta al alegre sitio,
Arrimóse á un duro tronco
De un inútil roble antiguo.
Junto á unas yerbas ingratas
Al sol, al aire, al rocío,
Tristes y amarillas flores,
Y él mas flaco y amarillo,
Con claros y humildes ojos,
De un ardiente amor vencido,
Dice: — De cuatro elementos
Los tres combaten conmigo;
El fuego tengo en mi pecho,
El aire está en mis suspiros,
Toda el agua está en mis ojos,
Autores de mi castigo:
Quedándome solo el cuarto
Que es en tierra convertido,
Pues una dichosa muerte
Vence todos enemigos.

Entrégome en estas plantas,
Cava, por poner olvido,
Y ellas mismas me acrecientan
La memoria y el peligro,
Que viendo estas verdes ramas
Veo el rostro peregrino
De esos bellísimos ojos
Que son de mi pena olvido.
La dureza deste tronco,
Que agora es mi triste arrimo,
Me muestra la dese pecho
Donde amor no hizo tiro,
Y no es bien que estas memorias
Quiten el libre albedrío,
Y me den las dulces plantas
El mas emperrado alivio
Que se dió al mas bajo cuerpo,
Torpe, necio y mal nacido,
Teniendote, Cava, sola
Por mi bien y paraiso.

VI. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Revuelta en sudor y llanto,
Desmelenado el cabello,
El rostro blanco encendido
De dolor, vergüenza y miedo;
Las manos de un hombre asidas,
Rey poderoso y mancebo,
Una muger flaca y sola,
Ausente del padre y deudos,
Así le dice á Rodrigo
Ya por voces, ya por ruegos,
Como si ruegos y voces
Valieran en tales tiempos:
— No quieras, señor, le dice:
Sol del español imperio,
Escurecer con tus rayos
La nube de mi deseo.
La Cava soy de tu fuerza,
Aunque al muro de mi pecho
La barbacana le falta,
De todos es padre el cielo,
Sirviéndoos la tiene el mio
Desde el primer bozo negro:
Mancebo le distes cargos,
Cargaisle de afrentas viejo:
Con la sangre de mi honra
No se tiña el honor vuestro,
Mirad que eclipse de sangre
En reyes es mal agüero.
Mientras él vierte la suya
Defendiendo vuestros reinos,
En otra batalla infame
La suya estais ofendiendo:
Temed, temed ofendelle,
Que podrá vengarse un tiempo,
Pues los nobles y soldados
Vos sabeis si son soberbios;
Y si ley, Dios, honra y padre
No estorban vuestros deseos,
Soy Cava, y seré principio
De vuestros daños eternos. —
Rodrigo que solo escucha
Las voces de sus deseos,
Forzóla y aborrecióla,
Del amor propios efectos.
Quedóse dando suspiros,
Porque al fin de tales hechos
Si con estremo se ama,
Se aborrece con estremo.

VII. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

¡O canas ignominiosas,
Dice el señor de Tarifa,
Provocadas á venganza,
Y de su rey ofendidas! —
Cantidad esparce al viento
Cual hebras de plata lisa,
Que con rigurosa mano
De barba y cabeza quita:
Hiere el venerable rostro,
Donde dos fuentes se vian
Que con abundante vena
Hacen mayor su desdicha.
Ya mira ofendido al suelo,
Ya con altas manos mira
Al estrellado dosel,
Testigo de su fatiga.
— ¡O mísera suerte! dice:
Afrentosa, ejecutiva,
Villana sin esempcion,
Que á la nobleza aniquila:
¡O rey inconsiderado,
Tan obediente á tu vista,
Cuan presto á mi deshonor
Y al de mi cuitada hija!
Déme la justa venganza
Quien de mi diestra limita
El poder, que justo pide
Quien pide al cielo justicia:
No se espanten los que oyeren
Alguna cosa indebida,
Que rey tirano y aleve
Vasallos traidores cria.
Vive el cielo, que ha de ser
De España total ruina
La torpeza de mi rey
En mi sangre cometida.
Pagarán los inocentes
De su señor la malicia,

Que no aguarda menos reino
Do rey tirano administra:
Que estos suelen ser verdugos,
Por disposicion divina,
Muchas veces de sus gentes,
Como fueron Mario y Sila.
Yo tomára, Dios lo sabe,
Si me fuera concedida,
De otra suerte esta venganza,
No tan atroz ni sanguina;
Mas no me será posible:
Entre el libio por Tarifa,
Tale, robe, asuele y mate
En mi estado y tierras mismas.
Ya la suerte va rodando
Para siniestra ó propicia,
El dado va por la tabla,
No hay quien el correr le impida.
Vive Dios, que el torpe rey,
Por bien que le acuda y diga,
Que ha de dejar desta vez
La honra, el cetro y la vida.
¿No hay mas de hacer sinrazones
Y ejecutar sus delicias,
Fiados con que en el suelo
Su maldad no se castiga?
¡Cielo, que enmiendas agravios
Con balanza justa y lisa,
Los deste agraviado viejo
Con piadosos ojos mira! —
Esto el conde don Julian
Leyendo un papel decia
Que recibió de la Cava,
Contándole sus desdichas.

VIII. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

En Ceuta está don Julian,
En Ceuta la bien nombrada:
Para las partes de aliende
Quiere enviar su embajada,
Moro viejo la escrebia,
Y el conde se la notaba:
Despues de haberla escripto,
Al moro luego matára.
Embajada es de dolor,
Dolor para toda España:
Las cartas van al rey moro,
En las cuales le juraba
Que si le daba aparejo
Le dará por suya España.
España, España, ¡ay de tí!
En el mundo tan nombrada,
La mejor de las partidas,
La mejor y mas ufana,
Donde nace el fino oro
Y la plata no faltada.
Dotada de hermosura,
Y en proezas estremada,
Por un perverso traidor
Toda eres abrasada,
Todas tus ricas ciudades
Con su gente tan galana
Las domeñan hoy los moros
Por nuestra culpa malvada,
Si no fueran las Asturias
Por ser la tierra tan brava.
El triste rey don Rodrigo,
El que entonces te mandaba,
Viendo sus reinos perdidos
Sale á la campal batalla,
El cual en grave dolor
Ensaña su fuerza brava,
Mas tantos eran los moros
Que han vencido la batalla.
No paresce el rey Rodrigo,
Ni nadie sabe do estaba.
Maldito de tí, don Oppas,
Traidor y de mala andanza,
En esta negra conseja
Uno á otro se ayudaba.
¡O dolor sobremanera!
¡O cosa nunca pensada!
Que por sola una doncella,
La cual Cava se llamaba,
Causen estos dos traidores
Que España sea domeñada,
Perdido el rey y señor,
Sin nunca dél saber nada.

IX. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

De lo mas alto de un monte,
A quien Guadalete baña,
Mirando estaba Lisberto
La temerosa batalla.
Mira que los españoles
Y bravos godos desmayan,
No pudiendo resistir
La mahomética saña.
Dice con cansada voz
El infante estas palabras,
Contemplando la ruina
De toda la gente hispana:
— *¡Ay España, España,*
Que culpa no mereces y te abrasas!
¡O cruda causa
Y mas traidor Rodrigo,
Que por tu torpe amor fué tal castigo!
¡Ay dulce patria querida,
De tantos grados honrada
A costa de noble sangre

En su amparo derramada!
¡Ay madre honrada del mundo,
Y de un hijo deshonrada,
Que sin ser nada le hiciste
Rey para hacerte nada!
El ser le diste de rey,
Y desconocido paga
Tan subido beneficio
Con deshonrar á la Cava,
¡*Ay España*, etc.
¡O traidor conde Julian,
¿En que te ofendió tu patria?
Di, ¿porqué el pecado ageno
Lo haces su propia causa?
Si Rodrigo te ofendió
Matárasle, y abrasáras
Su linage, sus parientes,
Su vida, su honor, su casa;
Mas en efecto un traidor
Ningunos respetos guarda
A patria, padre, ni rey
Si la traicion es pensada.
¡*Ay España, España,*
Que culpa no mereces y te abrasas!

X. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Cuando las pintadas aves
Mudas están, y la tierra
Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De cualque luciente estrella,
Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
Del trage humilde la muestra,
Que la acechada corona
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la magestad soberbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadalete dejan;
Bien diferente de aquel
Que antes entró en la pelea
Rico de joyas, que al godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas,
Suya alguna, y parte agena,
Por mil partes abolladas
Y rotas algunas piezas,
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna
Que en polvo la ve deshecha,
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa,
Por los campos de Jerez
(Gelboe llorosa y nueva)
Huyendo va el rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan,
Hiere el temeroso oido
Confuso estruendo de guerra,
No sabe dónde mirar,
De todo teme y recela;
Si al cielo, teme su furia
Porque hizo al cielo ofensa;
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es agena:
Pues si dentro en sí mesmo
Con sus memorias se encierra,
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja,
Y entre sollozo y suspiros
Así el rey godo se queja:
—Desventurado Rodrigo,
Si esto en otro tiempo hicieras,
Y huyeras de tus deseos
Al paso que ahora llevas,
Y á los asaltos de amor
No mostráras la flaqueza
Tan indigna de hombre godo,
Y mas de rey que gobierna,
Gozára su gloria España
Y aquella fuerte defensa,
Que ya por el suelo yace
Y el color trueca á las yerbas,
Amada enemiga mia,
De España segunda Elena,
¡Oh si yo naciera ciego,
O tú sin beldad nacieras!
Pedernal fué tu hermosura,
Y yo el eslabon y yesca
Que las centellas cogí
En que el mundo se arde y quema.
Fuerza fué la que te hice,
Mas tambien mirar debieras
Que tu beldad poderosa
Usó conmigo de fuerza.
Eres mar tempestuoso
Y entendí que Cava eras;
Mas lo uno y lo otro fuistes,
Pues que me acabas y anegas.
Maldito sea el punto y hora
Que al mundo me dió mi estrella,
¡Pechos que me dieron leche,
Mejor sepulcro me dieran!
Pagára á la tierra el censo,
Y en su soledad durmiera
Con los cónsules y reyes,

O con los plebeyos della.
Quitárale á la fortuna
Carro en que triunfar púdiera,
Y un Rodrigo para España
Materia de tantas quejas.
Traidor conde don Julian,
Si uno solo es el que yerra,
¿Porqué tan injustamente
Hiciste comun la pena?
Matárasme á puñaladas,
Pues pudiste, y bien hicieras,
Mas si el traidor es cobarde,
Jamás hace cosa buena.
No ofendí yo al africano,
¿Porqué africano te venga?
¡Oh si este agudo puñal
Rasgára tus falsas venas! —
Mas iba á decir Rodrigo,
Pero las palabras medias
Las arrebató al enojo
Y entre los dientes las quiebra.
Cayó muerto su caballo,
Y librando de las piernas,
Hizo el arzon almohada
Mientras huyen las tinieblas,
Y diciendo: « A Dios, España,
Que el bárbaro señorea, »
Junto á su Orelia querido
La luz enemiga espera.

XI. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Las huestes del rey Rodrigo
Desmayaban y huian
Cuando en la octava batalla
Sus enemigos vencian,
Rodrigo deja sus tierras
Y del real se salia.
Solo va el desventurado
Que no lleva compañía.
El caballo de cansado
Ya mudar no se podia,
Camina por donde quiere,
Que no le estorba la via.
El rey va tan desmayado
Que sentido no tenia,
Muerto va de sed y hambre,
Que de velle era mancilla,
Y va tan tinto de sangre
Que una brasa parecia;
Las armas lleva abolladas,
Que eran de sangre perdida;
La espada lleva hecha sierra
De los golpes que tenia;
El almete de abollado
En la cabeza se hundia,
La cara llevaba hinchada
Del trabajo que sufria.
Subióse encima de un cerro
El mas alto que veia:
Desde alli mira su gente
Como iba de vencida.
De allí mira sus banderas
Y estandartes que tenia
Como están todos pisados,
Que la tierra los cubria.
Mira por los capitanes
Que ninguno parescia,
Mira el campo tinto en sangre,
La cual arroyos corria.
Él triste de ver aquesto
Gran mancilla en sí tenia;
Llorando de los sus ojos
Desta manera decia:
— Ayer era rey de España, (16)
Hoy no lo soy de una villa;
Ayer villas y castillos,
Hoy ninguno poseia;
Ayer tenia criados
Y gente que me servia,
Hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mía.
Desdichada fué la hora,
Desdichado fué aquel dia
En que nací y heredé
La tan grande señoría,
Pues lo habia de perder
Todo junto y en un dia.
¡O muerte! ¿porque no vienes
Y llevas esta alma mia
De aqueste cuerpo mezquino,
Pues te se agradeceria?

XII. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Ya se sale de la priesa
El rey Rodrigo cansado,
Pusiérase hácia una parte
Por de allí mirar su campo;
Ve que su gente se apoca,
Y que ya va desmayando.
Desque esto vido Rodrigo
No pudo de mas mirallo,
Porque bien ve que los suyos
Ya no pueden soportallo.
Volvió las riendas apriesa,
Da de espuelas al caballo,
Huyendo va á mas andar
Por un dromedal abajo.
Viólo huir Aliastras,
Un su capitan honrado;
Acordó seguir tras él,

Pero no pudo él hallarlo.
Desque vió que no le halla,
A Toledo hubo llegado,
Donde quedára la corte,
Y la reina habia quedado.
Pesábale por llevar
De su rey tan mal recaudo:
En entrando por la puerta
Comenzó á decir llorando:
— Ya, señora, no sois reina,
Ya no teneis ningun mando,
Porque en ocho batallas
Perdiste todo el estado:
Perdisteis el rey Rodrigo,
El vuestro marido honrado,
Porque le ví ir huyendo
Muy malamente llagado,
Y que á la hora de agora
Será muerto ó cativado.—
La reina sin oir mas
Cayó tendida en su estrado.
Despues de grandes cuatro horas
En su sentido ha tornado:
Mandó á Aliastras que cuente
Todo como habia pasado.
Aliastras se lo cuenta
Que nada habia dejado:
La reina con gran congoja
Dijo: — Ya lo he yo tragado,
Porque la noche pasada
Un mal sueño habia pasado,
Y es que via el rey Rodrigo,
Con el gesto muy airado,
Con ojos vueltos en sangre,
Que iba muy apresurado
Para ir á vengar la muerte
Del desdichado don Sancho.
Y que volvia sangriento
Y su cuerpo mal llagado,
Y que se llegaba á mí
Y me tiraba del brazo,
Y decia estas palabras
Muy fuertamente llorando:
« Quédate á Dios, reina triste,
Quédate á Dios, que me parto,
Los moros me han ya vencido,
Los moros me han soyogado.
No cures llorar mi muerte,
No cures llorar tu estado,
Procúrate de esconder
Allá en lo mas apartado,
Vete luego á las montañas
De aquel reino asturiano,
Porque no hay otro remedio,
Si quieres quedar en salvo,
Porque España y lo demas
Todo está ya sujetado. »

XIII. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Sepúlveda.)

Triste estaba don Rodrigo,
Desdichado se llamaba,
Gimiendo estaba y llorando
La gran pérdida de España,
No solo porque la pierde,
Mas porque dello fué causa,
Porque dió bestial amor
A esa maldita la Cava.
Si al rey d'aquesto le plugo,
A la Cava le pesaba,
Mas su padre don Julian
Ha tomado la venganza.
Él y su malvada hija
En Berbería se pasan
Con el obispo don Oppas,
Que con él se concertaba.
Hace trato con los moros,
Venden la tierra cristiana,
Entraron por Gibraltar
Como quien entra en su casa.
Ganan á Málaga y Ronda,
Antequera con Granada,
Toda Castilla la Vieja,
Que ninguno lo estorbaba
Sino el triste rey Rodrigo
Que hobo con ellos batalla,
De donde salió vencido,
Ya que la noche cerraba.
Llamándose va cuitado,
Su persona denostaba:
Los ojos mirando al cielo
Con gran pena lamentaba;
Quéjase de su ventura,
Desta suerte razonaba:
— ¡O mal venturoso rey,
Postrer godo que reinaba!
Hoy pierdes tu tierra y reino,
Fortuna lo trastornaba.
¡O conde don Julian!
Maldita sea tu saña,
Que gran crueldad has mostrado
Contra la triste de España;
Yo malo que obré el pecado
Merecía haber la paga.
Maldita sea la tu hija
Que de tan gran mal fué causa,
Mis ojos sean malditos
Que su hermosura miráran,
Que á no mirarla ellos
Todo este mal se escusaba.
¡O gran Dios de cielo y tierra!
Perdona esta mi alma:
No mireis, justo señor,

Su pecado; pues pagaba
El cuerpo que lo tal hizo,
A ella haced librada. —
Y con gemidos crecidos,
Sus ojos tornados agua,
Entrára por un jaral,
Sus vestidos desnudaba.
Perdióse el rey don Rodrigo,
Que hasta agora no se halla.
Los moros siguen victoria
Hasta la peña Horadada:
Hízoles cara Pelayo,
Ese duque de Cantábria,
Que con su sobrado esfuerzo
De lo perdido ganaba,
Con las gentes que han huido
A Esturias de Santillana.
Dióle Dios muy gran victoria
Que hasta Leon cobraba;
Toman todos corazon
Sobre la gente pagana.
Otros reyes sucedieron
Que lo perdido ganáran,
Hasta el quinto Fernando
Que el Católico llamáran,
Que con su esfuerzo ganó
El buen reino de Granada.

XIV. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Los vientos eran contrarios,
La luna era crecida,
Los peces daban gemidos
Por el tiempo que hacia,
Cuando el rey don Rodrigo
Junto á la Cava dormia,
Dentro de una rica tienda
De oro bien guarnecida.
Trescientas cuerdas de plata
La su tienda sostenian,
Dentro habia cien doncellas
Vestidas á maravilla;
Las cincuenta están tañendo
Con muy estraña armonía,
Las cincuenta están cantando
Con muy dulce melodía.
Allí hablára una doncella
Que Fortuna se decia:
— Si duermes, buen rey Rodrigo,
Despierta por cortesia,
Y verás tus malos hados,
Tu peor postrimería,
Y verás tus gentes muertas
Y tu batalla rompida,
Y tus villas y ciudades
Destruidas en un dia.
Castillos y fortalezas
Otro señor las regia;
Si me pides quién lo ha hecho,
Yo muy bien te lo diria:
Ese conde don Julian
Por el amor de su hija,
Porque se la deshonraste
Y mas della no tenia.
Juramento viene haciendo
Que te ha de costar la vida. —
Despertó muy enojado
Con aquella voz que oia,
Con cara triste y penosa
Desta suerte respondia:
— Mercedes á tí, Fortuna,
Desta tu mensagería. —
Estando en esto llegó
Uno que nuevas traia
Como el conde don Julian
Las tierras le destruia.
Apriesa pide el caballo
Y al encuentro le salia;
Los enemigos son tantos
Que esfuerzo no le valia,
Que capitanes y gentes
Huia el que mas podia.
Rodrigo deja sus tierras (17)
Y del real se salia:
Solo va el desventurado
Que no lleva compañia.
El caballo de cansado
Menearse no podia,
Camina por donde quiere,
Que no le estorba la via.
El rey va tan desmayado
Que sentido no tenia,
Muerto va de sed y hambre,
Que de verle era mancilla.
Iba tan tinto de sangre
Que una brasa parecia,
Las armas lleva bolladas
Que eran de pedreria,
La espada era una sierra
De los golpes que tenia,
El almete de abollado
La cabeza le hundia,
La cara llevaba hinchada
Del trabajo que sufria.
Subió encima de un cerro,
El mas alto que allí habia,
De allí miraba su gente
Como iba de vencida,
De allí mira sus banderas
Y estandartes que tenia
Como están todos pisados
Y la tierra los cubria.
Mira por los capitanes
Que ninguno parecia,

Mira el campo tinto en sangre,
El cual arroyos corria.
Él triste de ver aquesto
Gran mancilla en sí tenia;
Lloraba de los sus ojos,
Desta manera decia:
— Ayer era rey de España,
Y hoy no lo soy de una villa;
Ayer villas y castillos,
Hoy ninguno poseia;
Ayer tenia criados
Y gente que me servia,
No tengo ahora una almena
Que pueda decir que es mia.
Desdichada fué la hora,
Desdichado fué aquel dia
En que nací y heredé
Tan gran reino y señoría,
Pues lo habia de perder
Todo junto y en un dia.
¡O muerte! ¿porque no vienes
Y llevas esta alma mia
De aqueste cuerpo mezquino,
Pues se te agradeceria?

XV. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Las armas y venas rotas,
El estoque en sangre tinto,
Huye vergonzosamente
De la batalla Rodrigo.
Ciégale el polvo los ojos,
Y con temor del peligro
Los piés y la razon pierden
Juntamente los estribos.
Al fin subió como pudo
Sobre un cerrillo propincuo,
Si de alguna suerte sube
Quien de tan alto ha caido.
Mira desde allí la sangre
De aquellos godos antiguos
Vertida en balde y mezclada
Con la de infames morillos.
Mira las cruces bermejas,
Divisas del cristianismo,
Rendidas infamemente
Al estandarte morisco.
Esto contempla, y tras esto
Sus dos ojos vueltos riscos,
Conociéndose culpado
Así razona consigo:
— Justamente ordena el cielo
Que pues á Dios hice guerra,
Perdido el reino del suelo
Solo para mi consuelo
Tenga siete piés de tierra.
Y si por vanos antojos
Quebré la divina ley,
Hoy me miren estos ojos
Vasallo de mil enojos
Habiéndome visto rey.
Tambien porque mi castigo
Igual á la culpa sea,
El reyno da al enemigo,
Porque siendo yo testigo,
Él lo goce y yo lo vea.
Y déjame solamente,
Por mejor me deshonrar,
Caballo que me consiente
Huir vergonzosamente:
Y estoque por me matar.

XVI. — ROMANCE DEL REY RODRIGO.

(Anónimo.)

Volved los ojos, Rodrigo,
Volvedlos á vuestra España,
Mirad como os la destruyen
Vuestros amores y Cava:
Mirad la sangre que vierten
Vuestras gentes en batalla,
Castigo de la inocente
Que fué por vos derramada.
¡Ay España,
Perdida por un gusto y por la Cava!
La honra de los antiguos
Por tantos siglos ganada,
Vos solo por un momento
Perdeis reino, cuerpo y alma.
Acabóse vuestro bien
Y vuestros males no acaban,
Que el mal suele acabar honras
Que acaban la vida y fama.
¡Ay España,
Perdida por un gusto y por la Cava!

XVII. — ROMANCE DEL REY RODRIGO

(Anónimo.)

Despues que el rey don Rodrigo
A España perdido habia,
Ibase desesperado
Por donde mas le placia.
Métese por las montañas
Las mas espesas que via,
Porque no le hallen los moros
Que en su seguimento iban.
Topado ha con un pastor
Que su ganado traia,
Díjole: — Dime, buen hombre,
Lo que preguntar queria
Es si hay por aquí poblado

O alguna caseria
Donde pueda descansar,
Que gran fatiga traia. —
El pastor respondió luego
Que en balde la buscaria,
Porque en todo aquel desierto
Solo una ermita habia,
Adonde está un ermitaño
Que hacia muy santa vida.
El rey fué alegre de esto
Por allí acabar su vida.
Pidió al hombre que le diese
De comer si algo tenia:
El pastor sacó un zurron.
Que siempre en él pan traia.
Dióle dél y de un tasajo
Que acaso allí echado habia.
El pan era muy moreno,
Al rey muy mal le sabia,
Las lágrimas se le salen,
Detener no las podia,
Acordándose en su tiempo
Los manjares que comia.
Despues que hubo descansado
Por la ermita le pedia,
El pastor le enseñó luego
Por donde no erraria.
El rey le dió una cadena
Y un anillo que traia:
Joyas son de gran valor
Que el rey en mucho tenia.
Comenzando á caminar,
Cuando el sol se retraia,
A la hermita es ya llegado
Que el pastor dicho le habia.
El dando gracias á Dios
Luego á rezar se metia;
Despues que hubo rezado
Para el ermitaño se iba:
Hombre es de autoridad
Que bien se le parecia.
Preguntóle el ermitaño
Cómo allí fué su venida;
El rey los ojos llorosos,
Aquesto le respondia:
— El desdichado Rodrigo
Yo soy, que rey ser solia:
Vengo á hacer penitencia
Contigo en tu compañía;
No recibas pesadumbre
Por Dios y santa María.—
El ermitaño se espanta,
Por consolallo decia:
— Vos cierto habeis elegido
Camino cual convenia
Para vuestra salvacion,
Que Dios os perdonaria.—
El ermitaño á Dios ruega
Por si le revelaria
La penitencia que diese
Al rey que le convenia.
Fuéle luego revelado
De parte de Dios un dia,
Que le meta en una tumba
Con una culebra viva,
Y esto tome en penitencia
Por el mal que hecho habia.
El ermitaño al rey
Muy alegre se volvia,
Contóselo todo al rey
Como pasado le habia.
El rey desto muy gozoso
Luego en obra lo ponia:
Métese como Dios manda
Para allí acabar su vida,
Y el ermitaño muy santo
Mírale al tercero dia.
Dice; — ¿Como os va, buen rey?
¿Vaos bien con la compañía?
— Hasta ahora no me ha tocado,
Porque Dios no lo queria,
Ruega por mí, el ermitaño,
Porque acabe bien mi vida. —
El ermitaño lloraba,
Gran compasion le tenia,
Comenzóle á consolar
Y esforzar cuanto podia.
Despues vuelve el ermitaño
A ver si ya muerto habia,
Halla que estaba rezando
Y que gemia y plañía.
Preguntóle como estaba:
— Dios es en ayuda mia,
Respondió el buen rey Rodrigo,
La culebra me comia. (18)
Cómeme ya por la parte
Que todo lo merecia,
Por donde fué el principio
De la mi muy gran desdicha.—
El ermitaño lo esfuerza,
El buen rey allí moria.
Aquí acabó el rey Rodrigo,
Al cielo derecho se iba.

ROMANCE DEL REY D. PELAYO. *(Sepúlveda.)*

Junto al rio Guadalete,
Que á Jerez era cercano,
Aquese rey don Rodrigo
Vencido queda en el campo.
Venciólo el moro Tarif;
Por el su triste pecado
Los moros ganan á España,
Toda la habían conquistado,
Hasta Asturias de Oviedo
Donde se huyó don Pelayo.

A este alzaron por rey
Los cristianos que han quedado.
Cercáronlo en una cueva
Mucha gente de paganos:
Alzamah llaman al moro
Que sobre ellos tiene el mando,
Con él vino el mal obispo
Don Oppas, ese malvado.
Era cuñado del conde
Que don Julian es nombrado,
Padre era de la Cava
Que todo el mal ha causado.
Combaten recio la cueva
Con esfuerzo denodado;
Don Oppas se llegó á ella
En un mulo cabalgando.
Hablando está con el rey
Palabras de gran halago,
Con razones engañosas
Le dijo: —Mira, Pelayo,
Bien sabes el gran poder
De los godos esforzados
Que conquistaron á España
Y en ella habian reinado,
Que nunca fueron vencidos
De bárbaros y romanos.
Por el gran juicio de Dios
Ya su esfuerzo es soterrado,
Quebrantado es su poder,
Muertos yacen en el campo.
Dime tú, ¿que te aprovecha
El esfuerzo que has mostrado,
Y encerrarte en esa cueva?
¿Dó piensas ser escapado?
¿Cuidas por ventura tú
Escapar de los paganos,
Y de ellos te rebelar
Y conseguir temerario
Lo que no pudo Rodrigo,
Aquese rey afamado,
Con todos los nobles godos
Que los ves desbaratados?
Acuérdate que el su reino
Que en fuerzas fuera abondado,
Y por su sabiduría
De todo el mundo admirado,
Ya es perdido y destruido,
Y en no nada es ya tornado.
Pelayo, yo te aconsejo
La tu vida deseando,
Que te des luego á los moros
Con esos tus allegados:
Tú y ellos sereis muy ricos,
De riquezas abondados,
Sino morireis á espada,
No escapareis de sus manos.—
Don Pelayo cuando oyera
Lo que don Oppas ha hablado.
Recibió muy gran pesar,
Y esta respuesta le ha dado;
—Oppas, tú fuiste arzobispo
Y en letras bien enseñado;
Bien sabes que tú y el rey
Vitiza, aquese tu hermano,
Enseñastes mal á Dios
Con vuestros grandes pecados,
Junto con don Julian,
Ese siervo del diablo.
En saña vos lo metistes,
Por do vino el grande daño
En la gente de los godos,
Varones tan esforzados.
Y aunque esto dure algun tiempo,
Dios no nos habrá olvidado;
Él á nos dará venganza
Del que á él hobo cansado.
Yo bien fio en su bondad
Que será como lo hablo,
Y esto me hace non temer
Los moros me han cercado,
Cuanto mas que es mi abogada
Vírgen madre con sus santos:
Todos rogarán á Dios
Nos libre deste quebranto.
Yo creo con estos pocos
De cobrar lo que es ganado
A los fuertes nobles godos
A quien se ha hecho el estrago,
Que muchas mieses se crian
Y multiplican de un grano.—
Y acabando estas razones,
A la cueva se ha tornado.
Todos los que están con él
Quedaron muy asombrados
En ver que de tantos moros
Todos ellos son cercados,
Todos de un corazon
A Dios estaban rogando
Que los ayudase y libre,
Y no mire á sus pecados.
Cuando vi lo el mal obispo
Que no aprovecha lo hablado,
Mandó á todos los moros
Que combatan los cristianos,
Que están sin seso, medrosos,
Y de bien desesperados,
Que acometan con las armas
Y que los hagan pedazos.
Con muy grandes alaridos
A la peña están tirando
Muchos honderos con piedras
Con ballestas y con dardos:
Mas el gran poder de Dios
Lidia por los encerrados,
Ca las piedras y saetas
Y dardos que habian tirado

Vuélvense contra los moros,
Muchos matan en el campo.
Veinte mil eran los muertos
Sin otros muchos llagados.
Los moros cuando esto vieron
Todos están asombrados,
Pelayo alababa á Dios
Por el milagro pasado,
Cobran todos corazon
Contra los moros malvados,
A unos matan, otros prenden,
De ellos se han bien vengado.
Muerto quedaba Alzaman,
Preso Oppas el malvado:
Por el monte de Anzona
Huyen los que habian quedado;
Cayera el monte con ellos,
Debajo los ha tomado.

I. — ROMANCE DEL REY RAMIRO.

(Anónimo.)

En consulta estaba un dia
Con sus grandes y consejo
El noble rey don Ramiro,
Varias cosas discurriendo,
Cuando sin pedir licencia
Se entró por la sala adentro
Una gallarda doncella
De amable y hermoso gesto,
Vestida toda de blanco,
A quien el rubio cabello
Bordaba de oro los hombros,
A causa de venir suelto.
Ponen los ojos en ella,
Y poniéndolos en ellos
Ella comenzó á hablar,
Y ellos á darle silencio.
—Perdóname, dice, rey,
Si tu consejo atropello,
Aunque si te le dan malo,
Antes soy digna de premio.
No sé si de rey cristiano
Te dé nombre, porque entiendo
Que con fingida apariencia
Debes ser moro encubierto;
Que quien da á los que lo son
Las doncellas ciento á ciento,
Si ya no es moro, á ellas
Las soborna para serlo.
Si por darle muerte oculta
Vas desangrando tu reino,
Por harto mejor tuviera
De una vez pegarle fuego;
O sino en tributo y parias
Dieras hombres á lo menos,
Que era dalles enemigos,
De quien vivieran con miedo.
Pero si les das doncellas,
Allá, en dejando de serlo,
Nacerán de cada una
Cinco ó seis contrarios nuestros.
Mas bien acordado está
Que tus hombres se esten quedos,
Porque puedan engendrar
Hijas que paguen en feudo;
Que solo para engendrallas
Deben de tener sugeto
De hombres, que en lo demas
Yo por mugeres los tengo.
Si te acobardan las guerras,
Las mismas doncellas creo
Que han de venírtela á dar
Por el mal que las has hecho,
Y sin duda vencerán
Si lo ponen en efecto,
Que ellas son mugeres hombres,
Y hombres mugeres aquestos. —
Alborotáronse algunos,
Y el rey corrido y suspenso
Determinó de morir
O libertar á su reino.
Juntó su gente de guerra,
Y prestándoles su esfuerzo
El glorioso Santiago,
Dió la batalla y vencieron.
Quedó medroso Almanzor,
Y el rey con aqueste hecho
Dió libertad á Castilla,
Y á si mesmo honroso premio.

II. — ROMANCE DEL REY RAMIRO.

(Sepúlveda.)

De Leon y las Asturias
Ramiro tiene el reinado:
Estos moros de Bardulia
Le enviaron su mandado,
Que si paz quiere con ellos
El tributo les sea dado
Que les daba aquese rey,
Mauregato era llamado.
Cada año son cien doncellas,
Las cincuenta hijasdalgo,
Para se casar con ellas
Y tenellas á su mando.
Gran pesar cobraba el rey
En oir el tal recado,
Entró en tierra de los moros,
Mucho los habia estragado.
En Alvela ese lugar
Muy gran lid habian trabado,
Despartiéralos la noche
En Clavijo ese collado.

Los cristianos con fatiga
A Dios estaban llamando,
Llorando de los sus ojos,
Muy grandes suspiros dando.
Lo que le pedian era
Que no los haya olvidado,
Ni consienta que de moros
Queden muertos en el campo,
Ruéganle que los acorra,
Pues es su Dios soberano.
Adurmióse el rey Ramiro,
Santiago le ha hablado,
Díjole: — Rey, sabe cierto
Que cuando Dios por su mano
Nos repartiera las tierras
Do fuésemos predicando,
Solo España á mí la dió
Que la tuviese á mi cargo.
Defendella he de los moros,
Favor soy de los cristianos;
Despierta tu, rey, no duermas,
No dudes lo que te hablo,
Que yo te vengo á ayudar
Contra los moros paganos.
Con una cruz colorada,
Rey, me verás peleando,
Seña blanca sobre mí
Y tambien sobre el caballo.
Confiésate tu, el rey,
Y tambien los tus vasallos,
Herid de recio que los moros
Muertos quedarán en campo.
Llamad el nombre de Dios
Con el mio apellidando. —
Despierto que fué el buen rey,
El sueño habia revelado;
Hizo lo que le mandó
Santiago el apóstol santo.
Hirieron fuerte que los moros
Del campo los han lanzado,
Y tantos murieron dellos
Que no pueden ser contados.
De allí quedára en Castilla
El invocar á Santiago
Al tiempo de las batallas
Que han habido los cristianos.

ROMANCE DE LOS INFANTES DE NAVARRA.

(Sepúlveda.)

En Castilla y en Navarra
Don Sancho el Mayor reinaba,
Muy guerrero es y valiente,
Que á los moros quebrantaba.
Grandes batallas les vence,
Muchos dellos captivaba,
Sus reinos mantuvo en paz,
Ninguno se lo estorbaba,
Todos le tienen temor,
A todos los sojuzgaba.
El buen rey tiene un caballo
Que mucho lo estimaba,
Muy crecido es y hermoso,
Cumplido de buena maña,
Tanto, que yendo sobre él
Peligro no recelaba.
De Nájara partió el rey,
Su caballo encomendaba
A la reina su muger
Que lo tenga en buena guarda.
El rey tenia dos hijos,
Fernando y García se llaman;
El mayor que es don García
A la reina suplicaba
Que este caballo le diese,
En ello mucho afincaba:
Prometióselo la reina,
Que á este hijo mucho amaba.
Un caballero del rey
A la reina aconsejaba
Que no le diese el caballo
Que el rey tanto preciaba,
Que su gracia iba á perder
Y la su ira cobraba.
La reina con gran temor
La promesa revocaba.
Gran saña cobró García,
Della cobraba gran saña:
Fuése para el rey su padre,
De su madre mal hablaba.
Dijo que es gran alevosa
Y que traicion le armaba,
Y qu'esto lo probaria:
Con su hermano lo probaba.
Creyó el rey á don García
Aquesto que le contaba;
Mandó prender á la reina,
En prision fuerte la echaba.
Para determinar esto
A córtes el rey llamaba,
En las córtes determinan
Que la reina se haga salva,
Y que diese un caballero
Que haga por ella batalla
Con los dos hijos del rey,
Y á no darlo sea quemada.
En la corte no hay ninguno
Que emprenda la tal hazaña,
Porque son hijos del rey
Y bravos en la batalla.
Don Ramiro, que es bastardo
Hecho en una barragana,
Es caballero hermoso
De quien mucho se fiaba.
Fuése ante el rey su padre

Y grandes de su mesnada,
Y díjole que lidiaria,
Con ambos hará batalla
Sobre traicion que á la reina
A tuerto le es levantada.
El rey recibió su gage,
La batalla concertaba.
García que el mal urdiera
Su pecado confesaba
A un hombre religioso
Que al buen rey confesaba,
El cual descubriera al rey
La falsedad atamaña.
Don Sancho cuando lo supo
Dello gran placer cobraba,
Fuera donde está la reina
Y perdon le demandaba:
Sacóla de la prision,
Su gran bondad alababa,
A don Ramiro el bastardo
La reina mucho preciaba.
Maldijo á sus dos hijos,
Al bastardo lo loaba,
El su reino de Aragon
A Ramiro se lo daba.
Recibió della la corona
Y por rey se intitulaba,
Las gentes todas lo loan,
Bendiciones le echaban,
Porque libró á la reina
De lo que fuera acusada
Por sus dos hijos nombrados,
Y el bastardo la libraba.

ROMANCE DE LA CONDESA DE CASTILLA.

(Sepúlveda.)

Conde era de Castilla
Don Sancho el muy esforzado,
Hijo es de Garci Fernandez
Que antes dél tuvo el condado,
Nieto es de Fernan Gonzalez
Que á Castilla ha libertado
De los reyes de Leon,
De quien solia ser mandado.
Viuda estaba la condesa
Madre del conde don Sancho,
Quien por casar con un moro
Gran traicion habia pensado.
Matar al conde su hijo
Con yerbas tiene acordado,
Y despues de muerto el conde
Luego ella habria el condado,
Y siendo señora dél
Al moro seria entregado,
Y el moro seria señor
De condado tan honrado.
Tomó yerbas la condesa,
Ya las está destemplando
Para darlas á beber
A queste conde don Sancho.
De las yerbas no podia
Hacerse el conde librado:
No quiso Dios se cumpliese
Lo qu'ella tiene acordado,
Que una criada suya,
A quien le fué revelado,
Descubrió todo el secreto
Y al conde hizo avisado.
Cuando vino la condesa
A obrar tan gran pecado,
Dió las yerbas al su hijo
En el vino destemplado:
Rogaba al conde bebiese
Del vino qu'es afamado,
Mas él no lo quiso hacer,
Y á su madre habia rogado
Que dello primero beba,
Y él hará luego su mando.
Rehúsalo la condesa
Su traicion disimulando,
Respondió no tener gana,
Que la sed se le ha quitado.
Mucho la importunó el conde
En ello haga su grado,
Y que del vino bebiese
Le estaba importunando;
Pero no aprovecha cosa,
Que siempre lo habia escusado.
El conde le hizo por fuerza
Beber el vino herbolado;
Luego que lo hobo bebido
Muerta en el suelo ha quedado.
De allí quedó en Castilla
Y se habia acostumbrado
Beber mugeres primero
Y luego los allegados.

ROMANCE DE DOÑA TEREA, HERMANA DE ALFONSO V.

(Sepúlveda.)

En los reinos de Leon
El quinto Alfonso reinaba:
Una hermana tiene el rey,
Doña Terea se llama.
Audalla, rey de Toledo,
Por muger se la demanda,
Y el rey con muy mal consejo
Lo que le pido otorgaba.
Movióse el rey á hacerlo
Porque el moro le ayudaba
Contra otros reyes moros
De quien él se recelaba.

Mucho á la infanta le pesa
En se ver tan denostada
De la casar con un moro,
Siendo la infanta cristiana.
No aprovechan con el rey
Las lágrimas que lloraba,
Ni los ruegos que le ruegan
Para revocar la manda.
El rey la envió á Toledo
Adonde Audalla estaba,
Recibióla bien el moro,
En la ver mucho se holgaba:
Procuró haber su amor,
Quiere gozar de la infanta,
Ella con crecido enojo
Aquesta razon hablaba:
—Yo te digo que no llegues
A mí, porque soy cristiana
Y tú, moro, de otra ley
De la mia muy lejana:
No quiero tu compañia,
Tu vista á mí no agradaba;
Si pones manos en mí
Y de tí soy deshonrada,
El ángel de Jesucristo,
A quien él me ha dado en guarda,
Herirá ese tu cuerpo
Con su muy tajante espada.—
No se le dió nada al moro
De lo que la infanta hablaba,
Cumplió en ella su querer,
Dueña el moro la tornaba.
Dende á muy poco rato
El ángel de Dios lo llaga,
Dióle grande enfermedad,
Sobre el moro cae gran plaga.
Cuidó el rey ser della muerto,
Y que de tal mal no escapa.
Llamó á sus ricoshombres,
Con la infanta los enviaba
A Leon do estaba Alfonso,
Gran presente le llevaban
De oro y piedras preciosas
Que en gran valor estimaban.
Llegados son á Leon,
La infanta monja se entraba,
Do vivió sirviendo á Dios
Honesta vida muy santa
En aquese monasterio
El que de las Huelgas llaman.

ROMANCE DE LA ELECCION DEL REY RAMIRO EL MONGE.

(Anónimo.)

Navarros y aragoneses
Grandes debates tenian
Porque rey les ha faltado
Y muchos serlo querian.
Préciánse de ser leales,
Y en ello no consentian,
Que no quieren tomar rey
Sino al que lo merecia,
Y que fuese de la sangre
Que de reyes descendia.
Monge era don Ramiro,
Santo y de muy buena vida,
Hermano del rey Alfonso,
Que ya difunto yacia.
Sácanlo del monasterio,
Aunque á él no le placia,
A Huesca lo habian llevado,
Por rey alzado lo habian.
Fué venturoso en batallas,
Ninguna dellas perdia,
Fué de los suyos amado,
Con ellos su haber partia.
En la batalla primera
Que con los moros habia,
Sus caballeros le armaron
De fresca y fuerte loriga.
Cabalgára en su caballo,
El escudo le ponian
En el su brazo siniestro,
Y la espada sin vaina
Le ponian en el derecho,
Y los suyos le decian:
—Las riendas tomad, señor,
Con aquesta mano misma
Con que asides el escudo
Y ferid en la morisma.—
El rey como sabe poco
Luego allí les respondia:
—Con esa tengo el escudo,
Tenellas yo no podria,
Ponédmelas en la boca
Que sin embarazo iba.—
Los suyos hicieron luego
Aquello que el rey pedia;
Ansí entrára en la batalla,
Muchos moros muerto habia:
Salió rey muy esforzado,
Muchas tierras conqueria,
Dejado habia su reino
Y tornóse á su monjía.

ROMANCE DE LA CAMPANA DE HUESCA.

(Anónimo.)

Don Ramiro de Aragon
El rey Monge que llamaban,
Caballeros de sus reinos
Asaz lo menospreciaban,
Qu' era muy sobrado manso

Y no sabidor en armas,
Por lo que no le obedecen,
Por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensagero
Al monge que lo criára,
A San Ponce de Tomeras
Donde el buen abad moraba,
Porque él le diese consejo
En la bajeza en que estaba.
El mensagero se parte
Y al abad le da una carta:
El abad no le responde,
En la huerta solo entraba,
El mensagero con él
Que respuesta le demanda.
El abad lo despachó
Sin hablarle una palabra.
La respuesta que le diera
Fuera cifra bien cerrada,
Que sacando allí un cuchillo
Las ramas altas cortaba.
Despedido el mensagero
Mal contento se tornaba.
Como fué llegado al rey
Le dijera estas palabras:
—Mal recaudo os traigo, rey,
Qu'el monge no vos preciaba,
Ni me quisó dar respuesta,
Creo que de vos burlaba:
Entróse luego á una huerta
En leyendo vuestra carta,
Y afilando allí un cuchillo
Las ramas emparejaba.—
Oyendo aquestas razones
El rey las disimulára,
Entendió bien la respuesta
Y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las córtes,
A córtes que celebraba.
Dice que hacer queria
Una solemne campana
Que se oyese por el reino
Y sonase en toda España.
Viérades desto gran risa,
Los grandes dello mofaban;
En esta ciudad de Huesca
Muchas gentes se juntaban.
Llamó un dia á los señores
Y en su cámara les habla,
Y á sus hijos herederos
Hizo quedar en la sala.
En entrando todos ellos
Viéronse entre gente de armas,
Mandó cortar las cabezas
A los que mas dél burlaban.
Quince fueron sentenciados,
A los otros perdonára;
Mandó sacar las cabezas
A los mozos de la sala;
Díjoles qu'eran de sus padres
Todas las que allí miraban,
Porque le tenian en poco
Y en su presencia burlaban:
Que viesen aquel ejemplo
Y ellos mojasen la barba.
Así fué temido el Monge
Con el son de esta campana.

ROMANCE DEL PECHO DE LOS CINCO MARAVEDIS.

(Anónimo.) (19)

En esa ciudad de Búrgos
Las córtes se habian juntado
El rey que venció las Navas
Con todos los hijosdalgo.
Habló con don Diego el rey,
Con él se habia consejado,
Que era señor de Vizcaya,
De todos el mas privado.
—Consejédesme, don Diego,
Que estoy muy necesitado,
Que con las guerras que he hecho
Gran dinero me ha faltado.
Querria llegarme á Cuenca,
No tengo lo necesario,
Si os pareciese, don Diego,
Por mi será demandado
Que cinco maravedís
Me peche cada hijodalgo.
—Grave cosa me parece,
Le respondiera el de Haro,
Que querades vos, señor,
Al libre hacer tributario;
Mas por lo mucho que os quiero
De mí sereis ayudado,
Porque yo soy principal,
Y de mí os será pagado.—
Siendo juntos en las córtes
El rey se lo habia hablado,
Levantado está don Diego
Como ya estaba acordado.
—Justo es lo que pide el rey,
Por nadie le sea negado,
Mis cinco maravedís
Helos aquí de buen grado.—
Don Nuño, conde de Lara,
Mucho mal se habia enojado,
Pospuesto todo temor
Desta manera ha hablado:
—Aquellos donde venimos
Nunca tal pecho han pagado,
Nos menos lo pagaremos
Ni al rey tal le será dado.
El que quisiere pagarle

Quede aquí como villano,
Váyase luego tras mí
El que fuere hijodalgo. —
Todos se salen tras él,
De tres mil, tres han quedado,
En el campo de la Clera
Todos allí se han juntado.
El pecho que el rey demanda
En las lanzas lo han atado,
Envíanle á decir
Que el tributo está llegado,
Que envie sus cogedores
Y luego será pagado;
Mas que sí él va en persona
No será desacatado,
Pero que enviase aquellos
De quien fuera aconsejado.
Cuando aquesto oyera el rey
Y que solo se ha quedado,
Volvióse para don Diego,
Consejo le ha demandado.
Don Diego como sagaz
Este consejo le ha dado:
— Desterrédesme, señor,
Como que yo lo he causado,
Y así cobrareis la gracia
De los vuestros hijosdalgo. —
Otorgó el rey el consejo;
A decir les ha enviado
Que quien le dió tal consejo
Será muy bien castigado,
Que hidalgos de Castilla
No son para haber pechado.
Muy alegres fueron todos,
Todo se hubo apaciguado,
Desterraron á don Diego
Por lo que no habia pecado,
Mas dende á pocos dias
A Castilla fué tornado.
El bien de la lealtad
Por ningun precio es comprado.

ROMANCE DE LOS AMORES DE ALFONSO VIII CON FERMOSA.

(Sepúlveda.)

Muerto era ese buen rey
Don Sancho el Deseado:
Gran llanto se hizo en Castilla,
Que era de todos amado.
Su hijo el octavo Alfonso
Sus reinos habia heredado,
Ese que venció en las Navas
De Tolosa al rey pagano,
Ese Miramamolin
De Marruecos tan nombrado.
Aunque el rey es muy pequeño,
Los grandes de su reinado
Allá en Ingalaterra
Al rey lo tienen casado
Con hija de don Enrique,
Que della es rey coronado.
En Búrgos se hacen las bodas,
Muchas gentes se han juntado,
Muy ricas fueron y honradas
Por ser tal el desposado.
El rey con la su muger
A Toledo habia llegado;
Mas como amor es tan ciego
Al rey habia engañado.
Pagóse de una judía,
Della estaba enamorado:
Fermosa habia por nombre,
Cuádrale el nombre llamado.
Olvidó el rey á la reina,
Con aquella se ha encerrado.
Siete años estaban juntos
Que no se habian apartado,
Y tanto la amaba el rey
Que á su reino habia olvidado.
De sí mismo no se acuerda;
Los suyos han acordado
De poner recabdo en ello
En fecho tan feo y malo.
Acuerdan de la matar
Por ver su señor cobrado,
Porque lo tienen perdido
Y les será bien contado.
Fueron donde estaba el rey
Con la judía en su cabo:
Los unos hablan con él,
Los otros habian entrado
Donde la judía estaba
Sobre un muy rico estrado.
Matáronla luego allí
Y á los que han con ella hallado.
El rey que supo su muerte
Triste estaba y muy cuitado:
No sabia qué se hiciese,
Que el amor demasiado
Que tenia á la judía
Lo ha de seso enagenado.
Sus vasallos lo consuelan,
A Illescas lo habian llevado.
Estando el rey una noche
En la su cama acostado,
Cuidando en la judía,
Un ángel le habia hablado.
— ¿Aun cuidas, le dijo, Alfonso,
En el tu grave pecado?
Dios de tí gran desservicio
De tu maldad ha tomado;
No fincará de tí hijo,
Mas hija te habrá heredado.
Procura de á Dios servir

Porque te haya perdonado.
— Angel, respondió el rey,
Ante Dios sé mi abogado,
Yo ya conozco mi culpa
Y conozco haber errado.

ROMANCE DE LA MUERTE DE LOS CARVAJALES.

(Anónimo.)

Válasme, Nuestra Señora,
Cual dicen, de la Ribera,
Donde el buen rey don Fernando
Tuvo la su cuarentena,
Desde el miércoles corvillo (20)
Hasta el jueves de la Cena,
Que el rey no se hizo la barba
Ni peinó la su cabeza.
Una silla era su cama,
Un canto por cabecera,
Los cuarenta pobres comen
Cada dia á la su mesa.
De lo que á los pobres sobra
El rey hace la su cena,
Con vara de oro en su mano
Bien hace servir la mesa,
Dícenle sus caballeros
Dónde irá á tener la fiesta:
— A Jaen dice, señores,
Con mi señora la reina. —
Despues que estuvo en Jaen
Y la fiesta hubo pasado,
Pártese para Alcaudete,
Ese castillo nombrado:
El pié tiene en el estribo,
Que aun no se habia apeado,
Cuando le daban querella
De dos hombres hijosdalgo,
Y la querella le daban
Dos hombres como villanos.
Abarcas traen calzadas,
Y aguijadas en las manos.
— Justicia, justicia, rey,
Pues que somos tus vasallos,
De don Pedro Carvajal
Y don Alfonso su hermano,
Que nos corren nuestras tierras
Y nos robaban el campo,
Y nos fuerzan las mugeres
A tuerto y desaguisado.
Comíannos la cebada
Sin despues querer pagallo,
Hacen otras desvergüenzas
Que vergüenza era contallo.
— Yo haré dello justicia,
Tornaos á vuestro ganado. —
Manda pregonar el rey
Y por todo su reinado,
De cualquier que los hallase
Le daria buen hallazgo.
Hallólos el almirante
Allá en Medina del Campo
Comprando muy ricas armas,
Jaeces para caballos.
— Presos, presos, caballeros,
Presos, presos, hijosdalgo.
— No por vos, el almirante,
Si de otro no traeis mandado.
— Estad presos, caballeros,
Que del rey traigo recaudo.
— Plácenos el almirante,
Por cumplir el su mandado. —
Por las sus jornadas ciertas
En Jaen habian entrado.
— Manténgate Dios, el rey.
— Mal vengades, hijosdalgo. —
Mándales cortar los pies,
Mándales cortar las manos,
Y mándalos despeñar
De aquella peña de Martos.
Allí hablára el uno dellos,
El menor y mas osado;
— ¿Porqué lo haces, el rey?
¿Porqué haces tal mandado?
Querellámonos, el rey,
Para ante Dios soberano
Que dentro de treinta dias
Vais con nosotros á plazo,
Y ponemos por testigos
A san Pedro y á san Pablo,
Por escribano ponemos
Al apóstol Santiago. —
El rey no mirando en ello
Hizo cumplir su mandado,
Por la falsa informacion
Que los villanos le han dado;
Y muertos los Carvajales
Que lo habian emplazado,
Antes de los treinta dias
Él se hallára muy malo:
Y despues fueron cumplidos,
En el postrer dia del plazo
Fué muerto dentro en Leon
Do la sentencia hubo dado.

UN MORO ANUNCIA LA LIBERTAD DE ESPAÑA DEL YUGO AGARENO.

(Anónimo.)

Cuando el rey Fernando cuarto
Puso Cerco á Gibraltar,
Y de morir ó tomalla
Juró en un libro misal;
Despues que le dió el asalto

Por la tierra y por la mar,
Y se le rindió á partido
El castillo y la ciudad,
Salió de ella un moro viejo,
Bien de cien años de edad,
Preguntando por el rey
Para hablarle en puridad.
Fincó en tierra los hinojos,
Mándale el rey levantar,
Desta suerte dijo el moro:
Bien oireis lo que dirá.
— Yo viví ledo en Sevilla
Por largos años en paz,
Cuando el ínclito Fernando
Nos la vino á conquistar.
De allí me vine á Jerez,
Donde á la saña real
De Alfonso tu sabio abuelo
Resistir pudimos mal.
A Gibraltar elegí
Despues, señor, por lugar
El mas fuerte que tenian
Los moros de aquende el mar,
Donde á tu fuerza y desdenes
Oponer es por demas.
Si la sigues con denuedo
Término estrecho la dan
Los límites de la tierra;
Tanto has de señorear.
Pon mientes en lo que digo,
Porque así acontecerá,
Que á un moro gran sabidor
Se lo oí profetizar.

ROMANCE DE LA PRISION DEL DUQUE DE ARJONA.

(Anónimo.)

En Arjona estaba el duque
Y el buen rey en Gibraltar,
Envióle un mensagero
Que le viniese á hablar.
Mal aventurado el duque
Vino luego sin tardar,
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andar.
Hallaba las mesas puestas
Y aparejado el yantar,
Y desque hubieron comido
Vanse á un jardin á holgar.
Andándose paseando
El rey comenzó de hablar:
— De vos, el duque de Arjona,
Grandes querellas me dan
Que forzades las mugeres
Casadas y por casar;
Que les bebíades el vino
Y les comíades el pan;
Que les tomais la cebada
Sin se la querer pagar.
— Quien os lo dijo, buen rey,
No os dijera la verdad.
— Llámasme mi camarero
De mi cámara real,
Que me trajese unas cartas
Que en mi barjoleta están.
Védeslas aquí el duque,
No me lo podeis negar.
Preso, preso, caballeros,
Preso de aquí lo llevad,
Entregadlo al de Mendoza,
Ese mi alcalde el leal.

ROMANCE DE LA MUERTE DE D. MANRIQUE DE LARA.

(Juan de Leyva.)

A veinte y siete de marzo,
La media noche seria,
En Barcelona la grande
Muy grandes llantos habia.
Los gritos llegan al cielo,
La gente se amortecia
Por don Manrique de Lara
Que deste mundo partia.
Muerto lo traen á su tierra
Donde vivo sucedia,
Su bulto llevan cubierto
De muy rica pedreria;
Cercado de escudos de armas
De real genealogía
De aquellos altos linages
Donde aquel señor venia.
De los Manriques y Castros
El mejor era que habia,
De los infantes de Lara
Derechamente venia.
Con él salen arzobispos
Con toda la clerecía,
Caballeros traen sus andas,
Duques son su compañía,
Llóralo el rey y la reina
Como aquel que les dolia,
Llóralo toda la corte
Cada cual quien mas podia.
Quedaron todas las damas
Sin consuelo ni alegría,
Cada uno de los galanes
Con sus lágrimas decia:
« El mejor de los mejores
Hoy nos deja en este dia: »
Hizo honra á los menores,
A los grandes demasía,
Parece al duque su padre

En toda caballería.
Solo un consuelo le queda,
Y es el que mas él queria,
Que aunque la vida muriese
Su memoria quedaria.
Parecióme Barcelona
A Troya cuando se ardia.

ROMANCE DE LA DUQUESA DE GÜIMAREST.

(Anónimo.)

Quéjome de vos, el rey,
Por haber crédito dado
Del buen duque mi marido
Lo que le fué levantado.
Mandástemelo prender
No siendo en nada culpado:
Mal lo hecistes, señor,
Mal fuistes aconsejado,
Que nunca os hizo aleve
Para ser tan mal tratado,
Antes os sirvió, mezquina,
Poniendo por vos su estado.
Siempre vino á vuestras córtes
Por cumplir vuestro mandado.
No lo hiciera, señor,
Si en algo os hubiera errado,
Que gente y armas tenia
Para darse á buen recaudo;
Mas vino como inocente
Que estaba de aquel pecado;
Vos no mirando justicia
Habéismelo degollado.
No lloro tanto su muerte
Como vello deshonrado
Con un pregon que decia
Lo por él nunca pensado.
Murió por culpas agenas
Injustamente juzgado;
Él ganó por ello gloria,
Yo para siempre cuidado.
Agora vivo en prisiones,
En que vos me habeis echado,
Con una hija que tengo,
Que otro bien no me ha quedado,
Que tres hijos que tenia
Habéismelos apartado:
El uno es muerto en Castilla,
El otro desheredado,
El otro tiene su ama;
No espero verlo criado,
Por el cual puedon decir
Inocente desdichado.
Y pido de vos enmienda,
Rey, señor, primo y hermano,
A la justicia de Dios
De hecho tan mal mirado:
Por verme á mí con venganza,
Y á él sin culpa culpado.

ROMANCE DEL CONDE DE BARCELONA Y LA EMPERATRIZ DE ALEMANIA.

(Anónimo.)

En el tiempo que reinaba
Y en virtudes florecia
Este conde don Ramon,
Flor de la caballería,
En Barcelona la grande,
Que por suya la tenia,
Nuevas ciertas de dolor
De un estranjero sabia
Que allá en Alemania
Grande llanto se hacia
Por la noble emperatriz
Que en virtud resplandecia,
Que dos malos caballeros
La acusan de alevosía
Ante el gran emperador,
Que mas que á sí la queria,
Diciendo: —Sepa tu alteza,
Gran señor, si te placia,
Que nosotros hemos visto
A la emperatriz un dia
Holgar con su camarero,
No mirando que hacia
Traicion á tí, señor,
Y á su gran genealogía. —
L'emperador muy turbado
Desta suerte respondia:
—Si es verdad, caballeros,
Esa tan gran villanía,
Yo haré un tal castigo
Cual conviene á la honra mia. —
Mandola luego prender,
Y en prisiones la ponia,
Hasta ser complido el plazo
Que la ley le disponia.
Búscanse dos caballeros
Que defiendan la su vida
Contra los acusadores,
Que en el campo se veria
La justicia cuya era,
Y á quién Dios favorecia.
Pues sabido por el conde
La nueva tan dolorida,
Determina de partir
A librarla, si podia,
Con no mas de un escudero,
De quien él mucho se fia.
Andando por sus jornadas
Sin parar noche ni dia,
Llegado es á las córtes

Que el emperador tenia
Para dar la gran sentencia
De allí al tercero dia
De quemar l'emperatriz,
Cosa de muy gran mancilla;
Pues no habia caballero
En tan gran caballería
Que por una tal señora
Quiera aventurar su vida,
Por ser los acusadores
De gran suerte y gran valía.
Pues el conde ya llegado
Preguntó si ser podria
Hablar con la emperatriz
Por cosa que le cumplia.
Supo que ninguno entraba
Do estaba su señoría,
Sino es su confesor,
Fraile de muy santa vida.
Vase el conde para él,
Desta suerte le decia:
—Padre, yo soy estranjero,
De lejas tierras venia
A librar, si Dios quisiese,
O morir en tal porfía,
A la gran emperatriz,
Que sin culpa yo creia;
Mas primero, si es posible,
Gran descanso me seria
Hablar con su magestad,
Si esto hacerse podia.
—Yo daré órden, señor,
El buen fraile respondia:
Tomará vuestra merced
Hábito que yo tenia,
Y vestirse ha como fraile,
Y irá en mi compañía.—
Ya se parte el buen conde
Con el fraile que lo guia.
Llegados que fueron dentro
En la cárcel do yacia,
Las rodillas por el suelo
El buen conde así decia:
—Yo soy, muy alta señora,
De España la ennoblecida,
Y de Barcelona conde,
Ciudad de gran nombradía.
Estando en la mia corte
Con solaz y alegría,
Por muy cierta nueva supe
La congoja que tenia
Vuestra real magestad,
De lo cual yo me dolia,
Y por eso yo partí
A poner por vos la vida.—
La emperatriz qu'esto oyera
De gozosa no cabia,
Lágrimas de los sus ojos
Por su linda faz vertia;
Tomárale por las manos,
Desta suerte le decia:
—Bien seais venido, conde,
Buena sea vuestra venida:
Vuestra nobleza y valor,
Vuestro esfuerzo y valentía
Ya me hacen ser muy cierta
Que mi honra librarian:
Vuestra vida está segura,
Pues que Dios bien lo sabia
Que es falsa la acusacion
Que contra mí se ponia.—
Ya se despide el buen conde,
Ya las manos le pedia
Para haberlas de besar,
Mas ella no consentia.
Vase para su posada;
Ya aquel plazo se cumplia,
Armado de todas armas
Bien á punto se ponia,
Y él como era dispuesto
¡Oh cuán bien que parecia!
Su escudero iba con él
Bien armado, que salia
En un caballo morcillo
Muy rijoso en demasía.
Yendo por la grande plaza
Con orgullo que traia,
Encontró con un muchacho
Que de vello era mancilla,
En ver que luego murió
Sin remedio de su vida.
L'escudero qu'esto vido,
Con temor que en él habia,
Comenzó luego á huir
Cuanto el caballo podia;
Y quedó el conde solo,
No de esfuerzo y valentía.
Y como era valeroso
No dejó de hacer su via,
Y puesto entre los jueces
Dijo que él defenderia
Ser maldad y traicion,
Ser envidia y ser falsía
La acusacion que le ponen
A su alta señoría;
Y que salgan uno á uno,
Pues está sin compañía.
Estas palabras diciendo,
Ya el acusador venia
Con trompetas y atabales,
Con estruendo y gallardía.
Parten el sol los jueces,
Cada cual tomó su via,
Arremeten los caballos,
Gran encuentro se hacia;
Del acusador la lanza

En piezas volado habia
Sin herir á don Ramon
Ni menearlo de la silla:
Don Ramon á su contrario
De tal encuentro lo hería,
Que del caballo abajo
Derribado lo habia.
El conde que así lo vido
Del caballo descendia;
Va para él con denuedo
Donde le quitó la vida.
El otro acusador,
Que vió tanta valentía
En l'estraño caballero,
Gran temor en sí tenia,
Y viendo que falsamente
El acusador hacia,
Demandó misericordia
Y al buen conde se rendia.
Don Ramon con gran nobleza
Desta suerte respondia:
—No soy parte, caballero,
Para yo daros la vida,
Pedidla á su magestad
Que es quien dárosla podia.—
Y preguntó á los jueces
Si mas hacer se debia
Por librar la emperatriz
De lo que se l'imponia:
Respondieron que la honra
Él ganada la tenia,
Que en su libertad estaba
De hacer lo que queria.
Desque aquesto oyera el conde
Del palenque se salia:
Vase para su posada,
No reposa hora ni dia,
Mas encima de su caballo
Desarmado se salia.
El camino de su tierra
En breve pasado habia.
Tornando al emperador,
Grande fiesta se hacia;
Sacaron la emperatriz
Con grandísima alegría,
Con los juegos y las fiestas
La ciudad toda se hundia.
Todos iban muy galanes,
Cada cual quien mas podia.
L'emperador muy contento
Por el vencedor pedia
Para hacerle aquella honra
Que su bondad merecia:
Desque supo que era ido
Gran dolor en sí tenia:
A la emperatriz pregunta
Le responda por su vida
Quién era su caballero
Que tan bien la defendia.
Respondiérale: — Señor,
Yo jurado lo tenia
No decir quien era él
Dentro del tercero dia. —
Mas despues de ser pasado
Ante muchos lo decia,
Como era el gran conde
Flor de la caballería,
Y señor de Cataluña
Y de toda su valía.
El emperador que lo supo
De contento no cabía
Viendo que tan gran señor
De su honra se dolia.
La emperatriz determina,
Y el emperador lo queria,
De partirse para España,
Y así luego se partia
Para ver su caballero
A quien tanto ella debia.
Con trecientos de á caballo
Comenzó de hácer su via,
Dos cardenales con ella,
Por tenerle compañía,
Muchos duques, muchos condes
Con muy gran caballería.
El buen conde que lo supo
Gran aparato hacía,
Y cerca de Barcelona
A recibirla salia
Acompañado de grandes
De su grande señoría;
Y una legua de camino,
Y otros mas dicen que habia,
Mandó poner grandes mesas
De comer muy bastecidas.
Pues recibida que fué
Con muy grande cortesía,
Entraron en Barcelona,
La cual estaba guarnida
De muy ricos paramentos
Y de gran tapicería.
Hacen justas y torneos,
Y otras fiestas de alegría.
Desta manera el buen conde
A la emperatriz servia,
Hasta que para su tierra
De tornarse fué servida.

ROMANCES

DE LOS INFANTES DE LARA

Y DEL BASTARDO MUDARRA.

I.—(*Anónimo.*)

A Calatrava la vieja
La combaten castellanos;
Por cima de Guadiana
Derribaron tres pedazos;
Por los dos salen los moros,
Por el uno entran los cristianos.
Allá dentro de la plaza
Fueron á armar un tablado,
Que aquel que lo derribára
Ganará de oro un escaño.
Ese don Rodrigo Lara,
Que es quien lo habia ganado,
(De Garci Hernandez sobrino
Y de doña Sancha hermano)
Al conde don Garci Hernandez
Se lo llevó presentado.
Que le trate casamiento
Pretende con doña Lambra.
Ya se trata el casamiento,
Hecho fué en hora menguada,
Con doña Lambra Burueva
Y don Rodrigo de Lara;
Las bodas fueron en Búrgos,
Las tornabodas en Salas,
En bodas y tornabodas,
Pasaron siete semanas.
Tantas vienen de las gentes
Que no caben por las plazas,
Y aun faltaban por venir
Los siete infantes de Lara.
Helos, helos por do vienen
Con toda la su compaña;
Saliólos á recebir
La su madre doña Sancha.
—Bien vengades, los mis hijos,
Buena sea vuestra llegada,
Allá iredes á posar
A esa cal de Cantarranas;
Hallareis las mesas puestas,
Viandas aparejadas.
Desque hayades comido, hijos,
No salgades á las plazas,
Porque las gentes son muchas,
Trábanse muchas barajas.—
Desque todos han comido
Van á bohordar á la plaza.
No salen los siete infantes,
Que su madre lo mandára;
Mas desque hubieron comido
Siéntanse á jugar las tablas.
Tiran unos, tiran otros,
Ninguno bien bohordaba.
Allí salió un caballero
De los de Córdoba la llana,
Bohordó hácia el tablado
Y una vara bien tirára.
Allí hablára la novia,
Desta manera hablára:
—Amad, señoras, amad
Cada una en su lugar,
Que mas vale un caballero
De los de Córdoba la llana
Que no veinte ni treinta
De los de casa de Lara.—
Oídolo habia doña Sancha,
Desta manera hablára:
—No digais eso, señora,
No digades tal palabra,
Porque hoy os desposaron
Con don Rodrigo de Lara.
—Callad, doña Sancha, vos
No debeis ser escuchada,
Que siete hijos paristes
Como puerca encenegada.—
Oídolo habia el ayo
Que á los infantes criaba:
De allí se habia salido,
Triste se fué á su posada:
Halló que estaban jugando
Los infantes á las tablas,
Sino era el menor dellos,
Gonzalo Gonzales se llama;
Recostado lo halló
De pechos á una baranda.
—¿Cómo venis triste, ayo?
Decí, ¿quién os enojára?—
Tanto le rogó Gonzalo
Que el ayo se lo contára:
—Mas mucho os ruego, mi hijo,

Que no salgais á la plaza. —
No lo quiso hacer Gonzalo,
Mas antes tomó una lanza.
Caballero en un caballo
Vase derecho á la plaza;
Vido estar allí el tablado
Pues nadie lo derribára;
Enderezóse en la silla,
Con él en el suelo daba;
De que lo hubo derribado
Desta manera hablára:
— Amade, p....., amad
Cada una en su lugar,
Que mas vale un caballero
De los de casa de Lara,
Que cuarenta ni cincuenta
De los de Córdoba la llana. —
Doña Lambra que esto oyera
Bajóse muy enojada.
Fuése á aguardar á los suyos,
Fuése para su posada.
Halló en ella á don Rodrigo,
Desta manera le habla:
— Yo me estaba en Barbadillo
En esa mi heredad,
Mal me quieren en Castilla
Los que me habian de guardar.
Los hijos de doña Sancha
Mal amenazado me han
Que me cortarian las faldas
Por vergonzoso lugar (21),
Y cebarían sus halcones
Dentro de mi palomar,
Y me forzarian mis damas
Casadas y por casar.
Matáronme mi cocinero
So faldas de mi brial.
Si desto no me vengais,
Yo mora me iré á tornar. —
Allí habló don Rodrigo,
Bien oireis lo que dirá:
— Calledes, la mi señora,
Vos no digades lo tal;
De los infantes de Lara
Yo os pienso á vos de vengar.
Tretilla les tengo ordida,
Bien se la cuido tramar,
Que nacidos y por nacer
Dello tengan que contar.

II.—*(Anónimo.)*

¡Ay Dios, qué buen caballero
Fué don Rodrigo de Lara,
Que mató cinco mil moros
Con trecientos que llevaba!
Si aqueste muriera entonces,
¡Qué gran fama que dejára!
No matára sus sobrinos
Los siete infantes de Lara,
Ni vendiera sus cabezas
Al moro que las llevára:
Ya se trataban las bodas
Con la linda doña Lambra,
Las bodas se hacen en Búrgos,
Las tornabodas en Salas:
Las bodas y tornabodas
Duraron siete semanas;
Las bodas fueron muy buenas,
Las tornabodas muy malas.
Ya convidan por Castilla,
Por Castilla y por Navarra:
Tanta viene de la gente
Que no hallaban posadas,
Y aun faltaban por venir
Los siete infantes de Lara.
Helos, helos por do vienen (22)
Por aquella vega llana:
Sálelos á recebir
La su madre doña Sancha.
— Bien vengades, los mis fijos,
Buena sea vuesa llegada.
— Norabuena esteis, señora,
Nuesa madre doña Sancha. —
Ellos le besan las manos,
Y ella á ellos en la cara.
— Huelgo de veros á todos,
Que ninguno no faltára,
Porque á vos, mi Gonzalvico,
Y á todos mucho os amaba.
Tornad á cabalgar, hijos,
Y tomad las vuestras armas,
Y allá os ireis á posar
Al barrio de Cantarranas.
Por Dios os ruego, mis hijos,
No salgais de las posadas,
Porque en semejantes fiestas
Se urden buenas lanzadas. —
Ya cabalgan los infantes
Y se van á sus posadas;
Hallaron las mesas puestas,
Viandas aparejadas.
Despues que hubieron comido
Pidieron juegos de tablas,
Sino fuera Gonzalvico,
Que su caballo demanda,
Y muy bien puesto en la silla
Se sale para la plaza,
En donde halló á don Rodrigo
Que á una torre tira varas,
Y con fuerza muy crecida
A la otra parte pasaban.
Gonzalvico qu'esto viera
Las suyas tambien tirára,
Las suyas que pesan mucho
A lo alto no llegaban.

Doña Lambra qu' esto vido
De esta manera le hablaba:
—Amad, ó dueñas, amad
Cada cual en su lugar;
Mas vale mi caballero
Que cuatro de los de Salas.—
Cuando Sancha aquesto oyó
Respondió muy enojada:
—Calledes, Lambra, calledes,
Non digais la tal palabra,
Que si mis fijos lo saben
Ante tí te lo matáran.
—Calledes vos, doña Sancha,
Que teneis porque callar,
Pues paristes siete fijos
Como puerca en malladar.—
Gonzalvico qu' esto oyera
Esta respuesta le da:
—Yo te cortaré las faldas
Por vergonzoso lugar,
Por cima de las rodillas
Un palmo y mucho mas.—
Al llanto de doña Lambra
Don Rodrigo fué á llegar:
—¿Qu' es aquesto, doña Lambra?
¿Quién os pretendió enojar?
Si me lo dices yo entiendo
Que te lo he de bien vengar,
Porque á dueña tal que vos
Todos la deben honrar.

III. — *(Sepúlveda.)*

De los reinos de Leon
Bermudo tiene el reinado:
En esa ciudad de Búrgos
Bodas se habian concertado:
Ruy Velazquez es de Lara
El que ha de ser desposado,
Casárase con doña Lambra,
Muger es de gran estado.
Gonzalo Gustios el bueno
A las bodas es llegado,
Cuñado es de Ruy Velazquez
Con la su hermana casado.
Trae consigo siete infantes,
Que de Lara se han nombrado,
Hijos de Gonzalo Gustios,
Sobrinos del desposado.
Criólos Nuño Salido,
Caballero muy honrado;
Mostróles buenas costumbres
Como á nobles hijosdalgo.
A todos siete en un dia
Caballeros han armado,
Armóles Garci Fernandez,
Ese conde castellano.
Caballeros son muy buenos,
En armas bien se han probado.
Muchos vienen á las bodas
Caballeros de alto estado:
Duraron cinco semanas
Las fiestas que han comenzado,
Do celebran grandes fiestas
De placer muy sublimado.
La postrer semana dellas
Don Rodrigo alzó un tablado
Muy junto de una ribera
Que de Búrgos es cercano.
Al tablado tiran muchos,
Pero no hay tan esforzado
Que llegase á dar en él,
Aunque muchos lo han probado.
Un primo de doña Lambra,
Que Alvar Sanchez es llamado,
Vió que caballero alguno
No alcanzaba en el tablado.
Lanzó á él un gran bohordo,
Gran ferida en él ha dado,
Quebrantóle algunas tablas,
Doña Lambra se ha gozado,
Dello hobo gran placer,
Con su cuñada ha hablado.
Díjole: —¿Veis, doña Sancha,
Qué caballero esforzado
Que es mi buen primo Alvar Sanchez,
Y tan bien encabalgado
Que ninguno ha dado golpe
Adonde él lo habia dado?—
Doña Sancha y los sus hijos
Riendo dello han estado;
Ninguno dió miente á ello,
Que están las tablas jugando,
Solo Gonzalo Gonzalez,
El menor de los hermanos,
Que á forto de todos ellos
Cabalgaba en su caballo.
Con él iba un escudero
Que un asor lleva en la mano.
Gonzalo tomó un bohordo,
Fué donde estaba el tablado;
Tan gran golpe dió en él
Que por medio lo ha quebrado.
Doña Sancha y los sus hijos
Gran placer dello han tomado.
No placia á Doña Lambra,
Que mucho le habia pesado.
Los infantes que lo vieron
Todos luego han cabalgado:
Temieron que vernia mal
A don Gonzalo su hermano.
Alvar Sanchez con pesar
Al infante ha denostado,
Él respondió á sus palabras,
A las manos han llegado.
Gran ferida dió el infante

A Alvar Sanchez su contrario:
Dióle en medio del rostro
La mano el puño cerrado,
Quebrantóle las quijadas,
Los dientes le ha derribado;
Muerto cayó luego en tierra
De encima de su caballo.
Doña Lambra que lo vido
Grandes voces está dando,
Feríase en el su rostro
Con las manos arañando,
Diciendo: — Qué dueña alguna
Ansí se habia deshonrado
En bodas que fuesen hechas
Sino á ella sola en su cabo? —
Ruy Velazquez que lo oyó
Luego habia cabalgado:
Tomó un ástil de lanza,
Fué donde está don Gonzalo,
Firiéralo en la cabeza,
Gran herida le habia dado.
Cuando Gonzalo Gonzalez
Se vido tan lastimado
Dijo á don Rodrigo: — Tio,
Nunca os hice desguisado
Para recibir herida
Como vos me la habeis dado;
Yo cuido della morir;
Pero ruego á mis hermanos
Que si della yo muriere
A vos non hayan rogado:
Y á vos, Ruy Velazquez, ruego
Que seais bien mesurado,
Non me firais otra vez,
Que vos será demandado,
Y yo no podria sufrir
Hombre tan desmesurado. —
Ruy Velazquez con enojo
Otro golpe le ha tirado,
No le acertó en la cabeza,
En el hombro le habia dado,
El ástil quebró por medio;
El infante de enojado
Tomó el azor que traia
En la mano á su criado,
Pues no traia arma alguna,
Con él á su tio ha dado;
Juntamente con el puño
Todo lo ha desmenuzado,
Por la boca y las narices
Sangre mucha ha derramado.
Mal trecho era Ruy Velazquez,
Armas está demandando,
Llamando á sus caballeros
Y á todos los de su bando.
Doscientos hombres de estima
Están juntos á su lado:
Los infantes y parientes
Tambien se habian juntado.
Garci Fernandez, el conde
De Castilla ese condado,
Y el bueno Gonzalo Gustios
Todo lo han apaciguado.
Hiciéronlos luego amigos,
La saña habian quebrantado.
Entonces Gonzalo Gustios
A Ruy Velazquez ha hablado,
Dijole: — Vos, don Rodrigo,
Sois caballero estimado,
Y habeis muy gran prez en armas
Mas que todos los cristianos;
No hay ninguno que no tema
De teneros por contrario,
Y que no vos tenga envidia,
Porque sois tan afamado;
Yo tengo por bien mis hijos
Os sirvan de muy buen grado,
Y guarden vuestra persona;
Vos les hareis buen amparo,
De guisa que valgan mas
Por estar á vuestro lado. —
Don Rodrigo respondió:
— Soy contento y muy pagado:
Gran placer dello recibo,
Con ello, cuñado honrado;
Haréles yo toda honra,
De mí serán muy amados,
Por ser todos mis sobrinos,
Serán ellos bien tratados,
Mayormente siendo hijos
De hermana que tanto amo.

IV. — *(Sepúlveda.)*

Acabadas son las bodas
Que allá en Búrgos se hacian
De Ruy Velazquez de Lara
Con la que Lambra decian.
Doña Lambra y su cuñada
De Búrgos ámbas partian;
Con ellas van los infantes
Que de Lara se apellidan,
Hijos de Gonzalo Gustios,
Caballeros de valía:
Tambien va Nuño Salido,
Que los infantes regia.
Llegaron á Barbadillo,
Que Ruy Velazquez tenia.
Los siete infantes hermanos,
Por dar placer á su tia,
Por aquese rio Arlanza
Cazando con aves iban.
Despues que hobieron cazado,
A Barbadillo volvian;
Entraron en una huerta
Que de placer ende habia.

A sombra del arboleda
Los infantes se ponian:
El menor de los hermanos,
Que don Gonzalo decian,
Un azor tomó en su mano,
En el agua lo ponia;
Con sabor de lo alegrar,
Mucho regalo le hacia.
Doña Lambra que lo vido,
Como muy mal lo queria,
Llamado habia un criado,
Desta suerte le decia:
—Toma agora tú un cohombro,
Tíñelo de sangre viva,
Y arrojáselo á Gonzalo,
Aquel que el azor tenia;
Vente luego para mí,
Que yo te mampararia.—
El hombre tomó un cohombro,
Y de sangre lo teñia;
Dió con él á don Gonzalo,
En sangre untado lo habia.
Sus hermanos, que lo vieron,
Muy gran pesar recebian,
Duéleles el corazon,
Vengarlo mucho querian,
Y con crecido pesar
Desta manera decian:
—Ciñamos nuestras espadas,
Que nadie nos las veria
Debajo de nuestros mantos,
Y váyamos por la via
Contra de aquel peon
Que hizo tal villanía;
Y si viéremos que afiende
Y no muestra cobardía,
Tendremos qué con locura
Lo hizo y albardonía;
Mas si fuere á doña Lambra,
Y ella en sí lo recebia,
Por su consejo lo hizo,
No se nos escape á vida.—
Fuéronse para el palacio;
El hombre cuando los via,
Acogióse á doña Lambra,
So su brial se metia:
Los infantes, que lo vieron,
A doña Lambra decian:
—Cuñada, quitaos afuera,
No ampareis quien mal hacia.
—Mi vasallo es este hombre,
Doña Lambra respondia;
Si algo contra vos hizo,
Yo vos lo castigaria,
Mientras yazca en mi poder,
Ninguno lo feriria.—
Los infantes con braveza,
Sin hacer lo que decia,
Mataron el hombre allí,
Ante ella que lo veia,
Y con la sangre del hombre
Sus tocas se las teñian.
Los infantes cabalgaron,
Para Salas se volvian,
Llevaron á doña Sancha
Su madre en su compañía.

V.—(*Sepúlveda.*)

Muy grande era el lamentar
Que doña Lambra hacia
Sobre aquel que los de Lara
Delante muerto le habian:
En medio de un gran corral
Un lecho armado tenia
Cubierto de paños negros,
De hombre muerto parecia.
Doña Lambra y las sus dueñas
Gran lloro sobre él hacian,
Y con muy crecidos gritos
Viuda triste se decia,
De marido ya olvidada,
Y que ya no lo tenia.
Ruy Velazquez ha llegado,
Que lo pasado sabia:
Doña Lambra se fué ante él,
Estas palabras decia:
—Mucho os pese, Ruy Velazquez,
De la gran deshonra mia,
Que me han hecho los infantes
Una grande alevosía,
Que si vos no me vengais,
Yo misma me mataria.
—No vos cuitedes, señora,
Ruy Velazquez respondia,
Que yo os daré tal derecho
Qu'el mundo se espantaria.—
Luego á don Gonzalo Gustios
Sus mensageros envia
Rogándole venga á él,
Porque hablarle queria.
Luego vino don Gonzalo,
Sus hijos en compañía;
Recibiólos don Rodrigo
Encubriendo la enemiga,
Halagólos con palabras,
Como quien bien los queria;
Porque no se recatasen
Segurado los habia.
Hablando está con su padre,
Desta manera decia:
—Cuñado, Gonzalo Gustios,
Las bodas que he hecho hoy dia
Costáronme grande haber,
Nadie me favorecia.
Aquese rey Almanzor,

Que en Córdoba residia,
Gran ayuda me mandó
Para el gasto que hacia.
Ruégovos por bien hayais
Llevar mi mensagería;
Saludadlo de mi parte,
Pedir heis lo que decia.—
Gonzalo Gustios le dijo
Que muy bien lo cumpliria.
Ruy Velazquez con enojo
Gran traicion obrado habia;
Apartóse con un moro
Que bien sabe el aljamía,
Y escribióle al Almanzor
Una carta desta guisa:
«Salud á vos, Almanzor,
«Ruy Velazquez os envia:
«Los hijos de Gonzalo Gustios,
«Que con esta carta iba,
«Deshonraron mi muger,
«Y á mí gran enojo hacian:
«Yo en tierra de los cristianos
«Vengarme no me podria:
«Envíoos allá al su padre,
«Quitalde luego la vida.
«Yo sacaré las mis huestes
«Para Córdoba esa villa,
«Llevaré sus siete hijos,
«Y irán en mi compañía:
«A Almenar iré con ellos,
«Y yo os entregaria
«A los vuestros caballeros
«De manera que no vivan.
«Cortareisles las cabezas,
«Dello gran bien os vernia,
«Que si los infantes mueren
«Luego habreis toda Castilla,
«Que estos son los mas contrarios
«Que en toda Castilla habia,
«En quien tiene su esperanza
«Ese conde don García.»
La carta se cerró, y luego
Al moro matar hacia.
Dió la carta á su cuñado,
El cual luego se partia.
A Córdoba había llegado
Donde Almanzor residia,
Dióle la carta en su mano,
Desta suerte le decia:
—Ruy Velazquez el de Lara
Saludes muchas te envia,
Ruégate luego le envies
Lo que ahí te escrebia.—
Almanzor leyó la carta
Y luego allí la rompia.
Díjole:—¡Gonzalo Gustios,
A qué fué la tu venida!
Tú sepas que Ruy Velazquez
A rogarme mucho envia
Que te corte la cabeza;
Y no haré tal villanía.—
Mandólo poner en cárcel,
En prisiones lo ponian.
Encomendólo á una mora
Que por hermana tenia,
Para que mucho lo honre,
Que lo honre y que le sirva.

VI.—*(Sepúlveda.)*

Ruy Velazquez el de Lara
Gran maldad obrado habia,
Que al bueno Gonzalo Gustios
Para Córdoba lo envia
Para que luego lo mate
Almanzor que ahí residia.
A los infantes de Lara,
Hijos dél, que no debia,
Con palabras engañosas
Gran engaño les hacia.
Díjoles:—Los mis sobrinos,
Mientras mi hermano volvia
Quiero hacer una entrada
Hasta Almenar esa villa.
Si vos habedes por bien
De ir en mi compañía,
Habré gran placer con vusco;
Y si en placer no os venia,
Quedad á guardar la tierra,
Que solo por mí lo haria.—
Los infantes respondieron
Que todos con él irian,
Y que yendo él contra moros
Bien guisado non seria
Quedar ellos en la tierra
Y él aventurar su vida.
Ruy Velazquez les mandó
Aderecen su partida,
Y que en Febros esa vega
Allí los atenderia.
Salióse de Barbadillo
Con la gente que tenia,
Los infantes van tras él,
Su ayo con ellos iba.
Llegados á un pinar
Que en la carrera se hacia,
Catado se han que agüeros
Malos mostrado se habian.
Ese buen Nuño Salido
Gran pesar dello tenia:
Díjoles:—Tornaos, infantes,
A Salas la vuestra villa,
No pasemos adelante,
Malos agüeros había:
Un buho da grandes gritos,
Un águila se carpia,

Cuervos muy mal la aquejaban;
Yo de aquí no pasaria. —
El menor de los infantes,
Don Gonzalo se decia,
Díjole: — Nuño Salido,
No hablasteis á mi guisa,
Que el agüero que decis
A nos nada empesceria,
Sino al que hace la hueste
Y por mayor la regia;
Mas vos que sois ya muy viejo
Y de muy gran ancianía,
Y no para las batallas,
Volveos por esa vía,
Ca nos adelante iremos,
Que volver no nos cumplia.
— Hijos, respondió don Nuño,
El corazon me dolia
Porque vais esa carrera,
Que llevais muy mala guia,
Ca tales agüeros vide
Non volvereis á Castilla,
Y pues á mí non creeis
De vos yo me despedia.

VII. — *(Sepúlveda.)*

Llegados son los infantes
Que de Lara se decian
En esa vega de Febres
Do Velazquez atendia:
Salióles á recibir
Con muy fingida alegría,
Preguntóles por don Nuño,
Que ellos por ayo tenian.
Los infantes respondieron
Que á Salas vuelto se habia
Porque vió malos agüeros
Por la via que venian.
Don Rodrigo respondió,
Desta manera decia:
— Sobrinos, esos agüeros
Para nos gran bien serian,
Porque nos dan á entender
Que bien nos sucederia,
Ganaremos gran victoria,
Nada no se perderia:
Don Nuño lo hizo muy mal
Que con vusco no venia;
Mande Dios que se arrepienta
Y me lo pague algun dia. —
Estando en estas razones
Don Nuño llegado habia,
Los infantes lo abrazaron,
Grande placer recebian.
Ruy Velazquez con enojo
Contra don Nuño decia:
— Siempre fuistes mi contrario
Hasta hoy en este dia,
Si derecho no he de vos
Mucho á mí me pesaria. —
Respondió Nuño Salido:
— Don Rodrigo, yo falsía
Nunca la tuve con vos,
Ni menos tuve enemiga:
Siempre dije yo verdad,
Y por tanto yo decia,
Quien dijere estos agüeros
Ser buenos, muy mal mentia,
Y que trae gran traicion
Contra los que aquí yacian. —
Por deshonrado se tuvo
Ruy Velazquez que lo oia.
Díjoles á sus vasallos:
— Soldados, oid en mal dia
Que me vedes deshonrar
Y por mí nadie volvia;
Dadme ya derecho dél,
A grandes voces podia. —
Levantóse un caballero,
Mano á su espada ponia,
Fué contra Nuño Salido,
Con ella darle queria:
El menor de los infantes
Delante se le ponia,
Dióle tan grande puñada
Que en la tierra lo ponia;
A los pies de Ruy Velazquez
Muerto lo dejó sin vida.
Ruy Velazquez pidió armas
Porque vengarse queria
De los sus siete sobrinos,
Su muerte mucho cobdicia.
Las faces tienen paradas,
Pelear todos querian,
Gonzalo Gonzalez el bueno
A Ruy Velazquez decia:
— Sacástenos de la tierra
Contra aquesta morevia;
Y ora querernos matar
Mal contado vos seria.
Si querella habeis de nos,
Aquí se os enmendaria. —
Ruy Velazquez respondió
Que era bien lo que decia;
Porque no podia vengarse
Disimulado lo habia.

VIII. — *(Anónimo.)*

¿Quién es aquel caballero
Que tan gran traicion hacia?
Ruy Velazquez es de Lara
Que á sus sobrinos vendia.
En el campo de Almenar
A los infantes decia

Que fuesen á correr moros,
Que él los acorreria,
Que habrian muy gran ganancia,
Muchos captivos traerian.
Ellos en aquesto estando
Grandes gentes parecian;
Mas de diez mil son los moros,
Las enseñas traen tendidas.
Los infantes le preguntan
Qué gente es la que venia.
— No hayais miedo, mis sobrinos
Ruy Velazquez respondia,
Todos son moros astrosos,
Moros de poca valía
Que viendo que vais á ellos
A huir luego echarian;
Y si ellos vos aguardan
Yo en vuestro socorro iria:
Corrílos yo muchas veces,
Ninguno lo defendia.
A ellos id, mis sobrinos,
No mostredes cobardía. —
¡Palabras son engañosas
Y de muy grande falsía!
Los infantes como buenos
Con moros arremetian:
Caballeros son doscientos
Los que su guarda seguian.
Él á furto de cristianos
A los moros se venia,
Díjoles que sus sobrinos
No escape ninguno á vida,
Que les corten las cabezas,
Qu'él no los defendería,
Doscientos hombres no mas
Llevaban en compañía.
Don Nuño que ir los vido
Ido habia por su espía,
Y cuando oyó las palabras
Que á los moros les decia;
Daba muy grandes las voces
Que en el cielo las ponia.
— Don Ruy Velazquez, traidor
El mayor que ser podria,
¿A tus sobrinos infantes
A la muerte los traias?
Mientras el mundo durare
Durará tu alevosía,
Y la falsedad que has hecho
Contra la tu sangre misma. —
Despues qu'aquesto hobo dicho
A los infantes volvia,
Díjoles: — Armaos, mis hijos,
Que vuestro tio os vendia:
De consuno es con los moros,
Ya concertado tenian
Que os maten á todos juntos. —
Ellos armáronse aína:
Las quince huestes de moros
A todos cerco ponian;
Don Nuño que era su ayo
Gran esfuerzo les ponia:
— Esforzaos, non temades,
Haced lo que yo hacia:
A Dios yo vos encomiendo,
Mostrad vuestra valentía. —
En la delantera haz
Don Nuño herido habia
Y muesto muchos de moros,
Mas á él muerto lo habian.
Los infantes arremeten
Con la su caballería;
Mezcláronse con los moros,
A muchos quitan la vida.
Los cristianos eran pocos,
Veinte moros á uno habia:
Mataron á los cristianos,
Que á vida ninguno finca,
Solos quedan los hermanos,
Que ninguna ayuda habian.
Encomendáronse á Dios,
Santiago, valme, decian:
Hirieron recio en los moros,
Gran matanza les hacian,
No osan estar delante
Que gran braveza traian.
Fernan Gonzalez menor
A sus hermanos decia:
— Esforzaos, mis hermanos,
Lidiemos con valentía,
Mostremos gran corazon
Contra aquesta mareria.
Ya no habemos ayuda,
Solo Dios daria podia;
Ya murió Nuño Salido
Y nuestra caballería:
Venguémoslos ó muramos,
Nadie muestre cobardía,
Que desque estemos cansados
Esta sierra nos valdria. —
Volvieron á pelear,
¡Oh qué recíamente lidian!
Muchos matan de los moros,
A otros muchos herian;
Muerto han á Fernan Gonzalez,
Seis solos quedado habian.
Cansados ya de lidiar
A la sierra se subian,
Limpiáronse los sus rostros
Que sangre y polvo teñian.

IX. — (*Sepúlveda.*)

Cercados son los infantes
De los moros de Almenara;
Cansados de pelear

La muerte tienen cercana.
Treguas envian á pedir
A Galve y á don Vigara,
Capitanes de Almanzor,
El que allí los enviára,
Hasta que su tio lo sepa
Ruy Velazquez el de Lara,
Ese malo fementido
Que la muerte les buscára.
Los moros les dan las treguas
Que los hermanos demandan:
Don Diego Gonzalez fué
El que llevó la embajada.
Ruy Velazquez que lo oyó
Dijo: — No sé qué demandan. —
Respondió Diego Gonzalez,
Otra vez le replicára:
— N'os olvideis don Rodrigo:
De cumplir vuestra palabra:
Sea la vuestra mesura
Que ayuda nos sea dada,
Que estamos en muy gran queja,
La muerte habemos cercana.
Mi hermano Fernan Gonzalez
Muerto en el campo quedaba,
Y doscientos caballeros
Que vienen en nuestra guarda:
Hacedlo por Dios del cielo
Y por su Madre sagrada,
Catad que somos cristianos
Y fijos de vuestra hermana,
Naturales de Castilla,
Y que hacerlo os obligaba. —
Ruy Velazquez como malo
Esta respuesta le daba:
— A buena ventura os id,
Que yo no iré en vuestra guarda;
Acordaos de mi deshonra,
De que en Búrgos fuistes causa,
Al celebrar de mis bodas
Do mi cuñado matáras;
Y tambien de la que hecisteis
A mi muger doña Lambra,
Que le matastes delante
Un hombre que ella amparára,
Y el que en la vega de Febros
Matastes de la puñada.
Buenos caballeros sois
De la alta alcuña de Lara,
Pelead como valientes,
Mi ayuda no os será dada:
No tengais fiducia en mi,
Todos morireis á espada. —
Tornado se habia don Diego
Donde los cinco quedáran,
Contóles la mala ayuda
Que en el su tio se hallaba.
Mil cristianos, á escondidas,
De Ruy Velazquez se apartan
A ayudar los seis hermanos,
Mas el traidor lo escusaba
Diciendo: — Dejad, amigos,
Veremos cómo lidiaban,
Que si ayuda han menester
Por mí les seria dada. —
Mas hasta trescientos dellos
A su escuso se apartáran
A ayudar á los infantes
Que muy cuitados estaban.
Los hermanos que los vieron
A ellos enderezaban
Creyendo que su mal tio
A matarlos se lanzaba.
Los caballeros les dicen:
— Quedos estad, los de Lara,
Que venimos á ayudarvos
Y vamos en vuestra guarda:
Con vusco aquí moriremos,
El vuestro tio mal haya,
Que vuestra muerte procura
Y en sabor tanto la haya;
Y si nos fincamos vivos,
No queremos otra paga
Sino que dél nos libreis
Si él á Castilla tornaba. —
Ellos se lo prometieron
Y la fe dello les daban.
Fueron á ferir los moros,
Muy esquiva es la batalla,
Tan cruda que otra mayor
De tan pocos no se halla:
Mil han muerto de los moros,
Ningun cristiano quedaba:
Los infantes de cansados
No pueden mover la espada.

X. — *(Anónimo.)*

Cansados de combatir
En la sangrienta batalla
Que tuvieron con los moros
En campos de Arabiana
Los valerosos infantes
Siete del nombre de Lara,
Porque el traidor de su tio
Les tuvo traicion armada,
Dos capitanes contrarios,
Llamados Galva y Viara,
Los recogen en su tienda
Mientras la tregua está dada.
Movidos de compasion
De ver que mueren sin causa
Los mas famosos guerreros
Que tuvo ni tenia España,
Cúranles de las heridas
Y aderézanles las armas,

Regálanlos con comida
En blandas y apuestas camas,
Diciéndoles: — Aunque somos
De ley y nacion estraña,
Vuestro valor nos obliga
A que aquesto y mas se haga. —
El traidor de Ruy Velazquez
Al rey Almanzor contaba
Cómo le hacen traicion
Los moros Galva y Viara.
El rey los manda llamar
Y les pregunta la causa
De celebrar amistad
Con los infantes de Lara.
Ambos responden: — Señor,
Es razon en guerra usada
Que al enemigo vencido
No se ha de tirar la lanza;
Mas cuando la traicion
Es de su daño la causa,
Al mas riguroso pecho
Le vuelve de cera blanda:
Y si tú, rey, permitieras
Que acabáran la batalla
Otros nuevos capitanes,
Nos hicieras merced alta;
Porque la gran sinrazon
A grandes voces nos llama
Diciendo: si es con traicion
Nunca es justa la demanda,
Ni al vencedor, con justicia,
Se le debe dar la palma. —

XI. — *(Anónimo.)*

Saliendo de Canicosa
Por el val de Arabiana
Donde don Rodrigo espera
A los hijos de su hermana,
Por campo de Palomares
Vió venir con gran compaña
Muchos yelmos reluciendo,
Mucha adarga bien labrada,
Mucho caballo ligero,
Muchas lanzas aceradas.
La seña que viene en ellas
Es media luna cortada;
Alá traen por apellido,
A Mahoma á voces llaman,
Tan altos daban los gritos
Que los campos atronaban;
Lo que las voces decian
Grande mal significaban:
—Mueran, mueran, van diciendo,
Los siete infantes de Lara,
Venguemos á don Rodrigo,
Pues tiene con ellos saña.—
Allí está Nuño Salido,
El ayo que los criára,
Como ve la gran morisma
Desta manera los habla:
—¡O los mis amados hijos!
¡Quén vivo no se hallára
Por no ver tan gran dolor
Como agora se esperaba!
Si no os hubiera criado
No sintiera tanta rabia;
Mas quéroos tanto, mis hijos,
Que ya se me arranca el alma.
Ciertamente nuestra muerte
Esta bien aparejada,
No podemos escapar
De tanta gente pagana;
Venguemos bien nuestros cuerpos,
Y miremos por las almas,
Peleemos como buenos,
Las muertes queden vengadas;
Ya que lleven nuestras vidas,
Que las dején bien pagadas.
No nos pese de la muerte,
Pues va tan bien empleada,
Y morimos todos juntos
Como buenos en batalla.—
Como los moros se acercan
A cada uno por sí abraza;
Cuando llega á Gonzalvico
En la cara lo besára:
—Hijo de Gonzalo Gonzalez,
De lo que mas me pesára
Es de lo que lo sentiria
Vuestra madre doña Sancha:
Érades su claro espejo,
Mas que á todos os amaba,
Y agora perderos tiene
Sin tener mas esperanza. —
En esto los moros llegan.
Traban con ellos batalla,
Los infantes los reciben
Con sus adargas y lanzas;
Santiago, Santiago, cierra,
A grandes voces clamaban:
Muy muchos moros mataron,
Mas ellos allí quedáran.

XII. — *(Anónimo.)*

Yantando con Almanzor
Está don Bustos de Lara,
Que bien puede con los reyes
Comer el señor de Salas.
En Córdoba tiene el cuerpo
Preso, y en Búrgos el alma,
Do fincan sus siete hijos
Y su muger doña Sancha:
Y despues de haber servido
Mil manjares á su usanza,

Dice el rey: —Gonzalo, amigo,
Un costoso plato falta.—
Respóndele el noble hidalgo,
Descubriendo honradas canas;
—En la tu mesa, señor
Non puede haber mengua en nada.—
En esto vino una fuente,
Que cubria una toalla,
Y en ella siete cabezas,
De aquel tronco muertas ramas.
Mira la fuente Gonzalo,
Y dice: —¡Ay fruta temprana!
¿Quién vos trasportó de Búrgos
Á los campos de Arabiana?
Mas, ¡ay mis fijos! que son
Mis preguntas escusadas,
Que con sangre viene escrito
Que es Rodrigo y doña Lambra.
¡Quién deste plato pudiera
Dar la mitad á mi Sancha,
Que los mis ojos no pueden
Cumplir con desdichas tantas!
Si Narciso en una fuente
Se arrojó viendo su cara,
Yo que en tí veo siete, y tales,
¿Como no me arrojo? aguarda.
Ya, fuente, perdiste el nombre
En el mar de mis desgracias:
Huye Almanzor, no te anegue,
Que sale de padre el agua.
Á todos lloro igualmente
Con sangre, aunque sale blanca;
Que lágrimas de mis ojos
Es sangre que vierte el alma.
Leon seré, yo os prometo,
Mis fijos, en la venganza,
Mas ¡ay! que aunque soy leon,
Mi cautiverio es cuartana.
¡Ay ovejas sin pastor!
Que tambien murió la guarda;
Y porque los perros se harten;
En Córdoba el perro guardan.
Guárdate, Almanzor, que suele
Á veces morder con rabia
En la carne del señor,
Cuanto y mas si es quien le agravia.

XIII. —*(Anónimo.)*

Besando siete cabezas
De siete muertos infantes,
Agua les da de sus ojos,
Y recibe en cambio sangre
El viejo Gonzalo Bustos
Con las ansias mas notables
Que han causado sentimientos,
Ni han engendrado desastres.
No habla palabra alguna,
Que no es bien embarazarse
En puerta do salen muchos,
De suerte que nadie sale.
Á Dios pide mil venganzas
Con mas de dos mil señales;
Con mas pausas que palabras
Les dice razones tales:
—Bien parece que es un rey
El que á su mesa me trae,
Pues que las frutas de postre
Tan grande interesa valen.
Porque los estremos cuente,
Y los medios deje aparte,
Es el *post* siete hijos muertos,
Y una gran traicion el *ante*.
Mucho se ha alargado el rey,
¡Mas qué mucho que se alargue,
Pues quiere mi desventura
Que él convide, y que yo gaste!
No me espanta, amados hijos,
Veros y verme en tal trance;
Porque un traidor encubierto
Es señor de mil leales.
Si el ver muerto á un hijo solo
La paciencia acaba á un padre,
Ver siete, y á traicion muertos,
La vida es razon que acabe:
Y pues el número siete
Tiene escelencias tan grandes,
No hay trabajo como el mio,
Pues de siete causas nace.
Pudieras, traidor injusto,
Homicida, aleve, infame,
Dejarme de siete el uno
Para dejar de acabarme;
Mas quisiste temeroso,
Que un traidor siempre es cobarde,
Porque vengador no quede
Acabar todo un linage.
Pues malogras juventudes
Dignas de dos mil edades,
Llámente Velazquez ruin,
No te llamen Rey Velazquez.

XIV. —*(Anónimo.)*

Llorando atiende Gonzalo
Las ocho amadas cabezas
De sus hijos y del ayo
Que yacen sobre una mesa,
El noble cuerpo fidalgo
Casi fincado por tierra,
Que esta sola causa pudo
Fallecer su fortaleza:
Y como padre robusto
Fallando prestadas fuerzas,
Las muertas faces bañando,
Las habla desta manera:

—De tal suerte denodadas
Estades, reliquias tiernas,
Que no sé si estais fablando;
O si estais del todo muertas.
¡Oh que pálidas estades
De verter sangre las venas
En las lides do lidiastes
Fasta quedáros sin ella!
Y en la poca que quedó
En las faces, fria y seca,
Un fénix para vengarme
Ha de renacer en ellas.
Si ende no lo vengare,
En cárcel, ó fuera della,
El honor de mis fazañas
Con las vuestras vidas muera.
Atended infantes mios,
A vuestra cuita y mi mengua,
Y non culpedes mi falta,
Pues finasteis sin afrenta.—
Dijo, y erguiéndose en pié,
Como el que vida no precia,
Al primero que falló
Desarmó con ligereza.
Prenderle manda Almanzor,
Los alcaides gritan *muera*,
Y antes que fuese á prision
A cinco dejó por tierra.

XV.—*(Anónimo.)*

No se puede llamar rey
Quien usa tal villanía,
Le dice Gonzalo Bustos
Al rey Almanzor un dia,
Que habiéndome convidado
Y héchome gran cortesía,
Como mi sangre merece,
Me des por sobrecomida
La cosa mas dolorosa
Que jamas dado se habia,
Mostrándome las cabezas
De siete hijos que tenia,
Mas obedientes á un padre
Que jamas visto se habia,
Defensa de los cristianos,
Destruicion de la morisma.
Por traicion, rey Almanzor,
Debió de ser tal desdicha,
Que tú no fueras bastante,
Ni toda tu compañía,
Si vinieran aplazados
A batalla conocida,
A traerlos deste modo
Que ante mis ojos los vía,
Pues de este, menor de todos,
En una batalla un dia
Te ví yo, rey Almanzor,
Alejarte á mas porfía;
Que quisieras tu caballo
Que volára, aunque corria,
Y llevar armas mas dobles,
Mil moros en compañía.
Él no habia veinte y un años,
Y las armas las traia
Por mil partes hechas piezas,
Desmallada la loriga,
El yelmo todo abollado
De golpes que en él tenia,
Deseoso de alcanzarte
Por probar tu valentía;
Tu caballo era mejor
Que el que el infante traia,
Y por eso te libraste
De no morir aquel dia.
Contarte quiero un ejemplo
Que á propósito venia,
Y es que convidando á Dario,
Pompeo, con quien tenia
Muy antigua enemistad
Y batallas cada dia,
Para mas solemnizar
Su banquete y gran comida,
Le dió libres los cautivos
Que en su poder le tenia,
Que pasaban de diez mil,
Presentóle la vajilla
Con que aquel dia sirvieron,
Y otras cosas de valía:
Y en esto mostró Pompeo
Su valor y valentía.
Tú, teniéndome cautivo,
Convidándome este dia,
En vez de mi libertad
Acortas la vida mia.—
Acabada esta razon
A sus hijos se volvia,
Sin poder disimular
El gran dolor que sentía.
Limpia las siete cabezas
Que á la mesa le servian,
Las limpia y besa mil veces,
Y besándolas decia:
—No lloro yo vuestra muerte,
Pues se puede llamar vida,
Entendiendo la vengasteis
Como el caso lo pedia;
Pero siempre queda pena
Que la congoja la aviva,
En ver que fuese á traicion
Y usando de villanías
¡Hijos mios! quién se hallára
En batalla tan esquiva,
Siquiera para poder
Socorrer la mayor prisa!
Muriera donde vosotros,

Y si quedára con vida
Fuera por mal de Almanzor,
Como otras veces solia. —
Estas palabras diciendo
Para un moro arremetia,
Y quitándole un alfange,
A él y á otros que allí habia,
Les dió tan pesados golpes,
Que nadie se defendia
Que no quedase á sus piés,
Y el que se libraba huia;
Y de los que le aguardaron,
Con sus hijos trece envia.
Almanzor le está mirando
Y con ruegos le decia:
— Aplaca, Gonzalo Bustos,
Aplaca tu grande ira,
Que me pesa haberte dado
Tal postre en esta comida,
Que aunque los infantes eran
Destrucion de mi morisma;
Si los pudiera tornar
De muertos á dar la vida,
Por ver su florida edad
Y su esfuerzo en demasía,
Lo hiciera, Gonzalo Bustos,
Aunque es cosa conocida
Que si tuvieran vida ellos
Presto quitáran la mia:
Pero por satisfaccion
De tu razon conocida,
Yo te concedo licencia
Para que hoy en este dia,
O cada y cuando que quieras,
Te puedas ir á Castilla,
Y llevar estas cabezas,
Si te place en compañía.

XVI.—*(Anónimo.)*

Sentados á un ajedrez
Despacio su juego entablan
Aliatar, rey de Segura,
Y el gran bastardo Mudarra,
Delante el rey Almanzor
Y en la presencia de Aja,
Mora que sirve Aliatar,
De mucho donaire y gracia.
Discurriendo van por lances,
Juegan con destreza y maña,
Que pierde mucho el que pierde
Y gana mucho el que gana.
El rey moro, que los ojos
Tiene puestos en quien ama,
Tocó una pieza por otra
Jugando una treta falsa:
Mudarra que no conoce
Del rey la mano turbada,
Ni si por ver á su mora
Vino á jugar ó jugaba,
A una parte echó la silla,
Las piezas todas baraja,
Y dando mano al tablero
En pié se pone y levanta,
Diciendo: — Tráteme bien
Quien á su juego me llama,
Que aunque no soy rey, la injuria
Con quien me enoja me iguala. —
Aliatar se espantó de esto,
Y de Mudarra se agravia:
Llámale bajo y espurio,
Hijo de ninguno, y nada.
A sus razones replica
Mudarra, no con palabras,
Mas levantó para el rey
Juntos ajedrez y tabla,
Con que sin reparo alguno
De muerte le descalabra,
Y con presteza no vista
De allí se parte á otra sala,
Do está la mora su madre
Ya del ruido alborotada.
La espada en la mano pone
Y desta suerte la habla:
— Importa, enemiga madre,
Al enojo con que vengo
Decirme el padre que tengo,
Porque importa tener padre:
Que yo por muy claro siento
Que tengo padre, y buen padre,
Por tener tan buena madre,
O por mi buen pensamiento.
No quiero á mis ojos ver
Quien me diga en tiempo alguno
Que soy hijo de ninguno,
Pues alguno me dió ser:
Y si tú, fortuna, sobras
En darme mal importuno,
Cuando no sea de ninguno
Seré hijo de mis obras.—
Afligida está la mora
Por verse del hijo que ama
Ultrajada por un cabo
Y por otro amenazada:
Hablarle quiere y no osa,
Que la lengua se le traba
Del yerro pasa lo hecho
Que al hijo decir no osaba;
Mas en el valor del padre
Algun tanto confiada,
Le descubre todo el hecho
Del de Bustos y el de Lara;
Y otras razones le dijo
Salidas de allá del alma,
Por lo cual vino á tomar
De sus hermanos venganza.

XVII.—*(Sepúlveda.)*

Una hermana de Almanzor,
Rey de Córdoba llamado,
Del bueno Gonzalo Bustos
Preñada se habia quedado
Al tiempo que él se partió
De la prision donde ha estado.
Donde á muy pocos dias
Pariera; del su preñado
Un hijo habia nacido,
Mudarra le habian llamado,
Gonzalez por sobrenombre
Como á su padre el honrado.
Almanzor holgó con él;
A dos amas lo habia dado
Paraque muy bien lo crien
Y con muy grande recado.
Diez años habia Mudarra,
Caballero lo han armado;
Valiente es de la persona,
Muestra de ser esforzado.
A doscientos caballeros
Almanzor le habia dado,
Porque los haya por suyos
Y cumplan el su mandado.
Mudarra era muy valiente,
De Almanzor es muy amado:
Es tal que solo Almanzor
No lo hay mas aventajado,
Su madre contó á Mudarra
Todo el fecho que es pasado
De don Gonzalo su padre,
Y sus hijos sus hermanos,
Y de la media sortija
Que ella tiene á gran recado.
Y de la traicion que hiciera
Ruy Velazquez el malvado:
Todo se lo declaró,
Que nada no le ha encelado.
Mudarra cuando lo oyó
Quedó muy maravillado;
Volvióse á sus caballeros,
Estas razones hablando:
—Amigos, muy bien sabedes
Qu'el mi padre don Gonzalo
Sufriera muy gran lacina
En la prision tantos años,
A tuerto y sin derecho,
Sin jamas haber pecado
Contra nadie, por do fuese
En la tal prision echado,
Y tambien cómo matáran
Siete infantes esforzados.
Mis hermanos eran todos,
Yo quiero ir á vengallos
De aquel que tan mal causó
Allá en tierra de cristianos.
Decidme, los mis amigos,
Si quereis ir ó quedaros.—
Respondieron todos juntos
Que irian con él á ayudarlo,
Porque eran criados suyos
Que Almanzor se los ha dado.
Despidióse de su madre,
Su camino le ha contado;
Fué donde estaba Almanzor,
Las manos le habia besado:
Pidiéndole en gran merced
Que licencia le haya dado
Para ir á ver á su padre
A Castilla ese condado.
Almanzor lo hubo por bien,
Caballeros le habia dado,
Tambien le dió gran haber,
Y á Dios lo habia encomendado.

XVIII.—*(Anónimo.)*

A cazar va don Rodrigo,
Y aun don Rodrigo de Lara,
Con la gran siesta que hace
Arrimádose ha á una haya,
Maldiciendo á Mudarrillo,
Hijo de la renegada,
Que si á las manos le hubiese
Jura de sacarle el alma.
El señor estando en esto
Mudarrillo que asomaba:
—Dios te salve, caballero,
Debajo la verde haya.
—Así haga á tí, escudero,
Buena sea tu llegada.
—Dígasme tú, el caballero,
¿Cómo era la tu gracia?
—A mí dicen don Rodrigo,
Y aun don Rodrigo de Lara,
Cuñado de Gonzalo Bustos,
Hermano de doña Sancha;
Por sobrinos me los hube
Los siete infantes de Lara.
Espero aquí á Mudarrillo,
Hijo de la renegada;
Si delante lo tuviese,
Yo le sacaria el alma.
—Si á tí dicen don Rodrigo,
Y aun don Rodrigo de Lara,
A mí Mudarra Gonzalez,
Hijo de la renegada,
De Gonzalo Bustos hijo,
Y alnado de doña Sancha:
Por hermanos me los hube
Los siete infantes de Lara:
Tú los vendistes, traidor,
En el val de Arabiana:

Mas si Dios á mí me ayuda,
Aquí dejarás el alma.
— Espérame, don Gonzalo,
Iré á tomar las mis armas.
— El espera que tú diste
A los infantes de Lara:
Aquí morirás, traidor, (23)
Enemigo de doña Sancha.

XIX. — *(Anónimo.)*

Despues que Gonzalo Bustos
Dejó el cordobes palacio
Y en Salas guardaba el suyo,
Entre duros simulacros
Fatigaba su memoria,
Culpaba su inútil brazo,
Por los efectos del tiempo
Archivo de sus agravios.
— ¡O tronco, dice, sin fruto!
Solo has quedado en el campo
Do el villano codicioso
Podó tus pimpollos caros:
Yo te conocí con siete
Con que fuiste un tiempo ufano,
¡Y ahora te contentáras
Con el mas endeble y flaco!
Cada momento, mis fijos,
De nuevo os pierdo, y os hallo
Para gozaros ausentes,
En mi mente degollados.
Fresca está la sangre en ella,
Que el traidor que fizo el daño,
Con su presencia atormenta
La poca que en mí ha quedado:
De merced vivo con él,
Y por momentos aguardo
Cuándo querrá derramarla
Si no es por vengarse humano.
¡Ay miserable del solo,
Y mas cuando el hado avaro
Viene á hacer de sus causas
Juez á su cruel contrario!
Mejor estaba entre moros,
Fijos, que en el suelo patrio,
Que entre ellos hallé piedad
Y quien se movió á mi llanto. —
Estas quejas esparcia
Desde un mirador Gonzalo,
Regando sus blancas canas,
Recostado en un escaño;
Cuando tendiendo la vista
Por el espacioso campo,
Vió en un caballo andaluz
Venir un moro gallardo,
Jóven, hermoso y dispuesto,
De rostro agradable, manso,
Grave, compuesto, gracioso,
Apacible y despejado.
En la adarga media luna
Trae puesta en un cielo claro,
Y una roja *F* en medio
Con un letrero dorado,
Que dice: «A buscarte voy:
¡Venturoso si te alcanzo!»
En la lanza un pendoncillo
Con cruz verde en campo blanco,
Y una cabeza pendiente
En el pretal del caballo,
Destilando fresca sangre
Entre el cabello erizado.
Llegó, y bajando la suya,
El arzon casi besando,
Con el cuento de la lanza
Sobre la yerba afirmado,
Dijo: — Tú debes de ser,
Segun las señas que traigo,
El noble señor de Salas,
Que el ser que tengo me ha dado.
Recibe de Ruy Velazquez,
Vendedor de mis hermanos,
Esta prenda, que el traidor
Nunca reposa á su salvo.
Yo soy Mudarra, señor,
Y ha mucho tiempo que afano
Por hacer esta sangría
En tu tronco antiguo y claro. —
Grandes voces daba el viejo:
— Sube, hijo, y da á mis brazos
Lo que tanto ha deseaban,
Que hoy se acaban mis trabajos.

ROMANCES

SOBRE

LOS CONDES DE CASTILLA FERNAN GONZALEZ

Y GARCI FERNANDEZ.

I. — *(Anónimo.)*

Juramento llevan hecho,
Todos juntos á una voz,
De no volver á Castilla
Sin el conde su señor.
La imágen suya de piedra
Llevan en un carreton,
Resueltos si atras no vuelve
De no volver ellos, non,
Y el que paso atras volviere
Que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos
En señal que se juró.
Acabado el homenage
Pusiéronle su pendon,
Y besáronle la mano
Desde el chico hasta el mayor,
Y como buenos vasallos
Caminan para Arlanzon
Al paso que andan los bueyes
Y á las vueltas que da el sol.
Desierta dejan á Búrgos
Y pueblos al rededor,
Solas quedan las mugeres
Y aquellos que niños son:
Tratando van del concierto
Del caballo y del azor.
Si ha de hacer libre á Castilla
Del feudo que da á Leon;
Y antes de entrar en Navarra
Toparon junto al mojon
Al conde Fernan Gonzalez,
En cuya demanda son.
Con su esposa doña Sancha,
Que con astucia y valor
Le sacó de Castroviejo
Con el engaño que usó.
Con sus hierros y prisiones
Venian juntos los dos
En la mula que tomaron
A aquel preste cazador.
Al estruendo de las armas
El conde se alborotó;
Mas conociendo á los suyos
Desta manera habló:
—¿Do venis, mis castellanos?
Digádesmelo por Dios,
¿Cómo dejais mis castillos
A peligro de Almanzor?—
Allí habló Nuño Lainez:
— Ibamos, señor, por vos.
A quedar presos ó muertos,
O sacaros de prision.

II.—*(Anónimo.)*

Preso está Fernan Gonzalez,
El gran conde de Castilla,
Tiénelo el rey de Navarra
Maltratado á maravilla.
Vino allí un conde normando
Que pasaba en romería,
Supo que este hombre famoso
En cárceles padecía.
Fuése para Castroviejo
Donde el conde residia,
Dádivas daba al alcaide
Si dejarle ver queria:
El alcaide fué contento
Y las prisiones le abria.
Mucho los condes hablaron,
El normando se salia:
Fuése donde estaba el rey
Con lo que pensado habia.
Procuró ver á la infanta,
Pues era hermosa y cumplida,
Animosa y muy discreta,
De persona muy crecida.
Tanto procura de verla
Que esto le hablára un dia:
—Dios os lo perdone, infanta,
Dios, tambien santa María,
Pues por vos se pierde un hombre,
El mejor que se sabia:
Por vos se causa gran daño,
Por vos se pierde Castilla,
Los moros entran en ella
Por no haber quien la regia,

Que por veros muere preso,
Por amor de vos moria:
Mal pagais amor, infanta,
A quien tanto en vos confia.
Si no remediais al conde
Sereis muy aborrecida,
Y si por vos él saliese
Sereis reina de Castilla.—
Tan bien le habla el normando,
Que á la infanta enternecida
Determina de librallo,
Si por muger la queria.
El conde se lo promete,
Y á vello la infanta iba.
—No temais, dijo, señor,
Que y os daré la salida.—
Y engañando á aquel alcaide
Salen los dos de la villa.
Toda la noche anduviéron
Hasta que el alba reia.
Escondidos en un bosque
Un arcipreste los via,
Que venia andando á caza
Con un azor que traia:
Amenázalos con muerte
Si la infanta no ofrecia
De folgar allí con él,
Sino que al rey los traeria.
El conde mas cruda muerte
Quisiera, que lo que oia;
Pero la discreta infanta
Dándole esfuerzo decia:
—Por vuestra vida, señor,
Mas que esto hacer debria,
Que no se sabrá esta afrenta
Ni se dirá en esta vida.—
Priesa daba el cazador
Y amenaza todavía:
Con grillos estaba el conde
Y sin armas se veia;
Mas viendo que era forzado
Como puede se desvia.
Apártala el cazador,
De la mano la traia,
Y cuando abrazalla quiso
Ella de él muy fuerte huia:
Los brazos le ha embarazado,
Socorro al conde pedia,
El cual vino apresurado,
Aunque correr no podia:
Quitádole ha al cazador
Un cuchillo que traia,
Y con él le diera el pago
Que su aleve merecia.
Ayudándole la infanta
Camina todo aquel dia,
Y á la bajada de un puente
Ven muy gran caballería;
Gran miedo tienen en vella
Porque creen que el rey la envia:
La infanta tiembla y se muere,
En el monte se escondia;
Mas el conde mas mirando
Daba voces de alegría:
—Salid, salid, doña Sancha,
Ved el pendon de Castilla,
Mios son los caballeros
Que á mi socorro venian.—
La infanta con gran placer
A vellos luego salia.
Conocidos de los suyos
Con alarido venian:
«Castilla, vienen diciendo,
Cumplida es la jura hoy dia.»
A los dos besan las manos,
A caballo los subian,
Y así los llevan en salvo
Al condado de Castilla.

III.—*(Anónimo.)*

Castellanos y leoneses
Tienen grandes divisiones.
El conde Fernan Gonzalez
Y el buen rey don Sancho Ordoñez
Sobre el partir de las tierras
Ahi pasan malas razones:
Llámanse hí de rameras,
Hijos de padres traidores,
Echan mano á las espadas,
Derriban ricos mantones:
No les pueden poner treguas
Cuantos en la corte sone,
Y pónenselas dos frailes,
Aquesos benditos monges,
Qu' el uno es tio del rey,
El otro hermano del conde.
Pónenlas por quince dias,
Que non pueden por mas, no,
Que se vayan á los prados
Que dicen de Carrion.
Si mucho madruga el rey,
El conde non dormía, non;
El conde partió de Burgos,
Y el rey partió de Leon.
Venido se han á juntar
Al vado de Carrion,
Y á la pasada del rio
Movieron una cuestion:
Los del rey que pasarian;
Y los del conde que nón.
El rey, como era risueño,
La su mula revolvió,
El conde con lozanía
Su caballo arremetió,
Con el agua y el arena

Al buen rey le salpicó.
Allí hablára el buen rey,
Su gesto muy demudado:
—Buen conde Fernan Gonzalez,
Mucho sois desmesurado:
Si no fuera por las treguas
Que los monges nos han dado,
La cabeza de los hombros
Ya yo os la hubiera quitado,
Y con la sangre vertida
Yo tiñera aqueste vado.—
El conde le respondiera
Como aquel que era osado:
—Eso que decis, buen rey,
Véolo mal aliñado,
Vos venis en gruesa mula,
Yo en un ligero caballo;
Vos traeis sayo de seda,
Yo traigo un arnes tranzado,
Vos traeis alfange de oro,
Yo traigo lanza en mi mano;
Vos traeis cetro de rey,
Y yo un venablo acerado;
Vos con guantes olorosos,
Yo con los de acero claro;
Vos con la gorra de fiesta,
Yo con un casco afinado;
Vos traeis ciento de mula,
Yo tres cientos de á caballo.—
Ellos en aquesto estando,
Los frailes que han allegado:
—Tate, tate, caballeros,
Tate, tate, fijosdalgo,
¡Cuan mal cumplistes las treguas
Que nos habíades mandado!—
Allí hablara el buen rey:
—Yo las cumpliré de grado.—
Pero respondiera el conde:
—Yo de piés puesto en el campo.—
Cuando vido aquesto el rey
No quiso pasar el vado;
Vuélvese para sus tierras,
Malamente va enojado,
Grandes bascas va haciendo,
Reciamente va jurando
Que habia de matar al conde
Y destruir su condado.
Mandó, pues, llamar á córtes,
Por los grandes ha enviado:
Todos ellos son venidos,
Y solo el conde ha faltado.
Mensagero se le hace
A que cumpla su mandado,
El mensagero que fué
Desta suerte le ha hablado.

IV.—*(Anónimo.)*

Buen conde Fernan Gonzalez,
El rey envia por vos,
Que vayades á las córtes
Que se hacian en Leon;
Que si vos allá vais, conde,
Daros han buen galardon,
Daros ha á Palenzuela
Y á Palencia la mayor;
Daros ha á las nueve villas,
Con ellas á Carrion,
Daros ha á Torquemada,
La Torre de Mormojon;
Daros ha á Tordesillas,
Y á Torre de Labaton,
Y si mas quisierdes, conde,
Daros han á Carrion.
Buen conde, si allá non ides,
Daros os han por traidor.—
Allí respondiera el conde
Y dijera esta razon:
—Mensagero eres, amigo,
Non mereces culpa, non,
Que yo no he miedo al rey,
Ni á cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,
Todos á mi mandar son,
Dellos me dejó mi padre,
Dellos me ganára yo:
Los que me dejó mi padre
Poblélos de ricoshombres,
Los que yo me hube ganado
Poblélos de labradores;
Quien no tenia mas que un buey
Dábale otro que eran dos,
Al que casaba su hija
Doile yo muy rico don,
Al que faltaban dineros
Tambien se los presto yo;
Cada dia que amanece
Por mí hacen oracion;
No la hacian por el rey,
Que no la merece, non,
El les puso muchos pechos,
Y quitárascelos yo.

V.—*(Sepúlveda.)*

El rey don Sancho Ordoñez,
Que en Leon tiene el reinado,
Preso ha á Fernan Gonzalez,
El buen conde castellano.
En una torre fué puesto
Con cadenas, á recado,
Que con el rey no aprovecha
Cosa que le han suplicado

Para que suelten al conde
De donde está encarcelado.
La condesa que lo supo
A Leon habia llegado,
Besó las manos al rey,
Con él está razonando:
— Suplícoos, el rey, mi tio,
Que pues no habeis soltado
A ese conde mi marido,
Que sea de mí visitado,
Que yo voy en romería
A la casa de Santiago,
Y quiero hablar con él
A lo hacer consolado:
Serále muy gran consuelo
Segun está fatigado. —
El rey con alegre cara
Lo que pidió le ha otorgado.
La condesa entráre dentro
Do está el conde aprisionado,
Sin que ninguna persona
Consigo hobiese llevado.
Vuelven á cerrar la puerta,
Porque ansí estaba mandado.
El conde cuando la vido
Gran consuelo habia estrado;
Ambos hablan en secreto,
Y conciertan en celado.
Parecióle bien al conde
Lo que su muger ha hablado,
Y aquese concierto hecho
Al portero habian llamado,
El cual vino prestamente
A escuras y sin cuidado.
La condesa le habló,
El conde estuvo callado,
Con palabras que le dijo
Al portero habia engañado:
La puerta le abriera luego,
El conde se ha trastocado.
Tornó á cerrar la puerta
Como le estaba mandado.
La condesa doña Sancha
En la prision ha quedado,
El conde se fué á su gente,
Como le fuera avisado.
Los suyos cuando lo vieron
Gran placer habian tomado,
Volvieron para Castilla,
Do el conde tiene su estado.
El rey cuando hubo sabido
Aquesto que ya es contado,
Gran enojo ha recibido
Porque ansí fuere engañado.
La manera que se tuvo
Para poder ser librado.
Pues con el rey no aprovecha
Lo que tanto le han rogado,
Fué que con varonil esfuerzo
La condesa habia hablado:
— Quitaos, conde, esas ropas,
Las mias habreis tomado:
Y allá á la media noche
Estará mas descuidado
Este portero que os guarda,
Y en ello no habrá mirado:
Abiertas que sean las puertas
Saldreis muy disimulado;
Vos le hareis entender
Que el viaje comenzado
Que lo quereis acabar
Y llegar á Santiago,
Y encaminándolo Dios,
Buen conde, sereis librado:
Ireis para vuestra gente
Que fuera os está aguardando,
Volveros heis á Castilla
Do teneis vuestro condado,
Yo quedaré en la prision,
Della sereis vos librado. —
De qu'aquesto supo el rey
Mostróse muy aplacado;
Fué donde está la condesa,
Desta manera le ha hablado:
— Condesa, vos me engañastes,
De vos he sido burlado;
Mas tuvistéis gran razon,
Como muger de alto estado,
En librar vuestro marido
Como vos lo habeis librado.
Mientras que durare el mundo,
En vos tomarán dechado
Las mugeres que vivieren
De pequeño y grande grado. —
Respondióle la condesa:
— Señor, n'os haya pesado
De librar á mi marido,
Que yo lo hube ordenado;
Que por librar tal persona
A mas qu'esto era obligado. —
El rey la recibió bien,
De la prision la ha sacado,
Envióla honradamente,
A Castilla la ha enviado;
Muy honradamente va
Como conviene á su estado.
Halló allá á su marido
Por ella muy deseado,
Con gran placer se reciben,
Que ámbos se han mucho amado.

VI.—*(Sepátvela.)*

En muy sangrienta batalla
Anda el conde castellano,
Nombrado Fernan Gonzalez,

Que á mí me será pagada;
Yo dárvoslos he tambien
De pagar si en algo erraba.—
El rey recibiera enojo
Desto qu'el conde hablaba;
Echóle en fuertes prisiones,
Mas su muger lo sacaba.
El conde sacó sus gentes,
La tierra del rey estraga,
Prendiérale muchos hombres,
Muchos ganados llevaba;
Hasta que le dé su haber,
Mal al rey amenazaba.
El rey dió de sus haberes,
Y á un hombre le mandaba
Que luego le pague al conde
Lo que á pagar se obligára:
El hombre fué para el conde
Y el haber luego le daba;
Pero no basta á pagallo,
Porque muy mucho sumaba.
El rey de muy congojado
Con los suyos acordaba
Que libre le dé el condado,
Si el haber le perdonaba.
El conde lo hubo por bien,
Porque mucho le pesaba
De besar mano á ninguno,
Y á Dios muchas gracias daba
Por sacar de sujecion
De Leon á Castilla honrada.

IX. — *(Sepúlveda.)*

Castilla estaba muy triste,
Crecidos llantos hacia
Porque es muerto Hernan Gonzalez,
El que bien la defendia.
Su hijo hobo su estado,
Ese conde don García,
Fernandez por sobrenombre;
Bien al padre parecia.
Gran caballero es de cuerpo,
Cuerdo, apuesto á maravilla,
Las manos ha como nieve
Cuando del cielo caia;
Cubiertas las trae con luas
Porque amor nadie le pida.
En Francia casó el buen conde
Con esa doña Argentina,
Que pasaba por su tierra
A Santiago en romería.
Seis años vivió con ella,
No hubieron fijo ni fija:
El conde está muy doliente,
Temió de perder la vida.
La condesa como mala
Muy gran traicion le hacia;
Fuése á Francia con un conde
Que á visitarla venia.
El conde Garci Fernandez
Gran enojo recebia;
Y sano de su dolencia
A los suyos les decia
Que por cumplir la promesa
Que por su salud hacia,
Se iba á Rocamador
Con dones en romería.
Metióse por el camino,
Un escudero en su guia;
Ambos van desconocidos,
Pobres vestidos vestian:
Llegados son donde estaban
Los que han hecho alevosía.
El conde Garci Fernandez
Con gran prudencia inquiría
Toda la vida del conde,
Y supo que habia una hija,
Que se nombra doña Sancha,
Muy hermosa en demasía.
Garci Fernandez, discreto,
Cuidó que le convenia
Conversar luego con ella
De cualquier manera ó guisa.
Muy mal quiere doña Sancha
A aquesa doña Argentina,
Con su padre la revuelve,
No puede sufrir tal vida.
Buscando andaba algun modo
Como huya tal fatiga.
Habló con una doncella,
Y en secreto la decia:
—Amiga, sepas que yo
Sufrir esto no podia:
¿Has visto tú ya los pobres
Que dan racion cada dia
A la puerta de mi padre?
Pues mira con maestría
Si hay en ellos hijodalgo
Que allí la limosna pida.
Que sea fermoso, apuesto,
Y á mí lo trae, que cumplia,
Porque quiero hablar con él,
Que mucho á mí convenia.—
La doncella, qu'es discreta,
Por la obra lo ponia:
Fuése un dia do los pobres
Recebian la comida,
A entre ellos vió estar al conde,
Al buen conde de Castilla,
Que está pobre y mal vestido;
Mas muy bien le parecia.
Vido que era muy hermoso,
Grande, apuesto en demasía,
Vióle las manos hermosas
Qu'el buen conde descubria:

Cuidaba en su corazon
Qu'era hombre de valía:
Apartáralo de todos,
Y conjurádolo habia
Que dijese si era hidalgo,
Que dello gran bien ternia.
Dijo el conde que lo era
Mas que el señor que tenia.
La doncella paró mientes
A esto que respondia:
— Aguardáme aquí, señor,
Yo verné por vos aína. —
Fuése para su señora,
Lo pasado le decia.
Por mando de doña Sancha
Vino ant'ella don García;
Ella le dijera al conde:
— Yo os ruego por cortesía
Me digais por cuál razon
Vos sois de mas hidalguía
Que no el señor de esta tierra,
Que yo por padre tenia. —
Respondió el conde diciendo:
— En vuestro poder yacia,
En vuestra mano es mi muerte,
Dármela podeis, ó vida.
Si quereis saber de mí,
A vos me descubriria;
Prometedme en puridad
Que de vos no se sabria. —
Jurábale doña Sancha
Que no lo replicaria.
El conde dijo: — Señora,
Verdad digo y no mentira,
Yo soy don Garci Fernandez,
Ese conde de Castilla:
Vuestro padre que aquí está
A mí gran maldad hacia:
Trujérame mi muger
Con quien casado yo habia,
Aquí la tiene consigo,
Gran pesar á mí venia,
Y con crecida vergüenza
Prometido yo tenia
De no volver á mi tierra
Hasta quitarles la vida,
Y por cumplir mi promesa
Este mal trage traia
Porque á mí nadie conozca
Ni mi venganza se impida. —
A doña Sancha le plugo
De lo qu'el conde decia,
Porque hallaba camino
Que gran bien se le seguia.
Díjole al conde: — Señor,
Quien á vos os diese hoy dia
Carrera para hacer
Lo que á mí dicho se habia,
¿Qué le dareis vos por ello,
O qué galardon habria? —
Luego el conde respondió:
— Con vos yo me casaria,
Llevaríaos yo conmigo
A mi estado de Castilla,
Sereis condesa y señora
De la tierra que tenia. —
Ella le dijo que cedo
Gran venganza tomaria.
Escondiéralo en secreto
Adonde entrambos dormian.
Dende á la tercera noche
Doña Sancha usó maestría;
Al conde Garci Fernandez
Un lorigon le ponia
Y un cuchillo en la su mano,
Bajo el lecho lo metia
Do su padre y su muger
Tenian la su dormida.
Mandóle que esté seguro,
Y una cuerda al pié le asia,
Porque cuando se durmiesen
Los que tan mal le ofendian,
Doña Sancha le tirase,
Y saliendo don García,
A mansalva y de seguro
A entrambos los mataria.
Aqueste concierto fecho,
El conde con la su amiga
Echados son en la cama
Y debajo don García:
Luego se habian dormido,
Doña Sancha que lo via
Tira luego de la cuerda,
El conde presto salia:
Degollólos á ambos juntos,
Ambas cabezas les quita;
Con ellas y su muger
Para Castilla volvia.
Despues que fuera llegado,
Sus gentes juntar hacia,
Contóles lo acaecido
Que cosa non fallescia.
Dijo el conde á sus vasallos.
— Amigos, de aque te dia
Soy yo el vuestro señor,
Pues que vengado me habia,
Que estando tan deshonrado
Vasallos no merecia. —
Casóse con doña Sancha,
Alegre vida hacian,
Naciera dellos don Sancho
Que sucediera en Castilla.

ROMANCES

DE GARCIA PRIMERO DE CASTILLA,

Y DE LA TRAICION DE LOS VELAS.

I. — *(Sepúlveda.)*

Reinado era ya Castilla,
Reinado, que no condado:
Don García fué el primero
Que por rey se ha coronado.
A Bermudo de Leon
Su mensage habia enviado
Demandándole su hermana
Por con ella ser casado.
Don Bermudo hubo por bien
De hacer lo que le es rogado.
Concertaron que se hiciesen
Las bodas que han concertado
En Leon, esa ciudad,
Cabeza que es del reinado.
Llegados son á Leon
Don García y su cuñado,
Con don Sancho de Navarra
Que lo iba acompañando.
Don García entra dentro,
Los suyos deja en el campo.
Los hijos del conde Vela,
Que de Castilla hobo echado
Su padre de don García
Por maldad que habian obrado,
Por vengar la su deshonra
La gran traicion han trazado
De matar á don García,
Aunque eran sus vasallos.
Disimulan la enemiga,
Al rey besaban la mano;
El rey los recibe bien,
Recibiólos como á hermanos,
Tórnales toda la tierra
Que su padre habia tomado,
Fuése á ver á doña Sancha,
Que lo habia mucho en grado,
Cobráranse gran amor,
Ambos de sí se han pagado.
Doña Sancha dijo: — Infante,
No fuisteis bien consejado
En no traer vuestras armas
Y venir bien á recado;
No sabeis quien mal os quiere,
Dello mucho á mí ha pesado.
— Nunca hice mal ninguno,
Señora, Dios sea loado,
Le respondió don García,
Y armas me fuera escusado. —
Los malos ponen por obra
La traicion que han acordado,
Fuéronse para la plaza,
En ella arman un tablado,
Debajo llevan las armas;
Gran revuelta habian trabado
Con los vasallos del rey
Sobre tirar al tablado;
Cerraron todas las puertas
Que ninguna habian dejado.
Matan muchos caballeros
De los buenos castellanos.
El infante que lo supo
A la gran grita ha llegado:
— Quedos estad, los traidores,
No matedes mis criados. —
Los condes fueron á él
Con los venablos alzados,
Quisiéronle allí matar,
El infante entró en sagrado
En Santa María de Regla,
Mas allí lo habian cercado.
Prendiéronle dentro della,
Llévanlo muy deshonrado
Ante el conde don Rodrigo,
Pariente de los malvados.
— No me matedes vosotros,
El infante habia hablado,
Darvos he muy grandes bienes
En Castilla mi reinado. —
Gran duelo hobo dél don Nuño,
A los condes ha rogado
Que no maten al infante,
Mas ellos no lo han en grado,
Y la infanta doña Sancha,
Que supo lo que es contado,
Fuése para allá corriendo,
Grandes voces iba dando:
— Al infante no matedes,
Que vos será demandado,
Pues que sois vasallos suyos

Y obligados á amparallo.
A mí matad, que no á él,
Y en él no pongais la mano,
Pues contra vosotros, condes,
En nada no es él culpado. —
El conde Fernan Flaino
A la infanta habia llegado,
Dióle muy gran bofetada,
En sangre la habia bañado.
Gran pesar tomó el infante,
De traidor lo está llamando,
Los condes como alevosos
Grandes feridas le han dado:
Muerto cayera en el suelo.
El primer que le hobo dado
Fué Ruy Vela, su padrino
Cuando fuera baptizado.
La infanta que lo vido
Sobre el infante se ha echado,
Tomóla Fernan Flaino
Como muy desmesurado,
Dió con ella por el suelo
Y por una escala abajo.
Los malos con crueldad
Al infante habian tomado,
Dieron con él por el muro,
Cayó do está su cuñado
Don Sancho, rey de Navarra,
El cual muy bien lo ha vengado.

II. — *(Sepúlveda.)*

Los hijos del conde Vela
De traiciones han usado:
Mataron con gran aleve
Al primer rey castellano,
Don García habia por nombre,
Postrer conde muy lozano:
Matáronlo allí en Leon
Donde estuvo desposado
Con la infanta doña Sancha.
Don Ramiro, qu'es su hermano,
De Leon habia salido
Muy armado y á recado,
Y puso cerco á Monzon
Que de Castilla es reinado.
El alcaide que lo tiene,
Fernan Gutierrez llamado,
Dentro los ha recibido
A su pesar, mal su grado.
Cuando supo la traicion,
Mucho se les humillando,
Convidólos á comer,
Muy bien los habia engañado.
Escribió luego secreto
A ese buen rey don Sancho
Que viniese á socorrerlo,
Que lo tenian cercado
Los hijos del conde Vela,
Esos traidores malvados.
Luego el buen rey de Navarra
Con sus dos hijos hermanos
Y mucha gente consigo
En Monzon los han cercado.
Prendieron á todos tres,
Vivos los habian quemado.
Hernan Flaino, ese traidor,
Se les habia escapado;
Mudárase los vestidos,
Cabalgó sobre un caballo
Sin llevar silla ni freno,
Un capote cobijado,
La capilla en la cabeza,
En piernas iba el malvado.
Entróse dentro en los monges,
No se halla aunque es buscado.
El rey bueno de Navarra
Su hijo habia casado
Con la infanta doña Sancha,
Con la cual fué desposado
El otro infante García
Que á traicion habian matado,
Y la infanta doña Sancha
A su suegro así ha hablado:
—Buen rey, si no me vengais
Del traidor Fernan Flaino,
Que fué en matar al infante,
Que mucho á mí ha lastimado,
Don García vuestro hijo
Jamas me verá á su lado. —
El rey don Sancho mandó
Que el monte sea cercado,
Prendido lo habia en él
Al alevoso malvado.
Trujéronlo do es la infanta,
A ella lo han entregado,
Y fizo en él tal justicia
Que lo mató por su mano.

PRIMERA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID,

QUE TRATA DE SU VIDA

DURANTE EL REINADO DE FERNANDO I. EL MAGNO.

I. — *(Anónimo.)*

Non me culpedes si he fecho
Mi justicia y mi deber,
Magüer que siendo pequeño
Me nombraste por jüez.
Entre todos me escogistes
Por de mas madura sien,
Porque ficiese derecho
De lo fecho mal y bien.
Non fagais desaguisado
Si al robador enforqué,
Que en homes este delito
No causa ninguna prez.
Como de veras me pago,
De las burlas non curé,
Que él que pugna por la honra
Enemigo della fué.
Atended que la justicia,
En burlas y en veras, fué
Vara tan firme y derecha
Que non se pudo torcer.
Verdad, entre burla y juego,
Como es fija de la fe
Es peña que al agua y viento
Para siempre está de un ser.
Miémbraseme que mi abuelo,
En buen siglo su alma esté,
Muchas veces me decia
Aquesto que agora oireis:
« El home en sus mancebías
Siempre debiera aprender
A facer siempre derecho
Cuando en mas burla esté. »
Así fice esta vegada,
Yo cuido que fice bien,
Que sigo un abuelo honrado
Que nadie se quejó dél. —
Esto decia Rodrigo,
Afinojado ante el rey,
Delante los que juzgaba
Antes de los años diez.

II.—*(Anónimo.)*

Cuidando Diego Lainez
En la mengua de su casa,
Fidalga, rica y antigua
Antes que Iñigo Abarca,
Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos dias
Por sí no puede tomalla,
No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni ósar salir de su casa,
Nin fablar con sus amigos;
Antes les niega la fabla,
Temiendo que les ofenda
El aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Para usar desta esperiencia,
Que no le salió contraria,
Mandó llamar á sus hijos,
Y sin decilles palabra
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas;
No para mirar en ellas
Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España.
Mas prestando el honor fuerzas,
A pesar del tiempo y canas,
A la fria sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron: — Señor, basta,
¿Qué intentas, ó qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas. —
Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendia,
Que á do no piensan se halla,
Encarnizados los ojos

Cual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo
Le dice aquestas palabras:
— Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes, en hora mala,
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfaccion de palabras,
Antes con la mano mesma
Vos sacára las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga. —
Llorando de gozo el viejo
Dijo: — Fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja,
Y tu indignacion me agrada.
Esos brios, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor que está perdido,
Si en tí no se cobra y gana. —
Contóle su agravio, y dióle
Su bendicion, y la espada
Con que dió al conde la muerte,
Y principio á sus fazañas.

III. — *(Anónimo.)*

Pensativo estaba el Cid,
Viéndose de pocos años,
Para vengar á su padre
Matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenia en las montañas
Mil amigos asturianos:
Miraba como en las córtes
Del rey de Leon Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio,
El primero que se ha fecho
A la sangre de Lain Calvo.
Al cielo pide justicia,
A la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez,
Que en naciendo, es costumbrado
A morir por casos de honra
El valiente fijodalgo.
Descolgó una espada vieja
De Mudarra el castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo:
Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese
Así le dice turbado:
— Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano,
Mas no te podrás correr
De volver atras un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado;
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado.
Y cuando alguno te venza,
Del torpe fecho enojado,
Fastá la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
De dar al conde Lozano
El castigo que merece
Tan infame lengua y mano. —
Determinado va el Cid,
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del conde vengado.

IV. — *(Anónimo.)*

Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
De vuestro ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor:
No son buenas fechorías
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidárais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
Mas ¿como vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre dispercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor:
La vuesa, conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desaguisado.

Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rey con furor,
Cuidá que lo denostasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo
Si me causareis pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien cendrado en su crisol,
Probaré en vos mi fiereza
Y en vuesa falsa intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para vos combatir
Traigo mi espada y troton.—
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Ese nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

V.—*(Anónimo.)*

Consolando al noble viejo
Está el valiente Rodrigo
Apercibiendo venganza
Y resistiendo suspiros.
Viendo al venerable anciane
Tan sin razon desmentido,
Yantar no puede bocado,
Que nunca yantó ofendido.
—Non vos dé pena, señor,
El tuerto que el conde os fizo,
Que cuando se atrevió á vos,
Non cuidaba era yo vivo:
Las lágrimas que verteis
Dan en mi alma hilo á hilo,
Y como van á su centro
Conviértense en rayos vivos.
Por el alto Dios del cielo,
Y en fe que soy vueso fijo,
Que os he de facer vengado
O me mataré á mí mismo.
Dadme vuesa bendicion
Con la que habeis pretendido
En piedra de vueso honor
Probar los quilates mios.
Siendo vos mi ensayador,
Tanto de punto he subido
Que presto vereis el fin
Que á vueso mal dió principio.—
Tomó una espada y rodela
Y de secreto se ha ido,
Vido al conde paseando,
Y estas palabras le ha dicho:
—Conde, lozano estaredes
De aqueste gran valentío,
Porque posastes la mano
Donde home humano ha podido.
Sí, por la divina ley
Sabeis que fué permitido
La ofensa que se hizo al padre
Que la restauren los fijos.
Aunque acá por la del duelo,
Por ser de noventa y cinco,
El mio no está cargado,
Vos lo estais y desmentido;
Que el que está en cuerpo de guarda,
O es de la edad que he dicho,
Ni agravia ni es afrentado,
Por las razones que he dicho;
Y antes que muera de pena,
O non llegue de corrido,
Vengo por vuestra cabeza,
Porque se la he prometido.—
Faciendo dél menosprecio,
El conde se ha sonreido.
—Vete, rapaz, non te faga
Azotar cual paga niño.—
Poniendo mano el buen Cid
Con gran cólera le ha dicho:
—La razon con la nobleza
Mas vale que diez amigos.—
Son tan soberbios los golpes,
Y tan sin reparo han sido,
Que la cabeza del cuerpo
En un punto ha dividido:
Por los cabellos la lleva,
Y dándola al padre, dijo;
—Quien os trató mal en vida
Catalde á vueso servicio.—

VI.—*(Anónimo.)*

Llorando Diego Lainez
Yace sentado á la mesa,
Vertiendo lágrimas tristes
Y tratando de su afrenta,
Y trasportándose el viejo,
La mente siempre inquieta,
De temores muy honrados
Va levantando quimeras,
Cuando Rodrigo venia
Con la cortada cabeza
Del conde, vertiendo sangre,
Y asida por la melena.
Tiró á su padre del brazo
Y del sueño lo recuerda,
Y con el gozo que trae
Le dice de esta manera:
—Veis aquí la yerba mala,

Para que vos comais buena;
Abrid, mi padre los ojos
Y alzad la faz, que ya es cierta
Vuesa honra, y ya con vida
Os resucita de muerta.
De su mancha está lavada,
A pesar de su soberbia,
Que hay manos que no son manos,
Y esta lengua ya no es lengua.
Yo os he vengado, señor,
Que está la venganza cierta
Cuando la razon ayuda
A aquel que se arma con ella.—
Piensa que lo sueña el viejo,
Mas no es así, que no sueña,
Sino que el llegar prolijo
Mil caractéres le muestra;
Mas al fin alzó los ojos
Que fidalgas sombras ciegan,
Y conoció á su enemigo,
Aunque en la mortal librea.
—Rodrigo, fijo del alma,
Encubre aquesa cabeza,
No sea otra Medusa
Que me trueque en dura piedra
Y sea tal mi desventura
Que antes que te lo agradezca
Se me abra el corazon
Con alegría tan cierta.
¡O conde Lozano infame!
El cielo de tí me venga,
Y mi razon, contra ti,
Ha dado á Rodrigo fuerzas.
Siéntate á yantar, mi fijo,
Do estoy, á mi cabecera,
Que quien tal cabeza trae,
Será en mi casa cabeza.

VII.—*(Anónimo.)* (23)

Cavalga Diego Lainez
Al buen rey besar la mano,
Consigo se los llevaba
Los trecientos fijosdalgo.
Entre ellos iba Rodrigo
El soberbio castellano.
Todos cabalgan en mula,
Solo Rodrigo á caballo.
Todos visten oro y seda,
Rodrigo va bien armado.
Todos espadas ceñidas,
Rodrigo estoque dorado,
Todos con sendas varicas,
Rodrigo lanza en la mano,
Todos guantes olorosos,
Rodrigo guante mallado,
Todos sombreros muy ricos,
Rodrigo casco afinado,
Y encima del casco lleva
Un bonete colorado.
Andando por su camino
Con el rey se han encontrado;
Los que vienen con el rey
Entre sí van razonando.
Unos lo dicen de quedo,
Otros lo van preguntando,
Aquí viene entre esta gente
Quien mató al conde Lozano.
Como lo oyera Rodrigo
En hito los ha mirado,
Con alta y soberbia voz
Desta manera ha fablado:
—Si hay alguno entre vosotros
Su pariente ó adeudado
Que le pese de su muerte,
Salga luego á demandallo;
Yo se lo defenderé
Quien á pie, quien á caballo.—
Todos responden á una;
—Demándetelo el diablo.—
Todos se apearon juntos
Para al rey besar la mano,
Rodrigo se quedó solo
Encima de su caballo.
Entonces fabló su padre
Bien oireis lo que ha fablado.
—Apeadvos vos, mi fijo,
Besareis al rey la mano,
Porque él es vuestro señor
Vos, fijo, sois su vasallo.—
Desque Rodrigo esto oyera
Sintióse muy agraviado;
Las palabras que responde
Son de hombre muy denodado.
—Si otro me lo dijera,
Ya me le hubiera pagado,
Mas por mandarlo vos, padre,
Yo lo faré de buen grado.—
Ya se apeaba Rodrigo
Para al rey besar la mano;
Al fincar de la rodilla
El estoque se ha arrancado.
Espantóse desto el rey
Y dijo como turbado:
—Quitáteme allá, Rodrigo,
Quitáteme allá, diablo,
Que tienes el gesto de home,
Y los fechos de leon bravo.—
Como Rodrigo esto oyó
Aprisa pide el caballo,
Con la voz muy alterada,
Contra el rey así fablando:
—Por besar mano de rey
No me tengo por honrado,
Porque la besó mi padre
Me tengo por afrentado.—

En diciendo estas palabras
Salido se ha de palacio,
Consigo se los tornaba
Los trecientos fijosdalgo.
Si bien vinieron vestidos
Volvieron mejor armados,
Y si vinieron en mulas
Todos vuelven en caballos.

VIII. — (*Anónimo.*) (24)

Grande rumor se levanta
De gritos, armas y voces
En el palacio de Búrgos
Donde son los ricoshomes.
Baja el rey de su aposento
Y con él toda la corte,
Y á las puertas de palacio
Hallan á Jimena Gomez,
Desmelenado el cabello,
Llorando á su padre el conde,
Y á Rodrigo de Vivar
Ensangrentado el estoque.
Vieron al soberbio mozo
El rostro airado que pone
De doña Jimena oyendo
Lo que dicen sus clamores.
— Justicia, buen rey, te pido
Y venganza de traidores,
Assi lo logren tus fijos
Y de sus fazañas goces,
Que aquel que no la mantiene
De rey no merece el nombre,
Nin comer pan en manteles,
Nin que le sirvan los nobles.
Mira, buen rey, que desciendo
De aquellos claros varones
Que á Pelayo defendieron
Con castellanos pendones.
Y cuando no fuera assi,
Tu brazo ha de ser conforme
Dando venganza á los chicos
Con rigor de los mayores.
Y tú, matador rabioso,
Tu espada sangrienta corre
Por esta humilde garganta
Sugeta á su duro golpe.
Mátame traidor á mí,
No por muger me perdones,
Mira que pide justicia
Contra tí Jimena Gomez.
Pues mataste un caballero
El mejor de los mejores,
La defensa de la fé,
Terror de los Almanzores,
No es mucho, rapaz villano,
Que te afrente y te deshonre
La muerte, traidor, te pido,
No me la niegues ni estorbes. —
En esto, viendo Jimena
Que Rodrigo no responde,
Y que tomando las riendas
En su caballo se pone,
El rostro volviendo á todos,
Por obligallos da voces,
Y viendo que no la siguen,
Dice: — Venganza, señores. —

IX. — (*Anónimo.*)

Dia era de los reyes,
Dia esa señalado,
Cuando dueñas y doncellas
Al rey piden aguinaldo,
Si no es Jimena Gomez,
Hija del conde Lozano,
Que puesta delante el rey
Desta manera ha hablado:
— Con mancilla vivo, rey,
Con ella vive mi madre;
Cada dia que amanece
Veo quien mató á mi padre
Caballero en un caballo
Y en su mano un gavilane;
Otras veces un halcon
Que trae para cazare,
Y por me hacer mas enojo
Cebalo en mi palomare:
Con sangre de mis palomas
Ensangrentó mi briale.
Enviéselo á decir,
Envióme á menazare
Que me cortará mis haldas
Por vergonzoso lugare,
Me forzará mis doncellas
Casadas y por casare;
Matárame un pagecico
So haldas de mi brialc.
Rey que no hace justicia
No debia de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni espuela de oro calzare,
Ni comer pan en manteles,
Ni con la reina holgare,
Ni oir misa en sagrado,
Porque no merece mase. —
El rey de que aquesto oyera
Comenzára de hablare:
— ¡Oh válame Dios del cielo!
Quiérame Dios consejare:
Si yo prendo ó mato al Cid,
Mis córtes se volverane;
Y si no hago justicia
Mi alma lo pagarae.
— Ten tú las tus córtes, rey,
No te las revuelva nadie,

Y al que á mi padre mató
Dámelo tú por iguale,
Que quien tanto mal me hizo
Sé que algun bien me hará.
Entonces dijera el rey,
Bien oireis lo que dirá:
—Siempre lo oí decir,
Y agora vee que es verdade,
Que el seso de las mugeres
Que non era naturale:
Hasta aquí pidió justicia,
Ya quiere con él casare:
Yo lo haré de muy buen grado
De muy buena voluntade.
Mandarle quiero una carta,
Mandarle quiero llamare.—
Las palabras no son dichas,
La carta camino vae,
Mensagero que la lleva
Dado la habia á su padre.
—Malas mañas habeis, conde,
No os las puedo yo quitare,
Que cartas que el rey os manda
No me las querais mostrare.
—No era nada, mi fijo,
Sino que vades allae,
Quedaos vos aquí, mio hijo,
Yo iré en vuestro lugare.
—Nunca Dios tal cosa quiera
Ni santa Maria lo mande,
Sino que adonde vos fuéredes
Que allá vaya yo adelante.

X. — (*Anónimo.*)

En Búrgos está el buen rey
Asentado á su yantare,
Cuando la Jimena Gomez
Se le vino á querellare.
Cubierta toda de luto,
Tocas de negro cendale,
Las rodillas por el suelo
Comenzára de fablare:
—Con mancilla vivo, rey,
Con ella murió mi madre,
Cada dia que amanece
Veo al que mató á mi padre
Caballero en un caballo
Y en su mano un gavilano
Por facerme mas despecho
Cébalo en mi palomare,
Mátame mis palomillas
Criadas y por criare,
La sangre que sale dellas
Teñido me ha mi briale:
Enviéselo á decire,
Enviómel á enseñare,
Rey que non face justicia
Non debiera de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni con la reina fablare,
Ni comer pan á manteles,
Ni menos armas armare.—
El rey cuando aquesto oyera
Comenzára de pensare;
—Si yo prendo ó mato al Cid
Mis córtes revolveránse;
Pues si lo dejo de hacer
Dios me lo ha de demandare.
Mandarle quiero una carta,
Mandarle quiero á llamare.—
Las palabras no son dichas,
La carta camino vae,
Mensagero que la lleva
Dado la habia á su padre.
Cuando el Cid aquesto supo
Así comenzó á fablare:
—Malas mañas habeis, conde
Non vos las puedo quitare,
Que cárta que el rey vos manda
No me la quereis mostrare.
—Non era nada, mi fijo,
Sinon que vades allae,
Fincad vos acá, mi fijo,
Que yo iré en vuestro lugare.
—Nunca Dios lo tal quisiese
Ni santa Maria su madre,
Sino que donde vos fuéredes
Tengo yo de ir adelante.

XI. — (*Anónimo.*) (25)

Sentado está el Señor rey
En su silla de espaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias jugando.
Dadivoso y justiciero,
Premia al bueno y pena al malo,
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entraron treinta fidalgos,
Escuderos de Jimena
Fija del conde Lozano.
Despachados los maceros
Quedó suspenso el palacio,
Y así comenzó sus quejas,
Humilladas en los estrados:
—Señor, hoy hace seis meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho, que las tuyas
Para matador criaron.
Cuatro veces he venido
A tus pies, y todas cuatro
Alcancé prometimientos,
Justicia jamás alcanzo.

Don Rodrigo de Vivar,
Rapaz orgulloso y vano,
Profana tus justas leyes
Y tu amparás un profano:
Tu le celas, tu le encubres,
Y despues de puesto en salvo
Castigas á tus merinos
Porque no puedan prendallo.
Si de Dios los buenos reyes
La semejanza y el cargo
Representan en la tierra
Con los humildes humanos,
Non debiera de ser rey
Bien temido y bien amado
Quien fallece en la justicia
Y esfuerza los desacatos.
Mal lo miras, mal lo piensas,
Perdona si mal te fablo,
Que la injuria en la muger
Vuelve el respeto en agravio.
—No haya mas, gentil doncella,
Respondió el primer Fernando,
Que ablandaran vuesas quejas
Un pecho de acero y mármol.
Si yo guardo á don Rodrigo,
Para vueso bien le guardo,
Tiempo vendrá que por él
Convertais en goto el llanto.—
En esto llegó á la sala
De doña Urraca un recado;
Asióla del brazo el rey,
Donde está la infanta entraron.

XII.—(*Anónimo.*)

Reyes moros en Castilla
Entran con grande alarido;
De moros son cinco reyes,
Lo demas mucho gentío.
Pasaron por junto á Búrgos,
A Montes Doca han corrido,
Y corriendo á Belforado,
Tambien á Santo Domingo,
A Nájera y á Logroño,
Todo lo habian destruido.
Llevan presa de ganados,
Muchos cristianos cautivos,
Hombres muchos y mugeres,
Y tambien niñas y niños.
Ya se vuelven á sus tierras
Bien andantes y muy ricos,
Porque el rey, ni otro ninguno,
A quitárselo han salido.
Rodrigo cuando lo supo
En Vivar el su castillo
(Mozo es de pocos dias,
Los veinte años no ha cumplido),
Cabalga sobre Babieca,
Y con él los sus amigos,
Apellidára á la tierra.
Mucha gente le ha venido.
Gran salto diera en dos moros:
En Montes Doca el castillo
Venciera todos los moros,
Y prendió los reyes cinco.
Quitárales la gran presa
Y gentes que iban cautivos,
Repartiera las ganancias
Con los que le habian seguido,
Los reyes trajera presos
A Vivar, el su castillo;
Entrególos á su madre;
Ella los ha recibido,
Soltólos de la prision,
Vasallage han conocido,
Y á Rodrigo de Vivar
Todos lo han bendecido.
Loaban su valentía,
Sus parias le han prometido,
Fuéronse para sus tierras
Cumpliendo lo que habian dicho.

XIII.—(*Sepúlveda.*)

De Rodrigo de Vivar
Muy grande fama corria,
Cinco reyes ha vencido,
Moros de la morería.
Soltólos de la prision
Do metidos los tenia,
Quedaron por sus vasallos,
Sus parias le prometian.
En Búrgos estaba el rey,
Que Fernando se decia;
Aquesa Jimena Gomez
Ante el buen rey parecia:
Humilládose habia ant'él,
Y su razon proponia:
—Fija soy yo de don Gomez,
Que en Gormaz condado habia,
Don Rodrigo de Vivar
Le mató con valentía;
La menor soy yo de tres
Hijas que el conde tenia,
Y vengo á os pedir merced
Que me hagais en este dia,
Y es que aquesa don Rodrigo
Por marido yo os pedia.
Ternéme por bien casada,
Honrada me contaria,
Que soy cierta que su hacienda
Ha de ir en mejoría,
Y él mayor en el estado
Que en la vuestra tierra habia.
Hareisme así gran merced,
Hacer á vos bien vernia,

Porqu'es servicio de Dios,
Y yo le perdonaria
La muerte que dió á mi padre,
Si él aquesto concedia. —
El rey hobo por muy bien
Lo que Jimena pedia,
Escrebiérale sus cartas,
Que viniese, le decia,
A Plasencia donde estaba,
Qu'es cosa que le cumplia.
Rodrigo, que vió las cartas
Que el rey Fernando le envia,
Cabalgó sobre Babieca,
Muchos en su compañía:
Todos eran hijosdalgo
Los que Rodrigo traia,
Armas nuevas traian todos,
De una color se vestian,
Amigos son y parientes,
Todos á él lo seguian.
Trecientos eran aquellos
Que con Rodrigo venian.
El rey salió á recibirlo,
Que muy mucho lo queria:
Díjole el rey: — Don Rodrigo,
Agradécecos la venida,
Que aquesa Jimena Gomez
Por marido á vos pedia,
Y la muerte del su padre
Perdonada os la tenia:
Yo vos ruego que lo hagais,
Dello gran placer habria,
Hacervos he gran merced,
Muchas tierras os daria.
— Pláceme, rey, mi señor,
Don Rodrigo respondia,
En esto y en todo aquello
Que tu voluntad seria. —
El rey se lo agradeció;
Desposados los habia
El obispo de Palencia,
Y el rey dádole habia
A Rodrigo de Vivar
Mucho mas que antes tenia,
Y amóle en su corazon,
Que todo lo merecia.
Despidiérase del rey,
Para Vivar se volvia,
Consigo lleva su esposa,
Su madre la recebia:
Rodrigo se la encomienda
Como á su persona misma;
Prometió como quien era
Que á ella no llegaria
Hasta que las cinco huestes
De los moros no vencia.

XIV.—(*Anónimo.*)

A Jimena y á Rodrigo
Prendió él rey palabra y mano
De juntarlos para en uno
En presencia de Lain Calvo.
Las enemistades viejas
Con amor las olvidaron,
Que donde preside amor,
Se olvidan muchos agravios.
El rey dió al Cid á Valduerna,
A Saldaña y Belforado,
Y á San Pedro de Cardeña,
Que en su hacienda vincularon.
Entróse á vestir de boda
Rodrigo con sus hermanos;
Quitóse gola y arnes
Resplandeciente y grabado,
Púsose un medio botarga
Con unos vivos morados,
Calzas, valona tudesca
De aquellos siglos dorados,
Eran de grana de polvo
Y de vaca los zapatos,
Con dos hebillas por cintas
Que le apretaban los lados;
Camison redondo y justo
Sin filetes ni recamos
(Que entonces el almidon
Era pan para muchachos),
Con jubon de raso negro,
Ancho de manga, estofado,
Que en tres ó cuatro batallas
Su padre lo habia sudado.
Una acuchillada cuera
Se puso encima del raso,
En remembranza y memoria
De las muchas que habia dado;
Una gorra de contray
Con una pluma de gallo,
Llevaba puesto un tudesco
En felpa todo aforrado.
La Tizona rabiticsa
Del mundo terror y espanto,
En tiros nueves traia
Que costaron cuatro cuartos.
Mas galan que Gerineldos
Baja el Cid famoso al patio,
Donde rey, obispo y grandes
En pié estaban aguardando.
Tras esto bajó Jimena
Tocada en toca de papes,
Y no con estas quimeras
Que agora llamaa hurracos.
De paño de Lóndres fino
Era el vestido bordado,
Unas garnachas muy justas

Con un chapin colorado,
Un collar de ocho patenas
Con un san Miguel colgando,
Que apreciaron una villa
Solamente de las manos.
Llegaron juntos los novios,
Y al dar la mano y abrazo,
El Cid mirando la novia
Le dijo todo turbado:
—Maté á tu padre, Jimena,
Pero no á desaguisado,
Matéle de hombre á hombre
Para vengar cierto agravio.
Maté hombre, y hombre doy,
Aquí estoy á tu mandado,
Y en lugar del muerto padre
Cobraste marido honrado.—
A todos pareció bien,
Su discrecion alabaron,
Y así se hicieron las bodas
De Rodrigo el castellano.

XV.—(*Anónimo.*)

A su palacio de Búrgos,
Como buen padrino honrado,
Llevaba el rey á yantar
A sus nobles afijados.
Salen juntos de la iglesia
El Cid, el obispo y Lain Calvo,
Con el gentío del pueblo
Que les iba acompañando.
Por la calle adonde van
A costa del rey gastaron
En un arco muy polido
Mas de treinta y cuatro cuartos.
En las ventanas alfombras,
En el suelo juncia y ramos,
Y de trecho á trecho habia
Mil trobas al desposado.
Salió Pelayo hecho toro
Con un paño colorado
Y otros que le van siguiendo,
Y una danza de lacayos.
Tambien Antolin salió
A la gineta en un asno,
Y Pelaez con vejigas
Fuyendo de los mochachos.
Diez y seis maravedís
Mandó el rey dar á un lacayo
Porque espantaba á las fembras
Con un vestido de diablo.
Mas atras viene Jimena
Trabándola el rey la mano,
Con la reina su madrina,
Y con la gente de manto.
Por las rejas y ventanas
Arrojaban trigo tanto,
Que el rey llevaba en la gorra,
Como era ancha, un gran puñado,
Y á la homildosa Jimena
Se le metian mil granos,
Por la marquesota, al cuello,
Y el rey se los va sacando.
Envidioso dijo Suero,
Que lo oyera el rey, en alto:
—Aunque es de estimar ser rey,
Estimára mas ser mano.—
Mandóle por el requiebro
El rey un rico penacho,
Y á Jimena le rogó
Que en casa le dé un abrazo.
Fablándola iba el rey,
Mas siempre la fabla en vano,
Que non dirá discrecion
Como la que faz callando.
Llegó á la puerta el gentío
Y partiéndose á dos lados,
Quedóse el rey á comer
Y los que eran convidados.

XVI.—(*Anónimo.*)

Domingo por la mañana
Cuando el claro sol salió
Mas alegre que otras veces
Por gozar de la ocasion,
Don Rodrigo de Vivar,
El que la palabra dió
De casarse con Jimena,
Ese dia la cumplió:
Y para ir á la iglesia
A tomar la bendicion,
Por mostrar lo que valía
¡Oh qué galan que salió!
Que de raso columbino
Llevaba un rico jubon,
Calza colorada y justa,
Porque su gusto ajustó,
Bohemio de paño negro,
De raso la guarnicion,
La manga larga y angosta
Con capilla de buitron,
Jaqueta lleva de raja
Y en ella mucho brahon,
Y las faldetas tan cortas
Que se parece el jubon:
Lleva un cinto tachonado,
De plata los cabos son,
Pendiente lleva del cinto
Un doblado mocador:
Zapatos lleva de seda
De un amarillo color,
Abiertos y acuchillados,
Porque era acuchillador:
Un collar de piedras y oro

Que al muerto suegro sirvió,
La gorra lleva con plumas,
Y un labrado camison,
Y la tizonada espada
(A quien él mucho estimó)
De terciopelo morado
Los tiros y vaina son.
Todos los grandes le aguardan
Cuantos en la corte son:
Sale el Cid, y hácenle campo,
Porque era Cid Campeador.
El rey le lleva á su lado,
Que en hacerlo adivinó
Que de otros muy muchos reyes
Rodrigo le hará señor.
Todos le llevan en medio
En órden y procesion,
Y para ir á la iglesia
Todos se mueven á un son.

XVII.—*(Sepúlveda.)*(26)

Ya se parte don Rodrigo
Que de Vivar se apellida
Para visitar Santiago,
Adonde va en romería.
Despidióse de Fernando,
Aquese rey de Castilla,
Que le dió muhos haberes,
Sin dones que dado habia.
Veinte vasallos consigo
Llevaba en su compañía,
Mucho bien y gran limosna
Hacia por donde iba,
Daba á comer á los pobres,
Y á los que pobreza habian.
Siguiendo por su camino
Muy grande llanto oia,
Que en medio de un trenzedal
Un gafo triste plañia,
Dando voces que lo saquen
Por Dios y santa María.
Rodrigo cuando lo oye
Para el gafo se venia,
Descendiera de la bestia,
En tierra se descendia:
En la silla lo subió,
Delante sí lo ponia;
Llegaron á la posada
Do albergaron aquel dia.
Sentados son á cenar,
Comian á una escudilla.
Gran enojo habian los suyos
De aquesto que el Cid hacia,
No quieren estar presentes,
A otra posada se iban.
Hicieron al Cid y al gafo
Una cama en que dormian
Ambos, cuando á media noche,
Ya que Rodrigo dormia,
Un soplo por las espaldas
El gafo dado le habia,
Tan recio fué que á los pechos
A don Rodrigo salia.
Despertó muy espantado,
Al gafo buscado habia:
No lo hallaba en la su cama,
A voces lumbre pedia:
Traídole habian la lumbre,
El gafo no parecia;
Tornado se habia á la cama,
Gran cuidado en sí tenia
De lo que le aconteciera,
Mas vió un hombre que á él venia
Vestido de paños blancos,
Y que aquesto le decia:
—¿Duermes ó velas, Rodrigo?
—No duermo, le respondia,
Pero dime quien tú eres
Que tanto resplandecias.
—San Lázaro soy, Rodrigo,
Yo, que á te hablar venia;
Yo soy el gafo á que tú
Por Dios tanto bien hacias.
Rodrigo, Dios bien te quiere,
Otorgado te tenia
Que lo que tú comenzares
En lides, ó en otra guisa,
Lo cumplirás á tu honra
Y crecerá cada dia.
De todos serás temido,
De cristianos y morisma,
Y que los tus enemigos
Empecerte no podrian;
Morirás, tú, muerte honrada,
No tu persona vencida,
Tú serás el vencedor,
Dios su bendicion te envia.—
En diciendo estas palabras
Luego se desparecia.
Levantóse don Rodrigo
Y de hinojos se ponia,
Dió gracias á Dios del cielo,
Tambien á santa María;
Ansí estuvo en oracion
Hasta que fuera de dia.
Partiérase á Santiago,
Su romería cumplia;
De allí se fué á Calahorra,
Adonde el buen rey yacia.
Muy bien lo habia recebido,
Holgóse con su venida,
Lidió con Martin Gonzalez
Y en el campo lo vencia.

XVIII. — *(Sepúlveda.)*

Sobre Calahorra esa villa
Contienda se ha levantado
Entre el buen rey de Leon,
Llamado el primer Fernando,
Y Ramiro de Aragon
Cuyo reino es el nombrado,
Que ambos los reyes dicen
Que es villa de su reinado.
Por quitar muertes y guerras
Los reyes han acordado
Que lidien dos caballeros,
Cada uno de su bando,
Y el que de aquestos venciese
Que su rey la haya á su mando.
Fernando nombró á Rodrigo
De Vivar el muy nombrado,
Ramiro á Martin Gonzalez,
Muy valiente y esforzado.
Armados ambos que son
En el campo son entrados.
En haciendo la señal
Muy recio se han encontrado;
Quebraron ambos las lanzas,
Quedaron muy lastimados,
Mal feridos de los fierros,
De los encuentros pasados.
Martin le dijo á Rodrigo,
De esta suerte le habia hablado:
—Mucho, Rodrigo, vos pese
De haber sido tan osado
De entrar conmigo en batalla
De do saldreis mal pagado:
Que aquesa vuesa cabeza
Aquí quedará en el campo:
Non volvereis á Castilla
Ni á Vivar el vuestro estado,
Ni Jimena vuestra esposa
Jamas vos verá á su lado,
Aunque dicen que la amais
Y que della sois amado. —
De las palabras que ha dicho
Mucho á Rodrigo ha pesado,
Y con saña muy crecida
Ansí le habia hablado:
— Sois, Martin, buen caballero,
Notad lo por vos hablado,
Aquesas vuestras palabras
No son de homre esforzado,
Que aquesta lid comenzada
Por manos se habrá librado,
Non por razones livianas
De que sois tan abastado.
En la mano de Dios es
Lo que habeis vos razonado,
Y él dará la honra á quien
Viere que es bien empleado. —
Dijo, y con crecido enojo
Para él se fué denodado,
Muchas heridas le dió,
En tierra lo ha derribado:
Don Rodrigo se apeó,
La cabeza le ha cortado,
Y la sangre de su espada
Luego la habia limpiado.
Las rodillas por el suelo,
Las manos puestas en alto:
Muchas gracias daba á Dios
Que tal victoria le ha dado,
Y díjoles á los jueces,
Esto les ha preguntado:
— ¿Queda aquí mas por hacer
Para que sea del reinado
De mi señor Calahorra
Sobre que se ha batallado? —
Respondieron todos juntos;
— No, caballero esforzado,
Que en la batalla pasada
El derecho le es quitado
A Ramiro, aquese rey
Que decia ser de su estado. —
Fernando abrazó á Rodrigo,
Tiénenlo por estimado,
Del rey era muy querido,
De todo el mundo loado.

XIX. — *(Anónimo.)*

Alarma, al arma sonaban
Los pífaros y atambores;
Guerra, fuego, sangre dicen
Sus espantosos clamores.
El Cid apresta su gente,
Todos se ponen en órden,
Cuando llorosa y humilde
Le dice Jimena Gomez:
Rey de mi alma, y desta tierra conde,
¿Porqué me dejas? dónde vas? adónde?
Que si eres Marte en la guerra,
Eres Apolo en la corte,
Donde matas bellas damas
Como allá moros feroces.
Ante tus ojos se postran
Y de rodillas se ponen
Los reyes moros, las hijas
De reyes cristianos nobles:
Rey de mi alma, etc.
Ya truecan todos las galas
Por lucidos morriones,
Por arneses de Milan
Los blandos paños de Lóndres:
Las calzas por duras grebas,
Por mallas guantes de flores;
Mas nosotros trocaremos

Las almas y ebrazones.
Rey de mi alma, etc.
Viendo las duras querellas
De su querida consorte,
No puede sufrir el Cid
Que no la consuele y llore.
— Enjugad, señora, dice,
Los ojos hasta que torne. —
Ella mirando los suyos
Su pena publica á voces:
Rey de mi alma, y desta tierra conde,
¿Porque me dejas? dónde vas? adónde?

XX. — *(Sepúlveda.)*

Muy grandes huestes de moros
A Estremadura corrian,
Captivan muchos cristianos,
Acorro ninguno habian.
A Rodrigo de Vivar
Los acorra le pedian,
Don Rodrigo como bueno
Sus gentes luego apellida.
Amigos son y parientes
Todos los que le venian;
En busca va de los moros,
La su seña va tendida.
Él iba por capitan,
Sobre sí buena loriga,
Cabalga sobre Babieca,
Placer es de ver cual iba.
Animando va á los suyos:
— Nadie muestre cobardía,
Pues que todos sois hidalgos
De los buenos de Castilla,
Muramos como valientes,
Aquí es bien perder la vida. —
Entre Atienza y San Esteban
Que de Gormáz se decia,
Alcanzado habian los moros,
Lid campal habian ferida.
Don Rodrigo los venció,
Libra la gente captiva,
Quitábales los ganados,
Siete leguas los seguia:
Tantos mató de los moros
Que contarse no podian;
Tran haber ganára dellos,
Captivos en demasía,
Doscientos son los caballos
Que á don Rodrigo cabian,
Cien mil marcos el despojo;
Él todo lo repartia
Entre toda la su gente
Comunmente, sin cobdicia:
A Vivar se habia tornado
Con gran honra que adquiria:
De todos es muy loado
Y del rey á maravilla.

XXI. — *(Anónimo.)*

La noble Jimena Gomez,
Hija del conde Lozano,
Con el Cid, marido suyo,
Sobremesa estaba hablando.
Triste, quejosa y corrida
En ver que el Cid haya dado
En despreciar su compaña
Por preciarse de soldado.
Sospechaba que el enojo
Del muerto conde Lozano
Vengaba de nuevo en ella,
Aunque estaba bien vengado;
Y con este sentimiento,
Tiernamente suspirando,
Con lágrimas amorosas
Así le dijo llorando:

— ¡Desdichada la dama cortesana
Que casa lo mejor que casar puede,
Y dichosa en estremo la aldeana,
Pues no hay quien de su bien la desherede!
Pues si amanece sola á la mañana,
No hay sueño por la tarde que la vede
De anochecer al lado de su cuyo,
Segura de la ausencia y daño suyo.
No la despiertan sueños de pelea
Sino el sediento hijuelo por el pecho;
Con dársele y mecerle se recrea,
Dejándole dormido y satisfecho.
Piensa que todo el mundo está en su aldea,
Y debajo un pajizo y pobre techo
De dorados palacios no se cura,
Que no consiste en oro la ventura
Viene el disanto, múdase camisa,
Y la saya de boda alegremente,
Corales y patena por divisa
De gozo y libertad que el alma siente:
Vase al solaz, y en él con gozo y risa
A la vecina encuentra ó al pariente,
De cuyas rudas pláticas se goza
Y en años de vejez la juzgan moza. —

No quiso el Cid que Jimena
Se le aqueje y duela tanto,
Y en la cruz de su Tizona,
Espada que ciñe al lado,
Le jura de no volver
Mas al fronterizo campo,
Y vivir gozando della
Y de su noble condado.

XXII. — *(Anónimo.)*

Espántame, mi Rodrigo,

Que teniendo ya esperiencia
De la fe que hay en mi alma,
Si es fe la que amor gobierna,
Que así de mí os ausenteis,
Pues sa sabe que esa ausencia
Suele mudar á las veces
Una arraigada firmeza.
Yo no sé que desengaño
Aquestas cosas os muestra,
O porqué ansí me tratais,
Si no es que quereis que muera,
Pues que con larga ausencia
A Jimena quitais vida y paciencia.
Fiaiso en que os adoro,
Y no mirais la inclemencia
Del tiempo, que como tiempo
Cualquier tiempo atras se deja.
No os amenaso, Rodrigo,
Que no es tal vuestra Jimena
Que os fará desaguisado,
Aunque zelos la hagan guerra.
Por dicha, ¿qué veis en mí
Que á dejarme ansí os convenza?
Direis que os falló el querer
Porque os sobró mi firmeza,
Pues que con larga ausencia
A Jimena quitais vida y paciencia.
¡Ay pechos de hombres ingratos!
Si las fembras conocieran
Vuestra tan cierta mudanza,
¡Cómo ninguna os creyera!
¿Dó están, Rodrigo, los lloros,
Las palabras halagüeñas,
Los falsos ofrecimientos
Llenos de falsas promesas?
Todo el tiempo lo ha mudado,
De todo solo me queda
Para mi triste consuelo
Tierno lloro y tierna queja,
Pues con tan larga ausencia
A Jimena quitais vida y paciencia.

XXIII. — *(Anónimo.)*

Cercada tiene á Coimbra
Aquese buen rey Fernando,
Siete años duró el cerco
Que jamás lo hubo quitado,
Porque el lugar es muy fuerte,
De muros bien terrado,
No hay vianda en el real,
Que todo lo habian gastado.
Ya quieren alzar el cerco,
Al rey monges han llegado
De aquese gran monasterio
Que nombrado era Lorvano,
Que con trabajo crecido
Habian mucho trigo alzado,
Mucho mijo y aun legumbres,
Y al rey todo se lo han dado,
Rogándole no alce el cerco,
Que darian vianda abasto.
El rey se lo agradeció,
Tomó lo que le fué dado,
Partiólo por sus compañas,
Viandas les han abondado:
Quebrantaron muchos muros,
Los moros se han amistado.
Dádose habian al rey
La villa y todo su algo,
Solo fincan con las vidas
Que el rey se las ha otorgado.
En tanto que dura el cerco
Un romero habia llegado
Que viene de allá de Grecia
Al apóstol Santiago.
Astiano habia por nombre,
Obispo es intitulado.
Faciendo estaba oracion
Ante el apóstol muy santo.
Astianos oyó decir
Que el apóstol Santiago
Entraba en las grandes lides
Armado y en un caballo
A pelear con los moros
En favor de los cristianos.
El obispo que lo oyó
Muy mucho le habia pesado:
— Non le digais caballero,
Pescador era llamado. —
Y con esta gran porfía
Dormido se habia quedado.
Santiago se le aparece
Con llaves en la su mano,
Y con muy alegre rostro
Dijo: — Tú faces escarnio
Por llamarme caballero,
Y en ello tanto has cuidado,
Vengo yo ahora á mostrarte,
Porque no dudes en vano.
Caballero soy de Cristo,
Ayudador de cristianos
Contra el poder de los moros,
Y dellos soy abogado. —
Estando en estas razones
Traido le fué un caballo,
Blanco era y muy hermoso,
Santiago le ha cabalgado
Guarnido de todas armas,
Limpias, blancas, relumbrando,
Y á guisa de caballero
A ayudar va al rey Fernando,
Que yace sobre Coimbra
Habia ya siete años.
— Y con estas llaves mismas,
Dijo, que llevo en mis manos,

Abriría yo el lugar;
Mañana el dia llegado
Daréselo yo al rey
Que lo ha tenido cercado,
Y en aquesta propia hora
Al rey lo habia entregado
Nombróse Santa María
La mezquita que halló
Consagrándola en su nombre
Y en ella se habia armado
Caballero don Rodrigo
De Vivar el afamado
El rey le ciñó la espada
Paz en la boca le ha dada,
No le diera pescozada
Como á otros habia dado,
Y por hacerle mas honra
La reina le dió el caballo
Y doña Urraca la infanta
Las espuelas le ha calzado:
Novecientos caballeros
Don Rodrigo habia armado,
Mucha honra le hace el rey
Y mucho fuera loado
Porque fuera muy valiente
En ganar lo que es conquistado,
Y en otros muchos lugares
Que á su rey ha conquistado.

XXIV.—*(Anónimo.)* (27)

En Zamora está Rodrigo
En corte del rey Fernando;
Padre del rey sin ventura
A quien llamaron don Sancho
Cuando llegan mensageros
De los reyes tributarios
A Rodrigo de Vivar,
Al cual dicen humillados:
—Buen Cid, á ti nos envian
Cinco reyes cual vasallos,
A te pagar el tributo
Que quedaron obligados,
Y por señal de amistad
Te envian mas, cien caballos,
Veinte blancos como armiños
Y veinte ruecios rodados,
Treinta te envian morcillos,
Y otros tantos alazanos,
Con todos sus guarnimientos
De diferentes bordados;
Y á mas á doña Jimena
Muchas joyas y tocados,
Y á vuestras dos fijas bellas
Dos jacintos muy preciados,
Dos cofres de muchas sedas
Para vestir tus hidalgos.—
El Cid les dijera:—Amigos!
El mensage habeis errado,
Porque yo no soy señor
Adonde está el rey Fernando
Todo es suyo, nada es mio,
Yo soy su menor vasallo.—
El rey agradeció mucho
La humildad del Cid honrado,
Y dijo á los mensageros:
—Decidles á vuestros amos
Que aunque no es rey su señor
Con un rey está sentado,
Y que cuando yo pueda
El Cid me lo ha conquistado,
Y que yo estoy muy contento
En tener tan buen vasallo.—
El Cid despidió á los moros
Con dones que les ha dado
Siendo dende allí adelante
El Cid Ruiz Diaz llamado,
Apellido, entre los moros,
De hombre de valor y estado.

XXV.—*(Anónimo.)*

La silla del buen sant Pedro
Victor papa la tenia,
Y el emperador Enrique
Ante él se humilló y decia;
—Ante vos, el padre santo,
Mi querella propondria
Contra aquese rey Fernando
Que á Castilla y Leon tenia,
Porque todos los cristianos
Por señor me obedecian,
Solo él no me conoce
Ni mi tributo me envia:
Constreñidle, santo padre,
Que me obedezca este dia.—
El papa envió su mandado
En que pedido le habia
Que le fuese tributario
So pena que enviaria
Y daria su cruzada
Porque no le obedecia.
Muchos reyes que allí estaban
Que en concilio presidian
Retaban al rey Fernando
Si esto cumplir no queria.
El rey cuando vió las cartas
Pena recibido habia,
Porque si esto va adelante
A sus reinos mal vendria
A los sus honrados homes
Su consejo les pedia,
Ellos al rey aconsejan
Faga lo que le pedian,
Porque de ser obediente
Al papa á él convenia,

Y si facerlo no quiere
A sus reinos mal vendria,
Porque vendrán contra él
Reyes que lo desafian.
No estuvo en este consejo
El buen Cid, que ido se habia
A ver á Jimena Gomez,
Su esposa que bien queria,
Y habia muy poco tiempo
Que el buen Cid la conocia.
Estando hablando en esto
Don Rodrigo entrado habia,
El rey cuando vido al Cid
Lo que ha pasado decia,
Y rogólo le aconseje
Lo que sobre eso haria.
El Cid cuando tal oyó
El corazon le dolia;
Fabló su razon al rey,
Desta manera decia:
—Rey Fernando, vos nacisteis
En Castilla en fuerte dia,
Si en vuestro tiempo ha de ser
A tributos sometida,
Lo cual nunca fué hasta aquí,
Gran deshonra nos seria:
Cuanta honra Dios nos dió
Si tal faceis es perdida.
Quien esto vos aconseja
Vuestra honra no queria,
Ni de vuestro señorío
Que á vos, rey, obedecia.
Enviad vuestro mensage
Al papa y á su valía,
Y á todos desafiad
De vuesa parte y la mia.
Pues Castilla se ganó
Por los reyes que ende habia,
Ninguno les ayudó
De moros á la conquista.
Mucha sangre les costó,
La vida me costaria
Antes que pagar tributo,
Pues á nadie se debia.—
El rey lo tuvo por bien
Lo que el buen Cid le decia:
Al papa envió el mensage,
Y por merced le pedia
No ayude tal sinrazon
Sobre lo que no la habia;
Y al emperador Enrique
Y á aquellos que lo seguian,
A todos desafiaba,
Y que buscarlos queria.
Ocho mil y novecientos
Caballeros ya venian,
Parte de ellos son del rey,
Y otros que el buen Cid tenia:
Por capitan general
A don Rodrigo tenian.
Pasaron los puertos de Aspa,
Y al encuentro les salia
Ramon, conde de Saboya,
Con muy gran caballería.
Con el Cid hubo batalla,
La lid fué mucho ferida,
Mas Rodrigo venció al conde
Y en la prision lo ponia.
Soltólo con las rehenes
De una hija que tenia,
En ella hubo el buen rey
Un fijo que se decia
Don Fernando, cardenal
De ese reyno de Castilla.
Tambien don Rodrigo Diaz
Otra batalla vencia
Del mayor poder de Francia
Que al encuentro le salia,
Sin que el rey se hallase en ella,
Que atrás quedádose habia.
Los reyes, y emperadores
Con toda la su valía
Cuando vieron el estrago
Que el buen Cid faciendo iba,
Por merced pidea al papa
Que al rey Fernando le escriba
Que á Castilla se volviese,
Que tributo no querian,
Que contra el poder del Cid
Ninguno se ampararia.
El rey cuando vió el mensage
A su tierra se volvia,
Túvose por muy contento,
Y al Cid se lo agradecia.

XXVI. — *(Anónimo.)* (28)

A concilio dentro en Roma
El padre santo ha llamado,
Por obedecer al papa
Este noble rey Fernando
Para Roma fué derecho
Con el Cid acompañado.
Por sus jornadas contadas
En Roma se han apeado;
El rey con gran cortesía
Al papa besó la mano,
Y el Cid y sus caballeros
Cada cual de grado en grado.
En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo habia entrado,
Do vido las siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del rey de Francia
Junto á la del padre santo,
Y la del rey su señor

Un estado mas abajo.
Fuése á la del rey de Francia,
Con el pié la ha derribado,
La silla era de marfil,
Hecho la ha cuatro pedazos,
Y tomó la de su rey.
Y subióla en lo mas alto.
Habló allí un honrado duque
Que dicen el saboyano:
— Maldito seas, Rodrigo,
Del papa descomulgado,
Porque deshonraste un rey
El mejor y mas preciado. —
Oyendo el Cid sus razones
Desta manera ha fablado:
— Dejemos los reyes, duque,
Y si os sentís agraviado,
Hayámoslo entre los dos,
De mí á vos sea demandado. —
Allegóse cabe el duque,
Un gran rempujon le ha dado.
El duque sin responder
Se quedó muy mesurado.
El papa cuando lo supo
Al Cid ha descomulgado;
Sabiéndolo el de Vivar,
Ante el papa se ha postrado.
— Absolvedme, dijo, papa,
Sino seráes mal contado. —
El papa, padre piadoso,
Respondió muy mesurado:
— Yo te absuelvo, don Ruy Diaz,
Yo te absuelvo de buen grado,
Con que seas en mi corte
Muy cortés y mesurado.

XXVII. — (*Anónimo.*)

En los solares de Búrgos
A su Rodrigo aguardando
Tan en cinta está Jimena,
Que muy cedo aguarda el parto.
Cuando ademas dolorida,
Una mañana en disanto,
Bañada en lágrimas tiernas
Tomó la pluma en la mano,
Y despues de haberle escrito
Mil quejas á su velado,
Bastantes á domeñar
Unas entrañas de mármol,
De nuevo tomó la pluma
Y de nuevo tornó al llanto,
Y desta guisa le escribe
Al noble rey don Fernando.
« A vos, mi señor el rey,
« El bueno, el aventurado,
« El magno, el conquerídor,
« El agradecido, el sabio,
« La vuesa sierva Jimena,
« Fija del conde Lozano,
« A quien vos marido disteis
« Bien así como burlando,
« Desde Búrgos os saluda,
« Donde vive lacerando:
« Las vuesas andanzas buenas
« Llévevoslas Dios al cabo.
« Perdonadme, mi señor,
« Si no os fablo muy en salvo,
« Que si mal talante os tengo
« Non puedo disimulallo.
« ¿Qué ley de Dios vos enseña
« Que podais por tiempo tanto,
« Cuando afincais en las lides,
« Descasar á los casados?
« ¿Que buena razon consiente
« Que á un garzon bien domeñado,
« Falagueño y humildoso,
« Le mostreis á ser leon bravo,
« Y que de noche y de dia
« Le traigais atraillado
« Sin soltalle para mí
« Sino una vez en el año?
« Y esa que me le soltais,
« Fasta los piés del caballo
« Tan teñido en sangre viene
« Que pone pavor mirallo;
« Y cuando mis brazos toca,
« Luego se duerme en mis brazos,
« En sueños gime y forceja,
« Que cuida que está lidiando.
« Apenas el alba rompe
« Cuando lo están acuciando
« Las esculcas y adalides
« Para que se vuelva al campo.
« Llorando vos lo pedí,
« Y en mi soledad cuidando,
« De consor padre y marido;
« Ni uno tengo, ni otro alcanzo;
« Que como otro bien no tengo
« Y me lo habedes quitado,
« En guisa le lloro vivo
« Cual si estuviera finado,
« Si lo faceis por honralle,
« Mi Rodrigo es tan honrado
« Que no tiene barba y tiene
« Cinco reyes por vasallos.
« Yo finjo, señor, en cinta
« Que en nueve meses he entrado,
« Y me podrán empecer
« Las lágrimas que derramo.
« Non permitais se malogren
« Prendas del mejor vasallo
« Que tiene cruces bermejas
« Ni á rey ha besado mano.
« Respondedme en puridad
« Con letras de vuesa mano,

« Aunque al vueso mandadero
« Le pague yo su aguinaldo,
« Dad este escrito á las llamas,
« Non se faga de palacio,
« Que á malos barruntadores
« Non me será bien contado.»

XXVIII.—(*Anónimo.*)

Pidiendo á las diez del dia
Papel á su secretario,
A la carta de Jimena
Responde el rey por su mano,
Despues de hacer la cruz
Con cuatro puntos y un rasgo,
Aquestas palabras finca
A guisa de cortesano:
« A vos, Jimena la noble,
« La del marido envidiado,
« La humildosa, la discreta,
« La que cedo espera el parto,
« El rey que nunca vos tuvo
« Talante desmesurado
« Vos envía sus saludes
« En fe de quereros tanto,
« Decisnle que soy mal rey
« Y que descaso castillos,
« Y que por los mis provechos
« Non curo de vuesos daños:
« Que estais de mí querellosa
« Decis en vuesos despachos,
« Que non vos suelto el marido
« Sino una vez en el año,
« Y que cuando vos le suelto
« En lugar de falagaros
« En vuesos brazos se duerme,
« Como viene tan cansado.
« Si supiérades, señora,
« Que vos quitaba el velado
« Por mis enamoramientos,
« Fuera con razon quejaros;
« Mas si solo vos los quito
« Para lidiar en el campo
« Con los moros convecinos,
« Non vos fago mucho agravio.
« A non vos tener en cinta,
« Señora, el vueso velado,
« Creyera de su dormir
« Lo que me habedes contado;
« Pero si os tiene, señora,
« Con el brial levantado,
« No se ha dormido en el lecho,
« Si espera en vos mayorazgo;
« Y si en el parto primero
« Un marido os ha faltado,
« No importa, que sobra un rey
« Que os fará cien mil regalos.
« Non le escribades que venga,
« Porque aunque esté á vueso lado,
« En oyendo el atambor
« Será forzoso dejaros.
« Si non hubiera yo puesto
« Las mis huestes á su cargo,
« Ni vos fuerais mas que dueña,
« Ni él fuera mas que un fidalgo.
« Decis que vueso Rodrigo
« Tiene reyes por vasallos;
« ¡Ojalá como son cinco
« Fueran cinco veces cuatro!
« Porque teniéndolos él
« Sujetos á su mandado,
« Mis castillos y los vuesos
« No hubieran tantos contrarios.
« Decis que entregue á las llamas
« La carta que me habeis dado
« A contener heregías
« Fuera digna de tal pago;
« Mas si contiene razones
« Dignas de los siete sabios,
« Mejor es para mí archivo
« Que non para el fuego ingrato.
« Y porque guardeis la mia
« Y non la fagais pedazos,
« Por ella á lo que parlóredes
« Prometo buen aguinaldo.
« Si fijo, prometo dalle
« Una espada y un caballo,
« Y dos mil maravedís
« Para ayuda de su gasto.
« Si fija, para su dote
« Prometo poner en cambio
« Desde el dia que naciere,
« De plata cuarenta marcos.
« Con esto ceso, señora,
« Y no de estar suplicando
« A la Vírgen vos alumbre
« En los peligros del parto.

XXIX.—(*Anónimo.*)

Salió á misa de parida
A San Isidro en León
La noble Jimena Gomez,
Muger del Cid Campeador.
Para salir, de contray
Sus escuderos vistió,
Que el vestido del criado
Dice quien es el señor.
Un jubon de grana fina
La bella dama sacó,
Con cajas de terciopelo
Picadas de dos en dos;
De lo mismo una basquiña
Con la mesma guarnicion,
Donas que la diera el rey
El dia que se casó;

Y con los cañas de plata
Un muy rico cofidor,
Que á la condesa su madre
El conde en denas le dió.
Lleva una coña de papos
De riquísimo valor,
Que le dió la infanta Urraca
El dia que se veló;
Dos patenas lleva al cuello
Puestas con mucho primor,
Con san Lázaro y san Pedro,
Santos de su devocion;
Y los cabellos que al oro
Disminuyen su color,
A las espaldas echados
De todos hecho un cordon.
Lleva un manto de contray,
Porque las dueñas de honor
Mientras mas cubren su cuerpo
Mas descubren su opinion.
Tan hermosa iba Jimena
Que suspenso quedó el sol
En medio de su carrera
Por podella ver mejor,
Y á la entrada de la iglesia
Al rey Fernando encontró
Que para metella dentro
De la mano la tomó.
Dijo el rey: — Noble Jimena,
Pues es el Cid Campeador
Vueso dichoso marido
Y mi vasallo el mejor,
Que por estar en las lides
Hoy de la iglesia faltó,
A falta del brazo suyo
Yo vuestro bracero soy;
Y á aquesa fermosa infanta
Que el cielo divino os dió,
Mando mil maravedís
Y mi plumage el mejor. —
Non le agradece Jimena
Al rey tanto su favor,
Que le ocupa la vergüenza,
Y á sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
Besarle, y él las huyó,
Acompañóla en la iglesia
Y á su casa la volvió.

XXX. — *(Anónimo.)*

Acababa el rey Fernando
De distribuir sus tierras,
Cercano para la muerte
Que le amenaza de cerca,
Cuando por la triste sala
De negro luto cubierta,
La olvidada infanta Urraca
Vertiendo lágrimas entra;
Y viendo á su padre el rey,
Con debida reverencia
De hinojos ante la cama
La mano le pide y besa;
Y despues de haber mostrado
Con tierno llanto sus quejas,
Mostrando la voz humilde
Así la infanta se queja:
— Entre divinas y humanas,
¿Qué ley, padre, vos enseña
Para mejorar los homes
Desheredar á las fembras?
A Alfonso, Sancho y García,
Que están en vuesa presencia,
Dejais todos los haberes
Y de mí non se vos lembra.
Non debo ser vuestra fija
Que os forzára si lo fuera
A tener de mí lembranza
La vuesa naturaleza.
Si legítima non soy,
Maguer que bastarda fuera,
De alimentar los mestizos
Habedes naturaleza,
Y si ansí non es, decid:
¿Qué culpa me desheredа?
¿Qué desacato vos fice
Que tal castigo merezca?
Si tal tuerto me faceis,
Las naciones estrangeras
Y los vuesos homes buenos
¿Que dirán cuando lo sepan?
Que non es derecho, non,
Ni tal es razon que sea,
Pudiendo ganalla en lides,
Dar á los homes facienda.
Dejaisme desheredada,
Pero catad que soy fembra,
Y lo que podré facer
Sin varon y sin facienda.
Si tierras no me dejais,
Iréme por las agenas,
Y por cubrir vueso tuerto
Negaré ser fija vuesa.
En trage de peregrina
Pobre iré, mas faced cuenta
Que las romeras á veces
Suelen fincar en rameras.
Sangre noble me acompaña,
Mas cuido que mi nobleza
Como estraña olvidaré,
Pues que por tal me desechas. —
Tales palabras habló,
Y esperando la respuesta
Dió principio al tierno llanto
Poniendo fin á sus quejas.

XXXI. —(*Anónimo.*) (29)

Atento escucha las quejas
De su hija doña Urraca
El noble rey don Fernando,
Desauciada en la cama.
De su libertad se pena.
Va á responder y non fabla,
Que enmudece hasta los reyes
Una muger libertada.
Mas por poder juntamente
Responder, y remedialla,
Arrancó palabras, antes
Que se le arrencase el alma.
— Si cual lloras por facienda
Por la mi muerte lloraras,
Non dudo, querida fija,
Que mi vivir se alargára.
¿Qué lloras, sandía muger,
Por las tenencias humanas
Pues ves que de todas ellas
Solo llevo hoy la mortaja?
A este restante de vida
Que me queda rindo gracias
Pues que solo en él consiste
El dejar tu de ser mala.
Cuando parta iré derecho
A la celéstial morada,
Pues me ha sido purgatorio
El fuego de tus palabras.
A tus hermanos envidias,
Mas non atiendes, cuitada,
Que con la renta les dejo
Obligacion de guardalla.
Ellos con mucho están pobres
Y tú estás rica sin nada,
Porque las nobles mugeres
Entre paredes se pasan.
Que eres mi fija confieso
Pero saliste liviana;
En liviandades pensé
Al tiempo que te engendrára.
Parióte madre honorosa,
Mas entregáronte á un ama
Que en las palabras que muestras
Era la leche villana.
Dices que á tierras agenas
Te irás, pero no me espanta
Que la que se va de lengua
A ser infame se vaya.
Mas por si puedo atajar
Tu denuedo y tus palabras,
Tras de las mandas que he fecho
Quiero facer otra manda.
No quiero dejarte pobre
Porque lo dicho non fagas,
Que aunque eres noble muger,
Eres muy determinada.
Por tuya dejo á Zamora,
Bien guarnida y torreada,
Que para tus desvarios
Convienen fuertes murallas.
Homes buenos hay en ella
Para servirte y guardalla,
De sus consejos te fia
Y de mis tesoros gasta.
Si guardé tal posesion
Bien hube de tí membranza,
Tenia tú de que semejes
A tu sangre y á tu casta.
A quien te quite Zamora
La mi maldicion le caiga: —
Todos responden, *amen*,
Sino don Sancho que calla.

XXXII.—(*Anónimo.*) (30)

Doliente se siente el rey.
Este buen rey don Fernando,
Los piés tiene hácia el oriente
Y la candela en la mano.
A su cabecera tiene
Arzobispos y perlados,
A su mano derecha tiene
A sus hijos todos cuatro.
Los tres eran de la reina
Y el uno era bastardo:
Ese que bastardo era
Quedaba mejor librado.
Arzobispo es de Toledo,
Maestre de Santiago,
Abad era en Zaragoza,
De las Españas primado.
— Hijo, si yo no muriera,
Vos fuérades padre santo,
Mas con la renta que os queda
Vos bien podeis alcanzarlo.—
Ellos estando en aquesto
Entrára Urraca Fernando,
Y vuelta hácia su padre
Desta manera ha fablado.

XXXIII. —(*Anónimo.*)

Morir vos queredes, padre,
Sant Miguel vos haya el alma;
Mandástedes vuestras tierras
A quien bien se os antojára.
Diste á don Sancho á Castilla,
Castilla la bien nombrada:
A don Alfonso á Leon,
Y á don García á Vizcaya.
A mí porque soy muger
Dejaisme desheredada,
Irme he yo por esas tierras

Como una muger errada,
Y este mi cuerpo daria
A quien bien se me antojára,
A los moros por dinero
Y á los cristianos de gracia:
De lo que ganar pudiere
Haré bien por vuestra alma.—
Allí preguntára el rey:
—¿Quién es esa que así habla?—
Respondiera el arzobispo:
—Vuestra hija doña Urraca.
—Calledes, hija, calledes,
No digades tal palabra,
Que muger que tal decia
Meresce de ser quemada.
Allá en Castilla la Vieja
Un rincon se me olvidaba,
Zamora habia por nombre,
Zamora la bien cercada,
De una parte la cerca el Duero,
De otra Peña Tajada,
Del otra la moreria,
Una cosa es muy preciada:
Quien os la tomare, hija,
La mi maldicion le caiga.—
Todos dicen, ámen, ámen,
Sino don Sancho que calla.

SEGUNDA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID,

QUE TRATA DE SUS HAZAÑAS Y AVENTURAS

DURANTE

EL REINADO DE SANCHO II EL VALIENTE.

I.—*(Sepúlveda.)*

El rey don Sancho reinaba
En Castilla su reinado,
Y en Galicia á don García,
Que de don Sancho es hermano.
Sobre los reinos los dos
Mucho habian guerreado,
Y en batalla muy sangrienta.
Ambos reyes se han hallado
Muchos mueren de sus gentes:
Prendió García á don Sancho,
Diéralo á seis caballeros
Que lo tengan á recaudo:
Va en alcance de la gente
Que tenia el rey su hermano.
Don Sancho que se vió preso
Gran enojo habia cobrado,
Dijo á los que le guardaban
Que le dejen ir en salvo,
Faráles grandes mercedes,
Siempre les dará gran algo,
Y en el reino de su rey
Non fará desaguisado.
Respondieron todos juntos
No harian lo que ha mandado
Fasta que vuelva su rey
Y ponga en ello recado.
Estando don Sancho preso
Alvar Fañez ha llegado,
Y á los que al rey tienen preso
Desta manera ha fablado:
—Traidores, dejad mi rey,
Que teneis aprisionado.—
Y arremetiendo con ellos
Con todos ha peleado:
Derribára á los dos dellos,
Los cuatro huyeron del campo,
Don Sancho quedando libre
De los que le habian guardado
A muy grandes voces dice:
—Venid aquí, mis vasallos,
Acordaos, mis caballeros,

Del prez que los castellanos
Ganasteis en las batallas
Y lides do habeis entrado,
No lo querais hoy perder,
Sino adelante llevarlo.—
Cuatrocientos caballeros
Con él se habian juntado,
Y estando ya todos juntos
El buen Cid habia asomado,
Caballeros trae trecientos
Y todos son fijosdalgo.
Cuando don Sancho los vido
Muy gran esfuerzo ha cobrado,
Y á sus caballeros dijo:
—Bajemos luego á lo llano,
Que pues el Cid es venido,
Nuestro será hoy el campo.—
Recibió bien á Ruy Diaz,
El famoso castellano,
Diciendo: —Bien vengais, Cid,
El muy bien afortunado;
Ningun vasallo hasta hoy
A tal punto habia llegado
A servir á su señor
Como vos, buen Cid honrado.—
El Cid le responde al rey
Con ánimo denodado:
—Bien podeis creer, señor,
Que vos cobrasteis el campo,
En el cual vos vencereis
A García vueso hermano,
Y yo por vos moriré
Como cualquier buen fidalgo.—
Ellos estando en aquesto
Don García habia llegado,
Cantando viene y alegre,
No sabe lo que ha pasado,
Diciendo como venció
A su hermano el rey don Sancho,
Y como lo tiene preso
Y puesto á muy buen recado.
Como se vieron los reyes,
A otra batalla han tornado
Mas fuerte que la pasada
Do fué preso el rey don Sancho.
Vencido fué don García,
Mueren muchos de su bando:
Prendió á don García el Cid
Con su esfuerzo tan sobrado,
Entrególo á su señor
Con placer demasiado:
En fuertes hierros lo meten
Por mando del rey don Sancho,
Y en el castillo de Luna
Estuviera encarcelado.

II.—*(Sepúlveda.)*

Don Sancho reina en Castilla,
Alfonso, en Leon, su hermano:
Sobre cual habrá ambos reinos
Muy gran lid han levantado.
Junto al rio de Carrion
Los reyes han batallado,
De sus gentes mueren muchas,
Don Sancho perdiera el campo
Y huyera de la batalla,
Triste iba y muy cuitado.
Alfonso mandó á su gente
Que no maten los cristianos,
Gran mancilla tiene de ello,
De su hermano se ha quejado
Por haber sido la causa
Del rompimiento pasado.
Rodrigo Diaz de Vivar,
Ese buen Cid afamado,
A don Sancho su señor
Estábalo conhortando;
Díjole: —Rey y señor,
Verdad es lo que os fablo,
Y es que las gentes gallegas
Que están con el vueso hermano
Agora están bien seguros
En sus posadas folgando,
Y no se temen de vos
Ni de los del vueso bando:
Faced volver los que fuyen,
Ponedlos so vuesa mano,
Y tras el alba venida
Con esfuerzo denodado
Ferid en todos muy recio,
Leoneses y galicianos,
Y muy fuerte, asoberbienta,
Con ánimos esforzados;
Ca ellos han por costumbre,
Cuando ganan algun campo,
Alabarse de su esfuerzo
Y escarnecer al contrario,
Y como gastan la noche
En placer y engasejando,
Dormirán por la mañana
Como homes sin cuidado;
Y vos, buen rey, vencereis
Y quedareis bien vengado.—
Muy bien le pareció al rey
Lo que el Cid le ha consejado.
El rey con todas sus gentes
Firieron en los contrarios;
Unos matan, otros prenden,
Todos son desbaratados:
Prendieron al rey Alfonso
En un templo consagrado.
Cuando vieron los leoneses

Su señor aprisionado,
Pelean muy fuertemente,
Prendieron al rey don Sancho,
Y catorce caballeros
Lo llevan á buen recaudo.
El buen Cid cuando lo vido
En su alcance es ya llegado,
Y díjoles: — Caballeros,
Soltad mi señor de grado,
Darvos he yo á don Alfonso
De quien érades vasallos. —
Respondieron los leoneses
Al de Vivar afamado:
—Ruy Diaz, volveos en paz,
Sino ireis aprisionado
Con vueso señor el rey:
Que con nusco aquí llevamos.—
Gran enojo tomó el Cid
De lo que le habian hablado:
Peleó con todos ellos,
Y á su señor ha librado.
Los trece deja vencidos,
El uno se habia escapado.
A Búrgos llevaron preso
A Alfonso, del rey hermano,
Por el gran esfuerzo y fechos
De aquese Cid castellano.

III.—*(Sepúlveda.)*

En Toledo estaba Alfonso,
Hijo del rey don Fernando,
Huido estaba por miedo
Del rey don Sancho su hermano:
Acogiólo Alimaimon,
Que en Toledo es su reinado.
Mucho quiere á don Alfonso,
De moros es estimado;
Durmiendo está en una huerta
A sombra que hacia un árbol,
Cerca dél está Alimaimon
Con sus moros razonando,
Dijo: — Fuerte es Toledo,
No puede ser conquistado
Si no quitasen el pan
Y las frutas siete años,
Y teniendo siempre el cerco
Sin que se hobiese quitado,
Por la falta de viandas
Tomarse ha el año octavo. —
Don Alfnoso, que lo oyó,
Finge que durmiendo ha estado.
Por costumbre habian los moros,
Que su ley se lo ha mandado,
Que degüellen un carnero,
Ya iban á degollarlo.
Con el rey va don Alfonso
Que lo iba acompañando,
Y sus cristianos tambien
De Castilla habian llegado.
Don Alfonso es muy hermoso,
De grandes dones dotado,
Pagábanse dél los moros,
De todos es muy loado.
Juntos van ambos los reyes,
Detras dos moros hablando,
El uno le dijo á el otro:
— ¡Hermoso es este cristiano!
Gran señor merece ser,
En él bien es empleado. —
Replicóle el otro moro:
— Esta noche yo he soñado
Que Alfonso entraba en Toledo
En un puerco cabalgando.
De Toledo ha de ser rey,
Tenlo por averiguado. —
Ellos hablando en aquesto
Los cabellos se han alzado
A ese buen rey don Alfonso:
Alimaimon con su mano
Los apretaba hácia yuso,
Y ellos siempre están en alto.
El rey moro bien oyó
Todo lo qu'es ya contado,
Hizo llamar á sus moros
Los que tienen por mas sabios,
Los cuales dicen que Alfonso
Habrá el reino toledano;
Aconsejan que lo maten,
Mas el rey no lo habia en grado,
Porque lo queria mucho;
Mas jura le habia prendado
Que contra él ni sus hijos
Non hará desaguisado.
Alfonso lo prometió
Y lo cumplió de buen grado:
Mucho lo quiere el rey moro
Y dél está asegurado.

IV. — *(Anónimo.)*

Llegado es el rey don Sancho
Sobre Zamora esa villa:
Muchas gentes trae consigo,
Que haberla mucho quería.
Caballero en un caballo
Y el Cid en su compañía,
Andábala al rededor,
Y el rey así al Cid decia:
— Armada está sobre Peña
Tajada toda esta villa,
Los muros tiene muy fuertes,
Torres ha en gran demasía,
Duero la cercaba al pié,
Fuerte es á maravilla,
No bastan á la tomar

Cuantos en el mundo habia:
Si me la diese mi hermana,
Mas que á España la querria.
Cid, à vos crió mi padre,
Mucho bien fecho os habia;
Fízoos mayor de su casa
Y caballero en Coimbra
Cuando la ganára á moros.
Cuando en Cabezon moria,
A mí y á los mis hermanos
Encomendado os habia;
Jurámosle allí en sus manos
Facervos merced cumplida.
Fíceos mayor de mi casa,
Gran tierra dado os tenia
Que vale mas que un condado
El mayor que hay en Castilla.
Yo vos ruego, don Rodrigo,
Como amigo de valía,
Que vayades á Zamora
Con la mi mensagería,
Y á doña Urraca mi hermana
Decid que me dé esa villa
Por gran haber ó gran cambio,
Como á ella mejor seria.
A Medina de Rioseco
Yo por ella la daria
Con todo el infantazgo,
Y tambien le prometia
A Villalpando y su tierra,
O Valladolid la rica,
O á Tiedra, que es buen castillo,
Y juramento le haria
Con doce de mis vasallos
De cumplir lo que decia;
Y si no lo quiere hacer,
Por fuerza la tomaria.—
El Cid le besó la mano,
Del buen rey se despedia,
Llegado habia á Zamora
Con quince en su compañía.

V. — *(Anónimo.)*

Despues del lamento triste
De la muerte de Fernando,
Y despues de sucederle
El rey su hijo don Sancho,
En medio de mil contrastes
Ordena al Cid castellano
Con mil ofertas y ruegos
Ir al pueblo zamorano
A rogar á doña Urraca,
De parte del rey su hermano,
Que Zamora dé y entregue
A su potestad y mando,
Y partiendo el de Vivar
A facer del rey el mando,
Llegado al postigo viejo
Que está con órden guardado,
Como prohiben la entrada
Al que honra al pueblo hispano,
Intenta romper la guardia
Por cumplir del rey el mando.
Ya la defensa del muro
La guarda que está velando
Procura, y la resistencia,
Y al rumor del castellano
La oprimida doña Urraca,
Vestida de negros paños,
Pone el pecho sobre el muro,
Y moviendo el rostro y manos,
Humedeciendo los ojos
Le dice á Rodrigo el bravo:
—¿Porqué por puertas agenas
Vencidas con tus vitorias
Llamas, pues con ello ordenas
Que esté viva á vivas penas
Y muerta para las glorias?
Y pues el trato de amigo
Depusiste, y das de mano
Sin ver que justicia sigo:
Afuera, afuera, Rodrigo,
El soberbio castellano.
—Afuera, pues que quebraste
La palabra y jura á aquella
En cuya alma te enterraste,
Y al fin se la lastimaste
Por no quedar dentro della;
Mas cuando tu mano fiera
Firmó en mi daño ordenado,
Aunque el rey te lo impidiera
Acordársete debiera
De aquel buen tiempo pasado.
Yo soy muger, y pasion
No me da lugar que pida
Al cielo tu perdicion,
Que si es mi alma ofendida,
Así lo ha mi corazon:
Y aunque por tu causa muero,
No te quiera dar mal pago,
Porque yo me acuerdo, fiero,
Cuando te armé caballero
En el altar de Santiago.
Lo que no consideraste
Consideran las mugeres;
Mas cuando al trato te hallaste
De lo que eras te acordaste
Y olvidaste lo que eres:
Esta disculpa te hallo,
Pues ya eres fidalgo de armas,
Mas sin serlo, aunque vasallo,
Mi padre te dió las armas,
Mi madre te dió el caballo.
Al estado te subieron
Que por tu medio perdí,

Tu bien y mi mal hicieron,
Pues cuanta honra te dieron
Tanta me quitaste á mí:
Y guardándole el decoro
Del gusto á mi padre amado,
Yo que por tu causa lloro,
Yo te calcé espuela de oro
Porque fueses mas honrado.

VI.—*(Anónimo.)*

Entrado ha el Cid en Zamora,
En Zamora aquesa villa,
Llegado ha ante doña Urraca
Que muy bien lo recibia,
Dicho le habia el mensage
Que para ella traia.
Doña Urraca que lo oyó
Muchas lágrimas vertia,
Diciendo: —¡Triste cuitada!
¿Don Sancho qué me queria?
No cumpliera el juramento
Que á mi padre fecho habia,
Que aun apenas fuera muerto,
A mi hermano don García
Le tomó toda su tierra
Y en prisiones lo ponia,
Y cual si fuese ladron
Agora en ellas yacia.
Tambien á Alfonso mi hermano
Su reino se le tenia,
Huyóse para Toledo,
Con los moros está hoy dia.
A Toro tomó á mi hermana,
A mi hermana doña Elvira;
Tomarme quiere á Zamora,
Gran pesar yo recibia:
Muy bien sabe el rey don Sancho
Que soy muger femenina
Y non lidiaré con él,
Mas á furto ó paladina
Yo haré que le den la muerte,
Que muy bien lo merecia.—
Levantóse Arias Gonzalo
Y respondido la habia:
—Non lloredes vos, señora,
Yo por merced os pedia,
Que á la hora de la cuita
Consejo mejor seria
Que non acuitarvos tanto
Que gran daño á vos vendria.
Hablad con vuesos vasallos,
Decid lo que el rey pedia,
Y si ellos lo han por bien,
Dadle al rey luego la villa;
Y si non les pareciere
Facer lo que el rey pedia,
Muramos todos en ella,
Como manda la hidalguía.—
La infanta tuvo por bien
Facer lo que le decia;
Sus vasallos la juraron
Que antes todos moririan
Cercados dentro en Zamora
Que no dar al rey la villa,
Con esta respuesta el Cid
Al buen rey vuelto se habia:
El rey cuando aquesto oyó
Al buen Cid le respondia:
—Vos aconsejasteis, Cid,
No darme lo que queria,
Porque vos criasteis dentro
De Zamora aquesa villa.
Y á no ser por la crianza
Que en vos mi padre facia,
Luego os mandára enforcar,
Mas de hoy en noveno dia
Os mando vais de mis tierras
Y del reino de Castilla.

VII.—*(Anónimo.)*

El Cid fué para su tierra,
Con sus vasallos partia
Para Toledo do estaba
Alfonso cuando fuia.
Los condes y ricoshomes
Al rey don Sancho decian
No perdiese tal vasallo
Y de tanta valentía
Como es Ruy Diaz el Cid,
Qu'es muy grande su valía.
El rey vido qu'es muy bien
Facer lo que le decian,
Y fablando á Diego Ordoñez
Mandóle que al Cid le diga
Que se venga luego á él,
Que como bueno lo haria,
Y que le haria el mayor
De los que en su casa habia.
Ordoño fué tras del Cid,
Su mensage le decia:
El Cid se habia aconsejado
Con los suyos que tenia
Si haria lo que el rey manda,
Su parecer les pedia:
Que se vuelva al rey dijeron,
Pues su disculpa le envia.
El Cid con ellos se vuelve;
El rey cuando lo sabia,
Dos leguas salió á él,
Quinientos van en su guia.
El Cid cuando vido el rey
De Babieca descendia,
Besóle luego las manos,
Para el real se volvia,

Y todos los castellanos
Gran placer con él habian.

VIII.—*(Anónimo.)*

Apenas era el rey muerto,
Zamora ya está cercada;
De un cabo la cerca el rey,
Del otro el Cid la cercaba:
Del cabo que el rey la cerca,
Zamora no se da nada;
Del cabo que el Cid la aqueja,
Zamora ya se tomaba.
Doña Urraca en tanto aprieto
Asomóse á una ventana,
Y allí de una torre mocha
Estas palabras fablaba.

IX.—*(Anónimo.)* (31)

Afuera, afuera, Rodrigo,
El soberbio castellano,
Acordársete debria
De aquel buen tiempo pasado,
Cuando fuiste caballero
En el altar de Santiago,
Cuando el rey fué tu padrino,
Tú, Rodrigo, el afijado:
Mi padre te dió las armas,
Mi madre te dió el caballo,
Yo te calcé las espuelas,
Porque fueras mas honrado:
Pensó de casar contigo,
No lo quiso mi pecado,
Casástete con Jimena,
Fija del conde Lozano:
Con ella hubiste dinero,
Conmigo hubieras estado,
Porque si la renta es buena,
Muy mejor es el estado.
Bien casástete, Rodrigo,
Muy mejor fueras casado;
Dejaste fija de rey
Por tomar la de un vasallo.—
En oir esto Rodrigo
Quedó dello algo turbado;
Con la turbacion que tiene
Esta respuesta le ha dado:
—Si os parece, mi señora,
Bien podemos desviallo.—
Respondióle doña Urraca
Con rostro muy sosegado:
—No lo mande Dios del cielo
Que por mí se haga tal caso:
Mi ánima penaria
Si yo fuese en discrepallo.—
Volvióse presto Rodrigo,
Y dijo muy angustiado:
—Afuera, afuera, los mios,
Los de á pié y los de á caballo,
Pues de aquella torre mocha
Una vira me han tirado.
No traia el asta el fierro,
El corazon me ha pasado,
Ya ningun remedio siento
Sino vivir mas penado.

X.—*(Anónimo.)*

Riberas del Duero arriba
Cabalgan dos zamoranos,
Las divisas llevan verdes,
Los caballos alazanos,
Ricas espadas ceñidas,
Sus cuerpos muy bien armados,
Adargas ante sus pechos,
Gruesas lanzas en sus manos,
Espuelas llevan ginetas,
Y los frenos plateados.
Como son tan bien dispuestos,
Parecen muy bien armados,
Y por un repecho arriba
Salen mas recios que galgos,
Y súbenlos á mirar
Del real del rey don Sancho.
Desque á otra parte fueron,
Dieron vuelta á los caballos,
Y al cabo de una gran pieza
Soberbios ansí han fablado:
—¿Tendredes dos para dos,
Caballeros castellanos,
Que puedan armas facer
Con otros dos zamoranos,
Para daros á entender
No face el rey como hidalgo
En quitar á doña Urraca
Lo que su padre le ha dado?
Non queremos ser tenidos,
Ni queremos ser honrados,
Ni rey de nos faga cuenta,
Ni conde nos ponga al lado,
Si á los primeros encuentros
No los hemos derribado:
Y siquiera salgan tres,
Y siquiera salgan cuatro,
Y siquiera salgan cinco,
Salga siquiera el diablo,
Con tal que no salga el Cid,
Ni ese noble rey don Sancho,
Que lo habemos por señor,
Y el Cid nos ha por hermanos:
De los otros caballeros
Salgan los mas esforzados.—
Oídolo habian dos condes,
Los cuales eran cuñados:
—Atended, los caballeros,

Mientras estamos armados. —
Piden apriesa las armas.
Suben en buenos caballos,
Caminan para las tiendas,
Donde yace el rey don Sancho:
Piden que les dé licencia
Que ellos puedan hacer campo
Contra aquellos caballeros
Que con soberbia han hablado.
Allí fablára el buen Cid,
Que es de los buenos dechado:
— Los dos contrarios guerreros
Non los tengo yo por malos,
Porque en muchas lides de armas
Su valor habian mostrado,
Que en el cerco de Zamora
Tuvieron con siete campo:
El mozo mató á los dos,
El viejo mató á los cuatro,
Por uno que se les fuera
Las barbas se van pelando. —
Enojados van los condes
De lo que el Cid ha fablado:
El rey cuando ir los viera
Que vuelvan está mandando:
Otorgó cuanto pedian
Mas por fuerza que de grado.
Mientras los condes se arman,
El padre al fijo está hablando:
— Volved, fijo, hácia Zamora,
A Zamora y sus andamios,
Mirad dueñas y doncellas
Como nos están mirando:
Fijo, no miran á mí
Porque ya soy viejo y cano,
Mas miran á vos, mi fijo,
Que sois mozo y esforzado.
Si vos faceis como bueno,
Sereis de ellas muy honrado;
Si lo faceis de cobarde,
Abatido y ultrajado.
Afirmaos en los estribos,
Terciad la lanza en las manos,
Esa adarga ante los pechos,
Y apercibid el caballo,
Que al que primero acomete
Tienen por mas esforzado. —
Apenas esto hubo dicho
Ya los condes han llegado,
El uno viene de negro
Y el otro de colorado:
Vanse unos para otros,
Fuertes encuentros se han dado,
Mas el que al mozo le cupo
Derribóle del caballo,
Y el viejo al otro de encuentro
Pasóle de claro en claro.
El conde de que esto viera
Huyendo sale del campo,
Y los dos van á Zamora
Con vitoria muy honrados.

XI. — *(Anónimo.)* (32)

De Zamora sale Dolfos
Corriendo y apresurado,
Huyendo va de los hijos
Del buen viejo Arias Gonzalo.
En la tienda del buen rey,
En ella se habia amparado.
— Manténgate Dios, el rey.
— Bellido, seas bien llegado.
— Señor, tu vasallo soy,
Tu vasallo y de tu bando;
Y yo por aconsejarle
A aquel viejo Arias Gonzalo
Que te entregase á Zamora,
Pues se te habia quitado,
Hame querido matar,
Y dél me soy escapado.
A tí me vengo, señor,
Por ser en el tu mandado,
Con deseo de servirte
Como cualquier fijodalgo.
Yo te entregaré Zamora,
Aunque pese á Arias Gonzalo,
Que por un falso postigo
En ella serás entrado. —
El buen Arias de leal
Al rey habia avisado
Desde el muro del Adarve,
Estas palabras hablando:
— A tí lo digo, buen rey,
Y á todos los castellanos,
Que allá ha salido Bellido,
Bellido un traidor malvado,
Que si traicion te ficiere,
A nos non sea imputado. —
Oídolo habia Bellido
Que al rey tiene por la mano:
— Non lo creades, señor,
Lo que contra mí ha fablado,
Que don Arias lo publica
Porque el lugar no sea entrado,
Porque el sabe que yo sé
Por donde será tomado. —
Allí le fablara el rey,
De Bellido confiado.
— Yo lo creo bien, Bellido
El Dolfos, mi buen criado;
Por tanto vámonos luego
A ver el postigo falso.
— Vámonos luego, señor,
Id solo, no acompañado,
Apartadvos del real: —
El buen rey se habia apartado

Con voluntad de facer
Lo que á nadie es escusado.
El venablo que llevaba
A Bellido se lo ha dado,
El cual desque ansí lo vido
De espaldas y descuidado,
Levantóse en los estribos,
Con fuerza se lo ha tirado,
Diérale por las espaldas
Y á los pechos ha pasado.
Allí cayó luego el rey
Muy mortalmente llagado;
Vióle caer don Rodrigo
Que de Vivar es llamado,
Y como le vió ferido,
Cabalgára en su caballo;
Con la priesa que tenia
Espuelas no se ha calzado.
Huyendo iba el traidor,
Tras él iba el Castellano;
Si aprisa habia salido,
A mayor se habia entrado.
Rodrigo, que ya llegaba,
Y el Dolfos que estaba en salvo,
Maldiciones que se echaba
El nieto de Lain Calvo:
— Maldito sea el caballero
Que como yo ha cavalgado,
Que si yo espuelas tragera
No se me fuera el malvado. —
Todos van á ver al rey,
Que mortal estaba echado,
Todos le dicen lisonjas,
Nadie verdad ha fablado,
Si non fuo el conde de Cabra,
Un buen caballero anciano.
— Sois mi rey y mi señor,
Y yo soy vueso vasallo;
Cumple que mireis por vos,
Que es verdad lo que vos fablo,
Que del ánima curedes,
Del cuerpo non fagais caso;
A Dios vos encomendad,
Pues fué este dia aciago.
— Buenaventura hayais, conde,
Que así me heis aconsejado. —
En diciendo estas palabras
El alma á Dios habia dado;
Desta suerte murió el rey
Por haberse confiado.

XII. — (*Anónimo.*)

Guarte, guarte, rey don Sancho,
No digas que no te aviso
Que de dentro de Zamora
Un alevoso ha salido:
Llámase Vellido Dolfos,
Hijo de Dolfos Vellido,
Cuatro traiciones ha fecho
Y con esta serán cinco.
Si gran traidor fué el padre
Mayor traidor es el fijo.
Gritos dan en el real,
Que á don Sancho han mal herido:
Muerto le ha Vellido Dolfos,
Gran traicion ha cometido.
Desque le tuviera muerto
Metióse por un postigo,
Por las calles de Zamora
Va dando voces y gritos:
— Tiempo era, doña Urraca,
De cumplir lo prometido.

XIII. — (*Anónimo.*)

Con el cuerpo que agoniza
Despidiéndose del alma,
Diciendo tales razones
Que tierna lástima causan,
El malogrado don Sancho
A vista del cerco estaba,
Que si lejos estuviera
Fuera de mas importancia.
Muerto le deja un traidor,
Que siempre tuvo esta fama,
Movido de su albedrío,
Que á un traidor esto le basta;
Por fiarse de su abrigo
Y de su alevosa traza,
Que quien de traidores fia
En tales sucesos para.
A su malograda muerte
El famoso Cid se halla,
Que si en vida le creyera
Un mundo no le matára.
Viendo el caso desastrado
De tan notable desgracia,
Y viendo blandir no puede
Contra Zamora la lanza
Por el juramento fecho
Con que las manos le ata,
Que aunque la razon le fuerza,
Mira á Dios y á su palabra,
Quiere acudir al remedio,
Y allí el remedio le falta,
Porque aunque está allí el difunto,
Ve que está ausente la causa.
Unas veces se enternece,
Otras suspira y repara,
Otras le mira y revuelve,
Y viéndole muerto, calla.
Ya fia, ya desconfia
Viendo que el hablar le falta,
Y aunque revuelto en su sangre
Así le dice y abraza:

—Famoso rey, que ya la tierra fria
Triunfa de tu valor y brazo fuerte,
De quien el mundo todo se temia
Procurando rendido obedecerte:
¿De que te aprovechó tu valentía?
Pues por tu dura y por tu avara suerte
Vencido quedas en la tierra dura
Con muy estraña y grave desventura.
Miráras, rey, que al fin era tu hermana
La que su casa y tierra defendia,
Y la razon que el Cid, aunque liviana,
Te dijo para el fin de esta porfía:
Agora quedará leda y ufana
Viendo muerto á quien tanto la ofendia,
Tendido en esta tierra fria y dura
Con tan estraña y grave desventura.—

Estas razones le dijo
Y el tierno llanto le ataja,
Y así muerto como está
Le respeta y se avasalla.
Meten al cuerpo en su tumba
Para que le den mortaja,
Dando traza en su real
Para la justa venganza.

TERCERA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID,

QUE TRATA DEL RETO DE ZAMORA, Y DE SUS HAZAÑAS

HASTA QUE EMPEZÓ Á REINAR ALFONSO VI EL BRAVO.

I. — *(Anónimo.)*

Muerto yace el rey don Sancho,
Vellido muerto le habia:
Pasado está de un venablo,
Y gran lástima ponia.
Llorando estaba sobre él
Toda la flor de Castilla,
Don Rodrigo de Vivar
Es el que mas lo sentia,
Con lágrimas de sus ojos
Desta manera decia:
—Rey don Sancho, señor mio,
Muy aciago fué aquel dia
Que tú cercaste á Zamora
Contra la voluntad mia.
Quien te lo aconsejó, rey,
A Dios ni al mundo temia,
Pues te fizo quebrantar
La ley de caballería.—
Y viendo el hecho en tal punto
A grandes voces decia:
—Que se nombre un caballero
Antes que se pase el dia
Para retar á Zamora
Por tan grande alevosía.—
Todos dicen que es muy bien,
Mas nadie al campo salia.
Témense de Arias Gonzalo
Y cuatro hijos que tenia,
Mancebos de gran valor,
De gran esfuerzo y estima,
Mirando estaban al Cid
Por ver si lo aceptaria,
Y el de Vivar que lo entiende
Desta manera decia:
—Caballeros fijosdalgo,
Ya sabeis que non podia
Armarme contra Zamora,
Que jurado lo tenia.
Mas yo daré un caballero
Que combata por Castilla,
Tal, que estando él en el campo
No sintais la falta mia.—
Levantóse Diego Ordoñez,
Que á los piés del rey yacia,
La flor es de los de Lara
Y lo mejor de Castilla,
Con voz enojosa y ronca
De esta manera decia:
—Pues el Cid habia jurado
Lo que jurar no debia,
No es menester que señale
Quien la batalla prosiga.
Caballeros hay en ella

De tanto esfuerzo y valía
Como el Cid, aunque es muy bueno
Y yo por tal lo tenia,
Mas si quereis, caballeros,
Yo lidiaré la conquista
Aventurando mi cuerpo,
Poniendo á riesgo mi vida.
Pues que la del buen vasallo
Es por su rey ofrecida.

II.—(*Anónimo.*)

Despues que Vellido Dolfos,
Aquel traidor afamado,
Derribó con cruda muerte
Al valiente rey don Sancho,
Se allegan en una tienda
Los mayores de su campo.
Júntase todo el real
Como estaba alborotado
De ver el venablo agudo
Que á su rey ha traspasado.
No se lo quieren sacar
Hasta que haya confesado,
Y ese conde don García,
Que de Cabra era llamado,
Viendo de tal modo al rey
Desta manera le ha hablado:
—¡O rey, en quien yo tenia
La esperanza de mi estado!
Véote tan mal herido
Que remedio no he hallado
Sino solo encomendarte
A lo que eres obligado:
Toma cuenta á tu conciencia
Y mira en lo que has errado
Contra aquel alto Señor
Que te puso en tal estado.
Al cuerpo no busques cura,
Porque su tiempo es pasado,
Ya son tus dias cumplidos,
Ya tu plazo es allegado,
Paga lo que te obligaste
Cuando fuiste baptizado.
La muerte, sierva y señora,
No te da mas largo plazo,
No consiente apelacion
Sino que pagues de grado:
Cumple curar de tu alma,
Del cuerpo no hayas cuidado.—
Respondió en aquesto el rey,
Todo en lágrimas bañado,
Temblando tiene la lengua
Y el gesto tiene mudado:
—Bien andante seades, conde,
Y en armas aventurado,
En todo hablastes muy bien,
Buen consejo me habeis dado:
Yo bien sé cual es la causa
Que en tal punto soy llegado
Por pecados cometidos
Al inmenso Dios sagrado,
Y tambien fué por la jura
Que á mi padre hube quebrado
En cercar esta ciudad
Que á mi hermana hobo dejado.
A Dios encomiendo el alma;
Pues que estoy en tal estado,
Traedme los sacramentos,
Porque estó á muerte llegado.—
Ansí se le salió el alma
Y el cuerpo se le ha enfriado.
Sus vasallos en aquesto
A Zamora han enviado
A aquese don Diego Ordoñez,
Un caballero estimado,
A decir á los vecinos
Como á su rey ha matado
El falso Vellido Dolfos,
Vasallo del rey don Sancho,
Por lo cual desafiaba
Al traidor de Arias Gonzalo
Y á los zamoranos todos,
Pues en ella se han hallado,
Y á los panes, y á las aguas,
Y á lo que no está criado,
Y aun á todos los nacidos
Que en Zamora son hallados,
Y á los grandes y pequeños
Aunque no sean engendrados.

III.—(*Anónimo.*) (33)

Despues que Vellido Dolfos,
Esse traidor afamado,
Derribó con cruda muerte
Al valiente rey don Sancho,
Juntáronse en una tienda
Los mayores de su campo,
Juntóse todo el real
Como estaba alborotado.
Don Diego Ordoñez de Lara
Grandes voces está dando,
Y con corage encendido
Muy presto se habia armado.
Para retar á Zamora
Junto al muro se ha llegado,
Y lanzando fuego vivo
Desta suerte ha razonado:
—Fementidos y traidores
Sois todos los Zamoranos
Porque dentro de essa villa
Acogisteis al malvado
De Vellido, esse traidor,
El que mató al rey don Sancho,
Mi buen señor y buen rey

De quien soy muy lastimado,
Que los que acogen traidores,
Traidores sean llamados;
Y por tales yo vos reto
Y á vuessos antepasados,
Y á los que traidores son
Los pongo en el mismo grado,
Y á los panes, y á las aguas
De que sois alimentados;
Y esto os haré conocer
Ansí como estoy armado,
Y lidiaré con aquellos
Que no quieran confesallo;
O con cinco uno á uno
Como en España es usado,
Que lidie el que aconsejó,
Como yo habia retado. —
Arias Gonzalo, esse viejo
Ansí le habia fablado,
Despues que hubo entendido
Lo que Ordoño ha razonado:
— Non debiera yo nacer
Si es como tu has contado,
Mas yo acepto el desafío
Que por tí es demandado,
Y te haré yo conocer
No ser lo que has publicado,
Y á todos los de Zamora
Desta manera ha fablado:
— Varones de grande estima,
Los pequeños y de estado,
Si hay alguno entre vosotros
Que en esto se haya hallado,
Dígalo muy prestamente,
De decillo no haya empacho;
Mas quiero irme desta tierra
En Africa desterrado,
Que no en campo ser vencido
Por alevoso y malvado. —
Todos dicen á una voz,
Sin alguno estar callando:
— Mal fuego nos queme, Conde,
Si en tal muerte hemos estado;
No hay en Zamora ninguno
Que tal hubiese mandado,
El traidor Vellido Dolfos
Por sí solo lo ha acordado;
Muy bien podeis ir seguro,
Id con Dios, Arias Gonzalo.

IV. — *(Anónimo.)* (34)

Ya cabalga Diego Ordoñez,
Del real se habia salido
De dobles piezas armado
En un caballo morcillo:
Va á reptar los zamoranos
Por la muerte de su primo
Que mató Vellido Dolfos,
Hijo de Dolfos Vellido.
— Yo os repto, los zamoranos,
Por traidores fementidos,
Repto á todos los muertos
Y con ellos á los vivos,
Repto hombres y mugeres,
Los por nascer y nascidos,
Repto á todos los grandes,
A los grandes y á los chicos,
A las carnes y pescados,
Y á las aguas de los rios. —
Allí habló Arias Gonzalo,
Bien oireis lo que hubo dicho:
— ¿Que culpa tienen los viejos?
¿Que culpa tienen los niños?
¿Que merecen las mugeres,
Y los que no son nascidos?
¿Porque reptas á los muertos,
Los ganados y los rios?
Bien sabeis vos, Diego Ordoñez,
Muy bien lo teneis sabido,
Que aquel que repta concejo
Debe de lidiar con cinco. —
Ordoñez le respondió:
— Traidores heis todos sido. —

V. — *(Anónimo.)*

Despues que retó á Zamora
Don Diego Ordoñez de Lara,
Vengador noble y valiente
Del rey Sancho, que Dios haya,
Su consejo tiene junto
En palacio doña Urraca,
Por su hermano dolorida,
Por su reto lastimada;
Y como la vil envidia
Cuanto no merece tacha,
De la virtud enemiga,
Peligro de la privanza,
Murmuraba maldiciente
De Arias Gonzalo que falta,
Sospechando falsamente
Que es por mengua su tardanza.
A aquellos que lo calumnian,
Empuñando la su espada,
Denodado les responde
Nuño Cabeza de Vaca:
— Aquel civil que presuma
Temor, bajeza ó fe mala
De Arias Gonzalo mi tio,
Miente, miente por la barba:
Y el que negare el respeto
A sus venerables canas,
A mí que las reverencio
Me ponga la tal demanda. —
Estando en esto el buen viejo,

Entró grave por la sala,
Arrastrando grande luto,
Haciendo sus hijos plaza.
La mano á la infanta pide,
Mesura fizo á la infanta,
Saludó á los homes buenos,
Y desta suerte les fabla:
—Noble infanta, leal consejo,
Don Diego Ordoñez de Lara,
Que para buen caballero
Este apellido le basta,
En vez del Cid don Rodrigo
Que conjuró alianza,
Por la pro de su rey muerto
Con infame reto os carga.
A vuestro cabildo vengo
Con estos cuatro en compaña
Ciudadanos, fijos míos,
De Lain Calvo sangre honrada.
Tardéme un poco en venir,
Que pláticas no me agradan
Cuando los negocios piden
Obras, valor y venganza.—
A una el viejo y sus fijos
Los largos capuces rasgan,
Quedando en armas lucidas.
Lloró de nuevo la infanta,
Los viejos graves se admiran,
La infanta su ser alaba,
Porque todos daban voces
Y nadie quien lidie daba.
Arias Gonzalo prosigue
Diciendo:—Recibe, Urraca,
Mis canas para consejo,
Mis fijos para batalla;
Dales tu mano, señora,
Que su juventud lozana
Será invencible, si fuere
De tu mano real tocada.
Honrar á la gente buena,
Y esotra comun pagarla,
Le cumple al rey que desea
Domeñar fuerzas contrarias,
Y con sangre de don Diego
Que se quite aquella mancha
Que á tí y á tu pueblo reta
Con tan insufrible infamia:
Y si esta sangre, que es buena
Y se ha de vender muy cara,
Faltare, su muerte honrosa
Viva mantendrá su fama.
Yo seré el quinto y primero
Que volveré por la causa,
Aunque mi vejez parezca
Mocedad noble afrentada.
Al campo me voy, señora,
No me deis por esto gracias,
Que el buen vasallo al buen rey
Debe hacienda, vida y fama.

VI.—*(Anónimo.)*

El hijo de Arias Gonzalo,
El mancebito Pedro Arias,
Para responder á un reto
Velando estaba unas armas.
Era su padre el padrino,
La madrina doña Urraca,
Y el obispo de Zamora
Es el que la misa canta:
El altar tiene compuesto,
Y el sacristan perfumaba
A san Jorge y san Roman,
Y á Santiago el de España:
Estaban sobre la mesa
Las nuevas y frescas armas,
Dando espejos á los ojos
Y esfuerzo á quien las miraba.
Salió el obispo vestido,
Dijo la misa cantada,
Y el arnes pieza por pieza
Bendice, y arma á Pedro Arias:
Enlázale el rico yelmo,
Que como el sol relumbraba,
Relevado de mil flores
Cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
Sacó el padrino la espada,
Dándole con ella un golpe
Le dice aquestas palabras:
—Caballero eres, mi hijo,
Hidalgo y de noble casta,
Criado en buenos respetos
Desde los pechos del ama:
Hágate Dios tal que seas
Como yo deseo que salgas,
En los trabajos sufrido,
Esforzado en las batallas,
Espanto de tus contrarios,
Venturoso con la espada,
De tus amigos y gentes
Muro, esfuerzo y esperanza:
No te agrades de traidores
Ni les mires á la cara,
De quien de tí se fiare
No le engañes, que te engañas:
Perdona al vencido triste
Que no puede tomar lanza,
No des lugar que tu brazo
Rompa las medrosas armas;
Mas en tanto que durare
En tu contrario la saña,
No dudes el golpe fiero
Ni perdones la estocada:
A Zamora te encomiendo
Contra don Diego de Lara,

Que nada siente de honra
Quien no defiende su casa. —
En el libro de la misa
Le toma jura y palabra;
Pedrarias dice: — Si otorgo
Por aquestas letras santas. —
El padrino le dió paz,
Y el fuerte escudo le embraza,
Y doña Urraca le ciñe
Al lado izquierdo la espada.

VII. — *(Anónimo.)*

Arias Gonzalo responde
Diciendo que han mal hablado;
Mandan asinar varones
Que juzguen en este caso.
Doce salen de Zamora
Y otros doce van del campo.
Arias Gonzalo se armaba
Para combatir el pacto,
Consigo lleva cuatro hijos
Que en el mundo Dios le ha dado;
A todos los de Zamora
Desta manera ha hablado:
— Varones de gran estima,
Los pequeños y d'estado,
Si hay alguno entre vosotros
Que en la muerte de don Sancho
Y en la traicion de Vellido
Pueda encontrarse culpado,
Dígalo muy prestamente,
De decillo no haya empacho,
Que mas quiero irme en destierro
Y en Africa desterrado,
Que en el campo ser vencido
Por alevoso y malvado. —
Todos dicen prestamente
Sin alguno estar callado:
— Mal fuego nos queme, conde,
Si en tal muerte hemos estado;
No hay en Zamora ninguno
Que tal hubiese mandado:
El traidor Vellido Dolfos
Por sí solo lo ha acordado,
Bien podeis vos ir seguro,
Id con Dios, Arias Gonzalo.

VIII. — *(Anónimo.)*

Ya se salen por la puerta,
Por la que salia al campo,
Arias Gonzalo y sus hijos
Todos juntos á su lado.
Él quiere ser el primero
Porque en la muerte no ha estado
De don Sancho, mas la infanta
La batalla le ha quitado,
Llorando de los sus ojos
Y el cabello destrenzado:
— ¡Ay! ruégovos por Dios, dice,
El buen conde Arias Gonzalo,
Que dejeis esta batalla
Porque sois viejo y cansado,
Dejalsme desamparada
Y todo mi haber cercado,
Ya sabeis como mi padre
A vos dejó encomendado
Que no me desampareis,
Ende mas en tal estado. —
En oyendo aquesto el conde
Mostróse muy enojado:
— Dejédesme ir, mi señora,
Que yo estoy desafiado
Y tengo de hacer batalla,
Porque fuí traidor llamado. —
Con la infanta, caballeros
Juntos al conde han rogado
Que les deje la batalla,
Que la tomarán de grado.
Desque el conde vido aquesto
Recibió pesar doblado;
Llamára sus cuatro hijos
Y al uno dellos ha dado
Las sus armas y su escudo,
El su estoque y su caballo.
Al primero le bendice
Porque era dél muy amado,
Pedrarias habia por nombre,
Pedrarias el castellano.
Por la puerta de Zamora
Se sale fuera y armado:
Topárase con don Diego,
Su enemigo y su contrario:
— Salveos Dios, don Diego Ordoñez,
Y él os haga prosperado,
En las armas muy dichoso,
De traiciones libertado:
Ya sabeis que soy venido
Para lo que está aplazado,
A libertar á Zamora
De lo que le han levantado. —
Don Diego le respondiera
Con soberbia que ha tomado:
— Todos juntos sois traidores,
Por tales sereis quedados. —
Vuelven los dos las espaldas
Por tomar lugar del campo,
Hiriéronse juntamente
En los pechos muy de grado,
Saltan astas de las lanzas
Con el golpe que se han dado,
No se hacen mal alguno
Porque van muy bien armados.
Don Diego dió en la cabeza
A Pedrarias desdichado,

Cortárale todo el yelmo
Con un pedazo del casco;
Desque se vido herido
Pedrarias y lastimado,
Abrazárase á las clines
Y al pescuezo del caballo:
Sacó esfuerzo de flaqueza,
Aunque estaba mal llagado,
Quiso ferir á don Diego,
Mas acertó en el caballo,
Que la sangre que corria
La vista le habia quitado:
Cayó muerto prestamente
Pedrarias el castellano.
Don Diego que vido aquesto
Toma la vara en la mano,
Dijo á voces: — ¡Ah Zamora!
¿Donde estás, Arias Gonzalo?
Envia el hijo segundo,
Que el primero ya es finado. —
Envió el hijo segundo
Que Diego Arias es llamado.
Tornára á salir don Diego
Con armas y otro caballo,
Y diérale fin á aqueste
Como al primero le ha dado.
El conde viendo á sus hijos
Que los dos le han ya faltado,
Quiso enviar al tercero,
Aunque con temor doblado:
Llorando de los sus ojos
Dijo: — Ve, mi hijo amado,
Haz como buen caballero
Lo que tú eres obligado:
Pues sustentas la verdad,
De Dios serás ayudado,
Venga las muertes sin culpa
Que han pasado tus hermanos. —
Hernan D'arias, el tercero,
Al palenque habia llegado,
Mucho mal quiere á don Diego,
Mucho mal y mucho daño.
Alzó la mano con saña,
Un gran golpe le habia dado
Mal herido le ha en el hombro,
En el hombro y en el brazo.
Don Diego con el su estoque
Le hiriera muy de su grado,
Hiriéralo en la cabeza,
En el casco le ha tocado.
Recudió el hijo tercero
Con un gran golpe al caballo,
Que hizo ir á don Diego
Huyendo por todo el campo.
Así quedó esta batalla
Sin quedar averiguado
Cuáles son los vencedores,
Los de Zamora ó del campo.
Quisiera volver don Diego
A la batalla de grado,
Mas no quisieron los fieles,
Licencia no le han dado.

IX.—*(Anónimo.)*

Ante los nobles y el vulgo
Dese pueblo zamorano
Hablando con Diego Ordoñez
Está el viejo Arias Gonzalo.
En las palabras que dice
Con pecho feroz y airado
Arias demuestra su enojo,
Y Ordoñez su pecho hidalgo.
— Cobarde, el viejo le dice,
Animoso con muchachos,
Pero con hombres de barba
Temido cual liebre al galgo;
Si yo á batalla saliera
No viviérades ufano,
Ni trajera por mis hijos
Aqueste capuz cerrado,
Que por vos el de Vivar
Le trajera cual le traigo,
Siendo la menor hazaña
Que se aplicára á mi brazo,
Pues bien sé que sois, Ordoñez,
Mas arrogante que bravo,
Y sabeis que en todo tiempo
Obro mas de lo que hablo,
Y con aquesto sabeis
Que por miedo el rey don Sancho
Estorbó que los tres condes
No entráran conmigo en campo,
Contando mis valentías
Cuando dijo al zamorano:
« Mete hierro y saca sangre
Y espolea ese caballo; »
Y cuando maté á los dos,
Por el que se fué escapando
Cual si yo fuera el vencido
Quedé mi barba mesando;
Y tambien como los condes,
Porque fueron tan osados,
Del encuentro de mi lanza
Volaron de los caballos,
A cuya causa las damas
Bajaron de los andamios,
Y á competencia mi cuello
Enlazaron con sus brazos,
Por los que dieran mancebos
Sus tiernos y verdes años,
Movidos solo de envidia
De los deste viejo cano.
Tambien tendredes memoria
De cuando con diez paganos
Tuve solo escaramuza

Dando de diez, nueve al campo;
Y con aquesta noticia
De cuando vencí á Albenzaidos,
Saliendo de industria á pié
Y el diestro moro á caballo,
Cuando le dejé la vida
Porque dijo: « Arias Gonzalo,
Mas vale ser tu vencido
Que ser vencedor de un campo.»
Y otros hechos valerosos
Que el mundo dice y yo callo,
Porque en infinito tiempo
No hay tiempo para contallo.
Porque de pavor no mueras
Aqueste estoque no arranco,
Que está de un millon de muertos
Boto y de sangre esmaltado.
Estas honrosas hazañas
Por tu infamia y mi honor saco;
Las tuyas son que mataste
Un rapaz y otro muchacho. —
El cortés don Diego Ordoñez
Templóse de cortesano;
Respondiendo á voces altas,
Con órgano humilde y bajo;
Y con el rostro risueño,
Un poco torcido el brazo,
De codo sobre la espada,
Y el rostro sobre la mano,
Le dice: — Aquesas proezas
Y esos hechos soberanos,
El cielo y tu buena suerte
Se las concedió á tu brazo:
En tu causa soy testigo,
Y por serlo en razon valgo,
Y tú en las mias no vales
Por testigo apasionado,
Y aunque puedo referirte
Valentías y hechos raros
Que casi imitan los tuyos,
Aunque á los tuyos agravio,
Solo diré por honrarme
Con lo que me has deshonrado,
Que les dí muerte á dos hijos
Del que ha sido tan honrado
Que se ha atrevido á venir
Al real de su contrario.
Repórtate, Gonzalo Arias,
Repórtate, Arias Gonzalo. —
El viejo que ya tenia
El corazon desfogado,
Conoció haber emprendido
Un hecho muy temerario;
Desto y del valor de Ordoñez
Viéndose tan obligado,
Profesando su amistad
Le pide la amiga mano.
Dióla don Diego de Lara
Con un semblante gallardo,
Y tras darla, el uno al otro
Enreda y cruza los brazos.
Celebran las amistades
Todos y el Cid castellano,
Y con esto dió la vuelta
A Zamora Arias Gonzalo.

x. — *(Anónimo.)* (36)

Sembrado está el duro suelo
De la sangre zamorana
De los tres hijos queridos
Del buen viejo Gonzalo Arias:
Sembrado está el duro suelo
De las piezas de las armas,
Y del batir de los golpes
Surcada la empalizada.
Rodrigo Arias queda muerto
En medio de la estacada,
Y su caballo á don Diego
Sacó fuera de la raya,
Y aun el animoso Ordoñez
Volver quiere á la batalla
Para lidiar con los dos
Que por vencer le quedaban.
El viejo Arias armado
Furioso empuña la lanza,
Que quiere vengar con ella
Tanta sangre derramada.
Con la voz ronca y horrible
Por medio de todos pasa,
Y al matador de sus hijos
Dice airado estas palabras:
— Pues la sangre, ardiente jóven,
Crudo lobo, no te harta,
Mata tu sed con la mia,
De un viejo que te desama
Que yo beberé la tuya
Con que mitigue mi saña,
Y acompañaré mis hijos
En la muerte por su patria.

xi. — *(Anónimo.)*

Por aquel postigo viejo,
Que nunca fuera cerrado,
Ví venir pendon bermejo
Con trecientos de á caballo:
En medio de los trecientos
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataud de palo,
Y dentro del ataud
Venia un cuerpo finado
Que era el de Fernando D'arias,
El hijo de Arias Gonzalo.
Llorábanle cien doncellas,

Todas ciento hijasdalgo,
Todas eran sus parientas
En tercero y cuarto grado,
Las unas le dicen primo,
Otras le llaman hermano,
Las otras decian tio,
Otras lo llaman cuñado,
Sobre todas lo lloraba
Aquesa Urraca Hernando.
¡Y cuán bien que las consuela
Ese viejo Arias Gonzalo!
—¿Porqué llorais, mis doncellas?
¿Porqué haceis tan grande llanto?
No lloreis así, señoras,
Que no es para llorallo,
Que si un hijo me han muerto
Aquí me quedaban cuatro;
No murió por las tabernas
Ni á las tablas jugando,
Mas murió sobre Zamora
Vuestra honra bien guardando:
Murió como caballero
Con sus armas peleando.

CUARTA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID,

QUE TRATA DE SUS HECHOS

DURANTE

EL REYNADO DE ALFONSO VI EL BRAVO, Y DE SU MUERTE.

1.—(*Anónimo.*) (37)

Doña Urraca, aquesa infanta,
Mensageros ha enviado
Que vayan con las sus cartas
A don Alfonso su hermano,
El cual estaba en Toledo
Del rey moro acompañado.
Toman caballos y postas
Los mas ligeros y flacos,
Caminan dias y noches
Con camino apresurado:
Llegaron presto á Toledo,
En un lugar muy poblado,
Olías habia por nombre,
Olías el saqueado,
Toparon á Peranzures,
Un caballero afamado
Que en libertar á su rey
Mucho tiempo ha trabajado:
Llamára los mensageros
En un lugar apartado,
Cortárales las cabezas,
Las cartas les ha tomado,
Fuérase para Toledo
Sin á nadie haber topado:
Fuése para don Alfonso
Que dél era muy amado,
Contóle toda la muerte
Que fué dada al rey don Sancho,
Y como por él venian
Para dalle su reinado;
Que lo tuviese secreto
Porque al rey parte no ha dado.
Respondió el rey que sí haria,
Que no tuviese cuidado.
Fuérase el rey don Alfonso,
Cuando deste se ha apartado,
A ese rey Alimaimon,
Que á Toledo habia tomado;
Díjole secretamente
Todo lo que habia pasado,
Porque siempre don Alfonso
Fué discreto y avisado,
Y pensó que si estas nuevas
De otro el rey fuese informado,
Que no le vendria bien,
Sino mucho mal y daño.
Pero respondióle el rey
Con gran placer que ha tomado:
—Yo te doy mi fe y palabra
Que tu Dios te ha consejado,
Porque tengo en los caminos
Mucha gente de caballo
Que te guarden las salidas
Y las entradas y pasos:
Si salieras sin licencia
Tú fueras despedazado,

Mas pues eres tú tan fiel,
Galardon te será dado. —
Sentáronse en una mesa
Y el ajedrez han tomado:
Juega tanto don Alfonso
Que el rey estaba enojado,
Tres veces le dijo: — Vete,
Vete y salte del palacio. —
Don Alfonso muy contento
Fuése á su casa de grado,
Fuése con él Peranzures,
Que desto mucho se ha holgado.
Toma sogas y maromas
Por salvar del muro abajo,
Afuera caballos tienen,
Todos están en el campo.
Sálense á la media noche
Que está todo asosegado,
Cubierto con las estrellas
Y con la luna alumbrado.
Bajan por Sant Agustin,
Un monasterio cercado,
Cerca está de la ribera
De aquese rio de Tajo,
Sálense hácia la vega
Y en el camino han entrado;
No paran noche ni dia,
Porque no hayan de alcanzallos:
Llegan muy presto á Zamora
Que es pueblo muy bien cercado,
Sus vasallos lo reciben,
Aunque no le habian jurado.
Hablando está con su hermana
De la muerte de su hermano,
Cuando salió un caballero
Que Ruy Diaz es llamado:
Este nunca habia querido
A su rey besar la mano,
Hasta que por juramento
Pruebe ser libre y salvado
De la muerte que fué duda
A su hermano el rey don Sancho,
Porque nadie de los suyos
Nunca en esto ha sido osado
De tomar tal juramento
Sino el Cid, que es muy honrado.
En esto respondió el rey,
Bien oireis lo que ha hablado:
— ¿Cuál causa, vasallos mios,
Cual es la causa y pecado
Que solo Ruy Diaz queda
Que no me besa la mano?
Yo siempre le hice honra
Como mi padre ha mandado,
Siempre le hice mercedes,
De todos es mas privado. —
Allí respondiera el Cid
Con semblante mesurado:
— Don Alfonso, don Alfonso,
Por fuerza teneis vasallos,
Que todos tienen sospecha
Que vos solo sois culpado
De la muerte que fué dada
A vuestro hermano en el campo,
Y cualquier que me quisiere
Por contino y por vasallo
Pagaráme muy buen sueldo,
Y sino soy libertado,
Que ser siervo de traidores
No me cumple ni es mi grado:
Vos hareis el juramento
Que todos han demandado. —
Mucho se holgó el rey
De lo que el Cid ha hablado:
— Dios os ponga en honra, el Cid,
En gran honra y gran estado.
Ruego á la Vírgen María
Y á su Hijo muy amado
Que muriese por tal muerte
Como murió el rey don Sancho,
Si fuí en dicho ni en hecho
De la muerte de mi hermano,
Aunque como sabeis todos
Me tuvo el reino forzado:
Por tanto os ruego, señores,
Como amigos y vasallos,
Que deis órden y manera
Como desto sea librado. —
Allí respondieran todos
Sus vasallos y criados:
— Este juramento, el rey,
En Búrgos debreis jurarlo,
En Santa Agueda la Iglesia
Do juran los hijosdalgo,
Vos y doce caballeros
De los vuestros toledanos. —
Él fué desto muy contento
Y luego lo hace de grado.
En Santa Agueda de Búrgos
Estaba el rey asentado
Cuando se llegó el Cid
Con un libro en la su mano,
En que están los evangelios
Y un crucifijo pintado:
Comienza desta manera,
Desta manera ha hablado:
— Todos venis con el rey
Porque jure y sea librado:
Si cualquiera de vosotros
En aquesto habeis estado,
O si vos, rey don Alfonso,
De cruel muerte seais matados.
— Amen, amen, dijo el rey,
Que de tal no soy culpado. —
Los sus vasallos entonces
Las llaves le han entregado;

Alzáronlo por su rey,
Todos le besan las manos,
A todos hace mercedes,
De todos es muy amado.

II.—*(Anónimo.)*

En Toledo estaba Alfonso,
Que non cuidaba reinar,
Desterrárale don Sancho
Por su reine le quitar.
Doña Urraca á don Alfonso
Mensagero fué á enviar,
Las nuevas que le traian
A él gran placer le dan.
— Rey Alfonso, rey Alfonso,
Que te envian á llamar;
Castellanos y leoneses
Por rey alzado te han
Por la muerte de don Sancho
Que Vellido fué á matar:
Solo entre todos Rodrigo,
Que no te quiere acetar,
Porque amaba mucho al rey
Quiere que hayas de jurar
Que en la su muerte, señor,
No tuviste que culpar.
— Bien vengais, los mensageros,
Secretos querais estar,
Que si el rey moro lo sabe
Él aquí nos detendrá.—
El conde don Peranzures
Un consejo le fué á dar,
Que caballos bien herrados
Al reves habian de herrar.
Descuélganse por el muro,
Sálense de la ciudad,
Fueron á dar á Castilla
Do esperándolos están.
Al rey le besan la mano,
El Cid no quiere besar,
Sus parientes castellanos
Todos juntado se han.
— Heredero sois, Alfonso,
Nadie os lo puede negar,
Pero si os place, señor,
Non vos debe de pesar
Que nos fagais juramento
Cual vos lo quieren tomar,
Vos y doce de los vuesos,
Los que vos querais nombrar,
De que en la muerte del rey
Non tenedes que culpar.
— Pláceme, los castellanos,
Todo os lo quiero otorgar. —
En Santa Gadea de Búrgos
Allí el rey se va á jurar,
Rodrigo tomó la jura
Sin un punto mas tardar,
Y en un cerrojo bendito
Le comienza á conjurar:
— Don Alfonso, y los leoneses,
Veníos vos á salvar
Que en la muerte de don Sancho
Non tuvisteis que culpar,
Ni tampoco della os plugo,
Ni á ella disteis lugar:
Mala muerte hayais, Alfonso,
Si non dijerdes verdad,
Villanos sean en ella
Non fidalgos de solar,
Que non sean castellanos
Por mas deshonra vos dar,
Sino de Asturias de Oviedo
Que non vos tengan piedad.
— Amen, amen, dijo el rey,
Que non fuí en tal maldad. —
Tres veces tomó la jura,
Tantas le va á preguntar.
El rey viéndose afincado,
Contra el Cid se fué á airar:
— Mucho me afincais, Rodrigo,
En lo que no hay que dedar,
Cras besarme heis la mano
Si agora me haceis jurar.
— Sí señor, dijera el Cid,
Si el sueldo me habeis de dar
Que en la tierra de otros reyes
A fijosdalgos les dan;
Cuyo vasallo yo fuere
Tambien me lo ha de pagar,
Si vos dármelo quisiéredes
A mi placer me vendrá. —
El rey por tales razones
Contra el Cid se fué á enojar,
Siempre desde allí adelante
Gran tiempo le quiso mal.

III.—*(Anónimo.)*

Hizo hacer al rey Alfonso
El Cid un solemne juro
Delante de muchos grandes
Que se hallaron en Búrgos.
Mandó que con él viniesen
Doce caballeros suyos
Para que con él jurasen
Cada cual uno por uno
En la muerte de don Sancho
Que lo mataron seguro
En el cerco de Zamora
A traicion y junto al muro.
Y cuando en el templo santo
Estuvieron todos juntos,
Levantóse del escaño
El Cid, y aquesto propuso:

— Por aquesta santa casa
Donde estamos ende ayuso,
Que digades la verdad
De aquesto que vos pregunto.
Si vos, rey, fuisteis la causa,
O de los vuesos alguno,
En la muerte de don Sancho,
Hayais la muerte que él hubó. —
Todos dijeron: Amen;
Mas el rey quedó confuso,
Pero por cumplir el voto,
Respondió: — Lo mesmo juro. —
Fincó la rodilla en tierra
Por facer la corte ayuso,
El Cid delante de todos
Al rey le fabla sesudo:
— Si ayer non vos besé mano,
Mi rey, á ello fuí tenudo,
Mas agora vos la beso
Con todo mi grado y gusto.
En esto que aquí he fablado
No os he fecho agravio alguno,
Que esto debiera al rey Sancho
Como leal vasallo suyo,
Y si aquesto non ficiera
Yo quedára por perjuro,
Et non por buen caballero
Me tuviera todo el vulgo.

IV. — *(Anónimo.)* (38)

En Santa Agueda de Búrgos
Do juran los hijosdalgo,
Le tomaban jura á Alfonso
Por la muerte de su hermano.
Tomábasela el buen Cid,
Ese buen Cid castellano,
Sobre un cerrojo de fierro
Y una ballesta de palo,
Y con unos evangelios
Y un crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes,
Que al buen rey ponen espanto:
— Villanos mátente, Alfonso,
Villanos, que no fidalgos,
De las Asturias de Oviedo
Que no sean castellanos;
Mátente con aguijadas
No con lanzas ni con dardos,
Con cuchillos cachicuernos
No con puñales dorados,
Abarcas traigan calzadas
Que no zapatos con lazo,
Capas traigan aguaderas
No de contray ni frisado,
Con camisones de estopa
No de holanda, ni labrados,
Cabalguen en sendas burras
Que no en mulas ni en caballos,
Frenos traigan de cordel
Que no cueros fogueados,
Mátente por las aradas
Que no en villas ni en poblado,
Saquente el corazon vivo
Por el siniestro costado,
Si no dices la verdad
De lo que eres preguntado,
Sobre si fuiste ó no
En la muerte de tu hermano. —
Las juras eran tan fuertes
Que el rey no las ha otorgado:
Allí habló un caballero
Que del rey es mas privado:
— Haced la jura, buen rey,
No tengais deso cuidado,
Que nunca fué rey traidor,
Ni papa descomulgado. —
Jurado habia el buen rey
Que en tal nunca fué hallado;
Pero tambien dijo presto
Malamente y enojado:
— Muy mal me conjuras, Cid,
Cid, muy mal me has conjurado,
Porque hoy le tomas la jura
A quien has de besar mano.
Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado,
Y no vengas mas á ellas
Dende este dia en un año.
— Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa
Que mandas en tu reinado:
Por un año me destierras,
Yo me destierro por cuatro. —
Ya se partia el buen Cid
A su destierro de grado
Con trecientos caballeros,
Todos eran hijosdalgo,
Todos son hombres mancebos,
Ninguno allí no habia cano,
Todos llevan lanza en puño
Con el fierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado,
Y no le faltó al buen Cid
Adonde asentar su campo.

V. — *(Anónimo.)*

Fincad ende mas sesudo,
Don Rodrigo, con vos fablo,
Catad que soy vuestro rey
Maguer que no esté jurado,
Y este cerrojo de hierro
Y esta ballesta de palo,

Como fincan en mi jura
Fincan tambien en mi agravio.
Yo fago testigo á Dios
Y á nuestro patron Santiago,
Que non he sido traidor
En la muerte de don Sancho.
Non mostreis con ser sañudo
Ser, Rodrigo, apasionado,
Que magüer que haya razon
Se ha de humillar el vasallo.
Si con las huestes, Rodrigo;
Fincades sañudo y bravo,
Sed con los reyes humilde,
Y sereis mas estimado.
Non eclipseis con la lengua
Los fechos de vuestros brazos,
Que el fablar sin ocasion
Es de homes afeminados.
Bien se me lembra del tiempo
Que como noble soldado
Habeis servido en las lides
A mi padre don Fernando,
Mas non vos ensoberbezcan
Los triunfos que heis alcanzado,
Que es la jactancia un borron
Que borra fechos muy claros.
Decis que si parte he sido
En la muerte de mi hermano
Que me den villanos muerte,
Fablais bien, serán villanos:
Non fincará contra rey
Ningun vasallo fidalgo;
Que un fidalgo nunca emprende
Facer tal desaguisado.—
Esto dijo don Alfonso
Teniendo puesta la mano
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo.

XL.—*(Anónimo.)*

Por la muerte que le dieron
En Zamora al rey don Sancho
Han jurado al rey Alfonso
Los hombres buenos y honrados
Castellanos y leoneses,
Con gallegos y asturianos.
El Cid rehusa la jura
Y así el buen rey le ha fablado:
—Decid, ¿porqué non quereis,
Buen Cid, besarme la mano
Pues que lo han hecho los grandes
Cuantos hay en mi reinado?—
El Cid respondió:—Señor,
Ficiéralo de buen grado,
Si no fuera por el vulgo
Que gran sospecha ha tomado
Que por vuestra órden y mia
A traicion murió don Sancho.
Para que mejor se entienda
La verdad y lo contrario,
Es bien que fagais la jura
En un altar consagrado
De que nunca hubiste parte
En fecho tan feo y malo.—
El rey fué contento desto,
Y en un altar consagrado
Ambas las dos manos puso
Sobre un evangelio santo,
Diciendo non haber parte
En la muerte de su hermano.
El Cid tres veces repite,
Por lo que el rey enojado
Le dijo:— Basta que hagais
Lo justo y no demasiado,
Pero yo juro y prometo
Que presto me haga vengado.
—Buen rey, faced vuestra guisa,
Respondió el Cid sosegado,
Que yo tengo hecho mi oficio
Como caballero honrado.

XLI.—*(Sepúlveda.)*

Ese buen Cid Campeador
Ya se parte de Castilla:
Por mando del rey Alfonso
Lleva su mensagería
A Almucanis, ese moro,
Rey de Córdoba y Sevilla,
Para que le den las parias
Pasadas que le debia.
En Sevilla estaba el Cid
Faciendo á lo que venia.
Mudafar, rey de Granada,
A Almucanis mal queria,
Caballeros castellanos
Mudafar consigo habia,
Son de los mas estimados
Que habia dentro en Castilla:
Don García Ordoño el uno
Que conde todos decian,
Fernan Sanchez era el otro,
Yerno del rey don García,
Y Lope Sanchez su hermano
Estaba en su compañía,
Y otro caballero honrado,
Diego Perez se decia:
Ellos con grandes poderes
Con el Mudafar venian
Contra Almucanis, el rey
Que pechero es de Castilla.
El Cid cuando aquesto supo
Mucho pesado le habia,
Enviárales sus cartas
Y en ellas así decia:

« Que non vengan con su gente
« Contra el reino de Sevilla,
« Que es pechero al rey Alfonso
« Con quien amistad tenia:
« Y si lo quieren facer,
« Que su rey ayudaría
« A Almucanis su vasallo,
« Que otra cosa no pedia. »
Recibido han las cartas,
Mas en nada las tenian:
Entran en tierras del rey,
Del rey moro de Sevilla,
Quemando van y estragando
Fasta Cabra aquesa villa.
El Cid cuando aquesto supo
Contra ellos se partia:
Moros llevaba consigo,
Cristianos los que podia.
Las huestes se habian juntado,
El Cid mataba y heria:
Muy reñida es la batalla,
Durado ha casi un dia,
Fasta que venciera el Cid
Y en huida los ponia.
A caballeros cristianos
El buen Cid muchos prendia,
De moros non habia cuenta
Los que cautivado habia.
Tres dias tuviera presos
Los cristianos que vencia;
Volvióse con gran despojo
A Sevilla do partia:
Almucanis dió las parias
Y á Castilla se volvia.
Mucho plugo al rey Alfonso
De lo que el Cid fecho habia,
Y de aquel dia adelante
Al Cid *Campeador* decian.

VIII. — (*Anónimo.*)

Fablando estaba en el claustro
De San Pedro de Cardeña
El buen rey Alfonso al Cid,
Despues de misa, una fiesta:
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo
Que amor disculpa y condena.
Propuso el buen rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca,
Y Rodrigo mesurado
Le dice desta manera:
— Nuevo sois, el rey Alfonso,
Nuevo rey sois en la tierra,
Antes que á guerras vayades
Sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
Por los reyes que se ausentan,
Que apenas han calentado
La corona en la cabeza:
Y vos no estais muy seguro
De la calumnia propuesta
En la muerte de don Sancho
Sobre Zamora la Vieja,
Que aun hay sangre de Vellido,
Magüer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo
Si le pagan fará treinta. —
Bermudo en lugar del rey
Dice al Cid: — Si vos aquejan
El cansancio de las lides
O el deseo de Jimena,
Idvos á Vivar, Rodrigo,
Y dejadle al rey la empresa,
Que homes tiene tan fidalgos
Que non volverán sin ella.
— ¿Quien vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Fraile honrado, á vos agora
La vuesa cogulla puesta?
Subidvos á la tribuna
Y rogad á Dios que venzan,
Que non venciera Josué
Si Moisés non lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el rey sosiegue su casa
Antes que busque la agena,
Que non me farán cobarde
El mi amor, ni la mi queja,
Que mas traigo siempre al lado
A Tizona, que á Jimena.
— Home soy, dijo Bermudo,
Que antes que entrára en la regla,
Si non vencí reyes moros,
Engendré quien los venciera;
Y agora en vez de cogulla,
Cuando la ocasion se ofrezca,
Me calaré la celada
Y pondré al caballo espuelas.
— Para fugir, dijo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea,
Que mas de aceite que sangre
Manchado el hábito muestra.
— Calledes, le dijo el rey,
En mal hora, que no en buena;
Acordárseos debia
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
Que farán fablar las piedras,
Pues por cualquier niñería
Faceis campaña la iglesia. —
Pasaba el conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el rey por facer mesura

Acompañóla á la puerta.

IX.—*(Anónimo.)*

Si atendeis que de los brazos
Vos alce; atended primero
Si no es bien que con los mios
Cuide subirvos al cielo:
Bien estais afinojado.
Que es pavor veros enhiesto,
Que asiento es asaz debido
El suelo de los soberbios:
Descubierto estais mejor
Despues que se han descubierto
De vuesas altanerías
Los mal guisados escesos.
¿En que os habeis empachado
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las córtes,
Puesto que córtes se han fecho?
¿Porque, siendo cortesano,
Traeis la barba y cabello
Descompuesto y desviada
Como los padres del yermo?
Pues aunque vos lo pregunto
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuesas mañas
Y el semblante falagüeño;
Querreis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos
Non cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo,
Al de Alcalá contrallasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuviérades por muy vueso.
A los fronterizos moros
Diz que teneis por tan vuesos
Que os adoran como á Dios;
¡Grandes algos habreis dellos!
Cuando en mi jura os hallasteis,
Despues del triste suceso
Del rey don Sancho mi hermano
Por Vellido traidor muerto,
Todos besaron mi mano
Y por rey me obedecieron,
Solo vos me contrallasteis
Tomándome juramento:
En Santa Gadea lo fice
Sobre los cuatro evangelios,
Y en el balleston dorado
Teniendo el cuadrillo al pecho.
Matárades á Vellido
Si ficiérais como bueno,
Que no ha faltado quien dijo
Que tuvistéis asaz tiempo:
Fasta el muro lo seguisteis,
Y al entrar la puerta dentro
Bien cerca estaba quien dijo
Que non osasteis de miedo:
Y nunca fueron los mios
Tan astutos y mañeros
Que cuidasen que don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió porque á Dios le plugo
En su juicio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis reinos vos destierro.
Yo tendré vuesos condados
Fasta saber por entero,
Con acuerdo de los mios,
Si confiscárvoslos puedo.
Non repliquedes palabra,
Que vos juro por san Pedro
Y por san Millan bendito
Que vos enforcaré luego.—
Estas palabras le dijo
El rey don Alfonso el Sesto,
Inducido de traidores,
Al Cid, honor de sus reinos.

X.—*(Anónimo.)*

Téngovos de replicar
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Menos mal será enforcarme
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra homildoso
A guisa de vueso siervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuesos.
Cúbranse y non vos acaten
Los ociosos falagüeños,
Que magüer yo non lo soy
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo córtes
Desde antaño por invierno,
Diz que por la pro comun,
O por los vuesos provechos:
Vos en Leon las ficisteis,
Pero yo en los campos yermos
Faciendo las mias, deslice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
Non lo que fice primero,
Y es mal juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el moro de allende

Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta
Non vos guardará respeto.
Asaz me semejais blando,
Porque de tiempo tan luengo
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento:
Mentirá el que me achacare
Del traidor Dolfos el tuerto,
Pues sabedes lo que fué
Y lo que fice en el reto;
Ademas que sin espuelas
Cabalgué entonces por yerro:
Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo pecho.
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vueso,
Y de lo que hube ganado
Vos fice señor y dueño,
Non me lo confiscaredes
Vos, ni vuesos consejeros,
Que mal podredes tollerme
La facienda que non tengo.
De hoy mas seré facendoso,
Pues hoy de vos me destierro,
Y de hoy para mí me gano,
Pues hoy para vos me pierdo. —
Estas palabras decía
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del rey don Alfonso el Sesto.

XI.—*(Anónimo.)*

Del rey Alfonso se queja
Ese buen Cid castellano
Por la injusta paga y premio
Que á sus servicios ha dado.
Dice entre airado y furioso,
El rostro triste y turbado:
—No te llamo, rey, injusto,
Porque al fin soy tu vasallo,
Ni porque me desterraste
De tu reino y mi condado,
Solo porque me perdí
En hacer tu gusto y grado.
Mal quisto estoy con el mundo
Por acrecentar tu estado,
Y por suplir tus flaquezas,
Dicen que robo y que mato
Esos falsos consejeros
Que te están aconsejando,
Corderos en la apariencia,
Y lobos en los estragos.
¡Oh cuán fáciles te hacen
Mil dificultosos casos,
Que quizá sin mi presencia
Resultarán en mil daños!
Acuérdate, rey Alfonso,
Que soy el Cid tu vasallo,
Mas presto para servirte
Que tú para darme el pago
De mis honrados servicios:
Aunque tú me has desterrado,
Movido, segun entiendo,
De que estoy atesorando,
Y sin mirar que si tengo
Algo, todo lo he ganado
A trueco de sangre y fuerza,
De mi cuerpo y de mi brazo,
Y no viviendo en el ocio
Que hay en tu real palacio,
Donde se pasan los dias
En hacer grandes estragos,
No en los moros fronterizos,
Sino en deshonrar hidalgos.
No quiero ya los favores,
Rey, de todos tus privados,
Que sin ellos los tendré
De muchos buenos hidalgos. —
Esto decia Rodrigo
Cuando estaba aparejando
Lo necesario y forzoso
Para salir desterrado.

XII.—*(Anónimo.)*

De palacio sale el Cid
Sentido de una palabra,
Que quien palabras no siente
El sentimiento le falta.
Las manos tuerce furioso,
Aunque no por castigarlas,
Porque contra su cabeza
Sus manos no se levantan.
Hechos dos Etnas los ojos
Brotan fuego y vivas llamas,
Porque en ellos como en lienzo
Pinta su pasion el alma.
Erizados los cabellos,
Revuelta la barba cana,
Que el tiro de la deshonra
Descompone barbácanas.
Paséase sin compas
Y alterada voz levanta,
Que el corazon con decir
Su pesadumbre descansa:
— Mal fablastes de mí, el rey,
Con voz muy desentonada;
Yo palabra non vos dije,
Ca por mí mis obras fablan,
Y fablára mi Tizona
Por mi honor y por su fama,
Sino que el ser vos quien sois
La enmudece en la su vaina.
Vuestra fabla, rey Alfonso,

A mi fama non la infama,
Ca el señor á su vasallo
Aunque mas diga no agravia.
Desterraisme de mi tierra,
Desto non me finca saña,
Ca el hombre bueno fidalgo
De tierra agena hace patria.
Están muchos envidiosos
Junto á vos de mis fazañas,
Ca de ordinario la envídia
A la virtud acompaña.
Dicen entre jug'erías
Razones desaguisadas,
Y porque non vomite-les
Va la píldora dorada.
Mil mentiras falagüeñas,
Non verdades, á vos fablan,
Ca una vegada bregaron
La verdad é la privanza.
Non sentiredes mi mengua
Fasta la primer batalla,
Ca el bien non es conocido
Fasta que nos face falta.—
Esto dijo el Cid Ruy Diaz
Cuando en Babieca cabalga,
Y hácia Valencia camina,
Tierra rica, hermosa y llana.

XIII. — *(Anónimo.)*

Grande saña cobró Alfonso
Contra el buen Cid castellano,
Porque le tomó la jura
De la muerte de su hermano;
Encubrió la su enemiga,
Aguardó á hacerse vengado.
El rey moro de Toledo,
Que Halí Maimon es llamado,
Del Cid se quejára al rey
Que en su reino se habia entrado,
Y hasta dentro de Toledo
Sus moros ha cautivado:
Siete mil son los cautivos,
Sin otro mucho ganado.
Mucho al rey Alfonso pesa,
Contra el Cid estaba airado
Mucho mas que antes estaba;
Con el rey lo habian mezclado
Por envidia que le tienen
Los grandes de su reinado.
Escribióle el rey al Cid
Que salga de su reinado
Dentro de los nueve dias,
Que mas no le da de plazo.
El buen Cid á sus parientes
Las cartas les ha mostrado,
Todos se quejan del rey
De haberlo tan mal mirado,
Desterrando un caballero
Tan valiente y esforzado,
Que muy bien habia servido
A él, á su padre, y su hermano:
Ofrécense de ir con él
A lo servir muy de grado,
Y que todos moririan
Con él juntos en el campo.
El Cid les agradecia
La palabra que le han dado,
Y otro dia salió el Cid
De Vivar, que era su estado,
con toda su compañía
Con ánimos esforzados:
Volvióse á sus caballeros
Y esto les está fablando:
— Amigos, si á Dios pluguiese
Que á Castilla nos volvamos,
Dígovos que tornaremos
Todos muy ricos y honrados.

XIV. — *(Anónimo.)*

Obedezco la sentencia,
Magüer que non soy culpado,
Pues es justo mande el rey
Y que obedezca el vasallo;
Y plegue á Nuesa Señora
Que vos faga aventurado,
Tal que non echedes menos
La mi espada ni el mi brazo.
Bien cuido que non vos mueve
Servos yo desaguisado,
Sé que envidiosos á veces
Manchan los pechos fidalgos:
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.
Esos bravos infanzones
Que comen á vueso lado,
Consejeros mentirosos,
Lidiadores en palacio,
¿Cómo non vos acorrieron
Cuando preso vos llevaron,
Y cuando yo vos quité
Solo á trece en medio el campo?
Sinon que á rienda suelta
Fuyeron los amenguados
Donde mostraron tener
Lengua asaz y pocas manos:
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.
Membradvos, rey don Alfonso,
De lo que agora vos fablo
Vos con saña, yo sesudo,
Vos vengado y yo agraviado,
Que yo fago pleitesía
A san Pedro y á san Pablo
De mezclar, Dios en ayuso,

Mi huesto con los paganos,
Y si finco vencedor
Poner á vueso mandado
Los castillos y fronteras,
Pueblos, haberes, vasallos:
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.

XV. — *(Anónimo.)*

Escuchó el rey don Alfonso
Las palabras halagüeñas
Del Cid en su despedida
Cuando se partió á la guerra,
Y dijo á sus infanzones:
— Hoy deja nuestras banderas
El home mas animoso
Que sangre de moros riega,
Y aunque parezca osadía
El fablar con tantas veras,
Non fueron atrevimientos
Supuesto que lo asemejan.
Los amorios del alma
En el pecho do se encierran
Lealtad y amor, con su rey
Tienen para hablar licencia.
Alongado va al destierro,
Y veo que en su presencia
Es solo un home el que parte
Y mil voluntades lleva;
Y cuido que un buen guerrero
Cuando de su rey se ausenta
Reprochado de su corte
Se ha de tener á la agena.
Que de un edificio grande
Si se le rompe una piedra,
Por solo su desencaje
Se suele venir á tierra.
No hay folgarse entre los reyes,
Que nunca los reyes fuelgan
Cuidando el pro de sus reinos
Y haciendo en los lueñes guerra.
Si fidalgos con la espada
Por su rey en lides entran,
El rey con espada y alma
Anda, padece y pelea.
Gran lidiador es el Cid,
Fuerte y noble en gran manera,
Pero si no es homildoso
¿De Dios y del rey qué espera?
Conviene que el Cid se alongue
Y dirán en lueñes tierras,
Que Alfonso face justicia
Y en castigo á nadie escepta.

XVI.—*(Anónimo.)*

Don Rodrigo de Vivar
Está con doña Jimena
De su destierro tratando,
Que sin culpa le destierran.
El rey Alfonso lo manda,
Sus envidiosos se huelgan,
Llórale toda Castilla
Porque huérfana la deja.
Gran parte de sus haberes
Ha gastado el Cid en guerra,
No halla para el camino
Dinero sobre su hacienda.
A dos judíos convida,
Y sentados á su mesa
Con amigables caricias
Mil florines les pidiera.
Díceles que por seguro
Dos cofres de plata tengan,
Y que si dentro de un año
No les paga, que la vendan
Y cobren la logreria
Como concertado queda.
Dióles dos cofres cerrados
Entrambos llenos de arena,
Y confiados del Cid
Dos mil florines le prestan.
—¡O necesidad infame,
A cuantos honrados fuerzas
A que por salir de tí
Hagan mil cosas mal hechas!
Rey Alfonso, señor mio,
A traidores das orejas,
Y á los fidalgos leales
Palacios y orejas cierras.
Mañana saldré de Búrgos
A ganar en las fronteras
Algun pequeño castillo
Adonde mis gentes quepan;
Mas segun son de orgullosos
Los que llevo en mi defensa,
Las cuatro partes del mundo
Tendrán por morada estrecha.
Estarán mis estandartes
Tremolando en las almenas,
Caballeros agraviados
Hallarán guarida en ellas;
Y por conservar el nombre
De tus reinos, que es mi tierra,
Los lugares que ganare
Serán Castilla la Nueva.

XVII. — *(Anónimo.)*

Ese buen Cid Campeador,
Que Dios en salud mantenga:
Faciendo está una vigilia
En San Pedro de Cardeña,
Que el caballero cristiano
Con las armas de la iglesia

Debe de guarnir su pecho
Si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y doña Sol,
Las sus dos fijas tan bellas,
Acompañan á su madre
Ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fué la misa,
El abad y monges llegan
A bendecir el pendon,
Aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
Y en cuerpo con armas nuevas,
Del pendon prendió los cabos,
Y desta suerte dijera:
— Pendon bendecido y santo,
Un castellano te lleva
Por su rey mal desterrado,
Bien plañido por su tierra.
A mentiras de traidores
Inclinando sus orejas
Dió su prez y mis fazañas,
¡Desdichado dél y dellas!
Cuando los reyes se pagan
De falsías halagüeñas,
Mal parados van los suyos,
Luengo mal les viene cerca.
Rey Alfonso, rey Alfonso,
Esos cantos de sirena
Te adormecen por matarte,
¡Ay de tí si no recuerdas!
Tu Castilla me vedaste
Por haber folgado en ella,
Que soy espanto de ingratos
Y conmigo non cupieran.
¡Plegue á Dios que non se caigan,
Sin mi brazo, tus almenas!
Tú que sientes me baldonas,
Sin sentir me lloran ellas.
Con todo, por mi lealtad
Te prometo las tenencias
Que en las fronteras ganaren
Mis lanzas y mis ballestas,
Que venganza de vasallo
Contra el rey, traicion semeja,
Y el sufrir los tuertos suyos
Es señal de sangre buena. —
Esta jura dijo el Cid,
Y luego á doña Jimena
Y á sus dos fijas abraza:
Mudas y en llanto las deja.

XVIII. — *(Anónimo.)*

Estando cumpliendo el Cid
El destierro en que yacia,
Aquel á quien don Alfonso
Mandó salir de Castilla:
Por siniestras relaciones
Que envidiosos hecho habian
Contra el Cid, cosa ordinaria
Su propicia suerte vista,
Por que siempre al semejante
Cuyas hazañas se estiman
Le nacen fieros contrarios
Del efecto dellas mismas,
Viendo que en él y no en ellos
Con razon ponen la vista,
Y que escurece sus nombres
El que ayer no le tenia,
Como si de sus principios
No se tuviese noticia
De que fueron adquiridos
Destas tres por una via,
O por privanza con reyes,
O por letras, ó malicia,
Y que al que hoy da su valor nombre
Verle ensalzado se admiran
Sin porque, pues no es ventaja
La antigüedad de algun dia,
Y deben de presumir
Que es de sangre ilustre y limpia,
Porque la que no lo es
Nobles acciones no cria.
El sugeto valeroso
Es parage de la invidia
Do hacen presa las lenguas
Por mil diferentes vias,
Que como ven que á la fama
Con sus hazañas obligan,
Y las inútiles suyas
Hacen el fin con sus vidas,
Procuran que las agenas
No se celebren y digan,
Que las ignoren los reyes
Pretendiendo con malicia,
Queriendo tragarlo todo
Estas inmundas arpías.
Digo pues, que como el Cid
Con la paz no se entendia,
Y en los peligros mayores
Puesta llevase la mira,
Cercó á Alcocor que de moros
Era una fuerza escogida
Y la de mas importancia
En las partes fronterizas;
Pero no pudiendo entrarla
Con ásperas baterías,
Echó mano de la industria,
Que no es de menos estima
Que el valor y fortaleza
Ni de menor gloria digna,
Cosa loable en la guerra,
Codiciada y permitida.
Hizo pues para cebarlos
Que con su gente huia,
Y que levantaba el cerco

Por hambre, sed y fatigas.
Dejándose muchas tiendas
Con preseas varias, ricas,
Porque el codicioso moro
Salga y el alcance siga,
Trayendo para robarlas
Menos órden con mas prisa,
Dejando la fuerza sola
Sin quien la entrada resista:
Y fué así, que como viesen
La repentina huida,
Desamparando el castillo
En su seguimiento tiran.
Pero á pequeña distancia
Vuelve con suerte propicia
El famoso de Vivar
Que una gruesa lanza cimbra.
Y en el bravo sarraceno
Haciendo sangrienta riza,
Sin aventurar soldado
Entró la fuerza y la villa.

XIX. — *(Anónimo.)* (39)

Por aquesse rey Alfonso
El buen Cid es desterrado,
Caballeros van con él,
Trecientos son fijosdalgo.
Ganó el buen Cid á Alcocer,
Ese castillo nombrado,
Los moros en él lo cercan
Con todos sus allegados.
No salen á la batalla
Por ser muchos los pagamos;
Aquesse buen Alvar Fañez,
Que de Minaya es llamado,
A las campañas del Cid
Ansi les está fablando:
— Amigos, salidos somos
De Leon, esse reynado,
Ho tenemos nuestras tierras,
Masta aquí somos llegados,
Denester es el esfuerzo
De que sois tan abastados:
Que á non lidiar con los moros
Comemos pan mal ganado.
A ellos salgamos luego,
Firámoslos denodados,
Que ansí ganaron la honra
Los nuesses antepasados. —
El Cid la dice: — Minaya
Vos fablais como esforzado,
Y como buen caballero
Que lo sois, y muy honrado.
Mostrais bien que descendeis
De buen linage estimado,
Y que non perdieron honra,
Antes sempre la han ganado,
Y non temieron la muerte
Ni sufrir cualquier trabajo
Porque ella fuese adelante,
De quien vos tomais dechado. —
Y luego á Pedro Bermudez
La su seña le habia dado:
Díjole: — Pedro Bermudez,
Sois muy bueno y esforzado,
Por esso vos doy mi seña
Como á noble fijodalgo,
No aguijeis con ella mucho
Hasta ver el mi mandado. —
Respondió Pedro Bermudez:
— Yo os juro, buen Cid honrado,
Por Dios trino verdadero
Y el apóstol Santiago,
De la poner hoy en parte
Do jamas hubiera entrado,
Y que ella gane mas honra,
O morir como fidalgo. —
Y con muy crecido esfuerzo
Dió de espuelas al caballo,
Hirió por medio los moros,
Por medio dellos fué en salvo;
El Cid tambien los firió
Y el campo les ha ganado.

XX. — *(Anónimo.)*

Ya que acabó la vigilia
Aquel noble Cid honrado
Y dejó á doña Jimena
Y á sus dos fijas llorando,
A la vista de San Pedro
En un espacioso llano
Dijo con grande denuedo
A los que le están mirando:
— Quinientos fidalgos sois
Los que me heis acompañado,
A quien no diré lo mucho
Que os obliga el sér fidalgos;
Pero pues que me destierra
El rey por injustos casos,
Faced cuenta, mis amigos,
Que todos vais desterrados,
Y que han de guardar mi honra
Vueso valor y mi brazo,
Que aunque él ha sido injusto
No lo han de ser sus vasallos,
Antes derramar la sangre
Por vencer á los contrarios. —
Todos responden: — Buen Cid,
Vueso hablar es escusado:
Pues basta que nos mandeis
Para quedar obligados. —
Por tierras de moros entran
Muchas batallas ganando,
Rindiendo muchos castillos,

Y reyes atributando.
Tanto pudo el gran valor
De aquel noble Cid honrado
Que en poco tiempo conquista
Hasta Valencia llegando,
Donde alcanzó gran tesoro,
Y un grande presente ha enviado
Al ingrato rey Alfonso
De cien hermosos caballos,
Todos con ricos jaeces,
De diferentes bordados,
Y cien moros, que los llevan
De las riendas, sus esclavos,
Y cien llaves de las villas
Y castillos que ha ganado,
Y tambien al rey envia
Cuatro reyes sus vasallos:
Aqueste presente lleva
Ordoño su gran privado.

XXI. — *(Anónimo.)*

Mentirosos adalides
Que de las vidas agenas
Guisais plato para el gusto
De muchas sordas orejas:
Fidalgos de Villalon,
Caballeros de Valduerna,
Hombres buenos de Villalva
Y cristianos de Sanzueña:
Escuchadme si fincaredes
Con memoria, que mis quejas
Son fijas de vueso agravio
Y de vuesa culpa nietas:
Yo soy el Cid Campeador
Que finco sobre Consuegra,
Tan humilde al rey Alfonso
Cuanto á mí doña Jimena:
Yo soy aquel que mis armas,
Toda la semana entera
Non se quitan dos vegadas
Del cuerpo que las sustenta,
Y el que en las batallas crudas
Con mi lanza y mi ballesta
Soy el primero de todos,
Y que non duermo en las tiendas:
Non fago tuerto á los mios
Magüer facerlo pudiera,
Antes les entrego juntos
Los haberes y tenencias:
Peleo con la Tizona,
Non ofendo con la lengua
Por non con ella imitar
A las mal fabladas fembras:
Como en el suelo por falta
De las levantadas mesas,
Y por postres tengo asaltos,
Que son frutas que me alegran:
Non desentierro las vidas
De hombre bueno ó muger buena,
Nin digo si fué fidalgo,
Nin si ha pechado ó si pecha:
Non trato sobre comida
De facer á nadie ofensa,
Sinon de si han apretado
Bien las cinchas á Babieca:
Non me acuesto imaginando
Con mentiras quitar tierras,
Si acaso puedo las gano,
Y si non, finco sin ellas,
Y conquistando el castillo
Fago pintar en sus piedras
Las armas del rey Alfonso,
Y yo humillado á par dellas:
Lloro, cuando estoy á solas,
La mi consorte Jimena,
Que finca cual tortolilla
Sola y triste en tierra agena,
Que magüer es tierra suya
Tiene enemigos muy cerca,
Que pues lo son de su esposo,
¿Quién duda lo serán della?
Pido justicia, y mis voces
Cuido fasta el cielo llegan,
Que como son voces justas
Non dudo que llegar puedan.—
Aquesto escribe Rodrigo
A los condes de Consuegra,
A los fidalgos y ricos,
Sin honor y sin facienda.

XXII. — *(Anónimo.)*

Ese buen Cid Campeador
De Zaragoza partia,
Sus gentes lleva consigo
Y la su soña tendida
Para correr á Monzon:
A Huesca tambien corria,
A Onda con Almenar
Estragado los habia.
El rey Pedro de Aragon
Muy gran pesar recibia
Cuando supo que el buen Cid
Tan cerca de sí yacia.
Apellidára sus gentes,
Muchas son en demasía;
Llegado han á Piedra Alta,
Sus tiendas fincar facia:
A ojos está del Cid,
Mas para él no venia.
El Cid salió de Monzon
Con doce en su compañia
A holgarse por el campo
Armados de buena guisa.
Los de ese rey de Aragon

Le tuvieron puesta espía,
Caballeros eran ciento
Y cincuenta que á él salian.
El Cid lidiára con todos,
Como bueno los vencia:
Siete son los caballeros
Y caballos que prendia,
Los otros huyen del campo
Que aguardarle no querian:
Los presos piden merced,
Que los suelte le pedian,
El Cid, como es muy honrado,
Lo que piden concedia.

XXIII.—*(Sepúlveda.)*

Adofir de Mudafar
A Rueda en guarda tenia
Por el buen rey don Alfonso
Que conquerido la habia.
Almofalas, ese moro,
Con sobrada maestría
Metióse dentro el castillo,
Con él alzado se habia:
Adofir cuando lo supo
Al rey su mensage envia,
Pidiéndole su socorro
Para recobrar la villa.
El rey envió á Ramiro
Y á ese conde don García,
Con muchas gentes armadas
Que van en su compañia.
El moro cuando lo supo
Dijo el castillo daria
A ese buen rey don Alfonso,
Y que á otro no queria.
Convidóle á comer
Por hacelle alevosia
Allá dentro del castillo;
El rey temido se habia.
El infante don Ramiro
Con el conde en compañía
Entraron para comer,
Que ir el rey no queria;
Mas luego que entraron dentro
A entrambos quitan la vida
Con otros que van con ellos,
Y al rey mucho le dolia.
Túvose por deshonrado,
Y al Cid sus cartas envia,
Que estaba cerca de allí
Desterrado de Castilla.
Rodrigo que vió el mensage
Para el rey luego venia:
Caballeros fijosdalgo
Acompañado lo habian:
Cuando lo vido el buen rey
Su perdon le concedia:
Contóle lo acontecido,
Que le vengue le pedia,
Y que con él se viniese
A su reino y señoría.
El Cid le besó las manos
Por el perdon que le hacia,
Mas no lo quiso aceptar
Si el rey no le prometia
De dar á los fijosdalgo
Un plazo de treinta dias
Para salir de la tierra,
Si algun crímen cometian,
Y que fasta ser oidos
Jamas los desterraria,
Nin quebrantaria los fueros
Que sus vasallos tenian,
Nin menos que los pechase
Mas de lo que convenia,
Y que si lo tal ficiese
Contra él alzarse podian.
Todo lo promete el rey
Que nada contradecia,
Y á Castilla caminando
Rodrigo el cerco ponia.
Al moro que tal mal fizo
Por gran fambre lo prendia,
Y á todos los mas traidores
Al rey luego los envia.
El rey los ha recibido,
Dellos fizo gran justicia,
Y mucho agradece al Cid
El presente que le hacia.

XXIV.—*(Anónimo.)*

Ceñid los membrudos brazos
Al cuello que bien os quiere,
Por ser asaz de tal dueño
Que el mundo otro par no tiene:
Non rehuyais de abrazarme,
Que brazos de home tan fuerte
Desentollescen mis tierras
Y las de moros tollescen;
Facedlo, que bien podeis,
É cuidá non me manchedes,
Que aun finca en las vuesas armas
La sangre mora reciente.
No atendais tuertos que os fice,
Pues tan buen precio merecen,
Que non quise en mi servicio
Homes á quien sirven reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,
Fué porque á moros que crecen
Desterreis sus fechorías,
Y las vuesas alto vuelen.
Non vos eché de mi reino
Por falsos que vos mal quieren,
Sí porque en tieras agenas

Por vos mi poder se muestre.
De Alvar Fañez vueso primo
Recebí vueso presente,
No en feudo vueso, Rodrigo,
Sinon como de parientes.
Las banderas que ganasteis
A sarracenos de allende,
Por vuesa mandaderia
En San Pedro las veredes.
La vuesa Jimena Gomez,
Que tanto vos quiso siempre,
Porque la desmaridé
Mil pleitos contra mí tiene.
Non escucheis sus querellas.
Cuando á mí las enderece,
Que á las fembras mas astutas
Cualquier enojo las vence.
Acudid en su presencia
Que cuido que vos atiendo
Mas ganosa de vos ver
Que vos venides de verme,
Que si malos consegeros
Facen oficios que suelen,
En cambio de saludarme
Atenderedes mi muerto:
Non la atendais, home bueno,
Ansí os valga san Llorente,
Y riñas de por san Juan
Sean paz que dure siempre.
Prended al cuello los brazos,
Que vuesos brazos bien pueden
Prender en paz vueso rey,
Pues en guerra cinco prenden. —
El rey don Alfonso el Sesto
Le dice esto al Cid valiente,
Que de lidiar con los moros
Victorioso á su rey vuelve.

XXV. — *(Anónimo.)*

Fablando estaba en celada
El Cid con la su Jimena
Poco antes que se fuese
A las lides de Valencia:
— Bien saheis, dice, señora,
Como las nuesas querencias
En fe de su voluntad
Muy mal admiten ausencia;
Pero piérdese el derecho
Adonde interviene fuerza.
Que el servir al rey lo es
Quien noble sangre semeja.
Faced en la mi mudanza
Como tan sesuda fembra,
Y en vos no se vea ninguna.
Pues venis de honrada cepa.
Ocupad las pocas horas
En catar vuesas faciendas,
Un punto no esteis ociosa,
Pues es lo mismo que muerta.
Guardad vuesos ricos paños
Para cuando yo dé vuelta,
Que la fembra sin marido
Debe andar con gran llaneza.
Mirad por las vuesas fijas.
Celadlas, pero no entiendan
Que algun vicio presumis,
Porque fareis que lo entiendan:
No las aparteis un punto
De junto á vuesa cabeza,
Que las fijas sin su madre
Muy cerca están de perderla.
Sed grave con los criados,
Agradable con las dueñas,
Con los estraños sagaz,
Y con los propios severa.
Non enseñeis las mis cartas,
A la mas cercana dueña,
Porque no sepa el mas sabio
Cómo paso yo las vuesas:
Mostradlas á vuesas fijas,
Si non tuvieres prudencia
Para encubrir vuestro gozo,
Que suele ser propio en fembras.
Si vos consejaren bien,
Faced lo que vos consejan,
Y si mal vos consejaren,
Faced lo que mas convenga.
Veinte y dos maravedís
Para cada dia os quedan,
Tratadvos como quien sois,
Non endureis la despensa:
Si dineros vos faltaren,
Faced como no se entienda,
Enviádmelos á pedir,
Non empeñeis vuestras prendas:
Buscad sobre mi palabra,
Que bien fallareis sobre ella
Quien á vuestra cuita corra,
Pues yo acudo á las agenas:
Con tanto, señora, á Dios,
Que el ruido de armas resuena. —
Y tras un estrecho abrazo
Ligero subió en Babieca.

XXVI. — *(Anónimo.)*

Apretada está Valencia,
Puédese mal defensar,
Porque los Almoravides
No la quieren ayudar.
Viendo aquesto un moro viejo,
Que solia adivinar,
Subiérase á una alta torre
Para bien la contemplar.
Cuanto mas la mira hermosa,

Mas le crece su pesar,
Sospirando con gran póna,
Aquesto fué á razonar:
—¡O Valencia! ¡o Valencia,
Digna de siempre reinar!
Si Dios de tí no se duele,
Tu honra se va apocar,
Y con ella las holganzas
Que nos suelen deleitar:
Las cuatro piedras caudales
Do fuiste el muro á sentar,
Para llorar si pudiesen
Se querrian ayuntar:
Tus muros tan prominentes,
Que fuestes sobre ella están,
De mucho ser combatidos
Todos los véo temblar:
Las torres que las tus gentes
De lejos suelen mirar,
Que su alteza ilustre y clara
Los solia consolar.
Poco á poco se derriban
Sin podellas reparar;
Y las tus blancas almenas,
Que lucen como el cristal,
Su lealtad han perdido
Y todo su bel mirar:
Tu rio tan caudaloso,
Tu rio Guadalaviar,
Con las otras aguas tuyas
De madre salido ha:
Tus arroyos cristalinos
Turbios ya siempre vendrán,
Tus fuentes y manantiales
Todos secado se han:
Tus verdes huertas viciosas
A ninguno gozo dan,
Que la raíz de sus yerbas
Bestias roido las han:
Tus prados de cien mil flores
Olores de sí no dan,
Mustios andan y marchitos,
Sin color ni olor están:
Aquel honrado provecho
De tu playa y de tu mar,
En deshonra y daño torna,
¡Mal te puede aprovechar!
Los montes, campos y tierras
Que tú solias mandar,
El humo de los sus fuegos
Tus ojos cegado han:
Es tan grave tu dolencia
Y tanta tu enfermedad,
Que los hombres desesperan
De salud poderte dar.
¡O Valencia! ¡o Valencia!
Dios te quiera remediar,
Que muchas veces predije
Lo que agora veo llorar.

XXVII.—*(Sepúlveda)*

Cercada tiene á Valencia
Ese buen Cid castellano,
Con los moros que están dentro
Cada dia peleando:
Muchos ha muerto y prendido
Y á otros ha cautivado.
Al real del buen Rodrigo
Un caballero ha llegado,
Martin Pelaez ha por nombre,
Martin Pelaez asturiano;
Muy crecido es en el cuerpo,
En los miembros arreciado.
Aqueste es de buen donaire,
Pero muy acobardado,
Halo mostrado en las lides
Y batallas do se ha hallado.
Mucho le pesó al buen Cid
Cuando lo vido á su lado,
No es para vivir con él
Hombre tan afeminado.
Un dia entrára el buen Cid
Y con él los sus vasallos
En batalla con los moros,
Pelean como esforzados.
Allá va Martin Pelaez
Bien armado y á caballo:
Antes de dar el torneo
Al real habia tornado,
Fuese para su posada
Cubierto y disimulado.
En ella anduvo escondido
Hasta que el Cid ha tornado;
Dejó muertos muchos moros,
A ellos ganára el campo.
El Cid se sentó á comer
Como tiene acostumbrado,
Solo en su cabo á una mesa
Y en el su escaño asentado,
Y en otra sus caballeros,
Los que tiene por preciados.
Con aquestos nadie come
Sino los mas afamados,
Así lo ordenó el buen Cid
Por facerlos esforzados,
Y que cada uno procure
Facer fechos estimados
Para comer á la mesa
De Alvar Fañez y su hermano.
Bien cuidó Martin Pelaez
Que non vió el Cid lo pasado,
Y así las manos se lava,
A la mesa se ha sentado
Donde está don Alvar Fañez
Con la compaña de honrados.

El Cid se fué para él
Y del brazo le ha trabado,
Diciendo: — Non sois vos tal
Para en tal mesa sentarvos
Con estos parientes mios
A quien vos podais llegarvos:
Mas valen que yo ni vos,
Que son buenos y aprobados,
Sentadvos á la mi mesa,
Comed conmigo á mi plato. —
Con mengua de entendimiento
No creyó que es baldonado,
Asentóse con el Cid
A su mesa y á su lado,
Y el Çid con grande cordura
Esta reprension le ha dado.

XXVIII. — *(Anónimo.)*

A solas le reprehende
A Martin Pelaez el Çid,
Que las faltas de los buenos
A solas se han de reñir,
Dícele con rostro airado:
— ¿Es posible que fuir
Pueda un home, siendo noble,
Por temores de una lid,
Y mas vos siendo quien sois,
Viniendo de do venis,
Que cuando fincárais muerto
Os fuera honroso el morir?
Levantéme de la mesa
Do bocado no comí,
¡Qué buena pro me tuviera
Cuidando en el que vos ví!
Atended lo que vos digo
Y non cuideis en fuir,
Porque fuyendo afrentades
A vuesa honra y á mí.
Si me dades por disculpa
Decir que visteis venir
Mucha multitud de moros,
Non la quiero recibir,
Entraos en la religion
Adonde podreis vivir
Sirviendo á Dios, que en las guerras
Non sois para lo servir,
Pusiéraisos á mi lado,
Que pudiera ser que allí
Se vos quitára el pavor
Y vuesas menguas cubrir,
Salid esta tarde al campo,
Que quiero ver si sufris
Mas que os afrenten mil homes
Que quedar muerto en la lid,
Y podrá ser quedeis vivo
Que yo tengo de ir allí,
Y veré lo que facedes
Y si de honra sentís.
Con esto, Martin, á Dios,
Que habeis de yantar sin mí,
Hasta que traigais cobrado
El honor que yo vos dí.

XXIX. — *(Anónimo.)*

Corrido Martin Pelaez
De lo que el Cid ha fablado,
Dello cobró gran verguenza,
Dello está muy ocupado.
Fuése para su posada,
Triste estaba y muy cuitado
Viendo como el Cid ha visto
Su cobardía tan claro,
Por lo cual no consintió
Que coma con los honrados;
Propónese ser valiente
O de morir en el campo.
Otro dia salió el Cid,
Junto á Valencia ha llegado,
Salieron luego los moros
A ferir en los cristianos,
Llegan denodadamente
Con los esfuerzos sobrados.
Martin Pelaez fué el primero
Que la lid habia entrado,
Y firió tan recio en ellos
Que á muchos ha derribado;
Allí perdió todo el miedo,
Muy gran esfuerzo ha cobrado,
Peleó valientemente
Mientras la lid ha durado,
Unos mata y otros hiere,
Hizo en ellos grande estrago:
Los moros dicen á gritos:
— ¿De dó ha venido este diablo?
Hasta aquí no le hemos visto
Tan valiente y esforzado,
A todos nos hiere y mata,
Del campo nos ha lanzado. —
Por las puertas de Valencia
A los moros ha encerrado,
Los brazos hasta los codos
En sangre lleva bañados,
Ninguno hay tal como él
Si no es el Çid afamado.
Los moros fueron vencidos,
Pelaez se habia tornado,
Esperándole está el Cid
Fasta que fuera llegado,
Con muy crecido placer
Rodrigo lo habia abrazado,
Díjole: — Martin Pelaez,
Vos sois bueno y esforzado,
Non sois tal que merezcais
De hoy mas conmigo sentaros,

Asentaos con Alvar Fañez
Que era mi primo hermano,
Y con estos caballeros
Que son buenos y estimados,
Que los vuestros buenos fechos
Siempre serán bien mentados,
Sereis dellos compañero,
Sentaros heis á su lado.—
De aquel dia en adelante
Fizo fechos muy granados
De esforzado caballero,
Bueno como el mas preciado.
Aquí se cumplió el proverbio
Entre todos divulgado,
Que el que á buen árbol se arrima
De buena sombra es tapado.

XXI.—*(Anónimo.)* (*)

Desterrado estaba el Cid
De la corte y de su aldea
De Castilla por su rey,
Cansado de vencer guerras,
Y en las venturosas armas
Apenas las manchas secas
De la sangre de los moros
Que ha vencido en sus fronteras,
Y aun estaban los pendones
Tremolando en las almenas
De las soberbias murallas
Humilladas de Valencia,
Cuando para el rey Alfonso
Un rico presente ordena
De cautivos y caballos,
De despojos y riquezas.
Todo lo despacha á Búrgos,
Y á Alvar Fañez que lo lleva,
Para que lo diga al rey
Le dice desta manera:
—Dile, amigo, al rey Alfonso,
Que reciba su grandeza
De un fidalgo desterrado
La voluntad y la ofrenda,
Y que en este don pequeño
Solamente tome en cuenta
Que es comprado de los moros
A precio de sangre buena:
Que con mi espada en dos años
Le he ganado yo mas tierras
Que le dejó el rey Fernando
Su padre, que en gloria sea:
Que en feudo dello le tome,
Y que no juzgue á soberbia
Que con parias de otros reyes
Pague yo á mi rey mis deudas;
Que pues él como señor
Me pudo quitar mi hacienda,
Bien puedo yo como pobre
Pagar con hacienda agena:
Y que juzgue que en su dicha
Son delante mis enseñas
Millaradas de enemigos
Como ante el sol las tinieblas:
Y espero en Dios que mi brazo
Ha de hacello rico, mientras
La mano aprieta Tizona
Y el talon fiere á Babieca:
Y en tanto mis envidiosos
Descansen, mientras les sea
Firme muralla mi pecho
De su vida y de sus tierras,
Y entreténganse en palacio,
Y guárdense no me vendan,
Que del tropel de los moros
Soltaré una vez la presa
Y llegarán su avenida
A ver entre sus almenas;
Y defiendan bien sus honras
Como manchan las agenas;
Y si les diere en los ojos
Lo que les dió en las orejas,
Verán que el Cid no es tan malo
Como son sus obras buenas;
Y si sirven á su rey
En la paz como en la guerra
Mentirosos lisonjeros,
Con la espada ó con la lengua,
Y verá el buen rey Alfonso
Si son de Búrgos las fuerzas
Los caminos de ladrillo
O los ánimos de piedra:
Que le suplico permita
Se pongan esas banderas
A los ojos del glorioso
Mi príncipe de la Iglesia,
En señal que con su ayuda
Apenas enhiestas quedan
En toda España otras tantas,
Y ya me parto por ellas:
Y le suplico me envie

(*) Es al mismo asunto que el de los romances de Sepúlveda: «Ganado tiene á Valencia» con algunas variantes.

Mis fijas y mi Jimena,
Desta alma sola afligida
Regalada y dulce prenda:
Que si non mi soledad,
La suya al menos le duela,
Porque de mi gloria goce
Ganada en tan larga ausencia.
Mirad, Alvaro, no erreis,
Que en cada razon de aquestas
Llevais delante del rey
Mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
Que bien sé que habrá en la rueda
Quien mis pensamientos mida
Y vuesas palabras mesmas.
Procurad que aunque les pese
A los que mi bien les pesa,
No lleven mas que la envidia
De mí, de vos, ni de ellas:
Y si en mi Valencia amada
No me halláreis á la vuelta,
Peleando me hallaredes
Con los moros de Consuegra.

XXXII.—*(Anónimo.)*

Llegó Alvar Fañez á Búrgos
A llevar al rey la empresa
De cautivos y caballos,
De despojos y riquezas.
Entró á besarle la mano,
Despues de darle licencia,
Y puesto ante él de rodillas
Este recaudo comienza:
— Poderoso rey Alfonso,
Reciba vuesa grandeza
De un fidalgo desterrado
La voluntad y la ofrenda.
Don Rodrigo de Vivar,
Fuerte muro en tu defensa,
Por envidia desterrado
De su casa y de su tierra,
Pide que con libertad
Hable puesto en su defensa,
Y así quiero por no errar
Decir sus palabras mesmas.
Dice: que este don pequeño
Tomeis solamente en cuenta,
Que es ganado de los moros
A precio de sangre buena:
Que con su espada en dos años
Te ha ganado el Cid mas tierras
Que te dejó el rey Fernando,
Tu padre, que en gloria sea:
Que en feudo desto lo tomes,
Y no juzgues á soberbia
Que con parias de otros reyes
El pague á su rey sus deudas;
Y pues tú como señor
Le quitaste su facienda,
Que bien puede como pobre
Pagar con facienda agena.
Que fies en Dios y en él
Que te ha de hacer rico, mientras
La mano aprieta á Tizona
Y el talon hiere á Babieca.
Y que gustes que en San Podro
Se pongan estas banderas
A los ojos del glorioso
Gran príncipe de la Iglesia
En señal que con su ayuda
Apenas enhiestas quedan
En toda España otras tantas,
Y ya se parte por ellas.
Que te suplica le envies
Sus fijas y su Jimena,
Del alma triste afligida
Regaladas dulces prendas:
Y si non su soledad,
La suya al menos te duela,
Para que su alma goce
Ganada en tan larga ausencia.
No quisiera haber errado,
Que en cada palabra destas
Te traigo, rey, de Rodrigo
Su descargo y su limpieza.—
Apenas dió la embajada
Cuando la envidia revienta
De envidiosos lisonjeros
Y corredores de orejas.
Movióse un conde agraviado,
Y díjole al rey: — Tu alteza
No dé crédito á estas cosas,
Que son engaños que ceban.
Querrá ahora el Cid Rodrigo
Con esto que te presenta
Venirse á Búrgos mañana
A confirmar tus ofensas.—
Caló Alvar Fañez la gorra
Y empuñando en la derecha,
Tartamudo de corage
Le dió al conde esta respuesta:
— Nadie se mude ni hable,
Y el que se moviere atienda
Que le fabla el Cid presente,
Pues yo lo soy en su ausencia:
Y cuando en mi pobre esfuerzo
Cupiere alguna flaqueza,
La gran firmeza del Cid
Me ayuda desde Valencia:
No le venda ningun falso
Ni sus lisonjas le vendan,
Que dél y de mí, en su nombre,
No aseguro la cabeza.
Y tú, rey, que las lisonjas
Acomodas y aprovechas

Has de lisonjas murallas,
Y verás como pelean.
Perdona que con enojo
Pierdo el respeto á tu alteza,
Y dame si me has de dar
Del Cid las queridas prendas:
A doña Jimena digo,
Y á sus dos hijas con ella,
Pues te ofrezco su rescate
Como si estuvieran presas. —
Levantóse el rey Alfonso,
Y á Alvar Fañez pide y ruega
Que se sosiegue y los dos
Vayan á ver á Jimena.

XXXIII. — *(Anónimo.)*

« El vasallo desleale,
« El desterrado, el traidor,
« El que non cupo en Castilla,
« Maguer que en ella nació,
« El aviltado de todos,
« Y mas que dellos de vos,
« El que de sí non se miembra
« Por tratar de vuestro pro,
« El que de vuesos denuestos
« Ya non se le acuerda, non,
« Desde Valencia os envia
« Salud, otórguesela Dios.
« Non satisface los tuertos
« Que le ficisteis, señor,
« Pues dellos ha resultado
« Vuestro provecho y su honor.
« Sus maldicientes perdona,
« Aunque indignos de perdon,
« Que los divinos secretos
« Tienen asaz gran fondon,
« Que por donde el home cuida
« Que amaga su perdicion
« Viene su pro á las vegadas,
« ¡Mirad pues cuán altos son!
« Yo fablaré de esperiencia
« Que he recibido el favor,
« Y vos sois en grave parte
« El instrumento de Dios.
« En ese arqueton de plata
« Vos endono un rico don,
« Estimadlo, Alfonso, en mucho,
« Que merece estimacion.
« Cinco coronas van ende
« Cada con su real pendon,
« Cinco cetros de oro puro
« Que de cinco reyes son,
« Cinco llaves van tambien,
« Que como á rey y señor
« Vos entriega el vuestro siervo,
« Non lo ficiera un traidor.
« Chantaldas en vueso escudo,
« Que non menguareis de honor,
« Farta sangre asaz me cuesta
« Su prolija aquistacion.
« Non deis nada al mandadero
« Que ya le he pagado yo,
« Que es Alvar Fañez Minaya,
« Un mi sirviente de pro:
« Conocelde, señor rey,
« Y fablalde con amor,
« Ya que yo no he alcanzado
« Este agasajo de vos,
« Que el buen fablar en los reyes
« Cuesta muy poco, señor,
« Y face vasallos leales,
« Lo que non face el temor,
« Que non el temor y amores
« Comen en un plato, non,
« Y el temido, pocas veces
« Fué amado de corazon.
« Direis que aqueste Rodrigo
« Siempre fué aconsejador,
« Y aína os dirán los tiempos
« Si teneis otro mejor,
« Que non soy tan mal vasallo
« Que con muchos como yo
« Non restaurára de presto
« Lo que el rey godo perdió.
« Goceis lo que os doy mil años,
« Que hoy vos pongo en posesion;
« Non quiero para mí nada,
« Solo escucho vuestro amor,
« Y que por la mi Jimena,
« Que es dueña de gran valor,
« Miredes y por mis fijas:
« Solo vos pido este don
« En pago de mis servicios,
« Si merecen galardon,
« Que non vos será afanoso
« Cumplir vuestra obligacion. »

XXXIV. — *(Anónimo.)*

Victorioso vuelve el Cid
A San Pedro de Cardeña
De las guerras que ha tenido
Con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
Por dar aviso que llega,
Y entre todos se señalan
Los relinchos de Babieca.
El abad y monges salen
A recibirlo á la puerta,
Dando alabanzas á Dios
Y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,
Y antes de entrar en la iglesia
Tomó el pendon en sus manos
Y dice de esta manera:

—Salí de tí, templo santo,
Desterrado de mi tierra,
Mas ya vuelvo á visitarte
Acogido en las agenas.
Desterróme el rey Alfonso
Porque allá en Santa Gadea
Le tomé el su juramento
Con mas rigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
Que no escedí un punto dellas,
Pues como leal vasallo
Saqué á mi rey de sospecha.
¡O envidiosos castellanos,
Cuán mal pagais la defensa
Que tuvistes en mi espada
Ensanchando vuestra cerca!
Veis aquí os traigo ganado
Otro reino y mil fronteras,
Que os quiero dar tierras mias
Aunque me echeis de las vuestras.
Pudiera dárselo á estraños,
Mas para cosas tan feas
Soy Rodrigo de Vivar,
Castellano á las derechas.

XXXV. — *(Sepúlveda.)*

Aquese famoso Cid
Con gran razon es loado;
Ganada tiene á Valencia,
De moros la ha conquistado:
En ella está su muger,
Fija del conde Lozano,
Doña Sol y doña Elvira
Poco ha que habian llegado
De San Pedro de Cardeña
Do el Cid las habia dejado.
Estando el Cid á placer
Nuevas le habian llegado
Que el gran Miramamolin,
Rey de Túnez coronado,
Venia á se la quitar
Con gran gente de á caballo:
Cincuenta mil eran estos,
Los de á pié no tienen cabo.
El Cid como era valiente
Y en armas tan aprobado,
Basteció bien los castillos
Y en todo puso recaudo;
Esforzó sus caballeros
Como lo habia acostumbrado.
Subiera á doña Jimena
Y á sus fijas en su cabo
En una torre mas alta
Que en el alcázar se ha hallado.
Miraron contra la mar,
Los moros están mirando
Viendo como armaban tiendas
A gran priesa y gran cuidado.
Al rededor de Valencia
Grandes alaridos dando,
Tañendo sus atambores
Los aires van penetrando.
Doña Jimena y sus fijas
Gran pavor habian cobrado,
Porque jamas habian visto
Tantas gentes en un campo;
Esforzábalas el Cid
De aquesta suerte fablando:
—No temais, doña Jimena,
Y fijas que tanto amo,
Mientras que yo fuere vivo
De nada tengais cuidado,
Que los moros que aquí vedes
Vencidos habrán quedado,
Y con el su gran haber,
Fijas, os habré casado:
Que cuantos mas son los moros
Mas ganancia habrán dejado;
Y las bocinas que traen
Y ante vos se habian tocado,
Servirán para la iglesia
Deste pueblo valenciano.—
Viendo entonces que los moros
Por las huertas han entrado
Derramados y esparcidos
Sin órden y á mal recaudo,
A don Alvar Salvadores
Le dijo: —Sed luego armado,
Tomareis doscientos homes
De á caballo aderezados,
Y haced una espolonada
Contra los perros paganos,
Porque Jimena y sus fijas
Vean que sois esforzado.—
Salvadores lo cumpliera
Como el Cid lo habia mandado.
Dió de tropel en los moros,
De las huertas los ha echado:
Firiendo iban en ellos,
Firiendo van y matando
Hasta dentro de las tiendas
Que los moros han armado.
De allí se tornaron todos
Doscientos moros matando:
Preso queda Salvadores,
Que por ser aventajado
Se metió tanto en los moros
Que lo habian cautivado;
Sacóle el Cid otro dia
Los moros desbaratando.

XXXVI. — *(Sepúlveda.)*

Ya se salen de Valencia
Con el buen Cid castellano

Sus gentes bien ordenadas,
Las de á pié y las de á caballo.
Su seña lleva tendida
Bermudez el esforzado,
Por la puerta la Culebra
Salian todos al campo.
Don Gerónimo arzobispo
Delante va bien armado
Para contra el moro rey
Miramamolin llamado,
Que venia contra el Cid
A le quitar lo ganado.
Cincuenta mil caballeros
Trae el moro á su mandado;
Las haces muy ordenadas
Ambas se habian juntado;
Como los moros son muchos
Y tan pocos los cristianos
Tiénenlos en grande aprieto,
Mas el buen Cid ha llegado
A grandes voces diciendo,
En Babieca cabalgado:
«Dios ayuda y Santiago.»
Firiendo van en los moros,
Firiendo van y matando.
Grande favor habia el Cid
En verse bien cabalgado
En su caballo Babieca,
Y el brazo lleva bañado
En la sangre de los moros
Fasta el codo ensangrentado;
No hiere mas de una vez
Al moro que osa aguardallo.
Fuido han en fin los moros
Y el campo les han dejado;
Mas yendo en su seguimiento
Con el rey moro habia dado.
Tres veces ya lo ha herido,
Mas el moro es bien armado
Y el caballo del buen Cid
Mucho adelante ha pasado,
Y cuando tornára al moro
Mucha tierra le ha cobrado,
No lo pudiera alcanzar,
En un castillo se ha entrado:
De las gentes que traia
Solamente habian quedado
No mas de mil y quinientos,
Los mas muerto y cautivado.
Gran haber hubiera el Cid
De oro y plata y de caballos,
Y una tienda la mas rica
Que se viera entre cristianos.
A don Alvar Salvadores
En la tienda lo ha hallado,
De lo cual se alegró el Cid,
Y á Valencia se ha tornado,
Y Jimena con sus fijas
Gran placer habian tomado.

XXXVII. — *(Anónimo.)*

Considerando los condes (*)
Lo que el de Vivar vale
Y que su fama se aumenta
Por las fazañas que face,
Al rey don Alfonso piden
Que con sus fijas les case,
Porque ser yernos del Cid
Es bien que puede estimarse.
El rey por facelles bien
Luego le envió un mensage
Que se viniese á Requena
Para que con él lo trate.
Rodrigo, vista la nueva,
Dió dello á Jimena parte,
Que en tal caso las mugeres
Suelen ser muy importantes.
Sabido, no gustó dello
Y dijo al Cid: — Non me place
De emparentar con los condes,
Magüer sean de linage,
Mas fágase ende, Rodrigo,
Lo que á vos mas os agrade,
Que no hay mengua de consejo
Do está el rey y vos estades. —
Rodrigo partió á Requena,
Y tambien el rey se parte
Juntamente con los condes,
Porque el Cid los vea y fable.
Despues de dicha una misa
Delante el rey y los grandes
Por don Gerónimo obispo
Con muchas solemnidades,
El rey al Cid apartó
De todos los circunstantes,
Y estas palabras propuso
Con gravedoso semblante:
— Bien sabedes, don Rodrigo,
Que os tengo amor asaz grande,
Y por vuestras cosas cuido
Con solicitud bastante:
Por ende habeis de saber
Que fice aqueste viaje
Por fablaros de un negocio
Que importa con vos se fable.
Los condes de Carrion
Me han rogado que vos trate
En que le deis vuesas fijas
Y que con ellas los case,

(*) De Carrion.

Que estarán agradecidos
Si esta merced se les face,
Porque es gran razon se estimen
Fijas que son de tal padre.
Codician vuesa amistad,
Atienden al trato afable,
Aman mucho vuesas cosas,
Y estiman á vuesa sangre.—
Agradeció el Cid entonces
Al rey la merced tan grande,
Y díjole se sirviese
De todo lo que á él tocase.
Que dél, de fijas, de haberos
Ficiese lo que mandase,
Que él no casaba á sus fijas,
Mas las da quo se las case.
Díole el rey gracias por ello
Y mandó les entregasen
Ocho mil marcos de plata
Para el dia en que se casen,
Y al tio de las doncellas,
Que era el buen don Alvar Fañez,
Mandó el rey que las tuviese
Fasta que se desposasen.
Luego el rey llamó á los condes
Y mandó que le besasen
Las manos al Cid Ruy Diaz
Y le fagan homenage.
Ficiéronlo así los condes
Delante el rey y los grandes;
Y convidó el Cid á todos
Porque en sus bodas se hallen,
Partióse el rey á Castilla
Y el de Vivar con él parte
Y á dos leguas mandó el rey
Que no pasen adelante.
Fuése Rodrigo á Valencia
Donde quiso se juntasen
Los condes y caballeros
Porque las bodas se acaben.
Cuando el Cid los vido juntos
Díjole á don Alvar Fañez
Que lo que el rey le mandó
Luego al punto efectuase,
Que trajese á sus sobrinas,
Y que á los condes ó infantes
Que llaman de Carrion
Al punto las entregase.
Diéronselas, y los condes
Con amorosas señales
Dieron muestras del contento
Que deste suceso nace,
Porque es tan fuerte el amor
Y son sus efectos tales,
Que lo publican los ojos,
Aunque la lengua lo calle,
Fizo el obispo su oficio,
Dió bendiciones y paces,
Hubo fiestas ocho dias
De cañas, toros y bailes.
Dió grandes dones el Cid
A los condes y magnates,
Que aquel que es grande en sus fechos
Suele ser en todo grande.

XXXVIII. — *(Anónimo.)*

Acabado de yantar,
La faz en somo la mano,
Durmiendo está el señor Cid
En el su precioso escaño.
Guardándole están el sueño
Sus yernos Diego y Fernando
Y el tartajoso Bermudo,
En lides determinado:
Fablando están juglerías,
Cada cual para hablar peso
Y por soportar la risa
Puesta la mano en los labios,
Cuando unas voces oyeron
Que stronaban el palacio
Diciendo:—Guarda el leon,
Mal muera quien lo ha soltado.—
No se turbó don Bermudo,
Empero los dos hermanos
Con la cuita del pavor
De la risa se olvidaron,
Y esforzándose las voces
En puridad se hablaron,
Y aconsejáronse aprisa
Que no fuyesen despacio.
El menor, Fernan Gonzalez,
Dió principio al fecho malo,
En zaga el Cid se escondió
Bajo su escaño agachado.
Diego, el mayor de los dos,
Se escondió á trecho mas largo
En un lugar tan lijoso
Que no puede ser contado.
Entró gritando el gentío
Y el leon entró bramando,
A quien Bermudo atendió
Con el estoque en la mano.
Aquí dió una voz el Cid,
A quien como por milagro
Se humilló la bestia fiera,
Humildosa y coleando.
Agradecióselo el Cid
Y al cuello le echó los brazos,
Y llevólo á la leonera
Faciéndole mil falagos.
Aturdido está el gentío
Viendo lo tal, no acatando
Que ambos eran leones,
Mas el Cid era mas bravo.
Vuelto pues á la su sala,

Alegre y no demudado,
Preguntó por sus dos yernos
Su maldad adivinando.
Bermudo le respondió:
—Del uno os daré recaudo,
Que aquí se agachó por ver
Si el leon es fembra ó macho.—
Allí entró Martin Pelaez,
Aquel temido asturiano,
Diciendo á voces: —Señor,
Albricias, ya lo han sacado.—
El Cid replicó: —¿A quién?—
Él respondió: —Al otro hermano,
Que se sumió de pavor
Do no se sumiera el diablo.
Miradle, señor, do viene,
Empero faceos á un lado
Que habeis para estar par dél
Menester un incensario.—
Desenjaularon al uno,
Metieron otro del brazo,
Manchados de cosas malas
De boda los ricos paños.
Movido de saña el Cid
A uno y á otro mirando
Reventando por fablar
Y por callar reventando,
Al cabo soltó la voz
El soberbio castellano,
Y los denuestos les dijo
Que vos contaré despacio

XXXIX. — *(Anónimo.)*

Non quisiera, yernos mios,
Haber visto tal guisado
Cual el deste mal suceso,
Magüer cuido algun gran daño.
¿Son estas ropas de bodas?
¡Haya mal grado el diablo!
¿Qué pavor ha sido el vueso
Que habeis fecho tal recaudo?
Teniendo las vuesas armas
¿Porqué fugisteis entrambos?
¿Non estábades conmigo
Para siquiera mirallo?
Pedisteis al rey mis fijas
Cuidando de valer algo,
Non fice mi voluntad,
Mas fice en el su mandado.
¿Vosotros sodes los novios
Para mi vejez guardados?
¡Buena vejez me daredes
Siendo tan afeminados!
No quiero pasar de aquí,
Que si miro lo pasado
Reviento de pesadumbre
Considerando este caso.—
Estas palabras el Cid
Les dijo muy enojado
Por haber así fuido
Del leon los dos hermanos:
Agraviáronse los condes,
Y con él quedan odiados.

XL. — *(Anónimo.)*

Si de mortales feridas
Fincare muerto en la guerra,
Llevadme, Jimena mia,
A San Pedro de Cardeña:
Y así buena andanza hayades
Que me fagades la huesa
Junto al altar de Santiago,
Amparo de lides nuesas.
Non me curedes plañir,
Por que la mi gente buena
Viendo que falta mi brazo
Non fuya y deje mi tierra.
Non vos conozcan los moros
En vuestro pecho flaqueza,
Sino que aquí griten armas,
Y allí me fagan obsequias:
Y la Tizona que adorna
Esta mi mano derecha
Non pierda de su derecho;
Ni venga á manos de fembra.
Y si permitiere Dios
Que el mi caballo Babieca
Fincare sin su señor
Y llamare á vuesa puerta,
Abridle y acariñadle
Y dadle racion entera,
Que quien sirve á buen señor
Buen galardon dél espera.
Ponedme de vuesa mano
El peto, espaldar y grebas,
Brazal, celada y manoplas,
Escudo, lanza y espuelas;
Y puesto que rompe el dia
Y me dan los moros priesa,
Dadme vuesa bendicion
Y fincad enhorabuena.—
Con esto salió Rodrigo
De los muros de Valencia
A dar la batalla á Búcar,
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!

XLI. — *(Anónimo.)*

La venida del rey Búcar
A la ciudad de Valencia
Está consultando el Cid
Con muchos homes de cuenta.
Estando en aquesta fabla
Han entrado por la puerta

Sus yernos disimulando
La traicion que asaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
A la su mano derecha
Él temblando de atrevido
Y ellos tiemblan de flaqueza,
Que los ánimos cobardes
Carecen de fortaleza.
En estas fablas estando,
Toda la gente trae nuevas
Con cajas, pífanos, trompas,
De como los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
A una torre tan soberbia
Como son sus pensamientos
Que igualan á las estrellas.
Puesto de pechos el Cid
En las soberbias almenas,
Miraba al rey que ha llegado
Con el ejército y tiendas,
De que sus cobardes yernos
Ya se temen y recelan.
El Cid ha sido avisado
Que un recaudo del rey llega,
Bajóse por recibillo
Sin bajar su fortaleza.
A las razones del moro
Atiende el Cid con prudencia,
Y turbado de su aspecto
Le dice desta manera:
—El rey Búcar, mi señor,
Ha venido de su tierra
A deshacer el gran tuerto
Con que tú le tienes esta.
Envíatela á pedir,
Y en viendo que no la dojas
Te apercibe á la batalla
Y procura defendella. —
Oidas estas razones
No faciendo dellas cuenta,
Alegre responde el Cid,
Mostrando mucha clemencia:
— Dile al rey que se aperciba
Que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuesta mucho
Y no pienso salir della,
Porque he pasado en ganalla
Muy grandes cuitas y penas,
Gracias infinitas doy
A la infinita grandeza
Que me otorgó la vitoria
En tan peligrosa guerra;
A solo Dios lo agradezco,
Y á la sangre y gente buena
De mis parientes y amigos,
Que tambien mucho les cuesta.—
El moro se despidió
Cobarde en ver su presencia,
Y temeroso de oirle
Al rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando
Cosas sobre esta facienda,
Y conoció de sus yernos
La cobardia que encierran.
Mandóles que se quedasen
Porque no prueben sus fuerzas:
Ellos temerosos desto,
Corridos de tal afrenta,
Le dicen que han de ir con él
A tan peligrosa empresa.
Juntas las gentes del Cid
Sus haces trazan y ordenan
Todos salen al real
Y el Cid con tanta braveza,
Que los moros temerosos
Sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y cajas
La batalla se comienza,
Animándolos Rodrigo
Que lleva la delantera;
Con su gente puesta en órden
La batalla les presenta.
Embístense ambas las partes,
Y en la batalla sangrienta
Diez y ocho reyes prende,
Y á todos ellos prendiera,
Mas poniendo á los piés alas
Desembarazan la tierra,
Y aunque costó mucha sangre
Durando tan grande pieza,
La vitoria llevó el Cid
Y con ella entró en Valencia.
Recibiólo la ciudad
Con aplauso y buena estrena,
Deséanle mil saludes
Para su amparo y defensa,
Y él contento y muy alegre
Se va á ver á su Jimena.

XLII. — *(Anónimo..)*

Partíos ende los moros,
Non pongais mientes en al,
Cuidá de los doloridos
Y los muertos soterrad;
Decidles á los cuitados
Y á las cuitadas contad,
Que el saber nueso en la guerra
Es humildoso en la paz;
Poned la furia en facer
Que me vengan á fablar,
Porque les diga mi boca
Toda la mi voluntad,
Que non quiero sus faciendas
Nin se las he de tirar,
Nin para mis barraganas

Sus fijas he de tomar,
Que yo non uso mugeres
Sinon la mia natural,
Que en San Pedro de Cardeña
Yace agora al mi mandar,
Y mándovos yo, Alvar Fañez,
Si he poder de vos mandar,
Vais por ella y por mis fijas,
Mis fijas otro que tal.
Llevad treinta marços de oro
Con que se puedan guiar
Para venir á Valencia
A la ver y á la gozar:
Llevá otros tantos de plata
Para San Pedro y su altar,
Y entregadlos á don Sancho,
Que ende yace por abad;
Y al noble rey don Alfonso,
Mi buen señor natural,
Llevá doscientos caballos
Bien guarnidos al mi usar;
Y á los honrados judíos
Raquel y Vidas llevá
Doscientos marcos de oro,
Tantos de plata, y non mas,
Que me endonaron prestados
Cuando me partí á lidiar
Sobre dos cofres de arena
Debajo de mi verdad;
Rogarles heis de mi parte
Que me quieran perdonar,
Que con acuita lo fice
De mi gran necesidad,
Que aunque cuidan que es arena
Lo que en los cofres está,
Quedó soterrado en ella
El oro de mi verdad.
Pagáles la logrería
Que soy tenudo á les dar
Del tiempo que su dinero
He tenido á mi mandar.
Y vos, Martin Antolinez,
Le iredes á acompañar,
Y las mis buenas venturas
A mi Jimena contad.
Direis al rey don Alfonso
Que me empreste en su lugar,
Porque á mi Jimena agrada
Mucho el tañer y cantar. —
Aquesto dijera el Cid
Despues que ya entrado ha
En Valencia victorioso,
Pues conquerido la ha.

XLIII. — *(Sepúlveda.)*

En batalla temerosa
Andaba el Cid castellano
Con Búcar, ese rey moro.
Que contra el Cid ha llegado
A le ganar á Valencia
Que el buen Cid ha conquistado.
Los condes de Carrion
En ella se habian hallado,
Y contra un infante de ellos,
Fernan Gonzalez llamado,
Un moro viene corriendo
Con fuerte lanza en su mano;
Fuerte muestra el moro ser,
Segun viene denodado.
El conde que vido al moro
Huyendo va por el campo:
No lo habia visto ninguno
Para que sea publicado,
Si no fuera don Ordoño,
Escudero es muy honrado,
Que del buen Cid es sobrino,
De Pedro Bermudo hermano.
Ordoño fué contra el moro,
Con su lanza lo ha encontrado,
Y firiéndolo en los pechos
Pasólo de lado á lado,
El pendon que va en la lanza,
Todo sale ensangrentado:
El moro cayera muerto,
Don Ordoño se ha apeado
Y el caballo que traia
Con las armas le ha tomado.
Llamó á su cuñado el conde,
Esto le estaba hablando:
—Cuñado Fernan Gonzalez,
Tomad vos este caballo,
Decid que al moro matasteis
Que en él venia cabalgando,
Que en dias que yo viviere
Non diré yo lo contrario,
Non faciendo vos porqué,
Siempre se estará encelado. —
Estando en estas razones
El buen Cid habia llegado,
A un moro venia siguiendo
Y muerto lo ha derribado.
Don Ordoño dijo al Cid:
—Señor, este yerno honrado,
Que por bien os ayudar
Un moro mató en el campo
De un golpe que le dió,
Suyo fizo este caballo. —
Mucho le plugo al buen Cid
De lo que le habia contado,
Cuidando decir verdad
Mucho á su yerno ha loado.
Juntos van por la batalla,
Firiendo van y matando,
Y en moros que los aguardan
Haciendo van grande estrago.

XLIV. —*(Lope de Vega.)*

Tirad, fidalgos, tirad
A vuestro troton el freno,
Que en fuir de aquese modo
Mostrais el pavor del pecho.
De un home solo fuis,
Mirad que no es de homes buenos
Fuir en tal lid de un moro
Donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir
Como buen fidalgo á fierro,
Non vivais entre fidalgos
Que fincan contino muertos.
Tornadvos luego á Valencia,
Que si non faceis mas qu'eso
Tambien saldrán á lidiar
Las damas que quedan dentro.
Mal andanza vos dé Dios,
Pues con aspecto tan feo
Así en público fuis,
¿Que vos dirán en secreto?
Mala doctrina tomastes
De mi tio vuestro suegro,
Pues non manchais la Tizona
Deshonrando el honor viejo.
Decides que sois fidalgos,
Pues yo vos juro á San Pedro
Que tales desaguisados
Non facen fidalgos buenos.
Las armas traeis doradas,
Non las regaleis, mancebos,
Porque son fierros dorados
Que publican vuestros yerros.
Tomad aquese caballo
Del moro que yace muerto,
Y decid que le vencistes,
Que de callar os prometo.
Galanes sois entre damas,
Sed valientes entre perros,
Porque non digan de vos
A los que os han parentesco:
Y á Dios, que quiero partirme,
Porque el Cid mi tio es viejo,
Y le quiero ir á ayudar,
Pues no le ayudan sus yernos. —
Esto dijo el buen Bermudez
Porque el infante don Diego
En la vega de Valencia
Fuyó de un moro gran trecho.

XLV. —*(Anónimo.)*

Helo, helo por do viene
El moro por la calzada,
Caballero á la gineta
Encima una yegua baya,
Borceguíes marroquíes
Y espuela de oro calzada,
Una adarga ante los pechos
Y en su mano una azagaya,
Mira y dice á esa Valencia:
— De mal fuego seas quemada,
Primero fuiste de moros
Que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente,
A moros serás tornada,
Y á aquel perro de aquel Cid
Prenderólo por la barba,
Su muger doña Jimena
Será de mí captivada,
Y su hija Urraca Hernandez
Será la mi enamorada,
Despues de yo harto della
La entregaré á mis compañas. —
El buen Cid no está tan lejos
Que todo no lo escuchára.
— Venid vos acá, mi fija,
Mi fija doña Urraca,
Dejad las ropas continas
Y vestid ropas de Pascua,
A aquel moro hi de perro
Detiénemelo en palabras,
Mientras yo ensillo á Babieca
Y me ciño la mi espada.
La doncella muy fermosa
Se paró á una ventana,
El moro desque la vido
Desta suerte le fablára:
— Alá te guarde, señora,
Mi señora doña Urraca.
— Así faga á vos, señor,
Buena sea vuestra llegada.
Siete años ha, rey, siete,
Que soy vuestra enamorada.
— Otros tantos há, señora,
Que os tengo dentro en mi alma. —
Ellos estando en aquesto
El buen Cid ya se asomaba.
— A Dios, á Dios, mi señora,
Lami linda enamorada,
Que del caballo Babieca
Yo bien oigo la patada. —
Do la yegua pone el pié
Babieca pone la pata.
El Cid fablára al caballo,
Bien oireis lo que fablaba:
— Reventar debia la madre
Que á su hijo no esperaba. —
Siete vueltas la rodea
Al derredor de una jara,
La yegua que era ligera
Muy adelante pasaba
Fasta llegar cabe un rio
Adonde una barca estaba;

El moro desque la vido
Con ella bien se folgába,
Grandes gritos da al barquero
Que le allegase la barca:
El barquero es diligente,
Túvosela aparejada,
Embarcóse presto en ella,
Que no se detuvo nada.
Estando el moro embarcado
El buen Cid se llegó al agua,
Y por vér al moro en salvo
De tristeza reventaba;
Mas con la furia que tiene
Una lanza le arrojaba,
Y dijo: — Coged, mi yerno,
Arrecogedme esa lanza,
Que quizá tiempo verná
Que os será bien demandada.

XLVI. — (*Anónimo.*)

De concierto están los condes
Hermanos Diego y Fernando,
Afrentar quieren al Cid,
Y han muy gran traicion armado
Quieren volverse á sus tierras,
Sus mugeres demandando,
Y luego les dice el Cid,
Cuando las hubo entregado:
—Mirad, yernos, que tratedes
Como á dueñas hijasdalgo
Mis hijas, pues que á vosotros
Por mugeres las he dado.—
Ellos ambos le prometen
De obedecer su mandado.
Ya cabalgaban los condes,
Y el buen Cid ya está á caballo
Con todos sus caballeros
Que le van acompañando.
Por las huertas y jardines
Van riendo y festejando:
Por espacio de una legua
El Cid los ha acompañado.
Cuando dellas se despide,
Lágrimas le van saltando,
Como hombre que ya sospecha
La gran traicion que han armado;
Manda que vaya tras ellos
Alvar Fañez su criado.
Vuélvese el Cid y su gente,
Y los condes van de largo.
Andando con muy gran priesa,
En un monte habian entrado
Muy espeso y muy oscuro,
De altos árboles poblado;
Mandan ir toda su gente
Adelante muy gran rato,
Quédanse con sus mugeres
Tan solos Diego y Fernando.
De sus caballos se apean,
Y las riendas han quitado;
Sus mugeres que lo ven
Muy gran llanto han levantado,
Apéanlas de las mulas
Cada cual para su lado;
Como las parió su madre
Ambas las han desnudado,
Y luego á sendas encinas
Las han fuertemente atado.
Cada uno azota la suya
Con riendas de su caballo;
La sangre que dellas corre
El campo tiene bañado;
Mas no contentos con esto,
Allí se las han dejado.
Su primo que las hallára,
Como hombre muy enojado
A buscar los condes iba,
Y como no los ha hallado,
Volvióse presto para ellas
Muy pensativo y turbado:
En casa de un labrador
Allí se las ha dejado.
Vase para el Cid su tio,
Todo se lo ha contado;
Con muy gran caballería
Por ellas ha enviado.
De aquesta tan grande afrenta
El Cid al rey se ha quejado;
El rey como aquesto vido,
Tres córtes habia armado.

XLVII. — (*Anónimo.*) (40)

De concierto están los condes
Hermanos, Diego y Fernando,
Afrentar quieren al Cid,
Muy gran traicion han armado:
Quieren volver á sus tierras,
Sus novias han demandado,
Y luego su suegro el Cid
Se las hubiera entregado
Y al entregarlas les dice,
Su maldad adivinando:
— Mirad que me las tratedes
Como á dueñas fijasdalgo
Mis fijas, pues que á vosotros
Por mugeres las he dado —
Ellos ambos le prometen
De obedecer su mandado.
Ya cabalgaban los Condes
Y el buen Cid está á caballo
Con todos sus caballeros
Que le van acompañando;
Por las huertas y jardines
Van riendo y festejando,

Por espacio de una legua
El Cid los va acompañando:
Cuando dellos se despide
Lágrimas va derramando
Como hombre que sospecha
La gran traicion que han armado.
Como el Cid tiene recelo
Aquesto hubo acordado;
Llamó á su sobrino Ordoño
Y luego le habia mandado,
Que vaya tras de sus fijas
Cubierto y disimulado,
Y que vea muy bien visto
Si las llevan á recaudo,
Porque el corazon le dice
El mal que le está aguardando.
Los condes con sus mugeres
Por su camino han andado,
Por los lugares que van
Eran muy bien hospedados,
Porque los señores dellos
Del buen Cid eran vasallos,
Andando por sus jornadas
A Tormes habian llegado,
Y entre los robledos de él,
Las damas han apeado
De las mulas en que van,
Porque así lo traen pensado;
Mandan primero á su gente
Se vayan adelantando.
Por los cabellos las toman,
Habiendolas desnudado,
Arrástranlas por el suelo,
Tráenlas de uno al otro lado,
Danlas muchas espoladas,
En sangre las han bañado,
Con palabras injuriosas
Mucho las han denostado.
Los cobardes caballeros
Allí se las han dejado,
Diciendo: — De vuesso padre
En vos ya somos vengados,
Que vosotras no sois tales
Para con nusco casaros:
Pagareisnos las deshonras
Que el Cid nos habia causado
Cuando soltára el leon
Y procurára matarnos; —
Y en medio de aquel robledo
Atadas habian quedado.
Siguen ambos su camino
A su gente han alcanzado,
Sus gentes á sus señores
Por ellas han preguntado.
Ambos condes respondieron
Que quedan á buen recaudo;
Las señoras muy cuitadas
Grandes gritos quedan dando
Y alaridos hasta el cielo,
Su desdicha publicando,
Diciendo: — Condes traidores,
Cuan mal que lo habeis mirado,
Siendo nos fijas del Cid
Así nos habeis tratado?
Tal es él que vengará
La traicion que habeis obrado: —
El llanto que están haciendo
Don Ordoño está escuchando,
Y á las voces que ambas dan
Donde están habia llegado,
Y cuando vido á sus primas
La cara se está arañando:
Mesaba los sus cabellos
Grandes voces está dando
A los condes alevosos
A grandes voces llamando:
— Porque á tan altas señoras
Faceis tal desaguisado,
Mayormente siendo fijas
De un padre tan estimado?
De tan grande alevosía
Él se fará bien vengado: —
Y en las ramas de los robles
A las damas habia echado:
Cubriólas con su vestido
Y allí se las ha dejado,
A buscar va do las pongan
Para que estén á recaudo.
Mas ventura deparó
Un labrador muy honrado
Que muchas veces el Cid
En su casa le ha hospedado.
Ordoño y el labrador
Al robledo habian tornado,
Y donde dejó sus primas
Allí las habia hallado.
Llévanlas á aquel lugar
Que es secreto y apartado;
Ellas son bien acogidas
De este labrador honrado,
Y de su muger é hijos,
Todas facian lo mandado.
Ordoño fabló con ellas,
De esta suerte ha razonado:
— Señoras, yo quiero ir
A Valencia vuesso estado,
A decir á vuesso padre
Aquesto que os ha pasado,
Y que vengue vuessa injuria,
Pues que tanto le ha tocado.—
Ellas lo hubieron por bien,
Su viage comenzado.
Andando por sus jornadas
A Valencia habia llegado,
Y en presencia del buen Cid
Está Ordoño lamentando;

Contóle lo sucedido
Sin palabra haber faltado.
El de Vivar es discreto
Muy bien lo ha disimulado,
Que lo que espera venganza
No conviene ser llorado.
Su muger Jimena Gomez
Es la que mas lo ha mostrado,
Llorando de los sus ojos
Fuentes se le habian tornado.
Mucho la consuela el Cid
Como discreto y honrado,
Con las cosas que le ha dicho
Mucho la habia consolado.
Despachó sus mensageros
Para ese rey castellano
Al cual le fagan saber
Aqueste fecho malvado.
Pidióle que haya por bien,
Que de ello sea enmendado;
Y que para que haya efecto
Licencia le ha demandado
Para venir á Toledo,
A donde está aposentado.
El rey que supo el negocio
Gran enojo habia tomado
De los condes y su tio,
Que lo habia aconsejado.
La licencia que el Cid pide
El rey se la habia dado,
Embió por sus dos fijas
Do Ordoño las ha dejado.

XLVIII.—*(Anónimo.)*

En las malezas de un monte
Desnudas por gran traicion,
Dos soles contempla el mundo,
Doña Elvira y doña Sol,
Hijas de Jimena Gomez
Y del buen Cid Campeador,
Regalo del alma suya
Y prendas del corazon
Allí en la blanca azucena
Muestra el lirio su color,
Y en dos albas claras bellas
La grana por arrebol:
Dos cielos que llueven perlas
Y estrellas dan al licor,
Y entre azófar y corales
Esta voz forma el dolor:
¡Ay duro roble!
¡Ay soledad! ¡ay breña!
¡Ay! quien del mundo fia ¡cómo sueña!
—¡Ay, aleves condes, dicen,
Cuán ciegos en vuestro error
Dejais presas nuestras manos,
Sueltas las del vengador!
¡Ay famoso Cid! tus obras
Ganadas con tu valor,
Hoy en duros robles mueren
A manos del desamor.
Mil baluartes y muros
Ha derribado el temor
De tu brazo, á quien ultrajan
Las chozas de Carrion.
¡Espanto de mil traiciones!
Ya dirá el mundo traidor
Que se le atreven los condes
Al que es de reyes señor:
¡Ay duro roble, etc.
¡Ay honor, prenda de alma!
Decidle al Cid que os ganó
Entre lanzas de dos hierros
Que en uno solo os perdió.
Id luego, no vais agora,
Pero no lo hareis vos, no,
Que aborreceis á desnudos
Y á deshonrados mejor.
Id, pues que sois tan altivo,
Decid al rey en Leon
Que se duela cuando os mire
O que os vuelva cual os vió:
Y en tanto destas montañas
Con tierna lamentacion
Volveremos de las fieras
En piedad dulce el rigor
¡Ay duro roble!
¡Ay soledad! ¡Ay breña!
¡Ay! quien del mundo fia ¡cómo sueña!

XLIX. *(Anónimo.)*

Al cielo piden justicia
De los condes de Carrion
Ambas las fijas del Cid
Doña Elvira y doña Sol.
A sendos robles atadas
Dan gritos que es compasion,
Y no las responde nadie
Sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
Sienten que las llagas non,
Que es dolor á par de muerte
En la muger un baldon.
Tal fuerza tiene consigo
La verdad y la razon,
Que hallan en los montes gentes
Y en las fieras compasion.
A los lamentos que hacen
Por allí pasó un pastor,
Por donde no puso pié
Cosa humana, si ahora non.
Danle voces que se acerque,
Y él non osa de pavor,
Que son hijos de ignorancia

El empacho y el temor.
— Por Dios te rogamos, home,
Que hayas de nos compasion,
Asi tus ganados vayan
Siempre de bien en mejor,
Nunca les falten las aguas
En el estío y calor,
Las yerbas no se les sequen
Con la helada y con el sol,
Tus tiernos fijuelos vean
Criados en bendicion,
Y peines tus blancas canas
Sin dolencia y sin lesion;
Que desates nuestras manos,
Pues que las tuyas non son
Como las que nos ataron
De malicia y de traicion. —
Estando en estas palabras,
El buen Ordoño llegó
En hábito de romero
De órden del Cid su señor:
Prestamente las desata
Disimulando el dolor.
Ellas que lo conocieron
Juntas lo abrazan las dos;
Llorando les dice: — Primas,
Secretos del cielo son,
Cuya voz y cuya causa
Está reservada á Dios.
No tuvo la culpa el Cid
Que el rey se lo aconsejó,
Mas buen padre teneis, dueñas,
Que vuelva por vueso honor.

L.—*(Anónimo.)*

Atended á la mi fabla,
Aleves yernos del Cid,
Cobardes como traidores,
Que siempre es cobarde un vil.
¿Homes buenos sois vosotros?
Non sois, sí canalla ruin,
Que el Cid en sus fechorías
Da demonstracion de sí.
Non fuyais, aleves condes,
Que non vos valdrá el fuir,
Que es águila la venganza
Cuando el agravio es neblí.
Un home solo os va en zaga,
Non fuyais, facelde huir,
Mas es la razon gigante
Que se acompaña con mil.
Volved, que non me desnuayan
Las espadas que ceñis,
Que el Cid las cubrió de sangre,
Pero vosotros de orin.
Sus dos fijas le azotasteis;
Pero fué tuorto, que al fin
Al Cid ofendeis y á Dios,
Al rey Alfonso y á mí:
Todos cuatro son leones,
Y mas bravos, si advertis,
Que tomarán la venganza
Sin pasta ni menjuí.—
Desta suerte á los infantes,
Dando rienda á su rocin,
Los sigue el valiente Ordoño,
El buen sobrino del Cid.

LI.—*(Anónimo.)*

No con poco sentimiento
Mira á los condes infames
Entre unas ramas oculto
El cuidadoso Alvar Fañez.
Al mandato de su tio
Obedece, porque sabe
Que las sospechas dudosas
Suelen engendrar verdades.
Viendo desnudas sus primas
A la inclemencia del aire
Amarradas á dos robles
Asi empezó á lamentarse:
— *¡Cómo es que ansí se trate*
La honra de mi tio y vuestro padre!—
No quiso llegar á ellas
Mientras los dos miserables
Al peregrino suceso
Dieron fin para ausentarse.
Bien se atreviera á los dos
Y á ciento de su linage,
Si no fuera en guarda suya
Una gran cuadrilla infame;
Y viendo que estaban solas,
Triste ante sus ojos parte,
Que es propio en un pecho noble
Cuando no puede vengarse.
Al cielo vuelve los ojos
Reventando de corage,
Y dice, mirando atento
De sus primas las señales:
— *¡Cómo es que ansi se trate, etc.*
Si vuestra honra es la mia,
No es bien honrado me llame
Si no gano como fuerte
Lo que hoy pierdo por cobarde.
Entended, aleves condes,
Que á mi tio no afrentastes,
Ni que se mancha tal paño
Con cuatro gotas de sangre.
No puede, aunque fué en dos primas,
Afrenta aquesta llamarse,
Si el Cid que el baldon recibe
No lo escucha ni lo sabe;
Mas desátenvos mis manos,
Que del recibido ultraje

Venganza nos dará el cielo,
Si yo no fuera bastante:
¡Como es que ansí se trate, etc,
Con su capa las cubria
Que están desnudas al aire,
Mientras la noche vecina
Su manto piadoso esparce.
A la choza de un pastor
Vinieron á repararse,
Que á veces pueden humildes
Hacer merced á los grandes.
En esto amaneció el dia,
Y el pastor corriendo parte
A dar las nuevas al Cid,
Y así replica Alvar Fañez:
—*Como es que ansí se trate*
La honra de mi tio y vuestro padre!

LII.—(*Anónimo.*)

Elvira, soltá el puñal,
Doña Sol, tiradvos fuera,
Non me tengades el brazo,
Dejadme, doña Jimena.
Non me tollais el rencor,
Que me empacha la vergüenza
Que todas mis fechorías
Manchen mis suertes siniestras.
¿A mis fijas, falsos condes,
Y á mis acatadas dueñas,
Canes, faceis tales tuertos,
Tenudas en leñas tierras?
¿A mí, que vos dí humildoso
Mis fijas cuando os las diera
De mil pulidas garnachas
Guarnidas y ricas prendas?
Endonévos mis espadas,
Lo mejor de mi facienda,
Y en dos mil maravedís
Me empeñara yo en Valencia;
Cadenas de oro de Arabia
Con buenos ingenios fechas,
Que en la su mandadería
Me enviára el rey de Persia;
Caballos os dí ruanos,
Y para en plaza seis yeguas,
Sendas capas de contray
Con los aforros de felpa:
¿Y en pago de mis fiducias,
Y en pago de mis recuestas
Me las enviades, condes,
Azotadas sin vergüenza,
Sus albos cuerpos desnudos,
Ligadas sus manos bellas,
Sus crenchas desmelenadas,
Sus tristes carnes abiertas?
Voto hago el Pescador
Que gobierna nuestra iglesia,
Y mal grado haya con él
Cuando fe fable en Cardeña,
Si en Fromesta y Carrion,
Torquemada y Valenzuela,
Villas de vuesos condados,
Queda piedra sobre piedra.
Antolinez testimonio,
Pelaez vino con ellas;
Yo vos pondré la caluña
Tal que atemorice en vella:
Que con ella y mi razon,
Ellos y sus parentelas
Han de fincar á mis manos,
A mis agravios desfechas.
Camperos tiene el buen rey
Que vos apañen y prendan;
Fágame justicia en todo
Y tendré mi espada queda.—
Esto fabló y dijo el Cid,
Y cabalgando en Babieca
Partió de Valencia á Búrgos
A dar al rey su querella.

LIII.—(*Anónimo.*)

Lloraba doña Jimena
A sus solas con el Cid
La afrenta de sus dos fijas,
Y así comenzó á decir:
—Cómo es posible, señor,
Siendo temido en la lid,
Que os afrentasen dos homes,
No siendo bastantes mil?
Y si aquesto no vos duele,
Ved que á mi padre perdí
Por ser vos tan vengativo
En las cosas que sentís.
Considerad vuesas fijas,
Aquesas que yo parí,
Que non son fijas prestadas,
Sinon de vos y de mí.
Es bien que aqueste miredes,
Y que esa gente ruin
Non se atreva á facer tal
Sabiendo que sois el Cid,
Pues no faltarán salida
Para poderse eximir.
Si es bien que aquesto sintades
Farto os he dicho, sentid.

LIV.—(*Anónimo.*)

Despues que una fiesta fizo
Al santo y divino Pedro
Aquel que africanos moros
Pagaron tributo y pecho,
Hizo una junta en su casa
De parientes y homes buenos,

Y como juntos los vido
El buen Cid les dijo aquesto:
— Bien sabeis amigos mios,
La fazaña de mis yernos:
¡Bien me pagaron las obras
Que en Valencia hice por ellos!
Con riendas me las pagaron,
No teniendo rienda en ellos
De ponellas en mis fijas
Azotadas en desiertos:
Y agora el rey de Leon
Dice por su mandadero
Que dentro de treinta dias
Tengo de estar en Toledo.
Así vos suplico y pido,
Aunque no es menester ruegos
Para amigos tan leales
Teniendo fidalgos pechos,
Non se fable allá en las córtes,
Nin perdamos el respeto
Al rey, que non es razon,
Juzgando bien y derecho.
Non se descomida nadie
Non fablando en nuestros fechos,
Que yo pondré la demanda
De lo que les dí primero,
La facienda, plata y oro,
Las espadas amen d'eso,
Y pediré el desacato
Que á mis fijas les ficieron.

LV. — (*Anónimo.*)

Asida está del estribo
La noble Jimena Gomez,
Y en tanto que al Cid le habla,
El Cid su gaban compone.
— Mirad, le dice, señor,
Que la sangre de aquel conde
Que matasteis bueno á bueno
Que la vengueis como noble,
A las córtes vais, buen Cid,
Y á lo que os lleva á la corte
Ha de dar corte la espada,
Porque no tiene otro corte.
Al rey habrán prevenido,
Y á sus amigos, los condes,
Que es de cobardes muy propio
Socorrerse de invenciones,
No aceteis del rey Alfonso
Escusas, ruegos ni dones,
Que mal se cubre una injuria
Con aceite de ragones.
Considerad vuesas fijas
Amarradas á dos robles,
De quien hoy tiemblan las hojas
Condolidas de sus voces;
Y mirad que aquella ofensa
Contra mí fecha en el monte,
Descubre en vos las señales,
Y en mis fijas los azotes.
Dios os guarde donde vades,
Que son los competidores
Crueles como cobardes,
Como cobardes traidores.
Yo sé bien que vais seguro,
Si no fuere de traiciones,
Que atrevidos con mugeres
Nunca lo son con los hombres.
No entreis, señor, en batalla,
Que menguais vuesos blasones
Honrando con vuesa espada
Una sangre tan enorme.
El que venció á tantos reyes
No se iguale á aquestos homes,
Que relinchos de Babieca
Han vencido otros mejores.
Cobrad vuesas dos espadas
Para Bermudo y Ordoñez,
Que ellos pondrán en sus filos
El uso de vuesos golpes.
Sacará del fuego mio
La Tizona los tizones,
Y la famosa Colada
La mancha de mis pasiones.
Por mi aviso y vuesa mano
Que á mi venganza se ponen,
Desde luego la esperanza
Me promete alegres dones.
— Así suceda, Jimena, —
El famoso Cid responde,
Y abajando la cabeza
Picó á Babieca y partióse.

LVI. — (*Anónimo.*)

Recibiendo el alborada
Que viene á alegrar la tierra
Tocaban á recoger
Seis clarines por Valencia.
Don Rodrigo de Vivar,
El buen Cid, su gente apresta
Para partir á Toledo,
Que á córtes el rey le espera.
Ya la plaza del palacio
Está de gente cubierta,
De escuderos y fidalgos
Esperando que el Cid venga.
Él sale ya de la sala,
Ya está en medio la escalera,
Y sálenle á acompañar
Sus dos fijas y Jimena.
Abrázales cortesmente
Y ruégales que se vuelvan,
Que en ver presentes sus fijas
Tiene presente su afrenta.

Descendió fasta el zaguan
Donde estaba su Babieca,
Que de ver triste á su amo
Casi siente su tristeza.
Salió en cuerpo hasta la plaza
Armado con armas negras,
Sembradas de cruces de oro
Desde la gola á las grebas.
Vió su gente tan lucida
Y en la ventana á Jimena,
Y por facer lozanía
Puso al caballo las piernas.
Llevó los ojos de todos,
Y al cabo de la carrera
Quitó á Jimena la gorra
Y tocaron las trompetas.
Todos siguieron tras él,
¡Cuán lucida gente lleva!
Pues alegre el sol de vellos
En las armas reverbera.
Caminan por sus jornadas,
Y á la vista de Requena
Detuvo la rienda el Cid,
Que no quiso entrar en ella.
Acordóse en aquel punto
Que allí fué la vez primera
Que le llamó el sesto Alfonso
Estando él quieto en ella.
Con grave y severa voz,
Levantando la visera
Y afirmado en los estribos,
La dice desta manera:
— Teatro de mi deshonra
Do se hizo la tragedia
En que mis aleves yernos
Fueron los autores della;
Principio de mi desdicha,
Do sin ser jueves de cena
Comieron con faz doblada
Ambos Judas á mi mesa:
Al rey vó á pedir justicia,
Ruego á Dios que no la tuerza,
Que á postre de mi venganza
No estareis en mi frontera. —
Y llevado de furor
Puso al caballo las piernas
Contra la flaca muralla,
Que de verle airado tiembla.

LVII.—*(Anónimo.)*

Tres córtes armára el rey
Todas tres á una sazon,
Las unas armára en Búrgos,
Las otras armó en Leon,
Las otras armó en Toledo
Donde los hidalgos son,
Para cumplir de justicia
Al chico con el mayor.
Treinta dias da de plazo,
Treinta dias, que mas non,
Y el que á la postre viniese
Que lo diesen por traidor.
Veinte nueve son pasados
Los condes llegados son.
Treinta dias son pasados
Y el buen Cid non viene, non.
Allí habláran los condes:
— Señor, dadlo por traidor.—
Respondiérales el rey:
— Eso non faria, non,
Que el buen Cid es caballero
De batallas vencedor,
Pues que en todas las mis cortes
Non lo habia otro mejor. —
Ellos en aquesto estando,
El buen Cid allí asomó
Con trecientos caballeros,
Todos fijosdalgo son,
Todos vestidos de un paño,
De un paño y de una color:
Sino fuera el buen Cid
Que traia un albornoz;
El albornoz era blanco,
Parecia emperador,
Capacete en la cabeza
Que relumbra como el sol.
— Dios vos mantenga buen rey,
Y á vosotros sálveos Dios,
Que non fablo yo á los condes,
Que mis enemigos son. —
Allí dijeron los condes,
Fablaron esta razon:
— Nos somos fijos de reyes,
Sobrinos de emperador,
¿Merescimos ser casados
Con fijas de un labrador?—
Allí hablára el Cid,
Bien oireis lo que fabló:
— Convidáraos yo á comer
Buen rey, tomástelo vos,
Y al alzar de los manteles
Dijistes esta razon:
Que casase yo mis fijas
Con los condes de Carrion.
Diéraos yo en respuesta
Con respeto y con amor:
Preguntarélo á su madre,
Su madre que las parió,
Preguntarlo he yo á su ayo,
Al ayo que las crió.
Dijerame á mí el ayo:
«Buen Cid, non lo fagais, non,
Que los condes son muy pobres
Y tienen gran presuncion:»
Mas por non contradecirvos,

Buen rey, ficiéralo yo.
Treinta dias duraron las bodas,
Que non quisieron mas, non,
Cien cabezas yo matára
De mi ganado mayor:
De gallinas y capones,
Buen rey, non lo cuento non.

LVIII.—(*Anónimo.*)

Idos vos, Martin Pelaez,
A mi Valencia y guardalla
Mientras que me quejo al rey
De aquesta traicion tamaña.
Rogaréle que se lembre
Cuando á mis fijas casára
Contra la mi voluntad,
De mi Jimena y mi casa;
Y que por facer la suya
Y cumplir la su palabra,
Yo folgué que se ficiesen
Aquestas bodas amargas.
Diréle yo cómo Ordoño
Las falló tan mal paradas
Y desnudas de las ropas
Que les diera para honrallas;
Y si los ojos me dejan
Contar tan malas fazañas,
Diré como las toparon
En el monte aprisionadas,
Y pediré que en sus córtes
Desagravie aquestas canas,
Que el deshonor de mis fijas
Las tienen avergonzadas.
Y de tan grande traicion
Faré un reto, una demanda
A los condes, si tuvieren
La faz para sustentalla.
Cobraré allí mis dos joyas,
Pues están mal empleadar
En poder de dos traidores
Mi Tizona y mi Colada;
Y vos, amigo Martín,
Quedareis desta vegada
Como señor de mis tierras,
Por mi falta gobernallas.
Acudireis á Jimena
A servilla y regalalla,
Tendreis mucha cuenta en esto
Catad que os dejo en mi casa.

LIX.—(*Anónimo.*) (42)

Medio dia era por filo,
Las doce daba el reloj,
Comiendo está con los grandes
El rey Alfonso en Leon:
Cuando entrára por la sala
Casi perdido el color,
De todas armas armado
El noble Cid campeador,
Que viene á pedir justicia
A su rey y su señor
De un agravio que le han fecho
Los condes de Carrion.
En él pone el rey los ojos
Y en sus oidos la voz:
—Justicia venga del cielo
Si non me la faceis vos.—
Los grandes se alborotaron,
Ninguno á comer volvió,
Sus amigos de cuidado,
Sus contrarios de temor.
Venganza vengo á pediros,
Pudiéndola tomar yo,
Que con sangre de traidores
Suelo yo limpiar mi honor.
Reyes moros tengo amigos
Que vasallos mios son,
Y en las fronteras me temen
En mirando mi pendon.
Mis fijas son agraviadas
Doña Elvira y doña Sol;
Si justicia non me guardas
Venganza tomaré yo.
Pagaránmelo sus fijos
En pago del galardon,
Porque de su sangre aleve
Non ha de quedar varon.
Mira Alfonso por mi honra,
Por la vuessa mire Dios,
Que si fiais de traidores
Non comereis con buen pro.
Si en algo les he agraviado
Salgan, que en el campo estoy,
Que á mi espada y á mi brazo
Les ha venido ocasion.—
Con esto volvió la espalda,
Y el rey de comer se alzó,
Y mandó que se pregonen
Las cortes para Leon.

LX.—(*Anónimo.*)

Años hace, el rey Alfonso,
Que solo en vueso servicio
El arambre de Tizona
Apenas lo he visto limpio,
Y que mi pobre Jimena,
Nacida en contrario signo,
Fué por mí sola de padre
Como por vos de marido.
Ella en mi ausencia ha llorado
El medio lecho vacío,
Mientras que yo derribaba
Mil estandartes moriscos.

Testigos tengo presentes,
Y vos rey sois buen testigo
Que he atropellado mas lunas
Que el sol ha durado siglos.
Fuí en juveniles años
Rayo en vuesos enemigos,
Como agora son mis canas
Terreno de mal nacidos.
Todo lo gobierna el cielo
Con su nivel y destino,
Desde la tierra á su altura
Y desde el cielo á su abismo.
Al pavon le dió los piés,
Al águila el corvo pico,
Y al leon la calentura,
Porque esten menos altivos.
Dos fijas tengo, señor,
Y porque le hurté al serviros
El tiempo del engendrallas,
Las engendré con delito.
Agraviáronlas traidores,
Y por haberse atrevido,
Aunque mi brazo pudiera,
Solo al vueso lo remito.
Dos cobardes las ofenden
Cuyos corazones tibios
Al temor hacen altares
Y le ofrecen sacrificios.
Carrion les da tributo
Como la fama al olvido,
Y por tal yo me querello,
De tal injuria ofendido.
Levante vuesa justicia
El peso con el cuchillo,
Que aunque suyo sea el peso
El pesar ha de ser mio.
Si la justicia en las armas
Falló el natural abrigo,
Ya sirvo yo con las unas,
Faced justicia y castigo.
Si Dios es justo y el home
Tan obligado á servillo,
En cuanto mas le imitare
Será mas justo y mas digno.

LXI. — *(Anónimo.)*

A Toledo habia llegado
Ruy Diaz, que el Cid decian,
A córtes del rey Alfonso,
Que por su amor las hacia.
Para le dar gran derecho
De la gran alevosía
Que sus yernos los infantes
De Carrion fecho habian.
En palacios de Galiana
El rey mandado tenia
Que se junten á las córtes
Todos los que allí vendrian.
La silla del rey Alfonso,
Que era muy hermosa y rica,
Púsose al mejor lugar
Que en toda la sala habia,
Al rededor de la cual
Escaños grandes ponian,
Donde se sentasen todos
Los de la caballería.
El Cid llamó á un escudero,
Muy fidalgo en demasía,
Fernan Alfonso ha por nombre,
El Cid criado le habia.
Mandóle tome un escaño
Que de Valencia traia,
Que se lo ganó al rey moro
Cuando en ella lo vencia.
Mandóle que le pusiese
Donde el rey tenia su silla,
Escuderos fijosdalgo
Mandó lleve en compañía
Y que guarden el escaño,
Hasta que sea otro dia.
Todos llevan el escaño,
Que es hermoso á maravilla,
Sus espadas á los cuellos:
¡ Oh qué bien que parecian!
Pusieron el rico escaño
Donde el Cid mandado habia,
Cubierto de ricos paños
De oro, seda y pedrería.
Otro dia de mañana,
Despues que el rey oyó misa,
Fuése para los palacios
Con muy gran caballería,
Solo el Cid no va con él,
Que en su posada yacia.
Garci Ordoñez, ese conde
Que al buen Cid muy mal queria,
Cuando viera aquel escaño,
Al rey dijo desta guisa:
Por merced, os pido, rey,
Oigais lo que yo decia:
Aquel tálamo que armaron
Junto de la vuesa silla
¿ Para cuál novia se armó?
Pregúntoos, ¿ verná vestida
De almejías ó alquiceles,
O cómo verná guarnida?
Mandadle quitar de allí,
Porque á vos pertenecia. —
Fernan Alfonso lo oyó,
Al conde le respondia:
— Conde, muy mal razonades,
Mucho mal delito os venia,
Que decides mal de aquel
Que muy mas que vos valia.
No novia, como decis,

Y si decis que mentia,
Las manos yo vos pondré
Y conocervos faria,
Ante el rey que está presente,
De que lugar descendia,
Que no me podreis negar
No tener vos mejoría. —
Mucho le pesó al buen rey
Y á los que con él venian
De lo que habia pasado,
Mas el conde don García,
Como era hombre sañudo,
El manto al brazo ponia,
Dijo: — Dejadme ferir
Al rapaz que tal decia. —
Alfonso cuando lo vido
Su espada sacado habia,
Viniéndose contra el conde
Diciendo: — Castigaria
Las locuras que habeis dicho,
Mas por el rey no osaria. —
El rey los ha despartido
Y á los presentes decia,
— Ninguno debe fablar
Deste escaño que aquí habia,
Que el Cid lo ganó muy bien
Y como home de valía,
Y es caballero esforzado
Y de muy gran valentía,
Y non hay otro en el mundo
Que tan bien lo merecia
Como el buen Cid mi vasallo
De tan alta nombradía:
Y cuanto el Cid es mejor
Mas honra á mí me venia,
Que cuando ganó el escaño
A muchos moros vencia.
Envióme su presente,
Por señor me obedecia,
Como vasallo leal
Cumpliendo lo que debia:
Muchos caballos me dió,
Con moros que los traian.
Y enviáranie mi quinto
Como á mi pertenecia.
Nadie no fable del Cid,
Que segundo no tenia.

LXII. — *(Anónimo.)*

Digádesme, aleves condes,
¿Qué fallasteis en mis fijas,
Y cuándo tener cuidasteis
Dueñas de tan alta guisa?
¿Por aventura con ellas
Los fidalgos de Castilla
Qué baldones vos han dado?
¿En qué vueso honor vos quitan?
Por madre han á mi Jimena
La mi doña Sol y Elvira:
De tal madre, ¿qué enseñanza?
¿Nin qué fembras de tal vida?
En dote vos dí con ellas
Los haberes que tenia,
Y las mis ricas espadas
Que menos falla mi cinta:
Mas fambrientas las tenedes,
Non yantan como solian,
Que siempre fechos cobardes
Dan escasas las feridas.
Yo vos las demando, condes,
Ante el rey que ende nos mira,
Porque á Colada y Tizona
No es hien que aleves las ciñan.
Non son heredadas, non,
Sino en batallas tenidas
De entre lanzas y con sangre
Mis armas todas teñidas.
En los robledos de Tórmes
Me la dejades vertida;
Mas la de dueñas atales
Ved qué varones no estiman.
Non por ende me afrentades,
Por ser mis fijas queridas,
Que aunque son mi sangre estaba
En vuesas mugeres mismas.
Con todo vos reto, condes,
Por facer la sangre limpia,
Porque el golpe del agravio
No hay miembro que no lastima.
Tenudo soy á facello
Por vuesa honra y la mia,
Que la mancha del honor
Solo con sangre se quita. —
Estas palabras el Cid
A sus dos yernos decia,
Levantado del escaño,
La mano á la barba asida.

LXIII. — *(Anónimo.)*

El temido de los moros,
Aquella gloria de España,
El que nunca fué vencido,
El rayo de las batallas,
Ese buen Cid Campeador,
Defensor de nuestra patria,
Espejo de capitanes
Y de traidores venganza,
En las córtes de Toledo
Do le fueron entregadas
Ante el sesto rey Alfonso
Por los condes las espadas,
Así fablaba con ellas
Sin hartarse de mirallas:
—¿Dó estais, mis queridas prendas?

¿A dó estais, mis prendas caras?
No caras porque os compré
Por dinero, oro ni plata,
Mas caras porque os gané
Con el sudor de mi cara.
Al rey moro de Marruecos
Siendo Valencia cercada
A vos gané, mi Tizona,
Que vos traia en su guarda;
Y al conde de Barcelona
A vos os gané, Colada,
Cuando les tomé á los moros
Los castillos de Brianda.
Yo nunca os fice cobardes,
Antes por la fe cristiana
En la sarracena gente
Os traje siempre cebadas.
A los condes mis dos yernos,
Por ser joyas tan preciadas,
Vos dí, y ellos (¡mal pecado!)
Os tienen de orin manchadas.
Non érades para ellos,
Que vos traian afrentadas,
Por de dentro muy fambrientas,
Por de fuera pavonadas.
Libres estais de las manos
Que os traian cautivadas,
El Cid os mira en las suyas
Donde sereis mas honradas. —
Dijo, y á Pedro Bermudez
Y á don Alvar Fañez llama,
Y manda que se las guarden
Mientras las córtes duraban.

LXIV. — *(Anónimo.)*

A vosotros, fementidos,
Condes de villano pecho,
Como traidores al rey
A entrambos juntos vos reto.
Mis fijas os dí, traidores,
Pero non, que en ello miento,
Al rey las dí que las diese
A quien él fuese contento.
A él se fizo esta injuria,
A él se fizo este avieso
Y él las recibió por fijas,
Yo á vosotros por mis yernos.
Por ser fecha á mi señor
Esta injuria, por él vuelvo,
Que el que ha vasallos honrados
Ellos le enmiendan sus tuertos.
Con mugeres teneis manos,
¡Por Dios, bravos caballeros,
Si al veros con el rey Búcar
No fuerais de piés tan prestos!
Pero bien dice el refran
Que hay tan valientes guerreros
Por los piés como por manos,
Y vosotros sois de aquestos.
¡Oh cuánto dierais agora
Por fallar otros dispuestos
Tales como los fallasteis
Cuando los leones sueltos!
Faced cuenta son leones
Los que en este pecho siento,
Que es un leon cada agravio
Fecho en un honrado pecho.
Agradecédselo al rey
Que le veo y le respeto;
Pero pagarlo heis, villanos,
Si no es que os subais al cielo.
Mas non subireis, cobardes,
Que es Dios grande justiciero
Y no consiente traidores
Sin castigo de sus yerros:
Cuanto mas que la Colada
Y la Tizona yo entiendo
Vos serán tal purgatorio
Que vais desta culpa absueltos.

LXV. — *(Sepúlveda.)*

En las córtes de Toledo
Que el buen rey Alfonso hacia
Para dar derecho al Cid
Que querellado se habia
De los condes de Carrion
Sus yernos que ser solian,
Porque á sus buenas mugeres
Deshonrado las habian,
Vuelto le han sus dos espadas,
El haber tambien volvian.
El Cid por grandes traidores
A ambos retado habia;
Los infantes no responden
A lo que el buen Cid decia.
El rey dijo á los infantes
Qué era lo que respondian,
Diego Gonzalez el uno
Al rey así le decia:
— Ya, señor, sabeis que somos
De los buenos de Castilla,
Dejamos nuesas mugeres
Porque no nos merecian;
Casar con fijas del Cid
Gran deshonra nos traia. —
Los del Cid no respondieron,
Que el Cid mandado tenia
Que si él no lo mandase
Ninguno fablar debia.
Ordoño, sobrino suyo,
Era el que respondia:
— Calla tú, Diego Gonzalez,
Que eres de gran cobardía;
Muy valiente eres de lengua,

Mas esfuerzo no tenias,
Y en esa tu falsa boca
Ninguna verdad habia.
Lémbrate cuando en Valencia
En la lid que el Cid facia
Echaste á fuir de un moro,
Y el moro bien te seguia,
Y yo le salí al encuentro,
Muerto en tierra lo ponia,
Dite su caballo y armas
Y al Cid entender facia
Que tú mataste aquel moro
Que aquel caballo traia.
Yo lo fice por te honrar
Por casar con la mi prima:
Alabástete tú desto,
Yo lo otorgaba á tu guisa,
Nunca salió de mi boca
Fasta hoy que lo decia,
Y si agora lo publico
Es por tu gran villanía:
Y sepan cuando en Valencia
Cuando el leon que ende habia
Se soltó de donde estaba,
Tú porque á esconderte ibas,
Rompiste el manto y el sayo
Que cobijado tenias,
Por entrar bajo un escaño
Que en el aposento habia.
No digo cómo tu hermano,
Que es aquel que me veia,
Cayó con notable miedo
En parte do no debia.
Asi, señor rey Alfonso,
A tu alteza yo decia
Que este dia fuera bien
Demostrar su valentía,
No en los robledos de Tórmes
Do ferido habian mis primas,
Mugeres de tal linage
Que muy mas que ellos valian,
Que si yo ende estuviera
Cometerlo no osarian;
Ficieron como cobardes,
Yo se lo combatiria,
No ficieron como buenos
Como manda la hidalguía,
Muy feble es facer tal cosa
Ningun homo de valia,
Y poner mano en mugeres
Non es de caballeria.

LXVI. — *(Anónimo.)*

Despues que el Cid Campeador
Pidió derecho del tuerto
Por que fueron emplazados
Los condes para Toledo,
El rey don Alfonso el Bravo;
Aquel que con gran denuedo
Al foradar de la mano
Tuvo siempre el brazo quedo,
Mandó que dentro en tres meses
Pareciesen en Toledo,
O fincasen por traidores
Ellos y el conde don Suero.
Mandó que se fagan córtes
Y se junten á ellos cedo
Sus grandes y ricoshomes,
Que quiere tomar su acuerdo;
Que si los condes son nobles,
Alfonso es rey de derecho,
Magüer que el Cid en honor
Es honrado caballero.
Antes de cumplir el plazo
Todos á córtes vinieron,
Y el Cid trujo en su compaña
Novecientos caballeros.
Salió el rey á recibirlo
A dos leguas de Toledo;
Unos de envidiosos callan,
Otros dicen que es esceso.
Palacios de Galiana
Mandó el rey esten compuestos,
Las paredes de brocado
Y el suelo do terciopelo.
Junto á la silla del rey
Su escaño del Cid pusieron,
De que mofaban los condes
Profanando y zaheriendo.
Sentados en córtes todos
Fabló el rey á sus porteros:
— Mándovos que callen todos,
Infanzones y homes buenos:
Vos, el Cid, decid su culpa
Y ellos defiendan su pleito,
Librársevos ha justicia
Con que quedeis satisfecho.
Seis alcaldes vos señalo
De mi casa y mi consejo,
Y que todos ellos juntos
Juren por los evangelios
Que cuidarán de ambas partes
Asaz entender el pleito,
Y entendido juzgarán
Sin pasion, amor, ni miedo. —
Levantóse luego el Cid,
Y sin mas alongamientos
Pide le den sus espadas
Tizona y Colada luego.
El rey miraba á los condes
Qué responden atendiendo,
Pero ninguna razon
En su defensa dijeron.
Los jueces mandan las den
Sin ningun detenimiento;

Magüer hubieron paver,
Entregarlas no quisieron.
El rey dijo: — Descorteses,
Volvédselas á su dueño,
Que supo mejor ganallas
De los moros de Marruecos. —
Ya cobradas las espadas,
Dos mil marcos de dinero
Les pide y todas las joyas
Que les dió en los casamientos.
Unánimes los jueces,
De comun consentimiento,
Los condenan á que paguen
De contado todo el precio.
Comenzó de nuevo el Cid,
Los ojos como de fuego
Y el rostro como una gualda,
A demandalles el tuerto.

LXVII. — *(Anónimo.)*

En las córtes de Toledo
A do yace Alfonso el Sesto,
El Cid le fabla á Bermudo
Con muy grande sentimiento:
— ¿Non fablais vos, Pedro mudo?
Fablad, que non estais muerto:
¿Non sabedes que mis fijas
Son vuesas primas en deudo?
Ende mas que en su deshonra
Mucha parte os cabe dello. —
Mucho le pesó á Bermudo
De lo que el Cid ha propuesto:
Juntóse con Garci Ordoñez,
Y desque fué cerca puesto
Le diera tan gran puñada
Que dió con él en el suelo.
Alborótanse las córtes,
No queda nadie en su asiento,
Aquí sacan las espadas,
Allí dicen mil denuestos;
Unos apellidan Cabra,
Otros Valencia, otros reino,
El rey está ardiendo en ira,
Diciendo: — Afuera, teneos. —
Otra vez replicó: — Afuera,
Sin mas audiencia condeno,
Con acuerdo de mi corte
Y de mi real consejo,
Por los méritos que fallo
Que resultan deste pleito,
A los condes de Carrion
Que lidien conforme al reto,
Y que el Cid haya cumplido
Con dalles tres escuderos,
Y los que mejor lidiaren
Ellos salven su derecho. —
Pidieron plazo los condes
Para guisar en el fecho,
Y al cabo de ruegos muchos
La noche se puso en medio.
Volvióse el rey á su casa,
La corte á su alojamiento,
Y al salir de los palacios
Donde las córtes se han fecho,
De Navarra y de Aragon
Al rey vienen mensageros.
Cartas le traen de sus reyes
Pidiéndole otorgamiento
De las dos fijas del Cid
Para dos fijos mancebos.
Don Ramiro el de Navarra
La pide, si bien me acuerdo,
A la mayor doña Elvira,
Dueña de virtud y arreo:
A la menor doña Sol
Ha pedido el rey don Pedro
Para su hijo don Sancho
De Aragon propio heredero.
Partióse á Valencia el Cid
Ufano, alegre y contento,
Desagraviadas sus fijas
A guisar los casamientos.

LXVIII. — *(Sepúlveda.)*

Ya se parte de Toledo
Ese buen Cid afamado,
Y acabáronse las córtes
Que allí se habian celebrado.
Aquese buen rey Alfonso
Muy gran derecho le ha dado
De los infantes, los condes
Do Carrion el condado.
Don Rodrigo va á Valencia
Que á los moros la ha ganado:
Novecientos caballeros
Lleva todos fijosdalgo,
Que de la rienda le llevan
A Babieca el buen caballo.
Despidióse el rey del Cid,
Que le habia acompañado,
Lejos van uno de otro,
El Cid envió un recaudo
Pidiendo merced al rey
Le aguarde para hablallo.
El rey aguardára al Cid
Como á bueno y leal vasallo,
Y el Cid le dijo: — Buen rey,
Yo he sido muy mal mirado
En llevarme yo á Babieca,
Caballo tan afamado,
Que á vos, señor, pertenece
Como mas aventajado.
Non le merece ninguno,
Vos sí solo á vueso cabo,

Y porque veais cual es
Y si es bien el estimallo,
Quiero facer ante vos
Lo que no he acostumbrado
Si non es cuando hube lides
Con enemigos en campo.—
Cabalgó el buen Cid en él
De piel de armiño arreado,
Firióle de las espuelas,
El rey se quedó espantado
En mirar cuan bien lo face,
A ambos está alabando;
Alababa á quien lo rige
De valiente y esforzado,
Y al caballo por mejor,
Que otro no es visto ni hallado.
Con la furia de Babieca
Una rienda se ha quebrado,
Paróse con una sola
Como si estuviera en prado,
El rey y sus ricoshomes
De verlo se han espantado,
Diciendo que nunca oyeron
Fablar de tan buen caballo.
El Cid le dijo: — Buen rey,
Suplícoos querais tomallo.
— Non lo tomaré yo, el Cid,
El rey por respuesta ha dado;
Si fuera, buen Cid, el mio,
Yo vos lo diera de grado,
Que en vos mejor que en ninguno
El caballo está empleado,
Con él honrades á vos
Y á nos en estremo grado,
Y á todos los de mis tierras
Por vuesos fechos granados;
Mas yo lo tomo por mio
Con que vos querais llevarlo,
Que cuando yo lo quisiere
Por mí vos será tomado. —
Despidióse el Cid del rey,
Las manos le habia besado,
Y fuése para Valencia
Donde le están aguardando,

LXIX.—*(Sepúlveda)*

Ya se parte el rey Alfonso,
De Toledo se partia
Para ir á Carrion,
Que los condes no venian
A lidiar con los del Cid
Que retados los tenia
Por la deshonra que hicieron,
Aleve y gran villanía,
A las dos fijas del Cid
Doña Sol y doña Elvira,
Consigo llevó los seis
Jueces de la tal porfía,
Don Ramon, yerno del rey,
Llevaba en su compañia,
Y los que habian de lidiar
Con los que el aleve hacian.
A Carrion es llegado
A la vega que ende habia,
Sus tiendas mandára armar,
Los condes á él venian
Con su tio Suer Gonzalez,
Que la gran traicion urdia.
Traen consigo sus parientes,
Muchos son en demasía,
Armados venian todos
De ricas fuertes lorigas,
Que entre sí han acordado
Que si tiempo se ofrecia
De matar á los del Cid
De cualquier guisa, lo harian
Antes de entrar en la lid,
Porque así les convenia.
Los del Cid lo habian sentido,
Y al rey, — Señor, le decian,
En vuesa mano y merced
El de Vivar nos ponia,
Por eso, señor, pedimos
Non consintais que hoy dia
Nos fagan desaguisados,
Nin tuerto, ni alevosía.
Que con la merced de Dios
El Cid vengado seria:
Derecho habremos de aquesto,
Que Dios nos ayudaria. —
El rey dijo: — Non temais,
Magüer yo lo proveeria. —
Mandó dar luego un pregon
Qu'estas palabras decia:
« Quien tuerto ó desaguisado
« A los del Cid les ficiese,
« Que la cabeza y sus bienes
« Allí todo lo perdiese. »
Él los metiera en el campo
Do la lid hacerse habia,
Los infantes y su tio
Tambien al campo acudian.
Gran compaña traen consigo
De gente que los seguia;
El rey á muy grandes voces
Estas palabras decia:
— Infantes de Carrion,
La lid que hacerse queria
En Toledo la quisiera,
Y non en aquesta villa.
Dijisteis que guarnimientos
A vos allí fallecian,
Vine al vueso natural
Por faceros cortesía:
Los caballeros del Cid

Conmigo yo los traia,
En mi fe y en mi verdad
Ellos sus vidas ponian.
Condes, yo vos desengaño
A vos y á vuesa valía
Non fagades contra ellos
Lo que hacer non se debia,
Que aquel que lo tal ficiese
Ya yo mandado tenia
En campo le despedacen
Sin que nadie se lo impida. —
A los condes les pesó
De lo que el rey les avisa.
La Colada y la Tizona
Al rey suplicado habian
Que no entren en la lid,
Que era mucha su valía.
El rey les dijera: — Infantes,
Facer eso no podia,
Pidiéradeslo en Toledo,
Que aquí lugar ya no habia:
Meted vos muy buenas armas
Que no se os contradiria,
Que crecidos sois de cuerpo,
Pelead con valentía. —
En el campo son metidos
Todos seis como cumplia,
Arreada está la gente
Y todos se apercibian:
Embrazaron los escudos,
Póuense las capellinas,
Firiéronse de las lanzas
Que so los brazos tenian.
A Pedro Bermudo luego
Fernan Gonzalez heria,
Pasóle todo el escudo,
En la carne no le heria;
El firió á Fernan Gonzalez
De una muy grande ferida,
Pasóle de lado á lado,
Mucha sangre le salia,
Y ya desmayado en tierra
Fernan Gonzalez caia
Por las ancas del caballo
Asido á la misma silla;
La lanza echára de sí,
Mano á Tizona ponia,
Díjole á Fernan Gonzalez:
— Traidor, perderás la vida. —
Y él conociendo la espada
Que el buen Bermudez traia
Temiérase de la muerte,
Y antes que le diera herida
Dijo: — Yo vencido soy
Y por tal me conocia. —
Martin Antolin de Búrgos
Con el otro está en gran prisa:
Quebrado habian las lanzas,
Con las espadas reñian.
Antolin le diera un dolpe
Con Colada, espada fina,
Por cima de la cabeza
Que mal ferido lo habia;
Cortárale el guarnimiento
Y el casco tambien hendia.
Diego Gonzalez desmaya,
Cuidó que no escaparia.
Grandes voces da el infante
Por golpes que recibia,
Sacóle el caballo fuera
Del cerco que el rey ponía,
Vencido es como su hermano,
Y por tal él se tenia.
Nuño Busto y Suer Gonzalez
Se fieren con valentía,
Las lanzas traen muy fuertes,
Recias son á maravilla.
Suer Gonzalez á Nuño Bustos
El escudo le partia.
Pasóle de parte á parte,
Que el golpe muy recio iba;
Pasóle los guarnimientos,
A la carne no prendia.
Firme estuvo Nuño Bustos,
Que era de grande valía,
Pasárale con la lanza
El escudo que tenia,
Y fuera de las espaldas
El hierro se parecia.
Suer Gonzalez cayó en tierra,
Nuño Bustos le ponia
La su lanza sobre el rostro,
Heririo otra vez queria.
— Non lo firades, por Dios,
Su padre á voces decia,
Que mi fijo ya es vencido
Y creo muerto estaria. —
Nuño Bustos á los fieles
Dijo si aquello valia:
— No vale nada, responden,
Si él propio no lo decia. —
Suer Gonzalez volvió en sí:
— Yo soy vencido, — publica.
Por alevoso el rey
Los tiene desde aquel dia,
Con su tio Suer Gonzalez
Que el consejo dado habia.
Fuyéronse de la tierra,
Que jamas no parecian,
Ni mas alzaron cabeza:
Los del Cid con honra fincan,
Dióles muy grandes haberes,
A Valencia se volvian.
Gran compaña les da el rey,
Muy seguros los envia
Para su señor el Cid

Que por tal le conocian.

LXX—*(Anónimo.)*

Cuando el rojo y claro Apolo
El hemisferio alumbraba
Y cuando su hermana bella
En el otro se mostraba,
Por una verde espesura
De arboleda bien cercada
Donde dulces ruiseñores
Muy claramente cantaban,
Y donde el céfiro manso
Sabrosamente soplaba,
Con esfuerzo y gallardia
Un caballero pasaba
En un caballo furioso
Bordado el jaez de plata,
Las armas de fino acero,
Todo de blanco se armaba,
Una lanza larga y gruesa
Y en ella veleta blanca;
Ha salido de Castilla
Y entra bravo en Lusitania.
Solo va á buscar un moro
Que el fuerte Audalla se llama,
Que la fama de sus hechos
Por toda España volaba.
En medio de su camino
El caballo se paraba.
Don Rodrigo es de Vivar
Que con la espuela le daba,
Mas el caballo por eso
Adelante no pasaba.
Como esto vido Rodrigo
En los estribos se alzaba;
Por ver que cosa seria
A todas partes miraba.
Hincando la lanza en tierra
En ella el cuerpo afirmaba,
Y oyó una voz que decia,
Aunque no vió quien la daba:
— ¡O ingrata y cruel fortuna!
Di si estás de mí vengada,
Pues me has quitado la vida
Y con ella el bien del alma.—
Metióse por la espesura
Por saber quien lamentaba;
Cuando no lejos de sí
Vió que un moro se quejaba
Tendido en la fresca yerba
Que en sangre teñida estaba
De las heridas que tiene
Que todo el cuerpo le pasan.
Cuando lo vió don Rodrigo,
Movido de grande lástima,
Apeóse del caballo
Mas aun bien no se apeaba
Vió estar cuatro caballeros
Y con ellos una dama
Que dellos se defendia,
Aunque ya cansada estaba,
Y como vió á don Rodrigo,
A grandes voces le llama:
— Ayudeisme, caballero,
Si cortesía en vos se halla;
Yo soy Aja, sin ventura,
Cautiva del fuerte Audalla.—
Arremetió don Rodrigo
Poniendo al ristre la lanza,
Los cuatro vienen á él
Y cada cual le encontraba.
No le mueven de la silla
Y él á uno derrotaba,
Vuelve furioso á los tres
Poniendo mano á la espada,
Dió al uno tan recio golpe
Que en tierra lo derribaba:
Los dos se vuelven huyendo,
Y él dellos no se curaba.
A la dama se volvía
Por saber lo que pasaba,
Mas la dama temerosa
No le responde palabra,
Antes por la espesura
Iba buscando á su Audalla.
No curó mas de seguirla,
Mas en Castilla se entraba,
Y asi hizo buena obra
A quien la pensó hacer mala.

LXXI.—*(Anónimo.)*

Acabada la batalla
Por el de Vivar pedida
Contra los aleves condes
Que le afrentaron sus fijas,
El noble rey don Alfonso,
Que el suceso honroso estima
Que haya sido por el Cid,
Como el que tenia justicia,
Con los tres fuertes guerreros
Que por él lidiado habian
Y alcanzado la victoria,
Así escribe al Cid Ray Diaz:
« A vos, el Cid castellano,
« El de la espada temida,
« Pestilencia de los moros
« Y defensa de Castilla,
« A vos á quien guarde el cielo
« En próspera y larga vida
« Para que estemos seguros
« De la enemiga morisma,
« A vos el rey don Alfonso
« Salud por esta os envía,
« Como vueso mas amigo

« Aunque enemigos resistan.
« El suceso del combate
« Que se ha hecho en esa villa
« De Carrion por el órden
« Que se dió en las córtes mias,
« Os lo escribo por mi mano
« Y va con mi sello y firma
« Porque sea testimonio
« Verdadero y sin malicia,
« Y que en la edad venidera
« Como fué se entienda y diga,
« Sin que amistad ó respetos
« Hagan que acorten ó añidan.
« Luego que fueron las córtes
« En Toledo concluidas,
« A esta villa nos partimos
« Por los dos condes pedida.
« Su demanda dió sospecha
« Por ser en su tierra misma,
« Que tierra que cria aleves
« No sin recelo se pisa.
« Yo aseguré este recelo,
« Porque á los tres que venian
« Por vos á lidiar con ellos
« Guardé con la guarda mia.
« Siempre los tuve delante,
« Conociendo bien que habia
« De la parte de los condes
« Mas traicion que valentía.
« Llegó el plazo y dia asignado
« En que habian de ser vistas
« La justicia y la razon
« Lidiar con la alevosía.
« Hízose un fuerte palenque
« Cerrado y puestos encima
« Asientos y seis jueces,
« Y enfrente mi real silla.
« A todo estuve presente
« Porque en mi ausencia no digan
« Que el rostro escondí al efecto
« En que el honor vueso iba,
« Porque no fablen aquellos
« Que vueso daño codician
« Que os falta el rey don Alfonso
« Como no os faltó en la vida,
« Aunque por malditos medios
« Traidores nos revolvian
« Vuesa lealtad condenando
« Con envidiosas mentiras.
« Advertido deste engaño,
« A maldades conocidas
« Les cerré el oido á aquellos
« Que os condenaban en vida,
« He querido que entendais
« Que su maldad entendida
« Hago el honor vueso mio,
« Cual lo mostré en la conquista,
« Que yo propio y á mi lado
« Metí los tres que venian
« A defender vuesa causa,
« Que yo llamo propia mia.
« Puestos por mí en el palenque,
« Los dos condes á la mira
« Y Suer Gonzalez su tio
« Llegaron cual convenia
« De fuertes armas cubiertos,
« Con muy grande compañía
« De parientes y de amigos
« Y el pueblo que los seguia.
« Cuando yo ví tanta gente
« Que en torno á todos seguia,
« Temí el seguro no fuese
« El robo de las sabinas.
« Mandé sentar á los jueces,
« Y yo tomando mi silla,
« Sosegado el alboroto
« Fué de mí esta razon dicha:
« — Condes, las fijas del Cid,
« Por vos sin causa ofendidas
« Con la traza mas soez
« Que se ha visto ni hay escrita,
« Demandaron la venganza
« De su afrentosa ignominia
« Al Cid su padre, que al punto
« Salió á ella por sus fijas.
« Pidió campo á todos tres
« Para que en él fuese vista
« Como quedaba su ofensa
« Con la sangre vuesa limpia.
« Respondisteis que con él
« La batalla que os pedia
« No queriades facer,
« Porque yo lo ayudaria,
« Que enviase á quien quisiese
« Que sobre la causa misma
« Con vos ficiese batalla
« Segun fueros de Castilla.
« Estos tres nobles guerreros
« El Cid por su parte envia,
« Que ya en el campo os aguardan,
« Os retan y desafían.
« Haced vuestra obligacion,
« Que es lo que os fuerza y obliga,
« Que es tiempo que las razones
« A las armas se remitan. —
« Quisiéronme dar respuesta,
« Y de mí no siendo oida,
« A dar principio al combate
« Fueron, aunque lo temian.
« Partióles el campo luego
« Un rey de armas con insignias
« Del terrible ministerio
« Que administrándoles iba.
« De tres en tres en sus puestos
« Se pusieron, recogidas
« Las riendas á los caballos,

« Las lanzas apercibidas:
« Contra el conde don Fernando
« Que á la victoria se aplica
« Martin Antolinez fué
« Fuego echando por la vista.
« A don Diego, el otro hermano
« Que encendió la horrible cisma,
« Le cupo Pedro Bermudez
« Para la batalla esquiva:
« Nuño Bustos de Linzuela
« Ardiendo en honrosa ira
« Se opuso con Suer Gonzalez,
« Autor de la alevosía.
« Cuando ví tres contra tres
« En dos hileras distintas,
« La lid de los Curiacios,
« Se me figuró que via.
« A este punto el ronco son
« De la trompa les avisa
« Que den principio á la lid
« Para el fin que pretendian.
« Arremetieron á una
« Todos, la señal oida,
« Cada cual con el contrario
« Que enfrente de sí tenia.
« Don Fernando y Antolinez
« Que igualmente se herian
« Quebraron juntos las lanzas,
« Firmes quedan en las sillas,
« Mas desnudando á Colada,
« Despues de muchas feridas
« Que Antolinez le dió al conde
« Con destreza y valentía,
« Le dió un golpe en lo mas alto
« Del yelmo, que las hebillas
« Faltaron y la cabeza
« Fué en dos partes dividida.
« Derribóle del caballo,
« Y el suyo dejando, encima
« Del cuello se puso en pié,
« Y el acero al pecho afirma.
« A este punto un gran ruido
« Se alzó y una vulgar grita
« Pidiendo no le matase
« Cumpliendo con que se rinda.
« Fué poderoso el clamor
« De aplacar la ardiente ira
« Del vencedor animoso
« Para dejallo con vida;
« Mas puesto sobre él de piés
« A Pedro Bermudez mira
« Que traia al conde don Diego
« Sin valor con que resista.
« Dióle un golpe con Tizona
« Despues de tener rompidas
« Las lanzas, y fué tan fuerte
« Que hombre y caballo derriba.
« Pidióle misericordia
« Pidiendo en merced la vida,
«Confesando su maldad
« Diciendo que se rendia.
« No dió oido á sus plegarias,
« Mas la fiera espada hinca
« Por el alevoso pecho,
« Con que dió fin á su vida.
« El valiente Nuño Bustos
« Y Suer Gonzalez quérian
« Cada uno de por sí
« La victoria de aquel dia.
« Duró mucho este combate,
« Mas la justicia divina
« Dió victoria á Nuño Bustos
« Como á quien tenia justicia.
« Atravesó á su contrario
« De parte á parte, y fué grima
« Verle venir del caballo
« Cayendo la boca arriba.
« Con esto acabó el combate,
« Y los vencedores gritan
« Si habia que hacer mas
« O mas traidores que rindan.
« Respondiéronles que no,
« Que la victoria tenian
« Ganada como valientes
« Sin haber quien se lo impida.
« Dos cajas y un pregonero,
« Puestos á este punto encima
« Del palenque, resonaron
« Y la victoria os aplican.
« El rey de armas con mi guarda
« A los vencedores guian
« Adonde los aguardaban
« Yo y toda mi compañía.
« Luego dieron los jueces
« Sentencia difinitiva,
« Que por traidores infames
« De honor los inhabilitan.
« Esta sentencia fué al punto
« Confirmada y queda escrita
« Para que pueda dar fe,
« Sin la mia, con seis firmas.
« Buen Cid, esto es lo que pasa
« Sin que falte ni se añida,
« Sin que odio ni amistad
« Fagan que otra cosa escriba.
« Ved si no quedais contento
« Y quereis que se prosiga
« Contra todo su linage
« Sin dejar persona viva.
« Encomendadme á Jimena
« Y abrazadme á vuesas fijas,
« Y decidles que de nuevo
« Su causa tomo por mia. »

LXXII. — *(Sepúlveda.)*

De aquese buen rey Alfonso
Los del Cid se despedian
Para volverse á sus tierras,
Pues ya vencidos tenian
A los condes de Carrion
Por el aleve que hacian.
Llegados son á Valencia
A do el buen Cid residia:
Gran placer hubo con ellos,
Muy gran gozo y alegría,
Muy mayor cuando dijeron
Cómo el buen rey dado habia
Por alevosos los condes
Y á don Suer que los regia.
Hincado se habia de hinojos
Las manos puestas arriba,
Grandes gracias da á Dios
Por la venganza que habia
De los malos yernos suyos
Y el tio que los regia.
A doña Jimena Gomez
Muy alegre le decia:
— Jimena, ya sois vengada
De tan grande villanía
Como ficieron los condes
A nos y á las nuesas fijas. —
Cuando sus fijas oyeron
Lo que tanto oir querian,
Recibieron gran placer,
El mayor que ser podia.
Muy gran loor dan á Dios,
Gracias grandes le rendian
Porque vengó su deshonra,
Y con los brazos corrian
A abrazar al buen Bermudez
Y á toda su compañía;
Besarles quieren las manos
Del placer que ende habian.
Muy grandes fiestas hicieron
Que duraron ocho dias,
Porque Dios les dió venganza
De los que el mal cometian.

LXXIII.—*(Anónimo.)*

Erguíos, no esteis postrado,
Que no es justo ni razon
Que esté ante mí de finojos
Quien reyes afinojó.
Cubrid las canas honradas
De grande prez y valor,
Y del mas leal vasallo
Que tuvo rey ni señor.
Quedaos á yantar conmigo,
Que me fareis gran favor,
Y me tendrán las viandas
Deste yantar mejor pro.
Y desque hayamos yantado
Vos quiero facer favor
De contaros de la enmienda
Del tuerto de Carrion,
Mas quiero facerlo luego.
Sabed que le plugo á Dios
De guardarles sendos reyes
A Elvira y á doña Sol:
Seré en las bodas padrino,
Pues casamentero soy,
Porque para fijas vuesas
Los tales padrinos son.
Alvar Fañez de Minaya
Vueso presente nos dió,
Yo y nusco le recibimos
Con gran talento y amor.
Y por primeras mercedes
Bien dignas de quien vos sois,
Mando que no haya cadera
En vuesa comparacion
Si no fuere cual yo rey
O dignidad superior.—
Esto dijo el rey Alfonso
A ese buen Cid Campeador.

LXXIV.—*(Anónimo.)*

Llegó la fama del Cid
A los confines de Persia
Cuando andaba por el mundo
Dando razon de quien era,
Y como lo oyó el soldan
Y supo bien la certeza
De los hechos del buen Cid,
Un presente le apareja.
Cargó copia de camellos
De grana, púrpura y sedas,
Oro, plata, incienso y mirra,
Con otras muchas riquezas,
Y con un pariente suyo
De los de su casa y mesa
Le envia al Cid el presente
Diciendo desta manera:
— Dirás á Ruy Diaz el Cid
Que el soldan se le encomienda,
Que de sus nuevas oir
Le tengo grande querencia,
Y por vida de Mahoma
Y de mi real cabeza
Que le diera mi corona
Solo por verle en mi tierra:
Y que aquese don pequeño
Reciba de mi grandeza,
En señal que soy su amigo
Y lo seré hasta que muera. —
El moro tomó el camino

Y en poco llegó á Valencia,
Pidiendo licencia al Cid
Para hablarle en su presencia.
El Cid salió á recibirlo
Antes de saltar en tierra,
Y cuando lo viera el moro
De verle delante tiembla.
Empezó á darle el recaudo,
Y como á darlo no acierta
De turbado, el Cid le toma
La mano y así dijera:
— Bien venido seas, el moro,
Bien venido á mi Valencia,
Si tu rey fuera cristiano
Fuera yo á verle á su tierra. —
Con estas y otras razones
A la ciudad ambos llegan,
Adonde los ciudadanos
Ficieron muy grande fiesta.
El Cid le mostró su casa,
A sus fijas y á Jimena,
De que el moro está espantado
Viendo tan grande riqueza.
Estúvose algunos dias
El moro holgándose en ella
Hasta que se quiso ir
Y pidió para ir licencia.
En retorno del presente
Que del Soldan recibiera,
Otras cosas le envia el Cid,
Las cuales allá no hubiera,
Despedido que fué el moro,
Rodrigo con su Jimena
Se quedó y con sus dos fijas
Dando á Dios gracias inmensas.

LXXV. — *(Sepúlveda.)*

Muy doliente estaba el Cid,
De trabajos muy cansado,
Cansado de tantas guerras
Como por él han pasado.
Nuevas le fueron venidas
Que le ponen en cuidado
Que el rey Búcar, fuerte moro,
Sobre Valencia ha llegado.
Treinta reyes trae consigo,
Valientes son y esforzados,
Con mucha gente de guerra,
De á pié son y de á caballo.
Echado estaba el buen Cid
Sobre su cama acostado,
Pensando estaba cuidoso
En fecho tan afamado,
Suplicando á Dios del cielo
Que siempre esté de su bando,
Y de peligro tan grande
Con honra le saque á salvo.
Cuando el Cid no se cató
Un hombre vido á su lado,
El rostro resplandeciente
Como crespo y relumbrando,
Tan blanco como la nieve
Con olor muy sublimado,
Díjole: — ¿Duermes, Rodrigo?
Recuerda y está velando. —
Díjole el Cid; — ¿Quién sois vos
Que así lo habeis preguntado?
— San Pedro llaman á mí,
Príncipe del apostolado:
Vengo á decirte, Rodrigo,
Otro que no estás cuidando,
Y es que dejes este mundo,
Dios al otro te ha llamado
Y á la vida que no ha fin
Do están los santos holgando.
Morirás en treinta dias
Desde hoy que esto te fablo,
Dios te quiere mucho, Cid,
Y esta merced te ha otorgado,
Y es que despues de tu muerte
Venzas á Búcar en campo.
Tus gentes habrán batalla
Con todos los de su bando,
Y esto será con ayuda
Del apóstol Santiago.
Tú, Rodrigo, Campeador,
Faz enmienda á tu pecado,
Porque muerto que tú seas
A la gloria seas llevado,
Que Dios por amor de mí
Ha todo aquesto ordenado,
Porque honraste la mi casa
Do Cardeña era nombrado. —
Cuando lo oyera el buen Cid
Gran placer habia tomado,
Saltó luego de la cama,
De rodillas se ha postrado
Para besarle los piés
Al buen apóstol sagrado.
Dijo san Pedro: — Rodrigo,
Aquesto ya es escusado,
Que á mí no podrás llegar,
No te trabajes en vano.
Mas ten por cosa muy cierta
Aquesto que te he contado. —
Esto dicho, el santo apóstol
A los cielos se ha tornado:
Rodrigo quedó contento,
Alegre y muy consolado,
Dando á Dios crecidas gracias
Por lo que le habia otorgado.

LXXVI. — *(Anónimo.)* (43)

Muy doliente estaba el Cid,

Dos dias tiene de vida,
Llamara á doña Jimena
Su muger que bien queria,
Y á don Gerónimo obispo,
Alvar Fañez ya venia,
Y tambien Pedro Bermudez,
Y su privado Gil Diaz.
Todos cinco estaban juntos,
Y el buen Cid así decia.
— Bien sabeis como el rey Búcar
Fará presto su venida
A me tomar á Valencia
Que yo guardada tenia;
De moros trae gran poder,
Muchos reyes lo seguian.
Lo primero que fagades,
Mi alma del cuerpo ida,
Es que lo lavedes bien,
Y que lo bincheis de mirra
Y bálsamo que el soldan
A mí enviado me habia;
Y untareis la mi cabeza
Y mis pies que nada finca,
Y vos, hermana Jimena
Y la vuesa compañía,
Cuando yo fuere finado
Non lloreis porque moria,
Non fagais duelo ninguno
Que gran mal dello os vernia,
Que si los moros lo saben,
Y entienden la muerte mia,
Podreis vos morir con ellos
Y yo pesar llevaria;
Y cuando Búcar llegare,
Mandaredes aquel dia
Que suban todas las gentes
A los muros con gran grita,
Y que toquen las trompetas
Mostrando grande alegria.
Y cuando partir querais
A ese reino de Castilla,
En secreto lo diredes
A la gente que ende habia.
Non quede moro ninguno
Del arrabal de Alcudia,
Cargareis vuesos haberes,
Non finque cosa nacida,
Y desque esto fuere fecho
Babieca se ensillaria;
Fareislo muy bien armar,
Y pondreis mi cuerpo encima
Apuestamente guarnido,
Y atareisme de tal guisa
Que non pueda dél caer
Aunque faga arremetida.
En la mi mano derecha
Tizona se me ponia,
Y don Gerónimo obispo
A un lado de mi iria,
Gil Diaz iria al otro,
Y mi caballo guiaria,
Mi primo Pedro Bermudez
Mi señal llevad tendida
Como hasta aquí lo ficisteis
En lides que yo vencia.
Vos Alvar Fañez Minaya,
Las gentes porneis á guisa,
Para que lidien con Búcar,
Que por muy cierto tenia
A él y á sus allegados
Vuesa gente venceria.
Dios me lo tiene otorgado (44)
Y ello asi se cumpliria,
Y cogeredes el campo
Do grande riqueza habria.
Lo que mas habeis de hacer
Yo vos lo declararia
Cras antes que yo me fine,
Que mañana será el dia.

LXXVII.—*(Anónimo.)*

En Valencia estaba el Cid
Doliente del mal postrero,
Que agravios en pechos nobles
Pueden mucho mas que el tiempo,
A su cabecera tiene
Religiosos y hombres buenos,
Y en torno de su persona
Sus amigos y sus deudos,
Cuyos semblantes mirando
De dolor y cuita llenos,
Con tan sesudas razones
Así conhorta su duelo;
— Bien sé, mis buenos amigos,
Que en tan duro apartamiento
No hay causa para alegraros
Y hay mucha para doleros;
Pero mostrad mi enseñanza
Contra los adversos tiempos,
Que vencer á la fortuna
Es mas que vencer mil reinos.
Mortal me parió mi madre,
Y pues pude morir luego,
Lo que el cielo dió de gracia
Non lo pidais de derecho.
No muero en tierras agenas
En mis propias tierras muero,
Cuanto mas que siendo tierra
Es propia heredad del muerto.
No siento el verme morir,
Que si esta vida es destierro,
Los que á la muerte guiamos
A nuestra patria volvemos.
Tan solo llevo en el alma
Que en poder de un rey vos dejo,

En quien vos podrá empecer
Ser mios ó ser ya vuesos.
Que trate bien mis soldados,
Pues le defienden sus reinos,
Y crea á piernas quebradas
Mas que á sabios consejeros.
Que traiga siempre en balanza
El castigo con el premio,
Que la lealtad de vasallos
Virtud pone y pone miedo.
Que estime un noble leal
Mas que muchos falagüeños,
Que de muchos homes malos
Non puede facer un bueno,
Y á quien menester hubiere
Nunca le faga denuestos,
Ni pague servicios propios
Por pareceres agenos.
Y non fablo de agraviado,
Antes le quedo debiendo,
Que las sinrazones suyas
Fueron mis merecimientos. —
En esto entrára Jimena,
Cuyo desamparo viendo,
Ellos se enjugan los ojos
Y el Cid dejó el parlamento.

LXXVIII.—*(Anónimo.)*

La que á nadie no perdona,
A reyes ni á ricoshomes,
A mí fincado en Valencia
Llegó á mi puerta y llamóme;
Y fallándome dispuesto
A su voluntad conforme,
Fago así mi testamento,
Y mi voluntad al postre.
« Yo Rodrigo de Vivar,
« Llamado por otro nombre
« El bravo Cid Campeador
« De las morismas naciones,
« El alma encomiendo á Dios
« Que en su reino la coloque,
« Y el cuerpo fecho de tierra
« Mando que á su centro torne:
« Y despues que sea finado,
« Con los untos de los botes
« Que me endonó el rey de Persia
« Unten, compongan y adoben;
« Y puesto sobre Babieca
« Tras mi seña y mis pendones,
« Lo enseñedes al rey Búcar
« Y á todos sus valedores.
« Y mando que á mi Babieca
« Lo sotierren y lo afoden,
« Non coman canes caballo
« Que carnes de canes rompe,
« Y para facerme obsequias
« Se juntem mis infanzones,
« Los de mi pan y mi mesa
« Los buenos conqueridores.
« Y á la santa cofradía
« Del rico Lázaro pobre
« Mando el prado de Vivar
« Ende, aquende, y su quiñone.
« Item, mando que no alquilen
« Plañideras que me lloren,
« Bastan las de mi Jimena
« Sin que otras lágrimas compre.
« Y en San Pedro de Cardeña
« Junto al santo Pescadore
« Me fabriquen un fosal
« Con su túmulo de bronce.
« Item, mando que al judío,
« Que engañé estando tan pobre,
« Lo que pesare de arena
« Le den de plata otro cofre.
« Y á Gil Diaz tornadizo,
« Que de moro á Dios volvióse,
« Le mando mis femolarias,
« Mis corazas y quijotes.
« El noble rey don Alfonso
« Y el buen obispo don Lope
« Y mi sobrino Alvar Fañez
« Sean mis cabezadores.
« Y lo demas de mi haber
« Se reparta entre los pobres,
« Que son entre el hombre y Dios
« Padrinos y valedores. »

LXXIX.—*(Sepúlveda.)*

Muerto yace ese buen Cid
Que de Vivar se llamaba,
Gil Diaz su buen criado
Cumpliera lo que mandára.
Embalsamára su cuerpo,
Y muy yerto se paraba,
Cara tiene de hermosura
Muy hermosa y colorada,
Los ojos igual abiertos,
Muy apuesta la su barba,
Non parece que está muerto,
Antes vivo semejaba;
Y para que esté derecho
Este ardid Gil Dias usaba:
Puso el cuerpo en una silla,
Una tabla en las espaldas
Y otra delante del pecho
Y á los lados se juntaban,
Llegaban bajo los brazos
Y el colodrillo tapaban.
Esta era la de atras
Y otra llegaba á la barba,
Teniendo el cuerpo derecho
A ningun cabo inclinaba,

Doce dias son pasados
Despues que el Cid acabára;
Aderézanse las gentes
Para salir á batalla
Con Búcar ese rey moro
Y contra la su canalla.
Cuando fuera media noche
El cuerpo así como estaba
Lo ponen sobre Babieca,
Y al caballo lo ataban.
Derecho está y muy igual,
Estar vivo semejaba,
Calzas tiene en las sus piernas
De blanco y negro labradas,
Parecian brasonetas
De las que en vida calzaba;
Vistiéronle vestidura
Que el pespunte se mostraba,
Y su escudo puesto al cuello
Con su divisa ondeada,
Capellina en su cabeza
De pergamino pintada,
Parece que era de fierro
Segun está bien labrada,
En la su mano derecha
La Tizona le fué atada
Sutilmente, á maravilla
Iba en la su mano alzada
De un cabo iba el obispo
Don Gerónimo de fama,
Del otro iba Gil Diaz,
El que á Babieca guiaba.
Salió don Pedro Bermudez
Con seña del Cid lazada
Con cuatrocientos fidalgos
Que con él van en su guarda;
Saliera luego el recuage,
Otros tantos lo guardaban,
Saliera el cuerpo del Cid
Con gente muy esforzada.
Ciento son los guardadores
Que el cuerpo honrado llevaban,
Tras él va doña Jimena
Con toda la su compaña,
Con seiscientos caballeros
Que para guarda le daban:
Callando van y tan paso
Que veinte no semejaban.
Ya están fuera de Valencia,
Claro el dia se mostraba:
Alvar Fañez fué el primero
Que arremetió con gran saña
Contra el gran poder de moros
Que Búcar trae en su compaña.
Halló delante de sí
Una mora muy gallarda,
Gran maestra en el tirar
Con saetas del aljaba
De los arcos de Turquía,
Estrella era nombrada
Por la destreza que habia
En el herir de la jara.
Ella fuera la primera
Que á caballo cabalgára
Con otras cien compañeras
Muy valientes y esforzadas.
Los del Cid las fieren recio,
Muertas en tierra quedáran.
Visto los habia el rey Búcar
Con los reyes de su banda,
Y quedan maravillados
En ver la gente cristiana.
Setenta mil caballeros
Les pareció que llegaban
Todos blancos como nieve,
Y uno que les asombraba,
Mas crecido que ninguno,
En blanco caballo andaba,
Cruz colorada en el pecho,
En su mano señal blanca,
La espada semeja á fuego
Con que á los moros llagaba;
Gran mortandad face en ellos,
Fuyendo van que no aguardan.
El rey Búcar y sus reyes
El campo desamparaban,
Camino van de la mar
Do los navíos estaban.
Los del Cid los van firiendo,
Ninguno habia de escapa,
En la mar se ahogan todos,
Mas de diez mil se anegabán,
Que con la prisa que traen
Todos juntos no se embarcan.
De los reyes mueren veinte,
Búcar huyendo se escapa,
Los del Cid ganan las tiendas
Con mucho oro y mucha plata,
El mas pobre queda rico
De lo que ende ganára.
Caminan para Castilla
Como el buen Cid ordenaba;
Llegados son á San Pedro,
De Cardeña se nombraba,
Do quedó el cuerpo del Cid,
El que á España tanto honraba.

LXXIX.—*(Anónimo.)*

Las obsequias funerales
Celebra doña Jimena
De Rodrigo de Vivar
En San Pedro de Cardeña,
Juntamente con sus fijas,
A quien el cielo hizo reinas,
Satisfaciendo el agravio

No debido á su inocencia.
Pone el cuerpo en una tumba
Mas que su esperanza negra,
Y así llorando le dice
Como si vivo estuviera:
— ¡O amparo de los cristianos!
¡Rayo del cielo en la tierra!
¡Azote de la morisma!
¡De la fe de Dios defensa!
¿No sois aquel que jamas
Os vieron la espalda vuelta
Los disfrazados amigos
Que causaron vuestra ausencia?
¿No sois el que desterrado
Por palabras lisonjeras
Allanó para su rey
Mil castillos y fronteras?
¿No sois vos quien sujetó
A la ciudad de Valencia,
Y el que venció en seis batallas
Sin alma mil almas fieras?
¡Ay, amarga soledad,
Cómo al sufrimiento enseñas
A sufrir contra justicia
Tan penosa y triste ausencia! —
No pudo pasar de aquí
La madre de la nobleza,
Que sobre el cuerpo cayó
Desmayada ó casi muerta.

LXXX. — *(Anónimo.)*

Vencido queda el rey Búcar
Con todos sus allegados
De la campaña del Cid
En el campo valenciano.
Para Castilla caminan,
El buen Cid era finado,
Caballero va en Babieca
Con los suyos á su lado.
No llevaba armas ningunas
Sino sobre sí unos paños:
Los que no saben su muerte
Por vivo lo habian juzgado.
Cada vez que hacen jornada
Quitábanlo del caballo,
Quedaba yerto y derecho
En la silla cabalgado.
La buena Jimena Gomez
Su mensage habia enviado
A los parientes del Cid
Para que vengan á honrallo,
Y tambien á sus dos yernos,
Que eran reyes coronados.
En tanto que ellos venian,
Alvar Fañez ha fablado
Que pongan el cuerpo muerto
En atahud y tapado,
Y con púrpura le cubran,
Con clavos de oro clavado.
No quiso doña Jimena,
Y así los ha razonado:
— El Cid tiene el rostro hermoso,
Los ojos muy aseados,
Mientras está desta suerte
No hay para que sea mudado,
Que mis yernos folgarán
Y mis fijas en su cabo
De verlo como ahora está,
Que non su cuerpo enterrado. —
Todos hubieron por bien
Lo que Jimena ha ordenado;
Don Sancho y tambien García
Están al Cid aguardando,
Y media legua de Olmedo
Todos se habian juntado.
Ese buen rey de Aragon
Caballeros tiene armados,
Al reves traen los escudos
De los arzones colgados.
Las capas traian negras
Muy grande duelo mostrando,
Las capillas traen tendidas
Segun uso castellano.
Doña Sol y las sus dueñas
Estameña han cubijado:
Gran duelo querian hacer,
Mas su madre lo ha vedado,
Porque asi lo mandó el Cid
Y así ha de ser obrado.
El rey y la su muger
Para el Cid habian llegado,
Ambos las manos le besan,
De lo ver se han espantado,
Que no semejaha muerto,
Sino vivo y muy honrado:
Muchos vienen á lo ver
De Castilla ese reinado,
Tambien vino don García,
Rey dese reino navarro,
Consigo trae su muger,
Fija del buen Cid loado.
Las manos besan al Cid
Muchas lágrimas llorando,
Todos van para San Pedro
Porque allí le han enterrado.
Aquese buen rey Alfonso
Que ha sabido lo pasado
De Toledo se partiera
Y á San Pedro habia llegado:
Saliéronle á recibir
Los al Cid emparentados.
Mucha honra fizo el rey
Al cuerpo del Cid honrado,
Mandó que no se enterrase,
Sino que el cuerpo arreado

Se ponga junto al altar
Y á Tizona en la su mano:
Asi estuvo mucho tiempo,
Que fueron mas de diez años.

LXXXI.—(*Anonimo.*)

En Búrgos nació el valor
Gloria y amparo de España,
Que es costumbre en la cabeza
Poner la insignia mas alta.
Aquel que vitorias suyas
De eterna memoria estampa
En los dos polos su nombre
Y el cielo da gloria al alma:
De quien españoles reyes
Tienen de su sangre tanta,
Que si duermen los despierta
A la guerra y las hazañas:
El que á los hijos de Agar
Destruyeron sus espadas,
Y á siete reyes venció,
Despues de muerto, en batalla:
El valeroso y leal
A su señor y á su patria,
Que hizo famosa á Hesperia
Y á las estrellas la ensalza:
A quien prudentes varones
Ponen solo entre las armas,
Y por sus grandes proezas
Príncipe dellas le llaman,
Y moros sus enemigos
Por escelencia llamaban
El invencible Rodrigo
Y señor de la campaña,
Y siendo cuan bueno fué
Tiró la envidia su lanza,
Mas las armas de virtud
El hierro suyo no pasan,
Que como sucede siempre,
Quien mal anda mal acaba,
Y golpes de arma traidora
A su mismo dueño matan,
No pudieron las traiciones
De muchos manchar su fama,
Que con la infamia de aquellos
El cielo se la limpiaba.
En San Pedro de Cardeña
Su cuerpo la tierra ensancha,
Que como lo hizo en vida
Allí tampoco le falta.

LXXXII.—(*Sepúlveda.*)

En Sant Pedro de Cardeña
Está el Cid embalsamado,
El vencedor no vencido
De moros ni de cristianos,
Por mando del rey Alfonso
En su escaño está sentado,
Su noble y fuerte persona
De vestidos arreado:
Descubierto tiene el rostro,
De gran gravedad dotado,
Su blanca barba crecida
Como de hombre estimado,
La buena espada Tizona
Puesta la tiene á su lado,
No parece que está muerto,
Sino vivo y muy honrado.
Siete años estuvo así,
Como está ya razonado;
Por su alma que es en gloria
Hacen fiesta cada año.
A ver su cuerpo tan bueno
Mucha gente se ha llegado.
Fuera de donde está el Cid
La fiesta se hizo un año,
Su cuerpo quedaba solo,
Ninguno le ha acompañado.
Estando desta manera
Un judío habia llegado:
Cuidando estaba entre sí
Desta suerte razonando:
— Este es el cuerpo del Cid
Por todos tan alabado,
Y dicen que en la su vida
Nadie á su barba ha llegado,
Quiero yo asirle della
Y tomarla en la mi mano,
Que pues aqui yace muerto
Por él no será escusado:
Yo quiero ver que fará,
Si me pondrá algun espanto. —
Tendió la mano el judío
Para hacer lo que ha pensado,
Y antes que á la barba llegue,
El buen Cid habia empuñado
A la su espada Tizona
Y un palmo la habia sacado.
El judío que esto vido
Muy gran pavor ha cobrado:
Tendido cayó de espaldas
Amortecido de espanto.
Halláronle allí caido
Los que en la iglesia han entrado,
Agua le echan por el rostro
Para facerlo acordado,
Y vuelto que fuera en sí
Todos le han preguntado
Qué cosa fuera la causa
De verlo tan mal parado,
Él luego les declaró
La causa de lo pasado.
Todos dan gracias á Dios
Por el milagro contado

En se acordar que su siervo
No quiso fuese ensuciado
Por mano de aquel judío
Que tan mal lo habia pensado.
Cristiano se volvió luego,
Diego Gil era llamado:
Fincó en servicio de Dios
En San Pedro el ya nombrado,
Y en él acabó sus dias
Como cualquier buen cristiano.

LXXXIII.— *(Anónimo.)*

De Castilla van marchando
A Navarra con su gente
Don Sancho á quien dieron nombre
Por sus hechos de Valiente.
Delante lleva el despojo
Que ganó su brazo fuerte
En las tierras de Castilla
Sin que nadie le impidiese.
Triunfante, rico y contento
Por sus jornadas se vuelve,
Dejando á los castellanos
Despojados de sus bienes.
Por San Pedro de Cardeña
Mandó que el curso enderecen
La escolta y la cabalgada
Para que por allí fuesen.
Como llegase la fama
Al abad que en guarda tiene
El santo cuerpo del Cid,
Aguardó que el rey se acerque.
Aderezóse entre tanto
Como en procesion solemne,
Y con la insignia del Cid
Sale para cuando llegue.
Al son de las roncas cajas
Marchando de siete en siete
Al rey que llevan en medio
Miran ufanos y alegres,
Tremolando las banderas
Junto al rey, que alegremente
En ellas ponia los ojos
Como en su mayor deleite.
Yendo el valiente don Sancho
Marchando con sus ginetes,
Llegó donde el santo abad
Le aguardaba alegremente.
Puso en tierra las rodillas
Diciendo: — Rey, no desprecies
Mi razon, ni á la voz mia
Tu justo oido le cierres.
Bien sabes, valiente rey,
Y cuantos estais presentes,
Que esa presa es de cristianos
Y no es justo que la lleves.
Las guerras que traen contigo
Son causa para ponerte
Siempre la espada en la mano
Por su daño y con sus muertes.
Muy bien pudiera escusarse
La sangre que dellos viertes
Con que volvieras la espada
A los moros que nos vencen.
Mira, buen rey, esta insignia
Que es del Cid de quien desciendes,
Y póngotela delante
Para que esa presa dejes. —
Conociendo el rey la insignia
Del caballo se desciende,
Y en el suelo de rodillas
La saluda desta suerte:
— ¡ O estandarte poderoso
De aquel varon escelente
Que fué muro de Castilla
Y cuchillo de la muerte;
De quien tembló la morisma;
Quien deshizo sus poderes;
Quien venció muerto al rey Bácar
Y tuvo vasallos reyes;
A quien hablaban los santos
Y le acompañaban siempre,
Y le alcanzaron de Dios
Que vencido no se viese!
A vos y ante vos consagro,
Como á quien tan bien se deben,
Estos despojos de guerra,
Y en vuestro templo se cuelguen.—
Y en diciendo estas razones
Mandó que los presos suelten,
Y toda la presa junta
Al bendito abad se entregue
Por amor y reverencia
Del Cid, á quien se la ofrece,
Reconociéndole muerto,
Que nunca su nombre muere.

LXXXIV.— *(Anónimo.)* (45)

Por el mes era de mayo
Cuando hace la calor,
Cuando canta la calandria
Y responde el ruiseñor,
Cuando los enamorados
Van á servir al amor,
Sino yo, triste cuitado,
Que vivo en esta prision,
Que ni sé cuando es de dia
Ni cuando las noches son,
Sino por una avecilla
Que me cantaba el albor.
Matóla un ballestero,
¡ Déle Dios mal galardon!
Cabellos de mi cabeza
Lléganme al corvejon,

Los cabellos de mi barba
Por manteles tengo yo,
Las uñas de las mis manos
Por cuchillo tajador:
Si lo hacía el buen rey,
Hácelo como señor;
Si lo hace el carcelero,
Hácelo como traidor.
¡Mas quién agora me diese
Un pájaro hablador,
Si quiera fuese calandria,
O tordico ó ruiseñor,
Criado fuese entre damas
Y avezado á la razon,
Que me lleve una embajada
A mi esposa Leonor,
Que me envie una empanada
No de truchas ni salmon,
Sino de una lima sorda
Y de un pico tajador,
La lima para los hierros
Y el pico para el torreon! —
Oídolo habia el rey,
Mandóle quitar la prision.

LXXXV. — *(Anónimo.)*

Ese buen rey don Alfonso
El de la mano horadada,
Despues que ganó á Toledo
En él puso su morada,
De do ganó los lugares
De moros que allí quedaban,
Montalban y Talavera,
Oropesa y Mejorada,
Y la villa de Escalona.
A Maqueda y Santa Olalla,
Ganó á Canales y á Illescas,
Madrid y Guadalajara,
Alcalá y Tordelaguna,
A Uceda y Salamanca.
Ganó á Buitrago y Atienza,
A Sigüenza y á Berlanga,
Y ganó á Medinaceli,
Y ganó toda el Alcarria
De la otra parte del rio
Que agora Tajo se llama,
Sin otros muchos lugares
Que allende el rio ganára.
Luego en ganando el lugar
De cristianos le poblaba,
Luego le hace su iglesia,
Luego le pone campanas;
Déjalos fortalecidos
Y á Toledo se tornára.
Elegido ha un arzobispo,
Don Bernardo se llamaba,
Hombre de muy santa vida,
De letras y buena fama,
Y de que lo hubo elegido
Por nombre le intitulaba
Arzobispo de Toledo,
Primado de las Españas:
Todo cuanto el rey le diera
Se lo confirmára el papa.
Desque ya tuvo el buen rey
Esta tierra sosegada,
A la reina su muger
En gobernacion la daba.
Fuése á visitar su reino,
Fué á Galicia y su comarca.
Despues de partido el rey,
La reina doña Costanza
Viendo su marido ausente
Pensamientos le aquejaban.
No de regalos de cuerpo,
Mas de salvacion del alma.
Estando así pensativa
El arzobispo llegára,
En llegando el arzobispo
Desta manera le habla:
— Don Bernardo, ¿qué haremos,
Que la conciencia me agrava
De ver mezquita de moros
La que fué iglesia santa,
Donde la reina del cielo
Solia ser bien honrada?
¿Qué modo, dice, tornemos
Que torne á ser consagrada,
Que el rey no quiebre la fe
Que á los moros tiene dada?
Cuando esto oyó el arzobispo
De rodillas se hincaba:
Alzó los ojos al cielo,
Las manos puestas hablaba:
— Gracias doy á Jesucristo
Y á su Madre Virgen santa,
Que salís, reina, al camino
De lo que yo deseaba.
Quitémosela á los moros
Antes hoy que no mañana,
No dejeis el bien eterno
Por la temporal palabra.
Ya que el rey se ensañe tanto
Que venga á tomar venganza,
Perdamos, reina, los cuerpos,
Pues que se ganan las almas. —
Luego aquella misma noche
Dentro en la mezquita entraba:
Limpiando los falsos ritos
A Dios la redificaba,
Diciendo misa este dia
El arzobispo cantada,
Cuando los moros lo vieron
Quejas al rey le enviaban;
Mas el rey cuando lo supo

Gravemente se enseñaba:
A la reina y al perlado
Malamente amenazaba;
Sin esperar mas consejo
A Toledo caminaba.
Los moros que lo supieron
Luego consejo tomaban;
Sálenselo á recibir
Hasta Ollas y Cabañas.
Llegados delante el rey
De rodillas se hincaban:
—Mercedes, buen rey, mercedes,—
Dicen, las manos cruzadas;
Mas el rey que así los vido
Uno á uno levantaba:
—Calledes, buenos amigos,
Que este hecho me tocaba,
Quien á vos ha hecho tuerto
A mí quebró la palabra;
Mas yo haré tal castigo
Que aina habreis la venganza.—
Los moros cuando esto oyeron
En altas voces clamaban:
—Merced, buen señor, merced,
La vuestra merced nos valga:
Si tomais venganza desto
A nos costará bien cara,
Quien matare hoy á la reina
Arrepentirse ha mañana.
La mezquita ya es iglesia,
No nos puede ser tornada,
Perdonedes á la reina
Y á los que nos la quitáran,
Que nosotros desde agora
Os alzamos la palabra.—
El buen rey cuando esto oyera
Grandemente se holgára,
Dándoles gracias por ello
Perdido ha toda la saña.

ROMANCES

CUYOS ASUNTOS ESTAN TOMADOS DE LAS CRONICAS DE LA VIDA DE ALFONSO EL SABIO.

I.—*(Anónimo.)*

Al sabio rey don Alonso
Por vello tan humildoso
Y afable con sus compañas
Su mérino así fablólo:
—¿Porqué, noble señor nueso,
Siendo rey tan poderoso,
A guisa de hombre llano
Vos endonais todo á todos?—
Conocida su caluña
El sabio rey replicólo:
—Atended, el mi merino,
Non caloñeis dese modo:
Porque todos se me endonen,
Amigo, á todos me eudono,
Que la aspereza en el rey
Mezcla homecillos é odios,
Non lo quiera el señor Dios
Que el que á muchos manda solo
Con pocos se comunique.
Dejando á muchos quejosos,
Amor del buen infanzon
Al señor tiene en reposo,
Pues gravedad non conserva
Lo que faz trato gracioso.
Tenudo es dar sujecion
Al rey su gentío acucioso,
Y el rey hará igual justicia
Con trato manso honoroso,
En las leyendas de Roma
Departia un Marco Porcio
Ser aquel pueblo perpetuo,
Sin perder jamas su trono,
Do falla el rey obediencia
Por su talante amoroso,
Que del amor del caudillo
Nace el siervo fiel cuidoso.

II.—*(Sepúlveda.)*

De la gran Constantinopla
Su emperatriz se partia:
A Búrgos habia llegado
Do está el buen rey de Castilla,
Don Alfonso era llamado,
Hijo del rey que á Sevilla
Conquistó como valiente
Con toda el Andalucia.

Treinta dueñas trae consigo,
Todas de negro vestian,
El rey y otros caballeros
Salieron á recebilla.
Hízole toda la honra
Que á su estado convenia,
Llevárala á su palacio
A do la reina vivia.
Mucho le plugo á la reina,
Con ella placer habia;
La mesa mandó poner
Y la reina la convida.
Respondió la emperatriz
Que á mesa no comeria:
La reina pidio la causa,
Ella luego respondia:
— Tú, reina, estás en tu honra,
Y esta á mí me fallecia,
Tú estás con el tu marido,
Yo triste no lo tenia;
El tuyo está en libertad,
El mio preso yacia;
Ausente de la su tierra
El soldan me lo tenia.
Quintales cincuenta en plata
Por su rescate pedia,
El papa me diera el tercio
Que demandado le habia,
Otro tanto el rey de Francia
A mí me lo concedia.
Nuevas me dieron del rey
Que por marido tú habias,
Loaron la gran nobleza
Y la bondad que tenia,
Véngole á pedir socorro
Como á rey de gran valía
Para librar mi marido
De la crecida fatiga
Que padece en captiverio,
Como contado te habia,
Y hasta que haya la respuesta
A mesa no comeria.
La reina lo dijo al rey,
Y el buen rey le prometia
Por su fe y real corona
De cumplir lo que pedia,
Y que comiese á manteles,
Porque él lo proveeria.
Entonces la emperatriz
En los manteles comia
A la mesa de la reina
Con gran placer y alegría,
Y aquese buen rey Alfonso
Dende al veintenó dia
Toda la suma de plata
Le diera que prometia,
Con que al papa y rey de Francia
Diese lo que recibia.
Con este haber fuera libre
El que captivo yacia.
Publica el emperador
La bondad que el rey tenia,
Juntamente la franqueza
Y valor que en él habia.
Sonando por todo el mundo
La fama que dél corria,
Muriera el rey de Alemaña
Cuando aquesto acaecia,
Y en concordia al rey Alfonso
Para su rey lo elegian,
Porque era merecedor
Desto y de mayor valia.

III. — *(Sepúlveda.)*

Aquese infante don Sancho
Hizo lo que no debia,
Alzóse contra su padre
Que Alfonso el Sabio decian.
Tomóle todas sus rentas,
Sus ciudades y sus villas,
Diciendo es pródigo el rey
Y que dello usado habia
Por haber hecho moneda
Que buen valor no tenia,
Y quitado el vasallage
Que á Castilla le debia
Ese rey de Portugal
Casado con la su hija,
Y que diera mucha plata
Que una reina le pedia
Para sacar de prision
A un marido que tenia.
Muy triste está el rey Alfonso,
Muy gran pobreza tenia,
Y con desesperacion
Su corona allende envia
A Abenyuca, ese rey moro,
Y emprestado le pedia:
Dióle sesenta mil doblas
Y el buen rey las recebia.
Estando un dia Abenyuca
Con la su caballería
Mostrándoles la corona,
Dijérales desta guisa:
— Voluntad grande me viene
De ir, y hacerlo queria,
A ayudar á este buen rey
Que su mal hijo aflijia,
Todo el reino le ha quitado,
Sola le queda Sevilla. —
Los suyos le respondieron
Que era bien lo que decia,
Porque haria mal á Cristianos
Y á su amigo ayudaria.
Envió sus mensageros

A ese buen rey de Castilla
Ofreciendo de ayudarle
Con persona y moreria.
El rey se lo agradeció
La promesa que le hacia.
Pasó Abenyuca la mar
Con gran flota que traia,
Pasaba la mar con bien,
Descendiera en Algecira.
Recibiólo el rey Alfonso
Con muy crecida alegría:
Ambos sobre los asientos
Estaban en gran porfía.
Abenyuca, ese rey moro,
Por hacer mas cortesía
A los piés del rey Alfonso
Sentarse el moro queria.
El buen rey no lo consiente,
So que estén en igualía
Sentados en un estrado;
Mas el moro respondia:
— No es razon, buen rey Alfonso,
Ni en la crianza cabia
Ser igual en los asientos
Yo con la tu señoría,
Porque á tí de luengo tiempo
El reinado te venia,
Yo lo era desde hoy
Que Dios dado me lo habia. —
Don Alfonso dijo al moro,
Desta suerte respondia:
— No da Dios honra ni reinos
Sino á quien lo merecia,
Y ansí te los dió á tí, rey,
Porque en tí muy bien cabia. —
Ambos firman su amistad
Y Abenyuca se partia.
Combatió muchos lugares
Que al buen rey no obedecian,
Ganára muchas batallas,
Que ninguna se perdia,
Alfonso cobró los reinos
Que don Sancho le impedia,
Por el socorro que el moro
Con gran voluntad le hacia.

IV. — *(Sepúlveda.)*

El viejo rey don Alfonso
Iba huyendo á mas andar
Que su hijo el rey don Sancho
Desheredado lo ha.
Mandóse dar por sentencia
No ser él para reinar,
Con lágrimas en sus ojos
Estas trovas fué á trovar:
— Santa María, señora,
No me quieras olvidar,
Caballeros de Castilla
Desamparado me han,
Y por miedo de don Sancho
No me osan ayudar:
Iréme á tierras agenas
Navegando á mas andar,
En una galera negra
Que denote mi pesar,
Y sin gobierno ni jarcia
Me porné por alta mar,
Que así ficiera Apolonio,
Y yo faré otro que tal. —
Enviára su corona
Que la fuesen á empeñar
A un rey de Berbería
Que llaman Abenyuçaf.
El rey viendo el mensagero
Su consejo fué á juntar,
Díjoles: — ¡O mis vasallos!
Bien me querais consejar:
Alfonso, rey de Castilla,
Está en gran necesidad,
Porque su hijo don Sancho
Desheredado lo ha.
Su corona me ha enviado
A que la haya de empeñar,
Ved en esto que os parece,
Que tengo de él piedad. —
Allí habló un moro anciano,
Anciano y de gran edad,
Que en España ha guerreado
Siendo de mas fresca edad:
— Lo que me parece, ó rey,
Es que le hayas de ayudar,
Que Alfonso es buen caballero
Y en todo muy principal,
Y las obras que son santas
Suélense muy bien pagar. —
El rey que era valeroso
Mandó el cristiano llamar,
Díjole: — Dirás á Alfonso
Que quiera en Dios confiar,
Veinte y cuatro mil caballos
En su favor pasarán,
Y si aquestos pocos fueren
Mi persona pasará. —
Dióle sesenta mil doblas,
La corona le fué á dar,
Pero no llegó el socorro
Por fortuna de la mar,
Donde se perdieron todos,
Que moro no fué á quedar:
Pero en ese medio y tiempo
Alfonso tornó á reinar,
Que su hijo el rey don Sancho
No gozó su mocedad.

V. — *(Sépulveda.)*

Opreso está el rey Alfonso,
Oprimido y acuitado,
Porque don Sancho su hijo
Que era nombrado el Bravo,
Se le ha alzado con los reinos
Y los mas le habia ganado.
Nuevas de nuevo le vienen
Que el corazon le han quebrado
Que don Sancho yace muerto;
Y con semblante cuitado,
Disimulando su pena
Por los que allí se han hallado,
Solo se entró en un retrete,
Ninguno lo ha acompañado.
Pelaba su blanca barba
Muchas lágrimas llorando,
Con voces mucho crecidas
Decia: — Rey desdichado,
Ya es muerto Sancho tu hijo
Que te habia desheredado;
La luz era de tus ojos,
Espejo en que te has mirado,
Que si se alzó contra tí
Fué por mal aconsejado,
Que no por su voluntad;
Mas grandes de tu reinado
Le dijeron que lo hiciese,
Qu'él no lo tenia en grado,
Y si erró fué como mozo
Ignorante del pecado.
¡O España, cuánto pierdes!
Pues tal señor te ha faltado,
Llorarás con gran razon
Infante tan señalado.
Muerto es el mejor hombre
Que en su linage es hallado,
De los grandes muy temido,
De los menores amado.
¡O muerte, cuánto lastimas
A este rey desdichado! —
Los suyos que lo han oido,
Uno qu' era mas privado
Atrevióse al rey y dijo:
— Rey seráos mal contado
Haber tan grande pesar
Por vuestro hijo don Sancho;
Creedme que si lo saben
Los que son al vuestro mando,
Que los perderedes todos
Y nadie querrá ayudaros,
Tomarán contra vos ira.
En ver que vos ha pesado. —
El rey con alegre rostro
Su pasion disimulando,
Dijo. — No lloraba yo
A mi querido don Sancho,
Mas lloro el caso mezquino
De que, pues él es finado,
Nunca cobraré mis reinos
Que don Sancho me ha tomado,
Pues tan grande será el miedo
Que tomarán mis vasallos
Los que tienen mis castillos
Que contra mí se han alzado,
Por el gran yerro que hicieron,
Que no podrán ser cobrados:
Cobráralos fácilmente
Del infante y no de tantos. —
Con esto encubrió el pesar
Que su hijo le ha causado.
Don Sancho cobró salud,
El rey mucho se ha alegrado.
Estando el rey en Sevilla
Crecido mal le habia dado
Muy cercano es á la muerte,
A todos ha perdonado
A aquellos que mal urdieron
Por do fuese mal tratado.
Recibió el cuerpo de Dios
Como muy devoto y sabio,
Falleció de aquesta vida,
Fué por todos muy llorado;
Enterráronlo en Sevilla
Junto á don Fernando el Santo,
Su padre, que la ganó
De moros como esforzado.

VI. — *(Anónimo.* (46)

En Túnez estaba Enrique
De Castilla desterrado,
El rey le hace gran honra
Por ser varon esforzado.
Los moros de mas estima
Con envidia se han juntado;
Dijeron al rey: — Señor,
Este cristiano ha ganado
Los corazones del pueblo,
Y otros miedo le han cobrado,
Y él y sus caballeros
Que con él acá han pasado!
Cuando menos lo pensares
Se alzarán con tu reinado;
Conviene lo eches, señor,
De esta tu corte y estado,
Admite nuestro consejo,
No estés dello disgustado,
Que por tu honra y sosiego
Te lo habemos esplicado. —
El rey de aquestas razones
No poco se habia enojado,
Que de la virtud del mozo
En estremo era agradado

Que allende de ser valiente
Y en linage aventajado,
Era fiel, honesto y cuerdo,
Gentil hombre y agraciado;
Mas tantas cosas le dicen
Que el intento le han mudado.
En enviarle fuera piensa,
Pero tambien ha pensado
Que si el caso advirtiese,
Segun es determinado,
Porná en revuelta su reino
Por ser de muchos amado.
A la fin se determina,
Por estar asegurado,
Que muera el hermoso infante,
Y así un dia le ha llamado;
Tomándole por la mano
En un corral lo ha entrado,
Como que de un gran secreto
Le quiere hacer avisado,
Y desque dentro le tuvo:
—Atended, le dijo, amado,
En el punto vuelvo á vos,
Que voy á cierto recado.—
Salido se ha por la puerta,
La cual presto se ha cerrado,
Y abriéndose otra que habia
Por ella misma han entrado
Dos leones muy feroces
Con el aspecto dañado.
Cuando el infante los vido
Su buena espada ha sacado,
Su manto al brazo revuelve
Con el ánimo arriscado,
Hace rostro á los leones
Y de verle tan osado
No osaron llegar á él:
Entonces él denodado
Llegado se habia á la puerta
Y á coces la ha derribado,
Y fuérase libremente
De la maldad espantado.
En este tiempo á los suyos
El rey habia encarcelado,
Y sabiendo que el infante
Del peligro se ha escapado,
No quiso que le matasen,
Y por otros le ha mandado
Que salga de la su tierra,
Pues con la vida ha escapado.
El infante ha respondido
Que obedecia de grado,
Mas que le dé sus varones,
Que él habia emprisionado.
El rey se los mandó dar
Con los bienes que ha ganado,
Con todo se partió luego
De aquel rey y de su estado.

VII. — *(Sepúlveda.)*

En corte del rey Alfonso,
Ese que ganó á Algeciras,
Habia dos caballeros
De muy alta nombradía:
El uno es Payo Rodriguez
Que de Avila se decia,
El otro Ruy Paez de Viezma,
Valientes á maravilla.
Ruy Paez habló el primero,
Ante el rey ansí decia:
—Traidor sois, Payo Rodriguez,
El mayor que ser podia,
Porque siendo natural
De los reinos de Castilla,
Vasallo del rey Alfonso,
Hicístele alevosía,
Que sin dél desnaturarvos
Entrastes con gran cuadrilla
Con el rey de Portugal
Que en contra del rey venia.
Pusiste fuego á su tierra,
Combatistes las sus villas;
Tomástesle sus castillos,
Dello gran mal se seguia:
Yo vos haré conocer
Ser verdad lo que decia,
Entrará con vos en lid,
Y en ella vos venceria.
—Mentides, Ruy Paez de Viezma,
Payo Rodriguez respondia,
Que yo nunca fuí traidor,
Soislo vos en demasía
Que procuraste matar
Al rey que ante nos yacia:
Probaré bien con las manos
Esto que contado habia,
Por esto sois vos reptado,
No yo que nada debia.—
Diéronse luego sus gages
Y en el campo entrado habian
En Jerez de la Frontera
Ante el rey y su valía.
Un dia todo lidiaron,
No se ha visto mejoría;
Departiéralos la noche
Do sacaron gran herida.
Otro dia de mañana
Vueltos son á la porfía;
Hasta la noche pelean,
Vencerse no se podian,
Salieron muy mas heridos
Que no el primero dia.
Vueltos son tercera vez
A la lid como solian,
Procuran de se matar,

Muy cruel batalla habian :
Grandes heridas se han dado,
Grande es su valentía,
Mucha sangre de sus cuerpos
En abundancia corria :
No se pudieron vencer,
En ninguno hay demasía.
El rey los ha departido
Y estas palabras decia :
— No es ya justo, caballeros,
Morir quien tanto valia,
Quiero yo para los moros
La vuestra caballería. —
Sacólos luego del campo,
Muy gran honra les hacia.
Todos loaban su esfuerzo
Y su muy gran valentía,
Que tres dias pelearon
Sin que muestren cobardía.

ROMANCES

DE ASUNTOS TOMADOS EN LA CRONICA DE SANCHO IV EL BRAVO.

1. — *(Sepúlveda.)*

Enojado con razon
El rey don Sancho yacia
De aquese infante don Juan
Que por hermano tenia,
Tambien del conde don Lope
Que es casado con su hija.
Abenyuca, ese rey moro,
La traicion le descubria.
Hízole saber al rey
Que si contra él salia,
Ambos tenian concertado
Que en ella lo matarian.
El rey andaba buscando
Cualquiera manera ó via
Para los prender á ambos
Con los que traicion traian :
Mostrábales buena cara
Encubriendo la enemiga,
Dales lo que le demandan,
Todo lo cumple á su guisa,
Asegurados los tiene,
Recelo ninguno habian ;
El rey muy disimulado
Al conde le dijo un dia :
— Vamos á ver vuestra tierra,
Que muy gran placer habria.
— Vamos, respondió, señor,
Con muy poca compañía,
Porque la mi tierra es pobre
Y mucho se estragaria.
— Ansí se hará, buen conde, —
El buen rey le respondia.
Llegado habian á Búrgos,
De allí á Alfaro venian
Que era suyo de don Lope ;
Aposento el rey hacia
Allá en la fortaleza
Y los suyos en la villa.
El conde suplicó al rey
Con él comiese aquel dia,
El rey lo hobo por bien
Y al conde mandado envia
Vaya luego á hablar con él,
Que mucho le convenia.
El conde llamó á don Juan,
El su yerno que ahí venia,
Dijérale como el rey
Por él enviado habia :
— Vamos á ver que nos quiere ; —
Mas el infante decia :
— Conde, no vades allá,
Que el corazon me adevina
Que no vos verná bien dello,
Escusad aquesta ida.
— Estando el rey en mi tierra
Yo muy poco le temia,
Respondió el conde á su yerno,
Venid en mi compañía. —
Ambos van para el castillo,
Al encuentro les salia
Don Diego Lope de Campos,
Al castillo se subian,
El conde iba delante,
Don Diego iba en su guia,
El infante va á la postre
El conde dicho le habia :
— Vos, infante, sois postrero

Habiendo de ser la guia;
Parece que vais llorando,
No mostredes cobardía.
— Si Dios me salve, me pesa
De aquesta nuestra venida,
Temo que si dentro entramos
Gran daño á nos vernia. —
Hablando aquestas razones
Do está el rey entrado habian.
Los porteros cierran luego
Las puertas, y no querian
Que entrase nadie con ellos.
Ellos preguntas hacian
Porqué cerraban las puertas,
Los porteros respondian:
— Porque así nos es mandado. —
Ellos adelante iban,
Llegaron do está el estrado
Que para el rey se ponia;
Preguntaron por el rey,
Su capellan les decia
Que luego vernia á ellos;
En esto el rey ya salia,
El conde está en el estrado
Que ningun recelo habia.
Dijo al rey: — ¿Que me quereis?
— Conde, lo que yo queria
Es que desfagais los tuertos
Y agravios que hecho habias
A muchos de los mis reinos:
Emendarlo convenia,
Pues que no hay razon ni causa
Que á lo hacer os movia;
Dadme luego mis castillos,
Que yo tenerlos queria. —
El conde como burlando
Al rey habló desta guisa:
— No hago lo que decís,
Y quien tal dice mentia,
Vos comeredes conmigo
Y allí yo vos los daria,
Que no los traigo en la bolsa
Los castillos que pedias.
— Conde, no saldreis de aquí,
El rey luego respondia,
Hasta que los mis castillos
Me volvais que yo os pedia. —
El conde mal lo mirando
Se levantó muy aprisa
Diciendo grandes injurias
Contra el rey con ufanía,
Y puso mano á un cuchillo,
Para el rey arremetia;
El rey le salió al encuentro
Que otro cuchillo traia,
Dió al conde un golpe en el brazo,
En tierra se lo ponia
Juntamente con el hombro;
El rey, *mataldo*, decia:
Luego salen hombres de armas
Y allí le quitan la vida.
El infante fué á la reina,
La reina lo defendia,
El rey que anda muy sañudo
Con la espada sin vaína,
Encontró con Diego Lopez,
El rey ansí le decia:
— ¿Aquí sois, falso alevoso?
Nadie valeros podria
Para os librar de mis manos
Por la gran alevosía
Que hecistes contra mí,
Que yo n'os lo merecia. —
Dióle un muy recio golpe,
La cabeza lo partia,
Y á ruego de la reina
A su hermano lo libra.
El rey sosegó sus reinos,
A Tarifa conquería
De los moros renegados
Víspera de santa María:
Hobo otras muchas victorias,
Fué rey de gran nombradía.

II. — *(Sepúlveda.)*

Don Sancho reina en Castilla
Que el Cuarto era llamado:
El buen rey ganó á Tarifa,
De los moros la ha ganado,
Y luego la diera en guarda
Al muy bueno y esforzado
Que es llamado Alfonso Perez
De Guzman el afamado,
Muy temido de los moros,
De cristianos muy amado:
Muchos moros ha vencido
Y dellos ganára el campo.
El rey ha tenido preso
A don Juan que era su hermano,
Soltólo de la prision
Porque le fué muy rogado.
El infante con mal seso
Allende se habia pasado
Al rey moro Abenyucaf
De Velamarin nombrado.
Recibiólo bien el moro,
En lo ver mucho se ha holgado.
Don Juan le estaba diciendo,
De rodillas humillado,
Que le diese de sus gentes
Para ir contra su hermano,
Y qué él cobraria á Tarifa,
Y la ganára á cristianos,
Y se la dará al rey moro
A quien le fuera ganado.

Mucho plugo á Abenyucaf
De lo que l'era demandado;
De á pié le dió muchos moros,
Y cinco mil de á caballo.
Entraron por Algecira,
Ese castillo nombrado,
Luego cercan á Tarifa
Que don Alfonso ha á su cargo.
Combátenla con porfía,
No la hacen mal ni daño,
Por ser bueno el que la guarda
Y el castillo bien cercado.
En el real de los moros,
Don Alfonso, aqueste honrado,
Tiene un hijo de valía,
De don Juan era criado.
El infante con gran saña
Mensage le habia enviado
A ese buen don Alfonso,
Que es el que tiene cercado.
Pidióle que á Tarifa
Se la dé sin mas embargo,
Y si luego no la da,
Su hijo habrá degollado.
El buen alcaide, animoso,
Mucho leal y esforzado,
En oyendo este mensage
Esta respuesta habia dado:
— Direis al vuestro señor
El que á mí os ha envindo,
Que á Tarifa yo la tengo
Por el rey Sancho su hermano.
Hecho h omenage le tengo
De se la dar ó ser malo,
Yo no la daré á ninguno
Sino al que á mí me la ha dado,
Y que antes yo moriré
Que no traidor ser llamado.
Si él quisiere, al hijo mio
Luego podrá degollarlo,
Y otros diez que yo tuviese
Por no hacer tal desaguisado
Antes que dar á Tarifa
Sino al buen rey castellano. —
Luego tomando un cuchillo
Por cima el muro lo ha echado.
Junto cayó del real
De que Tarifa es cercado,
Dijo: — Mataldo con este,
Si lo habeis determinado,
Que mas quiero honra sin hijo
Que hijo con mi honor manchado.—
El infante con gran saña
Que desto habia cobrado,
Con aquel propio cuchillo
El hijo le ha degollado:
Presente el buen caballero
Desde el muro lo ha mirado.
Luego fué quitado el cerco
Los moros se habian tornado
A allende donde vinieron,
Y á Tarifa han descercado
Viendo que era por demas
Pensar ellos de ganarlo,
Por ser tan bueno el alcaide
Y en lealtad sublimado.

ROMANCES

SOBRE

DON PEDRO EL CRUEL.

I.—*(Anónimo.)*

Yo me estaba allá en Coimbra
Que yo me la hube ganado,
Cuando me vinieron cartas
Del rey don Pedro mi hermano
Que fuese á ver los torneos
Que á Sevilla se han armado.
Yo maestre sin ventura,
Yo maestre desdichado,
Tomára trece de mula,
Veinte y cinco de caballo,
Todos con cadenas de oro
Y jubones de brocado:
Jornada de quince dias
En ocho la habia andado,
A la pasada de un rió,
Pasándole por el vado,
Cayó mi mula conmigo,
Perdí mi puñal dorado,
Ahogáraseme un page
De los mios mas privado,
Criado era en mi sala

Y de mí muy regalado.
Con todas estas desdichas
A Sevilla hube llegado,
A la puerta Macarena
Encontréme un ordenado,
Ordenado de evangelio,
Que misa no habia cantado:
—Manténgate Dios, maestre,
Maestre, bien seais llegado,
Hoy te ha nacido un hijo,
Hoy cumples veinte y un años.
Si te pluguiese, maestre,
Volvamos á baptizallo,
Que yo seria el padrino,
Tú, maestre, el ahijado.—
Allí hablára el maestre,
Bien oireis lo que ha hablado:
—No me lo mandeis, señor,
Padre no querais mandallo,
Que voy á ver qué me quiere
El rey don Pedro mi hermano.—
Dí de espuelas á mi mula
En Sevilla me hube entrado;
De que no ví tela puesta
Ni ví caballero armado,
Partime para el alcázar
Del rey don Pedro mi hermano,
En entrando por las puertas,
Las puertas me habian cerrado,
Quitáronme la mi espada,
La que yo traia al lado,
Quitáronme mi compaña,
La que me habia acompañado.
Los mios desque esto vieron
De traicion me han avisado,
Que me saliese por fuera,
Que ellos me pondrian en salvo.
Yo como estaba sin culpa
De nada hube curado,
Fuíme para el aposento
Del rey don Pedro mi hermano;
—Manténgaos Dios, el buen rey,
Y á todos de cabo á cabo.
—En mal hora vengais, maestre,
Maestre, mal seais llegado;
Nunca nos venís á ver
Sino una vez en el año,
Y esa que venís, maestre,
Es por fuerza ó por mandado.
Vuestra cabeza, maestre,
Mandada está en aguinaldo.
—¿Porque es aqueso, buen rey?
Nunca hice desaguisado,
Ni os dejó yo en la lid,
Ni con moros peleando.
—Venid acá, mis porteros;
Hágase lo que he mandado.—
Aun no lo hubo bien dicho
La cabeza le han cortado:
A doña Maria de Padilla
En un plato la han enviado,
Qu'asi hablaba con ella
Cual si viva hubiera estado.
Las palabras que le dice
Desta suerte está hablando:
—Asi pagareis, traidor,
Lo de antaño y lo de ogaño,
Y el mal consejo que diste
Al rey don Pedro tu hermano.—
Asióla por los cabellos,
Echóscla á un alano,
El alano es del maestre,
Púsola sobre un estrado,
Y á los aullidos que daba
Atronó todo el palacio.
Allí demandára el rey:
—¿Quién hace mal á ese alano?—
Allí respondieron todos
A los cuales ha pesado:
—Con la cabeza lo ha
Del maestre vuestro hermano.—
Allí hablára una su tia,
Que tia era de entrambos;
—¡Cuán mal lo mirastes, rey!
Rey, ¡qué mal lo habeis mirado!
Por una mala muger
Habeis muerto un tal hermano.—
Aun no lo habia bien dicho,
Cuando ya le habia pesado.
Fuése para doña María,
Desta suerte le ha hablado:
—Prendedla, mis caballeros,
Ponédmela á buen recaudo.
Yo la daré tal castigo
Que á todos sea sonado.—
En cárceles muy escuras
Allí la habia aprisionado;
Él mismo le da á comer,
Él mismo con la su mano:
No se la fia á ninguno
Sino á un page que ha criado.

II. — *(Anónimo.)*

Doña Blanca está en Sidonia
Contandó su historia amarga:
A una dueña se la cuenta
Que en la prision la acompaña.
—De Borbon, dice, soy hija,
De Cárlos delfin cuñada,
Y el rey de la flor de lis
Pone en su escudo mis armas.
De Francia vine á Castilla,
¡Nunca dejára yo á Francia!
Y al tiempo que la dejé
El alma al cuerpo dejára.

Pero si pueden desdichas
Venir á ser heredadas,
Segun desgraciada soy,
Hija soy de la desgracia.
Caséme en Valladolid
Con don Pedro, rey de España;
El semblante tiene hermoso,
Los hechos de tigre hircana.
Dióme el sí, no el corazon,
Alevosa es su palabra;
Rey que la palabra miente
¿Qué mal habrá que no haga?
Posesion tomé en la mano,
Mas no la tomé en el alma;
Porque se la dió primero
A otra mas dichosa dama,
A una tal doña María
Que de Padilla se llama,
Y deja su misma esposa
Por una manceba falsa.
Por consejo de los grandes
Le vi una vez en mi casa,
Ocho dias estuvo en ella,
Cien mil ha que della falta.
Caséme en un dia aciago,
Martes fué por la mañana;
Y el miércoles enviudaron
El tálamo y la esperanza.
Díle una cinta á don Pedro
De mil diamantes sembrada,
Pensando enlazar con ella
Lo que amor bastardo enlaza.
Húbola doña María,
Que cuanto pretende alcanza,
Entrególa á un hechicero
De la hebrea sangre ingrata,
Hizo parecer celebras
Las que eran prendas del alma,
Y en este punto acabaron
La fortuna y mi esperanza.

III.—(*Anónimo.*)

En un escuro retrete
Adonde del sol los rayos
No llegan porque lo impiden
Las paredes de palacio,
Contemplando en sus desdichas
Está una Blanca que es blanco
Adonde tiran los tiros
Que arroja un rey inhumano.
Y entre las lóbregas redes
Que por balcones dorados
Le sirven á la que un tiempo
No hacia de balcones caso,
Con el eco que las voces
Le arrojan de cuando en cuando
Como si viviente fuera,
Así se está razonando:
—¡Qué breves son los contentos
Que ofrece á sus aliados
Aqueste mundo caduco
Todo de espinas cercado!
Los pesares, las tristezas,
Los males y los trabajos
¡Qué largos y qué sin fin
A quien lo ha esperimentado!
Ayer reinando me vi
Con gloria, pompa y estado,
Y hoy para que me consuele
Apenas tengo un vasallo.
Ayer el mundo era poco,
Y hoy le miro tan sobrado,
Que en este retrete escuro
La muerte estoy aguardando.
Tragedia fué mi reinar,
Y así reiné en el teatro:
Mas ya del reino desnuda
¿Porqué me entré en vestuario?
Moneda estimada he sido,
Y ya tan poquito valgo
Que soy blanca, que es moneda
De quien se hace menos caso.
Ya se marchitó mi flor,
Ya se volvió en lirio cárdeno,
Porque el sol del rey me ha herido
Con sus muy ardientes rayos.

IV.—(*Anónimo.*)

Doña María Padilla,
No os mostreis tan triste vos,
Que si me casé dos veces
Hícelo por vuestra pro,
Y por hacer menosprecio
A esa Blanca de Borbon,
Que á Medinasidonia envio
A que me labre un pendon,
Será el color de su sangre,
De lágrimas la labor.
Tal pendon, doña María,
Yo lo haré hacer para vos.—
Llamó luego á Iñigo Ortiz,
Un escelente varon,
Díjole fuése á Medina
A dar fin á tal labor.
Respondiera Iñigo Ortiz:
—Aqueso no lo haré yo,
Que quien mata á su señora
Face aleve á su señor.—
El rey d'aquesto enojado
A su cámara se entró
Y á un ballestero de maza
El rey su ordenanza dió.
Aqueste vino á la reina
Y hallóla en oracion.

Cuando vido al ballestero
La su triste muerte vió.
Aquel le dijo: — Señora,
El rey acá me envió
A que ordeneis vuestra alma
Con aquel que la crió,
Que vuestra hora es llegada,
No puedo alargalla yo.
— Amigo, dijo la reina,
Mi muerte os perdono yo:
Si el rey mi señor lo manda
Hágase lo que ordenó.
Confesion no se me niegue,
Porque pida á Dios perdon. —
Con lágrimas y gemidos
Al macero enterneció,
Y con voz flaca, temblando
Esto á decir comenzó:
— ¡O Francia, mi noble tierra!
¡O mi sangre de Borbon!
Hoy cumplo dezisiete años
Y en los deziocho voy;
El rey no me ha conocido,
Con las vírgenes me voy.
Castilla, dí, ¿qué te hice?
Yo no te hice traicion,
Las coronas que me diste
De sangre y sospiros son,
Mas otra terné en el cielo
Que será de mas valor. —
Y dichas estas palabras:
El macero la hirió:
Los sesos de su cabeza
Por la sala los sembró.

V. — *(Anónimo.)*

Dia fué muy aciago,
¡Ay, qu'el alma me lo daba!
Cuando partí de mi réino
Y del Alhambra mi casa
Con trecientos de mis moros;
Todos eran de mi guarda
Y entre ellos uno escogido
Que don Beriz se llamaba:
Hijo es de Ozmin el bravo,
Muy aventajada lanza,
El que prendió á los infantes
En la vega de Granada.
Yo tomé todas mis joyas
Para al rey don Pedro dallas,
Y llegando á una villa
Que Veana se nombraba,
Y á Gutierre de Toledo
En ella me encomendára:
Roguéle que me llevase
Donde el rey don Pedro estaba;
Al prior le plació dello
Y al rey me presentára.
Dijo: — Dios te salve, el rey,
Y ensalce corona y fama;
Yo me pongo en la tu mano,
Ruégote qu'ella me valá,
Que mi hermano Mahomad
Se me ha entrado por Granada.
Si tú me vales, el rey,
Siempre yo te daré parias. —
Respondióle el rey don Pedro,
Mostrándole alegre cara:
— Seais bien venido, rey,
Reposad en la mi casa,
Que la ayuda que es posible
Jamás os será negada. —
Mandáronme aposentar
En una buena posada;
Don García de Toledo
A cenar me convidára.
Estando con él comiendo
Entró mucha gente armada,
A mí y á mis caballeros,
Los que estaban á la tabla,
Nos prenden con desmesura
Y las joyas nos quitaban.
A mí y á todos los mios
Meten en la Taránaza,
Y luego dende á dos dias,
Un martes en la mañana,
Sacáronme sobre un asno
Con mi ropa de escarlata
A un campo que se decia
El campo de la Tablada.
Allí vino el rey don Pedro
En un caballo, con lanza:
Treinta y siete buenos moros
Que vinieron de Granada
Hizo luego hacer pedazos,
A ninguno perdonára,
Y llegando al rey Bermeje
Dióle una mortal lanzada,
Diciendo: — Toma alevosa,
Que jamás se me olvidára
Que hice una pleitesía
Con el rey de Aragon mala
Por tí, do perdí el castillo
De Ariza y su comarca. —
Respondiérale el rey moro
En su lengua estas palabras:
— Rey don Pedro, rey don Pedro,
Hecho has corta cabalgada.

VI. — *(Sepúlveda.)*

Mahomad, rey de Granada,
A Sevilla habia llegado
Con cincuenta caballeros
Que lo venian guardando:

Muchas joyas trae el moro
Para ese rey castellano:
Don Pedro era el Cruel
El que tenia el reinado.
Viénele á pedir ayuda
Que el rey se la habia mandado,
Que tiene guerra con moros,
De él quiere ser ayudado.
Mandáralo el rey prender,
Llévanlo muy maltratado,
Tomóle lo que traia
Y á Tatilada lo han llevado,
Donde al rey moro y los suyos
A las cañas han jugado:
El rey como es tan cruel
De crueldad habia usado;
Tiróle al moro una lanza
Él propio con la su mano,
Pasóle de parte á parte,
Lo que á rey no era dado.
El rey moro en alta voz
En arábigo ha hablado,
Dijo: — ¿Oh qué torpe triunfo,
Rey Pedro, habeisos ganado
En matar á mí sin causa
Con sed que te habia cegado
De mi sangre y mis tesoros,
Que tú me habias tomado! —
Tambien matára á los suyos
Que ninguno habia dejado,
Todos mueren á las cañas:
Que el rey lo habia mandado.

VII. —(*Anónimo.*

Los fieros cuerpos revueltos
Entre los robustos brazos
Están el cruel don Pedro
Y don Enrique su hermano.
No son abrazos de amor
Los que los dos se están dando,
Que el uno tiene una daga
Y otro un puñal acerado.
El rey tiene á Enrique estrecho
Y Enrique al rey apretado,
Uno en cólera encendido
Y otro de rabia abrasado;
Y en aquesta fiera lucha
Solo un testigo se ha hallado,
Page de espada de Enrique
Que de afuera mira el caso.
Despues de luchar vencidos,
¡O suceso desgraciado!
Ambos vinieron al suelo,
Y Enrique cayó debajo.
Viendo el page á su señor
En tan peligroso caso,
Por detras al rey se allega
Reciamente de él tirando;
Diciendo: — No quito rey
Ni pongo rey de mi mano,
Pero hago lo que debo
Al oficio de criado. —
Y dió con el rey de espaldas
Y Enrique vino á lo alto,
Hiriendo con un puñal
En el pecho del rey falso,
Donde á vueltas de la sangre,
El vital hilo cortando,
Salió el alma mas cruel
Que vivió en pecho cristiano.

VIII. (*Anónimo.*)

A los piés de don Enrique
Yace muerto el rey don Pedro,
Mas que por su valentía
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pié le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
A compasion y contento
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso;
Y los de Enrique,
Cantan, repican y gritan
Viva Enrique; y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que el rey no es cruel si nace
En tiempo que importa serlo,
Y que no es razon que el vulgo
Con el rey entre á consejo
A ver si casos tan graves
Han sido bien ó mal hechos;
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos
Cuanto la hermosa Padilla
Ha quedado por ejemplo,
Que nadie verá sus ojos
Que no tenga al rey por cuerdo,
Mientras como otro Rodrigo
No puso fuego á su reino.
Y los de Enrique, etc.
Los que con ánimos viles
O por lisonja ó por miedo,
Siendo del bando vencido
Al vencedor siguen luego,

Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto,
La tragedia del maestre,
La muerte del hijo tierno,
La prision de doña Blanca,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo
Justicia, pidiendo al rey,
Y mientras que dicen esto
Los de Enrique, etc.
Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso,
Como esclava del rey vivo
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos.
Salió corriendo á la tienda
Y vió con triste silencio
Llevar cubierto su esposo
De sangre y de paños negros,
Y que en otra parte á Enrique
Le dan con aplauso el cetro:
Campanas tocan los unos,
Y los otros instrumentos:
Y los de Enrique, etc.
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ageno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable suceso,
Así la triste señora
Llora y se deshace viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y á Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano,
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro
De oro y perlas cubrió el cuello:
Quiso decir *Pedro*, á voces,
Villanos, vive en mi pecho;
Mas poco le aprovechó,
Y mientras lo está diciendo,
Los de Enrique, etc.
Rasgó las tocas mostrando
El blanco pecho encubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro:
No la vieron los contrarios
Y vióla invidioso el cielo,
De ver en tan poca nieve
Un elemento de fuego.
Desmayóse ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos
Muerte, amor, silencio y sueño.
Entre tanto el campo todo
Aquí y allí van corriendo
Vencedores y vencidos,
Soldados y caballeros:
Y los de Enrique
Cantan, repican y gritan
Viva Enrique; y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.

ROMANCES

SOBRE

DON ALVARO DE LUNA.

1. —(*Anónimo.*)

Hablando están sobremesa
Con puridad y silencio,
Los ojos enternecidos,
Los ánimos inquietos,
La duquesa de Escalona
Y el condestable del reino,
No como otras veces suelen
De placeres y contentos.
No daban gratos oidos
Al dulzor del instrumento,
Ni de graciosos juglares
Gustan donaires y cuentos,
Que al corazon afligido
Cuando el alma dá tormento,
No deja lugar vacío
Que no lo ocupe en el pecho.
Tomó el maestre la mano,
Representando en su gesto
Una trágica desdicha
De sucesos verdaderos.
—No sé qué imaginacion
Contra mi dicha se ha puesto,
Que amenaza una caida

Hasta el mal profundo centro:
Poco á poco va faltando
Aquel resplandor supremo
Que á mi Luna prestó el sol,
Y hoy en vez d'él presta duelo.
¡Mas ay vida infelice y desabrida,
Antes tormento sois que dulce vida!
Fuí remedando al cipres
Que quiere subir al cielo,
Y halló mas cerca del rayo
El rigor de su elemento:
Prestóme como á Faeton,
Su carro y caballos Febo,
Y de su fuego abrasado
En humo quedo deshecho.
En vencer mis enemigos
Nada á Josué me parezco,
Pues él venció con la luz
Y yo con ella perezco.
De Nabucodonosor
En mí la estatua contemplo
De oro y polvo levantada
Que deshecha vino al suelo.
Un declarado enemigo
Pone á mi vida estropiezo,
De la codicia engañado,
Nacido en el hondo infierno.
Dicen que se llama invidia,
Y aunque en rostro y talle es bello,
Víboras le despedazan
Vientre, entrañas, pecho y cuerpo.
Asiste en los tribunales
Y en los palacios soberbios,
Vístese de cortesía,
Trata con los lisonjeros:
¡Mas ay vida infelice y desabrida,
Antes tormento sois que dulce vida!
Este contrario insufrible
Causa mi pena y tormento,
Que acomete acompañado,
Y yo, como solo, temo.
Conozco de sus astucias
Los engañosos rodeos,
Que las entrañas destruye
El alquitran de su fuego.
Prodigio soy de mi mano,
D'el no huyo aunque lo veo,
Temeroso que mi lumbre
Faltará por su cimiento.
No hallo iglesia segura,
Pues la puerta de su templo
Me ha cerrado el rey don Juan,
Y á mi honor ha puesto hierro.
Volveré á mi suerte humilde
Como la piedra á su centro,
Pues me ha dado como niño
Y quitado como viejo.
¡Ay pompa humana del mundo
Traida de los cabellos!
¿Cómo te gocé temprano
Para perderte mas presto? —
Mas adelante pasára
El llanto y sollozos tiernos;
Llegó del rey un recado,
Y levantóse diciendo:
¡Mas ay vida infelice y desabrida,
Antes tormento sois que dulce vida!

II. — *(Anónimo.)*

A don Alvaro de Luna,
Condestable de Castilla,
El rey don Juan el Segundo
Con mal semblante le mira.
Dió vuelta la rueda varia,
Trocó en saña sus caricias,
El favor en amenazas,
Privaba, mas ya no priva.
Ejemplo dejó en la tierra
Porque el hombre mire arriba,
No hay seguridad humana
Sin contradiccion divina.
Una siesta, el condestable,
Que dormilla no podia,
Con su secretario á solas
Desta manera platica:
— Hoy el rey no me ha hablado,
Miróme de mala guisa,
Dejáronme venir solo
Las gentes que me seguian:
Traidores me quieran mal
Y con el rey me malsinan,
Él es fácil, falsos ellos,
Venceránle si porfian.
— Condestable, mi señor,
El mar brama, el aire arrima
Tu nave á enemigas rocas,
Amaina porque no embista.
Sigue, cual la sombra al cuerpo,
A la privanza la envidia,
Aprisa subiste al trono,
Guarda no bajes aprisa.
La pompa humana tú sabes
Que engendra ambicion malquista,
Pesadumbre que en el aire
Está de un cabello asida.
A los piés del rey te arroja,
Díle: «Señor, resucita
Este muerto á la tu gracia,
Pues fué tu gracia su vida.»
Grande amor nunca se acaba
Sin dejar grandes reliquias
Que disculpen del amado
Agravios y demasías.
Tendrán tus amigos gloria,
Tus enemigos desdicha,

Tu verdad vitorias claras,
Claras penas sus mentiras.
La humildad todo lo vence
Con los reyes, las porfías
Son vaivenes peligrosos,
Dan miserable caida. —
Esto dijo el secretario,
Triste el maestre suspira,
Diciendo que á Dios ensaña
El hombre que en hombre fia.

III. —*(Anónimo.)*

El maestre de Santiago
De los privados ejemplo,
A los piés del rey se arroja
Estas palabras diciendo:
— Bien se echa de ver, señor,
Que hay falsos en tu consejo,
Pues que puede una traicion
Mas que el amor en tu pecho.
Los haberes que me diste
Fueron la causa, pues ellos
Dieron principio á la envidia
Que en este paso me ha puesto.
Fácil fuiste para darlos
Y fáciles se volvieron,
Que mercedes tan baratas
No tienen buen fundamento.
Esta cruz que me pusiste
Es la cruz que agora llevo,
Que el amor hizo suave
Y tu desamor tormento.
Bien tiene que ver el mundo
De mi terrible suceso,
Pues el que se vió á tu lado
Se ve á tus piés sin remedio.
No pido que me perdones,
Que contra tí no hice yerro,
Antes aquestos me pones
Porque parezca tenellos.
Contenta á mis enemigos,
Pero mira, rey, que veo,
Pues que me matan sin causa,
No estés muy seguro dellos.
Dellos te guarda, señor,
Que es en traidores muy cierto
En haciendo una traicion
No parar hasta ser ciento.
A muerte estoy condenado
Y de morir no me quejo,
Porque acabarse tenian
Cosas que no son del cielo.
Rico y próspero me he visto,
Pobre y cautivo me veo,
Lo uno para mi daño,
Lo otro por mi consuelo.
Ya mi luna está eclipsada,
Ya no da luz cual un tiempo,
Porque le ha faltado el sol
Que le dó la luz que pierdo.
Sé que se trata en pedir
Limosna para mi entierro,
Yo cual alma te la pido
De aquel tu querido cuerpo.
Tu misericordia es falsa,
Tu justicia no la temo,
Pues voy delante de un juez
Mas justo y mas justiciero. —
Esto dijo el condestable,
Y el rey entró en su aposento
Sin respondelle palabra
A lo que estaba diciendo.

IV.—*(Anónimo.)*

Subid, señor condestable,
En ese troton aprisa,
Fugireis del rey la saña
Que á daros la muerte incita.
No os fieis de la fortuna,
Que cuido que horrible os mira,
Y es sin prudencia su rueda,
Y os puede abatir de arriba.
Inconstantes son los hombres,
Sus palabras son fingidas,
Cautelosas sus mercedes,
Y sus falagos mentiras.
Volved los ojos, señor,
A las pasadas ruinas,
Y furtad el cuerpo agora
A la que vos viene encima.
Tenedes espejos claros
De mil pasadas desdichas,
El tiempo vos da lugar,
Las señales vos avisan.
De los privados lisonjas
Son afeitadas mentiras,
Y cuido que han de ser sombra,
Pues el rey su gracia os quita.
A las pasadas mercedes
No mireis, que ya declinan,
Y enredan un hombre bueno;
Non vos fieis, mas fugildas,
Que á la corriente furiosa
La saña del rey imita,
Con cuyo raudal veloz
Lo mas alto se derriba.
Pensad que habedes subido
A estremo de la desdicha,
La levantada privanza
Vos amenaza caida.
La muerte viene con alas
Puestas las faldas en cinta;
Non hay plazo que non llegue,
Ni deuda que non se pida.

De invidia una escura nube
Vuestros reflejos eclipsa,
Y desos divinos rayos
La luz de privanza quitan.
Muchos grandes conoceis
Que vos tienen grande invidia,
El rey os fácil, vos solo,
Guardad no vos hagan minas,
Que en la casa de los reyes,
Como la ambicion domina,
Anda solapado el odio
Y causa grandes ruinas.
La reina os quiere dar muerte,
El rey el segur afila,
Dadle lugar en que quiebre
El tiempo sus graves iras.
No vos sujeteis á fierros
De las cárceles esquivas,
Que enemigo aherrojado
Mas á su contrario aviva.
Non seais en vuestras cosas
La flor de la maravilla
Que crece al salir el sol
Y el mismo sol la marchita.
Activad la aguda espuela,
Mirad non vos falten cinchas,
Que mas que ruego de buenos
Os importa la fugida.
Dad oido á mis razones,
Que el amor la lengua incita,
Dejad la corte y fugid,
Que esperar non acredita.—
Esto dijo al gran maestre
Un page que le servia;
Non curó de él, y durmióse
Recostado en una silla.

V.—*(Anónimo.)*

El rey se sale de misa
De Santa María la Blanca;
Don Alvaro el condestable
Con otros lo acompañaba.
Díjole el rey en llegando
Con enojo estas palabras:
— Partios de aquí, condestable,
Que por vos me desacatan:
Por creer vuestros consejos
Mal me quieren en España:
Si por ende hacedes otro,
Haríades en ello saña.—
Ya se parte el condestable,
Ya se vuelve á su posada
Amenazando á los grandes
Que al rey tan mal informáran.
En la noche á la su cena
Diego Goter recio entrára,
Díjole: — Catad, señor,
Que por todo Búrgos anda
Como habedes de ser preso
El miércoles que es mañana:
Cabalgá en la mi mula,
Que yo os sacaré en ancas
A la puerta de San Juan
Cubierto con la mi capa.—
El maestre se turbó,
Díjole que bien hablaba;
Pidió una copa de vino
Con unas peras asadas;
Como las hubo comido
Adormido se quedára.
Díjole Diego Goter
Saliese que se tardaba:
Dijérale: — Anda, vete,
Que voto á tal que no es nada.—
A la mañana otro dia
Cartagena se levanta,
Vió venir don Alvar Zúñiga
Con doscientos hombres d'armas.
Fué á despertar al maestre,
El maestre luego s'arma;
Díjole: — A tu padre avisa
Que por él cerçan la casa;
Castilla viene diciendo,
Libertad el rey demanda.
El maestre al gran ruido
Asomóse á una ventana,
Dijo; — Hermosa gente es esta; —
Mas luego dentro s'entrara,
Que le tiró un ballestero,
Y por muy poco le errára.
El combate fué tan recio,
Que no hay cosa que le valga;
Acordó darse á prision,
Así como el rey lo manda.
El rey pasaba á comer;
Iba allí el obispo de Avila,
Vióle asomar el maestre
Y como le vió así l'habla,
El dedo puesto en la frente
Dijera con voz muy alta:
— Para esta, don obispillo,
Que la pagueis bien doblada.—
El obispo respondiera
Con miedo al velle con saña:
— Por las órdenes que tengo,
Señor, yo no os culpo en nada,
Ni os tengo mas cargo desto
Que os tiene el rey de Granada.—
Envió el maestre al rey
Le escuchase una palabra:
El rey le envió á decir
Se acuerde le aconsejára
Que á hombre que prendiese
Nunca le muestre la cara.

VI.—(*Anónimo.*)

Ya le sacan del portillo
Con muy gran caballeria
A don Alvaro de Luna,
Condestable de Castilla.
Sácalo Diego de Zúñiga
Qu'él en guarda lo tenia,
Muy cercado de hombres d'armas
Y de gente muy lucida.
Llévanlo á Valladolid,
Que así el rey lo prevenia,
Y al llegar junto á Tudela
Le salieron á la via
Ciertos frailes de Albroy
Y fray Alonso de Espina,
Un reverendo maestro
En santa teología.
Cuando los vido el maestre
Muy mala señal sentia,
Mas los frailes le aportaron,
Fray Alonso le decia:
—Mirad, hijo, queste mundo
Pasa como fantasía,
Y da muy mal galardon
Al que mejor le servia.
Recibid, pues, con paciencia
La muerte que os acudia
En pago de los delitos
Que habeis hecho hasta este dia.
Pedid perdon muy humilde
Y con el alma contrita
Al omnipotente Dios,
Que es lo que mas os cumplia.—
Con estas tales razones,
Y otras que ansí le decia,
Llegan á Valladolid
A las tres horas del dia,
Y llevanlo á aposentar
A las casas do vivia
Alonso Perez Vivero
Qu'el maestre muerto habia.
Allí la muger y hijos
Con gran rabia le d cian;
—Aquí pagarás maestre,
La tu grande villanía;
La muerte del buen Vivero
Hecha con alevosía.—
Oyendo aquestas razones
Gran pena y dolor sentia
De ver cual se holgaban todos
Del gran mal que le venia.
Estuvo en estas prisiones
Hasta que el sol se ponia,
Y luego en anocheciendo
Lo llevan, que ansí cumplia,
A cas don Alfonso de Zuñiga,
Los frailes en compañía,
Y mucha gente de guarda
Que en la casa no cabia.

VII. — (*Anónimo.*)

El año mil cuatrocientos
Cincuenta y dos ha pasado
Del muy santo nacimiento,
Del Hijo de Dios sagrado.
Presidentes y oidores,
Y todo el real senado,
Están viendo un proceso
De crímen muy sustanciado
Contra don Alvaro Luna,
Del rey don Juan gran privado.
Visto y revisto por todos
Y muy bien examinado,
Dan una cruel sentencia
Todos en uno acordando,
Que le priven de sus tierras,
Que le quiten sus estados
De condestable en Castilla,
De maestre de Santiago,
De conde de Santistéban,
A Trujillo y su ducado,
Y que vuelva á la corona
Del rey de do fué usurpado;
Y atentos á sus delitos
Y á los males que ha causado,
Mandan que le saquen luego
Como hombre reo y culpado
A la voz del pregonero,
Que publique el mal que ha obrado,
Por las calles de la villa,
Y lo lleven al mercado,
Y que á fuer de hijodalgo sea
En la plaza degollado,
Y que pongan su cabeza
Con un clavo allí hincado,
Y que esté allí nueve dias
Sin ser de nadie quitado,
Porque á otro sea escarmiento
Y sea bien castigado.
Sin ninguna apelacion
Manda sea ejecutado.
Vánselo á notificar
Al maestre desdichado
A casa de Alonso de Zúñiga
Do él estaba encarcelado,
El cual dijo que lo oia
Muy sereno y no turbado,
Pues qu'el rey era contento,
Que él era tambien pagado.
Luego confiesa y comulga
Con un fraile gran letrado,
Pide algo de comer,
Porque estaba desmayado.

Trugeronle pan y guindas
Y del vino le han sacado.
Tomó tres ó cuatro dellas
Y del pan solo un bocado,
Mas bebió una vez de vino,
Y antes de habello tragado
Asentóse en una silla
No muy quieto de cuidado:
Así esperaba la muerte
Muy triste y desconsolado.

VIII.—(*Anónimo*)

Con triste y grave semblante
Oyendo está la sentencia
El condestable de Luna
Sin género de flaqueza.
No le ha turbado el temor
De la muerte ni el afrenta
Del acusado delito,
Antes dice con paciencia:
—Justo pago ha dado el cielo
A mi privanza soberbia,
Que de servicios humildes
Favores de un rey la engendra,
Pues como yedra en sus brazos
Creció, y en fin como hiedra
En faltándole su sombra
No hay cosa que no la ofenda.
Nadie procuro privar
Con los reyes, porque sepan
Que quien mas con reyes priva
Tiene la muerte mas cerca,
Que la privanza en el suelo
Es una insaciable fiera,
Tósigo que sin sentirse
Se derrama por las venas.
Es blanco donde la envidia
Todos sus tiros asiesta,
Terrero de las malicias,
Fortaleza sin defensa.
Púsome á mí la fortuna
En la cumbre de su rueda,
Mas como es rueda rodó
Hasta bajarme á la tierra.
¡Ah segundo rey don Juan,
Y qué contento muriera
Si por servirte este dia
Me quitáras la cabeza!
Mas siento el perder la fama
Que me quita tu grandeza,
Que el castigo que me das,
Puesto que lo mereciera.
No me espantará la muerte,
Pues no es morir cosa nueva,
Mas morir en tu desgracia
Mas que el morir me atormenta.
Si jamas en dicho ó hecho
Ofendí tu real grandeza,
No me perdone mis culpas
Dios, á quien voy á dar cuenta:
Si no es que el hado infelice,
Mi clima y fatal estrella,
Quiso porque el cielo quiso
Que con voz de traidor muera.
Luna fuí que allá en tu cielo
Tanto crecí, que pudiera
Cual otro Faeton al mundo
Abrasar si traidor fuera;
Pero mientras no vencieron
Las invidiosas tinieblas
De tu sol las confianzas
En la fe de mi nobleza,
Mi Luna dió tanta luz
Con la tuya acá en la tierra,
Que de invidia se turbaron
En tu cielo mis estrellas,
Do hicieron tales efectos
En el sol de tu grandeza,
Que hacen menguar á mi Luna
Antes que se viese llena.
Entró la ventura el tiro,
Desenfrenaron las lenguas
Los émulos, y acertaron
En dalles tú grata audiencia;
Y como es todo finito
El bien que nos da la tierra,
En tierra me vuelvo yo
Con esta inmortal afrenta.
Crezcan contentos agora
Los que mi menguante esperan,
Mas miren que acaba el mio
Cuando á llenarse comienzan.—
Quiso pasar adelante,
Mas no pudo porque entran
El de Zúñiga y seis frailes
Que ha ya rato que le esperan.
Acompañóle gran gente
Como amiga de novelas,
Hasta que en el cadahalso
Vió el verdugo que le espera.
Abrazóse á un crucifijo
Vertiendo lágrimas tiernas,
Que un pecho que está sin culpa
Con facilidad las echa.
Vueltos los ojos al cielo
Y las rodillas en tierra,
Dijo:—Dulce Señor mio,
Mi alma se os encomienda.—
Cortó el astuto verdugo
De los hombros la cabeza,
Que por el aire decia:
Credo, credo; esfuerza, esfuerza.

IX. — *(Anónimo.)*

El segundo rey don Juan
Turbado toma la pluma
Para firmar la sentencia
De don Alvaro de Luna,
Y viendo que siete letras
Son en deshacer su hechura,
Que con mercedes tan altas
Tan igual hizo las suyas,
La real mano le tiembla,
La veloz lengua le turba,
Que el amor que está en el pecho
Mal los hombres disimulan.
— ¡Ay! dice, ¿como es posible
El cielo permita y sufra
Que quien tantas firmas hizo
Solo las deshaga una?
¡Ay don Alvaro mezquino!
¡Grande fué tu desventura,
Pues aunque te amó un rey
Todo su reino te culpa!
Bien te librára del reino
Que en perseguirte se aúna,
Mas sois, don Alvaro, solo
Y sus envidias son muchas.
Sobre la mar de mi gracia
Te alzaste cual blanca espuma,
Que lo que tarda en hacerse
Eso solamente dura.
Confiastes en el tiempo,
Que á confiados burla,
Que es con los males de plomo,
Y con los bienes de pluma.
Esta sentencia que firmo
Hoy contra mí se ejecuta,
Que si eres hechura mia
Hoy se deshace mi hechura. —
Firmó poniendo la *d*,
Vióla, y dijo: — Letra dura,
Borrarte quiero, mas no,
Que el horror tristeza anuncia. —
Puso la *o* y la *n*,
Y como vió parte junta,
Dijo: — No es don y si lo es,
Es desdicha y no ventura. —
Acabó poniendo el *Juan*,
Y luego arroja la pluma,
Diciendo: — Quiebro esta flecha
Que me ha muerto con la punta. —
No pudo hablar mas palabra,
Que la garganta le añudan
Las lágrimas que pretenden
Salir de su pecho juntas.
Echó el proceso en el suelo,
Y en su retrete se oculta,
Y el secretario con uso
Parte á la prision oscura.

X. — *(Anónimo.*

Ilustrísimo señor,
Vuestra escelencia perdone,
Y pues es fuerte, resista
De la fortuna los golpes.
Secretario soy del rey,
Y el rey, mi señor, mandóme.
Que de la triste sentencia
Os relate estos renglones.
Pésame, porque es de muerte,
Y de muerte tan enorme:
Estadme atento, señor,
Que así dicen sus tenores:
« Yo el famoso rey don Juan,
« Segundo de aqueste nombre,
« Mando lo siguiente cumplan
« Los de mi palacio y corte.
« A don Alvaro de Luna,
« Duque de Trujillo, y conde
« De Gumera y Escalona,
« Marques de Trujillo y su orbe,
« Condestable de Castilla,
« Y sobre aquestos renombres
« Maestre de Santiago
« Y de sus comendadores,
« Mando: que sea sacado
« De las oscuras prisiones,
« Y llevado por las calles
« Con trompetas y pregones,
« Y en voz alta sus delitos
« Publiquen por los cantones
« (Que lo que el tiempo descubre
« No es bien encubran los hombres);
« Y en un alto cadahalso
« Luego su cabeza corten,
« Y en una escarpia la enclaven,
« Porque escarmiento so tome;
« Y que sus bienes confisquen,
« Que pues por justas razones
« Son nuestros, será razon
« Que á nuestra cámara tornen. »
De oir tan triste sentencia
El condestable turbóse,
Y los ojos llenos de agua
De aquesta suerte responde:
— Yo, secretario, os perdono
Porque á mí Dios me perdone,
Olvidando la venganza,
Que ya es tiempo de perdones.
Con la muerte me contento,
La afrenta es razon que llore,
Que la muerte al noble alivia,
Y la afrenta afrenta al noble,
Con grandes bienes me ví,
Respetado entre señores,

Mas quiere Dios que los bienes
En grandes males se tornen.
Subió aprisa mi subir
Que me hizo dar gran golpe,
Que los que suben mas alto
Dan las caidas mayores.
Enseñóse en mí á ser franco
El rey y en mí enseñóse,
Y despues que lo aprendió
Mas que me ha dado quitóme.
Hízome de nada el rey,
Y porque pompa no cobre,
Quiere el cielo soberano
Que en nada me vuelva y torne.
Del rey oigo la sentencia,
Con su gusto soy conforme,
Que quiero tanto su gusto
Que me pesa que se enoje.
Grande me hizo é ilustre
Siendo page humilde y pobre,
Fué de pajas mi cimiento,
Cayó al peso de mi torre.
Razon es que muera yo
Para que tomen los hombres
De mi caida escarmiento,
Y de mi muerte se asombren.—
Aquestas palabras dijo
Lagrimas vertiendo el conde,
Y el secretario tambien
Llorando de allí salióse.

XI.—*(Anónimo.)*

Aquella Luna hermosa
Que sus rayos le dió el sol,
Hoy en un mortal eclipse
Pierde luz y resplandor,
Y en la mas alta subida
Del cielo de su valor,
Baja á la casa del Toro,
Y muere en la del Leon,
Y por vivir para el cielo
Ya que en la tierra murió,
Ansi ordena el testamento
Y última disposicion,
« Yo don Alvaro de Luna,
« Freile de mi religion,
« Maestre de mis desdichas
« Pues en la cátedra estoy,
« De mis bienes adquiridos
« Hago libre donacion
« A quien me los dió de gracia
« Mientras la suya duró.
« De page subí á marques
« Que fué el primer escalon
« Con título de Villena,
« Mas no ví porqué menguó.
« Conde me llamó Castilla
« Estable pero mintió,
« Que siendo Luna del suelo,
« Mudanza me derribó.
« En los bienes fuí mudable
« Y en el mal estable soy.
« Y son tantos los que paso
« Que de verlos llora el sol.
« En Portillo preso estuve,
« Mas no le hice en mi honor,
« Que el muro de mi nobleza
« Portillo jamas sufrió.
« Mis enemigos lo hicieron
« Con la bala de ambicion
« Y con pólvora de envidia,
« Que es muy fuerte municion.
« Mando, que despues de muerto
« A los buitres de mi honor
« Les entreguen ese cuerpo
« Y se ceben á sabor:
« Mas no coman, que presumo
« Que les hará mala pro,
« Que un fiel bocado es ponzoña
« En el pecho de un traidor.
« A la condesa le pido
« Por nuestro entrañable amor
« Al de Saldaña le endone
« La estrella que alumbré yo.
« Al conde le doy palabra,
« Al mundo tambien le doy,
« No pierda nada mi hija
« Por ser yo quien la enjendró:
« Y ya que por mí perdiera,
« La madre que la parió
« Supliera por mí las faltas
« A sombra de su valor.
« Aqueste anillo que ciñe
« El dedo del corazon,
« Con él le doy á Morales
« Por lo bien que me sirvió;
« Y si del que ciñe el mundo
« Fuera universal señor,
« Despues de mi rey, le diera
« Aquien estotro le doy:
« Pero eche culpa á la envidia,
« Que fué la que me postró,
« Que mi lealtad bien merece
« Subir de donde bajó.
« Y mis amigos quisieran,
« Viendo el paso en que estoy,
« Dar remedio á las desdichas,
« Que es el consuelo mayor.
« Dios, á quien voy á dar cuenta,
« Me la tome con rigor,
« Si en el dicho ó en el hecho
« No tuve buena intencion.
« Por ello prometo y juro
« Al rey don Juan mi señor,
« Que le he sido leal vasallo,

« Los aleves ellos son.
« Y si socorro pedí
« A ninguno en mi prision,
« Como la tuve en el cuerpo
« Pase al alma, qu'es peor.
« Al rey le pido me entierre
« Con la limosna que hoy
« Llegáre misericordia,
« Pues su justicia llegó.
« Este vestido que traigo
« Que solo no me dejó,
« Pido no lo haya el verdugo,
« Porque al fin lo traje yo.
« Esta cadena le mando,
« Que solas prisiones doy,
« Si acaso tambien no dice
« Qu'es falso como el dador.
« Y firmo mi testamento
« Con sangre, que como es hoy
« Dia de decir verdades
« No hay otra tinta mejor.
« Y á los que en Valladolid
« Tienen de mi compasion,
« Pido mi alma encomienden
« Al señor que la crió. »

XII.—*(Anónimo.)*

A Dios, privanza de reyes,
Loca vanidad, á Dios,
Pues ayer me acompañasteis
Y solo me dajais hoy.
Firme en vuestros engaños
Y desengañado estoy,
Que solo da lo que tiene
El mundo al mayor señor,
Fundé en él mis esperanzas,
Y cayeron como yo,
Que es cierto que cae mas bajo
El que mas alto subió.
Cual remolino hasta el cielo
Quise subir, mas sopló
Viento contrario y deshizo
Mi locura y ambicion.
De leales fuí dechado,
Y sabe el cielo lo soy,
Mas el leal solo vive
Lo que permite el traidor.
Gozaba la primavera
Cuando el agosto llegó,
Que el estío de ordinario
Marchita la mejor flor.
Siendo Luna crecí tanto
Que quise igualar al sol,
Mas como fué sol de hebrero
A lo mejor me dejó.
¿Quién de un rey no confiára?
¡Ay, rey don Juan mi señor!
¡Cómo tus reales favores
El viento se los llevó!
Hechura fuí de tus manos,
Y aunque hacerme te costó,
Fui como vaso de vidrio
Y en tus manos se quebró.
Fuí archivo de mercedes,
Pero imagino que son
Como tesoro de duende
Que se me ha vuelto carbon.
Frabricaste en mi una estatua
Cual Nabucodonosor,
Mas fueron los piés de barro,
Y al primer golpe cayó.
Muchos títulos me diste,
Mas pues me los quitas hoy
Fué tragedia mi privanza
Que tu amor representó.
Mil veces firmé por tí,
Y sola una que firmó
Tu real mano, fué bastante
A deshacer mi opinion.
A la muerte me condenas,
Con gusto á la muerte voy,
Que es bien que siegues la espiga
Que tu mano cultivó. —
Esto don Alvaro dijo
Saliendo de la prision,
Donde mediante la muerte
Su luna llena eclipsó.

XIII. — *(Anónimo.)*

Los que servis á los reyes
Notad bien la historia mia;
Catad que á la fin se engaña
El hombre que en hombres fia.
Nací desnudo y criéme
En estrecha y pobre vida,
Mas mi noble y alta sangre
Bien no me lo permitia.
Apenas tuve siete años,
De Aragon vine á Castilla
A servir al rey don Juan
Que el Segundo se decia:
Servíle veinte y seis años
Los mejores de mi vida,
Puso el ánimo en quererme,
Grandes mercedes me hacia.
Fuí conde de Santistéban,
Condestable de Castilla,
Duque de cinco ciudades,
Señor de sesenta villas;
Maestre fuí de Santiago,
Que es ser lo que ser podia.
Por mí la luna en el mundo
Mas qu'el sol resplandecia,
Duques, condes y marqueses

Hacia yo y deshacia:
Ciudades, villas, castillos
A mi mandar los tenia.
Fortuna, que del discreto
Pocas veces se desvia,
Aparejóme ocasion,
Yo bien se las entendia:
Pero á golpes de fortuna
No hay esfuerzo y valentía,
Que sin poderme valer
Vasallos ni nombradía,
Año de mil cuatrocientos
Cincuenta y tres escribia,
Cuando en medio de una plaza
Un triste pregon decia:
« Manda el rey que este hombre muera
« Que tanto le desservia:
« Y le corten la cabeza,
« Que tal cosa convenia. »
Opinion hubo entre gentes
Que entonces no moriria
Si viese la cara al rey,
Como yo se lo pedia.
Escarmiente en mí todo hombre
Que en este mundo confia,
Que yo por fiarme de él
Bien pagado me lo habia.
Por haberle dicho al rey
Que cuando á alguien mal queria
Pusiese por ley constante
Que nunca le miraria,
Agora la ley que puse
En mí veo se cumplia,
Que la presencia real
Se me niega en este dia.
Muera, pues el rey lo manda,
Pague el cuerpo, pues debia,
Y perdone Dios mi alma
Por su bondad infinita.

XIV. —(*Anónimo.*)

Riguroso desengaño,
Conocido mal y tarde,
Llave de soñadas glorias,
Si en el sueño glorias caben:
Aborrecible es tu nombre,
Todos huyen de hospedarte,
Y el que mas debe á fortuna
Rehusa mas el tocarte.
En terrible coyuntura
Has pisado mis umbrales,
Mas quien enemigos tiene
Obligado está á guardarse.
Presuncion, privanza, alteza
Favorecieron mis partes;
Pero tu golpe cruel
Hoy me muestra lo que vale.
A la oreja de mi rey
Tú y mis émulos llamastes,
Que el que envidiosos escucha
Vive entre errores y grandes:
Pero al fin el rey es mozo
Y sujeto á novedades,
Y mis enemigos muchos,
Y continuo mi combate.
Queja alguna tengo de él,
Pero mas puedo quejarme,
No quiero decir de quien,
Pues ya no presta ni vale,
Que el lugar que yo ocupé
Es duro de conservarse,
Y altezas con tal esceso
Anuncian caidas tales.
Las privanzas con los reyes
Deben por cierto estimarse
Cuando á cada cual se dan
Cargos que al mundo no espanten,
Que el dar al particular
Lo que es debido á los grandes,
Corta providencia arguye
En quien las mercedes hace.
Demas que el que las recibe
Recibe agravio notable,
Pues le dan un pregonero
De su ser y calidades;
Y el no darlo á quien se debe
Se puede llamar quitarse,
Cuando el grande y el no tanto
Son en mercedes iguales.
Llegué al punto de privanza,
No tuvo el rey mas que darme,
Vióse mi Luna creciente,
Y aguardaba la menguante.
Por traidor dicen que muero,
Dios y el rey muy bien lo saben;
Ya con el rey no hay disculpa;
Con Dios si, no hay engañarle.
Dijera el pregon mejor:
« Muere este hombre miserable
« Porque su suerte le puso
« Do la envidia le dió alcance. »
¡Quién fuera un pastor cuitado
Entre míseros sayales,
Que en la comedia del mundo
Hiciera un hombre ignorante!—
Esto el de Luna decia,
Cuando del Abrojo un fraile
Le dice que se perciba
Para el rigureso trance:
Que deje cosas de mundo,
Pues dan el pago que sabe,
Y que fije en Dios la mente
Y méritos de su sangre:
Que tenga á dichosa muerte
El que sus culpas se laven

Con tal género de muerte
Por do le plugo llamarle.
En esto el duro cuchillo
Rechinando por los aires,
Dividió del cuerpo afilito
Los espíritus vitales.

XV. —(*Anónimo.*)

Lo de ayer ya se pasó,
Lo de hoy cual viento pasa,
Lo de mañana aun no llega,
Así aqueste mundo anda.
En él lo firme perece
A manos de la mudanza,
Lo mas sano luego enferma,
El deseo no se alcanza.
En cien años, si hay de vida,
De contento una hora falta,
Porque á quien prende no suelta
Si el mundo una vez le ata.
Aflige y no da consuelo,
Roba sin que vuelva nada,
Altera y no pacifica,
Lastima y despues halaga:
Sin oiros da sentencia,
Vivo os sepulta y acaba,
Lo que promete no cumple,
Sírvese bien y mal paga.
Convida para engañar
Y para abatir levanta,
Sin perdonaros castiga,
Da honra y despues infama.
Quien mas acierta mas yerra,
Pierde quien piensa que gana,
Lasta por él quien le fia,
Y es inquietud su privanza.
En él entramos llorando,
De él con lloro nos apartan,
Que lo que se siembra en lloros
En lloros el fruto paga.
Mientras se vive es pesar,
Confusion, tormento y ansia,
Y al fin pára en afliccion,
Ingratitud, temor, rabia.
¡Que de lisonjas, mentiras,
Presuncion y glorias vanas,
Locuras y menosprecios,
Honras, riquezas soñadas!
¡Qué de máquinas, codicias,
Tráfagos, pleitos y trampas,
Sobornos y tiranías,
Iras, poderes, venganzas!
Arrincona la humildad,
Triunfa y vale la ignorancia,
Que en el favor, interes
Tiene seguras espaldas. —
Esto entre otras cosas dice
Un fraile que consolaba
A don Alvaro de Luna
Mientras la muerte esperaba.

XVI. — (*Anónimo.*)

« Hagan bien para hacer bien
Por el alma deste hombre. »
Al son de las campanillas
Van diciendo en altas voces:
— Den para enterrar el cuerpo
Del rico ayer, y hoy tan pobre,
Que si no le dan mortaja,
No la tiene ni hay de donde.
Mueva á compasion su muerte,
Socorrelde, pretensores,
Pues que tanto dió y dar pudo
A tantos de los que le oyen.
El que daba dignidades
Haciendo duques y condes,
Grandes, marqueses, prelados,
Maestres, comendadores;
El que con la voluntad
Pudo hacer y hizo hombres,
Como delincuente muere:
Dalde limosna, señores.
Ayer el mundo mandó,
Hoy de un bochin sucio y torpe
Se sujeta al proceder,
Y humilde á sus piés se pone.
Por estas calles que hoy pasa
Entre confusos pregones,
Le vimos acompañado
Del mismo rey y su corte,
¡Y dichoso el que alcanzaba
Su lado, ó ponerse adonde
Con su vista le alcanzase,
Ya que no con sus razones!
Hoy á este mismo acompañan
Mil populares montones
De gente ociosa, perdida,
Vagamundos, malhechores.
El que pudo lo que quiso
Con los dados por tutores,
Como delincuente hoy muere:
Dalde limosna, señores.
¡O mundo vano, caduco,
Cómo pagas á quien pone
Sus esperanzas en tí!
¡Y cuán pocos te conocen!—
Esto un cofrade decia
De la Caridad á voces,
Cuando por la Costanilla
Un tropel de gente rompe.
La guarda del rey don Juan
Se divide en escuadrones,
Para que de su justicia
La ejecucion no se estorbe:

Gran cantidad de alguaciles,
Dos alcaldes de su corte,
Tres capitanes con gente
Por las calles y cantones:
« Plaza, aparte, aparte, claman
Diciendo los muñidores:
Hagan bien por hacer bien
Por el alma deste hombre. »
En medio viene el de Luna
Rompiendo los corazones,
En una mula enlutada,
Capuz hasta los talones,
Una caperuza negra,
Agravado con prisiones,
A los lados uno y otro
Un par de predicadores.
Todos se conmueven de él,
No hay quien de vello no llore,
Y al preguntar porqué muere
Todos los hombros encojen:
Los pregoneros lo dicen,
Unos á otros lo responden.
Llegaron á un cadahalso
Encima del cual le ponen,
Teatro de su tragedia,
Donde lo que dicen oye:
« Hagan bien para hacer bien
Por el alma deste pobre.

XVII.—*(Anónimo.)*

Apriesa llega la noche
Envuelta en su manto negro,
Con que apenas se divisan
Formas y plantas del suelo:
Escasa su luz mostraban
Las bellas lumbres del cielo,
Pronosticando desdichas
Con infelices portentos:
Escondióse el claro dia,
Pasóse á occidente Febo,
Dejando de sus reliquias
El campo mustio y enfermo:
Era mas de media noche
Cuando en profundo silencio
Dan descanso los mortales
A los fatigados cuerpos,
Cuando el cansancio diurno
Se restaura con el sueño,
Y todo duerme y reposa,
Y tan solo ladra el perro,
Que con mortales aullidos
Da mucho espanto á los ecos
Como que anuncian ruina
Del verdadero suceso.
A tal hora vide un bulto
Formado de secos huesos,
Con una vara en la mano
Y una luna puesta al cuello,
—Yo soy la Muerte, me dijo,
Culpa del padre primero,
De inobediencia nacida
Para pena y daño vuestro.
Soy del divino juicio
Enviada contra un reo,
Que en esta Luna subido
Tuvo su feliz asiento.
Condénale la malicia,
Siendo la envidia del pueblo
El fiscal del acusado,
Yo el cordel y el instrumento.
Mañana á las diez del dia
Conocerás mis efetos,
Y el rigor de mi cuchillo
En el hombre mas enhiesto.
Daré en tierra con la cumbre
Del edificio mas bello
Que levantó el rey don Juan
Y que han visto nuestros tiempos. —
Volví á mirarle los ojos,
Y vile cercado y preso,
A caballo en una mula
Cubierto de luto negro.
Advertí el vulgo afligido,
Sordo, lloroso y suspenso
Contemplando esta caida
Como en cristalino espejo.
De dos en dos divididos
Le sigen de trecho á trecho,
Los ojos enternecidos
Con que algunos van contentos.
Miré bien y conocí
Al condestable del reino,
Maestre de Santiago,
De la vida humana ejemplo.
En las manos del verdugo
Inclinaba el grave cuello,
Cuya sentencia publica
En voz alta el pregonero:
« Cúmplase la justicia,
« Que manda el rey y quiere la malicia
« Sobre este desdichado
« Del cuerno de su Luna derribado.»

XVIII. — *(Anónimo.)*

Bajad, pensamiento, dice
El condestable afligido,
No imiteis á vuestro dueño
En descender al abismo,
Que aunque del alba hermosa
Vos adornado y vestido,
Como la nieve os regalan
Los rayos del sol divino.
Tuve sus luces prestadas,
Un nublado las deshizo

Con un pavor levantado
De la malicia del siglo.
Hechura fuí de mi rey,
Mejor fuera no haber sido,
Pues hoy deshace mi estatua
El furor del torbellino.
¡ Ay triste miseria humana,
Llena de fragosos riscos!
¡ Qué de culpas alimentas!
Tú sustentas como á hijos
Con el dulzor de tu mesa
Los que en habiendo comido
Como sirenas encantas,
Matas como cocodrilo.
Es la apariencia del mundo
Ponzoña de basilisco,
Una piedra iman del alma,
Lazos del cuerpo y hechizo.
De la mas humilde tierra
El piadoso Dios nos hizo,
Y como mejor al hombre
Sobre todos dió dominio.
Ayer de nada nací,
Y hoy en siete piés metido,
A la antigua madre doy
Pension, tributo y subsidio:
Que si nací de miseria,
Miseria soy convertido,
Volviendo á mi propio centro
Muy mas pobre que fuí rico.
Hoy juzga el cielo mis culpas
En el divino concilio,
Y el verdadero juez sabe
Que en nada al rey he ofendido.
Sola la envidia me abate.
Qu' es el mayor enemigo
Que se arraiga en nuestros pechos,
Para tanto mal nacido.
En el tablado do estoy
Aguardando el cruel martirio,
Hoy represento de Abel
La humilde inocencia al vivo.
Perdone Dios mis pecados
Y ampare mis tristes hijos. —
Dió asi al verdugo la venda
Y principió á su castigo.

XIX. — *(Anónimo.)*

Un miércoles de mañana,
A las nueve horas del dia,
Sacan al gran condestable
Por Valladolid la villa.
Con la voz, el pregonero
Aquestas cosas publica:
«Porque sea á todos notorio,
«Sepan que esta es la justicia
«Que manda hacer el rey
«Del hombre que aqui venia.
«Por usurpador tirano
«Que ha usado gran tiranía
«Contra la noble corona
«Real de nuestra Castilla,
«Manda que sea degollado
«En pago de su malicia.»
Llévanlo por cal de Francos
Y por la Piñoneria,
Y por cal de Cantarranas
Salen á la Costanilla.
Dende allí van á la plaza
Do hay gente que no cabia
Un cadahalso bien alto
De madera hecho habia.
Apeóse de una mula
Y subióse luego arriba.
Vido un tapete tendido,
Y en una cruz allí encima
Ciertas antorchas de cera
Que junto al tapete ardian.
Adoró luego la cruz
Y besóla con porfía,
Y luego empezó á pasearse,
A un cabo y otro volvia.
Tomó un sombrero y anillo
Que en la su mano traia;
Dióselo á Moralicos,
Un page que le servia:
—Cata aqui el postrero bien
Que yo hacerte podia.—
Recibiólo el pagecito
Con grande llanto que hacia,
La gente que lo miraba
Lloraba á gran vocería.
El maestre muy sereno
Todo esto miraba y via,
Y vido estar Varrasa
Que al príncipe le servia
De ser su caballerizo,
Y vino á ver aquel dia
La justicia ejecutar
Qu'el maestre recibia:
— Ven acá, hermano Varrasa,
Di al príncipe, por tu vida,
Que dé mejor galardon
A quien sirve su señoría,
Que no el que el rey mi señor
Me manda dar este dia. —
Luego llegóse el verdugo
Con un cordel que traia:
Preguntóle el maestre
Que para qué lo queria;
Dijo: — Para atar las manos
Es á vuestra señoría. —
Desatóse de los pechos
Una cinta que tenia;

Dijo: — Atame con esta
A tu voluntad y guisa,
Y ruégote que el puñal
Lo traigas cual convenia. —
Luego vió estar una escarpia
Que en un palo se tenia,
Y preguntóle el maestre
Para qué allí se ponia:
— Para que esté su cabeza
Puesta hasta el noveno dia.
— Despues de yo degollado
Y á mi ánima salida,
Hagan della y aun del cuerpo
Lo que á ellos mas placia.—
Luego abajó el collar
De un jubon de seda fina,
De chamelote azul
Una ropa que vestia.
Despues que la hubo adobado
De rodillas se ponia:
El verdugo le dió paz,
Tambien perdon le pedia.
Corrióle por la garganta
El puñal con gran porfía,
Y cortóle la cabeza
Con presteza en demasía.
Así feneció el maestre,
Su gran prez y alta valía.
¡Quien jamas vió de tan alto
Dar tan profunda caida,
Que para haber de enterralle
Se pidió en una bacina!
Por eso tomen ejemplo
Los de alto estado y cima,
No vengan á fenecer
Como aqueste fenecia.

XX.—(*Anónimo.*)

En una oculta capilla
A do está encerrado y preso
El gran don Alvaro solo,
Aguardando el fin postrero;
En la tierra arrodillado,
Inclinado rostro y pecho,
Adoraba un crucifijo
Que estaba en sus aras puesto.
— Ilustrisimo Dios, dice,
Bajado del cielo al suelo
A padecer por el hombre
Muerte de cruz y tormento,
Tan pobre en Belen nacistes,
Que desnudo al crudo hielo
Os recostó vuestra madre
Entre dos animalejos.
Tenéis abiertos los brazos
Por mostrar que recibiendo
Estais á los pecadores
En la fuente del consuelo.
Rompió el divino costado
El temple agudo del hierro,
Y la gravedad del mio
Otra vez lo ha descubierto.
Alzad, pastor amoroso,
Volved esos ojos bellos,
Que soy la oveja perdida
Y á vuestra manada vuelvo;
Y pues mandaste, Señor,
Al pontífice san Pedro
Tantas veces perdonase
Cuantas se acusase el reo,
Avergonzado y contrito
Perdon pido y me confieso,
Que del bien falso del mundo,
Considerando el eterno,
No hago cuenta, Dios mio,
Con la codicia del vuestro.
Dadme la mano divina
Saldré deste lago y cieno,
Desa clemencia ayudado
Que me lleve á llano puerto;
Que en la fe de mi barquilla
Con ambas manos me tengo,
Procurando no deslicen
Los piés á sus hondos centros. —
En esto llamó á la puerta
Un cristiano y santo viejo
Del órden de San Francisco,
Abrazóle, y dijo luego:
— Sea, padre, bien venido,
Luz para el alma le pido,
Que si la tiene el alma,
Del sumo Dios espero eterna palma.

XXI. —(*Anónimo.*)

En un alto cadahalso
Todo cubierto de luto,
Teatro funesto y triste
De las tragedias del mundo,
A don Alvaro de Luna
Espera un cruel verdugo,
Tierra que se puso en medio
Dél y don Juan el Segundo:
Y haciendo la oracion,
La plaza á mirar se puso,
Y todo en llanto deshecho
Vido un pagecito suyo.
Díjole que se allegase,
Y cuando cerca le tuvo,
Envueltas en triste llanto
Estas palabras propuso:
—Dile, pagecito mio,
Al rey mi señor y tuyo,
Que hoy podrá ver en mi sangre
Lo que en este pecho cupo.

Con muerte, sangre y cabeza
Lo que me honró restituyo,
Que lo que debe mi pecho
Pagar con menos no pudo.
Mira bien, privado mio,
No fies en altos puntos,
Que es un fuego la privanza
Que pára en ceniza y humo.
Nace el gusto de los reyes,
Y la privanza del gusto,
De la privanza la envidia,
Y de todo males muchos.
Hoy todos me desamparan,
Todos hoy me dejan juntos,
Que hay muchos para la vida
Y en la muerte no hay ninguno.
Toma este anillo y á Dios,
Que quiero acabar mi curso,
Que es menester que yo mengüe
Para que crezcan algunos. —
Y ansí arrodillado en tierra
Le cubrió un nublado escuro
Sus ojos claros, y luego
Menguóse, eclipsóse y puso.

XXII. — *(Anónimo.)*

Tocaba las oraciones
La campana del silencio,
Y tiende la noche oscura
Al mundo su manto negro;
Divídense los corrillos
De lo ilustre y lo plebeyo,
Y votan allí si el caso
Fué bien hecho ó fué mal hecho.
Unos dicen que el castigo
Fué muy digno de su yerro;
Otros que la envidia sola
Fué quien le echó en el suelo.
Paré el paso presuroso
Para saber el suceso,
Y oí una voz que decia
En un tono lastimero:
Dadme por Dios, hermano,
Para ayudar á enterrar este cristiano.
Puse á la voz el oido,
Y allá caminé derecho,
Y en unas andas humildes
Vide sin cabeza un cuerpo,
Y á los piés un pagecico
Llorando con ojos tiernos,
Que los besaba y regaba
Solo con lágrimas dellos.
Preguntandole la causa,
Díjome: — Señor, sabeldo
Dese rótulo que escrito
Lleva encima de su pecho,
Que dice: « Yo soy la Luna
« Que alumbraba todo el suelo: »
Solo un eclipse fué causa
De que diga un pregonero:
Dadme por Dios, hermano,
Para ayudar á enterrar este cristiano
Yo soy aquel que llamaban
Los ancianos y modernos
Gran monarca, y hoy me llaman
De desventuras ejemplo.
Considéranme tan pobre
Los que ayer me conocieron;
Que no me entierran por falta
De ventura y de dinero,
Y en hombros de cuatro pobres,
Movidos de amor y celo,
Llevan el cuerpo á enterrar;
Y tras él la voz diciendo,
Dadme por Dios, hermano,
Para ayudar á enterrar este cristiano.

XXIII. — *(Anónimo.)*

La miserable tragedia
Desde su humilde principio
En el teatro pinciano
Recita el de Luna al vivo.
Un page fué la primera
Figura que en ella hizo,
Del rey don Juan el Segundo
Con grande amor recibido,
Otro con llave dorada
De sú cámara y servicio,
De conde de Santistéban
Y de duque de Trujillo,
Maestre con la gran cruz
Del patron nuestro caudillo,
Condestable de Castilla,
No grande una vez, mas cinco;
De Villena gran marques,
A quien dió el rey cuanto quiso,
Con mayor mano y privanza
Que jamas hombres han visto.
Rentóla con confianza
De su suerte y de sí mismo,
Una hinchada figura
Que echa al mas sabio al abismo,
Y queriendo con el puño
Herir el pecho contrito,
Al levantar el capuz
La roja cruz en él vido.
Renovóle sus dolores
Dando á sus ansias principio,
Las rodillas dió al tablado,
Y en ella los ojos, dijo:
— ¡O cruz, mil veces triunfante
Del fuerte orgulloso libro!
Mal aposentada fuiste
En este mi pecho indigno,

Pues debiendo derramar
Esta sangre en tu servicio,
He venido á que un verdugo
La vierta con un cuchillo.
Por la que en tí derramó
El nazareno vendido,
Que en su presencia te acuerdes
De este miserable inicuo;
No por lo que yo merezco,
Mas por haberte traido,
Que al fin has sido mi cruz,
Aunque cruz suave has sido.
De tí muero acompañado,
Que es para mí grande alivio,
Y llevo gran esperanza
De ser de tí socorrido.
Yo muero muy consolado,
Que esta muerte me convino,
Que Dios da lo que conviene,
Si no da lo que pedimos.
El poco bien que he hecho lloro,
Del mal voy arrepentido,
Que el que tiene á mano y puede
No ha de ser al bien esquivo.—
No pudo sufrir el llanto
Todo el pueblo condolido:
Dan mil suspiros los hombres
Y las mugeres mil gritos.
Con esto volvió al verdugo
Diciéndole: — Haz tu oficio,
Que imperio tienes en mí,
Pues el cielo así lo quiso.—
Tras esto le dió á besar
Un buen fraile un crucifijo,
Y por la tierna garganta
Le pasó el verdugo el filo.
Fué la postrera figura
Que en esta tragedia hizo,
Dejando memoria al mundo
De privanza y de castigo.

XXIV. — *(Anónimo.)*

Eclipsada ya del todo
Aquella menguante luna,
Con las sombras de la muerte
En la faz sangrienta y mustia,
Junto el desangrado cuerpo
Cercado de espesa turba,
Un pequeño pagecico
Llora y lamenta su cuita:
— ¿Dónde estás, dice, señor,
Que mis razones no escuchas?
¡O cielo sordo á mis quejas!
¿Cómo de escucharlas gustas?
Vive lo que vive en tí,
Que me es la vida tan dura,
Que entenderé que me agravias,
Si de acabarme te escusas.
Da vida á quien la agradezca,
No á quien entiende le injurias,
Qu'en diferentes sugetos
No son las mercedes unas.
Don Alvaro, mi señor,
A quien hoy la tierra dura
Con estrecho abrazo aguarda
Ufana de tal ventura,
Llévame por Dios contigo:
¿Porqué llevarme rehusas?
Tu pecho ocupé viviendo,
Mi ánima muriendo ocupas.
Contigo voy aun si mueres,
Tenlo, señor, por sin duda,
Que si lícito me fuera
Me entrára en tu sepultura.
Viviendo hiciste por muchos,
¿No hay quien en tu muerte acuda
Ni aun á darte una mortaja,
Si este triste no la busca?
De limosna al fin te entierran,
No hay quien de los hados huya,
Nadie se espante de nada,
Mientras este siglo ocupa.
Esta cruz que está en mi pecho
Lo será sin duda alguna
De mi afligida memoria,
Que al fin es dádiva tuya.
Viviré en perpetuo llanto,
Pues la suerte avara y cruda
Me aguardó tan triste dia,
Y á tí tan corta ventura.
Tú mueres sabe Dios cómo,
Hombres son los que te juzgan,
Mucho pueden envidiosos
Y mas cuando los escuchan.
Díganle al rey que Morales
Dice mil desenvolturas,
Que le envie con su amo,
Que será sentencia justa.—
Esto el bello jóven tierno
Con larga pena y profunda
Decia, bañado el rostro
Y la amada faz difunta.
A todo el pueblo conmueve,
Todos á llorar le ayudan,
Su entrañable amor alaban
Y perseverancia mucha;
Y aun con gran dificultad
Y persuasion importuna
Le dividieron del cuerpo
Para darle sepultura.

XXV. — *(Anónimo.)*

Iba declinando el dia
Su curso y ligeras horas,

Y el padre que alumbra el mundo
Para occidente se torna.
A los reflejos divinos
De aquella luz milagrosa
Pálidos, descoloridos,
Cubiertos de negras sombras,
Amenazaba la noche
Mustia, temerosa y sorda,
No de luceros vestida
De que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
Con las nubes se arreboza,
Y en los escondidos valles
Aljófar y perlas llora.
De las aldeas vecinas
Dejan desiertas y solas
Unos las casas baldías,
Otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
El eco de voces roncas,
Y responden los ejidos
De las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
Y su rico templo adornan
Con los funestos tapices
De bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
De unas orejas en otras
La no pensada caida
De aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
Y las iglesias entonan
El entierro de aquel cuerpo
Que del cuello sangre brota.
En los hombros le reciben
Cuatro con sus cruces rojas,
Que le sirvieron en vida
Y en la muerte le dan honra.
Pusieron el cuerpo triste
Debajo una dura losa,
Y con el peso insufrible
Dió temblor la tierra toda.
Y al rededor de la tumba
Arden lumbres, todos lloran
De la miseria infelice
La tragedia dolorosa.
Sollozan sus tiernos hijos,
Lamenta su triste esposa,
Y de su sangre vertida
Pide al cielo la deshonra.
— Querido señor, le dice,
Que eterno descanso gozas
En la celestial altura,
No cual esta humana gloria:
Subióte el rey á la cumbre
Mas alta de su corona,
Y hoy la mudable fortuna
De su rueda te trastorna.
Desnudo á la tierra fria
La debida pension tornas,
Porque la humana malicia
Con tus bienes se componga.
La vislumbre de sus rayos,
Como á torpe mariposa,
Te dió por manjar la invidia,
Emprendióte su ponzoña.
Diste al mundo lo que es suyo,
Y fueron tantas las costas
Que causaron tus desdichas,
Que hoy te entierran de limosna. —
Esto escucha el rey don Juan,
Y á Pacheco de Mendoza,
Enternecido, repite
Con voz grave y dolorosa:
— Luna bella del cielo,
La muerte de tu luz lamenta el suelo
De la áspera caida
Con el mortal eclipse de la vida.

ROMANCES MORISCOS.

Si no se considera en ella mas que el mérito literario, esta seccion de nuestro *Tesoro de Romanceros* parecerá sin duda la mas preciosa á la mayoría de nuestros lectores, como nos lo parece á nosotros. Los romances históricos, prescindiendo de su mayor ó menor mérito literario, ofrecen un grande interes de *utilidad*, digámoslo así, en cuanto son unos verdaderos comentarios de muchos sucesos que la severidad de la historia, considerándolos harto oscuros, trata ligeramente, ó considerándolos, por falta de documentos auténticos, de todo punto fabulosos, desatiende absolutamente. Lo mismo puede decirse de los romances caballerescos, así en lo que tienen de histórico y verdadero, como en lo meramente fabuloso y convencional. Ciertamente que quien quiera conocer los sucesos de la vida de Bernardo del Carpio, por ejemplo, no irá á buscarlos á la historia, sino á los romanceros: la historia de Mariana, la mejor que poseemos, le cita tan de paso, que bien se conoce que el historiador mira la existencia de aquel héroe como muy dudosa por lo menos; ¿ y diremos por eso que Bernardo del Carpio no ha existido ? ¿ diremos que todas las aventuras que la tradicion le atribuye son falsas? Algunos podrán creerlo así, nosotros no lo creemos. Bien sabemos cuanto se desfiguran los hechos pasando por las cien bocas de la fama, pero eso mismo es para nosotros una prueba de que en esos hechos, aunque desfigurados, cuando su memoria se perpetua con el carácter de verdadera, hay en efecto un fondo de verdad, sin la cual nada dura: la mentira es de suyo esencialmente perecedera. Ahora bien, si Bernardo del Carpio, ya que hemos citado este ejemplo, ha existido realmente, debe estudiarse su historia, y esta no se halla mas que en los romances que tratan de su vida. Ademas, aun suponiendo que ese y otros héroes, á causa de su existencia no probada, pertenezcan solo al dominio de la imaginacion, siempre los poetas y los pintores tendrian derecho para reclamarle por suyo, y desde el momento en que quisieran ó necesitáran conocerle, de poco les serviria la historia, de mucho los romanceros: bajo este punto de vista consideramos la utilidad especial de los romances históricos y caballerescos. No hacemos aquí mencion de la que ofrecen como pinturas de costumbres, de trages, de armas, etc., y otros mil pormenores á que no desciende la historia, porque esta clase de utilidad les es comun con todos los demas romances de otros géneros y aun hasta cierto punto con todos los demas ramos de la poesía.

Ademas, los romances históricos, así por su carácter general de anónimos, como por ser la espresion mas inmediata de la opinion popular, nos parecen fuentes de verdad histórica mucho mas limpias que las crónicas y los anales, escritos generalmente por plumas harto fieles al poder. ¿ Y cómo podia ser de otro modo ? La memoria de la reina doña Blanca ha quedado pura de las calumnias de que fué objeto aquella desgraciada reina mientras vivió su marido, porque muerto este, vindicar á la esposa del monarca vencido, era no solo pagar un tributo á la verdad ultrajada, mas tambien un medio ingenioso de adular al monarca vencedor. Si el rey don Pedro hubiera vencido á su hermano, es muy de creer que no se hubieran afanado mucho los autores contemporáneos, en reunir argumentos para probar la inocencia de doña Blanca (1).

(1) Este mismo hecho histórico nos recuerda un argumento en apoyo de lo que poco antes dijimos acerca de la poca duracion reservada á los romances *históricos* fundados en hechos falsos, de donde podemos inferir que los que han durado

Pero esa especie de utilidad que reconocemos en los romances históricos y caballerescos, no existe en los moriscos, fuerza es confesarlo; lo que los recomienda es la pintura, probablemente fiel, de las costumbres, trages y carácter de los árabes de España, y mas que nada su gran mérito literario. En general, nuestros romances moriscos son admirables trozos de poesía. Para el estudio de la historia del arte, ningunos ofrecen tanto interes como ellos, pues son la muestra mas evidente de la influencia del orientalismo estrangero sobre la poesía esencialmente española, influencia inevitable, atendidas las forzosas relaciones que estableció la guerra entre los godos nuestros antepasados y los árabes invasores, que sin ser poderosos á dar á aquellos con la fuerza de las armas su creencia y sus costumbres, les dieron sin embargo su civilizacion. En efecto, esa influencia se va haciendo mas sensible á medida que van siendo mas frecuentes las relaciones entre los árabes y los españoles. Los romances moriscos de los siglos XVI y XVII tienen un carácter de poesía mucho mas oriental que los que evidentemente pertenecen á uno ó dos siglos antes; en estos últimos se ve una semejanza perfecta con los romances históricos. Para hacer mas patente la verdad de esto que decimos, bastará comparar el romance que empieza:

Abenámar, Abenámar,
Moro de la morería, etc.,

con este otro:

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza, etc.

Parece no solo que entre estos dos romances hay la distancia de dos siglos, mas tambien que son obra de dos pueblos distintos. El primero solo por el asunto se diferencia de cualquiera de los de los *Infantes de Lara*, por ejemplo; el segundo solo ofrece ya con ellos una remota semejanza.

El siglo XVII es el siglo de oro de los romances moriscos. Elevada ya la lengua al mas alto grado de perfeccion que ha alcanzado jamas, generalizada entre nuestros mejores poetas la aficion á esa clase de poesía naturalizada en nuestro suelo por el trascurso de los siglos y tan propia para perpetuar las brillantes tradiciones que dejaron los árabes en nuestras provincias del mediodia, los romances moriscos de aquella época no podian menos de elevarse al alto grado de esplendor en que los admiramos hasta el momento fatal en que su decadencia coincide con la de la poesía dramática, que era tambien, como ellos, esencialmente nacional. El último resuello de esa clase de poesía se halla en las preciosas quintillas, que todos conocen, de Moratin el padre, tituladas: *Fiesta antigua de toros en Madrid*, que no insertamos porque, con arreglo al plan de esta obra, no podemos incluir en ella sino composiciones anteriores al siglo XVIII.

ROMANCES VARIOS.

1.— ROMANCE DE ABIDBAR.

Allá en Granada la rica
Instrumentos oí tocar
En la calle de los Gomeles,
A la puerta de Abidbar.
El cual es moro valiente,
Y muy fuerte capitan;

---

se fundan en hechos ciertos. De los muchos romances que ciertamente se escribieron contra doña Blanca en tiempo del rey su marido, solo se han conservado estos cuatro primeros versos de uno de ellos:

Entre las gentes se dice,
Mas no por cosa sabida
Que la reina Doña Blanca
Del maestre está parida.

Manda juntar muchos moros
Bien diestros en pelear.
Porque en el campo de Lorca
Se determina á entrar:
Con él salen tres alcaides,
Aquí los quiero nombrar.
Almoradi de Guadir,
Este es de sangre real:
Albenaciz es el otro,
Y de Baza natural.
Y de Vera es Alabez,
De esfuerzo muy singular,
Y en cualquier guerra su gente
Bien la sabe acaudillar.
Todos se juntan en Vera,
Para ver lo que harán,
El campo de Cartagena
Acuerdan de saquear.
Alabez, por ser valiente,
Lo hacen su general;
Otros doce alcaides moros
Con ellos juntado se han.
Que aquí no digo sus nombres,
Por quitar prolijidad.
Ya se partian los moros,
Ya comienzan de marchar.
Por la fuente del Pulpe,
Por ser secreto lugar,
Y por el puerto los Peines,
Por orillas de la mar.
—En campos de Cartagena
Con furor fueron á entrar,
Cautivan muchos cristianos,
Que era cosa de espantar.
Todo lo corren los moros,
Sin nada se les quedar,
El rincon de San Gines,
Y con ello al Puntar.
Cuando tuvieron gran presa
Hácia Vera vuelto se han,
Y en llegando al Puntaron
Consejo tomado han:
Si pasarian por Lorca,
O si irian por la mar:
Alabez como es valiente,
Por Lorca queria pasar:
Por tenerla muy en poco,
Y por hacerle pesar:
Y así con toda su gente
Comenzaron de marchar.
Lorca y Murcia lo supieron,
Luego lo van á buscar,
Y el comendador de Aledo,
Que Lison suelen llamar.
Junto de los Alporchones,
Allí los van á alcanzar:
Los moros iban pujantes,
No dejaban de marchar.
Cautivaron un cristiano,
Caballero principal,
Al cual llaman Quiñonero,
Que es de Lorca natural.
Alabez, que vió la gente,
Comienza de preguntar,
— Quiñonero, Quiñonero,
Dígasme tú la verdad.
Pues eres buen caballero,
No me la quieras negar:
¿Qué pendones son aquellos
Que están en el olivar? —
Quiñonero le responde,
Tal respuesta le fué á dar:
— Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia, que no mas;
— Y el comendador de Aledo,
De valor muy singular,
Que de la francesa sangre
Es su prosapia real.
Los caballos traian gordos
Ganosos de pelear. —
Allí respondió Alabez,
Lleno de rabia y pesar:
— Pues por gordos que los traigan
La Rambla no han de pasar,
Y si ellos la Rambla pasan,
Alá, y qué mala señal! —
Estando en estas razones,
Allegára el mariscal
Y el buen alcaide de Lorca
Con esfuerzo muy sin par.
Aqueste alcaide es Fajardo,
Valeroso en pelear,
La gente traen valerosa,
No quieren mas aguardar.
A los primeros encuentros
La Rambla pasado han,
Y aunque los moros son muchos,
Allí lo pasan muy mal.
Mas el valiente Alabez
Hace gran plaza y lugar,
Tantos de cristianos mata,
Que es dolor de lo mirar.
Los cristianos son valientes,
Nada les pueden ganar,
Tantos matan de los moros,
Que era cosa de espantar.
Por la sierra de aguaderas
Huyendo sale Abidbar,
Con trecientos de á caballo,
Que no pudo mas sacar.
— Fajardo prendió á Alabez
Con esfuerzo singular,
Quítanle la cabalgada
Que en riqueza no hay su par.
Abidbar llegó á Granada,
Y el rey lo mandó matar.

II.—ROMANCE DE ABENAMAR.

Abenámar, Abenámar,
Moro de la moreria,
El dia que tú naciste
Grandes señales habia.
Estaba la mar en calma;
La luna estaba crecida;
Moro que en tal signo nace,
No debe decir mentira. —
Allí respondió el moro,
Bien oireis lo que decia:
— No te la diré, señor,
Aunque me cueste la vida.
Porque soy hijo de moro,
Y de cristiana cautiva:
Siendo yo niño y muchacho,
Mi madre me lo decia,
Que mentira no dijese,
Que era gran villanía:
Por tanto pregunta, rey,
Que la verdad te diria.
— Yo te agradezco, Abenámar,
Aquesta tu cortesía:
¿Que castillos son aquellos,
Altos son, y relucian?
— El Alhambra era, señor,
Y la otra la mezquita,
Los otros los Alijares,
Labrados á maravilla.
El moro que los labraba
Cien doblas ganaba al dia,
Y el dia que no los labra
Otras tantas se perdia.
El otro es Generalife,
Huerta que par no tenia;
El otro Torres Bermejas,
Castillo de gran valía. —
Allí habló el rey don Juan,
Bien oireis lo que decia:
— Si tú quisieses, Granada,
Contigo me casaria;
Daréte en arras y dote
A Córdoba y á Sevilla.
— Casada soy, rey don Juan,
Casada soy, que no viuda;
El moro que á mí me tiene,
Muy grande bien me queria.

III. — ROMANCE DE ZAIDE.

Por la calle de su dama
Paseándose anda Zaide.
Aguardando que sea hora
Que se asome para hablarle.
Desesperado anda el moro,
En ver que tanto se tarde,
Que piensa con solo verla
Aplacar el fuego en que arde.
Vióla salir al balcon,
Mas bella que cuando sale
La luna en la oscura noche,
Y el sol en las tempestades.
Llegóse Zaide diciendo:
— Bella mora, Alá te guarde,
¿Si es mentira lo que dicen
Tus criados á mis pages?
Dicen que dejarme quieres,
Porque pretendes casarte
Con un moro que ha venido
De las tierras de tu padre.
Si esto es verdad, Zaida bella,
Declárate, no me engañes,
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe. —
Humilde responde al moro:
— Mi bien ya es tiempo se acabe
Vuestra amistad y la mia,
Pues que ya todos lo saben.
Que perderé el ser quien soy,
Si el negocio va adelante;
Alá sabe si me pesa,
Y lo que siento el dejarte.
Bien sabes que te he querido,
A pesar de mi linage,
Y sabes las pesadumbres
Que he tenido con mi padre,
Sobre aguardarte de noche,
Como siempre vienes tarde;
Y por quitar ocasiones,
Dicen que quieren casarme.
No te faltará otra dama,
Hermosa y de galan talle,
Que te quiera, y tú la quieras
Porque lo mereces, Zaide. —
Humilde respondió el moro,
Cargado de mil pesares:
— No entendí yo, Zaida bella,
Que conmigo tal usases,
No entendí que tal hicieras,
Que así mis prendas trocases
Por un moro feo y torpe,
Indigno de un bien tan grande,
Tú eres la que dijiste
En el balcon la otra tarde:
«Tuya soy, tuya seré,
Y tuya es mi vida, Zaide.»

IV. — ROMANCE DE FATIMA.

La mañana de San Juan,
Al punto que alboreaba,
Grande fiesta hacen los moros
Por la Vega de Granada.
Revolviendo sus caballos,

Jugando van de las lanzas,
Ricos pendones en ellas,
Labrados por sus amadas.
Ricas aljabas vestidas
De oro y seda labradas:
El moro que amores tiene,
Allí bien se señalaba.
Y el moro que no los tiene,
De tenerlos procuraba:
Miranlos las damas moras
Desde las torres de Alhambra,
Entre las cuales habia
Dos de amor muy lastimadas,
La una se llama Jarifa,
La otra Fátima se llama.
Solian ser muy amigas,
Aunque ahora no se hablan;
Jarifa llena de zelos,
A Fátima le hablaba:
—¡Ay Fátima, hermana mia,
Cómo estás de amor tocada!
Solias tener colores,
Veo que ahora te faltan.
Solias tratar amores,
Ahora obras y callas;
Pero si lo quieres ver,
Asómate á esa ventana,
Y verás á Abindarraez,
Y su gentileza y gala.—
Fátima, como discreta,
De esta manera le habla:
—No estoy tocada de amores,
Ni en mi vida los tratára;
Si se perdió mi color,
Tengo de ello justa causa.
Por la muerte de mi padre,
Que aquel Alabez matára;
Y si amores yo quisiera,
Está, hermana, confiada.
Que allí veo caballeros
En aquella vega llana,
De quien pudiera servirme,
Y dellos ser muy amada.
De tanto valor y esfuerzo,
Cual de Abindarraez alabas.—
Con esto las damas moras
Pusieron fin á su habla.

V. — ROMANCE DE ALBAYALDOS.

De tres mortales heridas,
De que mucha sangre vierte,
El valeroso Albayaldos
Herido estaba de muerte.
El maestre le hiriera
En batalla dura y fuerte:
Revolcándose en su sangre
Con el dolor que le advierte.
Los ojos mirando al cielo,
Decia de aquesta suerte:
—Sírvete, dulce Jesus,
Que en este tránsito acierte,
Acusarme de mis culpas,
Para que yo pueda verte,
Y tú, madre piadosa,
Mi lengua rija y concierte,
Porque Satanas maldito
Mi alma no desconcierte;
¡O hado duro y acerbo!
Si yo quisiera creerte,
No viniera á tal estado,
Ni viniera así á perderme;
El cuerpo doy por perdido,
Que el alma no se me pierde.
Porque confio en las manos
De aquel que pudo hacerme,
Que tendrá de mí piedad
Este dia por valerme.
Lo que te ruego, buen Muza,
Si algo quieres socorrerme,
Que aquí me des sepultura
Bajo deste pino verde.
Y encima por un letrero,
Que declare esta mi muerte;
Y al rey chico le dirás
Como yo quise volverme
Cristiano en aqueste trance,
Porque no pueda ofenderme
El fementido Alcoran
Que pretendió oscurecerme.

VI. — ROMANCE DE ALIATAR.

De Granada sale el moro,
Que Aliatar era llamado,
Primo hermano del valiente
Y muy esforzado Albayaldos,
El que matára al maestre
En el campo peleando;
Sale á caballo este moro,
De finas armas armado.
Sobre ellas una marlota,
De damasco leonado,
Leonado era el bonete,
Negro el plumage azulado.
La lanza tambien es negra,
Adarga negra ha tomado,
Tambien el caballo es negro,
De valor muy estimado.
No es potro de pocos dias,
De diez años ha pasado,
Tres cristianos se lo cuidan,
Y él mismo les da recaudo.
Sobre tal caballo el moro
Se sale muy enojado,
Llegando á la plaza Nueva

Hácia Darro no ha mirado,
Aunque pasó por la puente,
Segun va encolerizado;
Sale por la puerta Elvira,
Y por la Vega se ha entrado.
Camino va de Antequera,
En Albayaldos pensando,
Hallar desea al maestre,
Para hacerse bien vengado.
Y en llegando junto á Loja,
Un escuadron ha encontrado,
Todo de lucida gente,
Por señas un pendon blanco.
En medio una cruz roja
Del apóstol Santiago;
Llegándose al escuadron,
Sin temor ha preguntado:
Si venia allí el maestre,
Que don Rodrigo es llamado;
El maestre allí venia,
De su gente se ha apartado.
Y dijo: — ¿Qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado. —
Conócele luego el moro
Por la cruz que trae al lado.
Y tambien en el escudo,
Que lo tiene acostumbrado.
— Dios te guarde, buen maestre,
Buen caballero estimado.
Sabrás que soy Aliatar,
De Albayaldos primo hermano,
A quien tú diste la muerte,
Y le volviste cristiano,
Y ahora yo soy venido
Solamente por vengarlo;
Apercíbete á batalla,
Que aquí te aguardo en el campo. —
El maestre que esto oyó
No quiso mas dilatarlo;
Vanse el uno para el otro,
Muy grande esfuerzo mostrando.
Dábanse grandes heridas,
Reciamente peleando:
El maestre es valeroso,
El moro no le ha endurado,
Finalmente le mató
Como varon esforzado,
Cortárale la cabeza,
Y en el petral la ha colgado,
Volvióse para su gente
Muy malamente llagado,
Y su gente lo llevó
Do fuese muy bien curado.

VII.

Muy revuelta anda Jaen,
Rebato tocan á priesa,
Porque moros de Granada
Les van corriendo la tierra.
Cuatrocientos hijosdalgo
Se salen á la pelea;
Otros tantos han salido
De Ubeda y de Baeza.
De Cazorla y de Quesada
Tambien salen dos banderas,
Todos son hijos de honra,
Y enamorados de veras.
Todos van juramentados
De manos de sus doncellas,
De no volver á Jaen,
Sin dar moro por empresa,
Y el que linda dama tiene,
Cuatro le promete en cuerda:
A la guardia han llegado,
Adonde el rebato suena,
Y junto del Riofrio
Gran batalla se comienza;
Mas los moros eran muchos,
Y hacen gran resistencia;
Porque Abencerrages fuertes
Llevaban la delantera.
Con ellos los Alabezes,
Gente muy brava y muy fiera.
Mas los valientes cristianos
Furiosamente pelean,
De modo que ya los moros
De la batalla se alejan.
Mas llevaron cabalgada,
Que vale mucha moneda,
Con gloria quedó Jaen
De la pasada refriega.
Pues á tanta muchedumbre
De moros ponen defensa;
Grande matanza hicieron
En aquella gente perra.

VIII.

Ya repican en Andújar,
Y en la guardia dan rebato;
Y se salen de Jaen
Cuatrocientos hijosdalgo,
Y de Ubeda y Baeza
Se salian otros tantos,
Todos son mancebos de honra,
Y los mas enamorados.
De manos de sus amigas
Todos van juramentados,
De no volver á Jaen
Sin dar moro en aguinaldo.
Y el que linda dama tiene
Le promete tres ó cuatro:
Por capitan se lo llevan
Al obispo don Gonzalo,
Don Pedro Caravajal

Desta suerte ha hablado:
—Adelante, caballeros,
Que me llevan el ganado,
Si algun villano fuera,
Ya le hubiérades quitado.
Alguno va entre nosotros,
Que se huelga de mi daño;
Yo lo digo por aquel
Que lleva el roquete blanco.

IX.

Caballeros granadinos,
Aunque moros hijosdalgo,
Con envidiosos intentos
Al rey Chico van hablando;
Gran traicion se va ordenando.
Dicen que los Bencerrages,
Linage noble afamado,
Pretenden matar al rey,
Y quitarle su reinado;
Gran traicion se va ordenando.
Y para emprender tal hecho,
Tienen favor muy sobrado
De hombres, niños y mugeres,
Todo el granadino estado;
Gran traicion se va ordenando.
Y á su reina tan querida
De traicion han acusado
Que en Albin Abencerrage
Tiene puesto su cuidado:
Gran traicion se va ordenando.

X. — ROMANCE I° DE LA PÉRDIDA DE ALHAMA. (46)

Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada
Desde de la puerta de Elvira,
Hasta la de Vivarrambla.
¡Ay de mi Alhama!
Cartas le fueron venidas
De que Alhama era ganada;
Las cartas echó en el suelo,
Y al mensagero matára.
¡Ay de mi Alhama!
Descabalga de una mula,
Y en un caballo cabalga,
Por el Zacatin arriba
Subido se habia al Alhambra.
¡Ay de mi Alhama!
Como en el Alhambra estuvo,
Al mismo punto mandaba
Que se toquen las trompetas,
Los añafiles de plata.
¡Ay de mi Alhama!
Y que las cajas de guerra
Apriesa toquen al arma,
Porque lo oigan sus moriscos,
Los de la Vega y Granada.
¡Ay de mi Alhama!
—Los moros que el son oyeron,
Que al sangriento Marte llama,
Uno á uno y dos á dos
Juntado se han gran batalla.
¡Ay de mi Alhama!
Así habló un moro viejo,
De esta manera hablára:
—¿Para qué nos llamas, rey?
¿Para qué es esta llamada?
¡Ay de mi Alhama!
—Habeis de saber amigos,
Una nueva desdichada,
Que cristianos de braveza
Ya nos han ganado Alhama..
¡Ay de mi Alhama!—
Allí habló un Alfaquí
De barba crecida y cana:
—Bien se te emplea, buen rey,
Buen rey, bien se te empleaba.
¡Ay de mi Alhama!
Mataste los Bencerrages,
Que eran la flor de Granada,
Cogiste los tornadizos
De Córdoba la nombrada.
¡Ay de mi Alhama!
Por eso mereces, rey,
Una pena muy doblada,
Que te pierdas tú y el reino,
Y que se pierda Granada.
¡Ay de mi Alhama!

XI. — ROMANCE II DE LA PÉRDIDA DE ALHAMA.

Moro alcaide, moro alcaide,
El de la vellida barba,
El rey te manda prender
Por la pérdida de Alhama,
Y cortarte la cabeza,
Y ponerla en el Alhambra,
Porque á tí sea castigo,
Y otros tiemblen en mirarla,
Pues perdiste la tenencia
De una ciudad tan preciada.—
El alcaide respondia,
Desta manera les habla:
—Caballeros y hombres buenos,
Los que regis á Granada,
Decid de mi parte al rey
Como no le debo nada.
Yo me estaba en Antequera,
En bodas de una mi hermana:
Mal fuego queme las bodas,
Y quien á ellas me llamára.
El rey me dió la licencia,

Que yo no me la tomára,
Pedíla por quince dias,
Diómela por tres semanas.
De haberse Alhama perdido
A mí me pesa en el alma,
Que si el rey perdió su tierra,
Yo perdí mi honra y fama:
Perdí hijos y muger,
Las cosas que mas amaba,
Perdí una hija doncella,
Que era la flor de Granada.
El que la tiene cautiva
Marques de Cádiz se llama:
Cien doblas le doy por ella,
No me las estima en nada.
La respuesta que me han dado
Es que mi hija es cristiana,
Y por nombre la habian puesto
Doña María de Alhama.
El nombre que ella tenia,
Mora Fátima se llamaba. —
Diciendo esto el alcaide,
Lo llevaron á Granada:
Y siendo puesto ante el rey
La sentencia le fué dada,
Que le corten la cabeza,
Y la lleven al Alhambra:
Ejecutóse justicia,
Así como el rey lo manda.

XII.

Cercada está Santa Fe,
Con mucho lienzo encerado,
Al rededor muchas tiendas
De seda, oro y brocado,
Donde están duques y condes,
Señores de grande estado,
Y otros muchos capitanes
Que lleva el rey don Fernando.
Todos de valor crecido,
Como ya lo habeis notado
En la guerra que se ha hecho
Contra el granadino estado.
Cuando á las nueve del dia
Un moro se ha demostrado
Encima un caballo negro,
De blancas manchas manchado:
Cortados ambos hocicos,
Porque lo tiene enseñado
El moro, que con sus dientes
Despedace á los cristianos.
El moro viene vestido
De blanco, azul y encarnado
Y debajo esta librea
Traia un fuerte jaco. (47)
Y una lanza con dos hierros
De acero muy bien templado,
Y una adarga hecha en Fez
De un ante rico estimado.
Aqueste perro, con befa,
En la cola del caballo
La sagrada *Ave María*
Llevaba, haciendo escarnio;
Llegando junto á las tiendas,
Desta manera ha hablado:
—¿Cuál será aquel caballero
Que sea tan esforzado,
Que quiera hacer conmigo
Batalla en aqueste campo?
Salga uno, salgan dos,
Salgan tres, ó salgan cuatro.
El alcaide de los Donceles
Salga, que es hombre afamado:
Salga ese conde de Cabra,
En guerra esperimentado;
Salga Gonzalo Fernandez,
Que es de Córdoba nombrado;
O sino, Martin Galindo,
Que es valeroso soldado.
Salga ese Portocarrero,
Señor de Palma nombrado;
O el bravo don Manuel
Ponce de Leon llamado,
Aquel que sacó el guante
Que por industria fué echado
Donde estaban los leones,
Y él le sacó muy osado.
Y si no salen aquestos,
Salga el mismo rey Fernando,
Que yo le daré á entender
Si soy de valor sobrado. —
Los caballeros del rey
Todos le están escuchando,
Cada uno pretendia
Salir con el moro al campo.
Garcilaso estaba allí,
Mozo gallardo esforzado:
Licencia le pide al rey
Para salir al pagano.
—Garcilaso, sois muy mozo
Para emprender este caso,
Otros hay en el real
Para poder encargarlo. —
Garcilaso se despide
Muy confuso y enojado
Por no tener la licencia
Que al rey habia demandado.
Pero muy secretamente
Garcilaso se habia armado,
Y en un caballo morcillo
Salido se habia al campo.
Nadie le ha conocido,
Porque sale disfrazado:
Fuése donde estaba el moro,
Y desta suerte le ha hablado:

— Ahora verás, el moro,
Si tiene el rey don Fernando
Caballeros valerosos
Que salgan contigo al campo.
Yo soy el menor de todos,
Y vengo por su mandado. —
El moro cuando le vió
En poco le habia estimado,
Y díjole desta suerte:
— Yo no estoy acostumbrado
A hacer batalla campal
Sino con hombres barbados.
Vuélvete, rapaz, le dice,
Y venga el mas estimado. —
Garcilaso con enojo
Puso piernas al caballo.
Arremetió para el moro,
Y un gran encuentro le ha dado:
El moro que aquesto vió,
Revuelve así como un rayo.
Comienza la escaramuza
Con un furor muy sobrado.
Garcilaso aunque era mozo,
Mostraba valor sobrado.
Dióle al moro una lanzada
Por debajo del sobaco,
El moro cayera muerto,
Tendido le habia en el campo.
Garcilaso con presteza
Del caballo se ha apeado,
Cortárale la cabeza,
Y en el arzon la ha colgado.
Quitóle el *Ave María*
De la cola del caballo,
É hincado de ambas rodillas,
Con devocion la ha besado.
Y en la punta de la lanza
Por bandera la ha colgado;
Subió en su caballo luego
Y el del moro habia tomado.
Cargado de estos despojos
Al real se habia tornado,
Do estaban todos los grandes,
Tambien el rey don Fernando.
Todos tienen á grandeza
Aquel hecho señalado,
Tambien el rey y la reina
Mucho se han maravillado
En ser Garcilaso mozo,
Y haber hecho un tan gran caso:
Garcilaso de la Vega
Desde allí se ha intitulado,
Porque en la Vega hiciera
Campo con aquel pagano.

XIII.

Rio verde, rio verde,
Tinto vas en sangre viva,
Entre tí y sierra Bermeja
Murió gran caballería.
Murieron duques y condes,
Señores de gran valía;
Allí murió Urdiales,
Hombre de valor y estima.
Huyendo va Saavedra
Por una ladera arriba,
Tras él iba un renegado,
Que muy bien le conocia.
Con algazara muy grande
Desta manera decia:
— Date, date, Saavedra;
Que muy bien te conocia.
Bien te vide jugar cañas
En la plaza de Sevilla,
Y bien conocí á tus padres
Y tu muger doña Elvira.
Siete años fuí tu cautivo;
Y me diste mala vida,
Y ahora lo serás mio,
O me costará la vida. —
Saavedra que lo oyera,
Como un leon revolvia,
Tiróle el moro un cuadrillo,
Y por alto hizo la via.
Saavedra con su lanza
Duramente le heria,
Cayó muerto el renegado
De aquella grande herida.
Cercaron á Saavedra
Mas de mil moros que habia,
Hiciéronle mil pedazos,
Con saña que le tenian.
Don Alonso en este tiempo
Muy gran batalla hacia,
El caballo le habian muerto,
Por muralla le tenia.
Y arrimado á un gran peñon
Con valor se defendia:
Muchos moros tiene muertos,
Pero poco le valia.
Porque sobre él cargan muchos,
Y le dan grandes heridas,
Tantas que cayó allí muerto
Entre la gente enemiga.
Tambien el conde de Ureña,
Mal herido en demasía,
Se sale de la batalla,
Llevado por una guia,
Que sabia bien la senda
Que de la sierra salia;
Muchos moros deja muertos
Por su grande valentía.
Tambien algunos se escapan,
Que al buen conde le seguian:
Don Alonso quedó muerto,

Recobrando nueva vida
Con una fama inmortal
De su esfuerzo y valentía.

XIV. — TORNEO.

El encumbrado Albaicin,
Junto con el Alcazaba,
Dos horas antes del dia
Tocaron en alborada;
Vivaconluz le responde
Con clarines y dulzainas,
Y el noble Vivataubin
Con pífanos y con cajas.
Luego las Torres Bermejas,
Generalife y la Alhambra,
Solemnizando la fiesta
Alzaron sus luminarias.
Gomeles y Sarracinos,
Tarfes, Chapices y Mazas,
Portavises y Vanegas,
Aliatares y Ferraras,
Adalifes y Bordaiques,
Abencerrages y Audallas,
Azarques con los Alferves
Madrugaron á la zambra,
Que la ordenó Reduan
Con Muza su camarada,
Para allanar el destierro
De Abenzulema el de Baza.
Iba Reduan delante
En una yegua alazana,
Vestido de verde oscuro
Con un almaizar por banda;
Con plumas de tres colores,
Una esfera en la medalla,
Y en medio della esta cifra:
« Mucho mas mi empresa es alta. »
Luego tras este seguia
Muza, en una yegua baya,
De amarillo y naranjado
Con una toca encarnada;
Por divisa un corazon
Que le atraviesa una espada,
Y en el pomo aqueste mote:
« Mas crueldad usó Daraja. » —
Bravonel iba vestido
De azul y franjas moradas,
Con una luna menguante
Encima una toca blanca;
Y con la délfica luz
Del sol encubre su cara,
Y al rededor esta letra:
« Sin luz menguá mi esperanza. »
Azarque, que de la guerra
Vino, quiso entrar con armas,
Las cuales trajo del mar
Con el agua deslustradas:
Llevaban medio del escudo
Colores diferenciadas,
Y en la orla aqueste mote:
« Diferentes son mis ansias. »
Salió Celino y Muley,
Galvano y el fuerte Audalla,
Vestidos de una color
En cuatro hacaneas blancas:
Estos, porque sus amigas
Quedaban en la Alpujarra,
Entraron de una librea
Y con mochilas colgadas;
Albornoces colorados
Con guardasoles de plata,
Y todos aquesta letra:
« A la vuelta nos aguardan. »
Luego tras estos venian
Por el Zacatin las damas,
Que con el son de las trompas
Sintieron ser avisadas.
Reduan que via el tropel
Manda parar mientras pasan,
Que no es razon que mugeres
Vayan en la retaguarda.
La primera del paseo
Era la hermosa Daraja,
Que pues es por su respeto,
Es bien que sea capitana:
Vestida de raso blanco
Y la mano levantada,
Con que el robicundo rostro
Tapaba con una manga:
Una toca de telilla
Y el cabello en las espaldas,
Y un collar ante sus pechos
Que á un carbunclo la luz tapa:
Adornó la bella frente
Con una bella esmeralda,
Y en medio de ella esta cifra:
« Yo la culpa y tú la causa. »
Luego tras ella briosa
Llegó la bella Zoraida,
Los ojos en Reduan
Y en Abenumeya el alma:
Vestida de verde oscuro
Con rapacejos y franjas,
Y en una franja este mote:
« Mas juicio y menos gracias. »
Llegó Fátima y Celinda.
Sarracina y Celindaja,
Jarifa y Zaida, Zulema,
Adalifa y Albenzaida,
Todas con moradas tocas
Y almalafas plateadas,
Y en los verdes almaizares
Dice un mote: « El color basta. »
Así llegaron por órden
A la puerta del Alhambra,

Donde fueron recibidas
De la reina Guadalara.

XV. — JUEGO DE CAÑAS.

Cubierta de seda y oro,
Y guarnecida de damas,
Está la plaza de Gelves,
Sus terrados y ventanas,
Con la flor de moros nobles
De Sevilla y de Granada,
Que como el trato es de amores
Los cubre de orin las armas.
Gente es que tienen los reyes
De ambos reinos alistada,
Para hacer contra cristianos
Una presa de importancia.
Ya pues lidiados los toros
Y hechas ya suertes gallardas,
De garrochos y vajillas,
De rejones y de lanzas,
Placenteros se aperciben
A hacer un juego de cañas,
Al son de sus tamborines
Y clarines y dulzainas.
Despues que mandado hubieron
Los caballos de la entrada,
Y publicadas sus quejas
En motes, cifras y galas,
En contrapuestos partidos
Por cuatro puestos cruzaban,
Que de dos en dos cuadrillas
Han de jugar cara á cara.
Los primeros que pusieron
Los caballos en la plaza,
Fueron el bravo Almadan,
Y Azarque, señor de Ocaña,
El uno amante de Armida,
Y el otro de Celindaja,
Contra los cuales salió
De la cuadrilla contraria
El animoso Gazul,
El desdeñado de Zaida,
Y el esposo de Jarifa,
La hija del moro Audalla.
De la cuadrilla tercera
La delantera llevaba
Lasimali Escandalife,
El gobernador de Alhama,
Y Mahomad Bencerrage,
Valiente moro de fama,
Alcaide de los Donceles
Y virrey del Alpujarra,
Que de dos damas Zegríes
Son esclavas sus dos almas,
Contra los cuales furiosa
Salió la cuadrilla cuarta.
Llevaban la delantera,
Con gentil donaire y gracia,
Benzulema el de Jaen
Y el corregidor de Baza,
Que sirven en competencia
A la hermosa Felisalva,
La hija de Boazan
Y prima de Guadalara:
Mas como tiene la gente
Que aguardándoles estaba,
En tormenta los deseos
Y los ánimos en calma,
Enclavados en las sillas
Y embrazadas las adargas,
Los unos contra los otros
A un tiempo pican y arrancan,
Y trabando el bravo juego
(Que mas parecia batalla,
Donde con destreza mucha
Allí algunos se señalan)
Los unos pasan y cruzan,
Los otros cruzan y pasan,
Desembrazan y revuelven,
Revuelven y desembrazan:
Cuidadosos se acometen,
Se cubren y se reparan,
Por no ser en sus descuidos
Paraninfos de sus faltas.
Que es desdichada la suerte
Para aquel que mal se adarga,
Que las cañas son bohordos
Y los brazos son bombardas:
Mas como siempre sucede
En las fiestas de importancia,
Tras un general contento
Un azar y una desgracia,
Sucedió al bravo Almadan,
Que contra Zaide jugaba,
Que al arrancar de sus puestos,
Cebado en mirar su dama,
Por tirar tarde un bohordo
Tomó la carrera larga,
Y fuera á parar la yegua
Donde la vista paraba,
Tan lejos de su cuadrilla
Que cuando quiso cobralla,
No pudo encubrir la sobra
Ni pudo suplir la falta,
Y sus vencidos amigos
En cuyo favor jugaba,
Le dejaron, envidiosos
Del bien por quien los dejaba;
Pues fingiendo que no entienden
Las voces que el moro daba,
Dicen á sus compañeros:
«Caballero, adarga, adarga:»
Y partiéndose revuelven
Con su cuadrilla cerrada.
Corrido el moro valiente

De una burla tan pesada,
Los ojos como dos fuegos,
Y el rostro como una gualda,
Calóse el turbante airado
Y empuña una cimitarra.
Haciendo para su yegua
De dos espuelas dos alas,
Furioso los acomete,
Los atropella y baraja:
La gente se alborotó,
Y las damas se desmayan:
Ya vierten sangre las burlas
Y en la plaza se derrama.
No queda moro en barrera,
Ni ha quedado alfange en vaina;
Almas y suspiros lloran
Y los brazos no se cansan.
La noche se puso en medio,
Con la sombra de su cara
Puso treguas al trabajo
Y límite á la venganza.
Y en tanto que por derecho
Se justifica su causa,
Tomó el camino de Ronda
Con seis amigos de guarda.

XVI. — ASALTO DE BAZA.

Arriba, gritaban todos
Los que dan asalto á Baza;
Con el valiente Lisardo
Que con mil moros la asalta.
Cuando el pié en la escala pone,
Como amor le mueve el alma,
Por decir viva su rey,
Dijo al subir de la escala:
Viva Lisarda, viva;
Mas luego vuelve y dice:
Arriba, arriba.
Pesa mas su pensamiento
Que el acero de sus armas:
Son mas altas sus memorias
Que las almenas mas altas.
Dió la lengua á su deseo
Como el deseo le manda,
Y dijo á vuelta de aquellos
Que á sus espaldas gritaban:
Viva Lisarda, etc.
¡Pero qué mucho que el moro,
Si vive con la esperanza
De que su Lisarda viva,
Pida que viva Lisarda!
Señal que en el corazon
No hay voz que pueda alcanzalla;
Con sus ansias sus memorias,
Y así publican sus ansias:
Viva Lisarda, etc.
Como era viva la voz
Pensó que al cielo llegaba,
Al cielo de la que adora,
Que por su cielo la llama:
Piensa que á Lisarda aspira,
Y no que asaltaba á Baza,
Y en medio de esta victoria
Así publica en voz alta:
Viva Lisarda, etc.

XVII. — BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO EN EL CERCO DE GRANADA.

A vista de los dos reyes,
Isabel y don Fernando,
Puesto á Granada cerco,
Sale un moro y un cristiano.
El moro arrogante y fiero,
Furioso y determinado,
Y en el adarga este mote:
«Todo lo allana mi brazo.»
Pues el cristiano animoso
No sale menos lozano,
Que es mancebo y floreciente,
Y de nacion lucitano.
Muestra bien en su apostura
Su esfuerzo, valor y estado,
Y en un retrato que lleva,
El principio de su daño.
Con arrogancia y denuedo
El moro le habló al cristiano,
Diciendo: — Saber quisiera
De qué rey eres vasallo,
Porque en solo haberte visto
Te estoy tan aficionado,
Que por sola tu amistad
Casi me hiciera cristiano. —
No quiso el aventurero
Dejar de ser cortesano,
Y dícele al moro: — Soy
De la nacion lusitano,
Y del rey don Juan Segundo
Soy y seré su vasallo.
Soy don Francisco de Almeida,
En mi patria bien nombrado,
Y codicioso de honra,
La quietud menospreciando,
Vine á servir á los reyes
Isabel y don Fernando.
— Agora digo que eres
De algun linage villano,
Y que por no ser cual muestras,
Te has venido desterrado;
Pues dejas tu propio rey
Por servir al que es estraño,
Que si por honra lo haces,
En Africa tiene campo.
— No quisiera responder
A tus razones, pagano;

Y si doy respuesta, es
Por dar á tu yerro el pago. —
Apártase el sarraceno,
Y tambien el lucitano,
Para tomar de la vega
Lo que les es necesario;
Y cual hambrientos leones
Vuelven ligeros picando
Los acicates aprisa,
Y las lanzas enristrando.
El cristiano quitó al moro
De la cabeza el tocado,
Y el moro dió en el escudo
Descomponiendo el retrato,
Que fué causa que volvió
El gallardo lusitano
Tan presto y furioso al moro,
Que antes de ser amparado,
Con la adarga le partió
El hombro y derecho brazo;
Y cortando la cabeza
La llevó al rey don Fernando,
El cual se lo tuvo en mucho,
Y díjole: — Hidalgo honrado,
Pedid cumplidas mercedes,
Que todo os será otorgado.

ROMANCES DE ABENÁMAR.

I.

Por arrimo su albornoz,
Y por alfombra su adarga,
La lanza llana en el suelo,
Que es mucho allanar su lanza;
Colgado el freno al arzon,
Y con las riendas trabadas,
Su yegua entre dos linderos,
Porque no se pierda y pazca,
Mirando un florido almendro
Con la flor mustia y quemada
Por la inclemencia del cierzo
A todas flores contraria,
En la vega de Toledo
Estaba el fuerte Abenámar,
Frontero de los palacios
De la bella Galiana.
Las aves que en las almenas
Al aire estienden sus alas,
Desde lejos le parecen
Almaizares de su dama.
Con esta imaginacion,
Que fácilmente le engaña,
Se recrea el moro ausente,
Haciendo de ella esperanzas.
— Galiana, amada mia,
¿Quién te puso tantas guardas?
¿Quién ha hecho mentirosa
Mi ventura y tu palabra?
Ayer me llamaste tuyo,
Hoy me ves, y no me hablas:
Al paso de estas desdichas
¿Qué será de mí mañana?
¡Dichoso aquel moro libre
Que en mullida ó dura cama,
Sin desdenes ni favores,
Puede dormir hasta el alba!
¡Ay, almendro, cómo muestras
Que la dicha anticipada
No nació cuando debiera,
Y así debe, y nunca paga!
Pues eres ejemplo triste
De lo que en mi dicha pasa,
Yo prometo de traerte
Por divisa de mi adarga;
Que abrasado y florecido
Aquí como mi esperanza,
Bien te cuadrará esta letra:
« Del tiempo ha sido la falta. » —
Dijo; y enfrenando el moro
Su yegua, mas no sus ansias,
Por la ribera del Tajo
Se fué camino de Ocaña.

II.

En el mas soberbio monte
Que en los cristales del Tajo
Se mira como en espejo
Solo de verse tan alto,
El desterrado Abenámar
Está suspenso, mirando
El camino de Madrid,
Descubierto por el campo,
Y con los ojos midiendo
La distancia de los pasos.
Quejarse quiere, y no puede;
Y al fin se queja llorando:
— *¡O terribles agravios!*
Sácanme el alma,
Y ciérranme los labios.
¡O camino venturoso,

Que á los muros derribados
De mi patria ingrata llegas,
Honrada con mis trabajos!
¿Porqué me dejas á mí,
Tú que vas llevando á tantos,
En los montes de Toledo,
Prision de mis verdes años?
De que seas tan comun
Siempre te estoy murmurando;
Porque, como te adoré,
De que te pisen me espanto.
¡O terribles, etc.
El alcaide de Reduan,
Mas envidioso que hidalgo,
Me ha puesto en esta frontera
Por terrero de cristianos.
Atalaya soy aquí
Del maestre de Santiago;
Pero mas lo soy de aquella
Maestra de mis engaños:
Y porque de ello me quejo,
Que solo en esto descanso,
Amenaza mi cabeza,
Y así mis agravios callo.
¡O terribles, etc.
Si calle, me llaman mudo,
Y maldiciente si hablo;
Y lo que de griegos digo,
Lo entienden por los troyanos.
Mordaza me pone el vulgo,
Intérprete de mis daños,
Si ven que el alma ofendida
Tiene la lengua por manos:
Todos miran lo que digo,
Mas no miran lo que paso,
Maldiga Dios el juez
Que no consiente descargos.
¡O terribles agravios!
Sácanme el alma,
Y ciérranme los labios.

III.

Su remedio en el ausencia,
Y sin remedio aunque parta,
Falto de todo consuelo,
Que todo el mundo le falta,
Sale á cumplir su destierro
El desdichado Abenámar,
Que por bien amar padece,
Y agenas culpas lo causan.
Pide un caballo cualquiera;
Porque su yegua alazana,
Por ser hembra, no la quiere,
Pues al mejor tiempo faltan.
Quita al bonete las plumas
Azul, amarilla y blanca,
Que no las quiere llevar,
Por ser colores de Zaida.
Colores que adoró el moro,
Porque á su dueño adoraba;
Y desea aborrecellas,
Porque otro moro las ama,
De su ventura heredero,
De su dama y de su patria,
A quien en vano se queja,
Y á los suyos desagrada;
Porque un moro advenedizo
Es poderoso en Granada
A gozar tan libremente
De las prendas de su alma,
Y de los floridos años
De su mora, bella ingrata;
Siendo en el talle disforme,
Y sin provecho en las armas.
Porque el rey le favorece,
O porque en el mar de España
Es señor de dos galeras,
O porque lo quiere Zaida.
Con esta imaginacion
Sus ojos tornados agua,
Habiendo pensado un rato
En sus venturas pasadas,
En sus trabajos presentes,
En sus esperanzas vanas,
En mano agena su gloria,
Y en las del tiempo sus ansias,
Sus riquezas poseidas
De quien las tiene usurpadas,
Tan mal pagada su fe,
Pues que su fe no se paga:
Para memoria de todo
Aquestas divisas manda,
Que si es posible, le pinten
En el campo de la adarga,
Pues una sola no puede
Manifestar su desgracia,
Y que tantas desventuras
Requieren divisas tantas.
Un verde campo abrasado,
Vueltas en carbon las brasas;
Y el carbon hecho cenizas,
Como están sus esperanzas;
Una deseada muerte,
Que volviendo las espaldas,
Parezca que va huyendo
De quien á voces la llama:
Un rico avariento luego
Que una joya encierra y guarda
Que teme que se la roben,
Porque no puede gozalla:
Un gallardo Adónis muerto,
Que un puerco le despedaza;
Y un invierno que comienza,
Con un verano que acaba.
Esto dijo el fuerte moro,

Y convertidas en saña
Sus lágrimas y sus quejas,
A la pintura no aguarda.
De ninguno se despide,
Y de la vida se aparta,
Jurando de no volver
Eternamente á Granada.

IV.

Entre leonados rubíes,
Entre verdes esmeraldas,
Sobre las muertas cenizas
De plumas que fueron pardas,
Sacó dos manos asidas
El bonete de Abenámar,
Blasonando la unidad
De secreto y su esperanza:
Lo azul que descubre el cielo
Entre seis estrellas claras;
El valiente cuello ciñen
Las rojas venas de Arabia,
Y á matices finos cubren
Del brazo la corta manga,
Y abona de la memoria
Los asaltos y emboscadas;
Porque lo asaltó en las paces
Amor con recias escalas.
Ya pisa el moro galan
Las alfombras del Alhambra,
Donde su primo Celin
Se casó con Celindaja;
A quien con voz algo triste
De rodillas en sus faldas,
A vueltas del parabien
Dijo quedo estas palabras:
—¡O prima del alma mia!
Por tu vida que bien asgas
La ocasion de los cabellos,
Y de fortuna las alas:
Enlaza este pecho tuyo
Con la mitad de tu alma:
Mil años con él te goces,
Y en él tus centellas ardan,
Y en las sombras de tu gloria
Yo mis tormentos trocára:
Idolo fuera del tiempo
Con seguro de mudanza;
Y si cual te ves, me viera,
A los zelos de tu fama
Rindiera amor tus paredes,
Sugeto á ofrecerme pagas:
Cualquiera mármol cubriera,
Todos los bronces pintára,
Codicioso de tesoros
Al gusto que me sobrára.—
El moro dijera mas;
Pero la fortuna avara
Ordenó que Azarque fuese
A danzar con Celindaja.

V.

Fuerte, galan y brioso,
Que á toda Granada espanta,
Rico de insignias de amor
Sale el valiente Abenámar.
Del colorado bonete
Lleva la vuelta bordada,
Con una cifra que dice:
«De amor es mi alegre causa.»
Aprieta bonete y frente
Una verde sinabafa,
Y entre dos moradas plumas
Lleva sugeta una blanca.
En medio roseta y toca,
Una esmeralda medalla,
Con una cifra que dice:
«Entre dos hay sola un alma.»
Capellar y tunicela
Lleva de color morada,
Y á trechos cifras que dicen:
«Eres sol de mi esperanza.»
Lleva en el siniestro lado
Una fuerte cimitarra,
En un caballo tordillo
Todo cubierto de manchas:
El brazo derecho lleva
Con una leonada manga,
Y banderilla turquesca
En el cabo de la lanza,
Y paseando poco á poco
Llegó al campo de Daraja;
Mas vió que estaba cerrado
Por mano de aquella ingrata.
Hizo la seña que suele
Adonde un poco se tarda,
Que fué para el galan moro
Zelos y desconfianza.
Hace saltar su caballo
Porque oyese sus pisadas,
Y en ello viese la mora
Que con aficion le aguarda.
Echó de ver su desdicha
En la zelosa tardanza,
Y el corazon animoso
Tiernas lágrimas derrama.
Dice: —Salió verdadera
La sospecha de mi alma,
Adonde es bien conocido
Tu poca ley y fe falsa.
Déjasme por un genízaro
Que fué de nacion cristiana,
Afrentado por Gomel
En las zambras del Alhambra.
¿Adonde está tu aficion

Y aquel amor que mostrabas?
¿Las lágrimas que vertias
Con amorosas palabras?
¡O mas mudable que el viento,
Mas débil que frágil caña,
Mas ingrata á mis servicios
Que la cruel Atalanta!
No me espanto de todo esto,
Ni de ligera mudanza,
Porque al fin eres muger,
Y solo el nombre te basta. —
Dió vuelta el gallardo moro,
Toda la color mudada,
Dando al vulgo que decir,
Con su alegría vuelta en rabia.

VI.

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
¿Dónde podré ver á Zaida?
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias:
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas
Celebran los moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por vella á la mezquita,
Por vella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
Cierta señal que me agravia,
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo zelos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¡Nunca viniera á Granada!
Sale mi alcaide de noche.
Y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada:
¡No es mucho que yo le canse,
Si en otra parte descansa!
Si está en el jardin conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas niégame las palabras:
Si le digo: Vida mia!
Me responde; mis entrañas!
Pero con una tibieza
Y un hielo que me las rasga:
Y mientras mas le regalo,
Como trae vestida el alma
De pensamientos traidores,
Enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello,
Baja los ojos, y baja
La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta y se desenlaza,
Arrojando unos suspiros
Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas enciendo
Y mis contentos abrasa:
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada:
Pues decir que le he ofendido,
En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana,
Si he tomado mano agena,
Ni he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas:
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola,
La de su Alcoran se guarda.
¿Mas para qué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes, y lo callas?
No jures, que no te creo.
¡Aquella muger mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
Que son traidores los hombres,
Como sus promesas falsas,
Muerto el fuego desparecen
Como escritas en el agua:
¡Del prometer al cumplir
Qué jornadas hay tan largas!
¡Qué ventas en el camino
Tan yermas y tan cerradas!
¡Ay Dios! que me acuerdo cuando...
Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene:
Tenme, Tarfe, no me caiga: —
Dijo llorando Adalifa,
Zelosa de su Abenámar,
Y en brazos del moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

VII.

Tan zelosa está Adalifa
De su querido Abenámar,
Que si le miran se ofende,
Y se ofende si le hablan.
Si á dicha con otros moros
Corre toros, juega cañas,
Jamas le pierde de vista

En las fiestas y en las zambras:
Y si acaso por su rey
En defensa de su patria
Con las armas al contrario
Sale á correr en campaña;
Si como no se permite
Le fuera decente causa,
No lo dejára un momento,
Mas siempre le acompañára,
Porque en apartarse de él
En vivo fuego se abrasa,
Y aun de sus palabras tiene
Zelos cuando con él habla.
Sus pensamientos le siguen
Siempre que sale de casa,
Buscando mil invenciones,
Y haciendo mil pruebas varias,
Porque al fin los zelos son
Hijos de amor en quien ama,
Que los engendra el deseo,
Temor y desconfianza:
Y como quien quiere bien
Jamas se asegura en nada,
Son los zelos amorosos
Efectos de aquesta causa.
Y estando una tarde á solas
Con Adalifa Abenámar,
Estas palabras le dice
Con mil suspiros del alma:
—Valeroso capitan,
Claro espejo de las armas,
Temor de los enemigos,
Fuerte muro de Granada,
Espejo de la milicia,
Archivo en quien mi esperanza
Vive, y todo mi contento,
Causa de todas mis ansias,
No te espantes que mis ojos
Ante tí derramen agua,
Porque al fin los ojos son
Las alquitaras del alma,
Por donde el amor destila
Los vapores que derrama
La pena en el corazon
Con el fuego que le abrasa,
Cuyo valor escesivo
Hace que del pecho salga
El agua, con que el dolor
Del corazon se descarga;
Y como á mí me combaten
Fuego, amor, temor, mudanza,
Zelos y sospechas, lloro,
Porque el corazon descansa.
Por Alá te pido y ruego
Que aunque te miren las damas
No las mires ni las veas,
Porque en hacello me agravias,
Que como eres tan galan,
Cuanto valiente en las armas,
Por galan te dan el premio,
Y por valiente la palma.—
Abenámar le responde:
—Adalifa de mi alma,
Si para satisfacerte
Es menester que se abra
El pecho, donde te tengo
Al natural retratada,
Haré por solo tu gusto
Puerta en él patente y ancha,
Para que tú propia veas,
Si acaso no estás turbada,
Como Abenámar te tiene
Fe inviolable, aficion casta;
Y si imaginas que miento,
Ruego á Alá que cuando salga
Al campo con el cristiano
Me mate á malas lanzadas;
Que jamas tenga victoria
Cuando á escaramuza salga,
Y que cautivo me nieguen
La libertad deseada:
Mis enemigos me ofendan,
Mis amigos no me valgan,
Deudos y bienes me falten
Cuando menester los haya;
Y finalmente no vea
Cumplidas mis esperanzas
Para gozar tus amores,
Sino que muera de rabia.
Y con esto, vida mia,
Se asegure tu esperanza,
Cesen tus zelos, y cesen
Esas perlas que derramas,
Que por lo que te he jurado
Y por la fe reservada
Sola á tí en mi corazon,
Que Abenámar no te engaña.—
Con esto quedó contenta,
Tan satisfecha y pagada,
Que trocó desde aquel punto
En fe la desconfianza.

VIII.

Albornoces y turbantes
No traen los moros de Gelves,
Marlotas ni capellares,
Almaizales ni alquiceles;
Ni traban escaramuzas,
Ni alheñan los brazos fuertes,
Ni procuran por sus damas,
Si están presentes ó ausentes,
Ni de zelosas porfías,
Ni de amorosas mercedes;
Todos de negro vestidos
Con vestidos portugueses,

Por la muerte de Abenámar,
Que de muchos es pariente,
Viendo que traga la tierra
A quien tragaba la gente;
Y que la muerte y amor
Jamas respetó valiente.
En casa del moro muerto
Mil vivos están presentes;
Unos publican la causa
De sus deseos ardientes;
Otros que murió de zelos,
De desamor y desdenes.
Secas esperanzas viejas
En años mozos y verdes,
Lloran sus amigos dél
Y otros dél hay maldicientes,
Que hallaron al moro escrito,
Revolviendo sus papeles:
« Es mi voluntad, amigos,
« Que si en Gelves yo muriere,
« Que me entierren en mi tierra,
« Porque mas no me destierre,
« Que en presencia son los males,
« Como en ausencia los bienes. »

ROMANCES DE AZARQUE EL GRANADINO. (48)

I.

Ensíllenme el potro rucio
Del alcaide le los Velez,
Denme la adarga de Fez,
Y la jacerina fuerte,
Una lanza con dos hierros
Entrambos de agudo temple;
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre blancos martinetes,
Y garzotas medio pardas
Antes que me vista denme.
Pondréme la toca azul
Que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
Hija de Celin Hamete,
Y aquella medalla en cuadro
Que dos ramos la guarnecen,
Con las hojas de esmeraldas,
Por ser los ramos laureles.
Un Adónis que va á caza
De jabalíes monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra: « Muere. » —
Esto dijo el moro Azarque
Antes que á la guerra fuese:
Aquel discreto animoso,
Aquel galan y valiente
Almoralife el de Baza,
De Zulema descendiente,
Caballeros que en Granada
Paseaban con los reyes.
Trajéronle la medalla.
Y suspirando mil veces
Del bello Adónis miraba
La gentileza y la suerte:
— Adalifa de mi alma,
No te aflijas ni lo pienses,
Viviré para gozarte;
Gozosa vendrás á verme.
Breve será mi jornada,
Tu firmeza no sea breve:
Procura aunque eres muger
Ser de todas diferente:
No te parezcas á Vénus,
Aunque en verdad te pareces,
En olvidar á su amante
Y no respetarle ausente.
Cuando sola te imagines,
Mi retrato te consuele,
Sin admitir compañía
Que me ultraje y te desvele,
Que entre tristeza y dolor
Suele amor entretenerse,
Haciendo de alegres tristes,
Como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
Que abiertos los ojos tiene,
Y que es pintura encantada
Que habla, que vive, y que siente:
Acuérdate de mis ojos
Que muchas lágrimas vierten,
Y á fé que lágrimas suyas
Pocas moras las merecen. —
En esto llegó Galvano
A decirle que se apreste,
Que daban prisa en la mar
Que se embarcase la gente.
A vencer se parte el moro,
Pues que gustos no le vencen,
Honra y esfuerzo le animan,
Cumplirá lo que promete.

II.

Recoge la rienda un poco,
Para el caballo que aguija
Medroso del acicate
Con que furioso le picas.
Que sin uso de razon
A mi parecer, te avisa
De aquel venturoso tiempo
Que tu desleal olvidas,
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con tus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡O cruel á mi memoria,
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias!
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
Y yo á tí, ¡qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias,
Que amor y tiempo en mil años,
No están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuera rica
En prendas de quien tu eres,
Y de quien son mis caricias.
¿Adonde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas,
Defenderéme del tiempo,
Y de tí no tendré envidia.
Mas bien pudiera saberlo
Si yo saberlo queria
Cuando escuché tus razones
Y ví tus quejas escritas.
Disculpas pensabas darme,
No quiero que me las digas:
Para la dama que engañas
Será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
Bien será que te despidas
De mi alma y de mis ojos,
Como de mis celosías. —
Esto dijo al moro Azarque
La bella Zaida de Olías,
Y cerrando su balcon,
Dió principio á sus desdichas.
El moro picó el caballo,
Y hácia el terreno le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

III.

En un balcon de su casa
Estaba Azarque de pechos
Con un humilde Zegrí,
A quien trata mal el tiempo.
Un memorial de sus glorias
Estaba Azarque leyendo,
Que al pobre Zegrí causaba
Pena triste y llanto eterno.
Cuando hácia la puerta Elvira
La larga vista tendiendo,
Vió como en el mar de España
Sus rayos lanzaba Febo,
Y bajándola algo mas
A contemplar como el suelo
Su bella color trocaba,
Mudando lo verde en negro;
Vió que entraba por la puerta
Nueva luz, y otro sol nuevo,
Cuyos rayos escedian
A los que esparce del cielo.
Tornó el color á la tierra,
Y quitando el negro velo,
Anunció con su verdura
Un no esperado contento.
Dijo Azarque: — Aunque mi vista
Aquel sol hiere de lleno,
Es Celinda la discreta,
O me engaña mi deseo.
Bien lo dice su belleza,
Pues causa con sus efectos
En las almas donde toca
Gloria inmensa y gozo inmenso. —
Reconociéndola el moro
Quitó el bonete de presto,
Humillando la cabeza
Hasta debajo del pecho.
Celinda se levantó,
Y bajando todo el cuerpo,
Cumplió al moro su esperanza,
Que no fué favor pequeño:
Y de muy alegre, triste,
Porque se acabó tan presto,
Daba callando mil voces,
Que el gozo hace mil estremos.
Siguiéndola con la vista
La dice: — Mucho te debo,
Pues sin haberte servido
Das tal pago á mis respetos.
Aqueste favor, señora
(Aunque yo no lo merezco),
Le pondré con los demas,
Cuyo número es incierto;
Y bastará su memoria
A desterrar mis tormentos,
Y entre glorias y pesares

Será bastante tercero. —
Celinda en esto pasó,
Y Azarque dejando el puesto,
Ufano con tal merced
Se retiró á su aposento.

IV.

Arrancando los cabellos,
Maltratándose la cara,
Está la bella Adalifa,
Porque su Azarque se embarca:
Echando tierra en los ojos,
Mordiendo las manos blancas,
Maldiciendo está el contrario
Por quien se hace la jornada.
—¡ Ay capitan de mi gloria!
¡ General de mis entrañas!
¡ Patron de mis pensamientos!
¡ Competidor de mis ansias!
¡ Lustre de mi rostro alegre!
¡ Alegría de mi alma!
¿ Dónde estás que no te veo,
Espejo en que me miraba?
¡ Ay, Azarque, mi señor!
Mi señor, pues que me mandas.
¿ Mándasme que esté esperando?
¡ Larga será mi esperanza!
Allá tendrás una guerra,
Y acá otra guerra te aguarda:
Piénsasme dejar en salvo
Y estoy metida en campaña
¡ Ay! si mi ausencia te aqueja,
Y mi favor te acompaña,
Tú solo serás bastante
Para vencer la batalla:
Mi fe te encomiendo, Azarque;
Alá vaya en tu compaña,
Porque vuelvas con victoria,
Pues con victoria te embarcas.
Bien dirás, Azarque mio,
Que mugeres son livianas,
Mas hay muchas diferentes
Como soldados en armas:
Nadie me verá sin tí
En baile, sarao y zambra,
Ni me verán en conciertos,
Sino metida en mi estancia:
Ya no me verán las moras
Vestir almaizar ni galas,
Porque poco le aprovecha
Vestirse un cuerpo sin alma.—
Con esto llegó Celinda,
Prima hermana de Bahata,
Y dió fin á sus razones,
Pero no le dió á sus ansias.

V.

De Sevilla partió Azarque,
Dejando en ella su alma,
Que se la dejó en rehenes
A la hermosa Celindaja;
Porque la que lleva el moro
No es suya, sino prestada,
Que á la despedida triste
Se la quiso dar en guarda.
—Azar de los ojos mios,
Dice, pues vas de batalla
Armado de piezas dobles,
Como la razon lo manda,
Que te armes de sufrimiento
Te ruego, en esta jornada,
Y de firmeza en ausencia
Que es causa de la mudanza:
Ya sé que por donde vas,
Moras verás mas bizarras,
De mayor donaire y brio
De mas hermosura y gracia,
Donde podrás ocuparte,
Y olvidarme con maraña;
Mas ninguna te querrá
Del modo que esta tu esclava:
Pues que vivir yo sin tí,
Sin temor, recelos y ansias,
Es cosa muy imposible
Para quien de veras ama.
Si en algun sarao te hallares
Donde acudan mis contrarias,
Deten, Azarque, los ojos,
No tiendas la vista larga,
Que ojos que de rondon miran
Ocasiones de amor hallan.
Y con esto Alá te guie,
Mahoma vaya en tu guarda,
Y el cuidado de tí tenga
Con que queda Celindaja.

ROMANCES DE ALBAYALDOS

EL ANDALUZ.

I.

En la fuerza de galera
Estaba preso Albayaldos,
Grande galan granadino,
De Jerez ginete bravo:
El que robaba en las fiestas
Los ojos y los cuidados
De todas las damas moras
Por la gala y por las manos:
El que á la zambra venia
Dejando seguro el campo,
Que del amor á las armas
Vuelo parecen sus pasos.
En la prision una noche,
Cuando del bullicio bravo
Se desvian juntamente
Las fieras y los humanos;
Tanto imitaba á su dueño,
Que presumiendo Albayaldos
Que responderle podria,
Así dice suspirando:
¡Ay libertad, que en vano
Al parecer me escuchas, y te llamo!
A Granada parte el moro,
Sus centinelas burlando,
Que no hay estrechos deseos,
Con ser tan largos los pasos.
Sus alas le presta amor,
La noche su escuro manto,
La ocasion le dió ventura
El tiempo seguro espacio.
Francelisa le recibe
En su cuerpo y en sus brazos:
Las voluntades le cercan,
Los deseos se apartaron.
La envidia muerta de gusto
Como al suyo estorba tanto,
Contóle á Muley Hamete
La soltura de Albayaldos.
Era Muley un morillo
A bajezas inclinado,
Muy envidioso y mal quisto,
Zeloso por despreciado,
Y de su infame costumbre
Los embustes aumentando,
A Zegríes y Gomeles
Reveló el secreto agravio:
¡Ay libertad, que en vano
Al parecer me escuchas, y te llamo!
Al ruido de la trompa,
Y conmoviendo los labios,
Huyó el preso que tenia
Francelisa en bellos lazos;
Y dejando el alma en ellos
El cuerpo se puso en salvo,
Que amor, ocasion y tiempo
Cegarán á cien mil Argos.
La ronda del rey le busca,
Mas no parece Albayaldos,
Que ya se volvió á Galera,
A su remo y á su banco.
En la prision está el moro,
Y el Amor está á su lado,
La venda encima los ojos,
Debajo del brazo el arco.
Albayaldos le decia:
— Llévame, niño, un recado
A Francelisa, pues tienes
Tan buena ventura en dallos:
Dile, Amor, que mil prisiones,
Guardas, peligros, contrarios,
Vencerá el atrevimiento
Que en mis esperanzas hallo,
A cuya ley, y á tus flechas,
Mis sentimientos encargo. —
Fuese amor á Francelisa,
Y esto repite Albayaldos
— *¡Ay libertad, que en vano*
Al parecer me escuchas, y te llamo!

II.

A los soldados que hacian
En la puerta Elvira guarda,
Aquel espantoso rayo,
El Giron de Calatrava;
El que tantos, y tan buenos,
Sacó á la fuerte Granada,
Habiéndolos saludado
Les dice con faz humana:
— Amigos, decí al rey Chico,
Que si licencia le es dada,
Un cristiano aventurero,
De los de la cruz de grana,
Quiere entrar en la ciudad
A correr algunas lanzas:
Que lo permita su alteza,
Pues de fiesta real se trata. —
Fueron, y como volviesen
Concediéndole la entrada,

Se puso en espacio breve
En la nueva y ancha plaza,
Cuyos abiertos terrados,
Miradores y ventanas
Estaban curiosamente
Adornados y entoldadas;
Y la gente entretenida
Al son de confusas cajas,
De sutiles inventivas,
Y de singulares galas.
Iba en un rucio andaluz,
De vistosa piel rodada,
Con una bella cubierta,
Cual la misma nieve blanca,
De finísimo brocado,
Con lazos de oro bordada,
Y sembrada á breves trechos,
De lo mismo mil lazadas:
Blancas y vistosas plumas
Con oro fino argentadas,
Como el famoso maestre,
Sin diferenciar en nada:
En cuyo siniestro lado
Del capellar se mostraba
Aquella insignia gloriosa
De la gran cruz colorada:
Y habiendo al rey y á la reina
Saludado, y á las damas,
Con inclinar la cabeza,
Y dado vuelta á la plaza,
Fué conocido de muchos,
Y de Muza que le abraza,
Dando su vista á la corte
De alegría muestra estraña.
Llegóse al mantenedor
Que era el valiente Abenámar,
Con quien habiendo corrido
Con gran destreza tres lanzas,
Ganó una rica cadena,
Que dos mil doblas pesaba:
Besóla, y dióla á la reina
Con cabeza y vista baja,
Que de su valor quedó
Y cortesía admirada.
Oyendo mil parabienes
Y gloriosas alabanzas,
Rindiendo mil corazones
De aquellas moras gallardas,
Atropellando su vista
Las mas recatadas almas,
Tan ricas con su presencia,
Cuanto pobres de esperanzas,
Llorosas de los efectos
De su ausencia dura, amarga,
Vuelve al caballo las riendas
Para dejar á Granada;
Mas el valiente Albayaldos,
Sediento de gloria y fama,
Pide batalla al maestre,
De lanza, espada y adarga,
Que para el siguiente dia
Con gages quedó aceptada.

ROMANCES DE GAZUL.

I.

Desesperado camina
Ese moro de Villalba,
Maldiciendo su ventura,
Porque en tal tiempo le falta:
No porque le den cuidado
Los bandos que hay en Granada,
Entre los linages nobles
De Abencerrages y Audallas:
Ni tiene envidia á los moros
Que son del rey la privanza,
Ni los cargos ni alcaidías,
Con las insignias honradas:
Solo estima el fuerte moro
Le deje la bella Zaida,
Guiada por las razones
De unas fingidas palabras.
Y considerando el moro
Su mucha hermosura y gracia,
Dice con suspiros tristes,
Sacados de allá del alma:
—¿Quién causó tanto desvío?
¿Quién perturba mi esperanza?
¿Quién te mudó del intento
Firme, bella mora Zaida?
¿Quién hizo que mis trofeos
Del lauro y altiva palma
Dejasen de coronar
Esta frente desdichada,
Sino algunos falsos pechos
De intencion falsa y dañada,
Que hicieron tu condicion
Del leon, ó tigre hircana?
¡O lenguas de maldicion!
¡Calumniadoras de fama!
¡Salteadores de las honras!

¡ Almacenes de cizañas !
¡ Alcázares de malicia !
¡ Torres de desconfianza,
Que no sabiendo lo cierto
Sentencian con ley contraria !
¡ Alá permita, crueles,
Se paguen vuestras marañas,
En otra tal ocasion,
O en cosa que tanto os vaya !
¡ Y que veais inhumanos,
Pechos falsos, lenguas falsas,
Como os da el cielo castigo
Por la merecida paga !
¡ Oh cuán justos os mostrais
En la apariencia y palabras
Y sois peores que lobos
Entre las ovejas mansas ! —
Ardiendo se parte el moro
En una amorosa llama.
Despedido de gozar
De la bella mora Zaida :
Y al sagrado Tajo dice
Mirando sus olas claras :
— ¡ Ay rio, si hablar supieras
Para declarar mis ansias,
A quien mirando te está
La tarde, noche y mañana,
En el fin de tu corriente,
Y en la feliz Lusitania !

II.

Si tan bien arrojas lanzas
Como las cañas arrojas,
No pretendas por galan,
Que á los Gazules deshonras.
No las zambras ni las fiestas
De las granadinas moras,
Que el nombre de fuerte pierdes
Cuando el de cobarde cobras :
Deja el vistoso albornoz,
El almaizar y marlota,
Y no te precies del oro,
Que á tu linage desdoras.
Mira que las armas son
De mas honra y menos costa,
Y que los que no son nobles
Con ellas nobleza cobran :
Mide, Albenzaide, tu gusto
Con el estado que gozas,
Que á veces de altos deseos
Nacen esperanzas locas :
Huye de tu pensamiento,
Porque de plumas se adorna,
Ligeras para subirte,
Para sustentarte flojas :
No te arrojes en la mar,
Donde tantos vientos soplan,
Ya de furioso desden,
Ya de encubierta lisonja :
La libertad que se pierde
Con gran trabajo se cobra,
Y mas la que va perdida
Por una imposible cosa. —
Esto decia Gazul,
El que la fama pregona,
Puesto en olvido por pobre
De la bella Zaida mora.

III.

Cuando de los enemigos,
En roja sangre bañado,
Defiende nuestras riberas
Mas que los otros gallardo ;
Cuando deja la marlota,
Y desnuda los damascos,
Vistiendo malla sangrienta
De los despojos contrarios ;
Cuando de tu Abencerrage,
Si tienes hidalgo trato,
Cuanto es mayor el peligro,
Has de tener mas cuidado :
Entonces, ingrata mora,
En olorosos brocados
A mano agena te rindes,
Y das de mano á tu amo.
Borraste el blason antiguo
De los reyes tus pasados,
Y pones menguantes lunas
En tus chapiteles altos.
Alá me vengue de tí ;
Aunque para ser vengado
Bastante venganza das,
Y así la darás llorando,
Cuando de esos largos dias
Vieres que quedan burlados
Con sus concertados gustos
Tus gustos desconcertados.
¡ Qué contento será verte,
Cuando llegues á abrazallo,
Mezcladas tus trenzas rubias
Entre su copete blanco !
Y cuando de la otra mora
Las gracias te esté contando,
Y sus hijos atropellen
Tus alfombras y tu estrado :
Y cuando dejes las aguas
De Genil fértil y claro,
Y vayas á las riberas
Del turbio y corriente Tajo,
Donde no hay Abencerrages,
Ni aquel tropel de caballos
Que desde tus miradores
Mirabas correr gallardos.
Soledad te ha de causar,

Ingrata, el tiempo pasado,
Cuando en el presente mires
Todas tus glorias en blanco.
Y las divisas y amores,
Los papeles regalados,
Palabras y juramentos
En tu daño conjurados,
Todos han de ser verdugos
De tus años malogrados,
Cuando entregados los veas
A tan bien logrados años.
El tiempo es padre de zelos,
Y quien tiene tiempo largo,
Detras de mil celosías
Aun no estará asegurado.
Serás celada en la corte,
Serás celada en el campo,
Serás celada en las fiestas,
Y en las zambras y saraos.
Celada serás en todo,
Y con ser celada tanto,
Nunca celada pondrás
A tus disgustos cansados.
Darás muy flaca disculpa,
Cuando digas: que forzados
De tu padre, respondieron
El sí, que lastima á tantos.
Goza de lo que escogiste
Con ese descargo falso,
Que donde amor se atraviesa,
No hay padres reverenciados.

IV.

Límpiame la jacerina,
Ve presto; no tardes, page,
Que para el fuego que tengo
Por muy presto será tarde;
Y quítame del bonete
Las verdes plumas que Azarque
Me dió cuando fuí á su boda,
Pues se han vuelto plumas aire.
Pondrásme unas plumas negras,
Y una cifra que declare:
« Plomo son dentro en el alma,
« Pues del alma el peso sale; »
Y á mi marlota amarilla
Le quitarás los diamantes,
Y harás que se los pongan
De un fino y negro azabache;
Porque llevando lo negro
Con lo amarillo, señale
Mi suerte desesperada,
Suerte que sin suerte sale;
Y unos llanos borceguíes
No guarnecidos ni graves,
Que á quien le falta la tierra
Es muy justo que se allane.
Dame la lanza de guerra,
La de los dos hierros grandes,
Que de la sangre cristiana
Están templados con sangre;
Que quiero que en esta nuestra
Nuevamente se acicale,
Porque he de pasar si puedo
Un cuerpo de parte á parte.
Y ponme en el tahalí
De diez el mejor alfange,
Y la vaina tambien negra,
Porque á lo demas iguale;
Y el caballo que me dió
De presente, por su padre,
El cristiano de Jaen,
Que no quise otro rescate;
Y si no estuviere herrado
Harás luego aderezarle,
Que pues no acierto con gentes,
Acierte con animales:
Y mudarás las correas
Que tengo en los acicates,
Y sino dales con tinta,
No se vean los esmaltes. —
Aquesto dijo Gazul
Un martes triste en la tarde,
Tarde triste para él,
Y al fin despojos de Marte,
Pues en él le vino nueva
Que el miércoles adelante
Se casa su bella mora
Con su enemigo Albenzaide,
Moro ricó de nacion,
Aunque de torpe linage;
Pero venció la riqueza
A tres años de amistades.
Todo aquesto puesto á punto
Lo tiene, y comienza á armarse,
Que pues amor le desarma,
No es mucho contra amor se arme.
La primer señal de Vénus
Mostrando su estrella sale,
Cuando sale de Sidonia,
Y para Jerez se parte.

V. (49)

Sale la estrella de Vénus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge;
Y con ella un fuerte moro
Semejante á Rodamonte,
Sale de Sidonia airado;
De Jerez la vega corre
De donde entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa María el puerto

Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que siendo en linage noble,
Le deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
Con un moro feo y torpe,
Porque es alcaide en Sevilla
Del alcázar y la torre.
Quejábase tiernamente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con dulces ecos responde:
— Zaida dice, mas airada
Que el mar que las naves sorbe,
Mas dura é inexorable
Que las entrañas de un monte,
¿Cómo permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que de prendas de mi alma
Agena mano se adorne?
¿Es posible que te abraces
A las cortezas de un roble,
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruta y flores?
¿Dejas al noble Gazul,
Dejas tres años de amores,
Y das la mano á Albenzaide,
Que aun apenas le conoces?
Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Pues las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones.
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Y que por zelos suspires,
Y por ausencia le llores,
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Y en la cama le fastidios,
Y que en la mesa le enojes,
Y en las fiestas y las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verlas permita
Que á la ventana te asomes;
Y menosprecie en las cañas,
Para que mas te alborotos,
El almaizar que le labres
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos,
Cuando de la guerra torne;
Y en batalla de cristianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue á Alá que suceda
Cuando la mano le tomes;
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces,
Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres. —
Con esto llegó á Jerez
A la mitad de la noche;
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces;
Y los moros fronterizos,
Que por todos lados corren
Con sus hachas encendidas
Y con libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos alzóse,
Y arrojándole la lanza
De parte á parte pasóle.
Alborotóse la plaza,
Desnudó el moro el estoque,
Y por mitad de la gente
Hácia Sidonia volvióse.

VI.

La bella Zaida Zegrí,
A quien hizo suerte avara
Esposa y viuda en un punto
Por una arrojada lanza,
Sobre el cuerpo de Albenzaide
Destila líquida plata;
Y convertido en cabellos
Esparce el oro de Arabia.
Las manos en las heridas
Por do el moro se desangra
Pone, y en Gazul los ojos,
Que está lidiando en la plaza.
— ¡O cruel mas que zeloso!
Le dice con voz turbada:
Ruego á Alá que de esta empresa
Presto recibas la paga,
Y que en medio del camino
Cuando á tu Sidonia vayas,
Encuentres, aunque sea solo,
A Garci Perez de Vargas,
Y que en viéndole te turbes,
Y con fuerza desmayada
No puedas regir la rienda,
Ni cubrirte con la adarga.
Cautivo quedes ó muerto,
¡Valiente solo en la fama!
¡Guerreador entre libreas,
No entre arneses y corazas!
Y si á Sidonia volvieres
A los ojos de tu amada,
Zelos se vengan á hacer
Sospechas averiguadas.
Torna, deja los amores
De fe burladora y falsa,
Por cuya mudanza espero
Hacer honrosa mudanza.

Envaina, perro, el alfange;
Vuelve, traidor, las espaldas,
Pues estás hecho á volver
La fe, y á nunca guardarla.
Nunca tú tuviste amor,
Ni viene de buena casta,
Que el amador bien nacido
Jamas procuró venganza.
Tornó á decir, que permita
Alá que tan mal te vaya
En guerra, en paz, en amor,
Que pierdas con la ganancia.
Tu dama, la de San Lúcar,
Cuando vuelvas sea casada,
Y en parte donde no pueda
Verte cuando á vella vayas;
Y si casada no fuere,
Verdad no te diga en nada,
Enfádenle tus servicios,
Y cánsenle tus palabras. —
El moro estando en aquesto
En la plaza se hace plaza,
Y deja que el viento lleve
Sus quejas y sus palabras.

VII.

Por la plaza de San Lúcar
Galan paseando viene
El animoso Gazul,
De blanco, morado y verde.
Quiérese partir el moro
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas el alcaide
Por las treguas de los reyes.
Adora una bella mora,
Reliquia de los valientes
Que mataron en Granada
Los Zegríes y Gomeles.
Por despedirse y hablarla
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes;
Y al cabo de un hora de años
De esperanzas impacientes,
Vióla salir á un balcon
Haciendo los años breves,
Y arremetiendo al caballo
Por ver el sol que amanece,
Haciendo que se arrodille,
Y el suelo en su nombre bese,
Con voz turbada la dice:
— No es posible sucederme
Cosa triste en esta empresa,
Habiéndote visto alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligacion y parientes;
Mas volverá mi cuidado
Por ver si de mí le tienes:
Dame una empresa ó memoria,
Y no para que me acuerde;
Sino para que me adorne,
Guarde, acompañe y esfuerze. —
Zelosa estaba Celinda,
Que envidiosos, como suelen,
A Zaida la de Jerez
Dicen que de nuevo quiere.
Airada responde al moro:
— Si en las cañas te sucede
Como mi pecho desea
Y el tuyo falso merece,
No volverás á San Lúcar
Tan ufano como sueles,
A los ojos que te adoran
Y á los que mas aborreces.
Mas plegue á Alá que en las cañas
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas,
Porque mueras como mientes,
Y que traigan fuertes jacos
Debajo los alquiceres,
Porque si quieres vengarte,
Acabes y no te vengues:
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Porque muerto en hombros salgas,
Cuando á matar damas entres;
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen. —
El moro piensa que burla,
Que es propio del inocente,
Y alzándose en los estribos
Tomarle la mano quiere:
— Miente, le dice, señora,
El moro que me revuelve,
A quien esa maldicion
Le caiga, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida,
Y de su amor se arrepiente,
Que su desden y tu amor
Han hecho mi fuego nieve.
Malditos sean tres años
Que la serví por mi suerte,
Pues me dejó por un moro
Mas rico de pobres bienes. —
Oyendo aquesto Celinda,
Aquí la paciencia pierde,
Cerró la ventana airada,
Y al moro el cielo que tiene.
Pasaba entonces un page
Con sus caballos ginetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces:
La lanza con que ha de entrar

Toma, y furioso arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las fuertes paredes,
Y manda que sus caballos
Jaeces y plumas truequen
De verdes en leonadas,
Y parte furioso á Gelves.

VIII.

A media legua de Gelves
Hincó en el suelo la lanza,
Y echándose sobre el cuento
Gazul á pensar se pára.
Pensando en las maldiciones
De su Celinda y de Zaida,
Está diciendo: — Fortuna.
Siempre me fuiste contraria.—
Y entre suspiro y suspiro
Un ay con rabiosa saña
Arranca del fuerte pecho,
Sin otras razones varias.
—El ausencia de Celinda
No me atormenta ni cansa,
Porque fuera sin razon
Maldiciéndome adamalla.—
Con esto indignado y fiero,
Enristró su fuerte lanza,
Y contra un nudoso roble
Hizo tres trozos el asta.
Quitó al caballo el jaez,
Y la empresa de su dama,
Como si fuese leon,
Con los dientes despedaza.
A una cinta de oro y seda,
Que le puso en la celada
Su enamorada Celinda,
Tambien le da justa paga.
Sacó un retrato del pecho,
Y cuanto su fuerza basta,
Despide rompiendo el aire,
Porque burle su mudanza:
— ¿Para qué quiero yo adornos,
Si llevo adornada el alma
De maldiciones injustas
Por premio de mi ganancia?
Mas me vale ir despojado,
Pues lo voy de la esperanza,
Y aunque no de los cuidados
Que me atormentan y cansan:
Yo tomaré en estos robles
De mi mal cruda venganza.
¿Mas qué digo? ¿estoy en mí?
No tienen sentido plantas.—
Quitó el freno á su caballo,
Y echóle por la ventana,
Diciendo: Ve á tu albedrío,
Que así me dijo á mí Zaida.—
El caballo estando suelto
Al punto á correr arranca,
Y él prosigue su camino
A pié, sin yelmo ni lanza.

IX.

Cual bravo toro vencido
Que escarba la roja arena,
De su Celinda afrentado,
Gazul á San Lúcar deja.
Desesperado va el moro
En una alazana yegua,
Con un jaez leonado,
De su congoja la muestra.
En naranjado y en negro
Lo blanco y lo verde trueca,
Y lo amoroso morado
En rabia cruel y negra.
Una marlota vestida
De blanco y azul á medias,
Y en la parte que era azul
Unas nubladas estrellas.
Listados van los volantes
De encarnado y seda negra,
El bonete azul oscuro,
Cielo de luto y tristeza:
Solamente el tahalí
Del alfange verde lleva,
Porque él solo ha de vengarse
De quien revuelve su esfera:
Y de la triste color
Que queda en la seca arena,
El moro lleva la toca
Que el nervioso brazo aprieta:
Negros son los borceguíes,
Y negra las estriberas;
Negras las ligas y cabos,
Y barcinas las espuela:
No lleva lanza alheñada,
Que ya la volára en piezas
En la pared de su dama,
Cuando le cerró la puerta:
Lleva datilada adarga,
Y en ella una nueva seña,
Que es un cielo escuro y triste,
Y en medio una luna llena:
Llena, pero eclipsada,
Y al rededor esta letra:
«Tan oscura como clara,
«Y tan cruel como bella;»
Y pues le quitó Celinda
Las alas con que alto vuela,
No quiere plumas el moro
En su gallarda cabeza.
Miércoles á medio dia
Gazul por los Gelves entra;
Vase derecho á la plaza,

Y á jugar cañas comienza:
No le conocen las damas
Por la trocada librea,
Ni le conoce su alcaide
Hasta que mas cerca llega.
Las adargas pasa el moro
Cual de blanda ó tierna cera,
Con los veloces bohordos
Que tira en la fuerte vega:
No hay quien al moro resista,
La gente se hace afuera,
Que viene desesperado
Y por las obras lo muestra.
Alborótase la plaza,
Y solo Gazul se queda
Diciendo, al cielo mirando,
Con voz colérica y recia:
— ¡Ojalá las maldiciones
De Celinda se cumplieran,
Y en mi pecho atravesadas
Alheñadas lanzas viera!
¡Y que en lugar de llorarme
Las damas me maldijeran,
Y muerto afrentosamente,
En hombros de aquí saliera!
¡Y que nadie me ayudára,
Porque dar gusto pudiera
A aquella airada leona,
Que ver mi muerte desea! —
Aquesto diciendo el moro
La veloz yegua rodea,
Jurando de no volver
Donde Celinda lo vea.

X.

En el tiempo que Celinda
Cerró airada la ventana,
Y la disculpa á los zelos
Que el moro Gazul le daba,
Confusa y arrepentida
De haberse fingido airada,
Por verle y desagraviarle
El corazon se le abrasa;
Que en el villano de amor
Es muy cierta esta mudanza,
Y la danzan muchas veces
Los que de veras se aman:
Y como supo que el moro
Rompió furioso la lanza
Que llevaba para entrar
En Gelves á jugar cañas;
Y que la librea verde
Habia trocado en leonada,
Sacó luego una marlota
De tafetan rojo y plata,
Y un bizarro capellar
De tela de oro morada,
Lleno de costosas perlas
Los rapacejos y franjas,
Con un bonete cubierto
De zafiros y esmeraldas,
Que publican zelos muertos
Y vivas las esperanzas,
Con una nevada toca
Con plumas verdes y blancas,
Y con acerados hierros
Una lanza naranjada,
Que el color de la veleta
Tambien publica bonanza;
Un liston de verde claro
Con que trajese la adarga,
Con una letra que dice:
«Guárdele bien quien bien ama.»
Informándose primero
Adonde Gazul estaba,
Y que las fiestas de Gelves
A otro dia se dilatan,
A una casa de placer
Aquella tarde le llama:
Y diciéndole á Gazul
Que Celinda le aguardaba,
Al page le preguntó
Tres veces si se burlaba:
Que son malas de creer
Las nuevas muy deseadas,
A lo menos las que esperan
Personas enamoradas:
Y afirmándole que sí,
Sin hablarle mas palabra,
Se sale á ver en la gloria
De los ojos de su dama.
Encontróla en un jardin
Que un almoradux cortaba,
Y dejaba las violetas
Azules, por las moradas:
Entre mosqueta y jazmin
Un ramito concertaba,
Poniendo lo blanco al pecho
Y lo morado en el alma.
Viéndose el moro con ella,
Apenas los ojos alza,
Que quien sale de lo oscuro
Turbacion el sol le causa.
Celinda le asió la mano,
Un poco roja y turbada,
Y al fin de infinitas quejas,
Que en tales pasos se pasan,
Dijo Gazul: — ¿Es posible,
Señora, que des tal paga
A quien por Alá te juro
Que cuando sin tí se halla,
Moriria á no traerte
En la idea retratada?
Y si de Jerez me acuerdo
Mátenme de una lanzada,

Del modo que yo maté
Al desposado de Zaida;
O véate yo en los brazos
De quien mas zelos me causa,
Y que por desesperarme
Tiernos favores le hagas.
Si el moro que te ha informado
Te dijo verdad en nada.—
La mora quedó con esto
Satisfecha y muy pagada,
Y entre ellos el aficion
Con mas firmeza que estaba,
Que de revolver amantes
Otra cosa no se saca.
Vistióse al fin las preseas
Con las manos de su dama;
Y sobre un caballo overo
Con los jaeces de plata,
Un bozal de oro morado,
Moradas plumas y banda,
Despues de haberse abrazado
Con palabras regaladas,
Se parte Gazul á Gelves
Contento á jugar las cañas.

XI.

De los trofeos de amor
Ya coronadas sus sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves,
En un overo furioso
Que al aire en su curso escede,
Y en su pujanza y vigor
Un leve freno detiene.
La librea de los pages
Es roja, morada y verde,
Divisa cierta y colores
De la que en su alma tiene.
Todos con lanzas leonadas
En corredores ginetes,
Adornados de penachos
Y de costosos jaeces:
Él mismo se trae la adarga,
En quien un fénix parece,
Que en vivas llamas se abrasa
Y en cenizas se resuelve.
La letra, si bien me acuerdo,
Dice: « Es inconveniente
« Poderse disimular
« El fuego que amor enciende.»
Llegado á do están las damas,
En los arzones se mete:
En pié se pusieron todas,
Bien ciertas que mas merece.
Entre ellas estaba Zaida,
De quien un tiempo doliente
Fué favorecido el moro,
Aunque agora la aborrece.
Fué causa una sinrazon,
Que en amantes mucho puede,
Y viene á ser quien la hizo
El arrepentido siempre.
Con ella estaba Zafira
Y Alminda, que dueño tiene
En grado muy allegado
Con los granadinos reyes;
Y como vido á Gazul,
Renovóse el accidente,
Y tanto cuanto le mira
Mas le adora y mas le quiere:
Y así cual puesta en balanza,
Dando el alma mil vaivenes,
Zelosa y arrepentida
Diversas cosas revuelve.
Alminda que vido á Zaida
Que de nuevo se entristece,
Para divertirla dijo
Le descubra lo que siente.
Turbada la respondió:
—Una imaginacion fuerte
Ha sido la causadora
De este mal que á puntos crece.
—Mejor será, dijo Alminda,
Refrenarla, porque suele
Despues de haber discurrido
Dar al traves las mas veces.
—Bien muestras, le respondió
La de Jerez, que no sientes
Los zelos y fantasías,
Ni sabes qué son desdenes;
Que á saberlo, soy bien cierta
Que otra compasion tuvieses
De mí, que padezco y muero
De este mal que tú no entiendes.—
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo
De los que á las cañas vienen:
Estaban ya las cuadrillas
Dentro del cerco y palenque,
Con berberiscas naciones
Y marlotas diferentes.
Al son de bárbaras trompas
Los caballos impacientes,
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hienden:
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse cuanto pueden.
Duró gran rato la fiesta;
Pero fué como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y perece.
Daba prisa el cano tiempo

A Apolo, porque detiene
Su velocísimo carro,
De su tardanza impaciente:
Y cuando llegó al ocaso,
Su contrario que lo siente
Con no menos movimiento
Bate las alas y viene;
A cuya venida todos
Por medio al campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandaron cesar los jueces.

XII.

Despues que el fuerte Gazul
Volvió de Gelves con vida,
De correr zelosas cañas
Para su dulce Celinda;
En la plaza de San Lúcar
La misma tarde á la brida
Se presenta dando vueltas
Al puerto de su alegría,
De morado y recamado
Un rojo alquicer traia,
Y un bonete verde oscuro
Con la toca tunecina:
Los adornos del caballo
Van con la misma divisa,
Solo muestra borceguí
De oro la labor pajiza;
Que ya la desconfianza
Trae bajo del pió metida,
Porque Celinda está cierta
Que á la ingrata Zaida olvida.
Con tanta gracia pasea
De ver la luz de su vida,
Que el caballo aun de las piedras
Saca polvo cuando pisa.
Labrando un caparazon
Para su Gazul Celinda
Estaba en esta ocasion
Sola, triste y retraida.
Quiso dibujar un lirio
En un recamo que hacia,
Y sobre un dibujo puso
Una rosa alejandrina:
Echó en el color de ver
Que no es la flor que queria,
Y queriéndola quitar
La mano el intento quita;
Que en los sucesos de amor
Cuando el paso desvaria,
Truecan suerte los efectos
Por do el corazon los guia:
Y viendo que á sus antojos
Cuanto mas menos atina,
Deja la labor y sale
Enojada de sí misma:
Y viendo al fuerte Gazul
Que á otra cosa no atendia,
Deja el balcon presurosa
Y luego á llamarlo envia:
Y dando razon de Gelves,
Y de su buena venida,
Dejando frias sospechas,
Entregaron ambas vidas.

XIII.

Estando toda la corte
De Almanzor, rey de Granada,
Celebrando del Bautista
La fiesta entre moros santa,
Con ocho moros vestidos
De negro y tela de plata,
Que llevan ocho rejones
Y en ellos mil esperanzas:
Seguros de su ventura,
De muchas pruebas pasadas,
Y mas en el fuerte brazo
Que ha dado al mundo fianzas
(Que algunas veces la suerte
Suele á los hombres de fama
Llevarlos por los cabellos
A la fortuna contraria),
Entra el valiente Gazul
Señoreando la plaza,
Que con ir solo por ella
Toda la ocupa y levanta:
Hijo de sí por sus obras,
Para gloria de su fama,
Y para nobleza suya,
Es alcaide de la Algava.
Los ojos del pueblo lleva
El caballo entre las plantas,
Y en los apacibles suyos
Los hermosos de las damas.
Pasa delante del rey,
Del príncipe y de la infanta,
Y haciendo su cortesía,
El caballo y lanza pára.
Despues del galan paseo
En que fué vista su gala,
Los toros salen al coso
Y al riesgo de su pujanza.
El moro toma un rejon
Y el diestro brazo levanta:
Furioso acomete y pica,
Uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frio
El rostro al caballo espanta,
Y la espuma del caballo
Al toro ofende la cara.
Admirada está la corte
Del airoso brio y gracia,
Porque ningun lance pierde

Y á mil voluntades gana.
En este tiempo la suerte
A la postrera le llama,
Porque sale un bravo toro,
Famoso entre la manada:
No de la orilla del Bétis,
Ni Genil, ni Guadiana;
Fué nacido en la ribera
Del celebrado Jarama:
Bayo, el color encendido
Y los ojos como brasa,
Arrugados frente y cuello,
La frente vellosa y ancha,
Poco distantes los cuernos,
Corta pierna y flaca anca,
Espacioso el fuerte cuello,
A quien se junta la barba:
Todos los estremos negros,
La cola revuelta y larga,
Duro el lomo, el pecho crespo,
La piel sembrada de manchas:
Harpado llaman al toro
Los vaqueros de Jarama,
Conocido entre los otros
Por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
En la mitad de la plaza.
Y casi en la blanda arena
El hendido pié no estampa.
Sale al encuentro Gazul,
Como si fuera montaña,
Alzando el brazo en el hombro
Vibrando al rejon el asta:
Saca el codo junto al pecho,
Llega el puño, el brazo saca,
Y picando el fuerte cuello,
Cuero, carne y vida rasga:
Al fiero toro derriba;
El suelo mide la espalda,
Los piés que en la tierra herian
Al cielo vuelven las plantas:
Con el furor natural
Vuelve á un lado, prueba y alza
La tierra, que el cuerpo herido
No tiene mas que arrogancia;
De cuya herida en un punto
Revuelta en la sangre, escapa
La vida, dejando á muchos
Envidia de tal hazaña.
Juntóse el moro valiente,
A quien sigue y acompaña,
Oyendo los parabienes
De caballeros y damas;
Porque otra cosa no escucha
Desde andamios y ventanas,
Sino que fué grande suerte
De aquel famoso de Algava.

XIV.

Al tiempo que el sol esconde
Debajo del mar su lumbre,
Y de rojos arreboles
Colora el aire y las nubes,
Llegaba el fuerte Gazul
A Alcalá de los Gazules,
Con cuatrocientos hidalgos
De los moros andaluces:
Y apenas llegaba, cuando
Suenan tiros y arcabuces,
Atabales y trompetas,
Chirimías, sacabuches,
Que venía á echar de España
A Zulema, rey de Túnez,
Que estaba ya apoderado
De Marbella y sus alumbres.
Y aunque entra de noche el moro
No quiere ni pide lumbres,
Que el claro sol de Celinda
Quiere solo que le alumbre;
Y á la entrada de la villa
Suenan tiros y arcabuces, etc.
Todas las damas por vello
A los miradores suben,
Solo su esposa Celinda
Del suyo se esconde y huye.
Como no sale Celinda,
El corazon se le cubre
De temerosas sospechas,
De zelosas pesadumbres,
Y apeándose en palacio
Suenan tiros y arcabuces, etc.
Gazul del caballo baja
Y á ver á su esposa sube;
Hállala sola y tan triste
Que en suspiros se consume.
El moro llega á abrazalla,
Y ella se aparta y rehuye.
Y él dice: —¿Cómo es posible
Que tal conmigo se use?—
Y antes que ella le responda:
Suenan tiros y arcabuces, etc.
Al fin le dice con ira:
—Traidor, adonde se sufre
Que en cuatro meses de ausencia
De escribirme te descuides?—
Humilde responde el moro:
—Mi bien, no es bien que me culpes
Pues la pluma sin la lanza
Tomar un punto no pude:—
Abrazáronse, y al punto
Suenan tiros y arcabuces, etc.

Para apartalle del daño
Que le causó una mudanza:
Y que sean escotillones
Los dos ojos de su cara,
Por donde le entró á ver
Una aficion mal lograda:
Y quiere esté un estandarte
En el mástil de la gavia,
Para mostrar que en un tiempo
Tuvo á la fortuna en nada;
Y una letra en el baupres
Que diga en lengua cristiana:
« Todos estos mis servicios
« Tuvieron injusta paga. »
Que podrá ser que con esto
Conozca su mora ingrata
Que á un capitan de la tierra
Gana un general del agua.
Con esto se partió el moro
Camino de la Alpujarra,
Para llegar á Almería,
Adonde dejó su armada.
Y promete que jamas
Creerá de muger palabra,
Porque son plumas en viento,
O escrituras en el agua.

ROMANCES DE ZAIDE.

I.

Zaide ha prometido fiestas
A las damas de Granada,
Porque dicen que su ausencia
De fiestas las tiene faltas:
Y para poder cumplir
Lo que promete á las damas,
Concierta con sus amigos
De hacerles fiestas y zambras.
Entre muchas que imagina,
Concierta una encamisada,
Para las damas secreta,
Y para el vulgo callada.
Y antes que la clara aurora
El pecho se rasgue y abra,
Entra el venturoso moro
Con su ilustre camarada:
Hecha escuadra de cincuenta
Va toda bien concertada.
Zegríes con los Gomeles,
Azarques con los Audallas,
Vanegas y Portoleses,
Abencerrages y Mazas,
Alfarríes y Achapices,
Fordaques con los Ferraras,
Madrugan para coger
A las damas descuidadas,
Deseosos de ver libre
Lo que encubren tocas blancas.
Cabezas y cuerpos ciñen
De unas floridas guirnaldas;
Muchas cañas llevan verdes,
Y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan,
Ya las trompas y dulzainas,
Ya los gritos y alaridos,
Ya las voces y algazara.
Ya los añafiles tocan,
Ya les responden las cajas,
Y el envidioso Albaicin
Con mil ecos acompaña.
Los azorados caballos
Con los cascabeles andan,
Moviendo tanto ruido,
Que á la ciudad amenazan.
Unos corren, otros gritan,
Otros dicen; —Pára pára,
Sigan órden, vayan todos
La calle de la Alcazaba.—
Otros dicen: — La Gerea
No se deje, ni su plaza:—
Otros: — De Vivataubin
Vuelvan luego á la Alpujarra,
La calle de los Gomeles,
La plaza de Vivarrambla:
Corran toda la ciudad,
Viva Albolun, y el alcázar.—
Las damas que el dulce sueño
Las tiene muy descuidadas,
Al ruido dispiertan todas,
Y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
Preso de una mano blanca,
Cuál por descuido no cubre
Su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
Al cuidado alborotadas,
Aunque del cuidado nace
A cada mora mil ansias.
De pechos, y en pechos puesta
A la ventana asomada,
Está tan bella una mora,

Que mil pechos abrasaba.
Miran las moras la fiesta,
Cómo corren, cómo paran,
Y tan solo Zaida mira
Al aposento de su alma.
Zaide corre una carrera,
Y Muza su camarada.
Luego todos á la folla
Corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
Y con tantas veras anda,
Que no se viera la fin
Si el sol no les madrugára.
Determinan recogerse,
Dejan la fiesta acabada,
Piden lugar á la gente,
Diciéndola: —Aparta, aparta.

II.

Ya que la Aurora dejaba
De Titon el lecho, y vuelve
A la tierra el rostro hermoso
Con la claridad que suele,
Sale un moro descompuesto
Que Zaide por nombre tiene,
Disfrazado, solo al fin,
Que es lo que de amor pretende.
No trae adarga, ni lanza,
Caballo, pluma en bonete,
Ni la marlota bordada,
Plumas, cifra, ó martinetes:
Aunque al lado del vestido
Una letra se parece
Que declara en aljamía:
«Así me tratan desdenes.»
Vestido un débil gaban,
Porque con vestido leve
Es mas honor la nobleza,
Y mas oculta parece;
Y con la falta que muestra
De le faltar lo que quiere,
Va gallardo el fuerte moro,
Porque hoy amor le enriquece,
Y aunque por montes camina
A do gentes no parecen,
Es el ver su gallardía
Lo que desearse puede.
Y que su Zaida no ignora
Como es el hijo de Hamete,
Alcaide de los castillos
Que hacen á Granada fuerte,
Pues oro, plata ni sedas
No dan honor, ni enriquecen,
Que la mancha en un linage
Oro quitarla no puede!
Porque nunca Febo sale
Si la noche prevalece,
O cuando ya la mañana
Con luz abundante crece.
De zelos vive seguro,
Que es don que no se concede
A aquellos que son amantes,
Ni á todos los que pueden.
Lleva solo un rico alfange
Oculto do no parece,
Y bien seguro de sí,
Aunque mas armas no lleve;
Y de su patria Granada
Le manda amor que se ausente
Hácia do vive su Zaida,
En cuya ausencia se muere,
Por ser la mas bella dama
Que cria el sol del oriente.
Vive ausente de la corte,
Porque el rey así lo quiere.
Es hija de un alfaquí,
A quien el rey mucho debe;
Allegado á la corona,
Del mismo rey descendiente;
Y porque no se permite
Casar con moro pariente,
No es hoy su yerno el rey,
De lo cual vive impaciente.
Ella dió su mano á Zaide
Despues de muchos reveses,
Y palabra de ser suya,
Si el tiempo no lo impidiese.
Despues de andar sus jornadas,
Cansado de verse ausente,
Llegó á vista de la torre
Que dentro á su mora tiene.

III.

Fijó pues Zaide los ojos
Tan alegres cual conviene,
Por ser el tiempo cumplido
De su tan propicia suerte:
Y dice: —¡Dichoso muro,
Y dichosas tus paredes,
Adonde vive mi Zaida,
Y mi alma que ella tiene!
Dichoso el suelo que pisa
Con razon llamarse puede.
Pues en él sienta sus plantas
Hechas de fuego y de nieve;
Y mas dichoso tú, Zaide,
Si dar fin Alá quisiese
A esta tan terrible ausencia,
En que pensé que muriese.
El descanso de esta vida
Si durase para siempre,
¡Cuántos mas le procuráran
De los que buscarle suelen!
Y si la mortalidad

Que nos convida á la muerte,
Aunque con tarda esperanza,
Esperarla nos conviene.
Ya desde luego la espero,
Y en Alá primeramente,
Que el fin dichoso, en tus brazos
Me dará próspero alegre:
Y si en la mas alta cima
Me hallase, y se permitiese,
Y mi amor hiciese efecto,
Dichosa seria mi suerte.
¡Bella Zaida de mis ojos!
¡Dichoso si ya te viese
En estos rendidos brazos,
Dichosos entre mil gentes!
Llega pues, verás tu Zaide,
Que nombras galan y fuerte,
El cual en saber amarte
A todos pasa y escede.
Debiera ser tu belleza
Tan libre como la muerte,
Aunque si tan libre fuera
Dieras á mil mundos muerte.
¡Bella Zaida! llega á tiempo
Que alcance mi avara suerte
La palma de tu valor,
Pues es deuda que me debes.—
Y como la vido el moro,
Dijo: — ¡Si Alá permitiese
Que para alumbrar mis hechos
Tal sol no se oscureciese!
Y porque mi lengua muda
Temo que no manifieste
Lo mucho que noto en tí,
Digalo quien mas sintiere.—
La mora responde: — Zaide,
Si de tí cierta estuviese
Que traias la lengua muda,
Juro que te obedeciese;
Mas temo que tus palabras
A la fin se me volviesen
Por remate de amistad,
Cada una una serpiente.—
Zaide respondió: — Señora,
Si en mí tal jamas hubiere,
Quiero me falte la tierra,
Y el cielo su luz me niegue.—
Con esto los dos asientan
Una amistad firme y fuerte,
Para no faltar jamas,
Si no falta con la muerte.

IV.

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mugeres,
Ni con mis cautivos trates,
Ni preguntes en qué entiendo,
Ni quién viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber querido
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto mas cristianos
Que tienes gotas de sangre:
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentil hombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse:
Blanco, rubio por estremo,
Esclarecido en linage,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires:
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo
Fuera posible adorarte;
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte,
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades,
Y habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarse,
Un alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.
Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes,
Porque los quieren briosos,
Que hiendan y que desgarren.
Y con esto, Zaide amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
Costoso fué el que me hicistes,
Venturoso fueras, Zaide,
Si conservarme supieras
Como supiste obligarme:
Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde,
Y á un morillo mal nacido
Me dijeron que enseñastes
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.
No pido que me la vuelvas,
Ni tampoco que la guardes;
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron
Cómo le desafiastes

Por las verdades que dijo,
Que nunca fueran verdades.
De mala gana me rio,
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte,
Esta será la postrera
Que me veas y te hable. —
Dijo la discreta mora
Al altivo Abencerrage,
Y al despedirle replica:
—Quien tal hace, que tal pague.

V.

Mira, Zaida, que te digo
Que andas cerca de olvidarme,
Determinada sin causa
De aborrecerme, y dejarme.
No preguntas en que entiendo,
Ni consientes visitarme,
Mis recaudos aborreces,
Mis billetes te desplacen.
Confieso que eres hermosa,
Bizarra y de lindo talle,
Y que con donaire y brio
Bailas, danzas, cantas, tañes.
Y que has muerto mas cristianos
Que tienes gotas de sangre,
No con espada ni lanza,
Sino con armas mas graves:
Que emponzoñas con la vista,
Y encantas con el lenguaje,
Y con unas y otras cosas
Matas hombres á millares:
Que pierdo mucho en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y si solo me quisieras
Fuera posible adorarte;
Mas por este inconveniente,
Determino de quedarme
De la suerte que me dejas,
Huyendo tus novedades;
Que eres pródiga en amar
Y presta en determinarte,
Ligerísima en querer
Y mas ligera en mudarte.
Habrá menester ponerte,
Quien quisiere sustentarte,
Firmeza en la voluntad,
Y al corazon un alcaide.
Mucho valen las mugeres
De tantas gracias y partes,
Porque hay pocas tan discretas,
Que en ganeral poco saben:
Mas por eso, Zaida amiga,
Cuando quieren que las amen,
Al arca de sus favores
No ha de haber mas de una llave.
¡Costosa es la que me diste!
Venturoso fuera Zaide
Si conservarte supiera
Como supo enamorarte;
Mas no bien hube salido
De los jardines de Tarfe,
Cuando en mi lugar pusiste
Un infame Bencerrage,
No porque enseñé la trenza
Que pusiste en mi turbante,
Ni conté de tus favores
A alguno la menor parte:
De esto no estarás quejosa,
Ni llamarás disparate
No guardar yo tus secretos,
Y querer que otro los guarde;
Que quien como hombre las siente,
Callar como piedra sabe;
Y aunque de quejas reviente
Te prometo que yo calle.
Ninguna puedes tener
De mí sino es por amarte,
Que soy estremo en quererte,
Y tú estremo en despreciarme;
Mas quien de mugeres fia
Es justo que así le traten,
Y que por mí digan todos:
Quien tal hace, que tal pague.

VI.

¿Di, Zaida, de qué me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?
No des crédito á mugeres
No fundadas en verdades;
Que si pregunto en qué entiendes,
O quién viene á visitarte,
Son fiestas de mi tormento
Ver que visitas te placen.
Si dices que estás corrida
De que Zaide poco sabe,
No sé poco, pues que supo
Conocerte y adorarte.
Si dices son por mi causa
Las que en el rostro te salen,
Por la tuya con mis ojos
Tengo regada tu calle.
Confiesas que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes:
¡Pocas tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme!
Mas si ha querido mi suerte
Que ya el quererme te canse,
No pongas inconvenientes
Mas, de que quieres dejarme:

No entendí que eras muger
A quien novedad aplace;
Mas son tales mis desdichas
Que en mí lo imposible hacen,
Y hanme puesto en tal estremo
Que el bien tengo por ultraje,
Y alábasme para hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y aunque hablas en mi ofensa
No dejaré de adorarte.
Dices, que si fuera mudo,
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño yo lo he sido,
Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales:
Mi boca la del silencio,
Que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales;
Mas de favores hacello
Solo pertenece á infames.
Zaida cruel, basme dicho
Que no supe conservarte:
Mejor te supe obligar
Que tú has sabido pagarme.
Mienten los moros y moras,
Miente el infame de Tarfe,
Que si yo le amenazára,
Bastára para matarle:
A ese perro mal nacido
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos,
Que en bajos pechos no caben.
Yo le he de quitar la vida,
Y he de escribir con su sangre,
Lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hizo, que tal pague.

VII.

¿Dime, Bencerrage amigo,
Qué te parece de Zaida?
¡Por mi vida que es muy fácil!
Para mi muerte es muy falsa,
Este billete la escribo,
Escucha, y silencio guarda,
Que su beldad estimé,
Y quiero estimar su fama.
«¡O mora, imágen del tiempo
En condicion y mudanza,
Hipócrita en los amores,
Logrera en las esperanzas!
Ya tu voluntad y gustos
Van por leyes de las galas,
Que á cada tocado nuevo
Nuevos pensamientos sacas.
Confieso que eres mas bella
Que las flores con el alba;
Mas al fin, hay varias flores,
Y tú tambien eres varia.
Espejo eres de hermosura,
Pero tienes una falta,
Que á todos haces buen rostro,
¡Notable vicio en las damas!
Nuevas parecen mis quejas,
Pues no te llamo inhumana;
¡Mas ojalá cruel fueras,
Y no tan afable y mansa!
Que aunque dieras tarde el fruto,
Fuera firme como palma,
Que á costa de mis tormentos
De ella te hiciera guirnaldas:
Mas ayer se vino un huésped,
Y ya le ofreces el alma:
No sé, Zaida, cómo es esto,
Pues otra me tienes dada.
Si tantas almas tenias,
Dijéraslo, y no te amára,
Que yo no tengo mas de una,
Y no sé cumplir con tantas.
¡Ay, Zaida, como te temo!
Deja que el huésped se vaya,
Y verás tras su partida
Su fe partida y quebrada:
Pero dirás que no sientes
Ausencia, porque no amas,
Y que yo quedo en la corte
Esclavo antiguo de casa;
¡Muy mal conoces mi gusto!
¡Mucho te estimas y engañas!
¿Que tengo yo faltas, mora,
Para entretenerte á faltas?
Quien media vez me ofendió,
Entera no ha de contarla,
Que en muger, un solo yerro
A quien sufre mucho agravia:
Mas esto al fin te aconsejo,
Y es dar al viento palabras,
Que al primero que admitieres
Le des las prendas del alma.
Ten ya en tus amores fe,
No condenes tu honra y fama
Con amor falso y fingido,
Que sin fe nadie se salva;
Y no firmo este papel,
Pues no soy á quien llamabas.
Antes con razones dulces,
Y sin razones estrañas;
Pero bien entenderás

Los efectos y la causa,
Que aunque tú mas disimules,
Bien sabes á quien agravias. » —
Esto mostró al Bencerrage
El bravo alcaide de Baza,
Y cerrándolo, lo envia
A la misma mora Zaida.

VIII.

Reduan, anoche supe
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene:
Que un pecho que fué diamante
En cera blanda le vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfía,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fuí siempre.
¡ Qué de abrazos que la debo!
¡ Qué de suspiros me debe!
Que ardiendo van de mi pecho
Y se hielan en su nieve.
Gloria la daban mis prendas
Y consuelo mis papeles;
Lo que mi lengua decía
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso tan breve,
Y en mil pesares y enojos
Se trocaron mis placeres.
¡ Quién tal creyera! olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un moro advenedizo,
Que no sé de quien desciende,
El sí le dió á sus porfías,
Y unas fiestas hacer quieren,
Y tienen de salir ambos
Vestidos de tela verde.
¡ Huélgate, mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues!
¡ Entra ufana en Vivarrambla,
Donde mis penas te alégren!
A aqueste infame morillo
Que aborrezco, y favoreces,
Atale al brazo tu toca
Para que las cañas juegue,
Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve,
Y en la tuya la tiñera,
Mas soy hombre, y muger eres.
¡ Por Mahoma que estoy loco!
¡ Mi sangre en las venas hierve!
¡ La paciencia se me acaba
Y mi juicio se pierde!
Pero no me tenga el mundo
Por el alcaide de Velez,
Ni me favorezca el cielo,
Ni la tierra me conserve,
Muera á manos de un cobarde
Sin que tenga quien me vengue,
Si á esta ciudad, si á este infierno,
Adonde mi honra muere,
No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese morillo cobarde,
Que es infame, y se me atreve,
A quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Reduan,
De vengarme, ó de perderme;
Que un noble, si está ofendido,
Facilmente se resuelve.

IX.

Cuando el noble está ofendido,
Es resolucion discreta
Por satisfacer su agravio
Arriesgar vida y hacienda.
Pero esto se ha de entender,
Cuando aquel que hizo la ofensa
Tiene sugeto capaz
Para hacer la recompensa.
Y respondiendo á tu carta,
La cual ví letra por letra,
Y lo que tu dama escribe
Claro su discurso enseña:
Diréte en razones breves
Lo que el deseo me ofrezca;
Que errar ó acertar la cura
Consiste en la vez primera.
Primero he sido en saberle,
Por ser en mi amistad deuda,
Y lo seré en aplicarte
El remedio que convenga.
Si dices que un moro infame
De sangre baja y pechera,
En tu ausencia él y tu dama
Muestran efectos de ausencia,
¿ Qué mejor venganza quieres?
¿ Qué mas tu alma desea,
Pues obligaciones tuyas
Las pagas con bolsa agena?
A ella en pago del delito
Le será castigo y pena
El trueco de su mudanza,
Que muchos siglos posea.
Y si á los gozos presentes
Tus memorias tienen muestra,
Será flor de maravilla,
Que con el alba recuerda.
Pasan estas novedades

Y la Fortuna que vuela,
Poniéndoos en su balanza
Hará ver la diferencia.
Contemple en el galan nuevo
La bella rueda y cabeza,
Llegue á los piés de su sangre,
Y olvidársele ha la rueda.
A entrambos conocerá
Cuando sea menos la hoguera,
Que quien ve quemar su casa,
No es mucho memorias pierda.
Si en las fiestas que ordenaren
Sacaren verde librea,
Darán pregon, que es un tonto,
Y ella, que es lo que se precia;
Que aquel que á una alma mudable
La voluntad y fe entrega,
Por castigo bien le basta
La esperanza de esta feria.
Si tus prendas le alegraban,
En las mugeres las prendas
Es precio en que se remata
Falsedad en almoneda.
Si en tí se cerró el remate,
Ha habido una puja nueva,
Y son bienes de menores,
Que se abre el remate y cierra.
Aire, suspiros y abrazos
De tu memoria destierra,
Que el bronce y el aire vano
Mal podrán esculpir letras.
Deja muertes y alborotos,
Ven, y con verlos te alegra,
Que la venganza mayor
Será no hacer cuenta de ella.

X.

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;
Si en la vega escaramuzas
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca
Con la cimitarra danzas,
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla;
Si como el galan ornato
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa
Como el son de la dulzaina;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas,
Sal á ver si te defiendes
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
No en palacio ni entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan.
Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás como habla
El que delante del rey
Por su respeto callaba.—
Esto el moro Tarfo escribe,
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
Le dijo: —Vete á la Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta:
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.

XI.

No faltó, Zaide, quien trujo
A mis manos tus dos cartas,
Por las cuales ví que en una
En ausencia me maltratas.
Trátasme injustamente
De severa, cruel, tirana,
No echando de ver que tú
Eres el principio y causa
De la que, Zaide, he tenido
Para mostrarme enojada,
Por ser tú, blando de boca,
Y no tener rienda en nada.
Y para no renovar
Nuestras historias pasadas,
Me ha parecido escribirte
Solas aquestas palabras,
Movida de que tambien
En la segunda me tratas
De afable, mansa y benigna,
Conociendo tu desgracia:
Y lo mejor que hay en ellas
Es que pusiste las plantas
Por testigos de tu pena,

Porque te oyesen sus ramas,
Las cuales, segun sospecho,
Han de quedar enseñadas
A ser oráculo y templo
De la sibila cumana.
¡Gran trabajo tienes, moro,
Por tener tan mala fama,
De quien, como de la lumbre,
Huyen hoy de tí las damas!
Pero porque te arrepientas,
Quiero mostrarme ya mansa,
Pues no hay piedra donde no
Haga el curso alguna entrada.
Bien hiciste de apelar
De tu sentencia ya dada,
Pues no hay juez tan riguroso
En quien piedades no haya.
De mí te sabré decir
Que aunque tus obras son malas,
Tengo, como nací noble,
Noble corazon y entrañas.
Notando que una leona,
Aunque esté furiosa y brava,
Si el leon se le humilla,
Ella se humilla, y le halaga;
Pero si acaso el leon
El amistad celebrada
No la sabe conservar,
Le aborreco y le desama.
Harto, Zaide, creo he dicho
Para que entiendas de Zaida
Estar agena de culpa,
Y libre de tus palabras.

XII.

Cese, Zaida, aquesa furia,
Que á fe que te entiendo, Zaida;
Que deseas verme muerto,
Pero muerto por tu causa.
Si tu lengua me despide,
¿Porqué tus ojos me llaman?
Y si en público te hielas,
¿Porqué en secreto te abrasas?
La razon de estos efectos
No te la pregunto, Zaida;
Pero díganlo tus ojos,
Que yo sé que no lo callan.
Avísasme que te deje;
Ten aviso en tus palabras,
Que á do se trata de amor
Hiere quien de aviso trata.
Píntasme lindo en estremo;
Pero el publicar mis gracias
Solo es darme lo que es mio,
Como quien me echa de casa.
Dices que soy blanco y rubio:
¡Blanco me tienen desgracias,
Pero negra es mi ventura,
Por ser rubia tu mudanza!
¡Paréceme que te loas,
Viniendo á dejarme, ingrata!
Son las honras que me haces
Como el que ha muerto en el alma.
Pero si naciera mudo,
Publicas que me adoráras:
Mil lenguas tener quisiera,
Porque todas te alabáran.
Aquese alcázar que dices,
En mi pecho no hace falta,
Porque todo es fortaleza
Por el primor de mis ansias.
Solo el alcaide en mis labios
Falta, porque ya en mi alma
Tenia guarda de alcaide,
Hija de alcaide de guarda.
Interpreta estas razones,
Que yo sé que son bien claras,
Si no es que las escurezcan
Los nublados de tu saña.
Los galanes de mis partes
Mucho pueden con las damas;
Mas poco puedo contigo,
Porque partes no te espantan.
Los platos de sus favores
Los sabios comen y callan;
Mas si el manjar es sabroso,
¿Qué sabrá el que no lo alaba?
En esto muestras ser niña,
Pues eres tan poco sabia.
En los sucesos de amor,
En que esperiencia se alcanza,
La trenza de los cabellos
No enrede la verdad, Zaida,
Basta que enrede las vidas
De falsarios que me agravian:
Jamas publiqué ser tuyo,
Solo ella lo publicaba,
Llevando escrito tu nombre
En el valor que mostraba.
Mejor sé guardar secretos,
Ríete de buena gana,
Que no aquellos que te han dicho
Soy hablador de ventaja;
Y admite agora disculpa,
Si te place bella Zaida.

XIII.

Gallardo pasea Zaide
Puerta y calle de su dama,
Que desea en gran manera
Ver su imágen y adorarla;
Porque se vido sin ella
En una ausencia muy larga,
Que desdichas le sacaron

Desterrado de Granada:
No por muerte de hombre alguno,
Ni por traidor á su dama,
Mas por dar gusto á enemigos,
Si es que en el moro se hallan,
Porque es hidalgo en sus cosas,
Y tanto que al mundo espantan
Sus larguezas, pues por ellas
El moro dejó su patria:
Pero á Granada volvió
A pesar de ruin canalla,
Porque siendo un moro noble,
Enemigos nunca faltan.
Alzó la cabeza y vido
A su Zaida á la ventana,
Tan bizarra y tan hermosa
Que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver
A quien ha entregado el alma,
Tan turbada y tan alegre,
Y cuanto alegre turbada:
Porque su grande desdicha
Le dió nombre de casada,
Aunque no por esto piensa
Olvidar á quien bien ama.
El moro se regocija,
Y con dolor de su alma,
Por no tener mas lugar,
Que el puesto no se le daba,
Por ser el moro zeloso
De quien es esposa Zaida,
En gozo, contento y pena
Le envió aquestas palabras:
— ¡Oh mas hermosa y mas bella
Que la aurora aljofarada!
¡Mora de los ojos mios,
Que otra en beldad no te iguala!
Dime, ¿fáltate salud
Despues que el verte me falta?
¡Mas segun la muestra has dado
Amor es el que te falta!
¡Pues mira, diosa cruel,
Lo que me cuestas del alma,
Y cuantas noches dormí
Debajo de tus ventanas!
Y mira que dos mil veces
Recreándome en tus faldas,
Decias: El firme amor
Solo entre los dos se halla.
Pues que por mí no ha quedado,
Que cumplo, por mi desgracia,
Lo que prometo una vez,
Cúmplelo tambien, ingrata.
No pido mas que te acuerdes,
Mira mi humilde demanda,
Pues en pensar solo en tí
Me ocupo tarde y mañana. —
Su prolijo razonar
Creo el moro no acabára,
Si no faltára la lengua,
Que estaba medio turbada:
La mora tiene la suya
De tal suerte, que no acaba
De acabar de abrir la gloria
Al moro con la palabra:
Vertiendo de entrambos ojos
Perlas con que le aplacaba
Al moro sus quejas tristes,
Dijo la discreta Zaida:
— Zaide mio, á Alá prometo
De cumplirte la palabra,
Que es jamas no te olvidar,
Pues no olvida quien bien ama;
Pero yo no me aseguro,
Ni estoy de mí confiada,
Que suele el cuerpo presente
Ser la vigilia doblada,
Y mas que tú lisongeas
Que ya lo tienes por gala,
De ser como aquí lo has dicho,
No habiendo en mí bueno nada:
Sé muy bien lo que te debo,
Y pluguiese á Alá quedára
Hecho mi cuerpo pedazos
Antes que yo me casára;
Que no hay rato de contento
En mí, ni un punto se aparta
Este mi moro enemigo
De mí lado y de mi cama;
Y no me deja salir,
Ni asomarme á la ventana,
Ni hablar con mis amigas,
Ni hallarme en fiestas ó zambras. —
No pudo escuchalla mas
El moro, y así se aparta,
Hechos los ojos dos fuentes
De lágrimas que derrama.
Zaida no menos que él
Se quita de la ventana,
Y aunque apartaron los cuerpos
Juntas quedaron las almas.

XIV.

Memoria del bien pasado,
No me aflijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.
Yo ya perdí mi contento,
Si acaso puede tenelle,
Mezclado entre los temores
Del mal que tengo presente.
¡Ingrata! con tus mudanzas
Tanto mis veras ofendes
Que vuelves mi ardiente pecho
Mas helado que las nieves:

Los males que le causabas
Estimaba mas que bienes,
Y agora los bienes tuyos
Mas que males me parecen.
Tu memoria era bastante
En mi pena á entretenerme,
Y agora con tu memoria
Mi pena se aumenta y crece:
Tu hermosura me alegraba
Cuanto agora me entristece,
Que la memoria ofendida,
Mi fe y agravio me ofrece.
Jamas conocí otro cielo
Sino aquel donde estuvieses;
Ya conozco que fué engaño
Y que me engañé en quererte.
En estos afectos mios
Claro puede conocerse
Que al fin una sinrazon
Mas que mil razones puede:
La mudable condicion
En el sugeto que tienes,
No puede ser cosa tuya,
Sino solo de mi suerte:
Ya no te acuerdas de mí
Sino para aborrecerme,
Que ya en esto te parezco,
Aunque siento el parecerte.
Pluguiera al cielo, enemiga,
Que las partes que tú tienes
No fueran tan de estimar,
Por no sentir el perderte. —
Esto dijo el moro Zaide
Y por un monte se mete,
Cuyos árboles copados
Del sol la entrada defienden.

XV.

Zaide esparce por el viento
Las cenizas de unas cartas,
Agora tan enojosas
Cuanto en otro tiempo caras.
Y aunque revuelve razones
Para poder disculparlas,
No halla ninguna que baste,
Que no hay disculpa á mudanzas.
Dice: — Si escrituras fuisteis
Habeis parecido falsas,
No por falta de firmeza,
Mas por sobra de desgracia.
Y si fuisteis testimonios
De algunas veras pasadas,
Indebido fué tal nombre,
Pues veras tarde se acaban.
Si fuisteis obligaciones,
Ya sin razon son negadas;
¡Pero quien niega las propias
Poco en agenas repara!
Y si fes, fuistes fingidas,
Pues estais tan olvidadas:
Si palabras, mentirosas,
Pues son las obras contrarias,
Por estas y otras razones
Os he entregado á la llama,
Que no es justo tener prendas
De deudor que tan mal paga.
Yo me acuerdo de otro tiempo
Que ningun fuego os quemára,
Porque siendo en vuestra ofensa
Mis lágrimas le apagáran;
Mas vuestro mudable dueño
Ha hecho en mí tal mudanza,
Que á faltarme agora fuego
Os quemára el de mi rabia.
Lleve el viento esas cenizas,
Pues llevó mis confianzas;
Y llévese mis memorias,
Que ya en perderlas se gana. —
Mas dijera, mas no pudo,
Que le atajan las palabras
Las sinrazones presentes,
Y las razones pasadas.

XVI.

Algun fronterizo alarbe
De los pecheros comunes,
Zaide, mal quisto y traidor
Fué tu padre, no lo dudes:
Entre la fineza noble
De tu abuelo el gran Adulce,
El sayal de tu bajeza
Por mil partes se descubre,
Y como lo falso opones
A la verdad de que huyes,
Oropel de la nobleza
Te llaman, y rey de embustes.
Engañóme tu semblante,
Amistad contigo tuve,
Mis secretos te fiaba,
¡Mira en que parte los puse!
Mira, pues lo miran todos,
¡Qué moro á mi lado truje,
Que á sus enemigos teme,
Y á sus amigos destruye!
A la bella Lindaraja,
Sobrina del rey de Túnez,
Escribiste que en Granada
Alabarme de ella supe:
Que sus favores contaba,
Gustando que se divulgue
Mi ventura y su firmeza,
Porque se ofenda y me culpe:
Si tú fueras el dichoso
Desde el suelo hasta las nubes,

A su nobleza infamáras,
Que es obra de tus costumbres.
De mí ya saben las damas
Que hago que se sepulte
Su favor en mi silencio,
Porque mas mis glorias duren.
Ausentéme de la corte,
Y porque sus trazas use
Tu condicion engañosa,
Y el amor el mando usurpe,
A Zafira que me amaba
Osaste decir que busque
Ocasion para valerte,
Y que en tu ocasion la ocupe.
¡Mal te fué con las dos moras!
Porque el amor nunca sufre
Cautelas en sus verdades,
Ni tinieblas en sus luces.
Quien tal amistad mantiene
Consigo mismo se junte,
Pensamientos suyos trate,
De los agenos no cure.
Oro puro ha de ser todo
Lo que en amistad reluce:
Hidalguía con traicio
Respetos bajos arguye.
El pecho de un caballero,
Si hay vileza que lo enturbie,
Por mal nacido y villano
Es digno de que le juzguen.
Zaide, prevenid el pecho,
No haya lanza que ejecute
La venganza que debeis;
Mirad que el plazo se cumple.
Mirad mucho por la cara,
Que habrá filos que la crucen,
Volviendo por las ofensas
De las que ciñen estuches;
Que aunque mas vuestro linage
Os defienda y asegure,
Ha de caer con la muerte
Quien traidores pasos sube.

ROMANCES DE TARFE.

I.

Abrasado en viva llama,
Bravo, feroz y rebelde,
Porque está hecha de hielo
La que tanto fuego enciende:
Sentado está el moro Tarfe,
Y no en el pecho que quiere,
Frontero de los palacios
De Celia, por quien padece.
Vióla estar á la ventana
Con hermosa y grata frente,
Pero los esquivos ojos
Daban muestras de crueles,
Mostrando el bravo rigor
Que con él tuviera siempre,
Haciendo su duro pecho
Con sus rayos trasparente;
Y muestra el moro en la cara
Mil colores diferentes,
Que en ver el estremo de ellas,
Unas van, y otras se vuelven:
Y sudando de corage,
Se limpia el rostro mil veces,
Con un velo que le dió
La hija del moro Hamete:
Y porque Celia en miralle
Algun tanto se suspende,
De mudanza temeroso,
Dice, que arder se parece:
—La mas sublime merced,
Cruel, que puedas hacerme,
Es que de veras me avises
Si me quieres ó aborreces;
Porque le pague á Adarifa
Lo mucho que tú me debes:
Que me adora, y no la estimo,
Y tú de verme te ofendes.—
Y zeloso de traicion
De los que envidia le tienen,
Con mil amorosas ansias
Dice, apretando el bonete:
—Miente el traidor homicida
Que con Alia me revuelve,
Y si fuere mas que uno,
Todos cuantos fueren mienten.
Zegríes ó Bencerrages
Salgan, aun que sean veinte,
Sarracinos ó Aliatares,
Adarifes ó Gomeles,
Que yo soy el moro Tarfe,
Espejo de los valientes:
Que á la corte soy venido
A pasear con los reyes,
Como paseó mi padre
En los palacios de Gelves;
Y por mí dejan sus aguas

Las bellas ninfas del Bétis,
Y ellas harán que mi nombre
En la corte se celebre:
Y sepan quien es el Tarfe,
Y de qué sangre desciende,
Y que me hagan la salva
Los demas de alta progenie,
Y que en solo oir mi nombre
Los mas arrogantes tiemblen.
Mienten otra vez, les digo,
Los que al contrario dijeren:
Salga gente de Granada;
Suelten plumas y alquiceles;
Suelten las bandas moradas,
Y las de esperanzas verdes
Sus usurpadas divisas
De damas que no merecen:
Pongan cascos acerados
Y yelmos de finos temples,
Sabrán si cumple mi lanza
Lo que mi lengua promete:
Que por Celia he de morir;
Pero antes de mi muerte,
Quedará el suelo teñido
De sangre de estos aleves.

II.

En dos yeguas muy ligeras,
De blanco color de cisne,
Se pasean en Granada
Tarfe y el rey de Belchite:
Iguales en las colores,
Porque iguales damas sirven,
Que el Tarfe sirve á su Celia,
Y el rey sirve á Doralice:
Con bandas verdes y azules
Los gallardos cuerpos ciñen,
Cubiertas de naranjado,
Que el verde no se divise;
Marlotas y capellares
Moradas y carmesíes,
Bordadas de plata y oro,
Y esmeraldas y rubíes;
Los almaizares leonados,
Color congojosa y triste,
Plumas negras y amarillas,
Porque sus penas publiquen
En las letras y divisas,
Algun tanto se distinguen,
Que lleva el rey en la adarga,
Hecha de varios matices,
Una dama muy hermosa,
Y un gallardo rey humilde,
Con la corona á sus piés,
Sufriendo que se la pisen,
Y un corazon abrasado,
Con una cifra que dice:
« De hielo nace mi llama,
« Y el hielo en mi fuego vive. »
La dama lleva en la mano,
Y encima su frente insigne,
Dorado cetro y corona,
Porque se entienda que rige;
Y en la mano izquierda un mundo,
Porque le manda y oprime,
Y la fortuna humillada,
Que el paso á su rueda impide.
No lleva el Tarfe divisas,
Porque no se escandalice
Adalifa, que de Celia
Zelos al moro le pide.
Solo lleva por empresa
Un verde ramo apacible,
Y un retrato cuyos ojos
Vivas centellas despiden,
Y en todo el ramo esta letra,
Que en arábigo prosigue:
« Aunque tus rayos me abrasen,
« Fia que no me marchiten. »
Y arrancando muy veloces,
Porque sus damas los miren,
Acabando la carrera
El rey dijo á Doralice:
—Aunque las diosas sagradas
Tu hermosura te envidien,
¿Porqué con tu gloria y cielo
Pena y infierno permites?
Dime pues ¿qué mas deseas?
¿Qué mas al cielo le pides
Que tener á un rey sugeto,
Si de reyes sucediste?
Ya no te pido favores,
Ni que me adores y estimes,
Sino que uno solo escojas
De los muchos que te sirven,
Porque veo que á cualquiera
En tu servicio lo admites,
Así al de bajo linage
Como á el de alto y sublime:
Y en los saraos y zambras
De ordinario te persiguen
Los Audallas y Aliatares,
Azarques y Almoradíes,
Zegríes y Bencerrages,
Sarracinos y Adalifes,
Y con cara alegre y grata
A ninguno no despides,
Que á todos matas de amor
Con un falso amor que finges.
Quitas la vida y el alma,
Y tú con mil almas vives:
Si no quieres enmendarte,
Me desengañes y avises,
Que damas hay en la corte
Que desean de servirme;

Y la hermosa Bindarraía
Desde Antequera me escribe
Con cien mil zelosas quejas,
Diciendo. ¿Cómo es posible
Que mis letras y mis cartas
Dentro en tu alma no imprimes,
Pues que tú impreso en la mia
Aunque estás, ausente vives? —
Y con esto cesó el rey,
Y el Tarfe á Celia le dice:
— Celia, y cielo te llamaba,
Mas ya encantadora y Circe,
Porque tu sereno cielo
De oscuras nubes cubriste,
Y en los soles de tu cara
Tu crueldad hace eclipse,
Y al que antes del sol vestias,
De oscuras tinieblas vistes;
Y antes que la santa fiesta
Del Bautista solemnice,
Por Alá que he de sacarte
De la patria donde vives;
Y esto no será en tu mano
De que yo me determine,
Pues sabes que el mundo es poco
Para poder resistirme,
Pues he disipado á Francia
De valientes paladines,
Y tengo en toda Vandalia
Teñidos los arreciíes
De los de la cruz de grana
Y los de flores de lises,
Y de teñir en Granada
Alhambras y Zacatines,
Aunque no suele mi alfange
En tan vil sangre teñirse. —
Y en esto oyeron tocar
A rebato los clarines,
Y mas ligeros que el viento
Se parten sin despedirse.

III.

A un balcon de un chapitel,
El mas alto de su torre,
Alto estremo de hermosura,
Y alteza de los amores,
Estaban dos damas moras,
En suma beldad conformes:
Suma que es suma en quien suma
Mil sumas de corazones:
La una se llama Celia,
Y otra Jarifa es su nombre,
Jarifa que agudas flechas
Y jaras tira á los hombres.
Salian Tarfe y Gazul
Por delante sus balcones,
Delante las que adelante
Se adelantan á sus dioses,
Y las moras desde arriba
Tiran piedras por favores,
Piedras que empiedran el alma,
Y las piedras blandas ponen,
Y tiran juntos con ellas
Claros rayos de sus soles;
Claros que al mas claro sol
Clara ventaja conocen.
Los moros alzan los ojos
Viendo las llamas feroces,
Llama que en llamas abrasa,
Y llama á quien no conoce;
Y la clarífica luz,
La clara vista quitóles,
Vista que mil veces vista
Hace que á revista tornen.
Juzgan los moros por gloria
El perder la luz entonces,
En la luz que á la luz priva,
Y sin luz da luces dobles;
Y tienen puestos los moros
Velos de varias colores
Varios que á varias amantes
Dan varias muertes enormes:
Bájanse del chapitel,
Y en el corredor se ponen,
Corredor que corre almas,
Y alcanza las que mas corren,
Y mirándolas de cerca
Dan mas vivos resplandores,
Vivos que dan á los vivos
Vivas muertes y pasiones:
Y á los moros les hicieron
Que la luz perdida cobren,
Perdida, mas bien ganada;
Ganada, pues bien perdióse:
Y alegres y satifechos
Ligeros la plaza corren,
Plaza que á tantos aplaza,
Y emplaza en pleitos de amores.

IV.

Mora Zaida, hija de Zaide,
No quiero que mas te burles.
Con burlas que tanto aumentan
Las penas que mi alma sufre.
No quieras cubrir el cielo
Que siempre en mirarte tuve,
Para descubrir los males
Que tus favores me cubren.
Si te pido la palabra
Que me diste, no te escuses
Con cautelosas razones;
Di que no quieres: concluye.
No muestres tanto desprecio,
Ni te altives, ni te encumbres,

Pues de gravedades locas
Cualquiera que ama huye.
Porque mil moros te quieran
No te pongas en las nubes,
Que los discursos mas llanos
Usan ya los mas ilustres,
Que ya no hay moros Zegríes,
Ni otros semejantes busques,
Que hagan cueva por desdenes
A sombra de un acebuche.
El tiempo con que te burlas
A tí propia te destruyes,
Que el pasársete tus años
Entre los moros se ruge.
Cásate, Zaida, si quieres,
Porque es cosa que te cumple,
No aguardes que los que juzgan
Tantas verdades desnuden.
Y si quieres aguardar
Que el tiempo este caso cure,
Mira tú cuán sin piedad
Todas las cosas consume,
Dame el premio que merecen
Mis presentes pesadumbres,
Y al hacer salva, á la sorda
Suenen tiros y arcabuces,
Y en el campo de mi fe
Pon luz con tu clara lumbre,
Para que oigan con mi triunfo
Chirimías sacabuches.—
Esto dijo el moro Tarfe
Con los acentos mas dulces,
Como aquel que en solo amar
Es flór de los andaluces.

V.

Católicos caballeros,
Los que estais sobre Granada,
Y encima del lado izquierdo
Os poneis la cruz de grana;
Si en los juvenilos pechos
Os toca de amor la brasa,
Como del airado Marte
La fiereza de las armas;
Si por las soberbias torres
Sabeis volar una caña,
Como soleis en la vega
Furiosos volar las lanzas;
Si como en ella las veras
Os place el burlar de plaza,
Y os cubris de blanda seda
Como de ásperas corazas;
Seis sarracenas cuadrillas,
Con otras tantas cristianas,
El dia que os diere gusto
Podremos jugar las cañas;
Que no es justo que la guerra
(Aunque nos quemais las casas)
Llegue á quemar los deseos
De nuestras hermosas damas,
Pues por vosotros están
Con nosotros enojadas,
Por vuestro cerco prolijo
Y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
Quereis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas,
Dadlas á nuestras desgracias:
Que es grande alivio del cuerpo
Y regalo para el alma,
Arrimar la adarga y cota,
Y echarse plumas y banda;
Y al que mejor lo hiciere
Doy desde aqui mi palabra,
En señal de su valor,
Para que viva su fama,
Atar á su diestro brazo
Una empresa de mi dama,
Dada de su blanca mano,
Que es tan bella como blanca.—
Esto firmó en un cartel,
Y lo fijó en una adarga
El valiente moro Tarfe,
Gran servidor de Daraja,
En las treguas que el maestre
De la antigua Calatrava
Hizo por mudar de sitio
Y mejorarse de estancia;
Y con seis moros mancebos
De su propia sangre y casa,
Y algunos Abencerrages,
Se le envió á la campaña.
Recibenlos en las tiendas,
Y sabida su demanda
Dando el maestre licencia
Se aceptó para la Pascua.
Y respondiendo al cartel
Con razones cortesanas,
Hasta salir del real
A los moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
Y los que del juego tratan,
Cierran la puerta al acero,
Y ábrenla al damasco y galas,
Moros y moras se ocupan,
Mientras el plazo se pasa,
Ellos en correr caballos,
Y ellas en bordarles mangas:
Y los dos competidores
De la pendencia pasada,
Hacen paces entre sí,
Y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradí, el galan,
Que Tarfe se le aventaja,
Y que es señor de la mora

Que es señora de su alma,
Porque en público ó secreto
Cien mil favores le daba,
Dando á entender que le quiere
Mas que á su vida y su alma:
Una noche muy oscura,
Para el caso aparejada,
Se salió el gallardo moro
Al terrero del Alhambra.
Y en llegando, que llegó,
Vió una mora á la ventana,
Aquien con joyas tenia
De muy atras grangeada:
Hablóla, y dijo: — Señora,
¿Es posible que Daraja,
Aunque no me canse yo,
De maltratarme no cansa?
Aquellos ojos que tienen,
Mas que el cielo estrellas, almas,
Cuya luz mata mas moros
Que el maestre con su espada:
¿Cuándo los volverá mansos,
¿O cuándo volverá mansa?
Dejando á Tarfe que tiene
Menos manos que palabras?
Que no soy yo como él,
Tan cumplido de arrogancias,
Pues lo que él gasta en decirlas,
Gasto yo en ejecutarlas.
Bien saben en la ciudad
Que por mi brazo y mi lanza
Ha sido mil veces libre
De la potencia cristiana.—
Esto Almoradí decia,
Cuando Tarfe, que llegaba,
Dió el oido á las razones,
Y el brazo á la cimitarra.
Figurósele al valiente
Alguna cristiana escuadra,
Y dejando la marlota
Volvió al moro las espaldas.
Salió Daraja al ruido,
Conoció á Tarfe en el habla,
El cual le dió la marlota,
Que era azul, con oro y plata:

ROMANCES DE ABINDARRAEZ.

I.

Abindarraez y Muza,
Y el rey Chico de Granada,
Gallardos entran vestidos
Para bailar una zambra.
Un lunes á media noche
Fué de los tres concertada,
Porque los tres son cautivos
De Jarifa, Zaida y Zara.
El descomponerse el rey,
Cosa entre reyes no usada,
Y darle Muza su ayuda,
Poco galan sin las armas
(Que es hombre que noche y dia
Tiene ceñida la espada,
Y para dormir se arrima
En un pedazo de lanza)
Halo cansado un desden
Que tiene en los ojos Zaida,
Y amores de un Bencerrage
Que adora los suyos Zara.
Abindaraez es mozo,
Y siempre de amores trata;
Fátima muere por él,
Y á Jarifa rinde al alma.
Al fin ordena la fiesta
La desórden que amor causa,
Que al mas cuerdo hará mas loco
Zelo y gusto de su dama.
Para cumplir con la gente,
Echaron fama en Granada
Que ha venido cierta nueva
Que Antequera era ganada.
Es la fiesta por agosto,
Y entra el rey toda bordada
Una marlota amarilla
De cogos de nieve y plata,
Con una letra que dice:
«Sobre mi fuego no basta.»
Gallardo le sigue Muza,
De azul viste cuerpo y alma,
Labradas en campo de oro
Unas pequeñas mordazas,
Cuya empresa de ellas dice;
«Acabaré de acaballas.»
Abindarraez se viste
El color de su esperanza,
Unas hiedras sobrepuestas
Con unas tocas doradas:
Un cielo sobre los hombros,
Con unas nubes bordadas,
Y en las hiedras esta letra:

«Mas verde cuando mas alta.»
Sacaron á las tres moras.
Que eran la flor de la sala,
Eran el adorno de ella;
Y lo mejor de sus armas.
Abindarraez brioso,
Con una vuelta gallarda,
Pisó á Fátima en el pié,
Y á su Jarifa en el alma.
La mano le suelta al moro,
Y así le dice turbada:
—¿Para qué entraste encubierta,
Traidor, la engañosa cara?
Arroja el fingido rostro,
Que el propio tuyo te basta,
Pues que te conocen todos
Por mi daño y su venganza.—
Con mil caricias el moro
La blanca mano demanda,
Y ella replica:—No quieras
Mano en la tuya, agraviada:
Baste que Fátima diga,
En conversacion de damas,
Que estimas en mas su pié
Que mi mano desdichada.—
Abindarraez turbado
Sale huyendo del Alhambra:
Si verde salió el moro,
De negro vuelve á la sala.
Entre tanto el rey y Muza
Estaban con Zaida y Zara,
Cansados de tantas vueltas
Que son de amor las mudanzas.
Como estaban disfrazados,
Recostáronse en sus faldas:
Cuando hablan enmudecen,
Y cuando están mudos hablan.
Tambien se cansarán ellas,
Que el cuerpo muerto no cansa
Como el vivo aborrecido
Que quiere forzar el alma.
Levántase un alboroto,
Que la reina se desmaya:
La fiesta se acabó en zelos,
Que amor con ellos acaba.

II.

Despues que con alboroto
Pasó el bailar de la zambra,
Do el gallardo Abindarraez
Dejó agraviada su dama,
Pisando á Fátima el pié
En la presencia de Zara,
Y se entraron con la reina
A divertirla sus damas:
Júntanse en conversacion
Jarifa, Fátima y Zara,
Que Zaida está con la reina,
Que la entretiene y regala:
Son estas las mas hermosas
Y de mas nombre en Granada:
Tiene Fátima en los ojos
Paraisos de las almas,
Y en sus rubios cabellos
El rico metal de Arabia,
En cuyos lazos añuda
Las almas mas libertadas.
Tiene Jarifa la frente
De un liso marfil sacada,
Con sus mejillas hermosas,
Y sus labios de escarlata:
Son las manos de cristal,
Nieve el pecho y la garganta,
Adonde el fuego de amor
Invisiblemente abrasa;
Y aunque en su comparacion
Es algo morena Zara,
En discrecion y donaire
A las demas aventaja,
Que la flor de la hermosura
En breve tiempo se pasa,
Y es don que jamas se pierde
La discrecion y la gracia.
Es su plática de amores,
Y de los agenos tratan,
Que las mudanzas del moro
Cada cual las siente y calla.
Lástimas son de Muley,
Y libertades de Zaida,
Que agora Tarifa llora,
Y las considera Zara,
Pues ama á quien la aborrece,
Y Jarifa á quien la engaña,
Y Fátima está contenta,
Pues las deja por su causa;
Y como los corazones
Siempre por los ojos hablan,
Respondió á su pensamiento
Jarifa diciendo:—Basta,
Que no quiero otro castigo,
Ni pretendo otra venganza,
Que la que te puede dar
La mentira de mis ansias,
Que pronto verás el rostro
De la fortuna contraria
Con mas luto y mas tristeza
Que yo la tengo en el alma;
Que si levanta tu pié,
Y si mis manos abaja,
Es una misma la rueda
Que me humilla y te levanta,
Que ya me subió el favor
No sé si diga mas alta.
¡Mal anduve en no tenello
Cuando juntamos las palmas!—

Zara que ha vivido siempre
De favor necesitada,
Dijo : — Dichosa la mora
Que jamas ha sido amada.
Si con zelosos disgustos
Los gustos de amor se pagan,
El no habellos conocido
Es mas segura ganancia. —
Fátima que estuvo atenta
A una y á otra desgracia,
Coligiendo de sus daños
Una consecuencia llana,
Dijo : — Quien tan sin razon,
Y tan sin porqué os agravia,
Merece que le castigue
La que mas quiere del alma. —
Dijera mas, si á deshora
No hubiera llegado Zaida
A decirlas que la reina
A mucha prisa las llama,
Y al levantarse juntaron
Estrechamente las palmas,
Diciendo : — Muera su fe,
Y viva nuestra esperanza.

III.

En la ciudad granadina,
En lo mejor de la plaza,
Que es la casa venturosa
Por Medoro celebrada,
Y la que pinta su pluma
De varias flores y plantas,
Vive allí una dama mora,
Flor de la flor de las damas,
La cual se llama Jarifa
De la Torre y de la Alhambra :
A esta sirve un Bencerrage
Que le dió asiento en el alma,
Al cual le dan guerra zelos,
Que los disimula y calla
En el turbante y divisa,
Que jamas muestra mudanza :
A un page de quien se fia,
No suyo, mas de su dama,
Acordó de preguntalle
Si con su Jarifa habla
Un Zegrí que se pasea
Por delante sus ventanas :
Y el page que es secretario,
De presto le desengaña,
Diciéndole que el Zegrí
Sirve á otra mora gallarda,
A quien se humilla el amor
Como á su madre sagrada.
Y con esto el Bencerrage
Aplacó su ardiente llama,
Pero no mitigó el fuego
Que su corazon le abraza,
Que quedando satisfecho
Mas el vivo amor le inflama,
Y del page se despide,
Y va contento á su casa :
Y tiene razon el moro,
Porque la mora que ama
Puede hacer competencia
Con Vénus, Juno y Diana,
Que es tanta su discrecion,
Y su hermosura tan rara,
Que las musas del Parnaso
Tienen envidia á su fama.
Y si hace escura noche,
Revoltosa y temeraria,
Con solo ella abrir sus ojos
La hace apacible y clara ;
Y del sol los claros rayos
Los revoca y los contrasta,
Porque no es el sol mas de uno,
Y son dos los de su cara,
Cuya clarífica luz
Alumbra á toda Granada,
Y á dicho de todo el mundo
Es la hechura mas alta
Que ha hecho el pincel sutil
De naturaleza sabia,
Y es un retrato divino,
Por quien Alá nos declara
Las divinas hermosuras
De su corte soberana.

IV.

Zeloso y enamorado
Rompe los aires con quejas
El gallardo Abindarraez,
Moro gallardo y de prendas.
Enamorado y zeloso,
Quejándose de su estrella,
Dice, y mira á la ventana
De Jarifa, mora bella :
— ¡ Ventana ! ¡ divino cielo !
En cuyas hermosas verjas
Ví cautiva mi esperanza
Que mi libertad espera ;
Si del cielo haces ventanas
Y haces cielo de la tierra,
Dame los hermosos rayos
Que el cielo á los tristes niega.
Rabiosos zelos, etc.
Mis dichosas esperanzas
Fueron sombra, humo y niebla,
Esposas mis pensamientos,
Y mi libertad cadena.
Sufrí esperanzas dichosas :
Penas en el mar de penas,
Dejad que mi pensamiento

Lleve al cielo mis querellas.
Rabiosos zelos, etc.
Y tú, hermosa Jarifa,
Causa de mi mal primera,
Y en esta prision esquiva
De mi alma carcelera:
No quites, Jarifa hermosa,
Las prisiones en que pena,
Mas pues de su muerte gustas,
Su muerte te venga fiera.
Rabiosos zelos, etc.
Pero con tormentos mas,
No verás mas clara prueba
Que la verdad en el potro
Te la confiesa sin vueltas.
Y si para mas tormentos
Mi larga prision ordenas,
Haz tu querer y tu gusto,
Pues que la tienes sugeta.
Rabiosos zelos, etc.—
Miraba el moro zeloso,
Y vió de dentro una seña,
En que le avisa que aguarde,
Que está la gente dispierta.
Y quítese el moro luego
De su puerta, porque suena
Gente en la calle, de ronda,
Y témese no le vean.
Rabiosos zelos, etc.

V.

Fátima y Abindarraez,
Los dos estremos del reino,
Ella por estremo hermosa,
Y él valiente en todo estremo,
Abencerrage de fama,
Del rey de Granada deudo,
Capitan de Alora, cuando
Doraba su rostro el vello:
Aquel que con los peligros
Daba descanso á su pecho,
Mostrando en él y en los ojos
De un amante y amor tierno:
El que por su fe y su rey
Ha mostrado en poco tiempo
Que lo que en la edad faltaba,
Sobraba en valor y esfuerzo,
Y en las córtes de Almería,
Las últimas que se hicieron,
Hizo gran servicio al rey,
Guardando al reino sus fueros,
Tanto que los alfaquíes
Decretaron en consejo,
Que se le hiciese una estatua
Por reparador del reino,
Y de esto y de su valor
Estando el rey satisfecho,
Por gratificarle en algo
Parte de lo que habia hecho,
Le ha nombrado por alcaide
De aquel belicoso suelo,
Donde bebe el mar de España
Las aguas de Tajo y Duero.
Aquí estaba Abindarraez
Ocupado en su gobierno,
Presente de sus cuidados,
Y ausente de sus contentos;
Cuando á la ausente Jarifa,
Que no lo está de sus duelos,
Sino presente á su pena,
Y de su gloria el destierro,
Hablando con un retrato
Que le sacó de su pecho,
Donde está mas natural
Que puede en tabla ó lienzo;
Despues de decir callando
Mil amorosos conceptos,
Que mas que una lengua ó libro
Habla á veces el silencio,
Dijo: Amiga de mis ojos,
Vida de mi pensamiento,
No verte como solia
Me es otro nuevo tormento.

VI.

Ya llegaba Abindarraez
A vista de la muralla
Donde la bella Jarifa
Retirada le esperaba,
Sin un punto de sosiego,
Diciendo: —¿Cómo se tarda
Mi contento, que no viene?
¿Si le goza allá otra dama?
¡Mas ay triste! que no temo
Que olvido sea la causa,
Temo cuitada el peligro,
Que viniendo de Cartama
Se le ofrezca algo en Alora
Con los cristianos de guarda,
Que corren de noche el campo
Todos juntos en escuadra,
Donde ni le basten fuerzas,
Ni jugar lanza y adarga:
Mas si esto le sucediese,
¿Para qué quiero yo el alma?
Imposible es que yo viva,
Ni podrá vivir quien ama,
Viendo á su querido muerto
Por su causa en la batalla.—
Con estas y otras congojas
De llorar no descansaba,
Y otras veces de tristeza
En su estrado se arrojaba;
Y otras veces se ponia

De pechos en la ventana,
Y de almena en almena
El campo en torno miraba.
No le da miedo estar sola,
Ni las sombras la espantaban,
Ni los nocturnos bramidos
Que suenan en las montañas;
Que lo mas priva lo menos,
Y de lo mas recelaba.
Por su amado gime y llora,
De sí no se le da nada:
Y dando en esto un suspiro,
Quitóse de la ventana.
Entra luego su leal dueña,
Que alegre y regocijada
Le dice: que Abindarraez
Con el cuento de la lanza
Dió tres golpes á la puerta,
Que es la seña concertada:
Que en ella arrendó el caballo,
Y ya sube por la escala.
¡Oh cuán gallardo y bien puesto!
¡Cuán rico y lleno de galas!
Cuando ya el valiente moro
Estaba dentro en la sala,
Aljuba rica vestida
Con alamares de plata:
Altas plumas en la toca,
Prendidas con la medalla;
El pomo del rico alfange
Es una águila dorada,
Cuyo puño está entallado
En riquísima esmeralda.
De aquesta suerte entra el moro
Sin poder hablar palabra,
Que el contento que da amor
No es contento, si se habla;
Hasta que ya poco á poco
Va cobrando fuerza el alma
Con la cual satisfaccion
Los dos amantes se abrazan;
Y aquella noche celebran
La boda tan deseada:
Tambien se partieron juntos
Para Alora en la montaña,
Con un tan rico presente
Cual de los dos se esperaba.
El alcaide los recibe,
Y sin precio los rescata,
Usando de su largueza
Y virtud acostumbrada,
Teniendo por justo precio
El cumplirle la palabra
Tan cumplidamente el moro,
Pues iba con él su dama.

ROMANCE DE ABENZULAEMA.

Aquel rayo de la guerra
Alférez mayor del reino,
Tan galan como valiente,
Y tan noble como fiero;
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos;
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo:
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo:
El que vistió las mezquitas
De victoriosos trofeos,
Y el que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de acero,
A su patria libertó
De dos peligrosos cercos:
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le condena el rey,
O el amor, que es lo mas cierto.
Servia á una mora el moro,
Por quien andaba el rey muerto,
En todo estremo hermosa,
Y discreta en todo estremo.
Dióle unas flores la dama,
Que para él flores fueron,
Y para el zeloso rey
Yerbas de mortal veneno.
Pues de la yerba tocado
Le manda desterrar luego,
Culpando su lealtad
Para disculpar su yerro.
Sale pues el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió, y le pació el heno.
Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airado vuelo,
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.

Con un hermoso jaez,
Bella labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro:
Sobre la mariota negra
Un blanco almaizar se ha puesto,
Por vestirse las colores
De su inocencia y su duelo.
Bonete lleva turquí,
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un preciado camafeo.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento:
Bordó mil fierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra
Que dice: « Estos son mis yerros. »
No lleva mas de un alfange
Que le dió el rey de Toledo,
Porque para un enemigo
Él le basta y su derecho.
De esta suerte sale el moro
Con animoso denuedo,
En medio los dos alcaides
De la Alhambra y Marmolejo:
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas, por do pasa,
Se asoman llorando á verlo:
Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos,
Las que desde los balcones
Aguas de olor le vertieron.
La hermosísima Balaja,
Que llorosa en su aposento,
Las sinrazones del rey
Le pagaban sus cabellos,
Como tanto estruendo oyó,
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio:
Vete en paz, que no vas solo,
Y en mi ausencia ten consuelo,
Que quien te echó de Jerez
No te echará de mi pecho.
Él con la vista responde:
Yo me voy, y no te dejo:
De los agravios del rey
Para tu firmeza apelo.
Con esto pasó la calle,
Los ojos atras volviendo
Dos mil veces, y de Audújar
Tomó el camino derecho.

ROMANCES DE MUZA.

I.

De zelos del rey su hermano
El alma tiene abrasada
El valiente moro Muza,
Honra y gloria de Granada,
Diciendo: — Rey, ¿porqué quieres
Tiranizar á mi dama,
Pues que yo tambien soy rey
Adonde reina mi alma?
Dala en pago á mis servicios,
Pues es justa la demanda,
Y déjame gozar de ella,
Asi goces de la Alhambra;
Que si aquesto me concedes,
No se verá contrastada
De poder de los cristianos
Mientras quisiere mi lanza;
Y á mas te prometo, rey,
Con aquesta otra hazaña,
Que es traerte cada dia
Doce cabezas cristianas:
Y si me das á mi gloria,
Como la razon demanda,
Te traeré por tu cautivo
Al de la cruz colorada:
Gocemos vida quieta,
Pues que podemos gozalla,
Tú con aquestas victorias,
Yo con ellas y con Zara.

II.

Desterró al moro Muza
El rey Chico de Granada,
Por tenerle envidia á él,
Y mucho amor á su dama.
En un caballo morcillo
Armado de todas armas
Parte á cumplir el destierro
Por do su dama moraba.
Al ruido del caballo
Asomóse á la ventana,

Donde el sol se pára y llega;
No penseis que en ese estado
En que os veis, y esa grandeza,
Mucho os dejará durar
El cielo con su inclemencia,
Que su rigor os pondrá
En tan miserable vuelta,
Que aun apenas las señales
De lo que fuisteis se vean.
Pero quédaos un consuelo
Que á mí triste no me queda,
Que es el verme á mí caido
De otra mas sublime alteza.
Y no me derribó el tiempo,
Sino solo la dureza
De un seco y helado pecho,
Parca airada de firmeza.
Daraja, dura é ingrata,
Mas inexorable y fiera
Que los levantados riscos
De las mas nevadas sierras,
Goza de tu Abencerrage,
Goce él de tí, norabuena,
Que poco le durará
Si otro Muza se atraviesa.
Mas hágale Alá dichoso,
Y á mí tanto en esta empresa
Que cuando le hayas dejado
A verte mis ojos vuelvan,
No para quererte mas,
Sino para que tú mesma
Me des venganza de tí,
Si de tí das recompensa.
Basta lo que te he querido,
Que pues no quieres te quiera,
A este arroyo doy que lleve
Tus memorias y mis quejas.
Nada quiero ya de tí;
Palabras te suelto y prendas,
Y aun mi ley voy á dejar,
Porque tú vives en ella.

VII.

Gallardo en armas y trages,
Sin amores y con galas,
Que es mucho para soldado
Cuidar tan poco de damas:
Cansado de aborrecer
Sale Muza de la Alhambra,
Por defenderse de amor
Y defender á Granada:
Que teme mas un enfado
Que amor muchas veces causa,
Que el rigor inexorable
De mil espadas y lanzas:
El capellar lleva blanco,
Doradas todas las franjas,
Y esta letra de oro en ellas:
« Desespero en la venganza. »
Unas granadas partidas
En marlota azul y blanca,
Y esta letra: « En gracia estoy
« Cuando parto de Granada. »
Lleva un alma y una muerte
Divididas en la adarga,
Y este epiteto siguiente:
« A desviarte del alma. »
Era el caballo morcillo
Con aderezos de plata,
De verde claro el jaez
Bordado de seda baya,
Y de morado esta letra:
« Esperanza de amor vaca,
« Huye de mí, que no admito
« De amor ninguna esperanza. »
El borceguí lleva azul,
Porque así los zelos trata;
Trae un bonete bordado
Con una pluma dorada,
Y por volante esta letra:
« Las amorosas palabras
« Son mas que ligeras plumas,
« Y mas que plumas livianas. »
Pasó por junto á un balcon
Donde con zelos le aguardan,
Sin esperanza ninguna,
La bella Jarifa y Zara.
Descuidado Muza dellas,
Y de sus cuidados y ansias,
Fué á pasar, mas no pasó,
Que el paso las dos le atajan:
Que estaban ardiendo en fuego,
Vertiendo sus ojos agua,
Juntas le piden les dé
Lo que les robó apartadas:
Jarifa el alma le pide,
Lo mismo le pide Zara,
Y él les responde admirado:
— ¿Donde tengo tantas almas?
Si una que tengo pedis,
¿Cómo á las dos podré dalla?
¿El alma puede partirse?
No, que no se parte el alma:
Dejadme, y dejadla á ella,
Que temo que quien sin causa
Dejó ayer á Abindarraez,
Dejará á Muza mañana. —
Con esto se fué, y las moras
Llamando en vano se cansan,
Que oye el que no quiere oir
Menos, mientras mas le llaman.
Quedaron... pero mal digo,
Que no queda quien bien ama,
Pues que va tras quien pretende
Deseo, memoria y alma.

VIII.

Sobre el acerado hierro
Que Muza lleva en la lanza,
De esmalte color de fuego,
Pintadas lleva unas llamas,
Sobrepuesto un corazon
Abierto, que el hierro pasa,
Y por remate de arriba
Aquesta letra que habla:
« Hierro soy, y soy la causa,
« Que á mí ser hierro me basta. »
Llevaba la banderilla
De las colores del alma,
Que son verde y amarillo,
Y en medio una letra blanca:
Dos medias de entrambos lados
Que las colores enlazan,
Y abajo está letra puesta
En lugar de fleco ó franja:
« Desesperada esperanza,
« Si cual luna haces mudanza. »
Lleva un bonete tejido
De plumas verdes y blancas,
Ceñido sobre la frente
Con una banda encarnada:
Colgando al aire dos cabos
Sin rapacejos ni galas,
Y por penacho esta letra
Sobre una garzota larga:
« Tanto temo lo que es nada,
« Que lo que es algo me basta. »
Viste un capellar azul
Y una marlota leonada:
Sobre un caballo morcillo
Embraza una negra adarga,
Pintada en ella un Cupido
Que quiebra, quema y abrasa
Dos coronas, y esta letra,
Que bien la enigma declara:
« Sus propias fuerzas quebranta
« La voluntad del que ama. »
No sale el moro arrogante,
Ni es la enigma de arrogancia,
Que agravios de tanta envidia
Así le esfuerzan que alga;
Y porque en tal ocasion
No le vale fuerza de armas,
Lleva en la espada esta letra
Escrita sobre la vaina:
« El agravio que me agravia
« Es el no ser yo agraviada; —
Porque al fin es solo el rey
Quien de tanto bien aparta
A un moro, que fama y hechos
Conoce el mundo y alaba.
Desterrada su persona
De la ciudad de Granada,...
Parte á cumplir su destierro,
Hablando aquestas palabras:
— No va el alma desterrada,
Pues queda presa en Daraja.

IX.

De aljófar grande y cuajado
Sobre tela de oro y seda,
Entre rubíes y esmeraldas
Hechas ahorradas tarjetas,
Que unas llevan camafeos,
Otras muy preciosas piedras,
Otras llevan escorpiones
De á seis y siete cabezas:
Los campos de la labor
Que los revoltones cierran,
Son pequeños corazones
Cada uno con tres saetas:
Los frisos de cada parte
Dos enlazadas cadenas,
Hechas de oro de martillo
Que toda la laborean:
De unos dorados cabellos
Que las tinieblas destierran,
Hechas de varias labores
Unas muy curiosas trenzas:
Cabellos, labor y lazos
Esmaltan catorce letras,
Que dan bien claro á entender,
Que dicen:—« La dura ausencia: »
Sobre una marlota azul
Todo esto Bernardo lleva,
Y el campo de la marlota
Lleno de nubes y estrellas,
Que al rededor de un topacio
Engastado en oro y perlas,
Ocho puntas de diamantes
Lleva cada una de ellas:
Las nubes eran de plata
Con espantosas cometas.
Por encima del tocado
Una media luna lleva,
Por ser cosa mas movible
Que ciñe el cielo y esfera,
Y motejar á Daraja
Ser movible en lo que muestra,
No por Bernardo el galan,
Mas de Muza por quien entra
A correr cañas y toros
Y solemnizar la fiesta.

X.

Marlotas de dos colores
De verde claro y morado,
Bordadas de fino aljófar,

Sembradas de muchas manos
Asidas unas de otras,
Firme amistad señalando;
Bonetes á la turquesca
Encima de fuertes cascos
Debajo de las marlotas
De mallados fuertes jacos,
Que aunque van á lo galan
Iban á un honroso caso,
En dos caballos overos
Con furia el suelo pisando,
Y con dos dorados frenos
Blandamente gobernados:
Las lanzas llevan tendidas,
Los brazos arremangados,
Adargas en los arzones,
Y por divisa dos manos,
Asidas una de otra,
La de un moro y un cristiano,
Con una letra que dice:
« Hasta la muerte, guardo. »
Se sale el fuerte maestre
Y Muza el enamorado,
Que el amor de Sarracina
Los lleva así disfrazados:
Al uno llevan amores,
Otro de amistad los lazos,
Y así entraron en Ganada
Para su fin deseado.

XI.

Mira el cuerpo casi frio,
Que está despidiendo el alma,
Del malogrado mancebo
Maestre de Calatrava,
El valiente moro Muza,
Que era hermano de Abenámar,
Rey de Granada y su reino,
Y señor del Alpujarra;
Y trayendo á la memoria
El amistad celebrada
Entre Muza y el maestre,
Cuando por fuerza de armas
Sacaron los dos amigos
De la fuerza de la Alhambra
A Arbolea, hermosa mora,
A quien Muza mucho amaba,
Y mirando el lacio cuerpo,
Que roja sangre derrama,
Le toma en sus brazos Muza,
Y llorando así le habla:
—¡ Cuán desdichado fué el dia
Que yo salí de Granada
A socorrer á Galera,
Que nunca en Galera entrára!
¡ Ay de mí, que mejor fuera,
No estar con el rey en gracia
Que ver morir en mis brazos
Tal amigo y tal espada!
Despierta, amigo, le dice,
Y háblame una palabra,
Si no quiés que la pasion
Deje mi cuerpo sin alma. —
Procura sacar el moro
La flecha que fué la causa
De su muerte, y no se atreve
Por no hacer mayor la llaga.
Despertaron al maestre
Las lágrimas que derrama
En su macilento rostro
Su leal amigo, á quien habla:
— A Dios mil gracias le doy
Porque para sí me llama,
Y así suplicarte quiero
Que tomes la ley cristiana;
Pues con ella vivirás
Vida alegre y regalada,
Y cuando acabes la vida
Será tu ánima salva.—
Muza se lo prometió,
Y viendo que ya le falta
Color y vital aliento,
Y que está el cuerpo sin alma,
Mandó le den sepultura,
Y él se partió á Granada
Para dar cuenta á su rey
De su infelice jornada,
Y á Córdoba despues fué
Con voluntad presta llana
Para volverse cristiano,
Como pedido le estaba.

XII.

A la orilla del Genil
Escribe una carta Muza,
Tan á solas que no hay nadie
Sino el agua que le escucha.
Hizo de una caña verde
Con el alfange una pluma,
Y con agua y flor de malva
Tinta para hacer la suma.
Ya de un pedazo de toca,
Por no haber papel, se ayuda.
Tirando con piés y manos
Para quitar las arrugas.
Tanto tiró que rompió
Por medio de una costura,
Y despidiendo un suspiro
Dijo: — ¿ Qué quieres, fortuna?
Vueltos los ojos al cielo,
Pudo contemplar la luna,
Y dijo: — ! Qué alta que estás,
Y cuán de presto te mudas!
Y pues las cosas del cielo

De hacer mudanzas se ocupan,
¡No és mucho se mude el suelo,
Mas es mudanza corrupta! —
Con todo tomó el tocado,
Y lo que está roto añuda,
Escribe, y de agravio tiembla,
Aunque de corage suda.

XIII.

Acompañado, aunque solo,
De pensamientos y agravios,
Sale de Granada Muza
Desmentido y desterrado.
Desdeñado de Daraja,
De sus amigos dejado,
De Bajamed desmentido,
Desterrado de un hermano:
Agravio, deshonra y zelos,
Tres fieras suertes de agravios
Para sus tres condiciones,
Galan, valiente y hidalgo.
Por la orilla del Genil
Bate el furioso caballo
Que el acicate morisco
Baña en sangre y todo el campo.
Como parte tan furioso,
Parece que van temblando
Las ondas del manso rio,
Que reconocen su brazo,
Desde que con el maestre
De la cruz de Satiago
Azotó sus blancas ondas,
De sol á sol peleando.
Detuvo el caballo un poco,
El freno de espuma blanco,
Y detuvo el de su ira,
Mas rebelde que el caballo;
Y vuelto el rostro á Granada,
Dijo, sus torres mirando:
—Granada donde nací,
De adonde me han desterrado,
La envidia que á muchos buenos
No deja, por muchos malos,
Que mueran adonde nacen,
Sino por reinos estraños,
Esta me fuerza á dejarte
Cercada de los cristsanos,
De adonde espero que pronto
Serán tus hijos esclavos;
Y aun agora por tus puertas
Un Pulgar, soldado bravo,
Hincó su puñal sangriento
Con un pergamino blanco,
Y mató á un Tarfe tuyo
Un muchacho Garcilaso.
Hoy te posee Almanzor,
Pero mañana Fernando.

XIV.

De unas cañas que jugaron
En la plaza Vivarrambla,
Muy enojadas salieron
Cuatro damas cortesanas,
Porque sacó el Bencerrage
Bajamed con arrogancia,
En lengua arábiga escrita
Esta letra en el adarga:
«Seguro voy de alcanzar
«Vitoria en cualquier batalla,
«Pues me admite en su servicio
«La que todo lo avasalla.»
Celinda se sintió de esto,
Y Sarracina bramaba,
Celindaja dió mil gritos,
Jarifa muere aunque calla.
—¿Dónde se sufre, decian,
Que tal se diga en la plaza,
Sabiendo que entre nosotras
Sobra la hermosura y gala?—
Cuando todo aquesto supo
Del Bencerrage la dama,
Determina de las cuatro
Tomar entera venganza.
Quiso darles á entender
Como del amor triunfaba,
Y que no hay moro galan
Que no la sirva en Granada:
Y así á Celinda y Jarifa,
Sarracina y Celindaja,
Las convidó al Jaraguí
A una merienda Daraja,
A la cual las cuatro fueron,
Seguras de la celada,
Vestidas las dos de verde,
Las dos color leonada.
Salió Daraja de azul,
Con bordaduras de plata,
Colores del Bencerrage,
A quien tiene dada el alma.
Al brazo derecho trae
Una verde banda atada
Que Jarifa dió á Hamete
En el sarao de la Alhambra:
Al cuello cadena de oro,
De que cuelga una medalla,
Retrato de Sarracina,
Y prenda de Muza cara:
Un anillo de un rubí
Su mano blanca adornaba,
Que Azarque le dió á Celinda
En trueco de una esmeralda:
Un plumage en la cabeza
Trae de tres garzotas blancas
Que Celindaja le envió

Para que jugase cañas.
Las damas cuando la vieron
Se miran, pero no hablan,
Porque allí ve cada una
De su soberbia la paga.
Daraja muy al desgaire
Se muestra disimulada,
Y al descuido comenzó
A tratar de nuevas galas.
Merendaron, pero poco,
Que zelos quitan la gana,
Y dieron la vuelta tristes
De ver su fe mal lograda;
Pero la dama quedó
De su afrenta bien vengada.
Y ninguna mora quiso
Con ella jamas baraja.

XV.

Los ojos vuelve á Granada
Desde la espaciosa Vega
El valiente moro Muza
Lleno de congoja y pena,
Quejoso de los agravios
Del rey su hermano y la reina,
Y del moro Bajamed,
Por quien el rey le destierra.
Solo va, aunque pensativo,
Formando entre sí querellas
Contra fortuna de amor,
Contra Cupido mil quejas.
A todo paso camina,
Porque la noche serena
Va desencerrando el sol
Y acrecentando su pena.
Perdió de vista á Granada,
Y cuando no pudo vella,
Dice al cielo suspirando:
—¡Ay del ay que al alma llega!—
A la orilla de Genil
Detuvo un poco la yegua,
Y á sus peregrinos ojos
Les ruega que el agua viertan.
Allí entretuvo la noche,
Y entre sí mil veces piensa
De olvidar á quien le olvida,
Y amar á quien dél se acuerda.
De pechos sobre el arzon,
La mano en el pecho puesta,
Vertió sus fuentes el moro,
Y el rio sus fuentes lleva.

XVI.

Cuando las veloces yeguas,
Al son de trompas y cajas,
Parece que desempiedran
La plaza de Vivarrambla;
Todo es marlotas, bonetes,
Capellares, tocas, bandas,
Argentados borceguíes,
Plumas, volantes y galas:
Estas fiestas se hacian
A la hermosa Daraja,
Y el rey está mas contento
Que cuando ganó á Granada.
Sola Sarracina, sola
Está temiendo y turbada,
Hasta que el valiente Muza
Cumpla su palabra dada.
No tarda el gallardo moro,
Que antes que la noche clara
Se manifieste á los hombres,
Y Apolo esconda su cara,
Viene á interrumpir las fiestas
Y á publicar su venganza,
Y en lugar de galas viste
Ante duro y dura malla.
Bien acompañado va,
Pues sabe el mundo que basta
Para conquistar mil reinos
Sola una cruz colorada.
El trage morisco lleva
El maestre que en España
Dió tanto ser y valor
A la gente castellana.
Llegan de presto al balcon
Donde Sarracina aguarda,
Tan turbada y temerosa
Como la ciudad lo estaba;
Y sin aguardar un punto
Se arrojó por la ventana:
Muza la recoge y pone
De su caballo á las ancas.
Viéronse en terrible aprieto,
Porque los moros se arman;
Y salen á defendelles
Que de la ciudad no salgan:
Pero luego que conocen
Al bravo de Calatrava,
Y que es el valiente Muza
Quien le sigue y acompaña,
Dejan la plaza y las calles,
Y vanse luego á la Alhambra,
Y ellos se vuelven contentos
Adonde su gente aguarda.

XVII.

Hacen señal las trompetas,
El clarin, pífaro y caja,
El fuerte y valiente Muza
Suspende la gente y plaza.
Con el semblante enojoso
No hay quien le mire á la cara:

Sobre la ceja el bonete,
Remolinada la barba.
Amarilla es la librea,
Albornoz, marlota y manga,
Que viste quien desespera
Color de desesperanza.
Lleva adarga berberisca,
Pesada y nerviosa lanza,
Y una toca atada al brazo,
Y al cuello una cimitarra.
Va en un furioso caballo,
Con unas cervunas manchas,
Que al son de los instrumentos
El pié y la mano levanta.
Halo puesto Audalla en campo
Por los amores de Zara,
Que en la presencia del rey
Puso el gage y la palabra.
Era Muza entre los moros
El moro de mayor fama,
Y Audalla entre los galanes
El galan de mayor gala.
Procuró el rey concertarlos,
Mas como en amor no hay trazas,
Fué el concierto entre los dos
Confusion desconcertada:
Y así con gallarda muestra
Se presenta el moro Audalla,
Tan galan como discreto
En una yegua alazana.
Viste marlota de tela
Blanca, de rosas bordada,
Rosado es el albornoz,
Y allí las rosas son blancas:
Un derrocado bonete,
Con cinco plumas rizadas,
Una blanca y dos azules,
Una roja y otra gualda.
Lleva la red de Vulcano
Por divisa en la medalla,
Y acude la letra, y dice:
«La de amor mas fuerte enlaza.»
Partiéronles los jueces
El sol, la plaza y las armas,
Dejando solo á fortuna
Que dé al vencedor la palma;
Y en un tiempo Audalla y Muza
La escaramuza trabáran;
Pero desigualan luego
Con la desigual batalla;
Que tirando Muza un golpe
Audalla pierde la adarga:
Tocóle de paso el hierro,
Y en medio en medio del alma.
Revolvió Muza con otro,
Y Audalla rindió las armas,
Para no rendir la vida,
Que la guarda para damas.

XVIII.

Las riberas del Genil
El fuerte Muza pasea,
Tan desdichado en amores,
Como dichoso en la guerra.
Hay una mora en Granada,
Tan hermosa y tan discreta,
Que para su pecho ha sido
Lo que para Troya Elena.
De esta se sale quejando,
Y por señal de tristeza
Alquicel morado viste
Sobre una marlota negra.
Sola una pluma amarilla,
Desesperada firmeza,
El rojo bonete adorna,
Y con sus brazos enreda.
Amaba Zaida un morillo
De los Gomeles de Tebas,
Mas galan para las damas
Que fuerte para la guerra,
Y por estas novedades
El antiguo amor desprecia
Del pagano mas gallardo
Que empuñó lanza gineta.
Dióle el moro la palabra
De jamas hablarla ó verla,
Porque sabe que con Muza
No puede hacer competencia,
Y porque moros hidalgos
Puestos de por medio quedan,
Para escusar desafíos
Y que se turben las fiestas;
Porque la flor de Granada
Toros corre, y cañas juega,
A instancia del rey que vino
Victorioso de Antequera;
Pero Zaida mas mudable,
Cuando parece serena,
Que el mar que el viento combate,
Al Abencerrage inquieta.
Ella le busca y le mira
En el palacio y la Vega,
Dando á Granada ocasion
Que la murmure y la ofenda;
Y aunque los ojos de Muza
Tiernamente la contemplan,
Que es muger, y apasionada,
Ningun respeto la enfrena.
Hasta en el templo le incita
Con sus colores y empresas:
De algunos respetos libre
De su rendida se precia.
Con estos agravios Muza
En su locura la deja,
Que zelos averiguados

Cuanto amor enciende, hielan.
— ¡O fiera, viene diciendo,
Mas que las silvestres fieras,
Que ellas aman quien les ama,
Tú adoras quien te desdeña!
A quien te huye persigues,
Y á quien te sigue desprecias:
O no me quisiste, ingrata,
O quieres que te aborrezca.
No tienes de piedra el alma,
Que por mas piedra que fueras,
Mis lágrimas te ablandáran,
Que ablandar suelen las piedras.
Matáronme tus favores,
Que á los mas discretos ciegan,
Que quien no sabe qué es bien,
Poco mal tiene que sienta.
Solas aquestas memorias
Son las prendas que me quedan
Por echar de los sentidos
Adonde viven por fuerza,
Obras y palabras tuyas
Me persiguen y atormentan,
Aunque todas son palabras,
Pues el viento se las lleva;
Pero el tiempo que las cosas
Acaba, consume y trueca,
Podrá ser que á tu mudanza
Y á mi firmeza se atreva,
No porque espero, enemiga,
Que á la fe pasada vuelvas,
Que habiendo vivido en otro,
Es bien que en mi pecho muera;
Mas porque estando yo libre,
Aficionada te veas,
Donde me enfaden tus glorias,
Y me burle de tus penas. —
Con tan tristes quejas Musa
Dió de los piés á la yegua,
Y del falso rio Genil
Desamparó las riberas.

ROMANCES DE REDUAN.

I.

Con dos mil ginetes moros
Reduan corre la tierra,
Todos los ganados roba,
Y amenaza las fronteras:
De los muros de Jaen
Reconoce las almenas,
Y entre Ubeda y Andújar
Pasa como una saeta,
Y las campanas de Baeza
Alarma tocan apriesa.
Con tanto silencio pasan,
Que parece que concuerdan
Con lo mudo de las trompas,
Los relinchos de las yeguas;
Pero al fin las atalayas,
Que estaban á trechos puestas,
Con las hachas encendidas
Unos á otros se hacen señas.
Y las campanas, etc.
Favoréceles la noche
Con sus confusas tinieblas;
Pero son tantos los fuegos
Que por todas partes dejan
En las malogradas mieses
Y en las humildes chozuelas,
Que sirven de luminarias
De tan lastimosas fiestas.
Y las campanas, etc.
Al no pensado rebato
Se levantan y se aprestan
Caballeros con sus lanzas,
Peones con sus ballestas.
Los hidalgos de Jaen,
De Andújar la gente buena,
Y de Ubeda los nobles
Todos hacen de sí muestra.
Y las campanas, etc.
Abre el sol las del oriente,
Y los cristianos sus puertas:
Vienen á juntarse todos,
Poco mas de media legua,
Y puestos en son confuso
El eco y aire resuenan
Armas, pífaros y cajas,
Relinchos, voces, trompetas,
Y las campanas de Baeza
Al arma tocan apriesa.

II.

Pues que te vas, Reduan,
A las fiestas de Pisuerga,
Mas por lo que tú te sabes,

Que por hallarte en las fiestas;
Si acaso jugares cañas,
Para que saques por letra
Tres sinrazones te escribo,
Si hay quien escribirlas pueda.
Hoy te vas, ayer viniste,
Como si venido hubieras
A engañarme solamente,
Pues me engañas y me dejas.
Dices que vas á jugar;
Yo creo que siempre juegas:
Lo que ganas, tú lo sabes,
Lo que pierdes es sin cuenta.
Grangeas el ofender,
Que el engañarme es ofensa:
Si se pierde en consentirla,
Se pierde mas en hacerla.
Engáñasme con decir
Que á las fiestas vas por fuerza:
Si algo supieras de amor,
Yo sé que por fuerza fueras.
Dos moras allí te aguardan,
Que cada cual de ellas piensa
Que sola te da cuidado,
Y que solo vas á vella.
Yo vine solo á saber,
Para que por todas sienta,
Que me desengañes presto,
Y que te debo mas que ellas.
No puedes satisfacerme,
Aunque poderoso en rentas,
Que un alma de firme fe
Mas que el mundo valo y pesa;
Solo pudieras pagarme
Con dejarme en recompensa
La tuya, que está en mil partes
Hecha piezas, y en tí entera.
He venido solo á ser,
Adonde de nuevo pruebas
El hacer nuevos engaños
Para sinrazones nuevas.
Véngueme el cielo de tí,
Que si el cielo no me venga,
Tienes mil almas hurtadas,
Y no bastará la tierra.
Plegue á Alá que en el camino
Nunca su sol te amanezca,
Y que la luna se esconda
Para que el camino pierdas:
Que tropiece tu caballo,
Y tus espuelas se pierdan,
Que el caballo mas brioso
No caminará sin ellas;
Y que si no se perdieren
Cuando le piques no sienta,
Y que los pasos que diere,
Todos hácia atras se vuelvan.
Si te defiende la noche,
Que la noche es tu defensa,
Por ser gran madre de engaños,
Y abrir á los tuyos puertas;
Cuando á la vista llegares
De aquellas dos moras bellas,
Conózcante el alma falsa,
Y búrlense y no te crean.
Menospréciente por otro
Que de casta infame sea,
Que si te dejan por otro,
No dirán que te desprecian:
Y si en las fiestas entrares,
Se vuelvan las burlas veras,
Y tu adarga sea de vidrio,
Y el brazo de blanda cera;
Y entre las ligeras cañas
Te arrojen lanzas secretas
Que el corazon te atraviesen,
Porque como matas mueras.

III.

¡Diamante falso y fingido,
Engastado en pedernal!
¡Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es mas!
¡Ligero como los vientos,
Mudable como la mar!
¡Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural!
Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarian
Para culpar tu maldad.
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
A todas dices que son
Las que contento te dan,
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad;
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad
Cuantos caminos emprendes
Para que te deba mas.
Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
A otro blanco mirarian
Adonde tus flechas van.
Yo sé traidor que estas quejas
Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Cansado estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa agena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.

Mis enemigos acoges,
Porque al fin conoces ya
Que cuando no pueden obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fueron
Causa de todo mi mal,
Y zelos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar.
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar. —
Así Fátima se queja
Al valiente Reduan,
En el jardin del Alhambra
Al pié de un verde arrayan.
El moro que está sin culpa,
Aunque no sin pena está,
Asióle la blanca mano
Y así la comienza á hablar:
— Cesad, hermosas estrellas,
Que no es bien que lloreis mas,
Que si á mí me llamais piedra,
En piedras haceis señal;
Y no penseis que me agravio
De injurias que me digais,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

IV.

De lejos mira á Jaen,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
Y en todas partes la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,
De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba,
Los ojos puestos en ella,
Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro,
A la bella ciudad habla:
— ¡Ay Jaen, cuánto me cuesta
No haberte tenido en nada,
Y ser mas largo de lengua
Que de ventura y de lanza!
Pues dí con loca osadía
A mi rey la fe y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta.
Hallo ahora á mi persona
A lo imposible obligada,
Pues es mas cierto el porderme,
Que darle á mi rey ganada:
De do vengo á conocer
Ser verdad averiguada,
Quien presto se determina,
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi muerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen,
O he de salir de Granada;
Y es lo que mas me lastima,
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.—
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte,
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro de ella estaban,
Y que en pérdida tan cierta,
O en tan dudosa ganancia,
La mas segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

V.

Resuelto ya Reduan
De hacer su palabra buena,
Arremete hácia Jaen
Una mañana serena,
Al son de una clara trompa
Que por el aire resuena,
Con ruido semejante
Al cielo cuando atruena,
Sobre un ligero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta
De una lanza como entena,
Sin aguardar á su gente
Que de seguille está agena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melena
Tener presa la fortuna,
Que al fin cumple lo que ordena,
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena,
Que dió muerte á Reduan,
Y á Jaen sacó de pena:
Y mientras del cuerpo el alma
Se aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable,
Tendido en la seca arena:
— Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, mas no entre cristianos,

Sino en parte do tus manos
Me hicieran la mortaja:
Que cosa es muy conocida,
Que si de esta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.
Yo no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar
Por á Jaen no ganar,
Sino por solo perderte:
Y aun temo que el que en rehenes
Te tiene, habrá de gozarte,
Y estimará mas ganarte,
Que ganar dos mil Jaenes;
Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego
Que estés mas fuerte á su ruego
Que para mí fué Jaen;
Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Eliseos
Te aguardo, mi Lindaraja.

ROMANCES DE ZARA,

ESPOSA DEL REY BOABDIL.

I.

La libre Zara, que un tiempo
No le dió para quejarse
A mil lastimados pechos,
Ya esparce quejas al aire.
La que tuvo un rey por suyo,
Tan discreto como afable,
Si no amára por ser rey
Mudanzas y novedades,
Sentida de ellas, acusa
La causa de donde nacen,
De su punto menosprecio,
Y del mismo infamia grande;
Que un rey, ejemplo de todos,
En su condicion mudable,
El fin que de sí promete
Es dar principio á desastres.
—Quísete, dice, enemigo,
Porque amando me obligaste,
Si puede reinar amor
En pechos tan desiguales.
Los que vieron que pasabas
A menudo por mi calle,
Como no te acuerdas de ella
Han dado en maravillarse.
Sospechan que te sucede
Lo que á los falsos amantes,
Que es el cumplir sus deseos
De los amores remate:
Que pensar que es porque importa
Que los reyes se recaten,
Tras tan largas apariencias
Llegó el recato muy tarde;
Pero de que el poco tuyo
Eches de ver, no te espantes,
Que el ser tan poco, me cuesta
Lo que no podrás pagarme,
Pues diste causa á las lenguas
De hartos moros principales,
Porque tú no se las cortas,
De ofenderte y agraviarme.
Mas bien te conocen todos,
Y que corta mas se sabe
La agudeza de la tuya,
Que los filos del alfange:
Señales de que te precias
De galan entre galanes,
Mas que de rey que castiga
Liviandades semejantes:
Y en fin, como te conoces
Cargado de culpas graves,
Dejaste de verme al punto
Que de ser firme dejaste.
Mas quien ha tenido lengua
Para no decir verdades,
¿Cómo es posible que tenga
Ojos para visitarme?
No siento el dejar de verte
Por el gusto de mirarte,
Que no mueve gentileza
Que cubre tantos azares.
Eres cual campo florido
Donde suelen albergarse
Mil serpientes ponzoñosas,
Homicidas de ignorantes;
Pero á la reputacion
Que corrompen obras tales,
Importaba que acudiera
El pecho de donde nacen;
Que á no ser de que me veas

El fruto tan importante,
Mas me alegrára la nueva
Que tengo, de que te apartes.
Anda la corte revuelta,
Revueltas las voluntades,
Que de su amistad estrecha
No es posible que se aparten.
Si te dejaren los tuyos,
No hay de qué maravillarte,
Que al rey qué no guarda fe
Bien es que le desamparen.

II.

En la reja de la torre,
Por donde la bella Zara
Dió un tiempo favor á un rey,
Labrando estaba una banda.
Cuatro labores á trechos
En la rica labor gasta,
Alternando plata y oro,
Entre seda azul y nácar:
No para empresa de moro,
Que jamas quiso alabarla,
Sino una que le dió
Ella al rey, y el rey á Zaida;
Que bastára solo aquello
A dar puerta á mil mudanzas,
Sin la que ella ha visto de él,
Tan mal puesta ante su cara:
Y así no pone los ojos
En las labores que labra,
Porque da cuenta á Dalife,
Secretario de sus ansias.
—Bien sabes, Dalife, dice,
Como están sacrificadas
Las memorias de mis gustos
Con muy evidentes causas,
Y como convierto en humo
Las reliquias de mis gracias,
Pues las quemó casi el fuego
De un rey con falsas palabras.
No lo digo porque entiendas
Que en mi nobleza hizo mancha,
Que un rey, ni todos los reyes,
Para mancharla no bastan;
Que aunque él para mí sea rey,
Seré yo para él infanta,
Que baste á hacer fementido
A quien quisiere mancharla:
Ni menos porque colijas
Que me quema en las entrañas
Este fuego de los zelos
Que tantos pechos abrasa;
Sino solo porque adviertas,
Si has dado palabra á damas,
Que no importa que la guardes,
Pues los reyes no la guardan;
Aunque en noble cortesía
A cualquiera es de importancia
Que la palabra se cumpla
A quien se diere, aunque falsa,
Principalmente á mugeres,
Pues tan facilmente cambian
Lo que se cumple con ellas,
Cuanto mas lo que les falta.
No digo que no le quise
Por mil razones fundadas,
Que fuera de ser el rey,
Las muestra muy á la clara.
Es muy galan y discreto,
Compuesto en su trato y habla,
Es grave donde conviene,
Y muy afable entre damas:
Y si por esto le quise,
Por esto mismo me agravia
Su mudanza á que le olvide,
Y le aborrezco en el alma;
Y si la mora á quien sirve
Es de un general hermana,
Yo lo soy de quien gobierna
A su Granada y mi patria.
Bien sabes que mis parientes
Por respeto mio, se holgaban
De acreditar su nobleza,
Y guardarle las espaldas;
Y lo que en este suceso
Me maravilla y espanta,
Es que no advierte en razon
Obra que importa á su fama:
Que aunque es rey, es solo uno,
Y los hijos de Granada
Son mas, y sin ser mis deudos,
Ver que sin ellos no es nada.—
La ataja Dalife luego,
Diciendo: — Zara, ya basta,
Que diré que no son quejas,
Sino zelos que te dañan;
Que la culpa no fué tuya,
Ni de mudable te cuadra
El nombre, aunque todo el mundo
Por fe y Alcoran se guarda:
Mas no te podré negar
Que es justo estés enojada,
Pues la mora á quien visita,
Los pasos de amor le ataja,
Como tú los atajaste
Por el voto de ser casta,
Que teneis hecho á Mahoma
En su mezquita sagrada,
A cuya causa vivis
En vuestras torres cerradas,
Cada una de por sí,
Con mucha clausura y guarda,
Que por eso supo el vulgo
Tan claro que el rey te amaba,

Pues en tu torre á menudo
Con veras te visitaba,
Y por no poder salir
A ver los toros ó cañas,
Te enviaba por servirte
Músicas, tragedias, zambras.
Déjale, Zara, si quieres,
Que es procurar poner tasa
A los hombres en sus gustos,
Y á las corrientes del agua:
Que si sabe una muger
Que un hombre firme la ama,
Confiada en la firmeza,
Por momentos idolatra.
Aun les parece que es poco,
Que á mas llega su arrogancia,
Que lo que es poco aniquilan,
Y lo que es mucho amenazan.
Dime, Zara, las colores
Que son tuyas y te agradan;
Dejemos estas razones,
Pues lo mejor es dejarlas.—
Quiso responder la mora;
Mas entra entonces una aya
A decirle, que entre luego
A la cuadra, que le aguardan.
Partióse luego Dalife,
Quedando ella algo turbada:
Tomó el aya la laber
Y entróse luego á la cuadra.

III.

La mañana de San Juan
Salen á coger guirnaldas
Zara, muger del rey Chico,
Con sus mas queridas damas,
Que son Fátima y Jarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
De fino cendal cubiertas,
No con marlotas bordadas,
Sus almaizales bordados,
Con muchas perlas sembradas,
Descalzos los albos piés,
Blancos mas que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos,
No como suelen tocadas,
Y mas al desden la reina,
Por zelosa y desdeñada;
La cual llena de dolor
No dice al rey lo que pasa,
Ni quiere que en la ocasion
Su pena sea declarada.
Estando de varias flores
Las moras ya coronadas,
Con lágrimas y suspiros
A todas la reina habla:
— Quise, Fátima, juntaros
Porque sois amigas caras,
Para quejarme á las tres,
De cómo me trata Zaida,
Cuya hermosura pluguiera
A Alá que no la criára,
Pues en ella está mi daño
Presente de cara á cara.
Sabreis como el rey la quiere
Mas que á la vida y el alma,
De do resulta mi daño,
Pues veis con él soy casada,
El cual no creo que sabe
Que sé de esto lo que pasa,
Antes entiendo lo sufre
Receloso de enojalla.—
Responde sin detenerse
Zaida, perdida y turbada,
Y á veces con el color
Que tiene la fina grana:
— Si acaso no se supiera
Quien soy por toda Granada,
Dañáranme tus locuras,
Muger inconsiderada.
Jamas, reina, me has creido,
Antes escudriñas causas,
Mas para mi mal durables,
Que sonlo para tus ansias.
Doite bastantes razones,
Y tan bastantes, que bastan
Creer que no son creidas,
Aunque las ponga en la plaza.
Y en ellas te digo, reina,
Que no fueras coronada,
Que no me es mas ver al rey,
De que á ti zelosa airada.
Si piensas que tu corona
Codicio, estás engañada;
Déjame ya si te place,
O saldréme de Granada.—
Pero el rey que no dormia,
Antes bien las escuchaba,
Sale diciendo que callen,
Con voces muy alteradas.
La reina que lo conoce,
Encubrió el estar turbada,
Y con un aplauso afable
Le recibe, y así habla:
—Nunca suelen los galanes
Entrar donde están las damas,
Sin que primero licencia
Por ellas les sea otorgada.—
El rey le replicó luego:
—A mí nunca me es vedada,
Ni ha de ser donde estais vos
Y donde están vuestras damas.
— Los reyes todo lo pueden,
Respondió la reina airada,
Y tambien sé yo que tienen

Algunos dobles palabras.—
El rey gustó de callar,
Porque la vido enojada,
Y metiendo otras razones
Se fueron para el Alhambra.

ROMANCES DE CELIN,

SEÑOR DE ESCARICHE.

I.

Por divertirse Celin
Fiestas ordena en Granada,
En desgracia del rey Chico,
Y en ausencia de su dama.
Secretas hace sus fiestas
Con dos amigos del alma,
Galanes y Abencerrages,
Hombres de palacio y plaza.
Esta vez quiere atreverse
A mil respetos y guardas,
Solo por dar un buen dia
A tanto penar sin causa;
Que una prision muy larga
La vida gasta, y la paciencia acaba.
A la cristiana los visto
De villanesca bizarra,
Con tafetanes el rostro,
Caperuza, sayo y capa.
Blanco, leonado, amarillo,
Congojas sin esperanza,
Dieron al disfraz colores
Y memorias á Adilaja.
Pensado lleva Celin
De hacer famosas hazañas,
Y dejar melancolías
Que la buena sangre gastan;
Que una prision, etc.
Ya las yeguas y jaeces
Van alterando á Granada;
Todos dicen de Celin,
¡Bravas justas! ¡bravas lanzas!
No queda mora Zegrí
Que no se ponga á ventana,
Y todas dicen, á ver
El galan de las desgracias.
Como saben ya su historia,
Quisieran verle la cara,
Que en las hazañas no miran,
Porque ya saben las damas
Que una prision, etc.
Para verle entrar de noche,
Aunque viene á la cristiana,
La puerta de Elvira encubre
La hermosura del Alhambra.
Allí tratan de aquel tiempo
Que fué dichoso en Granada,
Envidiado de mil moros,
Y querido de mil damas:
Otros cuentan en corrillos
Los amores de Adilaja,
Diciendo que ya los dos
Ni se escriben ni se hablan;
Que una prision, etc.
Como ven que no venia,
Para la fiesta le aguardan,
Haciendo mucho mayores
Los deseos y esperanzas.
Adilaja con las nuevas
Muy zelosa y enojada,
Le escribe al moro que deje
Fiesta que lo ofende el alma.
A la mitad del camino
Recibió el moro esta carta,
Dió vuelta luego á Jaen,
Trocando en luto las galas;
Que una prision muy larga
La vida gasta, y la paciencia acaba

II.

Vestido el cuerpo de cielo,
Y de sus glorias el alma,
Con mil estrellas y soles,
Y mil cifras coronadas,
Entra á correr la sortija
Celin, á quien acompañan
Catorce moros Zegríes,
Los mejores de Granada,
En un caballo andaluz,
De la generosa raza
Que al sacro Guadalquivir
Le suele pastar la grama:
Castaño oscuro, fogoso,
Cabos negros, gruesas ancas,
Ancho pecho, recios brazos,

Corto cuello, cola larga,
Chica cabeza y orejas,
Crines grandes encrespadas,
Gallardo, brioso y fiero,
Y humilde al freno que tasca.
Alborótase la gente,
Y en los tablados se alza,
Bendiciéndole mil veces
Por donde quiera que pasa.
Todo el mundo le bendice,
Y la envidia avergonzada
Se esconde en algunos pechos
Que de envidiosos no hablan.
Desde su balcon le mira
La dulce y tierna Adilaja,
Original de mil soles
Que en la marlota llevaba.
Levanta el moro los ojos
Y hácia su dama los baja,
Que siempre su hermosura
La trae por las nubes altas.
Contempla Celin su cielo,
Aunque con vista turbada,
Porque el resplandor divino
Turba las vistas humanas.
Quedaron mudos los cuerpos,
Solas las almas se hablan,
Que en las luces de los ojos
Iban y venian las almas.
Licencia pide Celin,
Adilaja se la daba,
Para que corra con Muza
En su presencia tres lanzas.
Muza se pone en el puesto,
Gallardo corre su lanza,
Y Celin le ocupa luego
Con postura mas gallarda.
Vuelve furioso el caballo
A la carrera la cara,
Pone la cola en el suelo
Y entrambos brazos levanta:
Llámale con las espuelas
Y con el freno le llama,
Responde fiero y humilde,
Y vuela sin tener alas.
Celin con aire del cielo
Afuera la lanza saca,
Y al tercio de la carrera,
Corva el brazo, aprieta el asta;
Abrígala con el pecho,
Y abrigándola la baja
A ley de galan, y cierto
A lo que mandan las armas.
Para veloz el caballo,
Tanto que en la arena blanda
Apenas juzga la vista
La herradura ni la estampa.
Derriba Celin el brazo,
Vuelve á su lugar la lanza,
Oprime el freno el rigor,
Y pára el caballo á raya.
Corre otras dos, y en la corte
Admirada de mirarlas,
Levantan hasta los cielos
La voz de sus alabanzas.
En esto se puso el sol,
Y la noche con sus alas
Cubrió de confusas nieblas
Los palacios y la plaza.
Dieron hachas á Celin,
Y regocijo á Granada,
Quedando por mil razones
Gloriosa la casa de Alva.

ROMANCES DE CELIN AUDALLA.

I.

Las soberbias torres mira,
Y de lejos las almenas
De su patria dulce y cara,
Celin, que el rey le destierra:
Y perdida la esperanza
De jamas volver á vella,
Con suspiros tristes dice:
¡Del cielo luciente estrella!
¡Granada bella!
Mi llanto escucha, y duélate mi pena
¡Hermosa playa que al viento
Das por tributo y ofrenda
Tanta variedad de flores,
Que él mismo se admira en vellas!
¡Verdes plantas de Genil,
Fresca y regalada Vega,
Dulce recreacion de damas,
De los hombres gloria inmensa!
¡Granada bella, etc.
¡Fuentes de Genoralife,
Que regais su prado y huerta,
Las lágrimas que derramo
Si entre vosotros se mezclan,

Recibidlas con amor,
Pues son de amor cara prenda!
Mirad que es licor precioso
Adonde el alma se alegra:
¡*Granada bella*, etc.
¡Aires frescos que alentais
Lo que el cielo ciñe y cerca,
Cuando llegueis á Granada,
Alá os guarde y mantenga!
Para que aquestos suspiros
Que os doy, le deis en mi ausencia,
Y como presentes digan
Lo que los ausentes penan.
¡*Granada bella!*
Mi llanto escucha, y duélate mi pena.

II.

La hermosa Zara Zegrí,
Bella en todo y agraciada,
Discreta, porque sirvió
A la reina en el Alhambra;
Hija del alcaide Hamete
Que tuvo en tenencia á Baza,
Llora triste y afligida
Su cautiverio y desgracia
En el porfiado cerco
Del rey Fernando de España:
Ya despues de muchos dias,
Por falta de vituallas,
Se entregó el mísero alcaide,
Siendo su casa asolada.
La bella Zara le cupo
A la condesa de Palma,
Que acompañando á la reina,
Se vino al cerco de Baza.
La condesa le pregunta
A Zara, en qué se ocupaba,
Y qué ejercicio tenia
En el Alhambra en Granada.
Llorando la mora dice:
— Señora, asentaba plata,
Labraba la seda y oro,
Tañia, tambien cantaba;
Pero agora solo só
Llorar mi mucha desgracia,
Porque aunque merced me haceis.
A la fin soy tu esclava:
Y para pasar el tiempo
De cautiverio en tu casa,
Labraré si gustas de ello,
Una nao bien aprestada,
Navegando viento en popa;
Luego la mar alterada
Con las olas por el cielo,
Y que las velas amaina,
Y en la alta gavia esta letra
Que diga en lengua cristiana:
« No hay bonanza que no vuelva
« En gran tormenta y borrasca; »
Y por orla en la labor
Que diga en letra de Arabia;
« Podrá ser que Alá permita
« Que tenga fin mi desgracia. »
— Muy bien me parece, mora,
Esa labor que tú trazas,
Que es conforme á mi deseo,
Y al tiempo en que tú te hallas.

III.

En Palma estaba cautiva
La bella y hermosa Zara,
Y aunque en Palma tiene el cuerpo,
En Baza la vida y alma;
Porque imagina está en ella
El moro Celin Audalla,
Ignorante del tormento
Qué el moro por ella pasa:
Y aunque la quiere y estima
La condesa, y la regala,
No es parte para que el llanto
Amaine un momento en Zara;
Y para se consolar
De la gran pena que pasa,
A otra cautiva la cuenta
Su pasion, y de do mana.
— Habrás de saber, le dice,
Que yo he nacido en Granada,
Adonde serví á la reina
Diez años dentro en la Alhambra.
Servíla de camarera,
Tuve su riqueza en guarda,
Queríame por estremo,
Y yo por estremo amaba,
No á la reina, mi señora,
Aunque obligada la estaba,
Sino á un moro que es mi sol
Y mi bien: Celin Audalla
Era galan y de estima,
Y por eso le estimaba;
Teníale por mi sol,
Porque con él me alumbraba.
Cielo le llamé, mas fué
Para mí toda desgracia.
Causóla el venir mi padre;
¡Pluguiera Alá no llegára!
A servir el alcaidía
Y la tenencia de Baza.
Vino el moro á le servir
Con el cuerpo, á mí con la alma,
Poniendose á mil peligros,
Porque á mi padre agradaba.
Asaltóse la ciudad,
Y fué mi alma asaltada,
Perdiendo padre y amigo,

Y yo sujeta y esclava.
Fuése el moro, y yo no creo
Ser posible que se vaya
El corazon con el cuerpo,
Dejándome á mí su alma;
Y para que la labor,
Que es testigo de mis ansias,
Manifieste mi dolor,
Diré en la lengua de Arabia:
« Si llevaste el corazon,
« Pienso que me quedó el alma; »
Y en otro lado pondré:
« No faltará mi palabra; »
Y pondré en tercera orla:
« Firme estará mi palabra; »
Y en la cuarta por remate:
« En jamas habrá mudanza; »
Y en medio de la labor
Una ave fénix pintada,
Que de las cenizas frias
Saca vivas esperanzas;
Y un montero que le tira,
Y un mote que dice: « Aguarda,
« Porque no es justo que tires
« A quien la vida le falta. »
Esto decia la mora,
Cuando la condesa llama,
Diciéndole: — ¿Adonde estás?
¿Porqué no respondes, Zara?

IV.

El animoso Celin,
Hijo de Celin Audalla,
El que fué alcaide de Alora
Y de la villa de Alhama;
Mira el fuerte sitio el moro,
El alcázar, la muralla,
Las aportilladas torres
De la destruida Baza.
Quiere despedirse el moro,
Y llama la patria amada,
Imaginando que está
En ella el bien de su alma.
Quéjase de la fortuna,
Y entre sí confuso habla:
— ¿En que te ofendí, le dice,
Para tomar tal venganza,
Despues de tantos trofeos
Que me dió la bella Zara,
Haciéndome mil favores
En los juegos y en las zambras?
Y agora quiso mi suerte,
Digo, quiso mi desgracia,
Que el rey Fernando pusiese
Cerco á la ciudad de Baza.
Usó conmigo clemencia,
Que Alá pluguiera no usára,
Para libertar el cuerpo
Y quedar cautiva el alma. —
Esto diciendo, se quita
La mariota que llevaba
De verde, morado y blanco
En amarillo aforrada,
Y dice: — Sirva el aforro
Por ser color que me cuadra.
Las verdes plumas no quiero,
Pues se perdió mi esperanza:
De la adarga borraré
El lince que declaraba
Que mis ojos en mirar
A los de lince ganaban.
Tambien borraré la letra,
Que dice en lengua cristiana:
« Mucho mas rinde mi brazo
« Que lo que la vista alcanza; »
Y ese tahalí azul
Ya no es cosa que me cuadra,
Pues me falta la ocasion
De zelos, no por mudanzas.
La toca morada dejo,
Porque aunque amor no me falta,
Podrá ser que halle otro
Que pueda mejor gozalla. —
Con esto la lanza toma,
Y muy ligero cabalga:
Suelta al caballo la rienda
Para que do quiera vaya,
Diciendo: — Camina tú,
Y busca el bien que me falta,
Que yo no te guiaré
Si no es á buscar desgracias.

V.

Zeloso vino Celin
De su regalada griega,
Porque sabe que el poder
No hace á las almas fuerza;
Y que el imperio del mundo,
Y voluntad de sus tierras,
Se le ha de esquitar en algo,
Y teme que allí no sea.
Sabe que la mas hermosa
Es al doble de soberbia,
Y que al fin la libertad
Aun en el amor no es buena.
Ve suya á su hermosura,
Y quiere mayores prendas,
Que los cuerpos sin las almas
Tambien los goza la tierra.
Su pensamiento, en quien cabe
Sujetar al mundo en guerra,
Ya dudoso dignamente
De la de algun hombre tiembla.
El que de muy generoso

Se fiaba de cualquiera,
Ya se recela de todos,
Y no hay verdad en que crea:
El que siempre á sus oidos
Trajo cajas y trompetas,
Ya se humana á imaginar
De un nuevo Celin querellas.
Si mira su Zara, llora
De verla el alma encubierta,
Que quisiera al chico mundo
Volver lo de dentro afuera.
Su armada pone en olvido:
Solo adora la galera
Que en la isla de Coron
Le hizo tan rica presa.
Aquella en su gran mezquita
Por cosa sagrada cuelga,
Votando cada diciembre
En su memoria una fiesta.
Zara cautiva y señora,
Ya se alegra, ya se queja,
Que menos aviva el gusto
El cetro que una terneza.
Y entre los mismos abrazos
De sus parientes se acuerda,
Con que los brazos afloja,
Que la obligacion aprieta;
Y en medio de las razones
Cien mil suspiros degüella,
Haciendo de ellos justicia
Porque sin cordel confiesan.
Mil veces al gran señor
A darle gusto se esfuerza,
Y si presto no volviese,
Amor se entraria á vueltas;
Pero es enemigo al fin
De encogimiento y vergüenza,
Y verdugo de los gustos
Propios la memoria agena.
Gran cosa es la magestad,
Mas no hay pensar que convenga
Con el amor, que es muchacho,
Y sin respetos se huelga.
Las holguras de Coron,
Frescas, gustosas y bellas,
Con sus lágrimas las tiene
En la memoria mas frescas.
Buena fuera la gran corte,
Mas como no goza della,
Cánsala el desasosiego,
Y el ruido la desvela.
—¿Qué es esto? ¿cómo, gran Zara,
Lo que todas no deseas,
Que es que venga tu linage
A ser señor de esta tierra?
Vida, regalo, señora,
Ojos, alma, esposa tierna,
Corazon, entrañas, gloria,
Descanso, esperanza eterna,
Ojos, frente, cuello, boca,
Cabellos mios, estrellas,
Claro cielo, nieve, grana,
Soles, oro, rubíes, perlas;
¿Cómo mi gran voluntad,
Hermosa Zara, desprecias?
¿Porque te llamas cautiva
Si mi voluntad gobiernas?
Favorece tu gran patria,
Que aunque estuve mal con ella,
Si quieres haré por tí
Que vuelva á lo que antes era.
Zara, obedece á Celin,
Y mira que te lo ruega
Condolido un tu cautivo
Y natural de tu tierra.

VI.

Por la puerta de la Vega
Salen moros á caballo,
Vestidos de raso negro,
Ya de noche al primer cuarto,
Con hachas negras ardiendo,
Un ataud acompañaudo.
¿A dó va el mal logrado
Celin, del alma y vida despojado?
Matóle el pasado dia
Sin razon un moro airado
En una fiesta solemne,
De que hubo presto el pago:
Llóralo toda Granada,
Porque en estremo es amado.
¿A dó va el desdichado, etc.
Con él van sus deudos todos,
Y un alfaquí señalado,
Y cuatro moras hermanas,
Con muchos en su resguardo;
Y dicen al son funesto
De un atambor destemplado:
¿A dó va el desdichado, etc.
Mesan los rubios cabellos
Que enlazan á un libertado,
Y de entre ellos va saliendo
Un licor claro y salado,
Y sobre rostros de nieve
Vierten el color rosado.
¿A dó va el desdichado, etc.
Y los moros que mas sienten
Ver tan espantoso caso,
Llevan roncas las gargantas;
Y aunque en son callado y bajo,
Dicen los moros y moras,
Mil suspiros arrojando:
¿A dó va el desdichado, etc.
Una mora, la mas vieja,
Que de niño lo ha criado,

Sale llorando al encuentro,
Mil lágrimas derramando,
Y con furia y accidente
Pregunta al bando enlutado:
—¿*A dó está mi hijo amado*
Celin, del alma y vida despojado?
¿A dó vais, bien de mi vida?
¿Cómo así me habeis dejado?
¿Qué es del amor increible
Que siempre me habeis mostrado?
¿Quién eclipsó vuestros ojos,
Luz de los mios cansados?
¿*Dó vais, mi hijo amado*
Celin, del alma y vida despojado?
¿Dónde os llevan, hijo mio,
En estos pechos criado?
¿Quién mudó vuestro color
Y el rostro apacible y claro?
¿Quién ha sido el homicida,
Y de ánimo tan osado?
¿*A dó va mi hijo amado*
Celin, del alma y vida despojado?
Diez y seis años hoy hace,
Ved cuán contados los traigo,
Que vuestra madre os parió,
Y yo os crié en mi regazo:
Yo crié un fuerte muro,
Aunque lo veo derribado,
Pues faltais, mi hijo amado
Celin, del alma y vida despojado?
Con estas lamentaciones,
Sin que la sientan dar cabo,
De lágrimas hace rios
Por adonde van pasando.
Y á darle la sepultura
Dentro en su villa han entrado,
Del triste y desdichado
Celin, del alma y vida despojado?

ROMANCES DE AUDALLA.

I.

Contemplando estaba en Ronda,
Frontero del ancha cueva,
El valiente moro Audalla,
Que va la vuelta de Teba;
Que un honroso pensamiento
De su voluntad lo lleva
De su patria desterrado,
Por hacer del hado prueba.
Parado sobre el caballo,
La lanza en el hombro puesta,
Unas veces mira al pueblo,
Y otras hablando se eleva.
—¡O patria desconocida,
Presto oirás de mí la nueva,
Que si envidia te ha movido,
Mayor envidia te mueva!
Ya que me diste ocasion
Que tu propia sangre beba,
No permita el alto cielo
Que haga lo que yo no deba,
Y antes que del frio invierno
El sol la humedad embeba,
Verás que mi claro nombre
Con mas valor se renueva.
¡Mal haya el halcon ligero
Que en ruin presa se ceba,
Y el que padeciendo sed
Aguarda á que el cielo llueva!
¡Mal haya quien no se ampara
Del frio si ve que nieva,
Y el que espera que en su casa
Otro menor se le atreva!—
Dijo: y antes que el enojo
La sangre mas le remueva,
Volvió riendas al caballo,
Y va la vuelta de Teba.

II.

Ponte á las rejas azules,
Deja la manga que labras,
Melancólica Jarifa,
Verás al galan Audalla,
Que nuestra calle pasea
En una yegua alazana,
Con un jaez verde oscuro,
Color de muerta esperanza.
Si sales presto, Jarifa,
Verás como corre y para,
Que no le iguala en Jerez
Ningun ginete de fama.
Hoy ha sacado tres plumas,
Una blanca y dos moradas,
Que cuando corre ligero,
Todas tres parecen blancas.
Si los hombres le bendicen,
Peligro corren las damas:
Bien puedes salir á verle,
Que hay muchas á las ventanas.

Bien siente la yegua el dia
¡Que su amo viste galas!
Que va tan briosa y loca
Que revienta de lozana;
Y con la espuma del freno
Teñidas lleva las bandas,
Que entre las peinadas crines
Él hermoso cuello enlazan. —
Jarifa, que al moro adora,
Y de sus zelos se abrasa,
Los ojos en la labor,
Así lo dice á su aya:
— Dias ha Celinda amiga,
Que sé como corre y pára:
Quien corre al primer deseo.
Al segundo pára el alma.
No me mandes que le vea,
¡Pluguiera á fortuna varia,
Que como sé lo que corre,
Él supiera lo que alcanza!
Muy corrida me han tenido
Sus carreras y mis ansias:
Las secretas por mi pena,
Las públicas por mi fama.
Por mas colores de plumas,
No hayas miedo que allá salga,
Porque ellas son el fiador
De sus fingidas palabras:
Por otras puede correr,
De las muchas que le alaban,
Que basta que en mi salud
El tiempo toma venganza.

III.

Despues de los fieros golpes
Que con gran destreza y saña
Se dieron los fuertes moros
Azar y el valiente Audalla,
Azar se quedó en su tierra,
No olvidando á Celindaja,
Y Audalla vuelve á la corte
A ver á su Lindaraja,
Por tener zelos el moro
De Albenzaide que la amaba,
Que por ser rico, y él pobre,
Teme quiebre la palabra.
Dice: — ¡Lindaraja mia!
¡Dulce prenda de mi alma!
Haz que muera esta sospecha
Que en mi corazon escarba.
No permitas que Albenzaide
Se ponga alegre guirnalda,
Ni que de esperanzas mias
Lleve triunfando la palma.—
Y volviendo el rostro al cielo
Vió que en medio su jornada
Estaba ya el rojo Febo
Dando al mundo lux dorada,
Y con la pesada fiesta
La gente en silencio estaba,
Temiendo el grave rigor,
Que sus claros rayos lanzan.
Entrando por Val del Moro,
Queriendo tomar posada,
Se acordó que en el cortijo
Un álamo grande estaba,
Que con sus ramos hojosos,
Cubriendo del sol la cara,
Hace una agradable sombra,
Que á sueño convida y llama.
Camina derecho á ella
A descansar, que se halla
Fatigado del calor,
Que cuerpo y alma se abrasa:
Entrado que fué en la cerca
Vió que destroncado estaba:
Sabida la causa, fué
Porque pidieron las damas
A los galanes del pueblo,
Que le despojen de ramas
Que les hace el gesto feo
Y verdinegrás las caras.
Suspira el moro, diciendo:
— Amor artero, ¿en qué andas,
Que no contento con hombres,
Gustas que mueran las plantas?
Mostrádome has con el dedo
La prueba de las mudanzas,
Con que renuevas mi pena
Y pagas al que te ama.—
Vuelve al caballo la rienda,
Ardiendo en zelosa llama,
Y por en medio del pueblo
La lanza en el hombro, pasa
Jurando no descansar
Antes de ver á su dama.
Que de medrosas sospechas
No se escapa quien bien ama.

IV.

A los suspiros que Audalla
Arrimado á un fresno arroja,
Las fieras bajan humildes
De las encumbradas rocas.
Ayúdanle á sus lamentos,
Con gritos y voces roncas,
Porque hasta los animales
De su pena se congojan.
Es la ocasion de su llanto
Daraja, una ingrata mora,
Hija de Zuloma, alcaide
De Guadix, Velez y Ronda;
Que sin mirar los servicios
De dos años, quiso agora,

Por una injusta sospecha,
Borrarle de su memoria;
Y fué que en cierto sarao
Sobre una blanca marlota
Sacó escrita aquesta letra:
«Aborrezco á quien me adora.»
Entendió que se decia
Por ella, y por sí lo toma,
Y sin aguardar mas causa
Privó al moro de su gloria.
Desterróle á media noche
Con esta palabra sola:
—Si á quien te adora aborreces,
Que te olvide tanto monta.—
Cerró con esto el balcon,
Y Audalla con mas congoja
Se sale desesperado
Al mismo instante de Ronda.

V.

Galanes, los de la corte
Del rey Chico de Granada,
Quien dama Zegrí no sirve,
No diga que sirve dama:
Ni es justo, pues que se emplea
Su fe tan mal, que le valgan
Del amor los privilegios,
Ni las leyes de la gala;
Ni que delante la reina
En los saraos de la Alhambra
Se le consienta danzar
Entre sus damas la zambra;
Ni que el dulce nombre de ella
Le cifre en letras grabadas,
Ni bordado en la librea
Le saque en fiesta de plaza;
Ni que pueda del color
De su dama sacar banda,
Almaizar listado de oro,
Travesado por la adarga;
Ni atar al robusto brazo
Mano blanca, toca blanca
Para tirar los bohordos
Y para jugar las cañas;
Ni que ponga en camafeo
Ni en tarjeta de oro ó plata,
Debajo de ricas plumas,
Su retrato por medalla;
Ni yegua color de cisne,
De clin ni cola alheñada
Para ruar el terrero,
La puerta ni la ventana.—
Esto plantó en un cartel
El enamorado Audalla,
Galan, Zegrí de linage
Y que bella Zegrí amaba;
Pero las damas Gomeles,
Que eran muchas y muy damas,
Y las pocas Bencerrages
Que han quedado desta casta,
Y algunas Almoradíes,
Este papel enviaban,
Siendo por voto de todas
Fátima la secretaria.
—Audalla, si á cortesía
No está sujeto quien ama,
Perdona lo que leyeres;
Si lo estás, escucha y calla,
Que damas hay en la corte
Que ya que por su desgracia
Les falte gracia contigo,
Pluma y pico no les falta
Para quedar satisfechas,
O podrán muy poco ó nada
Contra ofensas de carteles
Satisfacciones de cartas.
Sobre el cuerno de la luna
Las damas Zegrís levantas;
Pero hasta llegar á ellos
Todo es aire lo que pasas:
A sus galanes prefieres
Privilegios y ventajas
En máscaras y saraos,
En juegos y encamisadas:
Prefiérelos norabuena
Y dales blason y fama
De gala, de ocio y de paz,
En guerra, batalla y armas
¿Mas qué se le dará de esto,
Ni qué tendrá por infamia
Quien no quiso perdonar
Al regalo de su casa,
Viendo el cristiano que tiene
La ciudad así sitiada,
Y de católicas tiendas
Coronada la campaña;
Y viendo que en nuestro tiempo
De Genil las olas claras
Ha dos años que se beben
Con tanta sangre como agua;
Y que á los demas galanes
Son libreas las corazas,
Refriegas los caracoles,
Y los bohordos son lanzas;
Y quien sabe prometer
Con soberbia y arrogancia
La cabeza del maestre
De la cruz de Calatrava,
Cuando prendieron al rey
En sangrienta lid trabada,
El alcaide y los donceles
El fuerte conde de Cabra,
Y partiendo á Santa Fe,
Mas á vella que á estorballa,
Despues de ocupado un dia

En aquesta empresa escasa,
Con mas salud que partió,
Y mas luciente la lanza,
Y la adarga mas entera,
Y la yegua ni aun sudada,
Viendo que las damas quedan
Del Alhambra en la muralla,
Para mirar los guerreros
Y para ver lo que pasa,
Por tener contino vuelta
A su señora la cara
Al primer encuentro vuelve
Al cristiano las espaldas?
Sírvase de eso quien gusta
De este amor, de esta crianza,
Y de ver hombres en hechos,
Y leones en palabras,
Que gozára de mil años,
Muy segura y confiada,
Que si de edad no muriere,
No morirá de lanzada.

VI.

Galanes, damas Gomeles,
Con las de esotros bandos,
Nosotras moras Zegríes
Saludes os enviamos.
La carta que le escribisteis
A nuestro Audalla preciado,
Despues de andar en la corte
De una mano en otra mano,
Vino á parar en las nuestras;
Si nos pesó lo callamos:
Baste que nos dió contento
Que Audalla hubiese hallado
Quien de escribir sus hazañas
Haya tenido cuidado,
Y de que sus coronistas
Seais, sin que os dé salario:
Aunque nosotras queremos
Que se os señale muy largo,
Pues tan largas habeis sido,
Y tan bien habeis glosado.
El cartel que en el Alhambra
Fué por Audalla plantado,
No hablaba con las damas,
Sino con los cortesanos,
Con los que os quieren y adoran,
Y serviros es su trato:
De ellos era el responder,
Y á vosotras escusado,
Mas á falta de hombres buenos
Habeis por ellos hablado.
Juntasteis vuestro cabildo,
Usurpasteis cetro y mando,
Y elegisteis secretaria,
Que escribió lo decretado.
¡Por cierto fué grande hazaña!
¿Pues no visteis el agravio
Que á los galanes hicisteis,
A quien hacer era dado
El descargo del cartel,
Pues era solo en su daño?
Habeis mostrado con esto
Que entre todos ha faltado
Quien satisfacer pudiese
Con tal descargo á tal cargo;
O que estiman en tan poco
Ser de vosotras amados,
Que el aumento de palabras
(Que es nada) estiman en algo.
¿Muza por ventura duerme?
¿O solo sabe en palacio,
Delante el rey y las damas,
Mostrarse brioso y bravo?
¿Ha cobrado el ramillete?
¿Ha ya de la Vega echado
Al maestre y los demas
Que nos matan con rebatos?
¡Bien se parece, pues vemos
A Bajamed tan lozano,
Aunque aldabadas ahora
Da á las puertas el cruzado!
Decid que Muza responda
A Audalla, que no al cristiano:
Y si escusarse pretende,
Por vivir desesperado,
Como lo muestra en salir
De amarillo disfrazado,
Tome por él la recuesta
Abindarraez gallardo;
Muestre los grandes favores
Que ha de Jarifa alcanzado,
Y cuán diestro y suelto es
En hacer mal á un caballo,
Y en sujetarle y volverle
Ya de este, ya de aquel lado:
Mas como no és en las veras
Como en las burlas probado,
Ni jamas se vió en batalla
Con los cristianos lidiando,
No es justo se cargue de armas
En que no está ejercitado,
Y mas viviendo Aliatar,
Que en esto es cual él probado,
Pues por no tenerse envidia
Ambos á dos han jurado
No quitar cristiana vida,
Ni manchar con sangre el campo.
Visto que no tratan de armas,
Serán estos escusados.
Y suplirá Reduan
La falta de tantos faltos;
Galan que ganó á Jaen
En una noche soñando,

Y engañado con tal sueño,
Le tuvo por acabado:
Y así prometiendo al rey
Darle á Jaen en las manos,
Sin ver los inconvenientes
Que pudieran estorbarlo,
A la conquista partió,
Y dió á ella tan buen cabo,
Que hoy Granada es del rey Chico,
Y Jaen de don Fernando.
Volved por estos galanes,
Queredlos y acariciadlos,
Favorecedlos, servidlos,
Que es justo ser estimados;
Pues segun sus claros hechos,
Muy cierto aseguramos,
Que si del lodo no os ponen,
Se les contará á milagro.

VII.

Mira, Tarfe, que á Daraja
No me la mires y hables,
Que es alma de mis despojos,
Y criada con mi sangre,
Y que el bien de mis cuidados
No pueden mayor bien darme
Que el mal que paso por ella,
Si es que mal puede llamarse.
¿A quién mejor que á mi fe
Esta mora puede darse,
Si ha seis años que en mi pecho
Tiene la mas noble parte? —
Esto dijo Almoradí,
Y escuchóle atento Tarfe,
Entrambos moros mancebos,
Y de los mas principales;
Y arqueando entrambas cejas
Con airosos ademanes,
Sin cólera le responde,
Pidiendo le éscuche y calle.
— Dices que Daraja es tuya,
Y que de su amor me aparte:
Sí lo hiciera si á mi vida
Tanta vida no costase.
Nunca tú por su servicio,
Como yo escaramuzaste,
Ni en su presencia al maestre
Caballo y lanza ganaste;
Caballeros de la cruz
Cautivos no la enviaste,
Ni las medias lunas nuevas
Entre sus tiendas plantaste;
Ni con agua hasta los pechos
Por Genil atravesaste,
Para quitar al maestre
La cabeza de Albenzaide;
Ni delante de las damas,
Entre el rio y el adarve,
Tres cabezas de cristianos
A tu dama presentaste;
Ni es bien que suyo se miente
Quien salió ayer al alcance,
Y fué postrero en salir,
Y primero en retirarse;
Y que cuando entre esos moros
Cristianos despojos parten,
Se está rizando el cabello,
Tratando de retratarse.
Retrátate, Almoradí;
Pero es bien que te retratos
De tus mugeriles hechos,
Y en cosa de hombres no trates;
Pues suena mal que te estés
Entre invenciones y trages,
Cuando tus deudos y amigos
Andan cubiertos de sangre:
Y cuando con los contrarios,
Sin que ganemos ni ganen,
Nos matamos mano á mano,
Tú con las moras te mates;
Y que en vez de echarte al hombro
La malla y turques alfange,
Te eches bordadas marlotas,
Y vayas á ruar calles:
Mira que es fama en Granada,
Y aun en el campo se sabe,
Que hay un moro entre nosotros,
Almoradí de linage,
Que cuando á la escaramuza
Los moros mancebos salen,
Con un enfermo accidente
Se finge por escusarse.
Mira pues si son hazañas
Estas que tus brazos hacen,
Para que mi bella mora
Me deje de amar y te ame.
Mira si te favorece
Como á los demas galanes
Los favorecen sus moras
Con empresas y almaizares.
La mañana de San Juan,
Cuando á escaramuzas sales,
Nunca de su blanca mano
Blanca toca te tocaste;
Ni en las zambras y saraos
Se sabe que te mirase,
Como á mí que me miró,
Mandándome que descanse,
Y los dos danzamos juntos
Cuando se casó Albenzaide;
Y vive Alá, que me pesa
De que tanto se declare,
Porque su valor y prendas,
Su discrecion y sus partes,
De mas de un dichoso moro

Merecen enamorarse.
Deja los intentos locos,
Si ya no quieres que pase
A mas que conversacion
Las arrogancias que hablaste:
Refrena la lengua un poco,
Y piensa, que el hablar hace
Continuamente gran daño
Donde se siente el ultraje;
Porque ha de entender el juez,
Primero que sentenciare,
Las culpas, que no sentencie
La pena de la otra parte:
Mira que aunque cuesta poco
El hablar, suele estimarse
Una palabra en mas precio
Que el oro que un reino vale;
Así que, apartarte es bien
Del principio que tomaste,
Sin querer que nadie goce
De lo que tú no alcanzaste,
Si no es, Tarfe, que te sueñas
Que puedes señor llamarte,
En ser servidor de damas;
Pero no que ellas te amen. —
El Almoradí acabó,
Dejando al galan de Tarfe
Entre turbado y furioso,
Prometiendo de vengarse.

VIII.

El espejo de la corte,
Aquel celebrado Audalla,
El querido de su rey,
Y el mas noble de su casa;
Respetado por su sangre,
Y temido por su espada,
Amado del reino todo,
Respetado de las damas;
Corrido de que en la corte
Del rey Chico de Granada
No se guarde aquel decoro
Que las leyes de amor mandan,
A Tarfe y Almoradí,
Que fueron de ello la causa,
El uno con damerias,
Y el otro con arrogancias;
En una fiesta solemne
Que se hizo en el Alhambra
La noche que se casaron
Benzulema y Celindaja,
Hallando Audalla ocasion
Para lo que deseaba,
Los dos de la competencia
Le oyeron estas palabras:
—Mis amigos sois entrambos,
Y entrambos sois de mi casa,
Y como á tal, mis razones
Escuchareis si no os cansan.
No fuera bien, caballeros,
Que á costa de agena fama,
Den los cuerpos á entender
Las pasiones de las almas,
Y que todo el vulgo diga
Por las calles y las plazas,
Que Tarfe y Almoridí
Se acuchillan por Daraja;
Que el uno la llama suya,
Y el otro suya la llama;
Que uno se alabe de cosas
Que el otro tambien se alaba,
Y que estimeis en tan poco
El valor de vuestra dama,
Que os pinteis favorecidos
Los dos, y digais que os ama.
Yo tengo por muy sin duda,
Y en toda la corte es fama,
Que á entrambos os favorece,
Y á ninguno ha dado banda.
Péseme de que se entienda
Entre la gente cristiana,
Que la que en Granada vive
Es tan poco cortesana;
Pues dirá Puertocarrero,
Famoso señor de Palma,
Que en las honras femeniles
Ensayamos las espadas,
Y que cortan nuestras lenguas
En el honor de las damas,
Harto mas que en sus aceros
Cortan nuestras cimitarras;
Que acá nos echamos plumas,
Cuando ellos nos echan lanzas,
Y deshonramos las moras,
Cuando ellos honran las armas;
Que prometemos cabezas,
Cuando hay en nuestras falta,
Y nuestra braveza toda
Se convierte en amenazas.
Si Tarfe de esta señora
Quiere grangear la gracia,
Hacerlas, y no decirlas,
Son las finas arrogancias;
Y si Almoradí pretende
Por lo lindo grangearla,
Tenga mayor el secreto,
Y menor la confianza.
En esto salió la reina
Con el rey á ver la zambra,
Y así cesó por entonces
La plática comenzada.

IX.

Aquel que pára es Hamete,

Este que corre es Audalla,
El que en tu fe mal segura
Fatiga sus esperanzas.
¡Qué firme que va en la silla!
¡Qué bien que embraza la adarga!
¡Qué segura lanza lleva!
¡Qué bien matizada manga!
Tres veces paró la yegua,
Hizo mesura otras tantas
A tu balcon, cuyas rejas
Son mas que tu pecho blandas.
Tras tantas nubes de olvido,
Por favor divino aguarda
De tu sol los rayos bellos,
Que á dalle su gloria salgan.
Acábense las tinieblas
De su pena y tu venganza:
Bellísima Zara, espera,
Abriré las dos ventanas;
¿Qué imágen como la tuya,
Desde Genil á Jarama
Sustenta y compone el tiempo,
Adora y pinta la fama?
Eres mucho para vista,
Fueras mucho para amada,
Pero con las veras hielas,
Y con las burlas abrasas.
Audalla vuelve á correr,
Estremo de gala y armas,
Tú le alabas, y él te adora,
Para que le adores basta.—
Esto á Zara le decia,
Viendo en Granada unas cañas,
Záfira la de Antequera,
Y así la responde Zara:
—¿Qué necedad me encareces?
¿Qué estremo de galas y armas,
De mis querellas principio,
Y fin de mis alabanzas?
¡Qué mal informada vives!
¡Qué poco sabes de Audalla!
¡Qué de verdades desmienten
A sus apariencias falsas!
Irá muy firme en la silla,
Porque es el correr mudanza,
Su lanza segura rige
Peligrosa mano varia.
Tantas damas son las suyas,
Que si de todas alcanza
Solo un punto de favor,
Podrá matizar diez mangas:
Pára aquí y allí la yegua;
Su voluntad nunca pára;
Humildes mesuras finge
Con alma rebelde, ingrata;
Facilidades humildes
Le ocupan, sabiendo Audalla
Que á disfavores humildes
Bajos favores no igualan.
Yo confieso que me burlo;
Confiesa tú que es hazaña
Pasar de amor los peligros
Con mil cautelas de guarda.
Záfira, tú convaleces,
El aire colado pasa,
Esta sala está muy fria,
Volvamonos á la cuadra.

ROMANCE DE SALER ZEGRI.

Mientes, y si acaso el rey
Los ampara en esta causa,
En su cara le diré
Al rey que me lo levanta
Por no pagarme el servicio
Que debe á mi brazo y lanza,
Creyéndose de quien quiere
Acreditarse con gracias.—
Por la puerta de palacio,
Los ojos vueltos en brasa,
Bravo y furioso Saler
Sale empuñando la espada.
—No saben los Bencerrages,
Dice volviendo la cara,
Que no sufren los Zegríes
Que les toquen en la fama?
Mienten otra vez, les digo,
Y repito estas palabras
Por si hay tan valiente alguno,
Que de lo dicho se agravia.
¿Qué cristianos habeis muerto,
O escalado qué murallas?
¿O qué cabezas famosas
Habeis presentado á damas?
¿Cuándo vencisteis alguno
De los de la cruz de grana?
¿Pensais que empuñar gineta
Es como volar las cañas?
En el usurpado escudo
Blasonais de las hazañas,
¿Dónde están los coroneles
De reyes que os deben parias?

Finalmente, ¿qué habeis hecho
Para decir en las plazas,
Y ante el rey, que los Zegríes
Mejor que lo hacen hablan?
Y cuando de noche estais
Durmiendo en las blandas camas,
¿Quién si no son los Zegríes
Salen á hacer cabalgadas?
Cuando los cristianos vienen
Sobre vuestra hacienda y casa,
A quien acudís los moros,
Vertiendo los ojos agua?
Sepa vuestro bando junto
Que á todo junto en campaña
Le daré á entender que soy
Zegrí, si todo me aguarda:
Y si por ser yo no osais,
Escogé en toda Granada
El menor de los Zegríes,
Que él os dirá quien se alaba.

ROMANCES DE ADULCE.

I.

Aquel moro enamorado,
Que de las batallas huye,
Mal parece que en palacio
Honroso lugar ocupe:
El que al maestre no ha dado
Entre las bermejas cruces
Bote de lanza ó flechaso,
Con valientes no se junte:
El que á su competidor
Favor conocido sufre,
Con el duelo de amadores
Comedidamente cumple:
El que no dice en las plazas,
Cautivos cristianos truje,
Que están sirviendo á mi dama,
De galanes no murmure:
El que no saca en las fiestas
Cuadrilla y galas azules,
No embrace adarga de fe,
Ni lanza gineta empuñe. —
Esto dice Abindaraja,
Ultrajando al moro Adulce,
Enemigo de Albenzaide,
Que baldonalle presume:
Bajezas contaba de él,
Que tan infames costumbres
Aun no pudieran hallarse
En los alarbes comunes.
Habia zambra en palacio,
Y casábase aquel lunes
Aja, la prima del rey,
Con un infante de Túnez.
Galvana la cordobesa
Era gran cosa de Adulce,
Y viendo que son malicias
Las faltas que le atribuye,
A Abindaraja responde:
—¿Tú piensas que de las nubes
Bajó tu moro Albenzaide?
Pues ruégote que me escuches.
Adulce, de sangre real,
Tiene el vencer por costumbre,
Y es el lugar mas honroso
Cualquiera lugar que ocupe.
Cuando el hierro de su lanza
Allá en la Vega reluce,
No está seguro el maestre,
Aunque sus valientes junte.
Alguno que compra esclavos
Ha dicho: «Cautivos truje,
A fuego y sangre ganados,»
¡Bien haya quien de él murmure!
No compite con los hombres,
Tampoco bajezas sufre
De amadores generales,
Que con mil galanes cumplen.
Brocados saca á las fiestas,
No tafetanes azules,
Como algunos que es vergüenza
Que lanza gineta empuñen.
Vale Adulce por mil moros
Como Albenzaide; no busques
Alguna ocasion forzosa
En que la cara le crucen.
Si á Adulce quisiste bien,
Si no te quiso, concluye
Con olvidalle callando,
No me agravies ni le culpes,
Que á no estar adonde estamos,
El cuchillo de mi estuche
Esa lengua te cortára,
Porque con ella no injuries. —
Levantóse Abindaraja
Diciéndola; — no te burles,
Porque aquí me vengaré
De quien aquí me lo jure: —
Alborotóse el palacio,

Reduanes y Gazules,
Zulemas y Abencerrages,
Que son los bandos ilustres,
Salieron desafiados:
Albenzaide retó á Adulce,
Que á guisa de caballeros,
Y valientes andaluces,
Al campo se salgan solos,
Y despues que desmenucen
Sus lanzas largas y gruesas,
Y á las espadas se ajunten;
El caballero animoso,
Que al otro en tierra trabuque,
Pueda gozar de su dama
Conforme el padrino juzgue.
¡O maldito seas, amor,
Que no hay bien que tú no mudes,
Ni cordura tan fundada
Que mil veces no la turbes!
Escubres públicos zelos,
Y amor secreto descubres;
Con ciertas enemistades,
Terribles marañas urdes:
Tiempo vendrá que las damas
Contra tu poder se aúnen;
Pero sepamos ahora
Cómo esta guerra concluye.

II.

La noche estaba esperando,
Y apenas cierra la noche,
Cuando el fuerte moro Adulce
A su casa se recoge.
De esperanzas viene rico,
Pero de ventura pobre,
Porque aunque son verdaderas,
No habrá lugar que las goce.
Armándose estaba el moro:
Mas no contra sinrazones,
Que estas no tienen defensa
En hidalgos corazones:
Porque como no las hacen,
Ni las temen ni conocen.
Y aunque es grande honor vengallas.
No ha de ser con todos hombres.
Seguro estaba y contento
Con las sombras de la noche,
Que le fuera claro dia
Y ocasion de nuevo nombre,
A no prendello el alcaide
Con falsas informaciones,
O con alguna ocasion,
Que es la moneda que corre,
Por quien el peso y la espada
No es mucho que caiga y corte,
Y que la vara derecha
Una y mil veces se doble.
Dicen que se halló en la muerte
Del infeliz Agramonte,
Y que se trazó en su casa,
Acogiendo los traidores.
Desarman al moro luego,
Y enciérranlo en una torre,
Armándose de paciencia
Contra agravio tan enorme,
Y paseando por ella,
Él mismo se habla y responde,
Que como no tiene yerros,
No le pusieron prisiones.
Mirando está las paredes
Que lo cercan y le esconden
Las relucientes estrellas
Que le fueron claros soles,
Cuya luz anticiparon,
Dando nuevos resplandores,
Para ser testigos fieles
Del fin de sus pretensiones.
—¡Ay Aja! dijo, ¿qué es esto,
Que siempre son tus favores
Prueba de mi desventura,
Que la publican á voces?
¿Qué sirve esperar el bien
Y procurar ocasiones,
Si la libertad me quitan
Solo porque no los logre?
Desto, hermosa Aja, infiero
Que estaremos ya conformes,
Porque á no ser esto asi,
No me prendieran entonces;
Pues solo para que viera
Que viene á menos tu nombre,
Me sobrára libertad,
Porque en desdichas me sobre.—
Desta suerte se quejaba
Adulce, cuando á la torre
Le van á ver sus amigos,
Todos valientes y nobles.

III.

En la prision está Adulce
Alegre, porque se sabe
Que está preso sin razon,
Y le quieren mal de balde.
Esto es causa que en el moro
Es la pena menos grave,
Pues no quiere libertad,
Si con ella han de culpalle.
Piensan que ha de hacer por fuerza
Lo que de grado no hace,
Enmudeciendo las leyes
Para que los mudos hablen.
Arrimado está á una reja
Que hace mas fuerte la cárcel,
Pena un tiempo de traidores,

Castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo,
Temiendo que se le cae,
Y dijo: — Siempre padezco
Por leal y por amante.
¡Ay Aja ingrata! ¿qué es esto,
Que en medio de mis pesares
Hallo viva la memoria
De mis bienes y mis males,
Y todo porque no pueda,
Ingrata desengañarme,
Pues con quererte en naciendo,
Pienso que te quise tarde?
A otra reja me ví asido
Mas baja, porque alcanzase
Las promesas de tu boca,
Puesto que ya no se guarden.
¿Cómo quieres, dí, que crea
Que el aire se las llevase,
Estando los dos tan cerca
Que apenas pasaba el aire?
¿Cómo no te desengañas
De que así quise engañarte,
Si en medio de los favores
Siempre me vi te cobarde?
¡Agora, ingrata, te pesa
De que te sirva y te ame,
Y no quieres ser querida
Quizá por desobligarte!
¿Quien derribó por el suelo
El edificio admirable
Que alzó amor á las estrellas,
De que apenas hay señales?
Déjame de sus ruinas
Una piedra, que declare
La mudanza que hizo el tiempo,
Sin poder jamas mudarme.
Mucho debo á sus amigos;
Todos dicen que me guarde,
¿Mas de qué sirve, ¡cruel!
Si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro,
Y que todo el pueblo llame,
Si está la casa abrasada
Cuando la campana tañen?
¿Quieres, ingrata, que pierda
El premio de ser constante,
Y que si es la causa firme,
Que la pena sea mudable?
No, para tanta belleza
No hay tormento que sea grave,
Pues la ofensa de quererte
Se defiende con amarte.
Los ojos vuelve, enemiga,
Y podrá ser que esto baste,
Pues para corta ventura
Cualquier favor será grande.
Verás lo mucho que quiero,
Y lo poco que me vale,
Y que no es bien que me pierda,
Donde es justo que me gane. —
Llamaron en esto al moro,
Que lo esperaba su page,
Que venia muy contento
Con una carta que trae,
Donde Adalifa le escribe
El pésame de sus males,
Y Adulce dijo: — ¡Que importa,
Si Aja gusta que me acaben!

IV.

Al camino de Toledo,
Adonde dejó empeñada
La mitad del alma suya,
Si puede partirse el alma,
Se sale Zaida la bella,
Y á su pensamiento encarga
Que se entregue á sus suspiros,
Y á ver á su Adulce vaya:
Que ausencia sin mudanza
Comienza en zelos, y en morir acaba.
A cualquiera pasagero
Que se detenga le manda,
Y si á Toledo camina,
Llorando le dice Zaida:
— ¡Venturoso tú mil veces,
Y yo sin dicha otras tantas!
Tú porque vas á Toledo,
Y yo por quedar en Sagra:
Que ausencia, etc.
Adulce, que en su memoria
Está mirando la estampa
Que pintaron sus deseos,
Como en el alma la aguarda,
Al dolor de Zaida bella
Con triste llanto acompaña,
A sus suspiros con quejas,
Con voces á sus palabras,
Que ausencia, etc.
— ¡Ay Zaida del alma mia!
¿Quién de mis ojos te aparta?
¿Qué respetos mal nacidos
A los mios acobardan?
¿Cómo no trueco la vida
Por la gloria que me llama,
Tu verdad y mis deseos,
Tu favor y mi esperanza?
Que ausencia, etc.
A tu imágen hablo en sueños,
Y sin duda que me hablas
En triste llanto deshecha,
De haberme apurado en llamas.
Imagino que te acercas,
Y como el llanto no basta
Contra tan inmenso fuego,

La huyo por no abrasalla.
Que ausencia, etc.
Luego zeloso me finjo,
Sospechando que á mis ansias
Busco segundo remedio,
Cansado de apaciguallas.
Agraviado la has, responde,
Tu fantasía te engaña,
Que salud de ageno gusto
Al gusto del alma estraga.
Que ausencia, etc.

Zaida espera en la fortuna
Y en el tiempo que no pára,
Y á entrambos los trueca el mundo
Con la rueda y con las alas;
Y anima tu pecho tierno
Para que con vida salgas
Deste golfo de tormento,
Sin que digan por tu causa,
Que ausencia sin mudanza
Comienza en zelos, y en morir acaba.

ROMANCES

DEL ALCAIDE DE MOLINA.

I.

Batiéndole las hijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare,
En un caballo tordillo,
Que tras de sí deja el aire,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el alcaide:
— *Al arma, capitanes,*
Suenen clarines, trompas y atabales.
Dejad los dulces regalos,
Y el blando lecho dejadle:
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba;
Dejad el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma, capitanes, etc.
Anteponed el honor
Al gusto, pues menos vale;
Que aquel que no le tuviere
Hoy aqui podrá alcanzaile;
Que en honradas ocasiones
Y peligros semejantes,
Se suelen premiar las armas
Conforme el brazo pujante.
Al arma, capitanes, etc.
Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfange;
Haced rostro á la fortuna;
Tal ocasion no se escape;
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
Al arma, capitanes, etc. —
A la voz mal entonada,
Los ánimos mas cobardes,
Del honor estimulados,
Ardiendo en cólera salen
Con mil penachos vistosos
Adornados los turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse:
Al arma, capitanes, etc.
Cual tímidas ovejuelas
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas moras
Llenan de quejas el aire,
Y aunque con femenil pecho
La que mas puede mas hace,
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles:
Al arma, capitanes, etc.
Acudieron al asalto
Los moros mas principales,
Formándose un escuadron
Del vulgo y particulares;
Y contra dos mil cristianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguage:
Al arma, capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabal

II.

El alcaide de Molina,

Manso en paz y bravo en guerra,
Con sus capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De do volvió victorioso
Sin daño y con grande presa
De cautivos bautizados
Y de cristianas banderas.
Entró por la puerta el moro,
Y corriendo á media rienda,
A la calle de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores,
Celinda salió á una reja,
Diciendo furiosa y loca:
— Si tú tuvieras vergüenza,
Ni corrieras en mi calle,
Ni paráras en mi puerta.
¡Mal haya Celinda mora,
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra!
Por ser tu alfange temido,
Mas que no por tu nobleza,
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia,
Sin considerar primero
Que es claro que no conciertan
Con entrañas de diamante
Entrañas que son de cera.
¿Que importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al son de pífano ronco
En furia y odios los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas;
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta.
Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras,
Que pues en tanto las tienes,
Menos soy, y mas son ellas.
Cíñete tu corvo alfange,
Embrázate tu rodela,
Y llama á tu fiel Acate,
Que te lleva las saetas:
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega,
En tu caballo el tordillo
Y en tu fronteriza yegua:
Tala los cristianos panes,
Roba las cristianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza:
Deja á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dejas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos
Mi soledad y tu ausencia. —
Esto dijo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el moro
De poderla dar respuesta.
Colérico de lo oido,
Apretando entrambas piernas,
Furioso corrió al castillo,
Suspenso entre culpa y pena.

III.

Tambien soy Abencerrage
De los buenos de Granada,
Y tambien me ví en la Vega
Con el de la cruz de grana:
Tan presto acudo á sus reales
Como algunos á las zambras,
Y me precio de mi alfange,
Como otros de su dulzaina:
Si puedo hablar en consejo
Pregúntenselo á mi lanza,
Que ella da fe de mis obras:
Veisla aquí, Zegríes, habladla.
No porque vivo en Castilla,
Y fuera de esta comarca,
Es menos fuerte mi brazo,
Ni son menos mis palabras.
Acaso ¿cuál de vosotros
Dejó como yo su patria
Por vivir entre cristianos,
Siempre alerta, y siempre al arma?
¡Mal haya quien os consiente,
Cobardes estar en casa:
Sardanapalos de amor,
Ya danzando, ya entre damas!
¡Bien con esos ejercicios
Vuestras fronteras se guardan,
Y de los contrarios reinos
Bien los sembrados se talan!
A mí toca, no á vosotros,
El salirme del Alhambra,
Que no es bien hallarme yo
Do tantos cobardes se hallan:
Ni que salgan mis consejos
Do no hay ninguno que salga
A probarlos como cuerdo
En el campo y con la espada.
Entre valerosos brazos,
Entre venerables canas,
Lo que dije se estimó,
Y lo que hice se estimaba;
Mas como el cielo os dotó
De fuerzas tan moderadas,

De tan flacos corazones,
No quereis que os diga nada,
Porque como es mi consejo
Para que dejeis las galas,
Siguiendo de vuestros padres
En la guerra las pisadas,
Desechaisme por estraño,
Y es justo que yo me salga,
Como estraño mi valor
De vuestra bajeza estraña.
Si agraviados os sentis,
Aquí os aguardo en la plaza:
Salid diez, ó veinte ó treinta,
O toda Granada salga,
A lo menos no direis
Que me visteis las espaldas,
Pues mas que una infame vida
Estimo una muerte honrada.
No si puedo os jactareis
Que me ultrajasteis la fama
Mientras esta fuerte diestra
Lanza enristra, embraza adarga,
Que ó moriré por Alá,
O con vuestra sangre cara,
Si el honor me habeis manchado,
Limpiaré á mi honor las manchas.
Salió diciendo el alcaide
De Molina y sus estancias,
Poniendo mano al alfange,
De una junta no acertada.

ROMANCES DE AMETE ALI.

I.

Amete Alí Bencerrage,
Moro valiente y gallardo,
Con marlota y capellar,
De pardo, amarillo y blanco,
Sale con otros amigos
Presuntuoso, alegre, ufano,
Y llevan tras si los ojos
Libres, sugetos y francos;
Pero llegado á Genil,
Rio claro, fresco y manso,
Se aparta de la cuadrilla,
Libre, solo, suelto y bravo:
Parte á descubrir su pecho,
Firme, amoroso é hidalgo,
Donde ventura le espera
Con victoria, triunfo y lauro.
Va publicando valor
Su gala, persona y brazo,
Y así ganó de su dama
Ojos, lengua, pecho y mano.
Tomó para posesion
Oro, coral y alabastro,
Que son en guerra de amor
Despojos, premios y pago.
Celinda soberbia un tiempo,
Por su rostro, talle y garbo
Fué la que dió fin de guerra,
Dando entrada, tienda y campo.
Mas fué su dar recibir,
Trueco, logro, usura y cambio;
Pues la entregó el vencedor
Alma, vida, honor y estado;
Y así de dos se hizo uno,
De un amor un ser y un trato,
Del cual procedió un infante,
Niño hermoso, rojo y blanco.
En las selvas de Diana,
Su escondrijo, cueva y manto
Le dejaron porque sirva
A Ceres, á Pan y á Baco.

II.

De verde y color rosado,
En señal que vive alegre,
Y al fornido brazo atada
Una toca tambien verde;
Con plumas verdes y azules
Poblado un azul bonete,
Mas por parecer galan
Que por zelosos desdenes:
La lanza y adarga negra,
Toda sembrada de sierpes,
Que en su ponzoñosa lengua
Una oreja todas tienen,
Y en medio de ellas estos versos
En arábigo parecen:
« Desa dañada intencion
« Mi inocencia me defiende. »
En un potro remendado
Viene el valeroso Amete,
El mas gallardo galan
Que en Granada hallarse puede.
Sale de Ubeda furioso,
Y á Baeza el paso tiende,
Que hay alarde general,
Y es fuerza hallarse presente.

Temeroso de fortuna,
Porque su daño pretende,
Dió principio á sus querellas
Hablando con las serpientes:
—¡Polilla de mi esperanza!
¡Niebla de mi sol alegre!
¡Carcoma de mis deseos!
¡Cardillos de mis papeles!
No pretendais desterrarme,
Envidiosos de mis bienes,
Que tengo á amor de mi parte;
Y tiene de defenderme:
Y tu, fortuna, tente.
No gustes de que muera estando ausen-
No permitas que en el pecho, [*te.*
Donde mi sangre deciende,
Estos aspides dañados
Sus bajos intentos siembren:
Ni el justo cielo lo quiera,
Pues mi fe no lo merece,
Ni Zaida en su pensamiento
Sus falsos silvos encierre.
Y tu, fortuna, etc.
No des la vuelta á la rueda,
Ni el clavo quites del eje,
Ni permitas que yo diga:
Subióme para perderme:
Ni con las nieblas de ausencia
Mi esperanza se me anieble,
Pues es claro que el olvido
Se hace fuerte en los ausentes.
Y tu, fortuna, etc.
Y ya que por mi desdicha,
Todo este bien se me niegue,
Por lo que toca á Celinda
Ser escuchados no deben;
Ni es justo que á sus querellas
Amor las orejas cierre,
Y es bien que ella hablando ablande
Lo que endurecer pretenden:
Y tu, fortuna, etc.
Esto dijo, y descubrió
La ciudad y muros fuertes,
Y de Almanzor las banderas
Que tremolando se estienden.
Salen los de dentro afuera
A ver quien el moro fuese
Que haciendo corbetas altas,
Ufano diciendo viene:
Tente, fortuna, etc.
En medio de los balcones
Mil damas bellas se ofrecen,
Satisfaciendo al deseo
Con el contento de velle:
El vulgo todo le sigue,
Dando voces: «Viva Amete:»
Y agradeciendo el favor
Dice en la mano el bonete:
Tente, fortuna, etc.
Llegó en casa del alcaide,
Recibióle alegremente
Con trompetas y añafiles,
Y músicas diferentes.
Apeóse de su potro,
Y despidiendo la gente,
Se subió á la fortaleza,
Diciendo entre sí mil veces:
Tente, fortuna, etc.

ROMANCES DE CELINDOS.

I.

Con semblante desdeñoso
Se muestra el rostro de Zaida,
Pretendiendo de acabar
De Celindos vida y alma.
Es moro de mucha estima,
Alcaide de Alora y Baza,
Sobrino del gran Zegrí,
Primo hermano de Abenámar.
Causó el desden de la mora
En el moro una tal llaga,
Tan penetrante que llega
A lo último del alma.
Zaida muy contenta desto,
Que de cruel se gloriaba,
Quiere mostrárselo claro
Con hechos, obras, palabras;
Y así se viste de verde,
Color alegre y galana,
Bien diferente de aquella
Que saca el moro de Baza,
Porque salió de amarillo,
Que es color desesperada,
Azul que denota zelos;
Morado que muere el alma
Sacó la mora una aljoba,
De muertes toda sembrada;
Junto á ellas una cifra
Barreteada de plata,
Con cuatro perlas de estima:

« Muera, no tenga esperanza. »
Sacó una toca turquesca,
De cuya punta colgaba,
Una almalafa cubierta
Azul, blanca y colorada,
Con flor de lises de oro
Entre águilas de plata,
La basquiña á media pierna,
Con una media leonada:
Las ligas verdes y rojas.
Bordadas con seda parda:
Una zapatilla azul,
Que de seis puntos no pasa,
Hecha con tanto primor,
Cual jamas se hizo en Granada,
En cada una un corazon
Con unas pintadas brasas,
Y una letra que decia:
« Es muy duro; estas no bastan: »
Puestos al lado dos niños,
Que parece que las matan,
Y una cifra que les dice:
« No las mateis, niños; ardan. »
Parte la gallarda mora
A casa de Celindaja,
Tan hermosa como esquiva,
Cruel, desabrida é ingrata,
Era Celindaja prima
De aquesta mora lozana,
Y casábase aquel dia
Con Aliatar el de Ocaña.
A convidarla envió,
Que veniese, que habia zambra,
Escaramuza de moros,
Juegos, disfraces y danzas,
Obedecióla la mora,
Y así partió, acompañada
De dos moros, primos suyos,
Y hermanos de Celindaja.

II.

Cubierta de trece en trece
Por los girones y mangas
De mil roeles azules
Una marlota morada,
Un capellar amarillo,
Terciado con unas bandas
De carmesí guarnecido,
Con rapacejos de plata:
Un turquesado bonete,
Con cuatro lazadas blancas,
Que cuatro medallas tiene,
Y en cuatro piedras sus armas;
Entre dos plumas pajizas,
Una verde y dos moradas,
Y la verde muy oscura
Como de muerta esperanza,
Y una letra de oro escrita,
Que la pluma verde enlaza,
Que dice: « Entre amor eterno
« Mas muerta vive en el alma; »
De azul, blanco y amarillo
Teñida lleva la lanza,
Y al brazo una toca negra,
Y una esfera en el adarga,
Con una letra en el campo,
Que dice en lengua cristiana:
« Ni mas alto el pensamiento,
« Ni mayor fuego en el alma,
« Que esperanza de imposibles
« Es fe que nunca se paga; »
Y por orla mil antojos,
Que unos á otros se traban,
Y por las lunas de todos
Des calaveras de plata
Con una letra que dice;
« O no mirar, ó mirallas; »
Unos borceguíes negros,
Solo la vuelta dorada;
Dos grillos por acicates,
Con tanto primor y gracia,
Que declaran su prision;
Batiendo una yegua baya,
Que lleva un rico jaez
Y una mochila dorada,
Bordada de mil trofeos,
De manoplas y de espadas,
Tromopetas, yelmos, escudos
Y de cabezas cortadas;
Una banderilla azul,
Con unas verdes granadas,
Y en morisco aquesta letra:
« Maduran para ser agrias; »
Sale el famoso Celindos,
Alcaide de Alora y Baza,
Convaleciente de heridas.
Mas no de amores de Zaida.

III.

A los torreados muros
De su Jaen, dulce y cara,
Dulce porque nació en ella,
Cara pues le cuesta el alma,
Revuelve á mirar Celindos,
El biznieto de Abenámar,
El que fué alcaide de Ronda,
Y á Estepa tuvo en su guarda.
No va desterrado el moro
Por sucesos y desgracias;
Destiérrale una sospecha
Por no poder desterrarla,
De que su Zaida querida
Le ha quebrado la palabra
Que dió de guardar la fe

Mal cumplida y bien jurada.
Sale galan, aunque triste,
Para mostrar por sus galas
Que parte rico y contento,
Pues de ello gusta su dama:
Con muchos racimos de oro
Una marlota encarnada,
Acuchillada á reveses
Y en tela verde aforrada,
De lazos y nudos ciegos
A trechos toda bordada,
Con esta letra que dice:
« Mientras mas me desengaña: »
Capellar de parda seda,
Forrado en tela de plata,
Bordado todo de abrojos:
Por letra: « Cuando me dañan: »
Negro tambien el bonete,
Con las plumas variadas,
Pajizas, blancas y azules,
Moradas, verdes y pardas:
Una medalla las prende
Con una esmeralda falsa,
Y esta cifra á la redonda:
« Tu promesa y mi esperanza. »
Ceñido un dorado alfange,
Una veleta en la lanza
Azul, que siempre los zelos
Traen á la muerte cercana:
Pintado un ardiente fuego
En el campo de la adarga,
Y la letra dice: « Muera
« Quien á dos amores ama: »
Desnudo el brazo derecho,
Y atada una toca blanca,
Empresa de su querida,
Y de amor humildes parias:
Caballo rucio tordillo,
Jaez de carmesí y plata,
Dos balanzas por estribos,
Que aquí estriba el que mas ama.
Sirve el moro de fiel,
Aunque no le sirve nada;
Mas por mostrar á Celinda
Que como murió, así acaba.
Llegó el caballo á la orilla,
Al agua se arroja y lanza,
Como en señal de que siente
Del dueño la ardiente llama:
A nado pasa el caballo,
Y él como á acabar ya pasa,
No repara en que se moja,
Pues morir no le repara.
Salió á la arenosa orilla,
Y vuelve á mirar su patria,
Hincando la lanza en tierra,
Y arrimado el rostro al asta:
Contempla los edificios,
Alta roca y fuerte alcázar,
A quien su firmeza opone,
Y halla su semejanza:
Aquí vieras, mora, dice,
Si como yo me miráras,
Un monte de sufrimiento,
Y un alcázar de constancia:
Y si como yo te miro,
Te miráras, en tí halláras
Un alcázar de soberbia,
De dureza una montaña.
Pase por tí aquella aprisa,
Cual tú por mis cosas pasas.
Aun no saliste á verme,
Como á cosa ya pasada,
Para ver en mi librea
Mi firmeza y tu mudanza,
Reparando en mis colores
Lo que en gustos no reparas.

IV.

Mal os quieren caballeros
De Antequera y de Granada,
Celindo, porque presumen
Que os quieren mucho las damas.
Hablan de vos en ausencia,
Y si estás entre ellos, callan:
Mormuran de vuestros hechos,
Y acreditan os la fama,
Porque no mostrais papeles
De Jarifas, ni de Zaidas,
Como algunos, cuyos pechos
No son pechos sino plazas;
Porque de vuestras divisas
Nunca se supo la causa,
Y respetando favores
Agradeceis esperanzas:
Ya sabeis que concertaron
Los Gomeles unas cañas,
Y que salen los Zegríes
En competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas,
Y sacad plumas y mangas
Del color de vuestros gustos,
Y de la fe de vuestra alma;
Que yo aseguro que os miren
Algunas que nunca os hablan,
Y que tengais mas promesas
Que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
Y á fortuna dadle gracias,
Que entrambos han de valeros
A pesar de sus mudanzas;
Y á la amiga de Adalifa
No os canseis de sobornalla,
Porque el amor solicite
Y á vuestra ventura valga:

Que una amiga de otra amiga
Mil imposibles alcanza,
Y montes de inconvenientes
Cuando importa los allana. —
Esto escriben á Celindos
Dos damas del Alpujarra,
Que en secreto le respetan,
Y en público le maltratan.

ROMANCE DE CELALBA.

Celalba, mora que al mundo
El bien de amor representas,
Alba en nombre, y al fin alba
Que el suelo adornas y alegras:
Tú que de tu hermosa boca
Suspensos los hombres dejas,
Y á los que robas las vidas,
Con matarlos los recreas;
Ya que de mis esperanzas
La flor me coges y llevas,
Y de mi gusto y amor
Has hecho dichosa prueba,
Quiero darte mi consejo,
Si mi edad florida y nueva,
Y ser partes con pasion
No contradicen mi lengua.
Vive, señora, á tu gusto,
Que la voluntad sujeta
Es polilla del contento,
Y las lágrimas le anegan.
No gustes de soledades,
Aunque eres sola en belleza,
Que el sol con ser bello y solo
A todos mira y calienta.
¡Ah mora sabrosa y dulce!
¿Es posible que la tierra
Tiene y sustenta morales
Que nos den fruta tan bella?
¿Quien habrá que sus deseos
Y apetitos no te ofrezca,
Pues en tí sola el dechado
De la hermosura se encierra?
Ese Alcaide que te guarda,
Rios por sus ojos echa
De tristes zelos bramando
Aunque en el bramar acierta.
Quiere tenerte escondida,
Y con recato encubierta;
Mas eres luz de hermosura,
Y la luz mucho se muestra.
Presume que su cuidado
Será de tus gustos rienda,
Y no ve que sus sermones
Acrecientan mas tu tema.
¡Mal conoce las mugeres,
Que aquello que se les veda
Quieren gustar lo primero
Imitando á la primera!
¿No ve que son como el agua,
Qué si su curso refrenan,
Busca venas diferentes
Por donde bien correr pueda?
¿Ni que la que finge mas
Que es su corazon de piedra,
Si con oro la martillan
Al momento da centellas?
¿Ni sabe que es como el árbol
Que por industrias y pruebas
Viene á dar fruto primero
Que quiere naturaleza?
Al fin de sus ignorancias
Le da merecida pena,
Pues siendo vivo tu gusto
Pretende ser tu albacea.
Celalba, por Alá santo,
Que si le burlas y ciegas,
He de adorarte cual luna,
Como lo manda mi secta.

ROMANCES DE ZULEMA.

I.

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó en memoria
De mil hazañas diversas,

Antes de apuntalle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza,
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazañas,
De mas alas y mas lenguas:
Zulema al fin, el valiente
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No armado, sino galan,
(Aunque armado mas lo era)
Fué á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los adalifes le ruegan
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas;
Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entonces
De la mayor fortaleza:
Cuando mas breve que el viento,
Y mas veloz que cometa,
Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella,
Solo alguno de á caballo
Aunque le temen le esperan:
Piensan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
La maltrata y atropella.
No osan mirar á las damas
De pura vergüenza dellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera:
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma
(De quien son los ojos lengua)
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo que á la bella mora
De sus deseos dé muestra:
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela,
Que amor le prestó sus alas,
Como es suya aquesta empresa;
Cuando ve á un hombre el toro
Con piés y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre
Agora al hombre sujeta.
A pié se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe
Que su victoria está cierta:
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfange
Haciéndole mil ofensas:
Retíraso el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas;
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda alrededor, patea,
Vuelve á mirar quien le ofende,
Y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De corage y sangre hecha;
Pero ya cansado el moro
De verle durar, le acierta
Un golpe por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta:
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los mas fuertes,
Bendícenle las mas bellas,
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas,
Las damas le envian el alma
A darle la enhorabuena,
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela,
Apolo toma la pluma,
Yo acabo, y su gloria empieza.

II.

Aquel esforzado moro,
Abencerrage Zulema,
Espejo de valentía
Y retrato de nobleza;
Aquel paciente amador,
Y guerrero sin paciencia,
Que fué muro de su patria
Y reparo de su secta;
En un caballo español
Sale rompiendo la tierra,
El cual con tropel menudo
Bate la menuda arena,
Y casi toca en la cincha
Sin tocarle él con la espuela,
Convirtiendo en blanca espuma
Un freno de color negra.
El moro sale gallardo
Y gallarda su librea,
Que con mucho amor la hizo
Y no sin mucha prudencia.
La marlota es náranjada
En señal de su firmeza,
Y no de verde color,
Que ya no se precia de ella;
Pues como dichoso amante
La esperanza tiene muerta,
Porque goza de su dama,
Y con esto ya no espera.
Lleva el capellar pintado
De una dulce primavera,
Porque dentro de su alma
Todo es placer cuanto lleva;
Y lleva el bonete azul,
No porque zeloso venga,
Sino porque de su cielos
Es la color mas perfecta;
Y lleva un rico cendal
Que le ciñe la cabeza,
Prenda de su amada mora,
Y de su amor dulce prenda.
Lleva ademas por divisa
Una venturosa emblema,
Señal de infinito amor
Y no de poca soberbia.
Era pues el ave fénix
Ya de ceniza cubierta,
Cubierta mas no quemada,
Y si quemada no muerta;
Porque recibiendo vida
Levantaba la cabeza,
Y en la mas ardiente llama
Mostraba mejor su fuerza.
Esto lleva el rico amante,
Y en arábigo esta letra:
«Así recibo yo vida
«De la dama que lo ordena;»
Porque amaba sumamente
A Zara, una mora bella,
Estimada en la ciudad
Por su antigua descendencia,
Y de la reina estimada
Como universal princesa,
Aunque servida en la corte
No sin mucha competencia.
Servida, mas no pagada,
Sino solo de Zulema,
Que como fino amador,
En su pecho la celebra.
Págale cumplidamente,
Y aun procura que le deba,
No para mas libertad
Sino para mas cadena;
Y así por esta ocasion
Trajo esta rica librea,
Declarando en la pintura
Lo que gozaba por ella.
Cruza por el ancho coso,
Donde está su dama llega,
Mírale toda la gente
Y admirada le celebra.
El moro como es galan
Usa de su gentileza,
Que atraviesa la estacada.
Y á Zara el pecho atraviesa.
Llegóse al primer balcon
Que era do estaba la reina;
Humilla el esquivo cuello
Y al momento se endereza;
Y es mucho para tal moro
Usar de tanta llaneza,
Haciendo agora en la paz
Lo que no quiso en la guerra.
Bate el caballo feroz
Con la rigorosa espuela,
Y coge su dura lanza
Para tal efecto hecha.
Un hierro con otro junta,
Y no con mucha braveza,
Que si la mano apretára
En fuego la convirtiera;
Mas viéndose ya subido
En el punto que desea,
Humillar hace al caballo
Y la dura lanza quiebra,
Diciendo con voz altiva,
Aunque de arrogancia llena:
— Todo es poco, bella Zara,
En tu divina presencia.

III.

Del Alhambra á media noche
Sale gallardo Zulema,

Ciego de cólera y zelos
Si acaso los zelos ciegan.
Bajaba el valiente moro
De noche, por ver si en ella
Puede con su oscuridad
Dar lumbre á cierta sospecha
De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de su pensamiento,
La fe y palabra le quiebra:
Tenia zelos el moro
Del alcaide de Marbella
Que en Granada residia,
Porque su calle pasea.
Cuanto lleva en el vestido
Va publicando su pena,
Que quiere ya publicalla,
Y lo diga su librea.
La marlota verde oscura,
Señal de esperanza muerta;
De una cadena bordada
Llevaba fija esta letra:
« Mi esperanza cautivé;
« Y como se vió sujeta,
« Dudando de su rescate
« Vino á morir en cadena. »
El bonete carmesí
Y en él una pluma negra,
Y por letra: « Mi alegría
« Compite con mi tristeza. »
Caballo rucio rodado,
Y escrito en entrambas riendas,
« Ha rodado por mi mal
« De mi fortuna la rueda. »
En el campo del adarga
Llevaba una calavera,
Y un mote en la frente escrito
En que dice: « Ya estoy cerca. »
Un borceguí datilado,
Dorado solo la vuelta,
Que dice: « Si vuelta está,
« Difícil será volvella. »
Una banderilla azul
En una lanza gineta,
Y dice la letra: « Zelos,
« Hincádsela hasta que muera. »
Ceñido un dorado alfange,
Dorado jaez y espuelas,
Y toca dorada al brazo,
Que es de su Zara la empresa.
Llegado al sitio y lugar
Adonde su amada prenda
Vivia, aunque en sus entrañas
Tiene morada mas cierta:
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el cuento de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella.
Su dama, que descuidada
Estaba de la novela,
Por un pequeño postigo
Se asomó por ver quién era.
No le conoció tan presto
Estando un rato suspensa;
Zulema picó el caballo,
Allegándole mas cerca,
Diciéndole: — Sol del mundo,
Que en los ojos reverberas,
Abrid toda la ventana,
Desterrareis las tinieblas. —
Ella que le conocio,
Le dijo: — Amado Zulema,
Ese nombre es propio vuestro,
Yo luna basta que sea,
Que ya sabeis que á la luna
El sol su lumbre le presta;
Y si acaso tengo alguna
La recibo de la vuestra. —
Zulema le dijo: — ¡ Ay Zara,
Cuánto en el alma me pesa
De que te cuadre ese nombre
De luna, y que yo sol sea!
Porque la luna en el cielo,
Viendo el sol en su presencia,
No da de sí luz ninguna,
Señal que de ello le pesa;
Y cuando se alegra mas
Es cuando su sol se ausenta,
Y creo que tú lo imitas
En esto por darme pena. —
Respondió Zara turbada:
— ! Qué bien de ver se te echa
En eso, y en venir tarde,
Que los zelos te hacen guerra!
Desecha, Zulema amigo,
Ese dolor que te aprieta,
Aunque escaramuza y pages
Veas delante mis puertas,
Pues soy de peña á sus dueños
Cuanto para tí de cera.—
Zulema algo asegurado
Solo la da por respuesta:
— ¡ Plugue á Dios que al mucho curso
No se allane la carrera! —
Con esto se parte el moro,
Humillando la cabeza,
Con intento de mudar
Caballo, lanza y librea.

IV. (51)

Lo que puede aborrecida
La muger que olvida tarde,
Hoy se prueba en mis desdichas,
Que de amor y olvido nacen.
Del linage de Tarife

(Aunque fué de humildes padres),
Nací Bencerrage al mundo
Para morir Bencerrage.
Heredé sus desventuras,
Gran mayorazgo de males,
Poca hacienda y mucha envidia,
Madrastra de mi linage.
En la campaña valientes,
En el terrero galanes,
Amigos de valerosos
Y enemigos de cobardes,
No tuvo dama Granada
Que Bencerrage no amase,
Que solo el nombre tenia
Rendida la mayor parte.
Ha crecido cierta envidia
Entre el vulgo variable:
Dicen que amaron la reina;
Si la amaron, Dios lo sabe:
Dejáronme al fin muy niño,
Tan sin amparo de nadie,
Que por solas mis desdichas
He conocido mis padres:
Que con las suyas pudieran
Las mias ser solo iguales,
Pues el tiempo y la fortuna
Han hecho en mí ejemplos grandes.
Quise á la mora mas bella
Que mira el pastor de Dafne,
Desde la mar donde muere,
Hasta el cielo donde nace.
Desaméla, aunque á creerlo
Muy pocos se persuaden;
Mas quien lo entiende me diga
Lo que pueden libertades.
¿Qué quieres, ingrato amor?
¿Porqué perseguir te place
La vida que no te ofende
Con muerte que ha de pesarte?
¿Porqué lloras contra mí
Tú que en mi favor lloraste?
Ausente estoy de tus ojos,
Quizá será aquesto parte. —
Esto contaba Zulema
A su señor Albenzaide,
Junto á la mar donde quiere
Y á las piedras que combate.

ROMANCES DE ZEGRI.

I.

A sombras de un acebuche,
Entre robles y jarales,
Habia una cueva oscura
Labrada por un salvage,
Valiente moro Zegrí,
Señor de los Alijares,
Y salvage por desdenes
De una dama Abencerrage.
De frutas verdes y secas
Se mantiene, porque sabe
Que mantiene verde y seca
La esperanza de sus males.
Estando pues en su cueva,
Oyó gemir en un valle
A una leona fiera
Que de su leon no sabe:
Hundia el aire con quejas,
Y luego rompiendo el aire,
A sus querencias volvia
Bramando, porque bramasen:
Mas como en guerra de zelos
El mas fuerte menos vale,
Pensando que no es querida
Viva pena, y muerta cae.
Suspirando dice el moro:
—¡Amor, de juicio sales!
Con los hombres te haces fiera,
Y con fieras hombre te haces:
Deja á esa leona muerta
Por tu gusto, y por amante,
Que otra mas brava te espera
Mantenida con mi sangre.
Seis años me desterró,
Que se cumplen esta tarde,
Y mañana parto á vella
Con bruto dolor y trage.
Sola una merced te pido,
Que si á Granada llegare,
La vean aquestos ojos
Porque los suyos acaben.

II

En un aposento oscuro,
El mas de toda la casa,
Entre las ocho y las nueve
Un dia por la mañana,
Zegrí, dicho el montañes
Por nacer en la Alpujarra,

La marlota se desnuda,
Y el turbante se quitaba
Que ha puesto para ir á ver
A la hermosa Belisarda:
Halo arrojado en el suelo,
Y él se ha arrojado en la cama,
Y con ardientes suspiros
Consigo mismo ansí hablaba:
—¿Adónde vas, atrevido?
¿Adónde tanta arrogancia?
¿No miras cuán poco vales,
Y el valor de Belisarda?
¿Quién eres tú, y quién es ella?—
Dos mil veces repliçaba.
Levantóse como un rayo
Y abre todas las ventanas,
Y toma tinta y papel
Y la escribe aquesta carta:
«Señora, el dejar de veros
«No es porque me falte gana,
«Sino por no dar disgusto
«A quien mi disgusto causa,
«Porque tu gusto no pierda
«Lo mucho que el mio gana:
«En no verte pierdo mucho;
«Mas no pierdo, que tú ganas.
«Perdona, señora mia,
«Las pesadumbres pasadas,
«Que pues las causó locura,
«Bien me disculpa ignorancia.
«A mis importunaciones
«Tambien has dado tú causa,
«Dándome tales favores,
«Que el menor de ellos bastaba
«Para poder competir
«Con el mejor de Granada.
«Tú, mi señora, me diste
«Grandísimas esperanzas
«De mejorar los favores
«Que agora van á la larga:
«Pensé que fuera subiendo
«Como quien sube por gradas;
«Mas pensando ganar tierra
«Voy perdiendo la ganada,
«Los favores que me das,
«Si es que te salen del alma,
«No hay á qué los comparar,
«Pues pensarlo pone calma:
«Mas si son por cumplimiento
«Suplícote no los hagas,
«Pues son dineros de duende
«Que en sombra se desbaratan;
«Cuartos que llaman de fraile,
«Que en el mercado no pasan;
«Pesas que por no ser justas
«Están del rollo colgadas;
«Obras hechas en pecado
«Que no aprovechan al alma,
«Son obispados de anillo
«Cuya renta no se paga;
«Voz de guitarra sin cuerdas,
«Fuerzas de cuerpo sin alma;
«El beso y la paz de Júdas,
«Cartas y escrituras falsas.
«Yo para decir verdad,
«Harto dudo si me engañas:
«Veo señales de amor;
«Pero tibias y aun heladas,
«Que por mas que estoy sin verte
«Nunca veo que me llamas:
«Cuando de tí me despido
«Nunca me dices: Aguarda;
«Si al cuello te echo los brazos,
«Los quitas y desenlazas;
«Si llego mi rostro al tuyo,
«El tuyo muy presto apartas,
«Y por mas que te lo ruego
«Nunca quieres ver mi cara:
«Haces reparo á mis manos
«Las veces que se desmandan:
«Todas estas son señales
«De voluntad no muy sana.
«Con todo aquesto, señora,
«Te quiero ir á ver mañana,
«Será para darte gusto,
«Porque le tendrias sin falta.
«Que aunque al entrar no lo tengas,
«Tendráslo cuando me salga;
«Si dijeres: Mal venido,
«Dirás: Norabuena vayas.
«Diciéndote estas sospechas
«Tú me has dicho que son falsas
«Y que por no agradecellas
«Pongo á tus favores tachas;
«Y esto en buen romance es
«Persuadirme que me amas:
«Si es así, y me das lo mas,
«¿Cómo en lo menos reparas?
«Yo me daré por vencido
«Con la vista de mañana,
«Si entonces viere que estás
«Corregida y emendada.
«Sé larga en lo que nos resta,
«Si hasta aquí no fuiste larga:
«Si del secreto recelas,
«Harán que le haya mis trazas,
«Que habiéndotelas yo dicho
«No te han parecido malas;
«¡Pero harto malas son
«Si no han de servir de nada!
«Ya sabes que en el secreto
«Nadie en el mundo me iguala,
«Con esto solo concluyo,
«Con que doy fin á mi carta,
«Que si el favor que me diste,
«Le diste de buena gana,

«No habrá cosa que me niegues,
«Pues es verdad apurada
«Que es fácil ganar la villa,
«La fortaleza ganada.»
Habiendo la carta escrito,
La cierra, y para envialla
Llamó un page que la lleve;
Mas recélase de dalla,
Que para cosa tan grave
Ninguno hay de confianza:
Ni al flaco papel se atreve
Cargar carga tan pesada.
Envolvióla en un papel
Y en su escritorio la guarda.

III.

Al venturoso Zegrí
La hermosa Celindaja
Con mas lágrimas que letras
Está escribiendo una carta.
Soberbio es el sobrescrito,
Que es soberbia su esperanza:
Al ídolo de mi gusto,
Tan al gusto de mi alma.
«Si temo viéndote ausente,
«No te admires, prenda cara,
«Porque este mónstruo de ausencia
«Pare imposibles mudanzas:
«Y mas tú, olvidado moro,
«Que con encomiendas flacas
«Sabes hacerte tan fuerte
«Que borras memorias hartas.
«Hablo, amigo, de esperiencia,
«Que conozco tus ventajas,
«Y temo propias sospechas
«Cuando á agenas tierras vayas.
«Tu descuido me promete
«Cuidado por nueva causa,
«Que eres para ser querido,
«Y no han de faltarte esclavas.
«La que dejaste en Toledo
«Con tu memoria descansa:
«¡Quiera Alá, dichoso moro,
«Que allá esté desocupada!
«En mi corazon te mira
«Las tardes y las mañanas,
«Que el espejo de mi pecho
«Son tus primeras palabras.
«En mi alma tu fe guardo,
«Si es que cual tuya la tratas:
«Ven, visítala, Zegrí,
«Que se confiesa agraviada.
«Si me engañares, al menos
«Una muger flaca engañas,
«Culpada de voluntad,
«Que no pequé de ignorancia.
«¡Ay moro del alma mia!»
Aquí suspensa y turbada,
Renovando sentimientos,
Borra las letras que estampa:
Crece el nublo de suspiros,
Los ojos el papel bañan,
Falta á la mano el aliento,
Y á la pluma tinta falta.
La mora que las encierra,
Como es la mora encerrada,
Tocó á recoger el cuarto
De la reina y de las damas:
Celindaja dobló el pliego,
Y á quien lo que es le demanda
Dice que son devociones
Que pasa cada semana.

ROMANCE DE ARLAJA.

En el aceruelo Arlaja
Puestos los dos soles tiene,
Eclipsadas ambas lunas
Con las lágrimas que vierte:
Mil veces pone los ojos
En la labor, y la vuelve,
Porque turbada de zelos
El tino y los puntos pierde:
Dos mil se le corta el hilo,
Y no el hilo de sus fuentes,
Que como nacen del alma
Son perpetuas sus corrientes.
—Moro, dice, mas ingrato
Que los ingratos de allende,
Pues en condicion ingrata
A esos bárbaros escedes;
Dime, ¿Arlaja que te ha hecho
Que le das tantos desdenes?
¿Es posible que no estimas
La palabra que le ofreces?
Si no me quieres, cruel,
¿Porqué en balde me entretienes?
Y si dices que me amas,
Quiéreme como me vendes.
Ten lástima de tu Arlaja,
Si de tí mismo la tienes,

Que vendrás á hacer al fin
Lo que agora no resuelves.
Bien sé que besas y adoras
Otras mas altas paredes;
Mas no lo son en firmeza,
Que es firmeza de papeles.
Poca guarda es la que guardan
Altas torres, lienzos fuertes,
Que cuando quisiere el alma
Los hallará trasparentes.
Quiere bien en una parte,
No quieras en tantas veces,
Que es forzoso no querer
Si tan partido anduvieres.
¿No ves que es notable agravio
Seguir tantos pareceres,
Y pagar con un amor
A tres ó cuatro quereres?
¡Qué poco te cuesta amar,
Que tras cada canton mueres!
Bien parece que no amas,
Pues á ninguna aborreces.
Envidia, te tengo, moro,
No á tu amorcillo, que mientes:
¡Oh quién pudiera mentir
Por querer siquiera á veinte!
De gallarda complexion,
De hermosa voluntad eres;
Tú vendrás á amar por tiempos
Algun millon de mugeres.
¡Plegue á Alá que quieras tanto
Que de puro amor revientes,
Y que aborrezcas á todas
Cuando finges que las quieres!
O que des en otro estremo,
Pues de estremo á estremo vienes,
Que te suban mas de punto
Lo que tú tanto encareces:
Y que pues eres Narciso,
Pues Narciso te pareces,
De tí mismo te enamores,
Pues no te bastan mugeres.

ROMANCES DE ALIATAR.

I.

De la naval con quien fueron
Tan inclementes los hados,
Que es prueba de la fortuna,
Y fe de sucesos varios;
En una playa desierta,
Sus rotas velas dejando
A reparar, si es posible
Repararse rotos cascos,
Vuelve Aliatar á Castilla
Para que el rey toledano
Por tierra ó por mar le ocupe
En mas peligrosos cargos;
Que de su linage noble
Las proezas imitando,
Del gran alfaquí su padre
Desea seguir los pasos.
Pasando pues su camino
Por la ciudad, á quien damos
El blason y la memoria
Del escudo castellano,
Adalifa, mora bella,
Amiga de amor de paso,
Puso en el moro los ojos
Para mudarse y quitallos.
Ya suspira porque ha de irse,
Ya llora porque ha llegado,
Ya del tiempo forma quejas,
Ya le llama Dios humano;
Ya su muerte le da zelos,
Ya sus zelos son engaños,
Ya detiene á sus deseos,
Ya da rienda á sus cuidados,
Ya se le antoja que es Dido,
Ya que Aliatar el troyano,
Huésped, robador de fé;
Mas no hay fe donde hay agravios.
Mil promesas hace el moro
Contra el poder de los años,
Cuyo curso allana montes,
Y encumbra los valles llanos.
En esto llegó el ausencia,
Cirujano de cuidados,
Vida de presentes gustos,
Muerte de gustos pasados.
Así se trocó Adalifa,
Y en su pensamiento vario
Voló á otros nuevos desvíos
Regida de olvido ingrato;
Y Aliatar, porque no entienda
Que de su olvido hace caso,
Sobre la arena escribió
De su ligereza el cargo.

II.

Alcaide, moro Aliatar,
Con la reina os congraciasteis;
Mas son aquestas razones
De muger que no de alcaide:
Dijiste no habia bonete
De moro, de no se halle
Toca de dama ó cabellos,
Medalla, cifra ó plumage,
Y que las damas avisan
De que las esclavas salen,
De las damas mensageras
A visitar los galanes;
Que de papeles hay muestra
En el terrero las tardes,
Como si el mostrar papeles
No fuera bajeza grande;
Que rondando algunas noches
Encontrais al moro Azarque,
Debajo las celosías,
Adonde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
Prendedle ó acuchilladle
Y sino, callad, de dia
Como de noche cobarde,
De la discreta Jarifa,
Siendo mentira, contastes
Que señas hizo en Genil
Al moro de Ocaña Azarque;
Y á las dos Galvanas bellas
(Siendo quien son los Galvanes),
Sin respeto y con malicia,
De altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
Hicistes injusta cárcel,
Y apagando la ocasion
Encendiste voluntades.
Alguna aficion dormia;
Yo sé que la despertaste:
Mucha privacion es fuerza
Que en mucho apetito pare.
Mentis, alcaide traidor;
Mentis, Aliatar infame,
Y perdonad, que las damas
Así me mandan que os trate;
Pues de esas falsas razones,
Y dese traidor semblante,
No hay honra que esté segura,
Ni nobleza sin ultraje.
Los galanes caballeros
Sirvan damas principales,
Que en amores de esta suerte
Ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
Presumis grandes maldades,
Gobernais agenos bienes
Para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais
Poblicaislas por verdades.
¡Ay de vos, y cómo os veo,
Que en pié os morireis, alcaide!
Damas servisteis un tiempo;
Allegad y preguntalles
Quién sois vos, y quién son ellas,
Sabreis bajezas notables.
Jamas tuvisteis amigos
Que seis dias os durasen;
Señal de malos respetos
No conservar amistades.
A las armas, moro amigo,
Dejad malicias aparte,
Y en vez de damasco y sedas,
Vestid jacerina y ante;
Que las manchas en que la honra
A tantos buenos echastes,
Han de salir con lavarlas
En vuestra alevosa sangre.

III.

Azarque, moro valiente,
En ausencia me infamaste,
Diciendo palabras que eran
Mas de muger que de Azarque.
Dicen que te puse mal
Con la reina y con los grandes,
Y que soy cobarde: mientes;
Tú mientes y eres cobarde.
Mira, Azarque, lo que dices
Otra vez antes que hables,
Que si tu lanza es temida,
Ya de mi lanza temblaste.
Dijiste: ¡Pobre Aliatar!
En pié morirás, alcaide:
Yo te mataré en presencia,
Porque ausente no me mates:
Haces hechos con palabras,
Y obrando, hechos no haces,
Que has alcanzado la fama
Sin que la fama te alcance.
Si mandan darme la muerte
Las damas, ven á matarme,
Y podrás volver sin vida
A quien mi muerte esperare,
Que soy mas bravo y furioso
Que tú en mi ausencia mostraste:
Haréte agravio en los ojos
Antes que en el pié me agravies;
Mira que valen muy poco
Palabras que poco valen,
Pues las palabras y plumas
Dicen que las lleva el aire.
Considera que no puedes
Ausente hablar disparates,

Que es el ánimo que encierras,
Y quien las sabe las tañe.
Conozco bien tus espaldas,
Que tengo señas bastantes,
Por do tus fingidos hechos
No los sigas ni te jactes:
Deja el nombre de valiente,
Que no es razon que lo infames;
Pues se da nombre de hechos
A quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso,
Que cuando á dicha me halles,
Podrás matizar mi lanza
En el matiz de tu sangre;
Mas el viento se las lleva,
Que como el viento se gaste,
Aire, palabras y plumas,
Todo es aire, y tú eres aire.

IV.

Con el título de grande
Que le dió el rey por sus armas,
El fiero moro Aliatar
Va de Antequera á Granada.
Colgada del almaizar
Llevaba su cimitarra,
La izquierda mano en la rienda,
Y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonete,
Y polvo sobre la cara,
Lágrimas sobre los ojos,
Y cuidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
Vuela la cola alheñada,
Las manos huellan las cinchas,
Y la espuma el freno mancha:
De plata los acicates,
Que con la sangre que saca
Parecen sus blancas puntas
Coral en cabo de plata.
Iba tan ligero el moro,
Que si algun suspiro daba,
Desde donde le comienza,
A media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
Porque aljófar y esmeraldas
Las dejó cuando se vino,
En dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena,
Y por los ojos sus ansias,
Y de todo la ocasion
Por la divisa declara
Un águila, cuyo pico
Se cebaba en las entrañas
De un sacre, con esta letra:
« Por envidia se las saca. »
— Déjale, envidia, en mi daño,
Dice el moro, porque habla
A solas, y le parece
Cualquiera sombra Abenámar.
Si con mi daño no medras,
¿Porqué mi ventura agravias,
Y haces que se marchiten
Tu fama y mis esperanzas?
¡Ay amiga de mis ojos!
Ya no temo tu mudanza,
Que mis prendas, por ser tuyas,
No es posible sean falsas.
Muestra varonil esfuerzo,
Mira que será gran falta
Que mis armas te se rindan,
Y te rindan sus palabras. —
Dijo, y olvidóse luego
De los respetos que guarda,
Y para vengar su injuria
A su pariente amenaza.
No espera verse delante,
Ni su respeto se guarda,
Porque va mas que el caballo
Presurosa la venganza:
Lo que topa desmenuza,
Y á los hombres despedaza,
Y escápase de sus manos
La luna, por estar alta.
Dijo: — Si el temor de verme,
Abenámar, no te mata,
Espera para la vuelta; —
Y en esto se entró en Granada.

V.

Denme el caballo de entrada
Que me dió el rey de Marruecos,
Aquel morcillo brioso
Que pisa galan y recio:
Aquel que rompe la tierra
Y vuelve al amor del freno
Las vueltas que á ver mi dama
Da mi triste pensamiento:
Quitadle el verde jaez,
Y enjaezádmele luego
De negro, porque declare
La pena y mal de que muero.
La marlota quiero negra,
Y negro el tocado quiero,
Y las plumas del penacho
Como el vestido que llevo:
Las cañas negras tambien,
Porque se haga negro el juego,
Que quien tiene el pecho triste,
Color no le alegra el pecho.
Solo el velo de la adarga
Quiero que no vaya negro,
Sino azul, porque declare
Los negros zelos que tengo. —

Todo de negro vestido,
Por el arenal del puerto
Entró Aliatar en el coso
Acosando su tormento:
Vido á su Zoraida bella,
Y parte luego corriendo,
Deseando de hablarla;
Mas no cumplió su deseo,
Que su contrario Celin
Pasó cerca de su puesto,
Y al pasar le echó Zoraida
Prendas que mas le prendieron.
Echóle una toca verde,
Y una flor morada en medio,
Dándole fe y esperanza,
Y á Aliatar muere de zelos.
Parte Celin tan ufano
Cuanto Aliatar descontento,
Y sin acabar su pena
Principio ponen al juego.
Hicieron dos ó tres suertes,
Y el alcaide se está quedo,
Defendiéndose de cañas
Que pretenden ofenderlo.
Tiróle Celin la suya;
Mas con un enojo intenso
Su caña tiro Aliatar,
Que fue tiro sin remedio,
Porque dándole en la adarga
Le pasó la adarga y pecho,
Abriendo al alma camino
Por donde salió al momento.
Apeóse del caballo,
Y fué donde estaba el muerto:
Quitóle la toca verde,
Esperanza de sus duelos;
Y volviendo á cabalgar,
Fuése á Zoraida diciendo:
— Mal guarda Celin tus prendas,
Tan grande amor pretendiendo.
Quédate, tirana ingrata,
Que en tu memoria esta llevo,
Que quiero hacer prendas propias,
Prendas que para otro fueron.

VI.

No con azules tahalíes,
Corvos alfanges dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos,
Entraron de cuatro en cuatro,
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados:
Tristes marchando,
Las trompas roncas,
Los tambores destemplados.
La gran empresa del fénix,
Que en la bandera volando
Apenas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrada entre la seda
Que el alférez va arrastrando:
Tristes, etc.
Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos
En defensa de Motril
Y socorro de su hermano:
A caballo salió el moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo:
Tristes, etc.
Caballeros del maestre,
Que en el camino encontraron,
Encubiertos de unas cañas,
Furiosos le saltearon:
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar mal logrado,
Y los suyos, aunque rotos,
No vencidos se tornaron:
Tristes, etc.
¡Oh cómo lo siente Zaida!
¡Y cómo vierten llorando
Mas que las heridas sangre
Sus ojos alfójar blanco!
Dilo tú, Amor, si lo viste,
Mas ¡ay, que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado!
Tristes, etc.
No solo le lloró Zaida;
Pero acompañanla cuantos
Del Albaicin á la Alhambra
Beben de Genil y Darro;
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los alcaides como á igual,
Los plebeyos como á amparo:
Tristes marchando,
Las trompas roncas,
Los tambores destemplados.

ROMANCES DE MULEY.

I.

A la vista de los Velez
El fuerte Muley camina,
Que era la vuelta de Alora,
Donde el amor le encamina:
En un retrato los ojos
De la bella Sarracina,
Y besandole mil veces
A decille así principia:
— ¡O tesoro de mis males,
Y de mis querellas, mina!
¿Es posible que tus manos
Contra mi pecho se inclinan?
Acuérdate de las flores
Que cogí en Gualdamedina,
Y que en presencia y ausencia
Muley ante tí se inclina:
Ablanda ya el corazon
De esmeralda diamantina,
Y no pienses que en desdenes
Tu falsa aficion se afina.
Buscando voy tu calor,
Como la fiel golondrina
Que se va huyendo del golpe
De la furiosa marina:
Que porque me viste hablar
En la zambra con Cevina,
Quisiste contra tu fama
Ser á tu gusto divina.
No uses de los dobleces
Que usó la cauta Armelina:
Mira que mi pensamiento
A pensar en tí no afina.
Si te hablo, dícesme
Que me voy de la bolina;
Y si te miro callando,
Eres contra mí malina.
No sé, mora, qué te hago,
Pues con furia repentina
Te defiendes de un rendido
Con escudo y jacerina. —
Con esto llegó á un arroyo
De una fuente cristalina,
Y á la sombra de un nogal
Su lacio cuerpo reclina.

II.

Echada está por el suelo
Alcalá de los Gazules
Por el santo rey Fernando,
Dia de san Pedro un lunes.
Los chapiteles de plata,
Que amenazaban las cumbres,
Con el humo y con las llamas
Su rojo arrebol encubren.
Su alcázar, mezquita y baños
Vomita alquitran y azufre,
A cuyas llamas las armas
De los cristianos relucen;
Y dejando la ciudad,
Una cuesta arriba suben,
Haciendo desde lo alto
Mil luminarias y lumbres,
Cuando su alcaide Muley
Al cristiano rey descubre
Desde una arruinada torre,
Que ya se quiebra ó se hunde,
Y dice: — Llega, cristano,
Saquea, roba y destruye,
Pues que has vencido el linage
Que al mundo de sangre cubre.
Los Gazules llevas presos,
De esta tierra honra y lumbre,
Y te afirmo que Granada
Cercada un año no dure.
Cuando veniste á Alcalá,
Dentro en mis baños lo supe:
Dejé la toca de seda,
Que mi frente ciñe y cubre,
A las torres de mis armas
Con mis moros me retruje:
Salí al campo porque nadie
De ser cobarde me acuse;
Mas llévanme el alma presa
En una mora de Túnez
Que fué de esta tierra fuego,
Y de estos ojos la lumbre.
Diómela su padre el rey;
De Africa á España la truje
En una fusta turquesa,
Que de oro y seda compuse
Toda la popa dorada:
Hice que mi estrado ocupe
Con cien cristianos vestidos
De telas blancas y azules.
Celebráronse las bodas,
Mañana un año se cumple:
Martes, dia de desgracia,
Que se acabaron hoy lunes.

ROMANCES DE ALMORALIFE.

I.

El mayor Almoralife,
De los buenos de Granada,
El de mas seguro alfange,
Y el de mas temida lanza;
El sobrino de Zulema,
Visorey de la Alpujarra,
Gran consejero en la paz,
Fuerte y bravo en la batalla,
En socorro de su rey
Se va á la mar desde Baza,
Mas animoso y galan
Que el hijo del moro Audalla;
Tanto que al mundo su nombre
Seguras fianzas daba,
Que verdaderas saldrian
Sus dichosas esperanzas.
Albornoz de tela verde
Y de pajizo de gualda,
Marlota de raso al uso
De azules linos sembrada,
Por mostrar que allá en la guerra
Encubre con esperanzas
Los lirios que ya son verdes
Y fueron flores moradas:
Con cuatro moros detras,
Solo en una yegua baya,
Que quien quiere adelantarse
Bien es que delante vaya:
Recogiendo pues la rienda,
Cesando el trote paraba,
Por no sentir por la posta
La ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
Que aun á sacalle no basta,
Porque salen tras la vista
Las imágenes del alma.
—Amada mora, le dice,
Que parece que me hablas
Con ceño porque te dejo,
Y dejándote me agravias:
¿Cómo me miras alegre,
Pues yo te ví esta mañana
Tan enojada conmigo
Que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
Que está dura y hecha un agua,
¡Mucho me quieren tus ojos!
¡Mucho debo á tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
No es sentimiento que engaña,
¡Muchos cabellos, amiga,
Por mi respeto te faltan!
Habla ya, que á tu pintura
La darán vida mis ansias,
Dejando mi cuerpo triste
Vacío y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo;
Las suertes están trocadas,
Hoy callas tú, y hablo yo,
Ayer hablaste y callaba.
¡Mal haya aquel amador
Que al retrato de su dama
Le dice sus sentimientos,
Pues que no sienten las tablas!
¡Mal haya aquel que la mira
En retrato mesurada,
Él llorando, flaco y triste,
Y ella compuesta y ufana!
¡Ay pundonor, que me llevas
A meterme en una barca,
Y entre las ondas y el cielo
Cargado de acero y malla!
¡Ay mis baños y jardines,
Que al mejor tiempo os dejára!
Mas si dejo mi contento,
¿Qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor
Que si vives en mi alma,
Suspirando me la envies,
Que no venceré sin alma.—
Con esto los cuatro moros
A media rienda le alcanzan,
Esconde el retrato y pica,
Hablando de guerra y armas.

II.

De la armada de su rey
A Baza daba la vuelta
El mejor Almoralife,
Sobrino del gran Zulema;
Y aunque llegó á media noche,
A pesar de las tinieblas
Desde léjos divisaba
De su ciudad las almenas.
—Aquel chapitel es mio,
Con las águilas de César,
Insignia de los romanos
Que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
Apostaré que es aquella,
Que en fe de su dueño altivo
Compite con las estrellas.

¡O gloria de mi esperanza
Y esperanza de mi ausencia!
¡Compañía de mi gusto,
Soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitases
Los recelos que la quedan,
Y algunas facilidades
Que de tus gustos me cuentan:
Si tu belleza estimáras,
Como estimo tu belleza,
Fuéras ídolo de España,
Y fama de agenas tierras. —
Dijo, y entrándose en Baza
A sus moros dió la yegua,
Y del barrio de su dama
Las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba,
Y al ruido de la seña
Durmieron sus ansias vivas,
Y Felisalva despierta.
Salió luego á su balcon,
Y de pechos en las verjas,
A su moro envia el alma
Que le abrazase por ella:
Apenas pueden hablarse,
Que la gloria de su pena
Les hurtaba las palabras,
Que en tal trance no son buenas.
Al fin la fuerza de amor
Rompió al silencio la fuerza,
Porque sus querellas mudas
Por declararse revientan;
Y la bella Felisalva,
Tan turbada como bella,
Estando atento su moro
A preguntalle comienza:
— Almoralife galan,
¿Cómo venis de la guerra?
¿Matastes tantos cristianos
Como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo,
O murió de las sospechas
Que á su triste original
Le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
Que parece que le pesa
De que faltándole el ver,
Vivir y mirarle pueda.

III.

Descargando el fuerte acero,
Desciñéndose la espada,
Desembrazando el escudo,
Quitando el peto y espalda;
Desatando el bracelete.
Echando acullá la maza,
Besándo la toca azul,
Que es zelos, y zelos rabia;
De corage y de ira lleno,
De la perdida emboscada
Está el fuerte moro oyendo
El aviso de la Alhambra.
El rey manda que en el punto
Suba á su real sala,
Donde está toda la corte
Decretando cierta causa:
Un page viene corriendo
Del cielo do está su dama,
Y como viene del cielo
Trae del cielo una embajada.
— Gallardo moro, te espera,
Dice el page, quien mas te ama; —
Y el mensagero replica:
— El rey y la corte aguardan. —
Vuelve el rostro de ira lleno,
Y no contra quien le agravia,
Mas contra sí; y quien pregunta,
Pregunta, responde y calla.
Está un poco enmudecido,
Que acontece á quien bien ama,
Que quien no sabe de amor
Pocos tragos de estos pasa.
— El rey, dice el mensagero,
Mala espina tendrá: — y calla,
Que es destreza al fuerte toro
Saber medille la vara.
Cada cual le está incitando,
Que no halla poco quien halla
Los mensageros tan fieles,
Que en esto no tengan falta.
— ¡Almoralife! ¿qué esperas,
Que hay peligro en la tardanza?
Dice el moro: — ¿Quién me espera? —
Responde el page: — Tu dama:
Felisalva, Almoralife:
Almoralife, aquella alba
Que te suele dar luz pura
Cuando á tu noche le falta,
Piensa que vienes herido,
O que sirves á otra dama,
Que te cura las heridas
Que amor y el rebato causan:
Vióte venir de la guerra,
No alzaste á verla la cara:
¡Cara cuesta tu venida!
¡Tu venida cuesta cara!
¡Moro, mira por tus ojos,
Que son espías del alma,
Y en amor son sobrescritos
De las amorosas cartas!
Mejora con tu presencia
La venida de Granada:
Así el cielo no empeore
Tu jornada y suya á Baza.
Deja de estar pensativo,

Piensa cómo está tu dama:
Aunque mal digo, no pienses,
No pienses hasta mañana.
Ven donde verás el daño
Que hace verdadera causa
De imaginar si la truecas
Por otra que mas te agrada.
Eres tú sol, sola fénix
Es ella, y en tí se abrasa,
Y quedarás con cenizas
Solas si en venir te tardas.

ROMANCE DE GALVAN.

Con su riqueza y tesoro
Galvan sirve á Moriana:
Ella se deshace en lloro,
Por ver que siendo cristiana
Está cautiva de un moro;
Y su doloroso afan,
Que sus tristezas le dan,
Pasa, sin osar decillo,
Moriana en el castillo
Con este moro Galvan.
Robóla el moro atrevido
De la huerta de su padre,
Sin ser de nadie impedido,
De los ojos de su madre,
Y poder de su marido.
En su castillo y lugar
La quiere tanto adorar,
Que en un jardin recostados
Jugando están á los dados,
Por mayor placer tomar:
Y tanta pena sentia,
Que por victoriosa palma
Tiene cuanto allí perdia:
Ella aunque triste en el alma
Muestra en el rostro alegría;
Y solo en ver su beldad,
Está tan sin libertad,
Que echado en la yerba verde,
Cada vez que el moro pierde,
Pierde una villa ó ciudad.

ROMANCES DE JARIFE.

I.

Una parte de la Vega
Que el Genil y Darro bañan,
Cuyas aguas enriquecen
El Jaraguí de Granada,
Como mejor posesion,
Amena y de mas ganancia,
Dejó en dote Hamete, persa,
A su hija Celindaja,
Mora que entre moras bella
La llama quien vella alcanza;
Y alcanza tanto poder
Que nadie alcanza á miralla,
Sin que al momento no rinda
Alma, corazon y entrañas,
Que son despojos y gages
Que ofrecen los que bien aman.
Estaba prendado de ella
Un bizarro de Cartama,
Y préciase de bizarro
Porque es bizarra su dama,
A las nueve de la noche,
Cuando comienza Diana
Con su clarífica lumbre
A tender rayos de plata,
Parte el moro venturoso
A ver á su Celindaja,
A ver su pena y su gloria
Si en un supuesto se hallan.
No le cabe la alegría
Que lleva dentro en el alma,
Y quiere que las riberas
Gocen hoy de sus ganancias.
Suelta la voz, dando al viento
Mil donaires, mil palabras,
Que el amor tenia esculpidas
Como piedra en sus entrañas.
Sintió gran rumor y estruendo
Entre las espesas matas,
Que los ecos de sus glorias

Esperan nuevas mudanzas.
Dos dispuestos moros siguen
Con callada y veloz planta.
Por el rastro de las voces
Y de la alegre algazara
Al moro, y como los siente,
Vibrando fuerte la lanza,
Con horrísono sonido
Vuelve rienda, embraza adarga,
Aprieta la toca al brazo,
Pone hebilleta y enlaza:
Encaja el verde bonete,
Da de espuelas, presto salta.
—Traidor, dice el uno de ellos,
Villano, de vil canalla,
Aguarda, aguarda, que vengo,
Que vengo, que vengo, aguarda,
Apercibete, morillo,
Escúdate con la adarga,
Que si no te escudas presto
Pasarte he con esta lanza.—
Gallardo se muestra el moro
Oyendo el aguarda, aguarda,
Y pelea embravecido
De la noche á la mañana,
Que no teme aquesta guerra
Quien salió de otra mas brava.
Ya las puertas de occidente
Pasa la clara Diana,
Y con claros rayos Febo
Dora las cumbres mas altas,
Y como si en aquel punto
Comenzáran la batalla,
Andaba la escaramuza
Los dos contra el de Cartama.
Jarife viéndose solo,
El dulce nombre declara
Que rumiaba entre los dientes
De su hermosa Celindaja;
Y habiéndole pronunciado,
Sin derribar mas la maza,
Deja su mayor contrario
La comenzada batalla.
—Muy venturoso, le dice,
De muy valiente le alaba;
¿Mas cómo no lo serás,
Si te ayuda Celindaja?
Goza, moro, lo que es mio,
Que yo te doy la palabra
De jamas te lo estorbar
En fiestas, zambra ó batalla.—
Fuése siguiéndole el moro,
Que habia venido en su guarda,
Y Jarife dió la vuelta
Para tornarse á Cartama.

II.

Sobre destroncadas flores,
Junto á la fuente del Cisne
Sentada está Celindaja,
Mas hermosa que no libre.
Mirando está al verde prado
Sus colores y matices,
Que con el sol resplandecen;
Y con el agua reviven.
No le alivian sus cuidados
Verdes plantas y jazmines,
Ni las horas regaladas
De las sombras apacibles:
El mal que en el alma siente
Cualquier contento le impide,
Que las flores, fuentes, fiestas
Mas al afligido afligen.
Por un pequeño recelo,
Que dentro del pecho vive,
Consiente amor en sus leyes
Que muera el amante triste.
Asi Celindaja muere,
Y aunque muere, no lo dice;
A mas padecer mas calla,
Sin á nadie descubrirse.
Quiere quejarse, y no puede,
Y una vez y otra repite:
Mas cansado el sufrimiento
Al viento la voz despide:
—Pensamientos amorosos,
¡Dichoso el que no os admite,
Cuanto pobre y desdichado
Quien por vosotros se aflige!
Decid, ¿porqué os cautivasteis?
Declarad todo el orígen
Si no es tan secreto el caso
Que pierda algo por decirse:
Mas si de veras amais,
Olvidar es imposible,
Y mas si con el amor
Teneis la fortuna firme.
¡Ay quién supiera do estás,
Mi regalo y mi Jarife!
¿Si acaso vives con otra?...
¡Mas ay, si con otra vives!—
El moro, que oyó el lamento,
Procura presto encubrirse,
Para oir el tierno llanto
De su mora, y lo que dice;
Pero no pudo aguardar,
Ni el sufrimiento sufrirse,
Que el firme amor en su pecho
Le hace que de priesa aguije.
Con mil suspiros comienza
A hablarla, y la mano á asirle,
Diciendo:—Mi Celindaja,

¿Quién hay que del bien te prive?
¿Tiene por ventura el mundo
Aliatares ni Adalifes,
Gomeles, Muzas ni Azarques,
Sarracinos ó Zegríes,
Que cualquiera en tu servicio
No se postre y arrodille,
Y para mas agradarte,
A besar tus piés se incline?
¿Mas qué es lo que dije ahora?
¡Cobarde! ¿qué es loque dije?
Que si no soy yo, ninguno
Puede pretender servirte. —
Descubre el rostro la mora,
Como el sol tras el eclipse,
Tan apacible y alegre,
Cuanto alegre y apacible;
Y el enamorado moro,
Que en sus razones prosigue,
A vueltas de mil ternezas
A su Celindaja dice:
— Sosiégate, gloria mia,
Haz que tus ojos me miren,
Que en ley de moro te juro
Que jamas mi ley te olvide.
Aquese dolor se aplaque,
Porque el mio se mitigue,
Y recibe en holocausto
Esta vida que en tí vive. —
Con el fin de estas razones,
Ambos á dos se depiden,
Diciendo: — Alá te acompañe:
Alá te acompañe y guie.

III.

Al alcaide de Antequera
El rey de Granada escribe
Que contra el rey castellano
Diez y seis lanzas le envie;
Las ocho que partan luego,
Y á Jaen las encamine,
Y que aperciba las otras
Para el tiempo que le avise.
Besa Zulema la carta,
Y ejecuta lo que pide,
Escogiendo de sus moros
Los mas fuertes adalides.
En este tiempo á la corte
Le fué forzoso partirse
A poner en paz dos moros
Que tratan guerras civiles;
Y á su hijo noble encarga
Que al rey las lanzas envie,
Pues el honor de los dos
En esta empresa consiste.
Un domingo salen todos
Al son de sus añafiles,
Los caballos cordobeses
Y los soldados zegríes.
De amarillo, azul y blanco
Los ocho moros se visten,
Colores de Celindaja,
Por quien suspira Jarife:
Bonetes de mezcla llevan,
Y con bandas verdes ciñen
Las plumas blancas terciadas
Que verlas todas impiden.
Alfanges de Túnez prenden
De doblados tahalíes:
Las mazas en el arzon,
Y las lanzas en el ristre:
Bayos llevan los jaeces,
Las sillas blancas y firmes,
Los estribos plateados,
Y negros los borceguíes.
La trompeta que los llama
Un fuerte soldado sigue,
Que va por cabo de todos,
Y la fuerte escuadra rige.
En un pendon de damasco
(Aunque se precia de humilde)
Por orla bordado lleva
Del alcaide el nombre insigne;
Y las bandas de sus armas
Con las otras que dividen
Los cinco leones fuertes
De no domadas cervices.
Los moros salen á verlos,
Y las moras los bendicen,
Porque van aventajados
A los Muzas y Alfaquíes.
Gallardo sale este dia
En una yegua Jarife,
Que las alas hurtó al viento,
Y la color á los cisnes,
Con una estrella en la frente,
Alheñadas cola y clines,
Y un jaez azul, bordado,
De aljófar y de rubíes.
En la adarga lleva un sol
Y una muerte negra y triste,
Con unas letras doradas,
Que dicen: «Cuando se eclipse.»
Blancas y amarillas plumas,
Entre tocas tunecíes,
Con un alquicel bordado
De estrellas y flor de lises:
Un alfange de Toledo,
Con el puño de amatistes,
Y en lugar del pomo de oro
Una cabeza de tigre.
La gruesa lanza de fresno
Parece en sus manos mimbre,
Que como el viento las plumas
Así la juega y esgrime.

Oido se ha la trompeta
Dentro de Generalife,
Cuando por verle las damas
Desamparan los jardines.
El moro mira las rejas,
Obligando á que le miren;
Y viendo á su bella ingrata
Así la requiebra y dice:
— Si vivir sin esos ojos
Fuera á mi alma posible,
O pudiera de la tuya
Sin la muerte dividirme,
Yo fuera á servir al rey,
No porque privanza envidie,
Mas por traerte despojos
De algunos cristianos libres.
Lo que es posible en tu nombre,
Y la ocasion me permite,
En los soldados se muestra
Y en los colores que visten.
Quien tiene cautiva el alma
Mal puede llamarse libre,
Y el que parte sin morir
No diga que no le olviden:
Ellos se van, y te ofrecen
Los cristianos que cautiven,
Mientras le queda su dueño
De los ojos por quien vive.
Alegre la hermosa mora
De que no quiere partirse,
Y que solo con las lanzas
Al rey de Granada sirve,
Cúbrele desde el balcon
De azucenas y alelíes,
Y el moro favorecido
De la reja se despide.
Sacó la lanza gallardo,
Y por hacerse invisible
Al viento deja suspenso
De que la yegua le imite.

IV.

Ardiéndose está Jarife
En el fuego de Daraja:
Vela en ageno poder,
Y él se vé en el de mil brasas:
Sus suspiros son el viento
En que se enciende esta llama:
Sus quejas son las centellas,
Y el humo sus esperanzas.
No cura ya del jaez,
Ni de la pluma bizarra,
Ni de bordar el aljuba,
Ni del color de la manga:
Solamente se desvela
En el hábito del alma,
Que amor, como le parece,
Ya le estrecha, ya le enfada:
Huye de gente los dias;
Llorando las noches pasa,
Y á voces se queja al viento
Con semejantes palabras:
— Daraja, tanta hermosura
¿Cómo tan mal empleada?
¿Cómo voluntad tan libre
Se volvió tan presto esclava?
¡Que dejes á tu Jarife,
Que no vale menos que ama,
Y que siendo el que es Muley
Le quieras mas que á tu alma!
¿Tanto te va en ver sin vida
Al que en servirte la gasta?
¿Tanto te va, fiera bella,
En que te noten de ingrata?
Si huelgas como enemiga
De ver mi muerte temprana,
Yo mismo la buscaré,
Si quien la busca la halla;
Que cuando en escaramuzas
Al encuentro no me salga,
Estando cerca mi estoque
No he menester su guadaña;
Y si la muerte que digo
Te parece muy honrada,
Haz que me mate á traicion
Ese que ya me la trata.
Fácil le será matarme.
Aunque en armas menos valga,
Pues en tenerte consigo
Sin ellas me quita el alma;
Y tú vivirás contenta
Cuando por toda Granada
La muerte de tu Jarife
Por todos fuere llorada.
Cuando te contare alguna
De menos duras entrañas
Adonde hallaron mi cuerpo,
Y quien le lavó las llagas;
Cuántas lanzadas tenia,
Y cuántos golpes de espada,
Y cuántas horas estuvo
Sin conocerle en la plaza;
¿Qué te faltará aquel dia
Para bienaventurada,
Si no te turba el contento
Ver mi desdicha acabada?
Podrás despues de yo muerto
Ir libremente á las zambras;
Podrás sacar en las fiestas
Una gala y otra gala;
Podrás gozar de la Vega,
Y ponerte á la ventana,
Y entre las moras amigas
Alabarte de esta hazaña:
Y como tendran mis huesos

La tierra por dura cama,
Bien te ha de valer mi muerte
Para vivir descansada,
Si menos ha de celarte.
El que sabes tú que trata
Mas de vengarme de tí,
Que yo de pedir venganza.

V.

Al lado de Sarracina
Jarife está en una zambra,
Hablando en su amor primero,
De que fué la secretaria.
—¿Sois vos, le dice la mora,
Jarife aquel de Daraja,
Aquel de fe ejemplo, aquel
Monstruo de perseverancia?
Tres años ha, caballero,
Que os llora por muerto España:
Si muerto, ¿cómo en el mundo?
Si vivo, ¿cómo sin alma?—
El enamorado moro,
Por satisfacer la dama,
Ni en voz humilde ni altiva
Así la lengua desata.
—El hilo de nuestras vidas
En mano está de las parcas;
Ellas le rompen y tuercen,
Que fuerza de amor no basta.
A cada cual su carrera
De una vez se le señala;
No hay mas alargar la corta,
No hay mas acortar la larga.
Si hubiera querido el cielo,
(Que para mas mal me guarda),
Puerta han dado mis empresas
A mas de un morir de fama:
Mas de una vez el maestre
Midió conmigo su lanza:
Mas de un golpe de los suyos
Guarda por blason mi adarga.
En la traicion de Muley,
Y en la libertad de Zaida,
Si no derramé la vida
Fué culpa de mi desgracia;
Aunque fué (si bien se mide)
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro
Lo que no puede la rabia.
Vi triunfar á mi enemigo
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadenas,
Y él su frente coronada,
Vi adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
¡Entonces, entonces, muerte,
A buena sazon llegáras;
Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma!
Muriera donde á lo menos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Murieron mis esperanzas.
Mas si está ordenado arriba,
Vivamos, pase esta farsa,
Que quien hasta aquí ha sufrido
Sufrir podrá lo que falta.

VI.

En la Vega está Jarife
Mirando el famoso alcázar
Que á Generalife sirve
De fuerte, corona y guarda;
Y al mismo tiempo que el sol
Doraba la luz al alba,
Y el rocío de sus ojos
Deshizo el sol de Daraja,
A cuyo fuego tambien
Desató la lengua helada,
Y descubrieron las quejas
Detenidas en el alma.
—¡Bien he visto, dice el moro,
Si las sospechas engañan,
Pues han salido mas ciertas
Que fueron imaginadas!
Por el primero favor
Me diste una pluma ingrata,
Imágen del seco fruto
De mi perdida esperanza:
Pen é que el grande calor
Del amor que me mostrabas
Fertilizára tu pecho,
Tierra estéril, seca y tarda,
Y que la palma me diera
El dulce fruto temprana;
¡Pero quien siembra en arena
Que coja veinto y palabras!
Llegóse ya la ocasion
En que pudieran mis ansias
Hallar remedio en tu pecho,
Y estaba en él tu mudanza;
Pero como de mi mal
No fuiste mas que la causa,
Al apurar de la fe
Se conoció que eras falsa.
¿Para qué finges, cruel,
Imbosibles y amenazas?
Pero si amaras, supieras
Que no las teme quien ama.
Los mayores imposibles
Amor deshace y allana,
Porque es como el rayo fuerte

Que lo mas fuerte quebranta.
Como dos contrarios juntos
Para vencer se señalan,
Así amor en imposibles
Su poder muestra y levanta.
No te espantes si el desden
Y el alma desengañada
Puedan tanto, que me fuercen
A que del tiempo me valga,
Y que busque mi remedio
Y procure mi venganza;
Que un desden sana con otro,
Si amor con amor se paga.
No es mucho que el fuego sea:
Puede ser la nieve tanta
Que venza lo menos fuerte
Con la calidad contraria.
No te fies de los ojos
Que cuando quieren me matan,
Pues la fuerza de un disgusto
La mayor paciencia acaba.
A muger que quiere bien
¿Qué impiden tias ni hermanas,
Pues los muros y las torres
Suelen ser débiles cañas?
Amor que mira en respetos,
¿Por qué causa amor se llama
Si al Amor le pintan ciego
Porque no repara en nada?
Esas tibiezas y zelos,
Recelos, dudas, palabras,
No son efectos de amor,
Que al amor nada le espanta.
Sin quemarse el vivo fuego,
Y á pié enjuto pasa el agua,
Asperos montes camina
Y al aire estiende sus alas.
Quien pone duda en su gusto
Mucho descubre del alma,
Yo á lo menos bien conozco
Que no le tienes, Daraja.
Si una vez se apaga el fuego
No hayas miedo que renazca,
Que no he de ser como el fénix,
Aunque he sido salamandra. —
Esto dijo, y suspirando
Picó su yegua alazana,
Y entró en Granada furioso
Por la puerta del Alhambra.

VII.

No la reina de las aves
Cuando se abate á la presa,
No la flecha de Diana
Sale del arco tan presta,
Como parte de Jerez
El nieto del gran Zulema:
Bien se le parece al moro
Que amor las alas le presta.
La vuelta va de Toledo,
Jurando no dar la vuelta
Hasta allanar el alcázar
De quien depende esta empresa.
Vele al pasar su Daraja,
Y reconoce la yegua,
No la empresa de la adarga
Que como olvidado es nueva.
Lleva en lugar del ayunque
Y del monte (aunque lo fuera)
Un hacha verde encendida,
Con otra amarilla y muerta.
Sin letra va la divisa,
Que es el alma de la empresa,
Que mientras vive su alma
No quiere empresa con ella.
Verde toca, verdes plumas,
Verde la manga, y cubierta
De menudo aljófar, verde
Borceguí, mochila y cuerda:
Verde la aljuba que viste
Llena de blancas estrellas,
Y por los verdes estremos
Se ve lo pajizo apenas.
Conócele y desconoce
La dama, mira, arde y tiembla,
Ni bien se atreve á llamarle,
Ni bien de llamarle deja.
En esto alzó el Bencerrage
Con descuido la cabeza,
Pudo ser que por miralla,
Aunque le pesó de vella;
Y como mas de cortés
Que de obstinado se precia,
Inclina tocado y lanza,
Y recoge brazo y rienda.
Ella con voz alterada
Le dijo, viéndole cerca,
Despues de algunos suspiros
Y alguna lluvia de perlas:
— Jarife, ¿para matarme
Tan galan y tan apriesa?
¿Qué promete esa verdura?
¿Qué hachas quieren ser esas?
¿Es Zaida la verde y viva,
Y yo la amarilla y muerta?
¿O son hachas de sus bodas
Que sirven á mis exequias?
Irás muy gallardo agora
A la comenzada empresa,
Si no está cansado el cielo
De sufrir mil insolencias.
¿Piensas que por ser galan
Y haberte puesto en la overa,
Por ser de prueba el adarga
Y la lanza algo mas gruesa,

Y por ser (como otras muchas)
Esta jornada en mi ofensa,
Puedes allanar los montes
Y hacer de los valles sierras?
¡Camina, ingrato, camina!
¡Pretende muger por fuerza!
¡Trabaja de romper solo
Por tantas gradas y puertas!
Que si de los justos cielos
Algo puede la clemencia,
Yo espero ver de tu cuerpo
Cebadas aves y fieras;
Y el corazon que me diste
Y agora, traidor, me llevas,
Pasado de tantas lanzas,
Como de amorosas flechas.
No siempre la ciega diosa
Temeridades aprueba,
Ni siempre cerrado el cielo
Está de un triste á las quejas.—
Esto dijo demudada,
Y sin aguardar respuesta,
En confusion á Jarife,
Y al mundo dejó en tinieblas.

VIII.

Fiel secretario Lisaro,
El forastero Jarife,
Sabiendo tus pretensiones,
Por esta carta te pide
Que á la discreta Daraja
No la rondes ni visites,
Ni gozar de sus favores
Procures ni solicites;
Que no la escribas billetes,
Porque si alguno la escribes,
El alma que tengo en ella
Lo ve luego, y me lo dice:
Que es harto mejor que ocupes
En servir al rey que sirves
La pluma, que no ocupalla
En billetes mugeriles.
Hanme dicho que procuras
Con mil astucias y ardides,
Apartarme de sus ojos,
Siendo una cosa imposible.
Cánsaste en balde, Lisaro,
Si della quiés dividirme,
Que dos almas que son una
Solo el morir las divide.
Mil moros hay en Granada,
Tan gallardos y gentiles,
Que hurtan la hermosura á Apolo
Y esfuerzo y valor á Alcides:
Y aunque algunos pretendieron
Asistir en lo que asistes,
Salióles al fin la suerte
De la color de los cisnes:
Que este ceguezuelo amor,
Como es hecho de imposibles,
Lo que es fácil dificulta,
Facilita lo difícil.
Yo he visto moras gallardas
Despreciar moros sublimes,
Y despues poner su amor
En un page que las sirve;
Porque en gustos no hay disputa,
Ni en amor leyes que obliguen,
Ni en las mugeres razon
Que su gusto las límite.
Significote estas cosas,
Porque me han dicho que dices
Mal de mí, y que de Daraja
Te maravillas y ries,
Porque poniendo su amor
En un forastero humilde,
Deja un secretario real
Que la ciudad manda y rige.
Humilde soy y no en sangre,
Que si eres de los Zegríes,
Yo soy de los Bencerrages,
Y en desgracias pareciles.
Siempre fueron envidiados;
No es mucho que tú me envidies,
Que siempre damas nos quieren
Y traidores nos persiguen.
Tambien me certificaron
Que entre las trazas que diste
Para gozar de Daraja,
Desterrarme pretendiste.
Preciándote de discreto
Muy necia eleccion hiciste,
Porque mal, Lisaro amigo,
Un cuerpo sin alma vive.
Daraja tiene mi alma,
La suya en mi pecho asiste,
Vivir sin mí es escusado
Y yo sin ella imposible;
Y pues indicios has visto
De ser esto verosimil,
Deja el alma de mi alma
Y procura otra alma libre.
Otras moras hallarás
Que te sirvan y acaricien
De voluntad, que el amor
Nunca por fuerza se rinde.—
Acabada esta razon
Cerró la carta Jarife,
Y á Lisaro la envió
Con un page que le sirve.

ROMANCES DE LISARO. (52)

I.

Ya por el balcon de Oriente
Su rostro Apolo mostraba,
Las lágrimas enjugando
Que vertió su dulce hermana:
Por él la encogida rosa
Las hojas tiende y ensancha,
Y Clicie comienza el curso
Que hace mirando su cara.
En esta sazon Lisaro,
A quien fortuna contraria
Hizo enemigo á la vida,
Y amigo á la muerte amarga;
Cuanto infelice gallardo,
En una yegua alazana
Con tardo curso camina
Por la Vega de Granada.
Mil veces la ciudad mira,
En agua los ojos baña,
Y procurando hablar
Su voz un suspiro ataja;
Pero del dolor forzado
Voz y suspiro acompaña,
Cansado de un dolor fiero
Que ya con su vida acaba.
—Zoraida, dice, que olvidas
A quien muriendo te llama,
A mis antiguos servicios
Pagaste al fin como ingrata.
¿No soy yo quien pudo un tiempo
Encender tu nieve helada,
Cuando decias; de Lisaro
Ha de ser siempre Zoraida?
¿Como olvidaste esta fe,
Y á quien tanto te agradaba
Condenas á daño eterno
Nacido de tu mudanza?
Y tú, Rey, que has conocido
El valor de aquesta espada,
Rayo que ofende y deshace
A quien tus leyes no guarda;
Pues tal concierto ordenaste,
Poco mi vida te agrada,
Que mal admite concierto
La division que tal causa.
Dejárasme que muriera
Receloso de mi alma,
Y no me dieras la muerte
Entre muertas esperanzas.
Consintieras que Albenzaide,
Por ventura ó por ventaja,
Diera fin á aquesta vida
Que me ofende sin Zoraida.
Esto dijo, y del turbante
Una pluma verde arranca,
Y esparcela por el viento
Que hasta el cielo la levanta.
Huye de mí, dijo el moro,
Que tu color no me agrada,
Pues tras un desden tan claro
No habrá lugar do esperanza.

II.

Lisaro que fué en Granada
Cabesa de los Zegríes,
Mas gallardo en guerra y paz
Que el mejor Almoralife,
Salió de Alcalá de Henares
Donde sirviendo reside
El alcaidia famosa
Que le dió su rey Jarife.
No va cual suele á Toledo
A jugar cañas, ni viste
Morado alquicel de seda,
Ni dorado alfange ciñe.
No siembra bonete azul
De granates y amatistes,
Ni lleva listadas de oro
Blancas tocas tunecies.
Sale buscando furioso
A su Zoraida, á quien sirve,
Y á su padre que la lleva,
Siguiendo á quien la persigue.
Encerrarla quiere el moro
Por sospechas que le oprimen,
Siendo tal que puede al templo
Llevar el agua del Tiber (53)
Con estas ansias Lisaro
Hace que su gente aplique
Al color del corazon
El vestido negro y triste.
Cuatro moros le acompañan,
Todos de negro se visten:
De negro son los jaeces,
Y de luto los tahalies.
En alfanges y acicates
Relumbran nuevos matices,
Y negras las estriberas,
De Córdoba borceguies:
Las lanzas de color negro
Los hierros la vista impiden,
Hasta las blancas adargas
Con bandas negras dividen.

Yeguas negras andaluzas
Que al viento los pasos miden,
Solos los frenos son blancos
Por la espuma que los ciñe.
Lisaro solo entre todos
Un ramo de laurel ciñe
A la toca del bonete,
Entre los penachos tristes.
En el camino se para,
Aunque importa que camine,
Y mirando el ramo verde
A sus esperanzas dice:
—Solo en mi deseo pudo
Ser poderoso y posible,
Nacer de esperanzas verdes
La muerte que la marchite.
En las manos de Zoraida,
Alegre ramo naciste,
Con tan dichosos principios
Que esperaba alegres fines;
Mas en la flor de tu gloria
Cuatro enemigos tuviste,
Agua, fuego, nieve y viento,
Que aun cortado te persiguen:
Pero aunque voy á la muerte
No he querido que te prive
De que este mi luto veas
Tu que mi esperanza fuiste,
Para que en mi sepultura
El que te viere imagine,
Que el dueño de tanto bien
Vivo muere y muerto vive.—
Tales quejas dice el moro,
Cual suele en su muerte el cisne,
Cuando amor muestra á Zoraida
Que tiene vista de lince.
Lisaro avisa á su gente,
Hace que las yeguas piquen,
Y los caballos contrarios
Que alborotados relinchen.
Ponénsele á la defensa;
Pero de poco les sirve,
Porque al fin vuelve á Alcalá
Con su esposa alegre y libre.

ROMANCES DE AZARQUE DE OCAÑA.

I.

El rey de Marruecos un dia
El claro Tajo miraba,
Lleno de imaginaciones,
Y de zelos llena el alma.
Miraba como los rayos
Del sol hacian en el agua
Unas veces oro fino,
Y otras veces fina plata,
Cuando vido que salian
Por entre flores y plantas
El valiente Serracino
Y la bella Galiana;
Tras ellos en compañía
Azarque y su Celindaja,
Y trabados de las manos
Jarifa con Abenámar,
Y á la postre en escuadron
Número de muchas damas,
Entre las cuales la reina
Viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
Todos al rey se humillaban,
Y haciéndose acatamiento
Las dos magestades altas,
Asientos piden al punto
Que ya la zambra tocaban,
Cuando vieron la divisa
Que Sarracino sacaba.
Era una rueda de fortuna
En una mariota parda,
Que sujeta la tenia
Á la causa de su dama,
Con esta letra que dice:
« Jamas me será voltaria.
« ¿Quién se teme de la vuelta
« De tan hermosa contraria? »
Abenámar por Jarifa
Otra divisa sacaba,
No menos discreta y bella,
Ni del rey menos mirada.
Un mundo negro era bordado
En un escudo de grana,
Con esta letra por orla:
« Mas merece quien me menda. »
Azarque en el campo verde
Y en su mariota morada,
Mostraba dos aficiones
Ser iguales y contrarias,
Que eran dos manos asidas
Que en un corazon tocaban,
Y en medio de ellas Cupido
Flechando en el arco jaras,
Y esta letra le responde:

« No se teme la mudanza
« En los que igual padecen,
« Y se pagan con dos almas. »
El rey se picó en la letra
Que el bravo moro llevaba,
Viendo que era por su mora,
Y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
El fuego que le abrasaba.
Quiso fingir á la reina
Que toca Toledo al arma.
Las damas que lo entendieron,
Rogaron á Celindaja
Que de su parte le pida
Al rey, que deje la saña.
No fué mucho menester
A la mora importunalla;
Mas fué por daño de Azarque
Hacer al rey tal demanda,
Que llamándole pechero
Le desterró de su casa
Con admiracion de todos,
Viendo el hecho y no la causa.
Unos dicen que son zelos,
Otros que zelos no bastan
Para afrentar un vasallo
Que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
Desnuda el moro su espada,
Alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya;
El rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenámar
En lugar de meter paz
Metieron mayor zizaña:
Hiciéronse con Azarque,
Y son muchos de su banda:
El rey que solo se vió
Procuró dejar las armas;
Y en esto paró la fiesta
Y el contento de las damas:
Volvióse el rey á Toledo,
Y Azarque fuése á su Ocaña.

II.

Azarque, bizarro moro,
Ordena un juego de cañas
En la célebre Toledo,
En honra de Celindaja,
Mora que al rey arruina,
Y á Azarque encubra y ensalza,
Que le honra y obedece,
Y al rey como á esclavo trata.
Júntase gente diversa,
La mas ilustre de España;
Los Gazules de Alcalá,
Y de Ronda los Audallas,
Bizarros Almoradíes,
Vanegas fuertes y Mazas,
De Córdoba Sarracinos,
Y Gomeles de Granada,
Y otros muchos caballeros
Fuertes, de destreza estraña,
Galanamente vestidos
Por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
De tal bizarría y gala,
De verlos todos iguales
En fuerza, valor y traza.
Entraron pues los Gazules
Con marlotas coloradas,
Con franjones de oro fino,
Y una cifra por medalla:
Llevan por divisa un mar
Con unas olas muy altas,
Con una letra que dice:
« A todo el mundo avasalla. »
Los Audallas les siguieron
Con las morlotas doradas,
Bonetes con muchas plumas
Pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido
En una torre muy alta,
Con esta letra que dice:
« Favorezco á quien me ensalza. »
Salieron los Sarracinos,
Que mas estos se aventajan,
De azul, morado y pajizo,
Y dos higas por medallas.
Llevan por divisa un mundo,
Y un moro que lo contrasta;
Una letra va que dice:
« Este, y otros mil que haya. »
Los de Granada salieron
Todos en gran camarada,
Galanes á maravilla
Con libreas encarnadas,
Y sacaron por divisa
Una hermosa granada,
Y una letra en la corona:
« No osará nadie miralla. »
Luego vienen los Azarques
Que á los demas avasallan,
Arrogantes mas que todos,
Con las marlotas de gualdas.
Azarque se señaló,
A él reconocen ventaja,
Porque su marlota iba
Labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol
Que al mediodia llegaba;
La letra que lleva dice;
« Disparate es comparalla. »
Cuando ella le vido entrar
De su asiento se levanta

Hízole su acatamiento,
Y él á ella se inclinaba.
El rey cuando vido esto,
Con cólera ciega y brava
A sus vasallos les grita:
— Atravesadle una lanza. —
Celindaja á los demas
Gritó desde su ventana,
Y sin temer nada al rey
Con los caballeros habla:
— Caballeros andaluces,
Librad su cuerpo y mi alma,
Mirad que matan á dos
Pensando que uno matan. —
Luego la fiesta se vuelve
En una fiera batalla,
Castellanos y andaluces
Allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
Aunque hay muchos de su banda,
Puesto que no hay quien resista
Lo que un rey zeloso manda.

III.

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Adalifes y Azarques.
Publicó fiestas el rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, rey de Belchite,
Y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
Al rey sirvieron de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares;
En las adargas traian
Por empresas sus alfanges
Hechos arcos de Cupido;
Y por letra: — «Fuego y sangre.»
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follages:
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un moro Aliatar diciendo:
«Tendréle cuando se canse.»
Los Adalifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo
Y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvage,
Y un mote sobre un baston
En que dice: «Fuerzas valen.»
Los ocho Azarques siguieron
Mas que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo
Y unas higas por plumages;
Sacaron adargas verdes
Y un cielo azul en que se arden
Dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el rey
Que á sus ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento al traste;
Y mirando la cuadrilla,
Le dijo á Celin, su alcaide:
— Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale. —
Azarque tira bohordos
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales:
Si se alarga ó se retira,
De mitad del vulgo sale
Un gritar: — Alá te guie; —
Y del rey, un — Muera, dadle. —
Celindaja sin respeto
Al pasar, por rociarle
Un pomo de agua quebró,
Y el rey gritó: — Paren, paren: —
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el rey zeloso:
— Prendan al traidor Azarque. —
Las dos primeras cuadrillas
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al moro salen;
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Las otras dos resistian,
Si no les dijera Azarque:
— Aunque amor no guarda leyes
Hoy es justo que las guarde:
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos y otros canten: —
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.—
Prendieron en fin al moro,
Y el vulgo para librarle
En corrillos diferentes,

VII.

Azarque, indignado y fiero,
Su fuerte brazo arremanga,
Su rojo bonete arroja,
Y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
Albornoz, mariota y mallas,
Banderilla, lanza, empresa,
Cañas, bohordos y adarga,
Maldice, parte, destroza,
Desmenuza, quiebra y rasga,
Hasta que el suelo cubrieron
Pedazos de seda y franjas,
Y por el aire esparcidas
Iban volando las astas
De los delgados bohordos,
De la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
Y como de amor las trazas
Se desbaratan por zelos,
Zeloso las desbarata:
De Celindaja se queja,
De su fortuna se agravia,
Por Abenámar pregunta,
Y á su rey tirano llama;
De Albayaldos el de Olías
Malamente blasfemaba,
Y pidiendo tinta y pluma
Así le escribe una carta:
«Si como damasco vistes,
«Vistes jacerina y malla;
«Si al campo vas tan furioso
«Como galan á las zambras;
«Si como al blando Cupido
«Al terrible Marte tratas;
«Si escaramuzas de veras,
«Como de burlas te ensayas,
«Mañana á las diez del dia
«Quiero verlo en la campaña,
«Y agradécelo, Albayaldos,
«Que vives hasta mañana.
«Salga Zulema contigo,
«Que pues los dos á mi dama
«La engañasteis por el rey,
«De los dos quiero venganza:
«Y aun de él tomalla pretendo,
«Porque el ardor de mi saña
«Irá envuelto en mis suspiros
«A poner fuego en su alcázar.
«Mil promesas la hicisteis,
«Y despues mil amenazas;
«Dulces ofertas tras esto,
«Y despues fuerza tirana.
«Mil halagos y dulzuras,
«Engaños y quejas falsas;
«Y engaños y quejas viles
«Vengaré sin mas palabras.
«¿Caballeros sois vosotros?
«No sois sino vil canalla,
«Pues por afrentosos medios
«Procurais vuestra privanza.
«¿Qué agravio mi alma os hizo
«Que agraviais así mi alma?
«¿La mora que estaba en ella
«Tanto os costaba dejarla?
«Si fuerza de amores vuestros
«A perseguirla os forzára,
«Yo que sé qué es fuerza de amor,
«Yo sé que os la perdonára;
«Pero por ser tercería
«De fementidas entrañas,
«Me pagarán vuestras vidas
«La muerte de mi esperanza.
«¡Ay mora fácil, ay mora!
«Y cómo en doradas cuadras
«Y bien trazados jardines
«Mil traidores te regalan!
«¡Ay qué presto te vencieron!
«¡Qué presto los gustos pasan!
«¡Que poco vale la fe
«Si quien la dió no la guarda!
«¡Cuánto mejor le estuviera
«A mi dicha y á tu fama
«Ser nuevo ejemplo de amor
«A la morisma de España!
«¡Qué bien pareciera en tí
«Despreciar promesas falsas!
«¡Y qué bien manchar tu lecho
«Con muerte, y no con infamia,
«Si te quitáran la vida,
«Y el honor no te quitáran!
«¿Mas qué dije? Vive, amiga,
«Sin honor y con mudanza,
«Verás que guarda mi pecho,
«Con mil agravios de guarda,
«Las cenizas de tu olvido
«Y de mi querer las brasas.
«Verás trocadas las suertes,
«Yo quejoso y tú olvidada:
«Tú finalmente muger,
«Hombre yo, que el nombre basta.»
Con esto firmó su reto,
En que su combate aplaza;
A Zulema se lo envia,
Y él se apercibe á batalla.

VIII.

Albayaldos el de Olías
Leyó la carta de Azarque,
Y aun apenas la hubo leido
Cuando á buscalle se parte.
Por cada letra que tiene
Jura matar un Azarque,

Tal que si Azarques llovieran
No hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
Repite parte por parte
Las palabras de la carta,
Con que añade su corage.
—No visto damascos yo,
Ni asisto en zambras, ni bailes,
Que es de femeniles pechos,
Y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
Pues poco me importa y vale;
Mas pues al mundo le importa,
Todo el mundo te lo pague,
Si es que se puede pagar
Vida que quita millares
De vidas á los cristianos,
Porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,
Sino lanzas penetrantes,
Con que he horadado mas pechos
Que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
Cual tú zeloso rumiaste,
Ni por zelos disminuyo
El bonete y los plumages,
Albornoz, marlota, galas,
Medallas, manga y volante:
Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petos, y yelmos, y grebas,
Lanzas, y picas, y alfanges:
Ni trato al tierno Cupido,
Que el amor es intratable,
Pues en pechos valerosos
Siempre predomina Marte:
Ni yo amenacé á tu dama,
Ni jamas le envié mensage,
Que es vileza amenazar
A quien no puede vengarse.
Ni yo lo solicité
Por con el rey congraciarme,
Pues me congracio con él
Sirviéndole con mi alfange:
Ni yo le conquisto damas,
Sino reinos y ciudades;
Pues yo nunca me he preciado
De razones elegantes.
Porque nunca son curiosos
Los varones militares.
A las diez del dia dices
Que contra mí al campo sales:
Pésame porque me alargas
Tanto el plazo de matarte:
Pero no verás el dia
De las partes orientales,
Porque aquesta noche pienso
De tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
Para mí muy poco valen,
Porque siempre son soberbios
Los que cuál tú son cobardes.
Desafias á Zulema,
Sabiendo bien, como sabes,
Que una vez que te agravió
No pudiste de él vengarte.
Dices, moro, que el alcázar
Con tus suspiros abrases;
Mas palabras y suspiros
Cosas son que lleva el aire.—
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
Picando el caballo aprisa
Con deseo de encontrarle.

II.

El valiente moro Azarque,
Preso en la fuerza de Ocaña,
No por traidor á su rey,
Mas por leal á su dama;
A Toledo le traian,
Que los jueces de su causa,
Que son unos recios zelos,
Dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
Las cien banderillas blancas
De los ginetes que el moro
Tenia y trae para guarda.
Otros ciento le reciben
Que vienen haciendo plaza,
Y guiando para donde
Manda el rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
Los graves ojos levanta
A las temidas paredes
De su respetada casa:
Grandes gritos suenan dentro;
Que en ellas presos estaban
Sus amigos y sus deudos
De Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
Diciendo: — Abrid las ventanas
Los que me llorais, y oidme.—
Abrieron, y así les habla:
— La vida de mis mayores,
Que representa mi estatua,
Mis proezas, por quien ciño
Corona de roble y palma,
Acaballas pudo amor,
Que lo mas eterno acaba,
Que el tiempo ni la fortuna
Jamas osaron mirallas:
Importaba á su nobleza
Que de mi sangre las manchas
Estos umbrales tiñesan,

ROMANCES DE ZAIDA LA DE TOLEDO.

I.

Por las riberas del Tajo,
Donde mas su curso estiende,
Junto á la ciudad famosa
Que por su muro lo tiene,
Un Bencerrage gallardo,
A quien el amor ofende,
Al tiempo que está en su gloria,
Y en la mayor quedar puede,
En un overo que al viento
En la ligereza escede,
Camina el moro vestido
De morado, azul y verde.
Va á las fiestas que en Ocaña
Un moro de los Gomeles
Hace por servir á Aja,
Que ya por esposa tiene.
De cinco escuadras de cañas
Que ha ordenado el moro alegre,
Una encargó al Bencerrage,
Mozo de años dos y veinte;
Que aunque es tan mozo, una lanza
Tan bien con el brazo mueve,
Como una liviana caña
Que ligera el aire hiende.
— ¡ O cielos, dice, pluguiera
A Alá que los alquiceles
A mí y á un moro traidor
Trocára en armas la suerte!
¿ Cómo podré jugar cañas
Con un falso que se atreve
A turbar la dulce gloria
Que tan bien mi fe merece?
¿ Cómo, señora, de esta alma
Crédito das al que miente,
Agraviando mi fe pura,
Que á solo tu gusto atiende?
Yo jamas he publicado
Que en nada me favoreces,
Y siempre guardé el secreto
Que á tu mucho amor se debe.
No será posible, Zaida,
Que descubra eternamente
La secreta gloria mia:
Ruego á amor que me la niegue,
Y que jamas, bella mora,
Me muestres tu rostro alegre,
Y entre lanzas enemigas
Me den afrentosa muerte, —
Y que del todo olvidada
De saberla no te pese,
Si la fe que te he jurado,
Mora mia, no cumpliere;
Y la cifra de mi adarga
Esta declaracion pruebe,
Pues va sembrada sobre aguas,
Cual ves, de pequeños peces,
Que jamas sonido alguno
Con la lengua formar pueden:
Y si no fuere mas mudo,
Mude amor mi alegre suerte,
Y castigue el cielo santo
Una lengua que me vende,
Pues yo el morir le dilato
Por tu amor que me detiene,
Que á no estar él de por medio
No tirára caña leve,
Sino lanza que pasára
El pecho de quien me ofende.

II.

En un dorado balcon,
Cuya fuerte y alta casa
Quebrando manso las olas
Toca el Tajo con sus aguas;
Hecha cuidadosos ojos
Estaba la hermosa Zaida,
Tendiendo su atenta vista
Por el camino de Ocaña.
Con el cuidado que nace
De una amorosa esperanza,
Mira por si acaso viese
Un Bencerrage á quien ama.
A cada bulto que asoma,
La atenta vista repara,
Porque todos le parecen
El Bencerrage que aguarda.
De lejos algunas veces
Le llena de gloria el alma,
Lo que llegado más cerca
Le entristece y desengaña.
— ¡ Ay mi Bencerrage, dice,
Si anteayer me viste airada,
Ya mis ojos me disculpan,
Que con lágrimas me bañan!
Arrepentida las vierto
De imaginar que á mi causa
Fuiste el mas triste y gallardo
De cuantos jugaron cañas;
Aunque estaba, si lo adviertes,
Con justa causa agraviada,
Pues ví de enemiga lengua
Desdorar mi honesta fama.

Si tú no diste ocasion,
Perdona á tu humilde Zaida,
Y si por tuya la tienes,
No te pese que sea honrada.
A ley de bueno el secreto
Debido á mi estado guarda,
Pues no faltará la fe
De esta mora que te ama.—
Dice, y vió que el Bencerrage
Gallardo á su puerta llama,
Y ligera baja á darle
Brazos, cuello, pecho y alma.

III.

El Bencerrage que á Zaida
Entregada el alma tiene,
En sus colores publica
Que de su luz vive ausente.
De leonado viste el moro,
Porque su fe no consiente
Que alma ni cuerpo en ausencia
Vista colores alegres.
Con blanca y leonada toca
Aprieta un rojo bonete,
Y en él con tres plumas negras
Cubre moradas y verdes.
En las moradas publica
Su fe, que no desfallece,
Por mas que la ausencia triste
Su fiero rigor aumente.
Por las verdes vive el moro
Cuando mas su pasion crece,
Porque se las dió su Zaida
Para que en ausencia espere:
Mas quien gozó alegre estado
Cual él le gozó presente,
Es bien que con luto cubra
Memorias de ausentes bienes.
En un hermoso caballo
Que lo blanco hurtó á la nieve,
Solo, aunque no de pasiones,
Pasea el moro valiente.
No le llega el acicate
Para que brioso huelle,
Porque aun en esto procura
Su mucha pasion se muestre.
Llegado el moro al balcon
Donde á su dama ver suele,
Viéndose tan lejos de ella
Nuevo dolor le enternece.
¡Ay balcones venturosos
Que fuisteis mi cielo alegre,
Y por mi corta ventura
Ya sois desiertas paredes!
No esteis ufanos y altivos,
Aunque dorados y fuertes,
Que una humilde casería
En la ventura os excede.
En ella mi Zaida hermosa
A su placer se entretiene,
Obligada de su honor,
De sus padres y parientes.
Si tú quisieras, ¡o Zaida!
Trocado hubiera por verte
Esta ciudad y mi casa
Por solo un pajizo albergue,
Que su humildad y pobreza
Tuviera por rica suerte,
Como fuera en el lugar
Que con tu gloria enriqueces.
Mándasme que ausente viva,
Y es dar licencia á la muerte,
Que la mal hilada estambre
De mi corta vida quiebre.—
Esto dijo el Bencerrage,
Y amor que le favorece
En céfiro se trasforma
Que blando sus plumas mueve:
Pero muévelas de forma
Que las hace que se truequen,
Y las negras no parezcan,
Viéndose claras las verdes.
Atento lo mira el moro,
Y en aquel prodigio advierte
Que será desconocido
Si al cielo no lo agradece.
Las plumas negras arranca,
Verdes y moradas quiere,
Las negras entrega al viento
Que las esparza y las lleve.
Creció su soplo, y ligero
Con mil regates revuelve,
Hasta hacer que las plumas
En casa de Zaida se entren.
Viólo, y satisfecho el moro,
Dijo: — Así es justo se ordene,
Que pues mi ausencia te alcanza
Parte de mi luto lleves.

ROMANCES DE BRAVONEL DE ZARAGOZA.

I.

Bravonel de Zaragoza
Al rey Marsilio demanda
Licencia para partirse
Con el de Castilla á Francia.
Trataba amores el moro
Con la hermosa Guadalara,
Camarera de la reina,
Y del rey querida ingrata.
Bravonel, por despedida
Y en servicio de su dama,
Hizo alarde de su gente
Un martes por la mañana.
Alegre amanece el dia,
Y el sol mostrando su cara
Madrugaba para verse
En los hierros de las lanzas.
Llevaba su compañía
Mariotas de azul y grana,
Morados caparazones,
Yeguas blancas alheñadas.
Por el Coso van pasando
Donde los reyes aguardan:
Colgada estaba la calle,
Y la esperanza colgada:
Aguardaba todo el vulgo
A Bravonel y á su gala,
Y la reina con ser reina
A todo el vulgo acompaña.
Ya pasa el moro valiente,
Ya las voluntades pasan,
Mas muchas se van con él
Que no es posible parallas.
No lleva plumas el moro,
Que como de veras ama,
Juró de no componerse
De plumas ni de palabras.
En la adarga berberisca
Con su divisa pintada,
Tan discreta como el dueño,
Y como el dueño mirada,
Lleva una muerte partida
Que juntarse procuraba,
Con un letrero que dice:
« No podrás hasta que parta. »
Delante del real balcon
Hasta el arzon se inclinaba,
Hace á las damas mesura,
Levantádose han las damas;
Pero no lo pudo hacer
La hermosa Guadalara,
Que el grave peso de amor
Por momentos la desmaya.
Suplicó la reina al rey
Que hubiese á la noche zambra,
Y el rey por dalle contento
Dice que mande aplazalla. —
Toda la gente se alegra;
Llorando está Guadalara,
Pues es martes, y hace sol,
Cierta señal de mudanza.

II.

Avisaron á los reyes
Que ya las nueve eran dadas,
Y que Bravonel pedia
Licencia para su zambra.
Juntos salieron á verla,
Aunque apartadas las almas,
Bravonel tiene la una,
Y la otra Guadalara.
De la cuadra de la reina
Iban saliendo las damas,
Guadalara viene en medio
De Adalifa y Celindaja,
Dos moras que en hermosura
A todas hacen ventaja,
Y tambien en las desdichas
De aficiones encontradas.
De morado, azul y verde
Está la sala colgada,
Las alfombras eran verdes
Porque huellen esperanza.
A cierta seña tras esto
Se oyeron á cada banda
Concordados instrumentos
Y penas desconcertadas.
Bravonel entró el primero,
Y dando á entender que guarda
Amor, secreto y firmeza,
Esta divisa sacaba:
Un potro de dar tormento
Entre coronas y palmas,
Con una letra que dice:
« Todas son para el que calla. »
Azarque, primo del rey,
Muy azar con Celindaja,
Abriendo puerta al rigor
De sus encubiertas ansias,
Traia en un cielo azul
Una cometa bordada,
Y esta letra entre sus rayos:
« Cometa zelos quien ama. »

Záfiro por Adalifa,
Un tiempo su apasionada,
Mostró con esta divisa
De sus tormentos la causa:
Una viuda tortolilla
En seco ramo sentada,
Y un mote que dice así:
«Tal me puso una mudanza.»
Guadalara y Bravonel
Tiernamente se miraban,
Que cansados de penar
De disimular se cansan.
Mucho se ofenden los reyes
Y mucho el amor se ensalza,
En ver que allanan sus flechas
A las magestades altas.
Azarque y Záfiro hubieron
Sobre no sé qué palabras...
Sí lo supe; zelos fueron
De Adalifa y Celindaja:
Pierden al rey el respeto,
Paró la fiesta en desgracia,
Que entre zelos y sospechas
No hay danzas sino de espadas.

III.

Despues que en el martes triste
Mostró alegre el sol la cara,
Tiene la suya cubierta
La hermosa Guadalara;
No quiere ver ni ser vista
Despues que Bravonel falta,
Ni mostrar el rostro alegre,
Porque tiene triste el alma.
Mucho siente el acordarse
De la noche de la zambra,
Fin de toda su alegría,
Y principio de sus ansias.
Acuérdase de la empresa
Que su Bravonel llevaba,
Y suspirando decia:
«Todas son para el que calla.»
Procura encubrir su pena,
No quiere comunicalla,
Porque no pierda la fuerza.
El dolor que el alma pasa:
No advierte cuán mal se encubre
El fuego que el alma abrasa,
Porque el fuego ha de salir
Por los ojos del que calla.
Crecen zelos y sospechas,
Y con ausencia tan larga
Está cierta de que quiere,
Dudosa si es olvidada.
Pasados bienes la afligen,
Presentes males la causan,
Esperanzas la entretienen,
Desconfianzas la acaban:
Dobla el llanto porque el rey
Mandó á los guarda-damas
Que no consientan que escriba
A Bravonel Guadalara,
Creyendo que larga ausencia
Causará en ella mudanza,
Y que así le vendria á ser
Agradecida su ingrata.
Para alivio de su pena
No pudiendo escribir carta,
Pensando en su Bravonel,
Pidió ella una rica almohada.
Sobre un tafetan leonado,
Color que á tristes agrada,
Mostrando firmeza y pena
Una alta peña labraba,
Desde donde nace un rio
Que un prado marchito baña,
Y en lengua mora esta letra:
«Muy mayor es Guadalara.»
Con esto pasa la vida
Que es la muerte desastrada,
Hasta ver á Bravonel
Que es de sus penas la causa.

IV.

Alojó su compañía
En Tudela de Navarra
Bravonel de Zaragoza
Que va caminando á Francia.
Con sus mansas ondas Ebro
Parecia que llamaba
A la esquina de un jardin,
Frontero de su ventana.
El moro finge que son
Amigos que le avisaban,
Que pasan á Zaragoza
Y que vea si algo manda.
— ¡Amadas ondas! las dice,
De vosotras fio el alma,
Y estas lágrimas os fio;
Si no son muchas, llevadlas.
Pasais por junto á un balcon
Hecho de verjas doradas,
Que tiene por celosías
Clavellinas y albahacas:
Allí me cumple que todas
Gritando mostreis las ansias,
De este capitan de agravios
Que va caminando á Francia:
Y si por dicha saliere
A miraros Guadalara,
Procurad que entre vosotras
Vea mis lágrimas caras...
Mal he dicho: no las vea,
Que me corro de llorarlas,

Y de que en mi pecho duro
Cupiesen tiernas entrañas.
El bravo me llama el vulgo,
No se desmienta mi fama;
Afuera, enredos de amor,
Que me embarazais las armas. —
Tras esto oyó que á marchar
Tañen trompetas bastardas,
Y que aguardan sus ginetes
Le dijo un cabo de escuadra.
Quitó la partida muerte,
Divisa agorera y mala,
Y en su bandera ponia,
Adivinando bonanza,
Encima de un nuevo mundo
Con grande vuelta una espada,
Y en arábigo una letra:
«Para la vuelta de Francia.»
Alegróse Bravonel,
Y en un overo cabalga,
Diciendo; — Para la vuelta
No es un mundo mucha paga.

V.

Bravonel de Zaragoza,
Y este moro de Villalba,
Hijo de Celin Gomel,
Aquel que fuera de España
Dió muestra de su persona
Contra la enemiga espada;
Traen los dos competencia
Por la mora bella Zaida,
Hija del gran alfaquí,
Consiller del rey Audalla,
El que en cosas de la guerra
Tiene su voto en Granada:
Sin esto, el mayor alcaide
Del Jarife que está en Guardia
Gobernando el señorío
Y reino de Lusitania.
Para conseguir su empresa
Bravonel luego despacha
Con un moro su criado
A Zaragoza una carta,
A pretender que su padre
Le responda á su demanda.
Fuéle contraria fortuna,
Y fué su suerte contraria,
Pues su padre le responde
Muy fuera de lo que él anda;
Y así aunque es moro gallardo
Desiste de la demanda,
Mas no de rendir contino
A Celinda vida y alma.
El de Villalba se parte,
Llevando á la bella Zaida
Retratada en un papel
É impresa dentro en el alma:
Y aunque de partirse triste,
Alegre pues la esperanza;
Que es mensagera del tiempo
Y espera traerá bonanza.
Del océano las olas
Rompe para irse á su patria,
Y el aire con mil suspiros
Sacados de allá del alma;
Y para se consolar
Mira el retrato, y le habla.
Dice: — Trasunto de aquella
Mora, que enamora y mata
Mil apasionados pechos,
Y al mismo amor avasalla;
Alá permita, señora,
Que sea mi suerte tan alta,
Que pueda nombrarme tuyo
En los saraos y zambras. —
Con esto se parte el moro,
Y queda la bella Zaida
Neutral á entrambas partes,
Tan altiva cuanto dama.

VI.

A la sombra de un laurel
Junto de una fuente clara,
Do vertia sus cristales
En una negra pizarra;
En las riberas famosas
Que el agua del Ebro baña,
Y en un jardin do tenia
El rey Marsilio á sus damas;
Con pluma, tinta y papel
Sentada está Guadalara,
Escribiendo sus pasiones
A quien de ellas es la causa:
En arábigo le escribe,
Y aljofarando su cara,
A cada letra que pone
Parece que se desmaya:
Soltó la pluma en el suelo,
Papel y tinta; turbada,
Y turbado el pensamiento
Acude aprisa á la playa,
Como aquella que adivina
Que de su moro las aguas
Alegre nueva le traen,
Con que alegra tanto el alma:
El rio contra costumbre
Y las aguas luego paran,
Mostrando que Bravonel
En ellas está, y no habla:
Mira la mora el misterio
De las aguas y descansa:
— ¡Amadas ondas, les dice,
Del corazon y del alma!

Aunque mudas, por las señas
Me descubris á la clara
Que visteis á Bravonel
En Tudela de Navarra:
¿Decisme que quedó triste?
¡Mas triste quedó mi alma!
Pues de dia no reposa,
Y de noche no descansa;
Que el martes cuando partió
Salió el sol con tal pujanza,
Diferente á las divisas
Que mi Bravonel llevaba. —
En esto llegó la reina
Y el rey, con todas sus damas,
Y viendo en tierra un papel
Para alcanzarlo se abaja;
Leyóle el rey para sí,
Y en leyéndole, le rasga,
Porque no digan las gentes
Que es de alguna de sus damas.
Al ruido de los reyes
Dejó el rio Guadalara,
Mas no pudo ser tan bien
Que el rey no la sintió, y calla.

VII.

Con valerosos despojos
Del valor que tuvo en Francia
Su gallardo y fuerte brazo,
En Tudela de Navarra
Entra bravo Bravonel,
Alegre de su esperanza,
Y él mismo lleva la nueva
De la sangrienta batalla.
Albricias en Zaragoza
Entra pidiendo á su dama,
De quien está tan pagado
Que el verla tiene por paga;
Y puesto junto á un balcon,
Hecho de verjas de plata,
Solo por los ojos negros
Reconoce á Guadalara;
Porque todos de un metal
Le parecen á quien ama,
El fino oro los cabellos,
Lo blanco plata cendrada.
Miraba el vestido verde,
Y las mejillas miraba,
Y el moro finge que son
Clavellinas y albahacas.
Las clavellinas le encienden,
La albahaca le desmaya,
Que es de natura en amor
Una esperanza muy alta.
Suspenso está Bravonel,
Guadalara muda estaba,
Aunque los ojos de entrambos,
Con lenguas de amor se hablan.

ROMANCE DE MOSTAFA.

Sembradas de medias lunas
Capellar, marlota y manga,
Y de perlas el bonete,
Con plumas verdes y blancas;
El gallardo Mostafá
Se parte rompiendo el alba,
Adonde la armada fuerte
De su rey le espera y llama;
Y de la mar las trompetas,
Chirimías, pitos, flautas,
Añafiles; sacabuches,
Le hacen la seña y la salva.
Cabalga el bizarro turco
A la brida y la bastarda
En un caballo mas blanco
Que la blanca nieve helada.
Ligero, brioso y fuerte,
Con unas ollas por marcas,
Que hasta en el caballo quiere
Mostrar su fe limpia y casta.
Pártese el bizarro turco
A la conquista de Malta,
Y á otra mayor conquista
Que tiene en su pecho y alma;
Y de la mar las trompetas,
Chirimías, pitos, flautas,
En voz formada le dicen:
General; embarca, embarca.
Responde el amor por él:
— ¿A dó, fortuna, me llamas?
¿Quieres te busque en el mar,
Pues en la tierra me faltas?
¿Piensas que de la mar pueden
La multitud de las aguas
Aplacar la mayor parte
De este fuego que me abrasa? —
Y con este sentimiento
Por delante el balcon pasa,
A do le amanece el dia
A la noche de sus ansias;

Y reparándose todas,
Viendo presente la causa:
Dispuesta á darle favores,
Que ya de desden se causa,
— Hermosa Zaida, la dice,
Si mi presencia te enfada,
Dame una prenda á tu gusto
Con la licencia que parta.
— De tu partida me pesa,
Le responde, pero basta
Con que lleves esta prenda,
De aquestas manos labrada. —
En los estribos el moro,
Del capellar en la manga,
Las dulces prendas recoge
De la que le prende y mata.
Descubre un lienzo labrado
De oro fino y seda parda,
Con la rueda de fortuna
A lo vivo dibujada:
Y de la mar las trompetas,
Chirimías, pitos, flautas,
En voz formada le dicen,
General, embarca, embarca.
— No tan aprisa, enemigos;
Dejadme gozar la palma
Que mis deseos encumbra,
Y mis razones ensalza;
Y porque á la cumbre suba,
Tan solo, mi Zaida, falta
Que quieras tú dar la mano
A quien das mano y palabra.
— Conténtate por agora,
Dice la bella sultana,
Que el tiempo lo cura todo,
Y como venga no tarda. —
De alegre y contento el moro
Mudo con los ojos habla,
Y pártese porque es fuerza,
Y el cuerpo parte sin alma;
Y de la mar las trompetas,
Chirimías, pitos, flautas,
Añafiles, sacabuches,
Le hacen la seña y la salva.

ROMANCES DEL ALBANES. (55)

I.

Criábase el albanes
En las cortes de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criára
El mejor de los sultanes,
Del gran señor regalado,
Querido de los bajáes,
Gran capitan en la guerra,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Y espejo entre los galanes.
Recien venido era entonces
De vencer, y de ganalle
Al de Hungría dos banderas,
Y al sofí cuatro estandartes,
¿Mas qué aprovecha domar
Invencibles capitanes,
Ni contraponer el pecho
A mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence,
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos arpones penetrantes;
Dos penetrantes arpones,
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas
Que tiene todo el Levante?
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazalle
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos prendalle.

II.

Tuvieron Marte y Amor
Un dia grandes combates,
En unas reales fiestas
En las cortes de Amurates.
Juntas pues muchas naciones
De moros, turcos y alarbes,
Entre todos se señala
El albanés muy pujante.
Que ha llevado de las justas,
A pesar de los bajáes,
El lauro de la victoria;
Pero quiso Amor premiarle
Con el favor que Arseliada
Desde un corredor le hace:
Turca ilustre de valor,
Descendiente de sultanes,
La cual le envia un recado
Al palenque con dos pages.

El albanés le recibe
Con apacible semblante,
Y ya cuando de la plaza
Mandó el sultan que le saquen,
Y que resuenen las trompas,
Los pífanos y atabales,
Quiso fortuna envidiosa,
Para mas entrenizarse,
Que se quejase al sultan
Un bajá valiente y grave,
Diciendo: — Mire tu alteza
Cómo el honor se reparte,
Que se hace agravio á muchos
Que mas que el albanés valen. —
Dijo el sultan: — Pues quereis
Parte de su honor quitarle,
Al que matare un leon
El premio pretendo dalle. —
El bajá salió primero,
Y el leon al bajá sale
Tan furioso, que le hizo
De un encuentro muchas partes.
El albanés valeroso
Desnudo su cuerpo sale,
Poniendo su mente en Dios,
Con un baston recio y grande.
El leon arremetió,
Y una amorosa voz sale
De Arselinda que decia:
— ¡Santo Alá! querais librarle. —
Tuvo gran cuenta el guerrero,
Y para mejor matarle,
Metió en la boca al leon
El baston, y presto ase
De un corto y fino puñal
Con que dos heridas hace
Al leon en las entrañas,
Por do vida y sangre salen.

III.

Regocijada y contenta
Está la hermosa Arselinda,
Turca de mucho valor,
Y del gran sultan sobrina.
Procedióle este contento
Del gran placer y alegría
Que le causó la victoria
De su albanés aquel dia.
Consigo hace la dama
Una amorosa porfía:
Ella á sí propia pregunta,
Y ella á sí se respondia.
— Dime, Arselinda, que estás
Por un cautivo cautiva,
Quien supiere tus amores
¿Qué dirá de tí, Arselinda? —
Pero pasado este trance,
En que el honor le retira,
Llega el bullicioso amor,
Y de nuevo en ella aspira,
Por lo cual la dama dice:
— ¡Ay albanés de mi vida,
El mas valiente y galan
Que encierra en sí la Turquía!
¡Cuán bien andante será
La que en tu favor recibas,
Porque aunque cautivo estás
Eres señor, y de estima! —
No quiso mas aguardar
A que el amor la persiga,
Y un genízaro llamando,
Al albanés se lo envia:
Dice en un papel que venga,
A media luna corrida,
A verla por el jardin,
A do aguardando estaria.
El albanés recibió
El recado, y respondia
Que le agradece el favor,
Y que será obedecida.
Juntos pues los dos amantes,
El albanés le decia:
— ¿Qué me quereis, mi señora,
Bien del bien del alma mia?
— No quiero, gallardo amigo,
Que muestres tu valentía
Mañana con los bajáes,
Por mi gusto y tu porfía:
Solo pretendo que entiendas
Que soy tu esclava y cautiva,
Para en cuanto me mandares,
Sin reservar alma y vida. —
El albanés le responde:
— Escuchad, bella Arselinda,
Y notad que soy de Albania,
Y vos criada en Turquía;
Y que nací y soy cristiano,
Y por mi fe perderia
Mil mundos si los tuviese,
Y otros tantos, Arselinda,
Perdiera por vuestro gusto,
Sin punto de cobardía,
Ni anteponer el afrenta
Que de mí el sultan reciba. —
Con esto se despidió,
Dejando sola Arselinda,
La cual triste y lamentando
De su fortuna, decia:
— Puse mi contento
En parte cautiva,
Y dejóme viva
Para mas tormento.
Vencíme de amor
Por un albanés:
Que aunque esclavo es,

Es Marte en valor:
Sube su loor
Al quinto elemento,
Y dejóme viva
Para mas tormento.
No le ablandaron
Mis tiernas razones,
Ni las ocasiones
Que la demostraron,
Cuando agua hallaron
Mis ojos sin cuento,
Pues siendo cautiva,
Me dejó á mí viva
Para mas tormento.
De mi liviandad
Yo tengo la culpa,
Pues que no hay disculpa
A tal libertad:
Mis ojos, llorad,
Dejad el contento,
Porque me dió vida
Para mas tormento.
Es mas insufrible
Dejar de quererlo,
Pues aborrecerlo
Seráme imposible,
Y dolor terrible
El que por él siento,
Pues me dejó viva
Para mas tormento.

ROMANCE DEL VIEJO REDUAN.

Desde un alto mirador
Estaba Arselia mirando
Las cristalinas corrientes
Del sacro y dorado Tajo.
A veces miraba el agua,
Otras la tierra y el campo,
Otras pensaba en las cosas
Que la daban mas cuidado.
No está pensando la mora
En el cortesano trato,
Porque tiene el pensamiento
En un príncipe aldeano,
Que en las riberas de Tórmes
Es noble alcaide afamado,
Aunque no sigue la corte
De Almanzor, rey toledano.
En amorosas pasiones
Tiene el sentido ocupado,
Cuando llegó aunque de lejos
A vista de su palacio
El anciano Reduan
En un ruano caballo,
Viejo alcaide, y no vellido,
Gallardo y enamorado;
Y como reparó el moro
El mirador ocupado
De un resplandeciente sol,
Quedó suspenso mirando.
Procura disimular
El anciano enamorado
El gran fuego que le enciende
Su caduco pecho helado.
Paséase haciendo piernas,
Muy á lo disimulado;
Pero viéndole la mora,
Le dice con pecho airado:
— ¡Ay moro, cómo me cansas!
¿Cómo me tienes cansado
El sufrimiento en pensar
Que estés por mí amartelado!
¿No reparas que ya tienes
La barba y cabello cano,
Grande calva y poco pelo,
Y que te tiemblan las manos?
¡Qué poco duelo que tienes
De mis florecientes años,
Pues quieres se compadezcan
Con tu vejez y otros daños! —
El moro bien entendió
Casi todo lo que ha hablado,
A lo cual respondió: — El sol
Todo lo tiene á su mando;
Y como á este te pareces
Le das calor á mis años,
Y haces al helado pecho
Altivo, feroz, lozano.—
Mostró al volver una letra
Sobre un capellar dorado,
Que dice: « Pues que me atrevo,
« Algo puedo y algo valgo. »
En el adarga traia
Un sol con ardientes rayos,
Y por orla aquesta letra:
« Sin duda dos soles hallo: »
Pero viendo que la mora
Con tal desden le ha mirado,
Encubrió el sol de la adarga
Con un almaizar pajado,
Diciendo: — Pues se anubló
Mi sol, quiero esté tapado

El que pintado traia
Del que es natural sacado.—
Con esto el moro se vuelve,
Y la mora se ha tornado
A ocuparse de principio
En los primeros cuidados.

ROMANCE DE DRAGUTA.

En el espejo los ojos,
En los cabellos el peine,
En la vida el desengaño,
Los deseos en la muerte;
Su belleza acrecentada,
Porque la tristeza á veces
Alegres milagros hace
Desmintiendo al tiempo alegre;
Dos naves por arracadas,
Con dos soles por trinquetes;
Gargantilla de azabache
Con perlas de nueve en nueve;
De esmeraldas y zafiros
Colgada de ella una sierpe,
Cruel divisa del alma,
Y de sus iras crueles:
Rica almalafa vestida,
Amarilla, blanca y verde,
Colonia azul de Turquía
Que ciñe su blanca frente;
Draguta recien casada
Con un deudo de Hamete,
Aquel secretario real
Y alcaide de los Donceles;
Y casada por su tio,
Porque favores pretende
Para ser grande alfaquí
Si al rey Chico le plugiere:
A su prima Eleazara
Que consolarla pretende
De su estado y de su tio
Se quejaba tiernamente.
—Alá te perdone, padre,
Que antes que tú fallecieses
Mis altivas esperanzas
No estribaban en los reyes;
Y no te perdone Alá,
Zegrí, que tu sangre vendes
Para comprar dignidades,
Que no sé si las mereces.
Tu vida anciana y caduca
Que por momentos descrece,
Quieres hacer perdurable
Con esta que al mundo viene.
No curaste de mi dicha
Mirando tus intereses,
Como si fuera el casarme
Por quince dias ó veinte.
Bien parece que no sabes
Que tantos enojos cueste
Un enemigo ordinario,
Que rehusar no se puede.
Condiciones encontradas
Trabada guerra mantienen,
Adonde lidian las almas
Hasta que los cuerpos mueren.
¿Pensabas cuando llorase
Que con joyas que me dieses
Me podria yo acallar
Como las demas mugeres?
Collar de perlas me diste;
Mas las que mis ojos llueven
Enternecerán si vivo
A los diamantes mas fuertes.
Los brazaletes y anillos
Son esposas que me tienen
Cautiva y desesperada,
De que mi dicha las quiebre.
Prima mia Eleazara,
Hoy hace justos dos meses
Que vi á mi moro enemigo
En una fiesta solemne;
Con atencion me miraba,
Y con desprecio miraba,
Tanto, que dije entre mí:
«¿Todo el mundo se me atreve?
¿Tan dejada te parezco?
¿Eres tú tan insolente
Que aunque me prometas reinos
Mis favores te prometes?
No te me pongas delante,
Morillo cuitado, vete,
Que pensaré que me amas,
Y al momento morirme.»
Estas cosas dije de él;
Y quiso despues mi suerte
Que le obedezca de dia,
Y que á su lado me acueste:
Que si no le digo amores
De mi tibieza se queje,
Y que á recibirle salga,
Cuando á perseguirme viene:
Que todos me llamen suya
Sin poder decir que mienten;

Que diga que le doy gusto
Cuando él á mi gusto ofende;
Que tener hijos de mí
Con razon presuma y piense;
Que mi alegre condicion
Triste suegra la gobierne.
Prima, cuando te casares,
Por tus ojos que no peques
Contra la fe de tu gusto;
Y que en mi daño escarmientes.
Con tus esperanzas cumple,
Aunque te culpen las gentes,
Que nunca pudo olvidarse
Lo que agradó para siempre.
En esto vino un recado
Que al jardin de Zaida fuese,
Y enlutado el corazon
Se fué vestida de verde.

ROMANCE DE ZERBIN.

Desde hoy mas renuncio, mora,
Tu fe, tu amor y palabra,
Tu desden y mi recelo,
De zelos, furor y rabia.
Quiero dar luz á mis ojos,
Y dar libertad al alma,
Y salir de esta tormenta
Al mar claro de bonanza,
Yo ví bien tu oscuro pecho,
Que el ser oscuro fué causa
De curar el mio llagado
De la amorosa batalla.
Ya no pretendo tu amor,
Ni de tu amiga Daraja,
Que sois dos falsas sirenas,
Desechadas en la Alhambra.
Ya no quiero estar zeloso
De un pobre morisco Audalla,
De los mas viles genízaros
De la ciudad de Granada.
Ya no daré nombre falso
A tu hermosura y tu gracia,
Llamándote en mis abrazos
Divina y bella Diana.
Ya no quiero ver tu calle,
Ni hacer seña á tu ventana,
Ni aguardar desde las diez
A que Apolo rompa el alba.
Ya no quiero tus favores,
Ni tu bordada almalafa,
Para salir á las fiestas
Que trazaba por tu causa.
Ya no tendré que gastar
Mas cequíes de oro y plata,
Para esmaltar tu cifra
En el campo de mi adarga.
Ya no sacaré libreas
De colores á tu gracia,
Para que vieses en ellas
La sujecion de mi alma.
Ya no ofereceré á tu gusto
Sonetos, quintas, ni cuartas,
Villancicos, ni canciones,
Leves tercetos, ni octavas.
Ya no esmaltaré en el templo
De tu amor y tu fe falsa,
Las palabras y favores
Que sin aficion me dabas.
Ya no haré los ojos rios,
Ni del pecho haré alquitara,
Para ofrecer á tu amor
Los despojos de tu alma.
Ya quiero andar sosegado,
Y no parecer fantasma,
Aguardándote de noche
Para gustar de mis ansias.
En fin, no confiaré
En tus fingidas palabras,
Que eres Circe encantadora
De las que de amor se abrasan.
Esto el valiente Zerbin
Dijo espresando sus ansias;
Y de sus quejas la mora
Desdeñosa se burlaba.

ROMANCES VARIOS

DE DIFERENTES GÉNEROS.

ROMANCES AMOROSOS.

L. (56)

Decidme vos, pensamiento,
¿Dónde mis males están?
¿Qué alegrías eran estas,
Que tan grandes voces dan?
Si libran algun cautivo,
O lo sacan de su afan,
O si viene algun remedio,
¿Dónde mis suspiros van?
No libran ningun cautivo,
Ni lo sacan de su afan,
Ni viene ningun remedio,
Donde tus suspiros van:
Mas venido es un tal dia,
Que llaman señor san Juan,
Cuando los que están contentos
Con placer comen su pan,
Cuando á los desconsolados
Mayores dolores dan:
No digo por tí, cuitado,
Que por muerto te tendrán
Los que supieren tu vida,
Y agora no te verán:
Los unos te habrán envidia,
Los otros te llorarán:
Los que la causa supieren
Tu firmeza loarán,
Viendo menor tu pecado
Que el castigo que te dan.

II.

Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida y con amor,
Do todas las avecicas
Van tomar consolacion,
Si no es la tortolica,
Que está viuda y con dolor.
Por ahí fuera á pasar
El traidor del ruiseñor,
Las palabras que le dice
Llenas son de traicion:
— Si tu quisieses, señora,
Yo seria tu servidor.
— Vete de ahí, enemigo,
Malo, falso, engañador,
Que ni pose en ramo verde,
Ni en prado que tenga flor,
Que si el agua hallo clara,
Turbia la bebia yo;
Que no quiero haber marido,
Porque hijos no haya, no;
No quiero placer con ellos,
Ni menos consolacion:
Déjame triste, enemigo,
Malo, falso, mal traidor,
Que no quiero ser tu amiga,
Ni casar contigo, no.

III.

Yo me era mora Moraima,
Morilla de un hel catar;
Cristiano vino á mi puerta,
Cuitada, por me engañar:
Hablóme en algarabía
Como quien la sabe hablar:
— Abrasme las puertas, mora;
Si, Alá te guarda de mal.
— ¿Cómo te abriré, mesquina,
Que no sé quien te serás?
— Yo soy el moro Mazote,
Hermano de la tu madre,
Que un cristiano dejo muerto,
Y tras mí viene el alcalde.
Si no me abres tú, mi vida,
Aquí me verás matar. —
Cuando esto oí, cuitada,
Comencéme á levantar,
Vistiérame una almejía,

No hallando mi brial,
Fuérame para la puerta
Y abrila de par en par.

IV. (57)

Amará yo una señora;
Y améla por mas valer,
Quiso mi desventura
Que la hubiese de perder:
Irme quiero á las montañas,
Y nunca mas parecer,
Y en la mas áspera de ellas
Mi vida quiero hacer,
Tan triste que no se halle
Conmigo ningun placer.
Porque mis graves dolores
Puedan contino crecer,
Con los animales brutos
Me andaré triste á pacer:
Paciencia, si la hallare,
Me habrá de sostener.
Pues vida con tanta gloria
No la pude merecer,
Que la muerte merecida
Me deja por no me ver
Tan penado y tan perdido,
Cual su mal no puede ser:
El menor mal que yo tengo
Mucho mas es de temer.
Y así voy donde no espero
Por siempre jamas volver.

V. — *(Romancero general.)*

Yo me levantára, madre,
Mañanica de San Juan,
Vide estar una doncella
Ribericas de la mar,
Sola lava, y sola tuerce,
Sola tiende en un rosal;
Mientras los paños se enjugan,
Dice la niña un cantar:
— ¿Do los mis amores, do los,
Do los andaré á buscar?—
Mar abajo, mar arriba
Diciendo iba el cantar,
Peine de oro en las sus manos
Por sus cabellos peinar:
— Dígasme tú, el marinero,
Que Dios te guarde de mal,
Si los viste á mis amores,
Si los viste allá pasar.

VI. — *(Romancero general.)*

Que por mayo era por mayo
Cuando los blandos cofores,
Cuando los enamorados
Van servir á sus amores;
Sino yo, triste mezquino,
Que yago en estas prisiones,
Que ni sé cuando es de dia,
Ni menos cuando es de noche,
Sino por una avecilla
Que me cantaba al albore:
Matómela un ballestero,
Dále Dios mal galardone.

VII. — *(Romancero general.)*

La bella mal maridada,
De las lindas que yo ví,
Véote tan triste enojada,
La verdad dila tú á mí.
Si has de tomar amores,
Por otro no dejes á mí,
Que á tu marido, señora,
Con otras dueñas lo ví,
Bezando y retozando:
Mucho mal dice de tí,
Juraba y perjuraba
Que te habia de ferir. —
Allí habló la señora;
Allí habló, y dijo así:
— Sácame tú, el caballero,
Tú sacásesme de aquí,
Por las tierras donde fueres
Bien te sabria yo servir:
Yo te haria bien la cama
En que hayamos de dormir,
Yo te guisaré la cena
Como á caballero gentil,
De gallinas y capones,
Y otras cosas mas de mil:
Que á este mi marido
Ya no le puedo sufrir,
Que me da muy mala vida,
Cual vos bien podeis oir.—
Ellos en aquesto estando,
Su marido hele aquí:
— ¿Qué haceis, mala traidora?
Hoy habedes de morir.
— ¿Y porqué, señor? ¿porqué?
Que nunca os lo merecí,
Nunca besé á hombre,
Mas hombre besó á mí:
Las penas que él merecia,
Señor, daldas vos á mí:
Con cordones de oro y sirgo,
Señor, ahorques á mí,
En la huerta de los naranjos
Viva entierres á mí,
En sepoltura de oro
Y labrada de marfil;
Y pongas encima un mote,

Señor, que diga así:
«Aquí está la flor de las flores,
Por amores yace aquí,
Cualquier que muere de amores
Mándese enterrar aquí,
Que así hice yo mezquina,
Que por amores me perdí.»

VIII. —(*Romancero general.*)

Por un valle de tristura
De placer muy alejado,
Ví venir pendones negros
Entre muchos de á caballo,
Todos con tristes libreas
De sayal no delicado,
Sus rostros llenos de polvo,
Cada cual muy fatigado:
Por una negra espesura
En silencio se han entrado,
Asentaron su real
En un yermo despoblado,
Las tiendas en que se albergan
No las cubren de brocado,
Antes por mayor dolor
De luto las han armado:
En una de aquellas tiendas
Un monumento han alzado,
Y dentro del monumento
Un cuerpo lo han sepultado:
Dicen ser de una doncella
Que de amores ha finado:
La cosa mas linda y bella
Que en el mundo se ha hallado.
Y ellos todos juntamente
Un pregon han ordenado,
Que ninguno se atreviese,
Ni nadie no fuese osado
De estar en su enterramiento,
Si no fuese enamorado.

IX. (58)

Hija soy de un labrador,
Nacida sobre el arado,
Criada so los olivos,
Crecida tras el ganado.
Careando una mañana
Las ovejas del vedado,
Solas dos por mi reposo
Las que Dios me habia dado,
Que alegría y libertad
Por nombre las he nombrado,
Se me perdieron allí
Por suerte de mi pecado,
Que comian en mis haldas,
Venian á mi llamado;
Sin partir el pan con ellas,
No comiera yo bocado.
De ellas era lo mejor
Cuando habia un verde prado,
Si claras fuentes habia
Nunca las han deseado.
Santiguábales yo el agua
Con amor desengañado:
So las frescas solombreras
Las siestas las he guardado:
Las mañanas y las tardes
A pacer las he sacado.
Compréles dos cencerrillas
Que la vida me han costado,
Con cuerdas de mis cabellos
Los que tanto yo he preciado.
Y un dia de San Anton,
Que mal me las ha guardado,
Se las puse de los cuellos:
Hame nada aprovechado.
Poco vale diligencia
Contra el mal predestinado;
Lo que ha de ser una vez
No puede ser estorbado.
Tornéme en fin congojosa
Llorando mi mal recado,
Y en llegando á mi cabaña
Vi mi fin aparejado.
Hice el zurron mil pedazos
Y en el fuego eché el cayado:
Saqué los rubios cabellos
De mi grosero tocado,
Tirando cuanto podia
Yo los puse en mal estado,
Hice las manos verdugos
De mi gesto delicado:
Mis dos ojos con pesar
En dos rios se han tornado
Y el corazon en el cuerpo
De rabia fué traspasado.
Con mis gritos y alaridos
El valle estaba espantado.
Por flaqueza de natura,
No por falta de cuidado,
Yo me dormí de cansada
Dende gran rato pasado.

X.

So los mas altos cipreses,
Riberas del alegría,
Por donde el agua mas clara
Con mayor dulzor corria,
Cabe ciertos arrayanes
Que el placer entretejia,
Jazmines por todas partes,
Rosales tambien habia,
Sembrada de ricas flores
Una verde praderia,

De preciosas arboledas
El valle que no cabia,
Do moraban muchas aves
Las pregoneras del dia,
Do cantaba Filomena
Y Progne le respondia,
Do nunca se vió pesar
Ni deleite fallecia,
Mil bienes uno sobre otro
Sin que el hombre los pedia,
Mil pensamientos, señor,
Que todo lo poseia,
Paseando una mañana
Como quien no se temia,
Descuidado y sin saber
Quien bien ó mal le queria,
Sin pensar ser ofendido
Como quien nunca ofendia,
Salióle amor al traves
Con harta descortesía,
Que se le puede contar
A muy grande cobardía,
Y al triste del pensamiento
Que desarmado yacia,
Con un gran puño de tierra,
Por usar mas villanía,
Cególe entrambos los ojos
Tanto que nada non via,
Y entonces á manteniente
Hiriéle donde él queria.
Testigo mi corazon
Que estaba en su compañia,
Cual llevó tan buena parte
Cuanto no la merecia,
Aunque los daños de entrambos
Hicieron su pena mia.
Por vos, mi reina y señora,
Por vos sola me cumplia,
Que me fuercen á sufrir
Lo que quizá no podria.
Gloriosa es tal pasion,
Bendita tal fantasía,
Precioso cualquier cuidado
Que vuestra merced me envia.
Muchos me son envidiosos
Viendo de do procedia,
Sino que el no mereceros
Me maltrata y desafia,
Por lo cual á mis afanes
Algun consuelo seria
Veros yo mas piedad
O veros menos valía
Que de otra suerte, señora,
Me veo en tal agonía,
Que cosa no me consuela
Ni Dios ni santa Maria;
Sino que todo me viene
Por una tan buena via,
Que con pena estoy en gloria
Sin la cual no viviria.

XI. (59)

Mal haya dueña, ó doncella,
Que yergue faz á otros omes,
Debiendo fincar tenuda
Al que mas la muestra amore.
Con sus aleves falsías,
Y con sandios galardones,
Mezcla lides é omecillos
Entre buenos infanzones.
Yacen sus mentes en lueñe,
En el deber non las ponen,
Con el solaz de mudare
Yantares á su sabore.
Mal haya cuerpo garrido
Que encelado no se esconde,
Manteniendo la lealtad
A un leale corazone.
Magüer non las fagan tuerto,
Fuelgan con las sinrazones,
Y cuando se ven en crencha
Súbense á los miradores.
Cuidades visten por busco,
Briales de lana, ó Lóndres,
Y es porque otros barraganes
Estos sus ajuares logren. —
Asi lamenta don Olfos
Cabalgando en su morone,
A ver la niña en cabello,
Que sale á gozar la albore.

XII. — *(Romancero general.)*

Contemplando en un papel
Que de su galan le viene,
Con risa Aurelia contempla
Las palabras que contiene.
Ya le rompe, ya le rasga,
Ya le dobla, ya le muerde,
Y ya con él mas humana
Le abre para mas verle,
Y dice: — ¡Ay cómo me cansas!
¡Oh qué cansada me tienes!
¡Cuán en vano me fatigas!
¡Cuán en vano me pretendes!
De dia ruas mi calle;
De noche en ella te mueles,
Sabiendo que duermo yo,
Y que mi honra no duerme.
Dices que me quieres bien:
Dios te guarde si me quieres,
La ciudad te lo agradezca,
Mis enemigos te premien.
Muerto te pintas por mí:
Creerlo he cuando te entierren;

Yo haré bien por tu alma,
Lloraréte, si pudiere.
¡Oh cómo me escribes tierno
Que usurpo tu alma y bienes!
Dos almas debo tener:
Viviré lo que quisiere.
Si la una me faltare,
Con la otra entretendréme,
Y ojalá fuese yo tuya,
Porque sin alma estuvieses.
¡Oh cuán hermosa me haces!
Soilo mas que las mugeres,
Blanca, rubia como el sol;
Por tu vida que no mientes.
Bien son palabras ociosas:
Diosa me haces, y quieres
Que me humane á tu bajeza;
Diosa soy, humano eres;
No puedes llegar á mí:
Salido te ha mal la suerte,
Que las que somos divinas
No tratamos con la gente.
Allá te aven en tu tierra.
Pues mi cielo no mereces.
Pídesme que nos veamos:
Paréceme que tu vienes.
Bien tienes donde acudir,
Y en esto ha estado tu muerte;
Que quizá mis pensamientos
Se inclináran á quererte:
Pero vive confiado
Que hallarás al presente
Mil mugeres mas que diosas,
Pues hay para un hombre veinte.—
Y en esto alzando los ojos,
Dando de mano al copete,
Rompió el papel y arrojóle,
Porque le importó rompélle.

XIII. — *(Romancero general.)*

Matiza con mil colores
El abril los campos verdes,
Y enriquécelos el mayo
Con jazmin, rosa y claveles;
Cuando huyendo de la tierra
Que tanto nos enriquece,
Por no tener gusto alguno
Valerio su gusto pierde.
Mandóle su Calidora
Que no la oyese ni viese,
Y aunque es sentencia de agravio,
Con agravio la consiente;
Y por darle mayor gusto
En el hondo mar se mete
Buscando las sarandajas
Que en tal caso se requieren.
La nave del pensamiento
Va do es justo que se anegue,
Por ir tan altas las ondas
Que hasta el mesmo cielo lleguen.
Y cuando bajas, tan ondas
Que allá en el centro se meten,
Que es centro de las desdichas
Adonde viniendo muere.
Con los suspiros que arroja
Crece el viento, y se embravece
La mar qué ciega sus ojos,
Y su sentido entorpece.
Del entendimiento el norte
Falta con que el bien perece,
En entrando á renovar
La historia de verse ausente.
Y ansí rompiendo la nave
Del gusto que así se pierde,
Le anega en el mar de amor
Donde nadie se defiende.
Que son pesadas sus burlas,
Y desdichas los placeres;
Cuales las pasó Valerio
Triste, desterrado, ausente.

XIV. — *(Romancero general.)*

Despues que rompiste, ingrata,
De amor el estrecho nudo,
Pruebo á sujetar el cuello,
Y no consiente otro yugo.
Gocé libertad tres años,
Si aquel es libre y seguro
Que de llorar tus mudanzas
No tiene su rostro enjuto.
Pensaba que era en amarte
Cuando menos sin segundo;
Pero ya me dice el tiempo
Que han sido primeros muchos,
Y que acuden á tu casa
Mas galanes al descuido,
Que caben rios ni arroyos
En el reino de Neptuno.
Y para mas afrentarme,
Porque me escarnezca el vulgo,
Has dado en hacerme esclavo
Con los hierros de tu gusto.
De agravio y desdenes tales
Solo á mi firmeza culpo,
Que no acierta á ser mudable
Cursando tanto en tu estudio.
Mas ¡ay! que es venir á menos,
Aunque pueda hacer un hurto
Mas famoso que el de Elena
Negarte mi alma tributo;
Y así le cuento á Cupido,
La vez que á su templo acudo,
Mas quejas que en el senado
El villano del Danubio.

Todos los amantes oye,
Para mí está sordo y mudo;
No sé si el traidor procura
Lo que yo tambien procuro.
Que segun es tu belleza
Aunque tenga de Dios humos,
No deja de ser quien es
En ser de tus siervos uno.
Y si va á decir verdades,
Aunque de falsa te acuso,
A manos de tu ira muera,
Si fuere de otra y no tuyo.

XV. — *(Romancero general.)*

La niña imágen de amor,
A ser ciega como el ciego,
Y mas que las de sus ojos
Estimada de su dueño;
Olvidada del recato
De su altivo pensamiento,
Sin temer fiar su honra
De agenos atrevimientos,
A peticion de su alma,
Y á fuerza de sus deseos,
A quien dió puerta en sus glorias
Abrió la de su aposento.
Hiciéronla confiada
Promesas y juramentos,
Y pensar que era de cerca
Cobarde amor cual de lejos:
Pero al fin desengañóse,
Y vió que ocasion y tiempo
En el corazon que ama
Engendran atrevimiento.
Hallóse presa en los brazos
Del que recibió su pecho,
Y temerosa y cobarde
Le dice entre amor y miedo,
— Mira que soy niña,
Amor, déjame,
Ay, ay, que me moriré.
Paso, amor, no seas
A mi gusto estraño,
No quieras mi daño,
Pues mi bien deseas;
Basta que me veas
Sin llegarteme.
Ay, ay, que me moriré.
No por ser rapaz
Amor al quererse,
Tiene de comerse
Su fruta en agraz,
Vivamos en paz,
Armas quedense,
Ay, ay, que me moriré.
No me hagas riña
Lo que me alboroza,
Que soy tierna y moza,
Soy medrosa y niña,
¿Sin cerner la viña
Quieres que te dé?
Ay, ay, que me moriré.
No seas agora,
Por ser atrevido,
Desagradecido
Con la que te adora,
Que si se desdora
Mi amor y tu fe,
Ay, ay, que me moriré.
No seas injusto,
Ni me causes daños,
Ten miedo á mis años,
Ya que no á mi gusto,
Que de aqueste susto
Grande mal tendré,
Ay, ay, que me moriré.
Estima mi vida
Si estimas gozarte,
Que no he de negarte,
Cuando se me pida;
Verásme crecida,
Y tuya seré,
Ay, ay, que me moriré.

XVI. — *(Romancero general.)*

Vete, amor, vete,
Mira que amanece.
Gente pasa por la calle,
Y pues pasa tanta gente,
Sin duda que la mañana
Sus blancas alas ya tiende.
Y pues de la vecindad
Tanto me temo y te temes,
Porque al vulgo no declares
Lo que te quiero y me quieres,
Vete, amor, etc.
Si el sol en saliendo barre
La aljófar que el campo tiene,
Tambien de mi lado quita
La perla que me enriquece,
Lo que á otros parece dia,
A mí noche me parece,
Pues luego que sale el alba,
La noche de ausencia viene.
Vete, amor, etc.
Si quieres echar raices
Al pasatiempo presente,
Sin que el aire de envidiosos
Tan presto no nos lo lleve;
Si quieres que nos veamos
Como esta vez muchas veces,
Donde á letra vista pago
Lo que te debo y me debes,
Vete, amor, etc.

Deja los dulces abrazos,
Que si entre ellos te entretienes,
Un mal nos podrá dar largo
Aquesto contento breve.
Un dia de purgatorio
No hace mucho quien le tiene,
Pues la esperanza de gloria
Sus graves penas descrece.
Vete, amor, vete.

XVII. — *(Góngora.)*

Servia en Oran al rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.
Trecientos cenetes eran
De este rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas:
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas;
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las campanas y cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le pára;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejarla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
— Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos campo de batalla.
Vestíos, salid aprisa,
Que el general os aguarda;
Y os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
Bien podreis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas. —
Viendo el español brioso
Cuanto le detiene y habla,
Le dice así: — Mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.

XVIII. — *(Góngora.)*

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde;
Aquel español de Oran
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano,
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado,
Capitan de cien cenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo mas bajo que puede
Ardientes suspiros lanza,
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
De ver cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo como tal,
Sin escusarlo obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
— Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente:
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy y por quien eres.
Yo nací en Gelves el año
Que os perdisteis en Gelves,
De una berberisca noble
Y de un turco matasiete.
En Tremecen me crié,
Con mi madre y mis parientes,
Despues que murió mi padre,
Cosario de tres bajeles.
Junto á mi casa vivia,

Porque mas cerca muriese,
Una dama del linage
De los nobles Melioneses,
Estremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles;
Hija al fin de estas arenas
Engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura,
Que se halláran claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba
Salia el sol por su frente
De tantos rayos vestido,
Cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razon sujeta
Con palabras me requiere,
Que su crueldad le perdone,
Y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
Y amor en nuestras niñeces
Hirió nuestros corazones,
Con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en la suya
Libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme;
Mira si es razon que llore
Tantos males juntamente. —
Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
— Gallardo moro, le dice,
Si aderas como refieres,
Y si como dices amas,
Dichosamente padeces.
¡ Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por voto
Lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas,
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas
Pido que de mí te acuerdes. —
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus piés ofrece.
— Vivas mil años, le dice,
Noble capitan valiente,
Que ganas mas con librarme
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
Y te dé vitoria siempre,
Para que estiendas tu fama
Con hechos tan escelentes.
Apenas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste,
¡ Mira si es bien que lamente!

XIX. — *(Góngora.)*

En un pastoral albergue
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,
Y lo perdonó por pobre,
Do la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano,
Y cabras del llano al monte;
Mal herido y bien curado
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle amor flecha
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella,
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al mozo conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro y la mano,
Siente al amor, que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus arpones
El diamente del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por donde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide el primer golpe
Centellas de agua, ó piedad,
Hija de padres traidores.
Yerbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe

Para ligar sus heridas;
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba,
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua,
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la córte
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guia,
Que el sol deja su horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues cuyos dedos
De esta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles,
Y le entregan cuando menos
Su beldad, y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adónis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dando
A un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!
¡Qué bien la destierra Amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame,
Y el lugar no se inficione!
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
El pié calza en lazos de oro,
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por piés
La hermosura del orbe.
Todo sirve á los amantes:
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son mormuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores.
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas do el silencio apenas
Deja que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes de estos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del conde.

XX. — *(Góngora.)*

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco dios y rapaz,
Vendado que me has venido
Y niño mayor de edad;
Por el alma de tu madre
Que murió, siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas.
Déjame en paz, amor tirano,
Déjame en paz.
Baste el tiempo malgastado
Que he seguido á mi pesar
Tus inquietas banderas,
Foragido capitan.
Perdóname, amor, aquí,
Pues yo te perdono allá
Cuatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Déjame en paz, etc.
Amadores desdichados
Que seguis milicia tal,
Decidme, ¿qué buena guia
De un ciego podreis sacar?

De un pájaro ¿ qué firmeza ?
¿ Qué esperanza de un rapaz ?
¿ Qué galardon de un desnudo ?
De un tirano ¿ qué piedad ?
Déjame en paz, etc.
Diez años desperdicié,
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal.
Como aré y sembré cogí ;
Aré un alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cogí vergüenza y afan.
Déjame en paz, etc.
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la cárcel libertad ;
Miel dulce al amargo acíbar,
Principio al fin, bien al mal.
Déjame en paz, amor tirano,
Déjame en paz.

XXI. — *(Jorge Montemayor.)*

Oidme, señora mia,
Si acaso os duele mi mal,
Y aunque no os duela en oille,
No me dejeis de escuchar.
Dadme este breve descanso,
Porque me esfuerce á penar :
¿ No os doleis de mis suspiros,
Ni os enternece el llorar,
Ni cosa mia os da pena,
Ni la pensais remediar ?
¿ Hasta cuándo, mi señora,
Tanto mal ha de durar ?
No está el remedio en la muerte,
Sino en vuestra voluntad,
Que los males que ella cura
Ligeros son de pasar :
No os fatigan mis fatigas,
Ni os esperan fatigar :
De voluntad tan esenta
¿ Qué medio se ha de esperar ?
Y ese corazon de piedra
¿ Cómo le podré ablandar ?
Volved, señora, esos ojos,
Que en el mundo no hay su par :
Mas no los volvais airados,
Si no me quereis matar,
Aunque de una y de otra suerte
Matais con solo mirar.

XXII. — *(Jorge Montemayor.)*

Cuando yo triste nací,
Luego nací desdichada,
Luego los hados mostraron
Mi suerte desventurada.
El sol escondió sus rayos,
La luna quedó eclipsada,
Murió mi madre en pariendo
Moza, hermosa y mal lograda :
El ama que me dió leche
Jamas tuvo dicha en nada,
Ni menos la tuve yo,
Soltera ni desposada.
Quise bien y fuí querida,
Olvidé y fuí olvidada ;
Esto causó un casamiento,
Que á mí me tiene cansada.
Casára yo con la tierra,
No me viera sepultada
Entre tanta desventura,
Que no puede ser contada.
Moza me casó mi padre
De su obediencia forzada,
Puse á Sireno en olvido
Que la fe me tenia dada.
Pagué tambien mi descuido,
Cual no fué cosa pagada,
Zelos me hacen la guerra
Sin ser en ellos culpada.
Con zelos voy al ganado,
Con zelos á la majada,
Y con zelos me levanto
Contino á la madrugada.
Con zelos como á su mesa
Y en su cama estó acostada.
Si le pido de qué ha zelos,
No sabe responder nada ;
Jamas tiene el rostro alegre,
Siempre la cara inclinada,
Los ojos por los rincones,
La habla triste y turbada :
¿ Cómo vivirá la triste
Que se ve tan mal casada !

XXIII. — *(Romancero general.)*

Despertad, hermosa Celia,
Si por ventura dormís,
Que vida que ha muerto un hombre
No es justo que duerma así.
Si no temeis la justicia,
Por misericordia oid
El alma del mismo cuerpo
Que viene á penar aquí.
Abrid esas celosías,
Ya que las puertas no abris,

Si no temeis que entre dentro
Como sombra del que fuí.
Yo me acuerdo que algun dia
Sin descansar ni dormir
Os hallaba el sol en ellas,
Y vos en la calle á mí:
Y agora que estais durmiendo,
Alegre en verme morir,
No os duele que el cielo llueva
Y que llueva sobre mí.
Si algun dichoso os detiene,
Decidle que yo lo fuí,
Y que para cuando os pierda
Os deje doler de mí.
¡Triste dél cuando os conozca,
Como yo cuando os perdí,
Que tenia de piedra el alma,
Y el rostro de serafin!
En vuestros brazos estuve,
Mas no hay que fiar así
Del sol claro por enero,
Y flor de almendro en abril.
Celia, pues no despertais,
Es fuerte dios el sufrir,
Dormid, y velen mis ojos
En tanto que vos dormís.

XXIV. — *(Romancero general.)*

Ya el escesivo rigor
De la pasada tormenta
El perezoso santelmo
En bonanza cambia y trueca.
Aire, cielo, tierra y mar
Dejaron de dar la guerra,
Dando de paz todos cuatro
Cierta y amigable muestra;
El cielo en quitarse el luto,
El aire en templar su fuerza
La mar en desenojarse,
Y en recibirla la tierra,
Apenas pisa la playa,
La cuesta enseñada apenas,
Cuando encuentra á su enemigo
Para sufrirlas de veras.
El repentino suceso
Le heló la sangre en las venas,
Que á veces el alegría
Mata como la tristeza.
Atóle la lengua amor,
Y quísole hablar por señas,
Que los ojos de un amante
Hacen oficio de lengua.
Mas la fuerza del agravio
Rompió el silencio por fuerza,
Dando á la lengua conceptos,
Y á los ojos bellos perlas.
— ¿Es posible, ingrato, dice,
Que haya en tí tanta dureza
Que mi firmeza y lealtad
Ni te mude ni te tuerza?
La guerra que el cielo me hizo
Ya de cansado la deja;
¿Y tú no quieres dejarla,
Ni aun darme siquiera treguas?
El aspereza de un dia
Otro la deshace y quiebra;
¿Y la de ese pecho duro
Con ningun tiempo se templa?
¿Es de piedra ese tu pecho?
Pero no, que á ser de piedra
El agua que dan mis ojos
Le vinieran á hacer mella.
¿Es de nieve por ventura?
¡Mas ay de mí, si lo fuera,
No digo nieve, mas bronce,
Mi fuego le derritiera!
Debe de ser de cristal,
Segun muestra tu belleza,
Pues siendo como es de agua
Ningun calor le deshiela. —
Esto dijo, y un desmayo
Le cortó el hilo á sus quejas,
Porque no sirven palabras
Para quien no tiene orejas.
Quedó la pobre señora
Del color de la azucena,
Vueltos los hermosos ojos,
De un frio sudor cubierta.
Vuelve en sí, menea los labios,
Pide luz, tráenla una vela,
Pensando que la pedia
Para no morir sin ella.
Mas no lo dice por eso,
Sino que aun así se esfuerza
Para decir Lucidoro,
Y al medio nombre se queda.
Poca impresion en él hace
Aquesta viva tragedia,
Que aunque es hecha por su causa,
Ni le duele ni le pesa.
Puso la muerte en su arco,
Una penetrante flecha,
Untada como ella suele
De su venenosa yerba.
Y como es diestra en tirar,
Y no trae cual amor venda,
Al pecho que amor erró
Ella con su tiro acierta.
Murió el herege de amor,
Tan contumaz en su secta,
Que con el alma en los dientes,
De amor, con ser dios, reniega.
Y con una risa falsa
Dice, tratándole della,
A costa de verle así,

Otras mil veces muriera.
Quitósele luego el habla
Con esta razon postrera,
Que ya no consiente el cielo
Que le diga mas blasfemias.

XXV. — *(El conde de Rebolledo.)*

El amor y el apetito,
Lísis, tan distantes son,
Que al uno culpan por vicio,
Al otro adoran por dios.
Lascivamente apetece
Belleza el uno esterior,
Y el otro modesto aspira
A divina perfeccion.
Quien amar sabe, bien sabe
Cuanto difieren los dos,
Y que perfecciones vuestras
Solo merecen amor.
Si tan generoso afecto
Otra beldad me debió,
Fué que ensayaba en él
Mi cobarde adoracion;
Y cuando á tanta deidad
Atrevida se arriesgó,
Ya desestimar sabia
Todo lo que no era vos.
Constantemente negada
Aun á las luces del sol,
Hará de vuestros desprecios
Presumida ostentacion.
Que si otro intenta obligaros,
Y solo quereros yo,
Él sabrá merecer mas,
Mas yo adoraros mejor.

XXVI. — *(Romancero general.)*

Escuchad, las que de amor
La falsa ley adorais,
Y vereis en mis desdichas
Su gloria y cielo infernal.
Mal digo, no me escucheis,
Que si de veras amais,
En amantes corazones
El desengaño es mortal.
Un basilisco adoré,
Cárcel de mi libertad,
Que mataba con los ojos,
Y daba vida en matar.
Enamoréme cual niña,
Supe como vieja amar,
Que amor sus iguales busca,
Y en las almas no hay edad.
Díle el alma de mi pecho,
Lo mas que le pude dar,
Que el niño Amor como es dios,
Nunca menos que almas da.
Quísome mas que á sus ojos,
Yo le gané en la mitad;
Mas si es igual el amor,
Nunca es la ventura igual.
Engañóme con palabras,
Que no faltarán jamas;
Mas cuando se carga macho,
Son fáciles de quebrar.
Dejóme como tirano,
Otra sirve y quiere mas:
Las que amais, mirad si es pena,
Si acaso podeis mirar.
Dos años contenta estuve
Sin temor de aqueste afan,
Que cuando se goza el bien,
Nunca se acuerdan del mal.

XXVII. — *(Romancero general.)*

Al cabo de años mil,
Vuelven las aguas por do solian ir.
Señora, vuestro papel
Como mandaste, leí,
Los ojos puesto en él,
Y el alma en un serafin.
Y aunque juez apasionado,
Aqueste descargo oid,
Que en vuestras injustas quejas
Vuelve la razon por mí.
Confieso que vuestro amor
Ha sido mas que decís,
Y que vos fuisteis el alma
De lo que en un tiempo fuí.
Confieso que me ofrecistes
De vuestro rostro el jazmin:
A tantas obligaciones
Yo no sé qué me decir,
Porque la culpa que tengo
Es que á mi Celia ofendí.
Considerad mi pasion
De lo que os informo aquí,
Y á vuestro Celio que canta
Un cantar que dice así:
Al cabo de años, etc.
Vuelve detras del invierno
El verde y vistoso abril,
Y del campo las alfombras
Las matiza el alelí.
Los años que un tiempo alegres
Bañaban el torongil,
Olvidando el nuevo curso,
Vuelven por do solian ir.
El miserable cautivo,
Que casi vido su fin,
Vuelve á su querida patria,
Por dinero ó por ardid.
El caminante que anduvo

Desde Vizcaya á Madrid,
Vuelve á ver su amada prenda,
De su esperanza adalid.
Suele el cazador astuto
Dar alcance al jabalí,
Y vuelve de entre las redes
Suelto por el campo á huir.
Todo lo consume el tiempo,
Agosta el fresco jardin,
Mas como tiempo mudable,
Le vuelve al mayo á vestir,
Y al cabo de años, etc.
De Celia, en quien tengo el alma,
Que os dé el retrato decis,
Y por no seros ingrato
Os le entrego, veisle aquí.
En su cabello fino oro,
Y esto, señora, advertid
Que borda con su madeja,
Y entonces el oro es vil.
En su frente marfil blanco,
Sus cejas arco sutil
Cuyas flechas son los ojos,
Remate de su nariz:
En su boca coral fino,
Que engaza el blanco marfil,
Y su pecho y su cintura
De la honestidad perfil.
Lo demas no lo retrato,
Por cubrillo un faldellin,
Y finalmente os respondo
Al papel que me escribis,
Que al cabo de años, etc.
A vuestras aras ofrezco
Los sueños que no dormí,
Aguardando hasta maitines
A la seña de un candil.
En la paga de vuestro amor
Tambien podreis recibir
Tantas noches que hasta el alba
Nos dió el sol á vos y á mí.
Perdonad, que de mi amor
No puedo ser san Martin,
Porque el alma entera tiene
La mesma que vos decis.
Cuatro inviernos la he querido
Mas que á la mar el delfin;
Quiere dar paga á mi amor,
Y yo respondo que sí.
Confieso que no os merezco,
Y tambien digo que al fin
Vos teneis mas plata y oro
Que ha engendrado el Potosí.
Ofrecedlo á vuestro esposo,
Que para libre nací,
Y soy un cuerpo sin alma
Que solo os sabrá decir:
Que al cabo de años mil,
Vuelven las aguas por do solian ir.

XXVIII. — *(El conde de Rebolledo.)*

Las lágrimas que he llorado,
Tan bien logradas han sido,
Que de contento he vertido
Las que al dolor han sobrado.
Lágrimas bien empleadas
Que enjugarse merecieron,
De suerte que les tuvieron
Envidia las no lloradas.
Siempre deben acusar
De corto su sentimiento,
Pues ha vertido el contento
Las que no pudo el pesar.
Las lágrimas que lloré
Tan bien he visto lograr,
Que debo siempre llorar
Las que de llorar dejó;
Y acreditar mi cuidado
Con llanto tan advertido,
Pues el contento ha suplido
Lo que al dolor ha faltado.

XXIX. — *(Góngora.)*

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel,
Un aquilon africano
Las engendró á todas tres.
Y segun los vientos pisa
Un bergantin ginoves,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los piés.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel
En que á Nápoles pasaba,
En conserva del virey,
Un español con dos hijas,
Una sol y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel.
Derrotóle un temporal,
Y ya que no dió al traves,
A vista dió de Morato,
Renegado calabres.
El tagarote africano,
Que la español garza ve,
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas,
Mas el viento burla dél,
Interpuesto entre las alas
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un duque ahora,

Escapó libre del agua.

XXXIV. — *(Romancero general.)*

Donde se acaba la tierra
Y comienza el mar de España,
Mil acabadas ruinas
De la antigua Cádiz bañan;
Y en lo mas alto de todo
Un solo cautivo estaba,
Que arrastrando las prisiones
Salió de una rota barca
A descansar el alma,
Mientras el fiero mar furioso brama.
Con el levante furioso
Crecian las olas altas,
Subiéndose por las peñas
Para volver á sus aguas,
A quien las dice: — Enemigas,
Volveré á morir sin falta:
Dejadme llegar agora
A la tierra que me ampara.
Nací riberas del Tajo,
Criéme con esta ingrata,
Y vengo á morir agora
A las postreras de España.
No me mata ausencia sola,
Ni solos zelos me matan,
Ni olvido, que aquestos tres
Me fuerzan que á tierra vaya.
No es tan pequeño mi fuego,
Que huya vuestra templanza,
Que no le sufre la tierra,
Ni el mar apenas le mata;
Porque es semejante al sol,
Que no se moja en el agua,
Y tan ardiente, que de ella
Me fuerza que á tierra salga.
No me llameis tan apriesa,
Que si mi fuego lo causa,
Lágrimas tienen mis ojos
Que pueden, aunque no bastan.
Dejadme quejar de aquella
Que de mí quejosa estaba,
Por quien huigo mar y tierra,
Y vengo entre tierra y agua. —
Tomando un puño de tierra,
La besó y mojó con agua,
Diciendo: — Fin y principio
De la compostura humana,
De tí nacen mil deseos
Y en tí finalmente paran:
Eres cárcel que me tienes
Detenido que no vaya. —
En esto vió que los vientos
A muchas partes contrarias,
Cada uno hácia la suya
Trayendo la rota barca,
Y dice: — Cielos piadosos,
Tales son mis esperanzas,
Que el viento juega con ellas,
Y ninguna de ellas basta. —
Bajaba apriesa la noche,
Cuando de la peña baja,
Y entre la barca y los remos
Comienza á decir al agua:
— Aquí es justo que descanse
Quien de la tierra se cansa,
Porque vea mi enemiga
Que pretende su venganza. —
Aquí volvió la barca,
Llora el cautivo triste, y el mar brama.

XXXV. — *(Romancero general.)*

Rompiendo la mar de España
En una fusta turquesca,
A vista de donde puso
Hércules fin á la tierra,
Un esclavo de Selimo,
Al tiempo que el mar se altera,
El maestre de la nave
A sus grumetes vocea:
Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.
Cuando los vientos contrarios
Con mayor furor se encuentran,
Y con las aguas del mar,
Las de los cielos se mezclan;
Cuando se rompen las nubes,
Y fuego y llamas enseñan,
En la amedrentada gente
Sola aquesta voz resuena:
Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.
Estaba el cautivo pobre
Sentado sobre cubierta,
Y del cielo y mar las aguas
Con su triste llanto aumenta,
A su pensamiento dice,
Que es entonces quien le lleva
Haciendo las voces eco
En el monte de su pena:
— *Amaina, amaina*
La vela, amaina la vela.
Si soy cautivo y esclavo,
Tiempo vendrá que Dios quiera
Que libre de estas prisiones
Vuelva á gozar de mi tierra:
Volveré á mi antigua gloria,
Que entonces tendré por buena,
Y entre tanto, pensamiento,
Sufre, padece y espera:
Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.

XXXVI. — *(Romancero general.)*

Ageno de tener guerra
Está el valeroso Arnaldo,
Capitan de una frontera
Por el ínclito Fernando.
Gozando está de su Celia
Con quietud y sin cuidado,
Cuando Muley Terraez,
De Argel astuto cesario,
Viene á pagar el tributo,
Como quedó concertado,
Y porque viene de paz
Dan voces los de su bando:
Lanza ferro
A terra, á terra;
Y los de la fortaleza
Para seguro disparan
Apriesa, apriesa una pieza.
Poco le duró el contento
A aquel capitan gallardo;
Pues que en trueque del rescate
Se le llevó el renegado
A su bella esposa un dia,
Cuando vió que asegurado
De su gran traicion vivia,
Y ella salió por el campo.
De que la metió en su fusta,
Con silencio y con recato
A los marineros dice:
Alza el ferro, ó corta el cabo;
Y al cómitre silba y dice,
Leva, leva;
Y los de la fortaleza:
Guerra, guerra,
Dispara apriesa una pieza.
—Hagan grandes luminarias, —
Dice Arnaldo alborotado;
Aunque en vano es trabajar,
Porque van el mar surcando.
De su fuerza se despide
Confuso y desesperado,
Y siendo libre, se hizo
De un moro sujeto esclavo;
El cual le llevó cautivo
A Argel, do fué rematado
Tres veces en almoneda,
Hasta ser del rey comprado;
Y el cómitre silba y dice:
Leva, leva;
Y los de la fortaleza,
Guerra, guerra,
Dispara apriesa una pieza.
El capitan reconoce
A su cara esposa bella,
Y aunque con las lenguas callan,
Los ojos sirven de lenguas.
Servia Celia al rey de page,
El cual namorado de ella,
Dice; — Si como eres sol,
Fueras, Celia, luna bella,
De contino me alumbrára
El claro de tal estrella. —
Celia respondió: — Señor,
No fué mi dicha tan buena. —
Y el cómitre silba y dice:
Leva, leva;
Y los de la fortaleza:
Guerra, guerra,
Dispara apriesa una pieza.
Y como vido ocasion,
Al rey le dice una siesta
Como es Arnaldo su hermano,
Que se hizo esclavo por ella.
El rey le replica y dice:
— Celia, gran mentira es esa,
Porque nunca amor de hermano
Hizo tal prueba y fineza.
Pero si dices verdad,
Haré con tí una franqueza
De dar á ambos libertad
Para que os vais á tu tierra. —
Y el cómitre silba y dice:
Leva, leva;
Y los de la fortaleza:
Guerra, guerra,
Dispara apriesa una pieza.
Celia le dijo: — Señor,
La verdad del caso es esta:
Que es Arnaldo mi marido,
Y yo fio en tu clemencia
Que nos darás libertad. —
Dijo el rey: — Conocédoos esa,
Porque entendais que entre moros
Hay sangre, virtud, nobleza. —
Con esto los despidió,
Dándoles mucha riqueza,
Y á Muley Terraez quitó
Por su traicion la cabeza:
Por lo que todos los suyos
Muestran dolor y tristeza;
Y los de la fortaleza
Regocijados dan voces,
Dispara apriesa una pieza.

XXXVII. — *(Romancero general.)*

De las africanas playas,
Alejado de sus huertas,
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apenas se determina
Si son cabras ó son peñas.

Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas,
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho furioso,
Y las hirvientes arenas
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
—O sagrado mar, le dice,
Haz con mis suspiros tregua:
Perdon, si ellos ó el aliento
Son causa de tu tormenta.
Pásame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro,
El mejor de mis dehesas.
No quiero que mis deseos
Vayan á tierras agenas:
Da vida á un nuevo Leandro
Que en tus manos se encomienda.—
Esto diciendo el forzado,
En las blandas ondas se echa,
Con los brazos abre el mar,
Hiende, rasga, rompe y huella.
Mas allá á la media noche
Cuando los miembros le aquejan,
Temeroso de su daño
Habló así á las ondas fieras:
—Queridas y amadas ondas,
Pues determinais que muera,
Dejadme salir, amigas,
Que yo os pagaré esta deuda.—
Fuéle el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y al nacer el rubio sol
Hizo pié sobre la arena.
Dió gracias al mar piadoso,
Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó y adoró la tierra.

XXXVIII. *(Romancero general.)*

Cuando el riguroso invierno
Desnuda las verdes plantas
De sus flores, y enriquece
De nieve, hielo y escarcha,
Contempla Aurelio, un pastor,
De su pastora las causas,
Que por favor suyo han sido
Dulces, tiernas, regaladas.
Y en un momento en el alma
Los zelos tocan á fuego,
Y las memorias al alma.
Revuelve en su humilde pecho
La fe de sus esperanzas,
Haciéndola por defensa
Castillo, torre y alcázar.
Haciendo alarde de todo,
De favores y palabras,
De rebato acaden todos
Desden, olvido y mudanza,
Y en un momento, etc.
El tiempo breve y alegre,
Que cuando esperan se alarga,
Le favorece, diciendo:
Sufre, padece y aguarda.
Mas los fieros enemigos
Le embisten y sobresaltan,
Para acudir á la presa
Temor, recelo y desgracia.
Y en un momento, etc.

XXXIX. —*(Lope de Vega.)*

Mirando estaba Lisardo
Al pastor que fué de Filis,
Que al pié de un peñasco fiero
Llora cuando otros se rien.
Su desventura y destierro
Contempla con ojos tristes,
Que siempre al enfermo el sano
Tales consejos le dice.
—¿De qué te quejas Belardo?
Belardo, ¿de qué te afliges?
Que no es milagro que el cielo
Lo que no te dió te quite.
¿Qué imperio en España pierdes?
¿Qué fama al tiempo le pides?
¿De qué Cartago asolada
Las frias cenizas viste?
Tú fuiste un tiempo pastor
Del Tajo, vaquero humilde,
Tus padres fueron los montes
Que el paso del Duero impiden,
Tus armas son un cayado,
No bandas ni flor de lises,
Una guirnalda tu empresa,
No plumas doradas mimbres,
Bastante empresa te dieron
Tus romances pastoriles,
Que no son para igualarse
Con las astucias de Ulises.
Levanta, que por ventura
Podrá ser que el ciego guie
Tus cosas por tal camino,
Que quien te llora te envidie.
—O gran mayoral, responde,
Que laurel y espada ciñes,
¿Porqué de verme llorar,
Con alma agena te ries?
No soy Mario ni Pompeyo,

Ni pido que el tiempo estime
Mucho mis cansados versos
Que en el instrumento, dicen,
Gasté la flor de mis años
Como Píramo con Tisbe,
Con la que en belleza es Vénus,
En encantamientos Circe.
Las tórtolas que me acobacan
Que maté, nunca tal hice,
Que quien ama prendas bajas,
Lo mas de su pena finge.

XL. — *(Lope de Vega.)*

Al pié de un roble escarchado,
Donde Belardo el amante
Desbarató un tosco hilo
Que habian tejido las aves;
De breves pasadas glorias,
De presentes largos males
Así se queja, diciendo:
Quien tal hace, que tal pague.
La bella Filis un dia,
Al tiempo que el sol esparce
Sus rayos por todo el suelo,
Dorando montes y valles,
Sintiendo que el corazon
Se le divide en dos partes,
Asi el mesmo le decia:
— *Quien tal hace, que tal pague.*
Hice á los desdenes guerra,
Guerra desdenes me hacen;
Maté á Belardo con zelos,
Zelos es bien que me maten.
No atendí siendo llamada,
Agora no me oye nadie:
Con justa causa padezco:
Quien tal hace, que tal pague.
Desamé á Belardo un tiempo!
Y el amor para vengarse
Quiere que le quiera agora,
Y que él me olvide y desame.
Dejadme pasiones frescas,
Frescas pasiones, dejadme
Vivir, para que publique,
Quien tal hace, que tal pague. —
No le da pena el rigor
Del frio tiempo que hace;
Que el fuego de amor la ampara,
Que dentro en su pecho nace.
Dando de corage voces,
Que revienta de corage,
Dice por momentos Filis:
— *Quien tal hace, que tal pague.*
¿Dó está, Belardo, la fe
Que prometiste guardarme?
Mas yo la quebré primero:
Tú puedes de mí quejarte.
Diste primero en quererme,
Yo primero en olvidarte:
Tú harta disculpa tienes;
Quien tal hace, que tal pague. —
Sacó del seno un papel,
Y con mil ansias le abre,
Y antes de leerle todo,
Le arruga, rompe y deshace,
Diciendo: — Yo soy la causa,
No tengo de quien quejarme:
Quien dió la causa reviente:
Quien tal hace, que tal pague.

XLI. — *(Romancero general.)*

Olvidada del suceso
Del engañado Narciso,
Mirando está en una fuente
Filis su rostro divino.
El negro cabello suelto
Al aire vano esparcido,
Ceñida la blanca frente
Con un liston amarillo,
Mira los hermosos ojos
Y el labio en sangre teñido,
De los cristalinos dientes
Adornado y ofendido:
No se mira el bello rostro
Por presuncion que ha tenido,
Mas porque le mueve á ello
El desprecio de su amigo.
Hala dejado el cruel
Sin haberlo merecido,
Por quien vale menos que ella,
Y es de ella menos querido.
Parecióle que enturbiada
Con las perlas que ha vertido
Las corrientes amorosas,
Y sollozando les dijo:
— *Turbias van las aguas, madre,*
Turbias van,
Mas ellas se aclararán.
Si el agua de mi alegria
Enturbia la de mis ojos,
Y le ofrecen mis despojos
Al alma en mi fantasía;
Sospechas son que algun dia
Tiempo y amor desharán:
Turbias van las aguas, etc.
Si fatiga el pensamiento
Y se enturbia la memoria,
Juntar la pasada gloria
Con el presente tormento;
Si esparcidos por el viento
Mis tristes suspiros van,
Turbias van las aguas, etc.

XLII. — *(Lope de Vega.)*

No tengas, dulce Belisa,
En poca cuenta á Belardo,
Por las abarcas que lleva,
Y porque viste de pardo;
Porque no lleva garzotas,
Ni va con puntas gallardo;
Porque no huella tu calle
Con un brioso caballo;
Porque no va guarnecido
De gigantes y lacayos;
Porque no tiene riquezas,
Que paran los hombres bravos.
Los bravos hombres, Belisa,
Déjalos para soldados,
Dejalos que van de noche
Con mil guzmanes armados;
Y las garzotas y puntas
Déjalas á cascos vanos,
Para fantasmas de bobos,
Y para duendes y trasgos.
Deja los caballos fieros,
Para las guerras y bandos
Porque aquesa tu deidad,
Y aquesos tus verdes años,
No piden gente de guerra,
Ni bienes de duendes vanos;
Mas piden solo un galan,
Harto discreto y lozano;
Que tenga en mucho tus prendas
Y se precie de prendado;
Que tenga de tus mercedes
El pecho por relicario,
Donde las guarde, y adore,
Y tenga en callarlo callos.
Piensa en esto, y mucho mas
En tratar con hombre llano.
Pero si quieres, Belisa,
Dejar tu cortijo y prado,
Y entregarte á los que viven
En los reales palacios,
Te cansarán sus riquezas,
Y aquel peso del brocado,
Pues por este vale mucho
Quien por si no vale un clavo.
A las damas solitan
A peso de sus ducados,
Comprándolas por dinero,
Como si compráran paño;
Sabiendo que una belleza
No tiene precio ni pago,
Y á dos dias que la gozan,
Dan luego de mano al plato,
Buscándose nuevo gusto
Quien nunca lo tuvo sano.
Pero Belardo, Belisa,
Camina por otro vado,
Que precia él ser tuyo mucho,
Por ser él pastor y bajo,
Ni tener merecimiento
De estar en lugar tan alto.
Si le castigas y matas,
Rindese como tu esclavo,
Mas si le halagas y miras
Con unos ojos humanos,
Hace fiesta del favor
Como cosa de milagro.
Adora tus ojos bellos,
Adora tus blancas manos,
Que por besallas revientan
Los señores titulados;
Pero tus manos, Belisa,
No son para labios falsos
Que dan la paz con la boca,
Y tienen de dentro un diablo.
Nadie besallas merece,
Sino tu solo Belardo,
Que para dejarte el pecho,
Bien libre y desocupado,
Ha pasado el corazon
De su lugar á los labios,
De do podrás conocer
No ser fingido su trato.

XLIII. (60)

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo,
Quiero decir una cueva,
Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quiebras,
Mil víboras se descubren
Y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
Las cuales vistas del fuego
Que arroja de si la cueva,
Dicen: « Esta es la morada
« De los zelos y sospechas.»

Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra.
El cual oyendo, le dijo:
— Pastor, para que te crea
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista esperiencia.
Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz, ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.
Los lamentables aullidos
Son mis continuas querellas:
Vívoras mis pensamientos
Que en mis entrañas se cebán.
La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.
Los zelos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena.—
En pronunciando este nombre,
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de zelos
Aquestos fines se esperan.

XLIV. — *(Romancero general.)*

Alegre porque moria
En la fe de su tormento,
Le dice Riselo al valle,
Que estaba á su mal atento:
— *Malo me siento.*
Despues que he visto mudado
De mi pastora el intento,
Agraviada mi esperanza,
Burlado mi pensamiento,
Malo me siento.
Del cielo de mi ventura
(Que era un nuevo firmamento)
Cayeron mis esperanzas,
Y en ver que las lleva el viento
Malo me siento.
¡ Ay ingrata de mis ojos!
Que de momento á momento
(Porque me dejen los tuyos,
Bien quejoso y mal contento)
Malo me siento.
¿ Qué consejos te trocaron?
¿ Qué nuevo conocimiento
Te hiela cuando me habla,
De que forzoso escarmiento?
Malo me siento.
Como tú, mudable amiga,
No cumples el juramento
De no olvidarme jamas,
Diré una vez, diré ciento:
Malo me siento.
Apresura tu mudanza,
Corre tras tu movimiento,
Que yo moriré despacio,
Aunque de mi sufrimiento
Malo me siento.
Verás acabar mi vida
De uno y otro crecimiento,
De novedad y desvíos,
De amores por cumplimiento,
Malo me siento.
¡ Ay Nise cruel! ¡ qué en balde
Mis tristes quejas te cuento!
Dejadme, ligeros gustos,
Que por ser malos de asiento,
Malo me siento.

(Parte de Cervantes)

XLV. (61)

Elicio, un pobre pastor,
Ausente de Galátea,
Dulce prenda de su alma,
A quien deja el alma en prendas;
Cuya perfeccion adora,
Cuyo nombre reverencia,
Por quien vive, y por quien muere,
De cuyo esclavo se precia;
Sobre un cayado de pechos,
Cortado de su paciencia,
Para golpes de fortuna,
Y pára sufrir de prueba;
Al hombro un zurron colgado
De temores y sospechas,
Que en destierro semejante
Es la carga que mas pesa;
Una honda con que arroja
Del hondo pecho las quejas,
Que sin piedad descomponen
Los corazones de piedra;
A sombra de su cayado,
Si dan sombra las tinieblas
En que pone á un alma triste
La oscura noche de ausencia,
Orilla del mar profundo
De sus congojas inmensas,
Que le alborotan suspiros,
Y lágrimas le acrecientan;
Guardando mal de su grado
Un gran rebaño de penas,
Hecha la imaginacion,
Para que todo le ofenda,
Un caos de memorias tristes,

Una confusion inmensa;
Vueltos los ausentes ojos
A la venturosa tierra
Adonde tiene su dama
Y sus pensamientos deja;
Al desapacible son
De las ardientes centellas
Que por los aires se esparcen
De esta suerte se lamenta:
— Fortuna, no desesperes,
Que si en mi muerte te vengas,
Morirá por fuerza presto
Quien vive ausente por fuerza;
Pues no merece sepulcro
Quien muriendo desespera,
Amigos que le acompañen,
Antorchas, luto, ni exequias.
Basta por lumbre mi fuego,
Y por bronce mi firmeza,
Mis tristes ansias por luto,
Por funeral mis endechas.
Solo pido que en memoria
De mi rabiosa dolencia,
Y de estas lágrimas tristes
Que del placer desesperan,
Quede aquí por simulacro
Una fuente de ellas hecha,
Una fuente de alabastro
Que de continuo las vierta;
Y podrá bien empinarse
A las encumbradas sierras
Por el peso de la altura
Que alcanza el orígen de ella;
Sirva el agua de remedio
Para deshelar tibiezas,
Y curar ingratitudes,
Donde quiera que las vean;
Y en la virtud milagrosa
De sus efectos se vea
La fe con que murió Elicio
Ausente de Galatea.

XLVI. — (*Romancero general.*)

Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo,
Atormentada y zelosa
Con penas y sin Elicio;
De mal de ausencia á la muerte
Con calentura y sin frio,
Ronco y levantado el pecho
De quejas y de suspiros;
Vueltos los hermosos ojos
En dos caudalosos rios;
El color de su ventura
Mas que la cera amarillo;
Con crecimiento de fe,
Y fe de su bien perdido;
Sin pulso las esperanzas,
El sufrimiento en un hilo,
Para manjares del alma
Estragado el apetito,
Que sin la salsa que falta
Todos le causan hastío,
Está vivo por milagro,
Pero muerto mas que vivo,
Que su mal el primer dia
Es tan mortal como el quinto:
Tiene fe, le dará vida
Un trago solo de vino,
Pues solo el trago de fuése
La tiene en tanto peligro:
Y con ser médico el tiempo
De dolores peregrinos,
No le permite y alarga
La cura como enemigo:
Que él no recesta jamas
Sino infusiones de olvido,
Que en pecho nobles sujetos
Obran presto y dan olvido:
Mas en pechos delicados,
Tiernos de amor y rendidos,
Ni por la vida no sufren
Tan groseros bebedizos,
Y quiére mas Galatea
Dar la suya en sacrificio,
Que ver por tan mal remedio
De su salud el principio.
Desecha entretenimientos
De contento y regocijo,
Solo el eco busca y llama
Porque dobla sus gemidos.
— Oye mis querellas, dice,
¿Dónde estás, Elicio mio?
¿Cómo, cruel, no respondes
Cuando tu nombre repito?
Si es que el viento no lleva
Mis voces á tus oidos,
No lleve mi fe jurada,
Ni mi esperanza conmigo:
Por copia vaya mi alma,
Y no de balde la envio,
Pues me deja en este fresno
Por juzgar su paraiso.
No trates pues de ofenderme,
Siquiera por el testigo,
Que le creerán facilmente
En mi desdicha su dicho.
Esto te suplico solo;
Mira si al amor me humillo,
Que con ser tiempo de mandas,
No mando sino suplico.

XLVII. — (*Lope de Vega.*)

Mirando está de Sagunto

Las reliquias asoladas
El pastor de Galatea,
Nuevo ejemplo de desgracias;
Y contemplando las torres,
Que un tiempo soberbias y altas
Dieron asalto á las nubes,
Así llorando cantaba:
— *Nunca el castigo tarda*
A quien el tiempo avisa y no se guarda.
¡O sagrados edificios,
Retratos de mi esperanza,
Espejos donde se ven
Las humanas confianzas!
Puestos estais por el suelo;
Y con la sangre africana
Salpicados los cimientos
En fe de vuestra venganza.
Nunca el castigo, etc.
Ejemplos sois de fortuna,
Porque su rueda voltaria
No atropella mil deseos,
Sino las mas levantadas.
Desengaños de la vida,
Que sin hablarme palabra,
Con voces mudas y tristes
Estais diciendo á mi alma:
Nunca el castigo, etc.
Y vuestros dichosos dueños
Que del pecho á las espaldas
Cayeron atravesados
Sobre su sangre y sus armas,
La fama los eterniza,
Porque heridas tan honradas
Vivirán sobre los años
A pesar de sus mudanzas.
Nunca el castigo, etc.
¡Así os viera cual os veo
Aquella adorada ingrata,
Despreciadora de leyes,
Y de homenages falsaria,
Para que en vuestras desdichas
Medrosa y escarmentada,
Gozára el cabello de oro,
Y las rosas de la cara!
Nunca el castigo tarda
A quien el tiempo avisa, y no se guarda.

XLVIII. — *(Lope de Vega.)*

Enfrente de la cabaña
De la divina Amarílis,
Pastora de tiernos años
Y de pensamientos libres;
Mas gallarda y mas hermosa
Que el alba cuando se rie,
Y que las perlas que llora
Sobre rosas y jazmines;
Mas que el sol recien nacido
Entre dorados matices,
Mas que la diosa á quien llevan
Las palomas ó los cisnes;
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,
Para Amarílis humilde,
Altivo de pensamientos,
Que la fuerzan que al sol mire;
Y encogido de esperanzas
Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas
De aquellos rayos eclipse,
Que como están entre yerbas,
No la luz, la fuerza impiden.
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se incline,
Dando tornos á su fuego,
Que Fabio á su cielo asiste.
Vase perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está
Como la contemple y mire.
No sabe cuando anochece,
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Cuando amanece Amarílis.
Allí los pasa elevado,
Que como en ella imagine,
No hay interes que le mueva
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores
Despues que á Amarílis sirve,
Que no piensan que aquel cuerpo
Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos
Abrazados de las vides,
Porque la desconfianza
No hay estado que no envidie;
Y dando entre tierno llanto
Suspiros del alma, dice:
— ¡Ay! ¡que así está mi pastora
Entre los brazos de Tirse! —
Torna á llorar con mas fuerza,
Y la ribera repite:
Tirse, Amarílis y Fabio;
Tirse alegre, y Fabio triste.
— Humilde soy para tí,
El tierno pastor prosigue;
Pero si es riqueza el alma,
Pastora, el alma me pide.
Tú eres perlas, tú eres oro,
Tú diamantes, tú rubíes;
Quien no te sirve con alma
Mas te ofende que te sirve.
Yo mientras rijo este cuerpo,
Si no eres tú quien le rige,
Alma te doy; si eres cielo

Razon es que el alma estimes. —
Dijo, y en un olmo verde
Estas palabras escribe:
« Cuánto es Amarílis bella,
« Es Fabio en amarla firme. »

XLIX. — *(Romancero general.)*

En un tronco de un cipres,
De cuyas hojas y ramas
Salicio un alegre dia
Fabricaba una guirnalda,
Despues de haberla compuesto
De muchas hojas y ramas,
En la corteza del tronco
Estas palabras estampa:
Sufre y calla,
Pues que fuiste la causa.
Donde su pastora bella,
Tanto de él solemnizada,
Del recio calor huyendo,
Que como á muger la cansa,
Llegó una tarde á hacer siesta
Temprano para gozalla,
Y mirando al liso tronco,
Leyó la letra que habla:
Sufre y calla, etc.
Conoció desconocida
El bien que el suyo adoraba,
Ser del pastor que en un tiempo
Quiso, y olvidó sin causa;
Y que por ella escribió
Que por olvido olvidada,
Y porque no le culpase
Quiso escribir en las ramas:
Sufre y calla, etc.
Entendió, si entender pudo,
Aunque la razon le falta,
Que de Belisa el trofeo
Era una bella guirnalda,
Que su pastor le ofrecia,
Por quien la pastora ufana
Vive contenta y publica
Por donde quiera que pasa:
Sufre y calla, etc.
Ya se entristece Salicio,
Ya le pesa, ya se abrasa,
Ya los ojos hechos fuentes
Muestran la aficion pasada;
Ya la estampa dulce besa,
Y al ausente pastor habla,
Y á sí propia se condéna,
Y con repetir descansa,
Sufre y calla, etc.
Determínase á sufrir,
Aunque mal sufre quien ama,
Y mas si bienes agenos
Presentes males contrastan;
Porque fiaba en el tiempo,
Que es quien lo mas firme acaba,
Para su consuelo escribe
Esta letra en su cabaña;
Sufre y calla,
Pues que fuiste la causa.

L. — *(Romancero general.)*

Miraba dos jilguerillos
Sobre un cermeño silvestre,
Cómo se pulen las plumas,
Poniendo en órden sus bienes,
La triste y hermosa Tirsis,
Gloria del siglo presente,
Y dice, viendo que el uno
Se lanza sediento al Bétis:
— *Pajarito que vas á la fuente,*
Bebe y vente.
Lleno de música y gozo
Parte, ligero y alegre,
Al otro que le recibe,
Aleando cuando vuelve.
El pico mete en el agua
Tan apriesa, que parece
Que apenas de agua se harta
Por volver á quien bien quiere.
Pajarito que vas, etc.
Y tú, pensamiento mio,
En mis suspiros ardientes
Ve sin quemarte las alas
A visitar á mi ausente.
Mata la sed en sus ojos
Y mira bien lo que bebes,
Que en ellos nació mi vida
Y quizá mi vida muere.
Pajarito que vas, etc.
Dile que estos jilguerillos
Celebran y guardan siempre
La fe, que amor les enseña
En el canto que no aprenden;
Y que yo envidiosa de ellos,
Fingiendo alegre mi muerte,
Cual cisne canto, si canta
Quien suspira, y quien no duerme.
Pajarito que vas, etc.
En la fuerza de galera
Ciñe su pié grillo fuerte,
Y yo le tengo en el alma
Despues que en el pié le tiene.
Dile, amigo que te basta,
Que romperé las paredes,
Y le sacaré en mis hombros,
Como á padre de mis bienes.
Pajarito que vas á la fuente,
Bebe y vente.

LI.

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que de ellos ya se sustenta
Como el áspid del veneno.
En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrazarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo.
Tormentas me son bonanzas,
Y duros naufragios puertos;
Como simple mariposa
Por lo que me mata muero.
Digiero ya tus desdenes
Como el avestruz el hierro,
Aunque en los mios no se halla
Causa por do los merezco.
Pero hasta ser tu gusto
Para que confiese habellos,
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.
Pasados son dos veranos
(Para mi siempre es invierno);
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco.
Revístense de esperanza,
Yo de esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo.
Al fin es mi voluntad
Veleta para tus vientos:
Hiele, ventisque y granice,
Que yo no quiero otro tiempo;
Porque para resistirle
Muy bien pellico me tengo
Guarnecido de paciencia,
Y aforrado en sufrimiento,
Pasadas son treinta lunas,
Y no hay mudanza en los tiempos,
Siempre yo las veo menguant
Y crecer mis ansias veo.
Todas las cosas se mudan,
Y tú no mudas de intento,
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos.
Aunque no quiero mudanzas,
Que de tu condicion creo
Que cuando acaso te mudes,
Será de desden á zelos:
Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego,
Que es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.
Tampoco favores tuyos
Los quiero ni los pretendo,
Que se ha ya estragado el gusto
Y ningun gusto pretendo.
Si acaso sueño algun bien,
Como es ordinario en sueños,
Con el temor de enojarte
Sobresaltado despierto.
Mira, cruel, qué me debes;
Pues no sufro cuando duermo
A tu disgusto mis gustos,
Y en los tuyos me desvelo.
Al fin mis deseos vistos,
Es ver lo que tus deseos:
Y quiero lo que tú quieres,
Pues no quieres lo que quiero.

LII. — *(Romancero general.)*

Descolorida zagala,
A quien tristezas hicieron
Perder el color de rosa
En el abril de su tiempo;
Toda la aldea murmura
Tan melancólico estremo,
Y dicen que tanto mal
Es del alma y no del cuerpo.
¡Siendo vuestra condicion
Y vuestros ojos risueños,
Que mataban de alegría,
Están de tristezas muertos!
Si ya no salis al baile,
Y al repique del pandero
Decis que taño á difunto,
Y que es campana de entierro;
Si cuando todas las mozas
Van al campo á coger berros,
Y á despojar de su fruta
A los tempranos almendros,
Os estais en vuestra choza
En un oscuro aposento;
Que aunque el sol está con vos
Está de nubes cubierto,
¿Quién ha de haber que no diga
Que os quejais del lado izquierdo,
Y que tan poco os conozco,
Porque tan poco os merezco,
Que os dejo, y busco mi gusto
En partes que no le tengo,
Y que por ratos hurtados
Seguras noches desprecio,
Y que trato mal vuestra alma,
Y vos peor vuestro cuerpo;
Pues por purgarle de amor
Le dais jarabes de zelos?
Despertad, zagala mia,
De ese profundo silencio,
Que la aldea me maldice,
Y me mira mal mi suegro.

Para el dia que pongais
La bella planta en el suelo,
Os tengo verdes servillas,
Y mi propia boca os tengo.
Sayuelo de grana blanca
Ha de cubrir vuestro cuerpo,
Que mas de cuatro os le envidien,
Y aun á mí que le poseo.
Tendreis zarcillos de vidrio,
Y no los quebreis os ruego;
Que son palabras de vidrio,
Y las que doy no las quiebro:
Y si no pensais cobrar
Salud, por quien yo la pierdo,
Dadme el mal, señora mia,
Y partámosle por medio;
Que si enferma habeis de estar,
Mejor es que esté yo enfermo,
No vos, que sois alma mia,
Yo sí que soy vuestro cuerpo.

LIII. — *(Romancero general.)*

Balad, ovejuelas mias,
Tristeza del valle alegre,
Siempre con razon quejosas,
Sin razon perdidas siempre.
Buscad pastor sin agravios,
Que os conozca y os gobierne;
Que ya no puedo miraros
Despues que me miro ausente.
Cuando el alma del pastor
Está sin gusto, no tiene
Bien que esperar su ganado,
Que en males trocó sus bienes.
Mortales son las desdichas,
Cuando el que estorbarlas puede,
Por hado que le persigue,
Le pesa que se remedien. —
Un pastor que fué del Tajo,
Y en la orilla de Ebro tiene
Cabaña humilde, así daba
Del mal largo cuenta breve.
Y al despedirse del rio,
Templando á son diferente
Su rabel desconcertado,
Cantó cual cisne que muere:
— *Perdíla he la fe,*
Perdíla he.
Ausencia, madrasta fiera
De la fe mas verdadera,
Si es de mudanzas tercera,
Y se encogió con mi fe,
Perdíla he.
Porque muera en su venganza
Me dice aquí la mudanza
Que la fe de mi esperanza,
Aunque mas segura fué,
Perdíla he.
Cuando tras la fe perdida,
Olvidada y perseguida,
De esta mi rebelde vida,
Vengado decir podré,
Perdíla he.

LIV. — *(Romancero general.)*

Una bella pastorcilla
De doce años no cabales,
Tierna edad, hermosos ojos,
Vivo retrato de un ángel;
Herida de un tierno amor,
Dejando á su ancioso padre,
Desgreñada va corriendo
Por las riberas del Gange.
El cabello de oro fino
Hebra á hebra esparce el aire,
Que al sol eclipsan sus rayos,
Y uno solo alumbra el valle.
Una piel lleva vestida
De un oso, teñida en sangre,
Sobre una corta sayuela
De un grueso sayal de herbage:
Descalza va por la arena,
Y estampando el pié deshace
Lo que es tierra, y queda cielo,
Si el cielo en la tierra cabe.
Sus ojos bellos serenos
Hechos los lleva dos mares
Vertiendo divinas perlas
Entre arroyos de cristales.
A voces dice: — Cruel,
Por el cielo que me aguardes.
Oyeme: ¿porqué te ofendes,
Pues no me ofende el buscarte?
¿Cómo puedes, di, enemigo,
Romper el pleito homenage?
Mas á quien falta la fé,
No es mucho palabras falten.
Mis suspiros van tras tí,
¡Ay! que temo no te abrasen;
Mas no, que de hielo eres,
Y helado en mi pecho ardes.
Fiera me muestras á ser,
Pero ya me engañas tarde,
Pues que cuando pude fuí
Blanda cera y tú diamante. —
Corrida de aquesta suerte,
Vió del vado á la otra parte
Su ingrato pastor que huye,
Y tras él se arroja al Gange.

LV. — *(Góngora.)*

Guarda corderos, zagala;
Zagala, no guardes fe,

Que quien te hizo pastora,
No te escusó de muger.
La pureza del armiño,
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico,
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez
A pesar de su dureza
Obedecen al cincel.
Resiste al viento la encina,
Mas con el villano pié;
Que con las hojas corteses,
Á cualquier céfiro cree.
Aquella hermosa vid,
Que abrazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel ciprés.
No para una abeja sola
Sus hojas guarda el clavel,
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo
Hundosamente fiel,
Niega al ausente su imágen,
Hasta que le vuelve á ver.
La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Vénus, que
Poblando dellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.
No pues tu libre albedrío
Lo tiranice interes,
Ni amor que de singular
Tiene mas que de fiel.
Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no den,
Sino cordones de lana,
Al suelto cabello ley.
Mal hayas tú, si constante
Mirares al sol, y quien
Tan águila fuere en esto,
Dos veces mal haya, y tres.
Mal hayas tú si mirares
En lascíva candidez
Las aves de la deidad
Que primero espuma fué.
Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas ya
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

LVI. — *(Góngora.)*

Aquí entre la verde juncia
Quiero, como el blanco cisne
Que envuelto en dulce armonía
La dulce vida despide,
Despedir mi vida amarga
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas
Orne esta planta de Alcides;
Mientras yo á la tortolilla
Que encima del olmo gime,
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
¡Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques! ¡cruel verdugo
De mis años infelices!
Tan grandes son tus estremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda
Si eres diosa ó eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde,
Que considerados bien,
Todos los monteros dicen
Que los dos nos parecemos
Al roble que mas resiste
Los soplos del viento airado.
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres roble,
Y en lo demas flaca mimbre,
No solo á los recios vientos,
Mas á los aires sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Despues que á mí me persigues,
A los corzos voladores,
Ni á los fieros jabalíes.
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras,
Que como á mí muerte diste.
Los montes se están quejando
De que tus piés no los pisen,
Por los rastros que dejaban
De rosas y de jazmines,
Tales que eran á sus campos
Tus dos plantas dos abriles.
Haz tu gusto, que yo quiero
Dejar (pues dello te sirves,)
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige.
Conseguirémos en esto

Ambos á dos nuestros fines,
Tú el de cruel en dejarme,
Yo al de leal en morirme.
Tú rey de los otros rios,
Que de las sierras sublimes,
De Segura al oceano
El fértil terreno mides,
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires:
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el humilde reino
De la gran madre de Aquiles;
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven,
Conozcan quien es Daliso
Y quien es la ingrata Nise.

LVII. — *(Romancero general.)*

De pechos sobre la vara
Con que su barca gobierna,
En la ribera de un rio
Que apenas moja su arena,
Lícidas que en otro tiempo
Navegaba á remo y vela
En el mar de su esperanza
Que aseguraba Nerea,
Arrojado de fortuna.
Porque jamás de él se sepa
(Que quien olvidado vive
Es bien que olvidado muera)
En una desierta playa
Y en una seca ribera,
Que por castigo del cielo
Jamás se viste de yerba;
Adonde por gran milagro
A largos trechos apenas
Se descubre algun espino
Entre durísimas piedras;
Descubierto á todos lados
Al rigor y á la inclemencia
De los vientos y las aguas
Que pocas veces la riegan,
Habitacion solamente
De las ponzoñosas fieras,
Contrarias unas de otras,
Porque jamas falte guerra;
Donde las aves que pasan
Vuelan siempre con mas priesa,
Porque sienten en el aire
De sus venenos la fuerza;
Lugar do fuera el castigo
De gravísimas ofensas
Sin comparacion mayor
Que no la culpa la pena;
Y en respeto de sus daños,
Él mismo dice y confiesa
Que tiene por menos mal
Esta voluntaria ausencia;
Puso en el cielo los ojos,
Que nadie sabe en la tierra
La verdad de sus razones,
Y la razon de sus quejas,
Que con silencio publica,
Por no fiar de la lengua,
Los sentimientos del alma,
Y el valor de su paciencia;
Que sufre pesados montes
De mil injurias y ofensas,
Que derribáran gigantes,
Si amando no las sufriera.
Acompáñanle memorias,
Solicítanle sospechas,
Y danle zelos aviso
De que las tenga por ciertas;
Haciendo estos enemigos
En su paciencia mas pruebas
Que la madrastra de Alcides
En su virtud y sus fuerzas;
Y en el último trabajo,
Que fué callar con afrenta,
Interrumpiendo el silencio
Tras mil suspiros se queja,
Diciendo: — ¿El callar agravios
Y sufrillos, qué aprovecha,
Resultando de sufrillos
Ignominiosa vergüenza?
Que no son los de fortuna
(Aunque son graves) de cuenta;
Pues agravia y satisface
Con las vueltas de su rueda:
Mas los de tu voluntad
Y tu libertad esenta
Son los que se han de sentir,
Porque no tienen enmienda:
En estos se pierde el seso,
Y aquí la paciencia llega;
Pero no la pierda yo
Para solo que la sienta;
Pero mal hago en quejarme;
Pues que tú vives contenta,
Contento quiero vivir,
Porque en algo te parezca,
Y fiar segunda vez
Del rigor de la tormenta,
Que satisfecha del daño
Donde me sacó me vuelva. —
Y en diciendo estas razones,
Deja la maldita tierra,
Diciendo: — Aqui quedan todas
Mis desdichas y mis penas,
De quien son retrato al vivo
Esta playa y su ribera,

Y escede su sentimiento
La ponzoña de esas fieras. —
Dijo, y metióse en su barca:
La tempestad se modera,
Y corriendo costa á costa
Llegó al puerto de su aldea.

LVIII. —*(Romancero general.)*

En tanto que la tormenta
Del airado mar se amansa,
Y que se enjugan las redes
Y mi barquilla descansa;
Al son de las olas fieras,
Que en estas peñas desbravan,
A cuyos golpes se mueven
Mas que á mis males mi ingrata;
Quiero hacer un discurso
De mi vida lastimada,
Y cantar con voz de cisne,
Si es verdad que el cisne canta.
Agora pises la arena,
Soberbia y hermosa Glauca,
Desdeñando la tormenta
Como desdeñas mi alma;
Agora con tus amigas
Sobre las redes sentada
Cuentes de los pescadores
Las enamoradas ansias;
Escucha las que padezco.
Hermosa ingrata, á tu causa,
Que bastarán á ablandarte
A no ser de piedra helada.
Apenas supo la lengua
Articular las palabras,
Cuando sembré por el aire
Mis quejas y tu alabanza.
Y tú sabes bien que apenas
Eché las redes al agua,
Cuando me enredé en tus hebras,
Que son redes desta playa.
Crecieron en mí los años,
Y subieron las desgracias
Al peso de mis desdichas,
Que fueron siempre pesadas.
Nunca las puertas de oriente
Abrió tan hermosa el alba
Cuando saca de alelíes
Las bellas sienes ornada,
Que á los ojos de tu Albano
No le hicieses tú ventaja
Con salir ella á dar luz,
Y tú á lastimar entrañas;
Ni jamas llegó la noche
Envuelta en sus negras alas,
Que de mis llorosos ojos
No quedases obligada.
Para obligarte á querer
Mil ejemplos hay que bastan,
No solo en los pescadores,
Mas en las silvestres plantas.
El mirto quiere á la oliva,
Y la palma ama á la palma,
La hiedra y la vid al olmo
Con tiernos brazos le abrazan.
Sola tú, homicida mia,
Que tienes de roca el alma,
A los golpes amorosos
No te humillas ni te ablandas;
No hay piedra en estas riberas
En cuyas duras entrañas
No estén por mi mano escritos
Los nombres de Albano y Glauca.
No hay piedra en ella tan dura
Como tu condicion brava,
Pues me dan el acogida
Que en tus entrañas me falta.
Desterráronme desdichas,
Que siempre son mis contrarias,
Cadenas ciñen el cuerpo,
Y tus desdenes el alma.
En la fe que te tenia
He vivido sin quebralla;
Que no desatan prisiones
Los nudos que atan el alma.
Pero si aquí me acabaren
Mis ausencias y tu saña,
Dejando á mis enemigos
En las manos la venganza;
A tí, desdeñosa mia,
Quiero suplicar que vayas
A hallarte en mis exequias,
Pues dellas fuiste la causa.
Y con un suspiro mudo,
Con una lágrima falsa,
Sobre el helado sepulcro
Honres la ceniza helada. —
Esto está diciendo Albano
En tanto que el mar se amansa,
Que con erizado cerro
Las estrellas amenaza.

LIX. —*(Góngora.)*

Las redes sobre la arena,
Y la barquilla ligada
A una roca á quien las olas
Convierten de piedra en agua;
El pobre Alcion se queja
Por ver á la hermosa Glauca,
Fuego de los pescadores,
Y gloria de aquella playa.
Buscándola con los ojos
En altas voces la llama:
— Glauca, dice, ¿adónde estás?
¿Por cuál nueva ocasion tardas?

No me quejo, no
De velle robado,
Que le diera dado
A quien le llevó;
Desden siento yo
De mi corazon, madre,
Que robado me lo han he.

LXIII. — *(Romancero general.)*

Cansada estaba la niña,
La de los ojos morenos,
De que la tengan sus tios
En tanto recogimiento;
Siendo estrella de unos ojos
Que adoran los suyos bellos,
Ya quieren que se recoja
Cuando salen las del cielo.
Y con ser el sol que alumbra
Su alma y vida, primero
Llama el sol á su ventana,
Que entre luz á su aposento.
De noche le ponen velas,
De dia le ponen velos;
Unos guardan y otros cubren,
Y á todos engaña Pedro.
Un argos tiene el castillo,
Mas soldado que discreto,
Que siendo amor invencible,
Con armas quiere vencello.
Arrodélase brioso
Por esquinas y al sereno,
Desde que cantan los gallos
Hasta que rezan los ciegos.
Mas Pedro como es astuto,
Y en cazar perdices diestro,
Con el mesmo buey las coge,
Y á veces las tuerce el cuello.
No sé que dice el lugar
Que ha tenido el hechicero,
Que cuando quiere, á las guardas
Desde lejos echa el sueño.
La noche mas rigurosa
De aqueste pasado invierno
La niña le está aguardando,
Que tienen hechos conciertos.
Descuidado Pedro estaba,
Aunque en amor verdadero
No suele ser descuidado,
Pero al fin durmióse Pedro.
A laudes toca San Juan,
Y la pobre niña al hielo;
Así canta, y así llora
Entre zelos y deseo:
— No duermen mis ojos,
Madre, ¿qué harán?
Amor los desvela:
¿Si se morirán?
No quiere el tirano
Que sosiegue un punto,
Siempre tiene á punto
La flecha en la mano,
Y aunque en morir gano,
Me hace penar.
Amor, etc.
No mira el cruel
Que aunque están dormidos,
Velan los sentidos
Y el corazon fiel.
Amor que está en él,
Quien le roba ya,
Amor, etc.

LXIV. — *(Romancero general.)*

La morena enamorada
Contra el cielo se volvia,
Que le dió ventura pobre
Con mil esperanzas ricas.
Oyendo estaba las cajas
Del capitan de la villa,
Que llevaba los quintados
De la armada de las Indias.
— ¡Ay, son que á mi muerte tañes,
Tocando á la despedida
De mi Pedro y de mi alma,
De mi amado y de su amiga!
Ténganme lástima agora
Las que envidia me tenian,
Que va marchando un soldado
Capitan de mi alegría.
Afuera respetos vanos,
Que aunque mas de mí se diga,
Perderé mis pundonores
Por llevarle la mochila.
Por las tierras donde fuere,
Cuando marchare de prisa,
Si le cansaren las armas,
Yo le llevaré la pica;
Y si fuere arcabucero,
Para que dispare aprisa,
Encendiendo bien la cuerda,
La pondré en la serpentina.
Los cordones de sus frascos
Colgarélos de mi cinta,
Y para que balas haga,
Molde y plomo le daria. —
En esto llegó Pascuala,
De su mesmo mal herida,
Y llorando á sus amores,
Se quejaba desta guisa:
— Mi quintado va á la guerra
Ruego á Dios que de ella vuelva.
A la guerra de estrangeros
Le llevan sin mi licencia,
Y moriráse de ausencia,

Si zelos le hacen fieros;
Él será de los primeros,
Como en la paz en la guerra.
Ruego á Dios, etc.
No le llevan por quintalle,
Sino porque el alma mia
En pesar y en alegría
Se holgaba de miralle;
Y pues que no puedo armalle,
Como se armaba en mi tierra,
Ruego á Dios que sano vuelva.

LXV. — *(Romancero general.)*

Vínose Ines de la aldea
Adonde contenta estaba
Para la villa en que viven
Sus tias y su madrastra.
La niña de bellos ojos
Y de discretas palabras,
Cuya vista alegra el monte
Y en el valle siembra gracias;
Aquella que daba envidia
A las mas bellas serranas,
Recelos á mil pastores,
Y al ciego amor cien mil almas;
De verse agena en su tierra
Con tristes sospechas paga
Las horas de pasatiempo
Que tenia en tierra estraña;
Y al son de un arroyo manso
Que murmura entre unas zarzas,
Así cantaba haciendo
Exequias á su esperanza:
— ¿Que es de mi contento?
¿Decid, pensamiento,
Porqué me prendistes?
¡Soledades tristes!
—¿A qué despoblado
Quisistes traerme,
Y para perderme
Mi memoria al lado?
Mi gusto pasado
Si le llevó el viento,
¿Decid, pensamiento,
Porque, etc.
Niña tomerosa
Sola y con mi fe,
¿Cómo pasaré
Vida trabajosa?
¿Si seré animosa
Contra mi tormento?
¿Decid, pensamiento,
Porqué, etc.
Lleguen mis querellas
A do está mi amigo:
Véase él conmigo,
Y saldré yo de ellas.
Y pues por perdellas
Perdida me siento,
¿Decid, pensamiento,
Porqué me prendistes?
¡Soledades tristes!

LXVI. — *(Romancero general.)*

Contenta estaba Menguilla,
Porque Sebastian del Valle
Traia de Estremadura
Muy gordos sus recentales;
Y porque dijo su tio,
Bertol Crespo, que Dios guarde,
Que la casará sin falta
Para en segundo los panes.
Echó mano al arremango,
Escondida en su corrale,
Que los secretos de amor
No es bien que los sepa nadie.
Sacó una cofia de pinos,
Labrada como almaizare,
Presente de su querido,
Por no quererle de balde;
Y ensartada en sirgo verde
Una sarta de corales,
Con una patena al cabo
De plata, que no de alambre,
De un cabo la Madalena,
Del otro san Sebastiane:
El santo, porque es su nombre;
La santa, porque es amante.
Y esta carta mensagera,
Que de oilla á Martin Sanchez
Se le quedó en la cabeza:
Ved que cabeza tan grande.
« Menguilla de mil primores,
« Sebastian, el que ha guardado
« Mejor su fe que el ganado,
« Perdido por tus amores,
« Te envia sus encomiendas,
« Porque si de amor entiendes,
« Eches de ver que le vendes
« Caras tus carnestolendas;
« Y que sin hacer injurias,
« Son mas firmes sus deseos
« Que los montes Perineos,
« Y que las sierras de Asturias.
« Acá se sonó el hebrero,
« Que Mateo te pedia,
« Y que á Pedro el de María
« Traias al retortero.
« Lo contrario me juraste
« Cuando te quise por maya:
« Jura mala en piedra caya:
« Eres muger, y esto baste.
« Y porque me abrase todo,
« No mas cuento ni mas pena.

« De la villa de Llerena,
« Domingo de Casimodo. »
Esto de Pedro y Menguilla
Era muy gran falsedade;
Que nunca faltan malsines
Que testimonio levanten.
Echóla su madre menos,
Sañuda la fué á buscare,
Hallóla dando suspiros,
Y díjola en puridade:
— Mal hubiese la doncella
Que vende su libertade
Por corales, ni patena,
Por villas, ni por ciudade.
Decia tu bisagüela,
Que fué muger muy cabale,
Que quien dádivas recibe,
Dádivas se obliga á dare.
Siempre lo tuviste, hija,
La mi maldicion te alcance,
Si les quitares la honra
A los huesos de tu padre.
Si mirases quien son hombres,
Verias claro tu male;
Mas los ojos altaneros
Desconocen la verdade.
Falsos son á todas horas;
Y como dice el cantare,
Están jurando una cosa,
Tienen otra en voluntade.
Recorre bien tus acuerdos,
Quien te engaña no te engañe:
Pon las mientes en tu rueca,
Y echemos cosas aparte. —
Menguilla determinada
No se quiere aconsejare,
Y á su madre respondia,
Porque otra vez no se canse:
— El amor que es firme, madre,
Malo era de olvidare.
Tienen las mugeres
Fama de mudables,
Y de variables
En sus pareceres;
Mas si sus quereres
A uno los dane,
Malo era de olvidare.
No bastan los años,
Que lo mudan todo,
A mudar el modo
De amor sin engaños.
Y aunque de mis daños
Fué la causa madre,
Malo era de olvidare.
Amores de luna,
Hijos de mudanza;
Tratan la esperanza
Como la fortuna;
Mas amor que á una
Sirve y quiere, madre,
Malo era de olvidare.
Este amor que tengo
No podrá dejarse,
De que ha de acabarse
Con el tiempo luengo:
Que si le entretengo
En mi alma, madre,
Malo era de olvidare. —
No supo qué se hacer
En esta sazon su madre,
Que para males del alma
Ningun remedio se sabe:
Al tiempo dejó la cura
Un cirujano de Flandes,
Enemigo de firmeza,
Y amigo de novedades.

LXVII. — *(Romancero general.)*

El joyel de la casada
No se le dió su marido;
Mal sabida era su suegra,
Tales injurias le dijo:
— Los domingos y disantos
Tè ponces de veinticinco;
Algunos ojos lo causan,
Si no me engañan los mios.
Del sartal que te dí en arras
Dices se te quebró el hilo,
Y al cuello de agena mano
Otro te cuelgas mas rico.
Poco puede en tu memoria
La fe que te dió mi hijo,
Pues contra el agua malsana
Es nuevo animal bendito.
El lugar dice que Pedro
Te ha trastornado el juicio,
Y que guardas sus antojos
Mejor que yo los domingos.
Dícenlo, nuera, las joyas
Que sirven en los corrillos
De cuento á los holgazanes,
Y á tu infamia de testigos.
Tu marido fué á la Mancha,
Dejóme á mí por registro;
Mas la que en la frente lleva
No podrá lavarla un rio. —
Respondióle la casada,
Que es bien aguda de pico:
— De las hechas te quedaron
Las sospechas que me has dicho.
Que me cuelgue yo un joyel,
No es gran esceso el que has visto
¿Qué importa, si tengo el pecho
Mucho mas que nieve frio?
Por mí no serán los cuentos

De Pedro ni de Francisco:
Si me quieren, los maltrato;
Si me dan, no los recibo.
Los tuyos en el lugar
Por ahora están tan vivos,
Que bastan á entretener
A mas de cuatro cabildos.
Danme á mí porque no quiero;
Tú diz que das infinito:
Y por años malogrados
Siempre estás llorando olvido. —
Pusiera manos en ella;
Pero su cuñado vino,
Y las rencillas pararon
En irse á comprar zarcillos.

LXVIII. — *(Lope de Vega.)*

Si tuvieras, aldeana,
La condicion como el talle,
Fueras reina de tu aldea,
Tendrias vasallos grandes.
Eres tú la bien prendida,
Aunque es mejor que te llamen
La que cuanto mira prende,
¿Y tienes zelos del aire?
Si no puede tu belleza
De tí misma asegurarte,
¿Qué hará mi amor, Amarílis,
Que para tus zelos baste?
El dia, aldeana bella,
Que bajas del monte al valle,
¿Qué envidias no te aseguran
Tu hermosura y mis verdades?
Las zagalas que te miran
Apenas dicen que saben
Adonde pones los piés,
¡Tan breves estampas hacen!
Todas envidian tu brio,
Y en sus galas siempre iguales
Aprenden cuidados todas
De los descuidos que traes.
Pareces la primavera
Que las flores y las aves
Todas dispiertan á verte,
Y al sol de tus ojos salen.
¡Mal hayan los arroyuelos
Si cuando por ellos pases
No murmuráran alegres
Que tengas zelos de nadie!
Siendo así, ¿porqué te ofendes
En presumir que me agrade
Quien tiene envidia de tí
Y se precia de admirarte?
No gastes mal tantas perlas,
No llores mas, no me mates,
Que pienso que tus estrellas
Se están dividiendo en partes.
Baste el enojo, Amarílis,
Sal por tu vida á escucharme,
Que las niñas de tus ojos
Quiero cantar porque callen.
No lloreis, ojuelos,
Porque no es razon
Que llore de zelos
Quien mata de amor.
Quien puede matar
No intente morir,
Si hace con reir
Mas que con llorar.
No lloreis, ojuelos,
Porque no es razon
Que llore de zelos
Quien mata de amor.

LXIX. — *(Romancero general.)*

Cuando fueres á la villa,
Marica, dame palabra
De avisarme, porque quiero
Comprarte unas arracadas.
Y el dia que hubieres de ir
Desde agora le señala,
Y si pudiere ser hoy,
No aguardes que sea mañana;
Porque mi ventura espera
Ese dia de bonanza,
De mis males y mis bienes
Hacerte una feria franca.
Y entonces será mi pecho
Joyería de mis ansias,
Donde tornaré á cobrar
Lo que perdí por fianzas.
Y si he perdido mis bienes
Sola tú has sido la causa,
Como consta por la fe
Que está en mis libros de caja.
Hallo que tienes recibo
De mil billetes y cartas,
Por el crédito de tres
Que para pagar no bastan.
Item mas, que has recibido
De los bienes de mi alma.
Despues que te conocí,
Mi libertad por esclava.
Sin estas dos cantidades
Hallarás aquí asentadas
Mil partidas de mis penas,
Por tu crédito sacadas.
Y de todo cuanto he dado
A nadie no debo nada,
Y para cobrar mi deuda
Sola esta feria me falta.
Ejecutando al fiador
De tus largas esperanzas,
Cobraré para comprar

Las arracadas mandadas.
Y no pienses que han de ser
De perlas, oro ni plata,
Que no quiere mi desdicha
De tanto precio comprarlas.
Serán de cristal ó vidrio
Con artificio labradas
De esperanza, secas yerbas,
Y del fuego que me abrasa.
Y este pequeño obrador
Será dentro en mis entrañas,
Y sangre del corazon
(Aunque es poca) será el agua.
Y en el horno, que este fuego
Un momento no se apaga,
El cañon de mis suspiros
Soplará para formarlas.
Y puestas en tus orejas
Quiero que sirvan de aldabas,
Que mis dulces pensamientos
Llamen apriesa en tu casa,
Hasta que á tu corazon
Ablanden con aldabadas,
Pues lo quiso endurecer
Tener tus orejas blandas.

LXX. — *(Lope de Vega.)*

Hortelano era Belardo
De las huertas de Valencia,
Que los trabajos obligan
A lo que el hombre no piensa.
Pasado el hebrero loco
Flores para mayo siembra,
Que quiere que su esperanza
Dé fruto á la primavera.
El trébol para las niñas
Pone al lado de la huerta,
Porque la fruta de amor
De las tres hojas aprenda.
Albahacas amarillas,
A partes verdes y secas,
Trasplanta para casadas,
Que pasan ya de los treinta,
Y para las viudas pone
Muchos lirios y verbena,
Porque lo verde del alma
Encubre la saya negra.
Toronjil para muchachas
De aquellas que ya comienzan
A deletrear mentiras,
Que hay poca verdad en ellas.
El apio á las opiladas,
Y á las preñadas almendr
Para melindrosas cardos,
Y ortigas para las viejas;
Lechugas para briosas
Que cuando llueve se queman;
Mastuerzo para las frias,
Y ajenjos para las feas.
De los vestidos que un tiempo
Trujo en la corte de seda,
Ha hecho para las aves
Un espantajo de higuera.
Las lechuguillazas grandes
Almidonadas y tiesas,
Y el sombrero boleado
Que adorna cuello y cabeza:
Y sobre un jubon de raso
La mas guarnecida cuera,
Sin olvidarse las calzas
Españolas y tudescas.
Andando regando un dia
Vióle en medio de la higuera,
Y riéndose de verle
Le dice de esta manera:
— ¡ O ricos despojos
De mi edad primera,
Y trofeos vivos
De esperanzas muertas,
Qué bien pareceis
De dentro y de fuera,
Sobre que habeis dado
Fin á mi tragedia!
Galas y penachos
De mi soldadesca,
Un tiempo colores,
Y agora tristezas.
Un dia de Pascua
Os lleve á mi aldea,
Por galas costosas,
Invenciones nuevas.
Desde su balcon
Me vió una doncella,
Con el pecho blanco
Y la ceja negra.
Dejóse burlar,
Casóme con ella,
Que es bien que se paguen
Tan honradas deudas.
Supo mi delito
Aquella morena
Que reinaba en Troya
Cuando fué mi reina.
Hizo de mis cosas
Una grande hoguera,
Tomando venganza
En plumas y en letras.

LXXI. — *(Góngora.)*

En los pinares de Júcar
Ví bailar unas serranas,
Al son del agua en las piedras,
Y al son del viento en las ramas.
No es blanco coro de ninfas,

De las que aposenta el agua,
O las que venera el bosque;
Seguidoras de Diana.
Serranas eran de Cuenca,
Honor de aquella montaña,
Cuyo pié besan dos rios,
Por besar dellas las plantas.
Alegres coros tejian,
Dándose las manos blancas,
De amistad quizá temiendo
No la truequen las mudanzas.
¡Qué bien bailan las serranas,
Qué bien bailan!
El cabello en crespos nudos
Luz da al sol, oro á la Arabia,
Cual de flores impedido,
Cual de cordones de plata.
Del color visten del cielo,
Si no son de la esperanza,
Palmillas que menosprecian
Al zafiro y la esmeralda.
El pié (cuando le permite
La brújula de la falda)
Lazos calza, y mirar deja
Pedazos de nieve y náoar.
Ellas, cuyo movimiento
Honestamente levanta
El cristal de la coluna
Sobre la pequeña basa,
¡Qué bien bailan, etc.
Una entre los blancos dedos,
Hiriendo lisas pizarras,
Instrumento de marfil
Que las musas lo envidiáran,
Las aves enmudeció,
Y enfrenó el curso del agua,
No se movieron las hojas,
Por no impedir lo que canta:
—Serranas de Cuenca
Iban al piñar,
Unas por piñones,
Otras por bailar.
Bailando, y partiendo
Las serranas bellas
Un piñon con otro,
Si ya no es con perlas,
De amor las saetas
Huelgan de trocar.
Unas por piñones, etc.
Entre rama y rama,
Cuando el ciego dios
Pide al sol los ojos,
Por verlas mejor,
Los ojos del sol
Las vereis pisar,
Unas por piñones,
Otras por bailar.

ROMANCES DOCTRINALES

Y ANACREÓNTICOS.

I. — *(Cristóbal de Castillejo.)*

Tiempo es ya, Castillejo,
Tiempo es de andar de aquí,
Que me crecen los dolores
Y se me acorta el dormir,
Que me nacen muchas canas
Y arrugas otro qué sí.
Ya no puedo estar en pié,
Ni al rey mi señor servír.
Tengo vergüenza de aquellos
Que en juventud conocí,
Viéndolos ricos y sanos,
Y ellos lo contrario en mí.
Tiempo es ya de retirar
Lo que resta de vivir.
Pues se me aleja esperanza
Cuanto se acerca el morir,
Y el medrar que nunca vino
No hay ya para qué venir.
¡A Dios, á Dios, vanidades!
Que no os quiero mas seguir:
Dadme licencia el buen rey,
Porque me fuerza el partir.

II. — *(Romancero general.)*

Soledad que aflige tanto,
¿Que pecho habrá que lo sufra?
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Por una parte paredes,
Por otra rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,
En las puertas llaves duras;

Y dura la condicion
Que las cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
El verano en las estufas,
Medio encantados los ojos,
Y la lengua casi muda.
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna.
Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que lo sufra?
A los discretos nos niegan,
Y cuando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
Con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna:
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Aquesto cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas, labrando
Pechos de camisa.
Cerrólas su madre,
Fuése por la villa
A dar parabienes,
Y á consolar viudas.
— ¿Qué ha visto en el tiempo,
Dijo la mas chica,
Señora, que cierra
Lo que no solia?
¿Quién canta de noche?
¿Quién habla de dia?
¿Quién hay que nos lea?
¿Quién que nos escriba?
Estrechura tanta
¡Plegue á Dios! nos sirva
De que el sufrimiento
Desespere aprisa.
En corrillos andan
Todas las vecinas,
Sembrando sospechas,
Cogiendo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acíbar,
La soltura en cárcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamarán caida
Que ha dado el honor
Ligera y altiva.
Madre, la mi madre,
Miedo guarda viña;
Mas hace quien ruega,
Que no quien castiga.
Si la planta nace
De suyo torcida,
Tarde la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejas
De dueñas baldías,
Que en la iglesia pasan
Cuentas y mentiras,
Y sobre nosotras
Vuestras enemigas,
Pareceis nublado
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy teatina,
Medrosa de engaños
Y esperanzas tibias.
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

III. — *(Lope de Vega.)*

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mi mismo
No puedo venir mas lejos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en otro tiempo,
O tantos que nacen sabios
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad
Adonde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos,

¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del Juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los agenos,
La de plata los estraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios, que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento:
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento;
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡Oh bien haya quien los hizo,
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños!
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio,
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Cuando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto:
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones ni pleitos.
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño:
Nunca como yo firmaron
Parabien, ni pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

IV. — *(Romancero general.)* Classical

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido,
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños:
Cual trepa por algun salce,
Presumiendo buscar nidos;
Cual cogiendo el fresco viento
Por coger los pajarillos;
Cual hace jaulas de juncos,
Cual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos
Y troncos de los olivos;
Cuando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos.
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños,
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos;
El rapaz pierde el sentido;
Vase corriendo á su madre,
A quien lastimado dijo:
— Madre mia, una abejita,
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco. —
La madre que lo conoce,
Vengada de verle herido
De cuando la hirió de amores
De Adónis que tanto quiso,
Medio riendo le dice:
— De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecica
Semejantes en el pico.

V. — *(Romancero general.)*

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco, y muerto el fuego.
Viéndole tan destrozado,

Dijo el bueno del ventero:
— Hermanito, no hay posada;
Pique, que cerca está el pueblo. —
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.
Díjole como era hijo
De la bella diosa Venus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamas cupo en bajo pecho,
Haciendo burla del niño,
Responde con menosprecio:
— Para ser hijo de reina
Él trae bellaco pelo;
Y aquí no hacemos nada
Por amor y sin dinero.
Sepa, si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo,
Cuando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo:
Cuando por ver á su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sesto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las olas
Halló de su mal remedio,
Pues bebió tal parte de ellas,
Que apagó de amor el fuego.
Y tambien el otro bobo
Del babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto,
Rompió con su espada el pecho:
Y luego la necia Tisbo,
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La soga tras el caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego:
Desatápese los ojos,
Verá la razon que tengo. —
Cupido entre aquestas burlas
Fué las veras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley y otro uso nuevo;
Y es tan discreto, que tiene
Menos costa y mas provecho.
Y tambien manda á las damas
Que en su amor hagan concierto,
Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio.
Y que al amante que diere,
No le envien descontento,
Y al que no diere, le digan
Lo que le dijo el ventero:
— Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.

VI. — *(Romancero general.)*

Topáronse en una venta
La Muerte y Amor un dia,
Ya despues de puesto el sol,
Al tiempo que anochecia.
A Madrid iba la Muerte,
Y el ciego Amor á Sevilla,
A pié, llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia,
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la Muerte mira,
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa;
Y al fin le dijo riendo:
— Señora, no sé qué os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida. —
Corrida la Muerte de esto
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retira.
Con un lanzon el ventero
De por medio se metia,
Y haciendo las amistades,
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama,
Ni el ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servia.
Aun no ha bien amanecido,
Cuando Amor se despedia,
Sus armas al huésped pide,
Pagando lo que debia.
El huésped le da por ellas
Las que la Muerte traia:
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la Muerte
Triste, flaca y desabrida,
Tomó las armas de Amor,
Y tambien hizo su guia.
Y desde entonces acá
Mata el Amor con su vira

Mozos que ninguno pasa
De los veinte y cinco arriba.
A los ancianos, á quien
Matar la Muerte solia,
Agora los enamora
Con las saetas que tira.
Mira cual está ya el mundo
Vuelto lo de abajo arriba:
Amor por dar vida mata;
Muerte por matar da vida.

VII. — *(Romancero general.)*

Licencia pide Cupido
A Vénus su madre amada,
Para entrar en unas fiestas
Con los moros de Granada.
Dícele: — Madre, deseo
Tirarme cuatro ó seis cañas
Con los francos Bencerrajes,
Y con Muza el de Daraja.
Morico, á las cañas,
Pasa al Amor con ellas las entrañas.
Por ver si al brazo temido
Las adargas bandeadas
Hacen igual resistencia
Que suelen hacer las almas. —
Vénus le responde: — Hijo,
Salido de mis entrañas,
De que te huelgues me huelgo:
Con tu gusto me regalas.
A las cañas, moro,
Rompe al Amor el arco y flechas de oro.
¿Piensas que es alcanzar niños
Saber traer el adarga,
Y apercibilla á aquel tiempo
Que el contrario desembraza?
No pienses que en los jardines
De Chipre entre flor y ramas
Andas con los otros niños
Tejiendo bellas guirnaldas.
Morico, á las cañas, etc.
— Siempre lo tuvistes, madre,
Darme respuesta pesada,
Al tiempo que de mi gusto
Llevo las velas hinchadas.
Llevo tres caballos negros,
Uno turco y dos de España:
Los de España para el juego,
Y el turco para la entrada.
A las cañas, moro, etc.
De Bernardo el castellano
Llevo la lanza y adarga,
Con que en la de Roncesvalles
Rompió á los doce de Francia.
Concluyo con que sin duda
Me vereis en Vivarrambla,
Donde estará mi persona
Fuerte, bizarra y gallarda.
Morico, á las cañas,
Pasa al Amor con ellas las entrañas.
A las cañas, moro,
Rompe al amor el arco y flechas de oro.

VIII. — *(Villegas.)*

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Víle tan congojado
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia:
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
Y á mí que respondia
El rústico: no quiero.

ROMANCES FESTIVOS,

REDONDILLAS Y CUENTOS.

1. — *(Romancero general.)*

Paseándome una noche
Con ferreruelo y espada,
Yendo libre y descuidado
Atravesé cierta plaza,
Y en ella ví una tendera
Que con su hermosa cara
Las tinieblas de la noche
De la calle desterraba.
Y parte con el candil,
Y parte con su luz clara,
Ví que sueltos y sin órden
Unos cabellos mostraba,
Que no se les da un ardite
Por el oro de la Arabia:
Una frente que al cristal
Mas fino no tiene en nada:
Unos ojazos rasgados
Que los corazones rasgan:
Una nariz pequeñuela,
Pulidilla, y bien sacada:
Unas mejillas que esceden
A las rosas coloradas,
Con dos hileras de perlas
Que afrentan á las mas blancas,
Y dos corales por labios
Que aquestas perlas engastan:
Una barba con un hoyo
Donde ojalá me enterráran:
Un pecho que al alabastro
Le puedo dar quince y falta,
Do puso naturaleza
El plus ultra de la gracia,
Y de donde la columna
Imperial se le levanta.
Las manos por no mentir,
Nieve son, pero pisada,
Porque el vender del carbon
No consiente manos blancas.
Alleguéme hácia su tienda,
Por proponer mi demanda,
Mas estaba allí su madre,
Una muger gorda y alta;
Y así no pude hablar
En mi amor una palabra,
Temiendo no alborotase
Con voces toda la plaza,
Como es propio de tenderas
Cuando se ven agraviadas.
Quise tomar ocasion
De comprar unas manzanas,
Pero buscando la bolsa
Metí la mano en las calzas,
Y halléla sola y desierta,
Huérfana, viuda y sin blanca,
Aguardé que no estuviese
Su madre otro dia en casa,
Y teniendo coyuntura
Le dije aquestas palabras:
— Señora, en aquesta plaza
Y en esta tienda amor tiende
Las redes con que nos prende,
Y los lazos con que enlaza.
Querria, con tal que quieras
Darme sin tomar pasion,
A peso de un corazon
Lo que pesare de peras.
Sácamelo de este pecho,
Pues que lo tienes aquí;
Mas tómalo, veslo ahí:
Para peras te lo echo.
No te está bien ser cruel,
Que es de tu beldad esceso;
Pues cuando tienes el peso
Pareces un san Miguel.
Pesa bien mi amor sencillo
Y mi firme voluntad,
Con toda fidelidad,
No jugando de dedillo.
No uses de tales mañas,
Que es treta que se me alcanza;
Sino ajusta la balanza,
Mira que no es fruta entrañas.
Ni será bien, ángel tierno,
Segun lo que se me ofrece,
Que quien del cielo parece
Tenga obras del infierno.
Ea, seamos amigos;
Y por mi amistad inmensa
No me des en recompensa
Las madres de aquestos higos.
¿Porqué tan suspensa estás?
Que en eso mi amor ofendes,
Y con el carbon que vendes
Enciendes mi fuego mas. —
Ella pues, que no podia
Sufrir ya tantas palabras,
Porque con ceño mortal

Todas me las escuchaba
Con gran capote en los ojos,
Y capote de dos aldas,
Así dió injusta respuesta
A mi tan justa demanda:
— Señor, acorte razones,
Y déjese de ese afan;
Que yo cómo carne y pan,
No almas ni corazones.
Acabe, no sea pesado,
Y en sus pretensiones cese:
Que no es posible que pese
Un corazon tan pesado.
Y si san Miguel he sido,
Galan, á su parecer,
Él parece Lucifer
Que á sus piés está tendido.
Váyase, no sea molesto,
Ni mas de necio despunte;
No me dé ocasion que junte
Un cesto con otro cesto. —
Esto dijo; y asió luego
Un cestillo de manzanas,
Y creo con él me diera
Si de allí no me apartára.
Tras el cual venir veia
Las pesas con que pesaba;
Y por tanto temeroso
De que me descalabrárá,
Al fin la dejé, entre dientes
Echando mil noramalas
Para ella, y para su madre,
Y para quien fuere á hablarla.

II. — *(Romancero general.)*

Libre del fuego de amor,
De cuidados apartado,
Una noche hermosa y clara,
En el rigor del verano,
Me salí de mi posada,
Costumbre de cortesanos,
A gozar del fresco viento
Que corre en el verde prado,
Sin saber adonde iba
Como quien va descuidado,
Con un ferreruelo viejo,
Zaraguel y jubon blanco,
Y una monterilla azul,
Medias y alpargates blancos.
En fin, iba tan desnudo
Que pudiera echarme á nado,
Sin que me diera el vestido
Pesadumbre en el trabajo.
Y como así me cogió
El amor ciego y vendado,
Tan desnudo cuanto pobre,
Pobre cuanto descuidado,
Parecióle que era tiempo
Para herir mi pecho sano,
Y me dió una virotada
Que me abrió todo un costado,
Metiéndome una fregona
Que acaso estaba fregando
En casa de una alojera
Adentro de un cuarto bajo.
Y como la vi sentada
Entre cazuelas y platos,
Qué requiebro le diria
Estuve un rato pensando;
Y parecióme decirle
Uno harto acomodado,
Y así le dije: — Señora,
¿Quiéreme fregar un plato? —
La fregona que me oyó
La cabeza ha levantado,
Dióme cara y de su vista
Quedé tan apasionado,
Que si me diera licencia
Entráre á ayudarla un rato;
Y cuando no la sirviera
Sino de dalle aguamanos,
Me pareciera tan mucho
Que me viniera tan ancho.
Díjele que si queria
Servirse de aquel criado;
Y respondióme con brio:
— A fe, ¿burla el muy picaño?
¡Cómo á esos picarones
Estamos acá avezados!
Amigo, váyase luego,
Porque le darán cien palos. —
Respondíle con paciencia
Como el que está amartelado:
— Pues, mi señora María,
¿Porqué me está maltratando?
Mire que la quiero mucho,
Y que le haré mil regalos. —
Respondió: — ¿Quién le da cuenta,
Señor, de cómo me llamo?
Dije: — Mi alma, señora,
Que á vos está adorando.
— Que no quiero que me quiera,
Váyase, señor picaño,
Que á fe que si viene el conde,
Que le ha de moler el zarzo. —
Respondí: Señora mia,
Que todos somos cristianos,
Y ya que no sea conde,
Basta que marques me llamo. —
Dijo: — Pues aguarde un poco,
Que ya me voy ablandando,
Y en componiendo el basar
Le hablaré, señor, un rato. —
Yo aguardela muy contento,
Hice piernas pascando,

Púseme de media quilla
Por si me estaba mirando.
Apretéme la montera,
Y cobré la espada al lado,
Puesto á lo de Dios es Cristo,
Y no de esperar cansado.
Parecióme que tardaba
Mi María y mi regalo:
Sentí abrir una ventana,
Y ví mi estrella llamando
Diciendo: — Lléguese acá, —
A que no fuí nada tardo.
Dejóme un poco hablar,
Y en viéndome sosegado,
Me dijo: — Bien de mi cuerpo,
Que le quiero como al diablo; —
Y haciendo y diciendo junto,
Ví un golpe de agua arrojado,
Oyendo: — Aunque va caliente,
Yo creo le habrá enfriado. —
Y dióme en toda la cara,
Barba, pecho, cuello y mano,
Con el agua de fregar
Y un pedazo de estropajo;
Y por Dios que no sentí
El golpe de agua tanto,
Cuanto el ver que se reia
De verme tan enojado.
Saqué al fin por esperiencia
Que con agua de fregado
Saca amor muy bien su mancha
Del pecho mas abrasado.

III. — *(Romancero general.)*

Marina, Francisca y Paula,
Ines, Costanza y Elvira,
Heridas de aquella vira
Que cuenta Amadis de Gaula,
Con pensamientos conformes,
Y con deseos forzados,
Tienden sus paños lavados
Sobre la arena del Tórmes.
— ¡Ay Tórmes, cómo te ensanchas,
Dijo Elvira, en ondas claras,
Solo con mi pecho avaras,
Pues no le quitan las manchas!
Pero no tengo razon
De decir tal desatino,
Pues no son telas de lino
Las telas del corazon. —
Volvió Juana su canasta,
Y sobre ella mal sentada,
Con la ventura empeñada
Por la esperanza que gasta;
Tomó de arena un puñado
Considerando su pena,
Y dijo; — Como esta arena
Es el bien de mi cuidado.
Digo que cuando procuro
Apretarle dentro el alma,
No hallo mas que en la palma,
Porque no hay amor seguro. —
Alzando la voz Inés,
Dijo al agua suspirando:
— Agua, no pases callando
Por do está mi portugues.
Dale cuenta de mis duelos,
Dile que lloro, y no llora:
Que le adoro, y que él adora
A la causa de mis zelos.
Que si tus ondas no dan
Estas señas conocidas,
Irán lágrimas perdidas
Donde palabras no van. —
Costanza que no tenia
Dolores de pensamiento,
Dijo: — Mohina me siento
De escuchar vuestra agonía.
¡Por hombres teneis enojos!
¡De veras llorais por hombres!
Traidores hasta los nombres
Y hasta el fin de sus antojos.
¡Qué donosa ceguedad!
Volved, amigas, la hoja,
Pues sabeis que es su congoja
Mudanza y facilidad.—
Haciendo son con las palmas
Paula que tendido habia,
Esta letrilla decia,
Que es el mote de sus almas:
— *Amor, quien no te conoce*
Ese te compre.
Con vasallos te regalas,
Maltratas reyes y reinas,
Villanos cabellos peinas,
Desprecias ricos y galas:
Para el mal te nacen alas,
Para el bien eres un monte,
Ese te compre.
Empeñas nuestras verdades,
Y con mentiras nos pagas;
Las voluntades estragas,
Destruyes las amistades,
Y para hacer crueldades
Traes un velo que te emboce,
Ese te compre.
Naciste en hora menguada,
Y en señal de mal agüero,
Eres hijo de un herrero
Y de una muger errada.
Haces la noche alborada,
Y alboreas á la noche.
Ese te compre.
— ¡Oh qué donaire ha tenido,
Paula, tu copla donosa!

Dijo Constanza, quejosa
Del lavandero Cupido.
Dime si quieres ahora
¿Cuyo es ese consonante?
— De aquel señor estudiante
Que visita á mi señora. —
Ines que está algo prendada
De un page de don Gaspar,
Así comenzó á cantar
Muy zelosa y muy lavada:
— Aquel pagecito de aquel plumage
Aguilica seria quien le alcanzase.
Aquel pagecico de los airones
Que volando lleva los corazones,
Aguilica seria quien le alcanzase.—
Francisca se desmayó,
Y á concierto la traian
Las amigas que sabian
De su mal el sí y el no:
Y asida su ropa blanca,
Puesto el sol que la secó,
La escuadra en ala marchó
Camino de Salamanca;
Y mostrando que llevaban
Mas contento que trujeron,
Alegres se despidieron,
Y esta letrilla cantaban:
Mas prende amor que la zarza,
Mas prende y mas mata.
Hace montes llanos
Y poblados yermos,
Sana los enfermos,
Y enferma los sanos:
Humilla los vanos,
Y humildes ensalza,
Mas prende y mas mata.
Los finos amores
Que del sayo pasan,
Los hielos abrasan,
Doblan los ardores:
Son nuestros dolores
Sus perlas y plata;
Mas prende y mas mata.

IV. — *(Lope de Vega.)*

Unas doradas chinelas
Presas de un blanco liston,
Engastaban unos piés
Que fueran manos de amor:
Unos blancos zapatillos
De quien dijera mejor
Que eran guantes de sus piés
(Justa aunque breve prision),
Descubriendo medias blancas
Poco espacio de temor
De que no pudieron serlo
Sin esta justa atencion,
Siendo las blancas manos
Un faldellin de color
(Alfileres de marfil,
Que dieran años al sol),
Me enamoraron un dia
Que con esta misma accion
La bellísima Amarílis
Un arroyuelo saltó.
Riéronse los cristales;
Ojalá tuvieran voz,
Porque dijeran su dicha
Sin murmurar la ocasion.
Bien hayas tú, la serrana,
Mil años te guarde Dios,
Que aun para saltar arroyos
Tienes brio y perfeccion.
Tu dicha goce otros tantos
El venturoso pastor,
A quien amorosa has dado
De tus brazos posesion.
Cuando sales en chinelas
Me ha dicho mas de una flor
Que las pisas sin quebrarlas,
Tus piés tan ligeros son.
No suele pasar la aurora
Por los prados tan veloz,
Aunque no dejar estampas,
Se quejan de tu rigor.
Mas la que en ellas no dejas
Les dará mi corazon,
Que envidioso de las flores
A recibirte salió.
Años ha, bella Amarílis,
Que el alma á tus ojos doy,
Mas no á tus piés, que aun apenas
Los vió mi imaginacion.
Solo me ha dado cuidado
(Quiero bien, temiendo estoy)
Que puedan tener firmeza
Piés que tan ligeros son.

V. — *(Góngora.)*

En el baile del ejido
(Nunca Menga fuera al baile)
Perdió sus corales Menga
Un disanto por la tarde.
Dicen que se los dió en ferias
Tres ó cuatro dias antes
El Píramo de su aldea,
El sobrino de su alcalde.
Los corales no valian
Los estremos que ella hace,
Y porque de cristal fuesen
Lloró Menguilla cristales.
¡Quien oyó, zagales,
Desperdicios tales,
Que derrame perlas

Quien busca corales!
Veinte los buscan perdidos,
Y no es mucho en casos tales
Que un perdido haga veinte,
Pues un loco ciento hace.
En el ejido los buscan,
Que yendo Menga á lavarse
Se los dejó entre la juncia
Del arroyo de los sauces,
Do en pago de su blancura
Menosprecian arrogantes
Las blancas espumas que orlan
El verde y florido márgen;
Que la nieve es sombra oscura
Y el marfil negro azabache
Con la garganta de Menga,
Coluna de leche y sangre.
¡Quién oyó, zagales,
Desperdicios tales,
Que derrame perlas
Quien busca corales!
Ya el cura se prevenia
De los antojos que saben
En rúbricas coloradas
Hacer las letras mas grandes,
Cuando albricias pidió á voces
Bartolillo con donaire,
Por haber hallado Menga
En sus labios sus corales.
Los ojos fueron de antojos
Los que descubrieron antes
En la juncia los claveles,
En la arena los granates.
Y viendo purpurear
Las rojas prendas del ángel,
Al son dijo del salterio
Que tañia Gil Perales:
— *¡Quién oyó, zagales,*
Desperdicios tales,
Que derrame perlas
Quien busca corales!

VI. — *(Romancero general.)*

Por los chismes de Chamorro
Desterrado y despedido,
Simocho, el pastor de Albano,
Se puso por regocijo
El sayo de entre semana,
Y de la fiesta el pellico.
Todo lo trueca por armas,
Que quiere salir lucido.
Galan sale del aldea
Con un gregüesco amarillo,
Jubon de lienzo casero
Con sus pestañas de rizo;
Del color de su ventura
Lleva un negro coletillo,
Que fuera blanco en un tiempo
Que la fortuna lo quiso.
Un bohemio verde lleva
Del tiempo del rey Perico,
Que aunque le tiene en los hombros,
Se va teniendo en sí mismo;
Que siempre larga esperanza
Se apolilla en el sentido,
Si no la sacan al aire,
Que se la lleve de frio.
Cabezon de puntas lleva
Almidonado de limpio;
La gorra con martinetes,
Los piés con juanetes finos,
Que lleva entre unos y otros
De su dama el nombre escrito;
Que Juana Nuñez se llama,
Hija de Pedro Francisco,
El que en la fiesta de Dios
Lleva el gigante mas chico,
Y otras veces la tarasca
Que hace llorar á los niños.
Desterraron á Simocho,
Porque Chamorro les dijo
Que hizo coplas á Juana
Y de Pascual su marido,
En que dijo sobre todo
Que no comia tocino,
Y que ella comia carne
En viernes como en domingo.
Por eso se va Simocho
Desterrado y despedido;
Sus enemigos se huelgan
Y llóranle sus amigos.
Acompáñanle piojos,
Ganado de los perdidos,
Que van con el desterrado
Acompañando el vestido.
Lleva una espada mohosa,
Y de una soga los tiros,
Media de lana morada,
Y sus ligas de pajizo.
Una pica lleva al hombro,
Porque su suegra le dijo
Que ha de ganar por la pica
Lo que perdió por el pico.
Con esto parte Simocho
Diciendo: — Dásemo un prisco
De Juanilla y de su padre,
De sus tios y sus primos,
Que tres ducados da el rey
Y á cuenta de ellos vestidos.
Irme quiero á las Italias,
Que tengo buen cuerpo y brio:
Llamaréme don Simocho,
Diré que soy bien nacido,
Quizá seré general
O mochilero de amigos;

Porque como de los puercos
Se hacen los obispillos,
Así tambien de los hombres
Los curas y los obispos.

VII. — *(Góngora.)*

Dejad los libros agora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras,
Que á fe que son para oir.
Yo soy aquel gentil hombre,
Digo aquel hombre gentil,
Que por su Dios adoró
Un ceguezuelo ruin.
Sacrifiquéle mi gusto
No una vez sino cien mil
En las aras de una moza
Tal cual es la pinto aqui.
El cabello de un color
Que ni es cuarto ni florin,
Y en la relevada frente
Ni azabache ni marfil.
La ceja entre parda y negra
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los del *quis vel qui*,
Entre cuyos bellos rayos
Se derriba la nariz,
Terminando las dos rosas
Fresca seña de su abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Y cada diente un aljófar
Que el alba suele vestir.
El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir
Mal haya yo si no vence
Al mas suave jazmin.
Con su garganta y su pecho
No tiene que competir
El nácar del mar del Sur,
Ni plata de Potosí.
La blanca y hermosa mano,
Hermoso y libre alguacil
De libertad y de bolsas,
Es de nieve y de neblí.
Lo demas, letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fe que me ha rogado
Que lo calle para mí.
Aunque por brújula quiero,
Si estamos solos aquí,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos,
Esto, señor, baste al fin;
Si hay serafines trigueños,
Ella es un serafin.
Pudo conmigo el color;
Porque una vez que la ví
Entre mas de cien mil blancas
Ella fué el maravedí.
Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta,
Y deja el blanco alelí,
Dos años fué mi cuidado
El que llaman por ahí
Los jacarandos respeto,
Los modernos tahelí;
En cuyos alegres dias
Desde el ave al peregil
Por esta negra Odisea
La Bucólica le dí.
Sus piezas en el invierno
Cubrió flamenco tapiz,
Y en el verano las mias
Andaluz guadamacil.
Hoy deseaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Tanto que en la Peña Pobre
Era ermitaño Amadis;
Pregúntale á mi vestido
Que riéndose de mí,
Si no habla por la boca,
Habla por el bocací.
Ya iba quedando en cueros
A la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho
De no tener y pedir,
Cuando Dios y norabuena
Me fué forzado el partir
A negocios de importancia
A la villa de Madrid.
Comencé á mentir congojas
A suspirar y gemir
Mas que viuda en el sermon
De su padre fray Martin.
Dijo que acero seria
En esperar y sufrir;
Fué despues cera, y si acero,
Ella se tomó de orin.
Tiernísima me pidió
Que ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor,
No quedase sin mastin.
Y así le dejé un mulato
Por espía y adalid,
Que me espió á mí en saliendo
Y se lo fué á ella á decir.
Púsome el cuerno un traidor
Mercadante corchapin,
Que tienen bolsa en Oran,
E ingenio en Mazalquivir,
Rico es y mazacote

De los mas lindos que ví;
Precioso, pero pesado
Como palo de Brasil.
¡O interes, y cómo eres
O por fuerza ó por ardid
Para los diamantes sangre,
Para los bronces buril!
Déme Dios tiempo en que pueda
Tus proezas escribir,
Y quítemelo en buen hora
Para los fechos del Cid.
Y vos, tronco, á quien abraza
La mas lujuriosa vid
Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir,
Vivid en sabrosos nudos,
Y en dulces trepas vivid:
Que yo viviré á pesar
De algun necio paladin.

VIII. — *(Romancero general.)*

Topó al ciego virotero
Con su carcax y apatuscos
Un arriero taimado
Entre los piés de sus mulos,
A dos leguas de Madrid,
Durmiendo entre juncia y juncos,
Orilla de Manzanares,
Una mañana de junio.
Paró la recua, y miróle,
Viéndole helado y desnudo,
Y tentándole las plumas,
Dijo: — ¡Gentil avechucho!
Cargar quiero con sus bienes,
Que será posible alguno,
Por ser ave estraordinaria,
Pagármela por de gusto;
Pero no sé si lo acierto,
Que parece un mal lechuzo,
Y mas si es este el que llaman
El dios de los vagamundos.
Mejor será despertarle
Sin hacerle mal ninguno,
Y saber á do camina,
Y si es como ciego mudo:
Ola, muchacho, despierta,
Que estás aquí mal seguro,
Y te quitarán la capa
Los ladrones, que andan muchos. —
Dióle una grande risada
Al isleño, cauto, astuto,
Y dijo: — Cubríos con ella,
Que buen invierno os anuncio.
— Mejor me está mi manchega
Con que me arrebozo y cubro.
Le respondió el arriero:
Que la vuestra está sin jugo.
¿Dónde caminais, mocito,
A pié y con tan huecos humos?
— A Valladolid, hermano,
Y por la calor madrugo.
— No os dará mucha la ropa,
Ni las costuras disgusto,
Ni aun dareis en la camisa
Por cien ducados un nudo.
Alto pues, andad allá,
Si gustais que vamos juntos,
Que no os faltará una enjalma,
Y de pan cualquier mendrugo. —
Levantóse y caminaron,
Y á poco trecho que anduvo,
El arriero espantado
Dijo al muchacho: — Pregunto,
¿Sois volteador por ventura,
Hijo, que vestis tan justo?
¿Sois espantajo, ó corito,
O cosa del otro mundo?
¿Decidme quien sois, os ruego?
Que es verdad que estoy confuso,
Que aunque teneis buena cara,
El talle es fuera del uso.—
El bellaco del mozuelo
Respondió risueño al punto:
— Necio sois para arriero,
Si puede haber necio alguno.
Yo soy el hijo de Vénus,
Que de los reyes me burlo,
Cuyas coronas y cetros
Con este arquillo trabuco.
No hay hombre que se me escape,
Ni se esconda si le busco;
Y aun sobre las mismas nubes
Tras él por los aires subo.
Agora voy á la corte,
Adonde yo os aseguro
Que mas de cuatro reposan,
Que aguardan trances bien duros.
— Doite al diablo por rapaz,
Aguilocho, grulla ó buho,
Si no diera por no verte
De mi recua el mejor mulo.—
Con esto á la Torre llegan
De Lodones, donde al punto
Dieron cebada, y picaron;
Mas el niño resoluto
Dijo: — Caminad, amigo,
Que me es el sol importuno,
Y quiero en aqueste pueblo
Hacer noche por mi gusto.
Yo os alcanzaré despues,
Y aun que os pesará barrunto,
Que aun se está la deuda en pié
En que el toparos me puso. —
Volvióse al meson con esto,
Adonde á un rincon se puso,

Hasta que le vido lleno
De gente de todo rumbo,
Donde se rieron de él,
Y él de suerte lo dispuso
Con sus trazas de embaidor,
Que sembró llanto profundo.
La mesonera se abrasa,
Sus hijas pierden los pulsos,
Arde la moza gallega,
Y da por cebada humo.
Los huéspedes se alborotan,
No quiere cenar ninguno,
Solo cena el inocente,
Mirando aquel caos confuso,
Y satisfecho levanta
El vuelo en el aire puro,
A pagar al arriero,
Que le ama en grado sumo.
Dióle con una corita
Con mas boca que un pantuflo,
Con quien se quedó en la venta,
Que pasar de allí no pudo.
Y siguiendo su viaje,
Con vuelo presto se puso
En la pinciana ciudad,
Tan celebrada en el mundo.

IX. — *(Romancero general.)*

Escúcheme, reina mia,
Así Dios le dé salud,
Le cantaré una letrilla
En templando mi laud.
Quiero, señora, que entienda
Que en mi tierna juventud
Me doy, no á vicios como otros,
Sino á seguir la virtud.
Muy de ordinario mi canto
Comienza en ge, sol, re, ut,
Teniendo siempre tres puntos
La llave del cefaut.
Ese es mi entretenimiento,
Y será hasta el ataud,
Porque enderezo mis obras
Por un estremado azud.
En pié estaré, aunque me canso,
Sino préstame un almud,
Que aquí la letra comienza
Conforme á su senectud.
Recordedes, niña,
Con el albore,
Oiredes el canto
Del ruiseñore.
No finqueis dormida,
Fembra enamorada,
Pues el alborada
A amar vos convida.
Pues sois tan garrida,
Salí al balcone,
Oiredes el canto
Del ruiseñore.
Ponedvos, señora,
El vuestro briale,
Que cuido que iguale
En gracia al aurora.
Fincad á la hora
En el corredore,
Oiredes el canto
Del ruiseñore.

X. — *(Góngora.)*

Por una negra señora
Un negro galan doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
Hablóle una negra noche,
Y tan negra que parece
Que de su negra pasion
El negro luto le viene:
Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas y verdes,
Negras tambien las clavijas
Por ser negro el que las tuerce.
— Negras pascuas me dé Dios
Si mas negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe. —
La negra señora entonces,
Enfadada del negrete,
Con estas negras razones
Al galan negro entristece:
— Vaya muy enhoranegra
El negro que tal pretende,
Pues para galanes negros
Se hicieron negros desdenes. —
El negro señor entonces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuése.

XI. — *(Romancero general.)*

Subieron á Geromilla
Sus padres, que no debieran,
De zapatillo ordinario
A chapin, servilla, y media.
Como se vió sobre corcho,
Dió en liviana de ligera,
Nuevos alientos cobrando,
Que la van parando hueca.
Los ojos puso en un jóven,

Que dejando las escuelas,
Vino á el lugar con mas grados
Que tiene toda la esfera.
Vió sus patentes doradas,
Con muchas listas bermejas,
Y como toro en el coso
La pobre niña se ceba.
A los segundos recaudos
Los concertó una tercera,
Y en menos de un cuarto supo
Todas sus partes y letras.
Y sintiéndose con brios
De música y de poeta,
Al son de una guitarrilla
Compuso y cantó esta letra:
—Con amor que vuela
Me volé á la escuela.
Paséme de un vuelo
De libre á sujeta,
De moza á casada,
De encogida á suelta.
Prestóme sus alas
Amor con que vuela,
Y volé á la escuela.
Mostróme el amor
(Norabuena sea)
De mil nuevas ansias
Unas Indias nuevas,
Un mar de aficiones,
Y un pozo de ciencia,
Y volé á la escuela.
Crióme mi madre
A su sombra de ella
Con freno importuno,
Sin mostrarme espuela;
Pero descuidóse
En la centinela,
Y volé á la escuela.

XII. — *(Romancero general.)*

Voto á Dios, señor Cupido,
Que es notable desvergüenza
Hacer voacé pepitoria
Con un hombre de mis prendas.
Pensé que eramos amigos
En el valle de Pisuerga,
Porque cuando él no va vuelto
Es la ganancia mas cierta.
Mas pues se corta las uñas,
Sirviendo yo de tijera,
Y hemos rompido las paces,
Entremos los dos en cuenta.
No soy como aquel garzon,
A quien el vulgo celebra
Por un Píramo en amor,
Y un santo Job de pacioncia;
Aquel que de Manzanares
Adora una ninfa bella,
El cabello azafranado,
Que el sol envidia sus hebras.
Cada noche le envia el alma,
Con mil suspiros envuelta,
Que de puro andar caminos
Son del amor estafetas.
Recibe su voluntad,
Y al momento se desecha,
Sin dar paga á sus servicios,
Ni á sus papeles respuesta.
A este le muestra amor,
A aquel su favor le muestra,
Haciendo al pobre ordinario
De tanto amor centinela.
Estando el mundo cual pinto,
Que ya la niña es maestra,
Y la que de diez no pasa
Pone de amantes escuela,
¿Porqué de lince sin vista
Al alma libre y esenta
La quieres meter esclava
Con el golpe de tu flecha?
Ya se pasó aquesta edad,
Cuando Urraca con Jimena
Se juntaban á labrar
Sus derechuelos las fiestas;
Cuando el infante don Olfos,
Mancebito de cuarenta,
Por lo bueno y por lo santo
Daba rosarios á Menga.
Ya vino la edad de hierro,
Donde la mejor doncella,
Aguardando los maitines,
No está rezan lo completas.
Agora las faldas largas
Como á pobres menosprecian,
Presas á los eslabones
De trencillos y cadenas.
En mas estima Belisa
(Y no se precia de necia)
Cualquiera dádiva en prosa,
Que mis octavas discretas.
¿Qué le importaba á Marfisa,
O qué le importaba á Celia
Las mantillas de mi musa
En mil conceptos envueltas?
¿En qué estimará mi Daifa,
Que en la tumba de una iglesia
Arrime mis cuatro cuartos
Para contemplar sus trenzas?
¿Que limpiando mi sotana,
Y puliendo mi arandela,
Me salga á ver su caraza,
Dando sin danzar dos vueltas?
¿Que despues me vaya á casa,
Y en un papel de costera,
Fingiéndome enamorado,

La llame Circe y Medea?
Vaya el diablo para malo,
Entremos, reinas, en cuenta,
Que de curtido en amor
Soy dotorado en la ciencia.
Yo quiero meterme á amante;
Mas antes quiero que sepan
Las gracias que me acompañan
Y las faltas que me cercan.
Yo soy un mozo trigueño,
Sin cerrar bien la mollera,
La barba á lo nazareno,
Y zambo de la una pierna.
Mis ojos no se divisan,
Y la nariz es tan luenga,
Que en si es trompeta ó nariz
Hay opiniones diversas.
Debajo tengo la boca,
Que no fué gracia pequeña
Caber en tan poco espacio
Una cosa tan inmensa.
Soy un poquito espigado,
Aunque la cintura gruesa,
Y de un cordoban entero
No hay zapatos que me vengan.
Traigo los bajos curiosos,
Unas calzas de estameña,
Con unas bragas tan justas
Que al bajarme se revientan.
Taño bien una guitarra
Cuando le faltan las cuerdas,
Y cuando estoy en ayunas
Rebuzno por escelencia.
Soy astrólogo algun tanto,
Y sé tanto de esta ciencia,
Que digo cual es la luna
Entre las demas estrellas.
Pinto sobre un unicornio
Mis amorosas tragedias,
Que por ser vírgenes siempre
No caen sobre otra materia.
Una cosa tengo mala,
Tras de tener tantas buenas,
Que soy tocado contino
Del frenesí de poeta.
Al fin yo soy este propio;
Si acaso el mozo contenta,
A cualquier hora me avisen,
Daré de mi valor muestra.

XIII. — *(Romancero general.)*

Pues vuestra merced se casa,
Por muchos años y buenos
Goce el nuevo desposado,
Que mejor dijera viejo.
Unas canas venerables
Valen mucho en este tiempo,
Que son honra de la patria,
Y madre de los consejos.
No le faltará que hacer,
Llevando tal sobrehueso,
Para sudar en verano
Y para helarse en invierno.
Desde aquí se lo perdono,
Aunque no á mi pensamiento,
Pues que le he dado materia
Que la encone con mis versos.
Mis quejas y sus querellas,
Mi castigo y su tormento,
Su grave culpa y mi pena,
Muy buen monipodio han hecho.
Las de mi parte se acaban,
Como el humo sin el fuego;
Las de la suya comienzan
Como el frio con el hielo.
Dése un verde este verano,
Que el que viene será enero,
Y me podré yo alabar
Que fuí pronóstico cierto.
Verificaráse agora
Su tibieza y mi recelo,
Pues no me podrá negar
Que come, mas no pan tierno.
Sus holgadas libertades,
Que andaban ayer en pelo,
Agora andarán en canas:
En fin castigo del cielo.
Quien todo lo menosprecia
Siempre topa su desprecio,
Y en equívoco sentido
Se suele quedar en seco.
Su nuevo galan, señora,
Ni es hermoso ni discreto,
Ni gentil hombre ni afable,
Dejado el no ser mancebo.
Afórrese su merced
Con esa carga de huesos,
Que si ayer la llamé gloria,
Hoy la llamo cementerio.
Quien la viere y quien le viere,
Ella moza, y él tan viejo,
Con razon podrá decir
Que es el mundo grande necio.
Si fuera para dos dias,
Era tolerable el yerro,
Aunque dúdolo en tal parte
Si habia de llegar á medio.
Un consuelo quiero darla,
Y agradézcame el consuelo,
Que junto con el marido
Lleva padre y escudero.
Mugeres tan prevenidas
Dignas son de tan buen premio,
Y que tantos servidores
Tengan en solo un sugeto.

Bien á fe se ha prevenido
(Aqueso no se lo niego)
De esposo para su gusto,
Padre para su gobierno.
Será el aficion doblada,
Será doblado el contento;
En secreto de marido,
Y en lo público de abuelo.
¡Dichosa vuestra merced,
Pues la quiere tanto el tiempo,
Que satisface con canas
A sus tocas de respeto!
Virtud es y harta virtud
Llevarlo tan por lo cuerdo,
Que por un anciano honrado
Deje mil mozos traviesos.
¿Pero para qué me canso,
Si ya no tiene remedio,
Y el yugo del matrimonio
Mientras se vive es eterno?
Esto es lo que á mí me venga,
Y quien la da el pago es esto:
Pues que se acaba mi pena,
Sin acabarse su yerro.

XIV. — *(Quevedo.)*

Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estaba, cuando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
Alumbraban á la tierra,
Que por ser yo el que nacia
No quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debajo de Libra,
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor le fundo
En las madres vendederas.
Dióme el Leon su cuartana,
Dióme el Escorpion su lengua,
V... el deseo de hallarle
Y el Carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no en aqueste mundo
A engendrar mas hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta
Segun ha sido de negra;
Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena
Que aunque la piense de tajo
Al reves no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Y para que vean los ciegos
Pónganme á mí á la vergüenza,
Y para que cieguen todos
Llévenme en coche ó litera.
Como á imágen de milagros
Me sacan por las aldeas,
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo porque llueva.
Cuando alguno me convida
No es á banquetes ni fiestas,
Sino á los misacantanos
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
A todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caerse una teja;
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí
Me hace prestarle paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar
Y la hallo en las tabernas;
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio
Porque sé por cosa cierta
Que en siendo yo calcetero
Andarán todos en piernas.
Si estudiára medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curára yo,
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme en dote al diablo
Con una muger muy fea.
Si intentára ser cornudo

Por comer de mi cabeza,
Segun soy desgraciado
Diera mi muger en buena.
Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean,
Zapateros que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con frio,
Se abrasa en fuego la tierra
Y en llevando guardasol
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna muger
Y le digo mil ternezas,
O me pide ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
Ahorro cualquier limpieza,
Calquiera bostezo es hambre,
Cualesquier color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos
En mí cualquier encomienda.
Para que no esten en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo solo basta,
Pues con esto estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algun bien
Y no vivirá hora y media:
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase
Mi humildad á tu soberbia.
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera
Como otros tu pretendiente,
Vine á ser tu pretenmuela. —
Aquesto Fabio contaba
A los balcones y rejas
De Aminta, que aun de olvidarle
Han dicho que no se acuerda.

XV. — *(Romancero general.)*

Galanes, los que teneis
Las voluntades cautivas
En el Argel de unos ojos
Que la voluntad os privan;
Los que á los soles de agosto
Y á la escarcha de Castilla,
Sois en invierno y verano
Medio hombres y medio esquinas;
Los que hilando los bigotes
Y alzando el cabello arriba,
Idolatreis una necia
Detras de una celosía,
Oid un cofrade vuestro
Que se escapó de la liga
Hoy hace treinta semanas,
Un miércoles de ceniza.
Salud y gracia: sepades
Que me ví por una ninfa
No dormir en treinta noches,
Ni comer en cuatro dias.
Tropecé en un desengaño,
De suerte que la caida
Me costó dentro de un mes
Dos purgas y seis sangrías.
Ya vivo como arancel,
Ya no soy quien ser solia,
Ya duermo y como á mis horas,
Ya ando mostrenco en la villa.
Tararira,
No tiene el rey tal vida.
Ya me levanto á las siete,
Y puesta camisa limpia,
Me miro y pongo al espejo
Bien ó mal las lechuguillas.
Ya no me aprieto el zapato,
La cuera ni la ropilla;
Ya llevó las medias flojas
Y mal atadas las ligas.
Almuerzo como un tudesco
Despues que vuelvo de misa,
Si es verano en el jardin,
Y si invierno en la cocina.
De setiembre á Navidad
Como bandujo y morcillas,
Y desde diciembre á enero,
Rico solomo y salchichas.
Las turmas de mayo á mayo
Como con lunadas fritas:
Y desde mayo hasta agosto
Pernil flambre con guindas.
Bebo con nieve y aguado
Cuando hay calor escesiva;
Pero cuando el tiempo hiela
Como el Redentor lo cria.
A las once como siempre
La olla de una ama limpia,
Con algun torrezno asado
Y con otra niñería:
Si hay palomino la pierna,
Si hay cabrito las costillas,
Si gallina la cadera,
Y si perdiz la tetilla.
Tararira,
No tiene el rey tal vida.
Cuando dicen que á doña Alda
Dió don Juan una basquiña,
Echole calzas de tonto,
Aunque venga de la China.
Cuando quieren reñir dos,
Sobre quien priva ó no priva,

Pregunto dónde ha de ser,
Y qué ventanas se alquilan.
Cuando veo algunas damas
De las de coche y vajilla,
Riome de aquellos tontos
Pobres por hacerlas ricas.
El gusto traigo de mezcla,
Porque donde una vez pica,
No volviera sí me diesen
El tesoro de las Indias.
Cuando encuentro por las calles
Los ministros de justicia,
Me acuerdo de los tejados
Por donde anduve en camisa.
Traigo con llave la espada,
Y con antojos la vista,
Y en la punta del puñal
He puesto una zapatilla.
Tararira,
No tiene el rey tal vida.

XVI. — *(Romancero general.)*

Oid, amantes noveles,
Los que en mitad del invierno
Entre las once y las diez
Andais hechos estrelleros;
Los que mirando á una reja
Se os pegan los piés al suelo,
Idolatrando en su gusto
Como en imágen del templo;
Los que mirando unos ojos
Zarcos, azules ó negros,
Destilan los vuestros agua
Del alquitara del pe ho;
Los que mirando unos lazos
De negro ó de rubio pelo,
Dejais colgar vuestras almas
Del mas delgado cabello;
Los que adorais unas manos
Blancas por virtud del sebo,
Que cuando el sebo les falta,
Serán azabache negro:
Oid, que os quiero contar
Del niño amor los enredos,
Y sirva mi voz de antorcha
Que alumbra cuidados ciegos.
No pongais jamas los ojos
En mugeres de este tiempo,
Que son caballos de Troya,
Sepultura de los griegos.
La que mas dice que os quiere,
Esa os engaña mas presto;
Y la que mas os alaba
Santiguadla desde lejos,
Que si la ofreceis el alma
Cifrada en un camafeo,
Dice que le dais alquimia,
Y que no se acuerda de ello.
Ya pasó el tiempo dorado,
Y vino el de alquimia y hiero;
Ya se murió Cleopatra,
Tisbe, Dido, Elena y Ero;
Ya fenecieron aquellas
Que hicieron por ejemplo
Sacrificio de sus vidas,
Y tragedia de sus cuerpos;
Ya no hay damas que se maten:
Mas hay amadores tiernos
Que parecen trasnochados
Fantasmas de cuerpos muertos.
Ya no hay mugeres que lloren
Ni den lágrimas al viento;
Y son, si algunas derraman,
Pocas, fingidas y á censo.
La muger mas ignorante
Y la de mas torpe ingenio
Hace burla de Belardo,
De Quirando y de Riselo.
Ya son las damas de ahora
Medusas del tiempo viejo,
Y de catorce ó quince años
Son Celestinas del nuevo.
Ya saben hablar frances,
Italo, inglés y caldeo,
Bergamasco y valenciano,
Portugues, morisco y griego:
Ya saben pedir callando
La basquiña y el manteo;
Ya son escrituras mudas
Que hablan en su derecho.
Guárdense los que comienzan
A seguir al niño ciego,
Y tomen ejemplo en mí
Y en escarmentados necios. —
Aquesto Erbano cantaba
En su templado instrumento,
Diciendo á las cuerdas locas
La pena del dueño cuerdo.

XVII. — *(Romancero general.)*

Yo tuve con cierta doña
Mas de cuatro veces flujo
De voluntad solapada,
Y de embelecos al uso.
Era la tal mi señora
Amiga de cascos lucios,
Eminente caprichosa,
Tentada de amor y rumbo.
Enojábase de ver
Una brizna de descuido
En el alma ó en los ojos
De quien cursaba su estudio.
Cuando comencé á querella,
Como si fuera Licurgo,

Quebró mis holgados fueros,
Y estrechas leyes me puso.
Mis cerriles libertades,
Con silla y con freno duro,
Siguiendo sus ligerezas,
Corrió mas que el potro lucio.
Como si para beberme
Me quisiera, así me tuvo
Muchas noches al sereno,
Hecho fantasma de muchos.
Y con arrojarme un guante
Viejo y oliendo á mil untos,
A mi parecer me enviaba
Mas consolado que sucio.
Ordenó que mis cuidados
Fuesen la muger de Bruto,
Que vivas llamas tragasen
Por cualque amoroso humo.
Y sabiendo que yo he sido
Un glotonazo Epicuro,
Con una mano pensaba
Hartar mi carnal ayuno.
Yo que (á Dios gracias por ello)
Soy un poco verde oscuro,
Quinolero de repente.
Escribíle estos rasguños;
— Muy elevada señora:
Viendo del tiempo caduco
Las señales que nos muestran
Troya, Cartago y Sagunto,
Y que antes vivian los hombres
A cien años, y á lo sumo
Los Matusalenes nuestros
Si viven cincuenta es mucho,
Quiero que mire las cosas
Que establezco, ordeno y juro,
Porque mude de favores,
Pues yo de esperanzas mudo.
Si una mano mas ó menos
Mi verdor se viere mustio,
Y en flor sus melindres necios,
Que me lleven loco al nuncio.
Si cuatro veces pasare
Por calle que no dé fruto,
Por las públicas me saquen
Dando que hacer al verdugo.
Si mas me billeteare
Con señora de este mundo,
Que me llame bien y entrañas,
Las mias las cene un buho.
Si de doncella voltaria,
Mas escribana que Julio,
Quisiere yo matrimonio,
Que Júdas nos eche el yugo:
Si hiciere punto de honra
En ser primero ó segundo
En el amor y en la plaza,
Que sea mi borla un chuzo.
Y mi poder otorgando
A los cofrades del gusto,
Quiero que el mio reformen,
Atento que ya no sufro.
Si así me quieren las graves
Ora mojado, ora enjuto,
A sus arrogantes aras
Ofrezco mi pobre culto.
O sino de arriba abajo
Mi persona restituyo
A las fáciles fernezas
Que absuelven de mil descuidos.
A Dios, mi altiva señora;
Porque ha gran rato que ocupo
La pluma en sus necedades,
Y en pensarlo me atribulo.

XVIII. — *(Romancero general.)*

Cantó aquel barbon famoso,
Que un cántaro en un balcon
Pensando que era su ninfa
Una noche enamoró.
Respondióle el vice-dama,
Y no cause admiracion,
Si hay fuentes murmuradoras,
Que haya cántaro hablador.
En demandas y en respuestas
La plática se entabló,
Y estas formales palabras
Del cantariloquio son.
—Disfrazado vengo á veros
Por mas disimulacion.
—Bien estais desconocido,
Pero mal conocedor.
— ¿Cómo os hallais? — Achacosa,
Porque el beber me causó
Una cierta hidropesía
Envuelta en opilacion.
— Mucho lo siento. — Seguro
Nadie de achaques se vió,
Que como somos de barro
Vivimos en sujecion.
— Tomad, señora, el acero.
— ¿Cómo, si tengo temor
Que los hierros de esta reja
Me acallen de algun chichon?
— No temais, mi bien, que un ángel
Debe tener mas valor.
— Aun no llego á ser quebrado
Y ya requebrado soy.
— ¿Qué dices, ojos serenos?
— Serenos, teneis razon,
Que serenos os parezcan,
Pues serenándome estoy.
— Por vos muero, vida mia,
Y vivo solo por vos.
— No me digais por vos vivo,

Por vos bebo que es mejor.
— A mi ruego os inclinad,
Que se abrasa el corazon.
— Pues á fe que si me inclino,
Que yo os mitigue el ardor.
— Arde un volcan en mi pecho
Del fuego de mi pasion.
— Yo os apagaré el volcan
Volcándome sobre vos.
— Vos sois mi cuarto elemento.
— Los cuatro están en los dos:
La tierra y el agua en mí,
El fuego y el aire en vos.
— Quiero una música daros,
Si es de vuestra inclinacion.
— ¿No la ha de ser si mi nombre
De cantar se derivó?
— ¿Haceis alguna persona
Partícipe en nuestro amor?
— Nunca para mis amores
Cobertera me faltó.
— ¿Podré una mano tomaros?
Dadme este gusto por Dios.
— ¿Para qué quereis mis gustos,
Si todos aguados son?
— Sois cruel. — Qué mas piadosa
Me quereis, si ejecutor
Siempre de una de las obras
De misericordia só?
— No hallaré muger mas bella
En cuanto circunda el sol.
— Aunque la mandeis hacer
En la villa de Alcorcon.
— Quiero haciendo mil estremos
Que conozcais mi aficion.
— No teneis para que hacellos,
Por quien nació en Estremoz.
— ¿Qué me mandais, alma mia,
En que muestre mi pasion?
— Alma vuestra me llamais,
Alma de cántaro sois. —
Y cuando en términos tales
Iba la conversacion,
Llegó una moza por agua,
Y un tapaboca le dió.

XIX. — *(Romancero general.)*

No quiero amores tan libres,
Que me puedan sugetar,
Si de muger lisongera
Quiero esperanzas de hoy mas.
No quiero comprar favores
A peso de mi pesar,
Que quien no guarda fe á uno
A nadie la guardará.
Escúchame un rato atenta,
Enemiga desleal,
Que eres ángel en la vista,
Y en las obras Satanas;
Pues con desfogar mi pena
Mi pecho descansará,
Que al fin no lastima tanto
Si se comunica el mal.
No te enoje lo que digo,
Que deseanso con hablar,
Porque soy perro con rabia,
Que muerde á quien quiere mas;
Que si he mostrado quererte,
Es porque sepas que hay
Quien sabe tanto en fingir,
Como tú en disimular;
Y que sufro mil agravios,
Aunque los sé sufrir mal,
Por vengarme de mugeres,
Cuando se quieren burlar,
Que aunque me ha obligado mucho
Ese rostro angelical,
Las maldades de tu pecho
Desobligado me han.
Que si como me mostraste
Quererme, fuera verdad,
Sin duda que te adorara
Como si fueras deidad.
Pero acogióme tu pecho
Con fingida voluntad,
Y viéndome aficionado
Se me quiso retirar.
Y porque me vió picado,
Como si entrára á jugar,
Pensó que por desquitárme
Me ganára lo demas.
Sepa pues, señora mia,
Que no me suelo picar,
Tanto que aunque soy tahur,
Perdido lo sé dejar.
Y vuesa merced bien sabe
Que no he sido tan azar,
Que no me han salido encuentros
Con que podelle topar.
Empero soy tan cortés,
Que en cosas de voluntad
Jamas lás quiero por fuerza,
Aunque las pueda forzar.
Si es que me envidó de falso,
Tambien, señora, sabrá
Que siempre juego á primero
En el querer, y dejar;
Y si va á quínola doble,
Tambien me sé descartar,
Que con puntos diferentes
Nunca echo el resto jamas.
Y aunque el contrario me envide,
Y tenga el siete y el as,
Porque no me acuda el seis
No me tengo de ahorcar;

Y así porque me conozca,
La quiero desengañar.
Que si sabe en juntar mucho,
Yo sé mucho en barajar.
Y que por largo que juegue,
Y sepa mas en doblar,
Tambien sé jugar doblado,
Si me quiero aventurar.
Pues de cosario á cosario
No se me podrá llevar,
Sino solo los barriles,
Cuando negociase mal.
Pero fie de mi pecho,
Que tiene tanta bondad,
Que sabrá satisfacerse
De quien ofendido le ha.
Y aunque mi aficion sea mucha,
Es tan grande tu maldad,
Que lo que era antes perder,
Por ganancia tengo ya.
Ya sé que no te da pena,
Aunque algun tiempo podrá,
Que las burlas del amor
En veras suelen parar.
Del que me ha hecho tu retrato
Bien me pudiera pagar,
Pero á quien bien he querido
Jamas le puedo hacer mal.
Que hasta en esto mis entrañas
Muestran bien su natural,
Y la bondad que descubre
El toque de tu maldad.
Basta haberte conocido,
No quiero venganza mas,
Que cuando esto no bastare,
El tiempo me vengará.
Y pues estoy sin pasion
Y tú sin pasion estás,
Retirémonos, señora,
Antes que perdamos mas.

XX. — *(Romancero general.)*

¡ Ventanazo para mí
Despues de un año de ausencia!
Mal año para mis ojos,
Si os vieron á vos ni á ella.
Quebraránseme las manos,
Hermosa niña de á treinta,
Primero que á la ventana
Subieran á ver las vuestras.
Por nuestro Señor, que estuve
Por daros con una teja,
A no saber que hay en casa
Un majadero de piedra,
Que necio y favorecido
Yo no dudo que saliera
A vengar el tuerto hecho
A la vuestra delantera.
Mas respetando los picos
De vuestra honrada chinela,
Acogíme á San Miguel
A rezar en vuestras cuentas.
Y do todo aquel recibo
De fe falsa y obras muertas
Hallo que os tengo alcanzada,
Y que os alcanza cualquiera.
Y si de esto estais quejosa,
Y estuvistes satisfecha,
¿ Porqué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?
Hame dicho cierto amigo
Que me heci tes harta afrenta,
Porque habeis dado en beata,
Y decis que sois doncella.
Beata con lechugillas,
Y que á media noche reza
Amorosas devociones,
No quiera Dios que la crea;
Que de su vida y milagros
Los que la tratan se quejan,
De haber llevado hartas partes
Brazos y piernas de cera.
Respondeis que hecistes voto,
Estando ociosa una fiesta,
De castidad incurable,
De que siempre andais enferma.
¡ O voto lleno de filos,
O por ventura de mellas!
Pues ya no hay sangre que corra,
Cortad deseo y vergüenza;
Que si dan tormento á indicios,
Yo sé muchos que confiesan
Que orillas de Guadiana
Apacentaron sus yeguas.
Y si entre tantos testigos
Se conociese mi letra,
¿ Porqué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?
No importa, hermosa beata,
Huélguese su reverencia;
Que ya sé que dije prima,
Cuando ella rezó completas.
Que el zapato que desecho
Yo me huelgo que le venga;
Pues ya ni será tan justo,
Aunque piense que le aprieta.
Ya he sabido que es bonete:
Para bien, señora, sea,
Y tan lozano de cola
Que en vos deshace mi rueda.
¡ Qué contento quedaria,
Pues no ha sido cosa nueva,
De verme cerrar el cielo
Donde ví vuestras estrellas!
Que como yo no soy niña

Que de mañana soy vieja,
Al que espera vuestra gloria
No quisistes darle pena.
Colérico estoy por Dios;
El ponga tiento en mi lengua,
Que aunque allá distes el golpe,
Dentro del alma me suena.
No quiero ser vuestro Páris,
Ni que vos seais mi Elena,
Aunque tuviera mas fuego
Que Troya tuvo por esta.
Ya, enemiga, me declaro;
Que la sangre se me altera,
Y el son de aquellas ventanas
Me toca al arma en las venas.
Desengaños de palabras
O de papel buenos fueran;
Pero sabed que son malos
Desengaños de madera.
Y pues lo estábades vos
De que yo era mal poeta,
¿Porqué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?

XXI. —*(Romancero general.)*

Cierta dama cortesana
De las de arandela y toldo,
De las de buen talle y pico,
Y pícara sobre todo;
Picóla con sus saetas
Amor, de amores de un mozo
Mas que Narciso galan,
Y mas que galan zeloso.
Gozó della algunos dias,
Sin pechar que no fué poco;
Porque es la primer franqueza
Que en sus archivos conozco.
Cobróla el ninfo aficion,
Y puso su bolsa en cobro,
Porque con sola su gala
Pensó conquistallo todo.
Pidióla zelos un dia,
Y á vueltas del alboroto,
Algo enojado el galan,
La dió un puntapié en el rostro.
Ella, que nunca habia visto
Semejantes terremotos
En el cielo de su cara,
Tocó á nublo y conjuróles;
Y fué la conjuracion
Que en yéndose de allí á un poco
Le escribió aqueste papel,
De que yo doy testimonio.
— Deje zelosas sospechas,
Que vive Dios que es un tonto,
Quien no dando todo el gasto
No piensa pasar por todo.
Huélguese pues que le dejan,
Y juegue, pues vamos horros,
Y aunque encuentre mil encuentros,
No me baraje uno solo.
Y sepa vuestra merced
Que calzo, que visto y como
A costa de mis costillas
Por ser tan flacos sus lomos.
Y entienda que es necedad
Pretender con sus adornos,
No siendo marques del Gasto,
Ser conde de Puñoenrostro.
Sepa que ya con las damas
Un metal que llaman oro
Es el discreto, el galan,
El gentil hombre, el gracioso.
Por este metal que digo
Habla el mudo y anda el cojo,
Alcanza el que está sin brazos,
Y es de pluma el que es de plomo.
Por aqueste, hábitos verdes,
Y descendientes de godos,
Dan su lado á quien los tiene
En campo amarillo rojos.
Por este amable metal
En maridable consorcio
De bien diferentes sangres
He visto yo hacer mondongo.
Por este arbola bandera
Quien en su vida vió moro,
Ni sabe qué es centinela,
Rebellin, trinchera ó foso.
Da varas sin ser juez,
Y cátedras sin ser voto,
Y si quiere hará verdad
A Ovidio Metamorfosios.
Pues si este ¡ por quien se alcanza
Cualquiera premio dichoso,
A vuesa merced le falta,
Y yo en el mundo no sobro,
¿Porqué se mete en honduras,
Adonde el mar es tan hondo,
Que suele anegarse en él
Un hombre, aunque sea de corcho?
Con las damas de este tiempo
Es muy sabido negocio
Que por un Magno Alejandro
Trocarán catorce Apolos.
Pasó ya el dorado siglo
Que Angélica con Medoro
Se gozaban en la selva,
Pagando un amor con otro.
Belerma muy afligida,
Hechos fuentes ambos ojos,
Lloraba cinco ó seis años
Sobre el corazon mohoso.
Gastaba la gran Cleopatra
Sus tesoros con Antonio,

Dábase Tisbe la muerte,
Y llevábala el demonio;
Catalina por Pascual
Andaba catorce agostos,
Y al fin dellos sus amores
Paraban en matrimonio.
Ya está tan mudado el tiempo,
Que aun negras de Monicongo
Se van tras el interes,
Y dan al amor del codo.
Yo por un poco fuí necia,
Mas basta la burla un poco;
Busque si encuentra otra boba
Con quien él sea menos bobo;
Y con ella su merced
Sea mudo, ciego ó sordo,
Que á todo aquesto se obliga
Quien quiere mucho y da poco.—
Leyó el galan el papel,
Y dijo entre risa y lloro:
— Quien zelos no tiene, es simple;
Y quien los pide, es un loco.

XXII. — *(Góngora.)*

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado:
Y con mil ansias abierto.
Y en fe de los treinta escudos
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia
Disimulados y envueltos,
Os envío ese inventario
De las partidas que tengo,
Que es como si os enviára
Las del infante don Pedro;
Porque en materia de escudos
Solo tengo un paves viejo,
Y en moneda de reales,
Yo soy de un lugar realengo.
Y cuanto á las alcabalas
Tengo un grande privilegio,
Que como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.
De los navíos de Indias
Poderosos y soberbios,
Me viene la dulce nueva
Como llegaron al puerto.
Cúpome de particion
De molinos de agua y viento,
El molino de mis dientes,
Que no muele á todos tiempos.
De dehesas y cortijos,
Viñas, huertas y majuelos,
Me cupieron los caminos,
Y la ciudad por linderos.
No se me quejan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Al fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un Agnus Dei de alquimia
Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es, señora, de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata;
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena
Que heredé de mis abuelos.
No tengo paños de corte,
Mas no me faltan enteros,
Porque ya tengo la corte,
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
En cosas dulces, Canarias
No iguala la que poseo,
Pues gozo una linda sarna,
Rascada con cinco dedos.
Al fin que, señora mia,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo solo un cuarto,
Muera de cuatro contrecho.
Sin duda que se hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hambre en mí influyeron.
Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo.

XXIII. — *(Romancero general.)*

Señora doña Fulana,
Para alivio de mis penas,
Y remate de mi amor,
Dos cosas quiero que entienda:
La primera que el ser bobo
No me viene por herencia;
Y la segunda que tengo
En el alma tres potencias.
Es mi vista la de un lince,
Que ve un mosquito á dos leguas:
Mire si tantos mosquitos
Divisará desde cerca
No soy duque ni marques,
Y así no quiero marquesas;
Pero por Dios que á lo zonzo,
Que crujo damasco y seda.

Los ojales de mi loba,
Los bebedores y medias
En el capullo se vieron
Antes que á sello vinieran.
Dos años en Salamanca
Me amancebé con Minerva,
Que por eso no soy necio,
Si no es que el alma me mienta.
Un orinal de las musas
Se derramó en mi cabeza,
Cogido por alambique
Una tarde en las calendas.
Segun esto quiere agora
Que le sirvan de respuesta
A su Cupido vendado
Estos renglones sin venda.
No me acompaña mas oro,
Que lo que su márgen muestra,
Si aquesta es bastante paga,
No hay sino venir por ella.
Pero estoy maravillado,
Que siendo como es discreta,
Para mi inútil sotana,
Le ponga á Cupido lengua.
Y mas que ya probé el potro,
Comí chufas en Valencia,
Y en el corral de los Olmos
Aprendí chanzas y levas,
Dándome el grado á caballo
Con muchas borlas francesas.
Ha un año que soy doctor,
Y como carne en cuaresma,
Que por comer tanta viva,
Me la mandan comer muerta.
Esto cuanto á las costumbres:
Cuanto al estado y riqueza,
Es mi bolsa un Potosí,
Que tiene en versos su renta.
Es tanta mi devocion,
Que el papel de mi nobleza
Por imitar á su dueño
Duerme siempre en una iglesia.
No compré jamas gallina,
Y con todo es tal mi estrella,
Que sin habellas comprado,
Jamas faltan á mi mesa.
Pero no fáltame nada
En amores y en pendencias:
Riño como un Ciceron,
Y requiebro como un César.
Cuando voy algun camino,
No me falta una encomienda,
O de que dé alguna carta,
O de que cobre respuesta.
Tambien pienso que me acuerdo
Cuando tuve una cadena,
Que por ser grande el delito,
Me daba al cuerpo dos vueltas.
Son para cuando me mude
Mis vestidos muy sin cuenta,
Porque viven tan seguros,
Que nadie los apetezca.
Tras todo aquesto que digo,
Soy estudiante, mi reina,
Y manteles que á otro sirven
No se ponen á mi mesa.
Acerca de su trabajo,
Solo le doy por respuesta,
Que se pague de su mano
Con el oro que este lleva;
Porque si á dama de gusto
Le pagare con moneda,
Los cuatrocientos que tengo
Me los den con una penca.
No carezca de su gusto,
A la antigua amistad vuelva,
Daré á su tercera gracias,
Y á vuesa mercé encomiendas.

XXIV. — *(Romancero general.)*

Galanes los de la corte,
Que fuisteis á la jornada,
Las huérfanas de Madrid
Os envian esta carta;
Porque nos dicen que vais
Algunos de mala gana,
Vuélvase el que no la tiene;
Que le damos la palabra
De que en guerra mas sabrosa
Podrá tener la batalla,
Que no es ocasion de limpios
En la que al presente se hallan,
Do no se pueden mirar
La lindeza de la cara,
Que no es muda para ella,
Pólvora y guante de malla:
Los enrizados copetes
El morrion los abaja;
Las compuestas lechuguillas
Las galas las desbaratan,
Y para marchar aprisa
No son buenas calzas largas.
Mal sufrirá armas fuertes
Aquel á quien embaraza
El vello para dormir,
Y la siesta se acostaba
Los brazos arremangados,
Desnudos en blanda cama.
Muy diferente es la vida
De la que acá se pasaba:
Mal comer y mal beber,
Agua turbia encenagada,
Y aun de esta no os hartareis,
Porque os la darán por tasa,
Y en lugar de los guisados

Y las tortas ojaldradas,
Os darán habas, arroz,
Atun y vaca salada:
De un bizcocho carcomido
Una porcion moderada,
Que la vida de galeon
No puede ser regalada:
No hay en el galeon muger,
Ni la dama cortesana,
Con quien se pase la noche
Bailando la zarabanda.
Mal cortarán en la guerra
Vuestras vírgenes espadas,
Pues nunca vieron el sol,
Ni salieron de las vainas.
¿Quién os mete en ser valientes,
Y cual demonio os engaña?
Volveros será mejor,
Antes que caer en falta:
Y no entendais que os rogamos
Porque galanes nos faltan,
Sino porque vuestras vidas
Nos tienen muy lastimadas,
Y doleos dellas, amigas,
Que para allá no sois nada:
Persuadíos de esta verdad,
No pretendais ignorancia,
A quien guarde Dios, y saque
De una ceguedad tamaña.

XXV. — *(Romancero general.)*

Huérfanas, las de la corte,
Que no os quereis llamar damas,
Los galanes y soldados
Recibimos vuestra carta.
Dentro de nuestros navíos,
Y fuera de vuestras barcas,
Vamos buscando la guerra
Por huir de paz tan mala.
Esta guerra es tan sabrosa
Cuanto la vuestra es amarga,
Porque esta ejercita el cuerpo,
Y la vuestra ofende el alma.
Ahora os podreis curar,
Mientras dura la batalla,
La tez á uso de corte,
Y el mal á uso de Francia,
Mientras nosotros gastamos
Pólvora y guante de malla,
Morrion, grebas y gola,
Arcabuz y pruebas largas.
Dejad holgar los copetes,
Arandelas y guirnaldas,
Alzacuellos y tablillas,
En que andais siempre ocupadas.
Los faldellines doblad,
Y guardad las verdugadas,
Que pues os faltan galanes,
Sobradas serán las galas.
Sereis como sois galeras,
Cargadas de lanzas, jarcias
Que se están mientras navegan
En el puerto despalmadas;
Y si no hay quien os sustente
Comed, señoras, por tasa,
Pues vinistes fuera della,
Que en fin los gastos se acaban.
Mejor es que carne enferma
La que aquí nos dan salada;
Mas sabroso es el atun
Que no mielga traspasada:
Al bizcocho carcomido
Mostramos buen rostro y cara,
Viviendo en los galeones
Por no morir en fragatas.
Al estragado apetito
Mostrastes la zarabanda,
Porque el manjar desabrido
Se comiese por la salsa;
Pero tendrán mejor corte,
Señoras, nuestras espadas
En defensa de la fe,
Y fuera de nuestras vainas.
Muestras damos de valientes
En huir vuestra batalla,
Donde el que mejor pelea
Ningun miembro sano saca:
Muy ciertos, damas, estamos,
Que allá galanes no os faltan,
Pues para vuestras lindezas
Cualesquiera cosa os basta;
Y doleos de sus dolores,
Pues dellos fuisteis la causa:
Señoras, Dios os convierta;
Y á Dios; que parte el armada.

XXVI. — *(Romancero general.)*

Señor infanzon sesudo,
Que mala pro vos dé Dios,
Si no sabedes mis partes,
Escuchedes qué estas son.
No tengo tenencias muchas,
Porque á veces el honor
Tan lueñe finca del oro,
Como de la tierra el sol.
La pobreza non es mengua,
Porque el fidalgo de pro
A solo su rey y al cielo
Reverencia por señor.
La mi nobleza heredada
Mi linage la alcanzó
Con la espada y con la lanza
En los montes de Leon.
No son mis armas cruzadas

Rojas fajas de Aragon,
Ni el santo de la cogulla
Puso nombre á mi blason;
Que sobre el campo de plata,
Con una y con otra flor,
Le dió tres bandas azules
Pelayo el conquistador.
Non por las vuestras tenencias,
Magüer aunque muchas son,
Se anublará desde ayuso
El cristal de mi opinion;
Que el diamante aunque sin oro
Enseña su resplandor,
Y la esmeralda y rubí
Por sí tienen su valor.
Si pensais que al vueso cuerpo
Se sujeta mi aficion,
Sabed que vos mengua el seso,
Que non solo la razon:
¿Qué Narciso mira el mundo
En vuestro talle y color?
¿Qué Rodamonte en fazañas?
¿En ciencia qué Salomon?
Maldito el espejo sea
Que á tuerto vos engañó:
Miraos vos en este mio;
Y abajareis el humor.
Y apartadvos entre tanto
De las fuentes, que á un garzon
Que como vos se enamora
Aquesto le está mejor.
O si cedo el desengaño,
Pretendeis por el mi amor
Que os quiteis las vuestras galas,
Semejareis al pavon.
Con las fembras de mis partes
Non vos fagades señor;
Porque acato cual es real,
Y acato cual es doblon.
Miémbresevos cuando el lobo
Por salir de sujecion
Se cubrió de arriba abajo
Con una piel de leon.
Conocióle al primer trance
La raposa que lo vió,
Y al cabo se quedó lobo;
Miredes en que paró.
Dejad los altos blasones,
Las empresas y el honor,
Que de los moros decides
Que alcanzó el vuestro pendon.
Y atended una vegada
(Si vos basta el ser quien soy)
A respetar á las fembras
Que son corteses con vos.—
Esto dijo doña Elvira,
La faz blanca y sin color,
A don Pelayo Bermudez,
Subida en su mirador.

XXVII.—(*Romancero general.*)

Decidme, recien casada,
¿En qué vos ofendo yo
Que sin faltar justa causa
Ausentades vuestro sol?
Magüer non viene la noche,
Que en guisa de peleador
Erguida la mi cabeza
Contemplo vuestro balcon,
Bendigo vuestras andanzas,
Para que vos logre Dios;
Y por vervos dos vegadas
Hasta que el sol sale estoy.
Mírovos con tierno pecho,
Y miraisme con rigor;
De que se aumentan mis males
Y crece mas el mi amor.
Cuando subides acaso
En el vueso mirador,
Non tenedes mombramiento
Como está el mi corazon:
Para encender mas mi fuego
Vos servides de eslabon,
Con que de mis fechorías
Está agostada la flor.
Las dueñas de vuestra casa
Me preguntan si es amor,
O si en alguna batalla
Arrastraron mi pendon.
Y si vades á visita,
Porque yo presente estoy
Para ausentarvos de mí
Tomades de esto ocasion.
Tanto desden y desdicha,
Señora, causaislo vos,
Que ya non puedo llevallos,
Magüer porque muchos son.
Atended solo á decirme,
Para quitar mi aficion,
Si vos ofendo en mirar
Los rayos de vueso sol:
Que vos faré juramento
Por señor San Salvador,
De non causarvos pesar
A costa de mi dolor.
Mis barraganes preguntan
Quién es de mi mal autor;
Y porque non vos maldigan
La respuesta non les doy.
Mal pagades mis andanzas,
Quizá que non son de pro;
Empero suple el deseo
Donde mengua la razon.
Pásase el tiempo ligero,
Cuando contemplo en los dos;

En mi la verde esperanza,
Y de ella la flor en vos.
Cerrádesme las ventanas;
Empero bien sabe Dios
Que vos me cerrais ventanas,
Yo vos abro el corazon. —
Aquesto cantaba Celio,
De Marfisa encantador,
Mirando de sus mejillas
El trasparente arrebol.

XXVIII.—(*Romancero general.*)

Doliente estaba don Bueso
De amores, que non de fiebres;
Doloridas penas pasa
Por mirar ojos crueles.
En el lecho no reposa;
Levantado no se mueve;
Con las paredes platica;
Mudo estaba con la gente.
Un anciano de su casa,
Que parte en su deudo tiene,
Escudero bien sabido,
Le hablaba de esta suerte:
— Non celeis las vuestras cuitas,
Don Bueso, sangre de reyes;
Que voluntarios achaques
Voluntaria cura quieren.
Si amores de gentil dama
Vos trasportan y adolecen,
A guisa de noble amante,
Recuestalda noblemente.
Mantened honrosas justas,
Y en ellas cumplid valiente
Lo que en pro del nombre suyo
Prometan vuestros carteles.
La vez que podais hablalla,
Decilda amores corteses,
Y con sus dueñas queridas
Repartí vuestros haberes.
Si alcanzar podeis olvido,
Lo mas sano me parece;
Mas sino, solicitalda,
Que vos plaza, ó que vos pese.
— Miren el vejazo,
Respondió don Bueso,
Mal aconsejado,
Peor consejero.
Él piensa que el mundo
No le rige el tiempo
De fin y principio
Por durable medio,
Y de sus relojes
La arena que vemos
No llena vacíos,
Sin que vacie llenos.
Por la edad que cria
Los usos modernos,
Han de gobernarse
Los humanos cuerpos.
Era el almidon
Sustancia de enfermos;
Agora es tesura
De aflojados cuellos.
Tenian las manos
De Cupido el viejo
Las palmas de gracia,
De amores los dedos.
De fullero astuto
Las tiene el mancebo,
Criador de agravios,
Criado gallego.
Aquel rey sin casa,
Aquel dios sin cielo,
Pedernal en agua
Que tocado es fuego,
Disoluto corre
El órden honesto,
Que antes caminaba
Con pasos á tiento.
La verdad ilustre,
Divino respeto,
Los mas la bendicen,
Dícenla los menos.
Mentimos los grandes,
Y si en esto miento,
Hablen las mercedes
De nuestros pequeños.
La edad es inútil:
El mundo tan viejo,
Que para morirse
No le falta un dedo.
Tan estrechamente
Se ha ceñido el tiempo,
Que si no se afloja
Le reventaremos.
Mas ¡que de verdades
Se me van saliendo!
Mas de cuatro amigos
Dirán que les quemo.
Volvamos la hoja,
Que estoy muy acedo;
Hablemos de burlas,
Y alegrarnos hemos.
Contra los carteles
Cartas de floreo
Nos dieron las plumas
De humanistas frescos;
Estos que presumen
Que mil caramelos
Dan á cualquier alma
Sus amargos versos.
Nuestras aventuras
En anocheciendo
Tias de portante

Nos las dan á censo.
Los breves enanos,
Los salvages feos
A los Amadises
Briudan con sus cuernos.
Esto se platica,
Perdone el acero,
Y de orin se cubra
De la greba al yelmo.
Yo me siento malo:
Dolores confieso
De aquellos que matan
Por mal regimiento.
Por tercianas curo
El mal que un tercero
Me hace en aquella
De los ojos negros.
Regalo con tocas
Y mongiles luengos
A una dueña suya,
Que la da mil dueños.
Usanse unas damas
Compuestas de enredos,
Tempranas y locas
Como flor de almendra.
Suspiros quemados
No entibian sus pechos,
Que son avestruces
De ardientes deseos.
Por sus demasías
Deshago mi lecho,
Sin dormir un punto
Hasta que me acuesto.
Hablo á mis paredes,
Muros del silencio,
Contra necios vivos,
Apacibles muertos;
Que de dar orejas
A dos majaderos
Me dijo un amigo
Estoy en los huesos,
Si vos sois el uno,
Señor escudero,
A vuestra escarcela
Dad esos consejos;
Y sin replicarme,
Porque yo me duermo,
A Dios, el mi anciano
Que vos dé buen sueño.

XXIX. — *(Quevedo.)*

Padre Adan, no lloreis duelos;
Dejad, buen viejo, el llorar,
Pues que fuisteis en la tierra
El mas dichoso mortal.
De la variedad del mundo
Entrastes vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plagas que trujo otra edad.
Para daros compañía
Quiso el Señor aguardar
Hasta que llegó la hora
Que sentistes soledad.
Costóos la muger que os dieron
Una costilla, y acá
Todos los huesos nos cuestan,
Aunque ellas nos ponen mas.
Dormistes, y una muger
Hallastes al despertar,
Y hoy en durmiendo un marido
Halla á su lado otro Adan.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais,
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar.
Tuvistes muger sin madre,
¡Grande suerte y de envidiar!
Gozastes mundo sin viejas
Ni suegrecita inmortal.
Si os quejais de la serpiente
Que os hizo á entrambos mascar,
¡Cuánto es mejor la culebra
Que la suegra preguntad!
La culebra por lo menos
Os da á los dos que comais:
Si suegra fuera, os comiera
A los dos, y mas y mas.
Si Eva tuviera madre
Como tuvo á Satanas,
Comiérase el paraiso,
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben,
Mas una suegra infernal
Mas sabe que las culebras:
Ansí lo dice el refran.
Llegaos á que aconsejára
Madre de este temporal
Comer un bocado solo,
Aúnque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
Que anda en ayunas lo mas,
Que las madres de un almuerzo
La tierra engullen y el mar.
¡Señor Adan! menos quejas
Y dejad el lamentar;
Sabé estimar la culebra,
Y no la trateis tan mal.
Y si gustais de trocarla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima.
Que mil os la tomarán. —
Esto dijo un ensuegrado,
Llevándole á conjurar
Para salir de la suegra
Un cura y un sacristan.

XXX. — *(Quevedo.)*

Don Repollo y doña Berza
De una sangre y de una casta,
Si no caballeros pardos,
Verdes fidalgos de España,
Casáronse, y á la boda
Dos personas tan honradas,
Que sustentan ellos solos
A lo mejor de Vizcaya,
De los solares del campo
Vino la nobleza y gala,
Que no todos los solares
Han de ser de la montaña.
Vána y hermosa á la fiesta
Vino doña Calabaza,
Que su merced no pudiera
Ser hermosa sin ser vana.
La Lechuga que se viste
Sin aseo y con fanfarria,
Presumida sin ser fea
De frescona y de bizarra.
La Cebolla á lo viudo
Vino con sus tocas blancas
Y sus entresuelos verdes,
Que sin verduras no hay canas;
Para ser dama muy dulce
Vino la Lima gallarda
Al principio, que no es bueno
Ningun postre de las damas.
La Naranja á lo ministro
Llegó muy tiesa y cerrada,
Con su apariencia muy lisa
Y su condicion muy agra.
A lo rico y lo tramposo
En su erizo la Castaña,
Que le han de sacar la hacienda
Todos por punta de lanza.
La Granada deshonesta
A lo moza cortesana
Desembozó en la hermosura
Descaramiento en la gracia.
Doña Mostaza menuda
Muy briosa y atufada,
Que toda chica persona
Es gente de gran mostaza.
A lo alindado la Guinda
Muy agra cuando muchacha,
Pero ya entrada en edad
Mas tratable, dulce y blanda.
La Cereza, á lo hermosura,
Recien venida muy cara,
Pero con el tiempo todos
Se le atreven por barata.
Doña Alcachofa compuesta
A imitacion de las flacas,
Basquiñas y mas basquiñas,
Carne poca y muchas faldas.
Don Melon que es el retrato
De todos los que se casan;
Dios te la depare buena,
Que la vista al gusto engaña.
La Berengena mostrando
Su calavera morada,
Porque no llegó en el tiempo
Del socorro de las calvas;
Don Cohombro desvaído,
Largo de verde esperanza,
Muy presto en ser gentil hombre
Siendo cargado de espaldas.
Don Pepino muy picado
De amor de doña Ensalada,
Gran compadre de dotores
Pensando en unas tercianas.
Don Durazno á lo envidioso,
Mostrando agradable cara,
Descubriendo con el trato
Malas y duras entrañas;
Persona de muy buen gusto
Don Limon, de quien espanta
Lo sazonado y panzudo,
Que no hay discreto con panza.
De blanco, morado y verde,
Corta crin y cola larga,
Don Rábano, pareciendo
Moro de juego de cañas.
Todo fanfarrones brios
Todo picantes bravatas,
Llegó el señor don Pimiento,
Vestidito de botarga.
Don Nabo que viento en popa
Navega con tal bonanza,
Qe viene á mandar el mundo
De gorron de Salamanca.
Mas baste por si el lector
Objeciones desenvaina,
Que no hay boda sin malicias,
Ni desposados sin tachas.

XXXI. — *(Quevedo.)*

Riéndose está el raton
En el umbral de su cueva
Del caracol ganapan
Que va con su casa á cuestas;
Y viendo como arrastrando
Por su corcova la lleva,
Muy camello de poquito,
Le dijo de esta manera:
— ¿Dime, cornudo, vecino
De un cuerno, en que te hospedas,
Qué callo de pié trazó
Una alcoba tan estrecha?
Tú vives emparedado
Sin castigo ó penitencia,

Y hecho chirrion de tu casa
Las mudas y la trasiegas.
Vestirse de un edificio
Invencion de sastre es nueva.
Tú, albañil enjerto en sangre,
Te vistes y te aposentas.
El vivir un lobanillo
Es de podre y de materia,
Y nunca salir de casa
De persona muy enferma.
Verruga andante pareces
Que ha producido la tierra,
Muy preciado de que solo
Tú todo un palacio llenas:
Si te viniese algun huésped
¿Que aposento le aparejas,
Tú que en la mano de un gato
Por no admitirle te encierras?
Yo te llevaré á la corte
En donde no te defienda
De tercera parte, ó huésped,
Tu casilla tan estrecha.
¿No te fuera mas descanso
Andarte por estas selvas,
Y en estos agujerillos
Tener tu cama y tu mesa?
Riéndose están de tí
Los lagartos en las peñas,
Los pájaros en los nidos,
Las ranas en las acequias.
Si esa casa es tu mortaja,
De buena cosa te precias,
Pues vives en ataud
Donde es forzoso que mueras.
De una fábrica presumes
Que Vitrubio no la entienda,
Y si vale un caracol,
En dos ninguno la precia:
Y citar puedo á Vitrubio,
Porque soy raton de letras,
Que en casa de un arquitecto
Comí á Vignola una nesga.
Sacar los cuernos al sol
Ningun marido lo aprueba,
Aunque de ellos coma. y tú
Muy en ayunas los muestras.
Dirás que me caza el gato
Con todas estas arengas;
¿Y á tí no te echan la uña
Los viernes y las cuaresmas?
¿No te guisan y te comen
Entre abadejo y lentejas?
¿Y hay despues de estar guisado
Alfiler que no te prenda?
Pero de matraca baste,
Que yo espero gran respuesta,
Y aunque soy mas cortesano
Me he de correr mas apriesa.

XXXII. — *(Quevedo.)*

¡Qué preciosos son los dientes
Y qué cuitadas las muelas,
Que nunca en ellas gastaron
Los amantes una perla!
No empobrecieran mas presto
Si labráran los poetas
De algun nácar las narices,
De algun marfil las orejas.
¿En qué pecaron los codos
Que ninguno los requiebra?
De sienes y de quijadas
Nadie que escribe se acuerda.
Las lágrimas son aljófar
Aunque una roma las vierta,
Y no hay un culto que saque
De gargajos á las flemas.
Para las lagañas solo
Hay en las coplas pobreza,
Pues siempre se son lagañas
Aunque Lucinda las tenga.
Todo cabello es de oro
En apodos y no en tiendas,
Y en descuidándose Júdas
Se entran al sol las bermejas.
Eran las mugeres antes
De carne y de huesos hechas;
Ya son de rosas y flores
Jardines y primaveras.
Hortelanos de facciones,
¿Qué sabor quereis que tenga
Una muger ensalada
Toda de plantas y yerbas?
¡Cuánto mejor te sabrá
Sin corales una geta,
Que con claveles dos labios
Mientras no fueres abeja!
¡O cultos de Satanas,
Que á las facciones blasfemas
Con que piden, con que toman,
Andais vistiendo de estrellas!
Un muslo que nunca araña,
Unas calladas caderas,
Que ni atisban aguinaldos,
Ni saben qué cosa es feria;
Esto sí se ha de cantar
Por los prados y las selvas
En sonetos y canciones,
En romances y en endechas.
Y lloren de aquí adelante
(Si es que tuvieren vergüenza)
Todo rubí que demanda,
Todo marfil que desuella.
Las bocas descomulgadas,
Pues tanto dinero cuestan,
Sean ya bocas de costal

Porque las aten por ellas.
De cáncer se ha de llamar
Todo diente que merienda;
Soles con uñas los ojos
Que se van tras la moneda.
Aunque el cabello sea tinta,
Es oro si te le cuesta,
Y de vellon el dorado
Si con cuartos se contenta.
Quien boca y dientes cantare
A malos bocados muera:
Las malas gordas le ahiten,
Las malas flacas le hieran.

XXXIII. — *(Quevedo.)*

Una incrédula de años
De las que niegan el fué,
Y al limbo dan tragantones
Callando el Matusalen;
De las que detras del moño
Han procurado esconder,
Sino el agua del bautismo,
Las edades de su fe,
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel;
No quise decir andrajos,
Porque no se afrente el leer.
Fué pues muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse ansí elevada
En un trapajo de bien.
Tarazon de cuello era,
De aquellos que solian ser
Mas azules que los cielos,
Mas entonados que juez.
Y bamboleando un diente,
Volatin de la vejez,
Dijo con la voz sin huesos
Y remendando el sorber:
— Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando tres.
Está vestida de tinta,
Muy prepotente una ley,
Quitando haciendas y vidas,
Y arremetiendose á rey;
Con pujamiento de barbas
Está brotando poder
Desde una planta biznieta
De un cadáver de arambel.
Buen andrajo, cuando seas
(Pues que todo puede ser)
O provision, ó decreto,
O letra de ginoves;
Acuérdate que en tu busca
Con este palo soez
Te saqué de la basura
Para tornarte á nacer. —
En esto haciendo cosquillas
Al muladar con el pié
Llamada de la vislumbre
Y asustando el interes,
Si es diamante no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo
Perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejon con tocas
Donde buscó un Aranjuez.
Dos cabos de ojos gastados
Espirando por niñez,
Y á boca de noche un diente
Cerca ya de oscurecer.
Mas que cabellos arrugas
En su cáscara de nuez;
Pinzas por nariz y barba,
Con que el hablar es moder,
Y arrojándole en el suelo,
Dijo con rostro cruel:
— Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves. —
Señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay porqué.
El pagó solo la pena
De las culpas de su piel,
Cuando el muladar de años
Como se vino se fué.

XXXIV. — *(Romanero general.)*

La ronda de este lugar
Aquesta noche pasada
Prendió un muchacho flamenco,
En casa de unas beatas.
Y aunque ciego de ambos ojos,
Unas cuentas ensartaba,
Para tomarlas en pago
A todas las de la casa.
Pensaron cuando le vieron,
Que era un ángel en la cara,
Porque en los hombros tenia
Dos ricas pintadas alas.
Preguntóle el juez quién era:
Respondió en voz levantada:
— Soy un niño forastero,
Que todo el mundo es mi patria,
— ¿Quién es tu padre? le dice.
— Mi madre dice la fama,
Que mi padre es un herrero,
El señor de las batallas. —
Preguntóle: — ¿Qué buscais

En casas tan retiradas? —
Respondió, que corazones
De doncellas descuidadas.
Por sospecha de ladron,
Venida que es la mañana,
Le han hecho dos mil embargos
De cosas harto pesadas,
Un perulero le pide
Catorce barras de plata,
Que trujo del nuevo mundo
Por mil mares y borrascas;
Y por causa del mozuelo
Con una cortés no sana,
Gastára en solo tres meses
Lo que en tres años ganára.
Una mozuela risueña
Las sus palabras demanda,
Que al requiebro de un lacayo
Las dió por una ventana.
Pages piden sus salarios,
Y fregonas sus soldadas,
Gastados en pasatiempos
En la vida enamorada.
El embargo de un letrado
Es lo que mas le espantaba,
Que le pide su juicio,
Y gastos de Salamanca.
Un escribano famoso
Dice que tambien le embarga
Que por amor de él ha hecho
Cuarenta escrituras falsas.
Un médico de gran ciencia
Dice que tambien le embarga
De que le ha hecho poeta
Por contentar á su dama.
Olvídase de Galeno,
Y el parnaso se le inflama,
Que en las recetas de enfermos
Pone versos del Petrarca.
Un sacristan se querella,
Diciendo: — Cosa es pesada
Que por este ceguezuelo
Pase yo vida tan mala,
Y que jamás de la mano
El badajo se me caiga,
Llamando á pique repique
A mi bella y dulce dama.
Ella mas dura que mármol,
Y mas fria que una escarcha,
Está sorda á mis lamentos,
Cual un monte de Alemania. —
Un sastre pide su sangre,
Porque al cortar de una saya,
Pensando en cosas de amor,
Medio dedo se llevára.
El muchacho se defiende,
Diciendo no deber nada,
Pues ociosidad ha sido
De todos sus males causa.
Admítesele el descargo,
La sentencia se dilata,
Unos dicen que le ahorquen,
Otros que á galeras vaya.
Otros dicen ni por pienso
Entre en la mar esta plaga,
Que si amor entra en la mar,
Den por abrasada el agua;
Y mas que su madre Vénus
De la espuma fué criada.
Soltaron luego al muchacho,
Su abuela estando en la cama.
Otros dicen, y es lo cierto,
Y lo que á todos mas cuadra,
Que por ser niño y pequeño
Le absuelvan de la demanda.
Échele Dios á las partes
Donde mas provecho haga,
Y pague si lo merece,
Y sino que libre salga.

XXXV. — *(Góngora.)*

Murmuraban los rocines
A las puertas de palacio,
No en sonorosos relinchos,
Que eso es ya muy de caballos,
Sino en bestial idioma,
Ni gruñendo ni rifando,
Para mejor engañar
Las varas de los lacayos.
Cabecijuntos murmuran
Tres á tres, y cuatro á cuatro,
De sus amos lo primero
Por mas parecer criados.
Un castaño comenzó,
Rocin portugues hidalgo,
Cuyo pelo es un erizo
Por ser fruta de castaño,
Con mas paramentos negros
Que el rocin de Arias Gonzalo,
Que en la madera y el luto
Mas es tumba que caballo.
— Sirvo á un ratiño, les dice,
Macias de enamorado,
Tan flaco en la carne él,
Cuanto yo en los huesos flaco.
Como un esclavo le sirvo
Puesto que no me ha herrado
Ni en la cadera con S,
Ni en la herradura con clavos.
Dos cosas pretende en córte
Que ambas me cuestan mis pasos:
La verde insignia de Avis,
Y un serafin castellano;
Porque en Africa su abuelo
Mató un leon cuartenario,

Desde una palma subido,
De cuarenta arcabuzazos.
Fatiga agora al Consejo,
Y al amor fatiga tanto,
Qué no irá cruzado el pecho,
Sin ir el rostro cruzado;
Porque el galan de la moza
Sé que está determinado
De darle la cruz en leño
Que él pide al consejo en paño. —
Apenas el portugues
Espumó bravatas, cuando
Una remendada pia
De un comiscal cortesano,
Mordiendo el freno tres veces,
Y otras tres humo espirando,
Que es cólera á lo que dicen
Médicos arrocinados:
— Sirvo, les dijo, á un pelon
Que no solo ha veinte años
Que come de aventurero,
Mas que duerme de prestado.
No hay balcon hoy en Noruega,
Donde el sol es tan escaso,
Tan solícito en cebarse
Como mi dueño en mi daño.
Con una gualdrapa corta,
Y tan corta que ha guardado
Mejor que si fuera cuello
La medida del dozavo,
La tercia parte me cubre
De este ñudoso espinazo,
Que puede ser mojonera
De un término pleiteado.
Y volando pico al viento
Sale muy bien santiguado
A escuchar los almireces
De las casas que hacen plato.
Entrase donde los oye,
Limpiándose los zapatos,
Y déjame á una pared
Pegado como gargajo.
No sé cómo le reciben,
Mas si lo sé, que dias hartos
Mirándome á mí los pages
Esto bajan murmurando:
«Juro á Dios que en el comer
Es el dueño de este asco
Sabañon en el invierno,
Sarpullido en el verano;»
Él se desciende tras ellos
A mi pesar, porque al cabo
Ya que no ceba la, hay ocio,
Que no es mal pien[illegible] descanso.
Cobíjame los cuadriles,
Y sale podenqueando
Nuevas que el dia siguiente
Valgan cocido y asado.—
De un solicitador luego
Habló allí un rocin, mas largo
Que una noche de diciembre
Para un hombre mal casado.
— Escuchado he vuestras quejas
Con las orejas de un palmo,
Y á no sentir yo mis duelos,
Sintiera vuestros agravios.
Diez años tiramos juntos
Por una tierra de Campos.
Yo y un tio de Babieca
El carreton de Lain Calvo.
Serví á condes, serví á reyes,
Hasta que por varios casos
Tendimus in Latium, digo,
Me mandas tendido y lacio.
Trájome mi dueño aquí,
Donde apenas hay establo
Que no sobre mi largueza,
Si no duermo como galgo.
Como tan largo me ven,
Piensan luego los muchachos
Que soy algun pasadizo
De la posada á palacio.
La calle Mayor abrevio,
Y la carrera del Prado
Desde el copete á la cola
La ocupo si no la paso.
Por descendiente me juzgan
Los que me miran despacio
En la materia y la forma
De aquel caballo troyano.
Y si cómo tanto hierro
Como se queja mi amo,
Cuando no lo esté de griegos
Estaré lleno de armados.
De noche me quita el freno
Porque dice que lo gasto,
Y lo pongo en cuatro noches
Como soneto limado. —
No le consintió acabar
Un estranjero cuartago,
Porque temió que tenia
Razones de su tamaño.
— No sirvo, dijo, á pelones
Como vosotros, cuitados,
Sino á un estranjero rico,
Miserable por el cabo.
Y notad que siendo aquestos
Miserísimos y avaros,
Vereis que se llaman todos
O Césares ó Alejandros.
Mucho tiempo le he servido
Y aunque mal galardonado,
No tan mal como vosotros,
De que me consuelo algo.
La paja me da por libras,
La cebada por puñados,

Y para engañar mi hambre
Es artífice de engaños:
Ciertos antojos me pone
De unos vidrios tan doblados,
Que hacen de una paja ciento,
Y cuatrocientos de un grano.
Pero bien me satisfice
De esta burla y de este engaño
Un dia, cuya memoria
A la venganza consagro.
Solia traerme, diciendo,
Por las caderas la mano:
«Como un banco estás, amigo,
Poco te luce el regalo.»
Tantas veces me lo dijo,
Que una de ellas por un lado
Le dí muy bien á entender
Que tenia piés el banco. —
Dieron en esto las once,
Y al mismo punto dejaron
Su plática los rocines,
Sus quínolas los lacayos.
Cualquier docto en esta lengua
Podrá mañana temprano
Ir á escuchar otro poco
Las mulas de los letrados.

XXXVI.—*(Romancero general.)*

A reñir salen furiosos
Sin padrinos ni terceros
De la venerable Illescas
Dos cansados escuderos,
Haciéndose el uno al otro
Muchas bravatas y fieros
Por embustes de una gaifa,
Con quien andaban cuarteros:
Y á la salida toparon
Dos amigos taberneros,
En cuyas casas entraron
Para templar sus aceros,
Y con un par de solomos,
Y unos bien tostados cueros
De un gordo lechon se abrochan
Bien cuatro azúmbres enteros.
Puestos á trejnta con rey,
Van hechos unos Rugeros,
Dejando á guardar las capas
A los vecinos postreros;
Porque ha de ser la batalla
De la cinta arriba en cueros,
Como lo estaban los dos
Que cargaron delantesos.
Y alzadas ya las espadas
Para hacerse harneros,
Vieron estarse topando
Cerca de allí unos carneros,
Que sobre una triste oveja
Se daban golpes tan fieros,
Que no pueden apartarlos
A palos los ganaderos,
Hasta que llenas las frentes
De sangre, y mil agujeros,
Cayeron muertos en tierra,
Y en la cuenta los guerreros.
Y como es de escuderazos
Ser de ordinario agoreros:
— ¿Qué os parece, dijo el uno,
Que causan de amor los fueros?
— Dejemos ya, dijo el otro,
Nuestros intentos primeros,
Que lo que hacen los brutos
No lo han de hacer caballeros.

XXXVII. — *(Romancero general.)*

Cuando los campos se visten
De rojo, blanco y azul,
Y salen de Argel en corso
Los bajeles de Dragut;
Cuando el otro conde Claros
Estando en esclavitud
Le cantaba una avecilla
Al despuntar de la luz;
Cuando trasciende la rosa,
Y crece el almoradux,
Tomando estaba la zarza
En la corte un andaluz,
Por si á vueltas del frances,
Verdugo de su salud,
Sudase un negro martelo
Que le tiene puesto en cruz.
Y estando en el obrador
Nadando como un atun,
Adonde el ingenio cobra
Sutileza y prontitud:
— Lleguen, dice, mis querellas
Por su ordinario arcaduz,
A vos el ciego flechero,
Dulce enemigo comun,
Que poneis en acabarme
Tal fuerza y solicitud,
Como si mi tierno pecho
Fuese á prueba de arcabuz.
De solos hierros de flechas
Tengo en él mas de un almud,
Que no puedo digerirlos
Como no soy avestruz.
A Satanas los ofrezco,
Y la yerba á Bercebú,
Con que tanto buen cristiano
Muere sin decir Jesus.
Tambien me quejo á tí, falsa,
Fiscal de mi juventud,
Que los gustos me destierras
A las islas de Corfú,

Que me tienes la cabeza
Tan sin seso ni virtud,
Que pago ya de viejo
Las estancias del testur.
Quinientos papeles tengo
En el suelo de un baul,
Borradores de mi musa
Que dicen quien eres tú.
En unos me finjo Zaide,
Y en otros Celin Gazul;
Ya te llamo ingrata bella,
Ya perla del mar del sur.
¡Cuantos de ellos te cantaba
Con su sol, fa, mi, re, ut;
Que de esto por mis pecados
He sido un poco tahur,
Rascando infinitas noches
La panza de mi laud
Por suspender el tormento,
Como David á Saul!
Derretido como cera,
Y dulce como alajú,
Que para ser portugues
Solo faltaba el capuz.
Vertiendo lágrimas tristes
Por sola tu ingratitud,
Que pudiera henchir con ellas
La cuba de Sahagun.
Y con haberme ya visto
Mil veces con tres de flux,
Jamas saqué de la posta
Lo que vale un altramuz.
Mis amadas esperanzas,
No bien nacidas aun,
Ya por injustos desdenes
Las lloro en el ataud.
A Dios, que es gran molimiento
Vivir haciéndote el bux,
Inquieto y atado siempre
A fuer de gato Páus. —
En esto entró con candela
Catalina de Arauz,
A sacalle del sudor,
Y el galan dijo: — Non plus.

XXXVIII. — *(Romancero general.)*

Si yo gobernára el mundo
(No le dé Dios tal desdicha)
¡Qué presto le vieran todos
Vuelto lo de abajo arriba!
Solo anduvieran hermosas
Y ninguna pediria,
Ni con ellas anduvieran
Cuñada, suegra, ni tia:
Mandára soltar las feas
Los miércoles de ceniza,
Y aun pienso que fuera justo
El hacerla de ellas mismas.
A barbado cecoso
Le hiciera poner basquiñas,
Que si un lanudo cecea,
¿Qué hará doña Catalina?
A los que pretenden gordas
Con flacas castigaria
Que no es bien se pretenda
Espíritu ni botija.
A todo hombre pequeñito
Pusiera tasa en la vida
Por dar descanso á su alma
De haber estado en cuclillas.
A los que son langarutos
Pusiera en lugar de vigas
Todos los dias del Corpus
Con los toldos de la villa.
Desterrára á los doctores
Que cuando recetan libran,
Pues le dan al purgatorio
Las almas á purga vista.
Libres con los miserables
A los ladrones haria,
Para dar dias de trabajo
A quien guardó tantos dias.
Impusiera los millones
En gentes que años se quitan,
A maravedí por año,
Que no fuera poca sisa.
Mandára enterrar en coches
Mugeres aborrecidas,
Que hay mugeres que por ir
En coche se moririan.
Castigára el mentiroso
Si en verdades lo cogia,
Que en los que mentir profesan
Las verdades son mentiras.
Con los pésames á viudos
Diera yo patas arriba,
Que pésames vienen mal
En ocasiones de dicha.
Aquí dió fin mi gobierno
A menos que otro me pidan.

XXXIX. — *(Salvador Jacinto Polo.)*

Con suspiros de cristal,
Y de plata mil sollozos,
De poetas desalmados
Se está quejando un arroyo.
— Uno me llama serpiente,
Con cuyo titulo asombro,
Que hay hombre que me ha temido
Viéndome en el campo solo.
Otro por peñas y riscos
Me va despeñando, y otro
Me sacudé las espaldas
Con las ramas de los olmos.

¿Qué delito he cometido
Decid, versistas demonios,
Que me dais á cada paso
Castigos tan afrentosos?
Siendo el mayor entregarme
A cuatro músicos locos,
Pregoneros que me infaman
Con mil falsos testimonios.
Otro por hacerme humilde
Dice soberbio en mi oprobio,
Que con labios de cristal
Beso los piés á los chopos;
Y por esta cruz bendita
Que es un grande mentiroso,
Porque yo no tengo labios
Ni de cristal ni aun de corcho.
Otro, siendo mi caudal
No mas que guijarros toscos,
Dice que son mis arenas
No menos que granos de oro.
Otro del escaso y turbio
Humor que sudan mis poros
Hace espejo, y al momento
Se mira Narciso el rostro.
Civil concepto caduco;
Que solo han visto mis ojos
Un ganapan puesto á bruces,
Tentacion de san Antonio.
Otro dice que me hacen
Los álamos con sus troncos
Paso y calle, y la que tengo
Sin que me la den la tomo,
Que á pesar de sus raices
Si en invierno me alboroto,
Sin que me rueguen me ensancho,
Y me llevo cuanto topo.
Otro dice que soy manso:
¡Miente el traidor! que me corro
De que traslade á mi frente
La sobra de sus pimpollos;
Porque yo no soy casado,
Ni me han nacido floroncos
En la cabeza, ni en ella
Tengo las leyes de Toro.
Otro, que me desvanezco
Por prestarme sus asomos
Sin haber humos de Baco
Escalado mi cimborrio.
Otro dice que murmuro,
¡Quién no ha de volverse un momo
Contra cuantos critiquizan
Filomenas siendo tordos!
Con cabriolas de plata
Que bailo, me dijo otro,
Un saltaren de cristal
Cuando sobre piedras corro...
Trovadores, ¿qué os he echo,
Que por burro en versos broncos
Me sacais á la vergüenza,
Ya por valles, ya por sotos?
¡Poetas sin rey ni Roque!
Por vengarme de vosotros
Hé de escribir un libro
De Flagello poetorum.
Válgate un millon de musas,
Casquivano y casquiroto,
¿Qué te importa que yo sea
Calvo, tuerto, manco ó cojo?
Y si canta vuestra musa
En lengua española, ¿cómo
Si el poeta es castellano
El lenguaje es en moscovio?
¿No es mejor llamar al vino
Vino, solomo al solomo,
Que no á los labios claveles,
Y álas mejillas madroños?
Yo me voy corriendo al mar,
Y entre sus ondas me escondo,
Por no escuchar barbarismos
Con falso disfraz de apodos.

XL.—*(Romancero general.)*

Hermosas depositarias
De mil almas noveleras,
Las que seguis de Cupido
Los pífanos y banderas,
Un consejo os quiero dar;
Y atended que no os lo diera,
Si de puro acuchillado
Los sesos no se me vieran.
Y no colijais tampoco
Que alguna pasion me ciega,
Que yo como libre hablo
Del tiempo que no lo era.
No pongais vuestra aficion
En mocitos de esta era,
Que son como basiliscos
Que matan y luego vuelan.
Huid como del demonio
De estos de calzas tudescas,
Que es de Alejandro su vista,
Y de duendes su moneda.
No os fieis de sus palabras,
Ni os engañen con endechas,
Que tienen las bolsas duras
Y las palabras muy tiernas.
Tienen de bronce las manos,
Las faltriqueras de piedra,
Y la moneda de plomo,
Mas falsa que sus promesas.
No os engañen los que agora
Se ciñen como maletas,
Que de apretar las barrigas
No tienen sustancia en ellas.
Finalmente os aconsejo,

Parroquianas de esta fama,
Que de estos almidonados
No se ocupe el alma vuestra,
Porque hay mocito espigado
Que con cuatro plumas negras
Piensa escalar vuestra casa,
Y torcer vuestras madejas,
Al que es hijo de vecino
Tapialde ventana y puerta,
Que piensa que le debeis
De alcabala carne y mesa.
Y si entrare en vuestra casa
No dando provecho en ella,
Abrilde con una mano
Y con otra echaldo afuera.
Y el órden de vuestra vida
De hoy mas mirad que sea
Ver *ante omnia el plus ultra*,
Que ya quien fia no medra.
El que quisiere hablaros
Traiga de azul la librea,
O vístase de oro fino,
Color contra la tristeza.
Traiga las armas del rey
En el escudo por muestra:
Philippus, rex Hispaniarum,
Diga el mote de la letra.
Al que estas letras arroja,
Hermanas, para leerlas,
Si de esta suerte viniere
Bien podeis abrir la puerta.
Fideno, aquel que decía
Que erades Circes y peñas,
Agora os da por consejo
Que os convirtais en Medeas;
Porque si blandas os hallan,
Como blandas os refriegan,
Y venís á quedar todas
Como granadas abiertas.

XLI. — *(Quevedo.)*

Ya que á las cristianas nuevas
Espelen sus magestades,
A la espulsion de las viejas
Todo el cristiano se halle.
Fantasmas acecinadas,
Siglos que andais por las calles,
Muchachas de los finados,
Y calaveras fiambres;
Doñas siglos de los siglos,
Doñas vidas perdurables;
Viejas (el diablo sea sordo),
Salud y gracia: sepades
Que la Muerte mi señora
Hoy envia á disculparse
Con los que se quejan de ella,
Porque no os lleva la landre.
Dicen, y tienen razon
De gruñir y de quejarse,
Que vivis advedemente
Engullendo Navidades,
Que chupais sangre de niños
Como brujas infernales:
Que ha venido sobre España
Plaga de abuelas y madres.
Dicen que habiendo de ser
Los que os rendan sacristanes,
La capacha y la doctrina,
Andais sonsacando amantes.
Diz que sois como pasteles,
Sucio suelo, hueca ojaldre,
Y aunque pasteles hechizos
Teneis mas hueso que carne:
Que servis de enseñar solo
A las pollitas que nacen
Enredos y pediduras,
Habas, puchero y refranes.
Y porque no enficioneis
A las chicotas que salen,
Que sois neguijon de niñas
Que obligais á que las saquen.
Y atento á que se han quejado
Una resma de galanes
Que pedis (y no la uncion)
Y no hay bolsa que os aguarde,
Ha mandado á los serenos
Que os han de dar estas tardes,
Al afeite y al cartón,
Que os enfermen y que os maten.
Y si (lo que Dios no quiera)
Estas cosas no bastaren,
Que con desengaños vivos
Los espejos os acaben.
Y porque dicen que hay
Vieja frisona y gigante,
Que ella y la puerta de Moros
Nacieron en una tarde,
Declara que aquesta vieja
Murió en las comunidades,
Y que un diablo en su pellejo
Anda hoy haciendo viajes.
Vieja barbuda y de ojeras
Manda que niños espante,
Y que al alma condenada
En todo lugar retrate.
Toda vieja que se ehrubia
Pasa de lejía se llame,
Y toda vieja opilada
En la Cuaresma se gaste.
Vieja de boca de concha
Con arrugas y canales,
Pase por mono profeso,
Y coque, pero no hable.
Vieja de diente ermitaño,
Que la triste vida hace

En el desierto de muelas,
Tanga su risa por cárcel.
Vieja vísperas solemnes,
Con perfumes y catorâques,
Si huele cuando se acuesta
Hieda cuando se levánta.
Vieja amolada y huida,
Cecina con aladares,
Pellejo que anda en chapines,
Por carne momia se pague.
Vieja píldora con oro,
Y cargada de diamantes,
Quien la tratare la robe,
Quien la heredare la mate.
Vieja blanca á puros moros,
Solimanes y albayaldes,
Vestida, sea el zancarron,
Y el puro Maboma en carnes.
Los cementerios pretenden
Que un juez alma se despache,
Que os castigue por huidas
De los responsos y el *Parce*.
Por esto la dicha muerte
Que en las universidades
De médicos se está armando
Que le sirvan de montantes,
Esto me ha mandado, o viejas,
Que en su nombre y de su parte
Os notifique: atencion
Y ninguna se me tape.
Dentro de cuarenta dias
Manda que á todas os gasten
En hacer tabas y chilas
Y otros dijes semejantes.
Y como á franjas traidas
Ha ordenado que os abrasen
Para sacaros el oro
Que no hay demonio que os saque:
Que ella se tendrá cuidado
Desde hoy en adelante,
En llegando á los cincuenta,
De enviar quien os despache.
Yo, que lo pregono, soy
Un Lázaro miserable,
Que del sepulcro de viejas
Quiso Dios resucitarme.

XLII. — *(Alberto Diez y Foncalda.)*

Una casera de clérigo,
Segun el trage y lo crítico,
Viéndola junto á San Lázaro
Enamoré muy solícito.
Como tuvo la carátula
Cubierta, yo gustosísimo,
Que era mas moza creyéndome,
Dije aquesto nada tímido:
— Mi señora doña Ursula,
Sepa me Miguel don Iñigo,
Y no á mis partes incrédula
Me tenga por algun mísero.
Todo lo que en festejándola
Hubiere de estarme lícito,
Como pagare mis méritos,
Ofrezco de hacer finísimo,
Si gustase de una música,
Aunque no es don salutífero,
Haré suspender al cántico
Los superiores y mínimos.
No tema tratos mecánicos,
Que no están en lo político,
Y asi puede con el ánima
Pagar de este amor lo intrínsico.
Quiérame pues, no sea bárbara,
Que mi amor es sutilísimo,
Y ya que no dás de Tántalo,
Pasa las penas de Sísifo. —
Respondió: — Mono venático,
Yo sirvo á hombre muy rígido,
Y si lo sabe en esdrújulos
Ha de vengarse satírico.
No piense que concluyéndome
Con argumentos sofísticos,
He de olvidar mi eclesiástico
Por dueño menos legítimo. —
Al responder conociéndola,
Huyendo de amor tan ínfimo,
Le dije: — Como un carámbano
Me he vuelto agora de frígido.
Del principio destapándose
Pudiera (portuguesísimo
Por ser mejor presumiéndome)
Descubrir luego lo íntimo.
A ese su dueño escolástico
Podrá decir, que un gradísimo
De picarones platónico
Se le encomienda muchísimo.
Que traga muy linda píldora
Segun lo que agora vídimus,
Y si hace versos diabólicos
Yo me vengaré con dísticos;
Que deje pues lo poético,
En que soy hombre científico,
O he de apuralle impávido,
Pues hay asunto bonísimo.

XLIII. — *(Romancero general.)*

El rey Perico enfermó,
Y los mozos se mesaron,
Y las viejas se arañaron,
Y todo el mundo lloró.
Dióle un dolor de riñones
En la frente y cerviguillo,
Y resultóle al tobillo
Una hinchazon de pulmones,

Garrotillo y tampàrones
En ambas las pantorrillas,
Y una landre en la rodilla
Que en dos dias le acabó,
Y todo el mundo lloró.
Llamaron para curallo,
A Urganda y al gran Freston;
Vinieron en un cabron
Enfrenado con un pallo,
Y trugeron á caballo
Un sábalo que encontraron:
Pero así como llegaron
El pobre enfermo espiró,
Y todo el mundo lloró.
Para llevarlo á enterrar
Se convocaron al punto
Las reliquias de Segundo
Colgadas de un palomar:
Una viña y un pajar;
Y preñada de cien meses
La furia de los franceses,
Que en llegando malparió,
Y todo el mundo lloró.
Vinieron veinte ballenas
Con mengiles arrastrando,
Y mil atunes llorando
Agua para mil aceñas;
Vino el Preste Juan con greñas
Mascujando hierro viejo,
Y por cojer un conejo,
Un monte abajo rodó,
Y todo el mundo lloró.
Hiciéronle sepoltura
De pleita y esparto crudo,
Por cabecera un embudo
Y á los piés una frituna:
En la boca una pintura,
Hecha de mano de Apeles,
Quien con cuatro cascabeles
Sobre un mico la pintó,
Y todo el mundo lloró.
En ella puso un salvage
A hombros con un martinete,
Y echóle encima un tapete
Con sus randas de potage,
Y al que rindió vasallage
El grande con el pequeño,
Un rostrituerto barreño
Las entrañas le pisó,
Y todo el mundo lloró.

XLIV. — *(Baltasar de Alcázar.)*

Esclavo soy, pero cuyo,
Eso no lo diré yo,
Que cuyo soy me mandó
Que no diga que soy suyo.
Cuyo soy, jurado tiene
De ahorcarme si lo digo:
Libreme Dios de un castigo
Que á tales términos viene.
¿Yo horro, siendo de un cuyo
Tal cual quien me cautivó?
Bien librado estaba yo
Si dijera que soy suyo.
Ando á ganar para mí,
Mas no quiero libertad,
Que esto de mi voluntad
Por ser esclavo la di.
Harto he dicho, pero cuyo
Puedo yo ser, eso no:
Dígalo quien me mandó
Que no diga que soy suyo.
Púsome en el alma el clavo
Su dulce nombre y la S,
Porque ninguna pudiese
Saber de quien soy esclavo.
Quien quisiere saber cuyo,
Lea donde se escribió,
Y verá quien me mandó
Que no diga que soy suyo.
Quiero al fin decir quien es,
Si no me lo estorba el miedo.
Soy de Ines... perdido quedo:
Señores, no soy de Ines.
Burlando estaba en el cuyo,
¡Mal haya quien me engañó!
No estaba en mi seso, no,
Si he dicho que soy suyo.

XLV. — *(Baltasar de Alcázar.)*

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon,
La bella Ines, el *jamon*
Y berengenas con queso.
Esta Ines, amantes, es
Quien tuvo en mí tal poder,
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Ines.
Trájome un año sin seso,
Hasta que en una ocasion
Me dió á merendar *jamon*
Y berengenas con queso.
Fué de Ines la primer palma;
Pero ya júzgase mal
Entre todos ellos cual
Tiene mas parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
No le hallo distincion:
Ya quiero Ines, ya *jamon*,
Ya berengenas con queso.
Alega Ines su beldad,
El jamon que es de Aracena,
El queso y la berengena
La española antigüedad.

Y está tan en fiel el peso,
Que juzgado sin pasion
Todo es uno, Ines, *jamon*,
Y berengenas con queso.
A lo menos este trato
De estos mis nuevos amores
Hará que Ines sus favores
Me los venda mas barato.
Pues tendrá por contrapeso,
Si no hiciere razon,
Una lonja de *jamon*
Y berengenas con queso.

XLVI. — *(Baltasar de Alcázar.)*

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento:
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso,
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar Hesperio,
Desamparando el imperio
Que en nuestro horizonte tiene,
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.
Luego me cierran la puerta
Y me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.
Hasta que habiendo sol nuevo
Me cuentan cómo he dormido,
Y así de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Voile puntales poniendo
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

XLVII. — *(Baltasar de Alcázar.)*

En Jaen donde resido
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenía este caballero
Un criado portugues...
Pero cenemos, Ines,
Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échole la bendicion:
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Ines, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas bajo.
Por nuestro Señor, que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llegó sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dámelo, bebo,
Págolo y voime contento.
Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo,
Solo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin: ¿qué viene ahora?
La morcilla, gran señora,
Digna de veneracion.
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué traves y enjundia tiene!
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino...

No eches água, Ines, al vino,
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas
Como sabia el buen consejo.
Mas dí, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.
El corazon me revienta
De placer: no sé de tí.
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
— ¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso que es estremo;
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles;
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya, Ines, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Ines hermana,
Que el portugues cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

XLVIII. — *(Lopez de Ubeda.)*

Don Máximo de Umenos
Por ir de menos á mas,
Quiso ni poco ni menos
Poseer en mí lo mas.
Fingiósé ser, cuando menos,
Mendoza, Guzman y aun mas,
Mas todo fué por demas,
Porque era un pelon y aun menos.
Yo le dije: — No haya mas,
Seor Máximo de Umenos,
Que ni tengo amor de mas,
Ni tengo seso de menos. —
Dijo Umenos: — A lo menos
No me quitarás jamas,
Que te quiera tanto mas
Cuanto me quisieres menos.
Si cruel procedes de hoy mas,
Tal es lo mas cual lo menos,
Porque está cerca de menos
Lo que va de mas á mas.
Y si es estremo tu mas,
Y es otro estremo mi menos,
Estima menos tu mas,
Porque valga mas mi menos.
Que aunque yo te viera en menos
Y me viera á mí en lo mas,
Tomára para mí el menos
Porque entráras tú en lo mas.
Sube un poco mas mi menos,
Baja un poco mas tu mas,
Y con eso desde hoy mas
Umenos no será menos.
Porque siendo tú algo menos
Y yo valiendo algo mas,
Te igualaré tanto mas
Cuanto tú fueres de menos. —
Aquesto me dijo Umenos
Y trecientas cosas mas,
Y aunque nunca me amó mas,
Nunca yo te quise menos.

XLIX. — *(Quevedo.)*

Al infierno el traçio Orfeo
Su muger bajó á buscar,
Que no pudo á peor lugar
Llevarle tan mal deseo.
Cantó y al mayor tormento
Puso suspension y espanto
Mas que lo dulce del canto
La novedad del intento.
El dios adusto ofendido,
Con un estraño rigor
La pena que halló mayor
Fué volverle á hacer marido.
Y aunque su muger le dió
Por pena de su pecado,
En premio de lo cantado
Perderla facilitó.

L. — *(Don Francisco de la Torre.)*

Job en sufrir sin igual
Todo lo vino á perder:
Quedó con lepra y muger,
No sé cual fué mayor mal.
Padeció todos los modos
De penas su virtud rara:
Si la muger le faltára
No los padeciera todos.
Con la muger conveniencia
Mucha el demonio tenia:
Pensó que ella le podria
Hacer perder la paciencia.
Limpia la lepra tirana
Con vil teja; mas notad,
Si hay de muger tempestad
Cualquier teja es teja vana.
Y aunque mas quiera raer
Job su lepra, ha de juzgar
Que su lepra ha de durar
Lo que dure la muger.

LI. — *(Francisco de la Torre.)*

Las mugeres y los niños
Tienen una condicion,
Pues se acallan con un don
Mas que con treinta cariños.
Niño y muger varios modos
Hallan en su suerte estraña:
Aquella á todos engaña,
Y al niño le engañan todos.
Los niños y las mugeres
Iguales vienen á ser
En mudar de parecer
Y mudar de pareceres.
Niño y muger con fatiga
Lloran, mas discordes tanto,
Que en aquel ofende el llanto
Y en esta el llanto obliga.
De ángel es el parecer
De ambos en varios conceptos,
El niño con los discretos,
Con los necios la muger.
Distincion y grande toco
Que entre niño y muger nace,
Pues ella cocos nos hace
Y al niño le hacen el coco.

LII. — *(Romancero general.)*

Un mercader ginoves,
Ingrato á su madre y tierra,
Pues la dejó por casarse
Por solo su gusto en esta,
Con una hermosa muger,
Que en un tiempo fué doncella,
Con quien le dieron mas dote
De crédito que de hacienda,
Pues lo que le prometieron
Hubo de cobrar por fuerza,
Una casa y una viña
Que de sus abuelos era:
La casa se llueve toda
Del tejado á la bodega,
Porque de vieja no puede
Tenerse teja con teja,
Puesto que parece bien
Mirándola por defuera.
Al fin pudiera habitarse
A no haber un duende en ella,
Que las mas veces venia
Estando el ginoves fuera,
En figura de estudiante,
Que es la que mas amedrenta.
La casa era cual la pinto,
Y la viña no muy buena;
Pues que estaba vendimiada
Y ningun provecho espera,
Sino tener buenas noches
El invierno con las cepas,
Con cuya ceniza quiere
Hacerle su muger guerra.
Y va por tomar el sol
Algunas veces á verlas,
Y todas topó el cuitado
Con una ave fea y negra,
Con cuyo canto le daba
De su casa malas nuevas.
Vivia de esto tan triste,
Y dábanle tanta pena
Los zelos de su muger,
Que no osaba ir á la feria;
Y holgára para guardalla,
O castigarla siquiera,
Que tuviera la cuitada
Como muchas otras suegra;
Y al fin se determinó
De partir de esta manera:
Que á un vecino amigo suyo
Se la encomienda, y le ruega
Que mire por su muger,
Y por su casa y hacienda.
El vecino se encargó
De tener cuenta con ella,
Aunque le fuera mejor
Tener con la suya cuenta;
Porque su muger é hijas
Se dejan llevar sin rienda
De peores que de estudiantes,
Porque no gustan de letras.
La muger del ginoves,
Enojada y muy soberbia,
A su estudiante avisó